

Comentarios de
Martín Lutero
Romanos

VOLUMEN I

COMENTARIOS DE MARTÍN LUTERO

CARTA DEL APÓSTOL PABLO A LOS ROMANOS

COMENTARIOS DE MARTÍN LUTERO

CARTA DEL APÓSTOL PABLO A LOS ROMANOS

Traducción de
ERICH SEXAUER



Editorial CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

COMENTARIOS DE MARTIN LUTERO
Romanos - Vol. 2

Traducción al castellano: Erich Sexauer

Depósito Legal: B. 5.269-1998
ISBN 84-7645-987-4

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE –Polígono Industrial Can Trias,
c/Ramón Llull, s/n– 08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 0231 COMENTARIOS DEL NT - Gálatas
C.T.C. 01-02-0231-08
Referencia: 22.40.71

ÍNDICE

PRÓLOGO

Los Comentarios de Martín Lutero presentan un panorama muy completo de la doctrina reformada en la vida y la cultura alemana de hace más de cuatrocientos años. Al mismo tiempo, su lectura resulta fresca y actual para el teólogo moderno, y sus aportaciones son fundamentales para entender la historia de la Teología.

El lector podrá descubrir en ellos el frescor de una teología nacida de la reflexión sobre las Sagradas Escrituras. Estos comentarios tienen «un valor añadido para todas las iglesias que están involucradas en el diálogo interprotestante, especialmente luteranos episcopales escandinavos, e iglesias anglicanas europeas, que recientemente han firmado los *Acuerdos de Porvoo* de intercomunión entre ambas, así como para las iglesias luteranas, episcopales y reformadas de los Estados Unidos, las cuales están en el proceso de firmar un acuerdo de intercomunión semejante».

Estos libros de Lutero ofrecen una base común para el diálogo interprotestante, que permitirá posteriormente unirse en estos procesos a otras iglesias que en este momento no están involucradas.

Agradezco de todo corazón a la Editorial CLIE el esfuerzo que está realizando al publicar las obras más importantes del reformador Lutero. Con ello está haciendo un gran servicio al protestantismo de habla española, así como a toda la Iglesia en general.

Permita Dios que esta obra pueda llegar a todos los hogares cristianos de España y Latinoamérica, y contribuir al estudio y mayor conocimiento de las Sagradas Escrituras y del pensamiento protestante.

Fdo. Carlos López Lozano
Obispo de la Iglesia Española Reformada Episcopal
Comunión Anglicana

INTRODUCCION

Las "Lecciones sobre la Carta a los Romanos" de Martín Lutero fueron mucho menos conocidas que p.ej. sus Comentarios sobre Génesis y Gálatas, y tampoco llegaron a ser usadas en forma tan amplia como éstos. Por muchos años, el manuscrito se consideraba perdido, y sólo fue redescubierto en el siglo 19.

Lutero dictó las Lecciones sobre Romanos durante los años 1515 y 1516, dando término a esta labor aproximadamente un año antes de su famoso desafío a discutir el problema de las Indulgencias a base de 95 Tesis publicadas por él el 31 de octubre de 1517. Pero ya en esta obra temprana descubrimos muchos de los rasgos que habrían de caracterizar su teología. Ya están presentes el énfasis en la justicia de Dios, el entendimiento histórico-cristológico de las Escrituras, la insistencia en la gracia divina que el pecador recibe por medio de la fe, y la convicción siempre creciente de que nuestra fe y nuestra teología deben ser extraídas enteramente de la Biblia. También se hace evidente en estas Lecciones cómo Lutero vuelve siempre de nuevo sobre Cristo, su persona y su obra, actitud que llegó a ser dominante a lo largo de la vida entera del Reformador. Ya podemos detectar los primeros peldaños de lo que más tarde llegó a ser la doctrina central en el pensamiento de Lutero, a saber, el aspecto declaratorio o "forense" de la justificación, por virtud del cual la justicia de Dios es *imputada* o adjudicada al pecador arrepentido por causa de Cristo el Mediador, a raíz de una acción de Dios que el hombre se apropia por medio de la fe, no de las obras. Es verdad que este concepto de la justificación forense aún no está desarrollado tan plenamente como en los últimos escritos de Lutero; pero los gérmenes están aquí, en las Lecciones sobre Romanos.

Dicha justificación de tipo forense es una de las ideas más revolucionarias de Lutero, que revierte totalmente el concepto de cómo el hombre ha de buscar la justicia y la santidad ante Dios. Lleva al pecador a comprender y creer que por medio de la obediencia de Cristo, la ley ha sido cumplida *en pro* de él, y al mismo tiempo hace

que este pecador se dé cuenta de que pese a todos sus esfuerzos y de sus buenas intenciones y buenas obras, la ley jamás podrá ser cumplida *por él*. Pues la justicia demandada por Dios llega a ser posesión del hombre no a raíz de sus propias obras buenas, sino por medio de la obediencia de Cristo y de la fe que confía en El.

Las Lecciones sobre Romanos contienen una gran riqueza de demostraciones respecto del poder y las bendiciones de la fe. Esta fe se centra en Cristo, no en el hombre. La fe es una confianza en Cristo y en su obra reconciliadora, y no meramente una cuestión intelectual, académica. La fe nace del creer las palabras de las Escrituras. La fe produce una inamovible esperanza frente a los padecimientos y la muerte; otorga al pecador arrepentido la justicia de Dios, y le da vida y salvación.

Dr. Jacobo A. O. Preus

PREFACIO A LA CARTA A LOS ROMANOS

(1522)

Esta carta es la verdadera parte principal del Nuevo Testamento y el evangelio más puro. Es digna de que todo cristiano, no sólo la sepa de memoria palabra por palabra, sino también de que se ocupe en ella como su pan cotidiano del alma. Pues nunca puede llegar a ser leída o ponderada lo suficiente; y cuanto más se la estudia, tanto más preciosa y apetecible se vuelve. Por tal motivo quiero hacer mi aporte y facilitar el acceso a ella mediante este prefacio –en cuanto Dios me ha dado capacidad– para que sea entendida mejor por todos. Porque hasta ahora ha sido oscurecida en forma lamentable con comentarios y toda clase de charlatanerías, si bien en sí misma es una luz brillante casi suficiente para iluminar toda la Escritura.

Ante todo, debemos conocer su lenguaje, de manera que sepamos lo que San Pablo quiere decir con palabras como: ley, pecado, gracia, fe, justicia, carne, espíritu, y otras semejantes; pues de lo contrario la lectura no tendrá ningún provecho.

La palabrita *ley* no debe entenderse en sentido humano, es decir, como enseñanza de las obras que hay que hacer y las que hay que evitar, lo que es propio de leyes humanas, que se cumplen con obras, aunque el corazón no sea partícipe. Dios juzga lo íntimo del corazón. Por eso, su ley se dirige a lo más íntimo del corazón, y no se satisface con obras; por el contrario, censura las que no proceden de un corazón sincero, como hipocresías y mentiras. Por eso se llama mentirosos a todos los hombres en el Salmo 115[1], precisamente porque ninguno guarda o puede guardar la ley de todo corazón. Pues cualquiera encuentra en sí mismo desgano para realizar el bien y placer para realizar el mal. Cuando no existe el libre placer de hacer el bien, tampoco existe esa íntima armonía del corazón con la ley de Dios;

[1] Sal. 116:11.

entonces ciertamente también hay pecado e ira merecida de Dios, aunque exteriormente aparezcan muchas obras buenas y una vida honrada.

Por eso concluye San Pablo en el segundo capítulo que todos los judíos son pecadores, y afirma que solamente los que hicieron la ley están justificados ante Dios. Quiere decir con ello que nadie se considere cumplidor de la ley por el solo hecho de realizar las obras de la ley, sino que les dice: "Tú enseñas que no se debe cometer adulterio, pero tú adulteras". Lo mismo: "En lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo, porque lo que juzgas lo haces tú mismo". Como si dijese: Tú vives muy bien exteriormente en las obras de la ley y enjuicias a los que no viven así, y sabes enseñar a cualquiera; ves la astilla en el ojo ajeno, pero quieres ignorar la viga en el propio. Porque, aunque exteriormente guardas la ley con obras por temor al castigo o por amor al premio, sin embargo todo lo haces sin amor espontáneo de la ley, sino con desgano y por obligación; y con gusto actuarías de otra forma, si la ley no existiese. De ahí se deduce que tú eres enemigo de la ley en lo íntimo de tu corazón. ¿Qué significa que enseñes a otros a no hurtar, cuando tú mismo en lo íntimo de tu corazón eres un ladrón y lo serías exteriormente si pudieras? Claro que a menudo también la obra exterior no se hace esperar largo tiempo en tales hipócritas. Por lo tanto, enseñas a otros, pero no a ti mismo. Tú mismo no sabes lo que enseñas y nunca has entendido correctamente la ley. En efecto, la ley aumenta además el pecado, como dice el apóstol en el capítulo 5, puesto que el hombre se hace más enemigo de la ley cuanto más le exige lo que no puede hacer.

Por eso dice en el capítulo séptimo: "La ley es espiritual". ¿Qué es esto? Si la ley fuera corporal, entonces bastaría con las obras. Pero como es espiritual, no basta con las obras, salvo que todo lo que hagas se haga verdaderamente de corazón. Pero nadie da un corazón semejante, sino el Espíritu de Dios, que hace al hombre concordar con la ley, de manera tal que siente agrado por ella de todo corazón y en adelante hace todo no por temor ni obligación, sino con libre corazón. De tal forma la ley es espiritual que quiere ser amada y cumplida por corazones espirituales y exige un espíritu tal. Si no se halla este espíritu en el corazón, entonces queda el pecado, el desgano, la enemistad contra le ley que es sin embargo buena, justa y santa.

Acostúmbrate, pues, a esta forma de hablar: Una cosa es realizar las obras de la ley y otra cosa muy distinta, cumplir la ley. Las obras de la ley es todo lo que el hombre hace y puede hacer en conformidad con la ley por su libre voluntad y por sus propias fuerzas. Pero dado que bajo y junto a esas obras permanece en el corazón el desgano y la obligación hacia la ley, por ese motivo todas esas obras son pérdidas y sin ninguna utilidad. Esto quiere expresar San Pablo en el capítulo tercero cuando dice: "Ningún hombre será justificado ante Dios

mediante las obras de la ley". Por eso puedes ver ahora que los disputadores escolásticos y sofistas son seductores, cuando enseñan prepararse con obras para la gracia. ¿Cómo se puede preparar con obras para el bien aquel que al ejecutar cualquier obra buena lo hace con desgano y contra su voluntad en su corazón? ¿Cómo podrá agradar a Dios lo que proviene de un corazón desganado y mal dispuesto?

Pero cumplir la ley es hacer sus obras con placer y amor, vivir de una manera piadosa y buena sin su imposición, como si la ley o el castigo no existieran. Pero tal placer de amor espontáneo lo produce en el corazón el Espíritu Santo, como dice en el capítulo quinto[2]. Mas el espíritu no es dado sino solamente en, con o por la fe en Jesucristo, como dice en la introducción. Y la fe no viene sino solamente por la palabra de Dios o el evangelio que predica a Cristo, que es Hijo de Dios y hombre, muerto y resucitado por nosotros, como afirma en los capítulos tercero, cuarto y décimo.

De aquí proviene que solamente la fe justifique y cumpla la ley, pues obtiene el espíritu por el merecimiento de Cristo, espíritu que hace al corazón alegre y libre como lo exige la ley; de este modo las buenas obras provienen de la fe misma. Esto es lo que indica en el capítulo 3, después de haber rechazado las obras de la ley, dando la impresión de que quisiera suprimirla mediante la fe. No, dice, nosotros establecemos la ley mediante la fe, esto es, la cumplimos mediante la fe.

La Sagrada Escritura llama *pecado*, no solamente a la obra exterior del cuerpo, sino a todas las actividades que impulsan o mueven hacia ella, es decir, lo íntimo del corazón con todas sus fuerzas. Por consiguiente, la palabrita "hacer" significa que el hombre se entrega completamente al pecado. Pues no se produce ninguna obra exterior del pecado a menos que el hombre se empeñe en ella con cuerpo y alma. La Escritura mira especialmente al corazón y a la raíz y a la fuente principal de todo pecado: la incredulidad en lo íntimo del corazón. Así como solamente la fe justifica, trayendo consigo el espíritu y el placer para las buenas obras exteriores, de la misma manera también solamente la incredulidad peca e incita a la carne y la hace complacerse por las malas obras exteriores, como ocurrió con Adán y Eva en el Paraíso, Génesis 3[3].

Por eso Cristo llama pecado solamente a la incredulidad, cuando dice en Juan 16[4]: "El espíritu castigará al mundo por los pecados, porque no han creído en mí". Por eso también, antes que ocurran

[2] Ro. 5:5.
[3] Gn. 3:6.
[4] Jn. 16:8,9.

buenas o malas obras, como sucede en los buenos o malos frutos, debe existir primero en el corazón la fe o la incredulidad, como raíz, como savia y fuerza principal de todos los pecados, que es llamada en la Escritura la cabeza de la serpiente y del viejo dragón que sería pisoteada por la estirpe de la mujer, por Cristo, como fue prometido a Adán.

La diferencia entre *gracia* y *dádiva* es que gracia significa propiamente benevolencia o favor de Dios que él abriga consigo mismo hacia nosotros y que le inclina a darnos a Cristo, al Espíritu con sus dones. Así lo evidencia en el capítulo quinto[5] cuando dice: "La gracia y el don en Cristo, etc..." Aunque los dones y el espíritu crezcan diariamente en nosotros —no llegando nunca a ser perfectos, de manera que aún permanecen en nosotros malos deseos y pecado, que luchan contra el espíritu, como afirma más adelante. (Romanos 7, Gálatas 5[6]) y como se promete en Génesis 3[7] la lucha entre la estirpe de la mujer y de la serpiente— sin embargo la gracia hace tanto que nos podemos considerar completamente justificados ante Dios; ella no se divide ni se fracciona, como ocurre con los dones, sino que nos incorpora totalmente en su benevolencia, por causa de Cristo, nuestro intercesor y mediador, y por haber comenzado los dones en nosotros.

En esta forma entiendes, pues, el capítulo séptimo, en el que San Pablo se llama todavía pecador y, sin embargo, afirma en el octavo que no hay nada de condenable en aquellos que están en Cristo a causa de los imperfectos dones y del espíritu. Somos todavía pecadores, por causa de la carne que todavía no ha muerto, pero porque creemos en Cristo y tenemos el principio del espíritu, Dios es tan favorable y misericordioso para con nosotros, que no considera tales pecados ni quiere juzgarlos, sino que procederá con nosotros según nuestra fe en Cristo, hasta que el pecado sea suprimido.

La *fe* no es la ilusión humana o el sueño que algunos consideran como tal y cuando ven que no sigue un mejoramiento de la vida ni obras buenas, aunque sin embargo pueden oír y hablar mucho sobre ella, entonces caen en el error y afirman que la fe no es suficiente, de manera que habría que hacer obras para ser bueno y salvo[8].

Esto sucede cuando escuchan el evangelio y vienen después y se forman por propia cuenta un pensamiento en el corazón que les dice: yo creo; eso lo consideran después una fe correcta; pero, como

[5] Ro. 5:15.
[6] Ro. 7:5,14 y 23; Gá. 5:17.
[7] Gn. 3:15.
[8] Hemos traducido por "bueno" y "salvo" los términos "fromm" y "selig". Cualquier traducción que se haga de ellos puede ser considerada una interpretación, ya que ofrecen diversas posibilidades significativas. Una expli-

es una invención humana y un pensamiento que nunca se experimenta en lo íntimo del corazón, entonces nada se llega a producir y no sigue ninguna mejora.

Pero la fe es una obra divina en nosotros que nos transforma y nos hace nacer de nuevo de Dios, Juan 1[9]; mata al viejo Adán y nos hace ser un hombre distinto de corazón, de ánimo, de sentido y de todas las fuerzas, trayendo el Espíritu Santo consigo. La fe es una cosa viva, laboriosa, activa, poderosa, de manera que es imposible que no produzca el bien sin cesar. Tampoco interroga si hay que hacer obras buenas, sino que antes que se pregunte las hizo y está siempre en el hacer. Pero quien no hace tales obras es un hombre incrédulo, anda a tientas. Busca la fe y las buenas obras y no sabe lo que es fe o las buenas obras, y habla y charla mucho sobre ambas.

La fe es una viva e inconmovible seguridad en la gracia de Dios, tan cierta que un hombre moriría mil veces por ella. Y tal seguridad y conocimiento de la gracia divina hace al hombre alegre, valiente y contento frente a Dios y a todas las criaturas, que es lo que realiza el Espíritu Santo en la fe. Por eso se está dispuesto y contento sin ninguna imposición para hacer el bien y servir a cualquiera, para sufrir todo por amor y alabanza a Dios que le ha mostrado tal gracia. Por consiguiente, es imposible separar la obra de la fe, tan imposible como es separar el arder y el resplandecer del fuego. Por ello debes tener tanto cuidado ante tus propios falsos pensamientos y ante inútiles charlatanes que quieren ser inteligentes para juzgar sobre las buenas obras y son los más torpes.

Ruega a Dios para que produzca en ti la fe, de lo contrario quedarás eternamente privado de ella aunque inventes o hagas lo que quieras o puedas.

Ahora bien, la *justicia* es tal fe y se llama justicia de Dios o que vale ante Dios, por el hecho de que es un don de Dios y hace que el hombre le dé a cada uno lo que le debe. Pues por la fe llega a ser el hombre libre de pecado y a cumplir con agrado los mandamientos de Dios; con ello da a Dios la honra que le corresponde y le paga lo que le debe. Pero al hombre le sirve voluntariamente con lo que puede y paga también con ello a cualquiera. Tal justicia no puede ser realizada por la naturaleza, por la libre voluntad y por nuestras fuerzas. Pues así como nadie se puede dar a sí mismo la fe, así tampoco nadie puede quitarse la incredulidad. ¿Cómo quiere, pues, quitarse un solo pecado y aunque fuera el más pequeño? Por eso

---

cación al respecto se encuentra en el *Biblisch - Theologisches Handwörterbuch zur Lutherbibel und zu neueren Uebersetzungen*, editado por Edo Osterloh y Hans Engelland, Göttingen, 1954. (Fromm, pág. 147; Selig, págs. 537-540).

[9] Jn. 1:13.

es falsedad, hipocresía y pecado lo que ocurre fuera de la fe o en la incredulidad, Romanos 14[10], por más que sea en apariencia.

La *carne* y el *espíritu* no debes comprenderlos aquí como si la primera fuese solamente lo que concierne a la impureza y el segundo a lo interior del corazón. Pablo llama carne, igual que Cristo, Juan 3[11], a todo lo nacido de carne, todo el hombre con cuerpo y alma, con la razón y todos los sentidos, precisamente porque todo en el hombre tiende hacia la carne, de modo que también puedes llamar carnal a aquel que sin la gracia inventa mucho sobre elevadas cuestiones espirituales, enseña y parlotea. Lo puedes aprender muy bien de las obras de la carne, según Gálatas 5[12], donde el apóstol llama obra de la carne también a la herejía y al odio. Y en Romanos 8[13] dice que, mediante la carne, la ley se debilita, lo que no se afirma respecto a la impureza, sino a todos los pecados y principalmente respecto a la incredulidad que es el más espiritual de los vicios.

Por otra parte, también tienes que llamar espiritual a aquel que realiza las obras más externas, como Cristo al lavar los pies de los discípulos y Pedro al conducir la barca y pescar. Por consiguiente, la carne es un hombre que vive y realiza interna y externamente lo que sirve para utilidad de la carne y de la vida temporal. El espíritu es el hombre que vive y realiza interna y externamente lo que está al servicio del espíritu y de la vida eterna. Sin esta comprensión de esas palabras nunca entenderás esta epístola de San Pablo ni ningún libro de la Sagrada Escritura. Por ello, debes precaverte de todos los maestros que utilizan estas palabras en otro sentido, sea quien fuere, Jerónimo, Agustín, Ambrosio, Orígenes, semejantes a ellos o aun superiores. Ahora consideremos la epístola.

Es deber de un predicador evangélico que en primer término mediante la revelación de la ley y de los pecados castigue todo y declare como pecado todo lo que no es vivido como procedente del espíritu y de la fe en Cristo, de modo que los hombres sean conducidos hacia el conocimiento de sí mismos y de su miseria, para que se hagan humildes y deseosos de ayuda. De la misma forma lo hace San Pablo y comienza en el primer capítulo a castigar los pecados graves y la incredulidad que son visibles a la luz del día, como los pecados que se dieron y aún se dan en los paganos que viven sin la gracia de Dios, y afirma que mediante el evangelio la cólera de Dios se revelará desde el cielo sobre todos los hombres a causa de su ateísmo y de su injusticia. Porque si bien saben y ven diariamente que hay un Dios, sin embargo, la naturaleza en sí, fuera de la gracia,

10 Ro. 14:23.
11 Jn.3:6.
12 Gá. 5:19 s.
13 Ro. 8:3.

es tan perversa que ni le agradece ni le honra; por el contrario, se enceguece a sí misma y cae sin cesar en acciones peores, hasta que después de la idolatría también produce los más vergonzosos pecados y los vicios sin pudor, y además permite que otros lo hagan en forma impune.

En el capítulo siguiente extiende tal castigo aun a aquellos que tan buenos aparecen externamente o los que pecan en secreto, como ocurría con los judíos y como sucede actualmente con todos los hipócritas que de mala gana viven correctamente y en el fondo del corazón son enemigos de la ley de Dios, pero que, sin embargo, hallan un placer en juzgar a otras personas, lo que es propio de todos los impostores que se consideran a sí mismos puros, pero que están llenos de la avaricia, del odio, del orgullo, y de toda la inmundicia, Mateo 23[14]. Precisamente son aquellos que desprecian la bondad de Dios y que por su dureza acumulan la cólera sobre ellos. De esta manera San Pablo, como un auténtico intérprete de la ley, a nadie deja sin pecado, sino que anuncia la cólera de Dios a todos los que quieren vivir correctamente por su propia naturaleza o por libre voluntad, y no los hace aparecer mejores que a los pecadores públicos; en efecto, afirma que son duros de corazón e impenitentes.

En el capítulo tercero los coloca a todos en un mismo grupo y dice que uno es como el otro, todos pecadores ante Dios, excepto que los judíos tenían la palabra de Dios, aunque muchos no creyeron en ella; pero con eso no pierde validez la fe y la verdad de Dios, y agrega una afirmación del Salmo 50[15], que Dios permanece justo en su palabra. Después insiste de nuevo y demuestra también mediante la Escritura que todos son pecadores y que por las obras de la ley nadie es justificado, sino que la ley fue dada solamente para reconocer los pecados. Después comienza y muestra el recto camino para llegar a ser bueno y salvo y afirma: Todos son pecadores y sin la gloria de Dios, deben ser justificados sin merecimiento alguno por la fe en Jesucristo, quien nos lo ha hecho merecido por su sangre y ha llegado a ser un instrumento de propiciación por parte de Dios que nos perdona nuestros pecados anteriores para probar con ello que su justicia, que él entrega en la fe, es la única que nos ayuda. En aquel tiempo fue revelada mediante el evangelio y antes atestiguada por la ley y los profetas. Así la ley se establece mediante la fe, aunque con ello caen las obras de la ley con toda su gloria.

En el capítulo cuarto —ya que en los primeros tres capítulos se pusieron de manifiesto los pecados y se enseñó el camino de la fe para la justicia— comienza a enfrentarse a algunas objeciones y protestas; en primer término, considera aquella que en general levan-

[14] Mt. 23:27 s.
[15] Sal. 51:6.

tan los que oyen que la fe hace justo sin obras y dicen: ¿no hay que hacer ahora buenas obras? El mismo cita aquí el caso de Abraham y dice: ¿Qué hizo pues Abraham con sus obras? ¿Fue todo de balde? ¿No tenían sus obras ninguna utilidad? Y concluye que Abraham, sin obra alguna, solamente mediante la fe ha sido justificado de tal manera que antes de la obra de su circuncisión fue ensalzado como justo por la Escritura solamente a causa de su fe, Génesis 15[16]. Pero si la obra de la circuncisión no hizo nada con respecto a su justicia, que sin embargo Dios le mandó y que era una buena obra de obediencia, entonces ciertamente no habrá ninguna otra obra que haga algo con respecto a la justicia. Mas, como la circuncisión de Abraham era un signo exterior para que probara su justicia en la fe, así todas las buenas obras son solamente signos exteriores que resultan de la fe y muestran, como los buenos frutos, que el hombre ya está justificado interiormente antes Dios. De esta manera, confirma ahora San Pablo con un excelente ejemplo de la Escritura la doctrina de la fe expuesta en el capítulo tercero y agrega todavía un testigo, David, en el Salmo 13[17] que también sostiene que el hombre sin obras es justificado, aunque no dejará de hacer obras cuando esté justificado. Después extiende el ejemplo a todas las obras de la ley y concluye que los judíos no pueden ser herencia de Abraham solamente por causa de la sangre, mucho menos aún por causa de las obras de la ley, sino que deben heredar la fe de Abraham si quieren ser herederos auténticos; porque Abraham, antes de la ley —ambas, tanto la de Moisés como la de la circuncisión— fue justificado por la fe y es llamado el padre de todos los creyentes. Además, la ley produce más ira que gracia, porque nadie la cumple con amor y gusto, de modo que la ley produce más no-gracia que gracia[18]. Por eso solamente la fe puede alcanzar la gracia prometida a Abraham, porque también esos ejemplos han sido escritos para nosotros, con el objeto de que también nosotros creyésemos.

En el capítulo quinto se refiere a los frutos y obras de la fe: paz, alegría, amor a Dios y al prójimo; además, seguridad, intrepidez, resolución, valor y esperanza en la tristeza y en el sufrimiento. Pues todo esto es lo que sigue cuando la fe es correcta a causa del bien superabundante que Dios nos muestra en Cristo, a quien dejó morir por nosotros, antes que se lo pidiéramos, más aún cuando todavía éramos enemigos. Por consiguiente, es evidente que la fe sin obra alguna justifica, de lo cual no se deduce, sin embargo, que por ello no se deba hacer ninguna obra buena, sino que por el contrario, las

[16] Gn. 15:6.
[17] Sal. 32:1 y 2.
[18] Una tentativa de reproducir en castellano el juego de palabras en el texto alemán.

obras verdaderas no deben quedar afuera; de ellas nada saben los falsos devotos que inventan propias obras en las que no hay ni paz, ni alegría, ni seguridad, ni amor, ni esperanza, ni intrepidez, ni ninguna clase de verdadera obra y fe cristiana.

Después hace una agradable digresión y un rodeo y relata de dónde provienen ambos, el pecado y la justicia, la muerte y la vida, confrontando finalmente a ambos: Adán y Cristo. Quiere decir: por eso tuvo que venir Cristo, otro Adán, que nos dejara la herencia de su justicia, mediante un nuevo y espiritual nacimiento en la fe, así como aquel Adán nos dejó como herencia el pecado mediante el original nacimiento carnal. Pero se manifiesta y se confirma con ello que nadie puede con las obras liberarse a sí mismo del pecado y llegar a la justicia, así como tampoco puede evitar nacer corporalmente. Con eso se demuestra también que la ley divina —que por lógica debería ayudar— si es que puede ayudar algo para la justicia, no solamente no ha ayudado, sino que también ha aumentado los pecados, por el hecho de que la mala naturaleza se hace tanto más enemiga de la ley y quiera satisfacer sus apetitos tanto más cuanto más se lo prohíbe la ley. De esta manera, la ley hace aún más necesario a Cristo y exige más gracia que ayude a la naturaleza.

En el capítulo sexto considera la obra especial de la fe, la lucha del espíritu con la carne, dirigida a matar completamente los pecados y placeres restantes que quedan después de la justificación y nos enseña que nosotros no estamos liberados por la fe, de manera que podamos estar ociosos, flojos y seguros, como si ya no existiera ningún pecado. El pecado sigue existiendo pero no conduce a la condenación a causa de la fe que lucha contra él. Por eso, durante toda nuestra vida tenemos bastante que hacer con nosotros mismos, para subyugar nuestro cuerpo, matar sus apetitos y doblegar sus miembros, de manera que sean obedientes al espíritu y no a los placeres, a fin de que seamos iguales a Cristo en su muerte y resurrección y realicemos nuestro bautismo que significa también la muerte de los pecados y una nueva vida en la gracia hasta que, totalmente puros de pecados, resucitemos en forma corporal con Cristo y vivamos eternamente.

Y esto lo podemos hacer porque, afirma él, estamos en la gracia y no en la ley. Esto lo interpreta de manera tal que no estar en la ley no debe significar no tener ninguna ley, de modo que se pueda hacer lo que cada cual quiera, sino que estar bajo la ley significa ocuparse en sus obras sin la gracia. Entonces dominará ciertamente el pecado por la ley, porque nadie siente una inclinación natural por ella; pero esto mismo es un gran pecado. La gracia, por el contrario, nos hace amable la ley, de modo que el pecado ya no existe y la ley no está más en oposición, sino de acuerdo con nosotros.

Esta es la verdadera libertad del pecado y de la ley, de lo cual habla hasta el final de este capítulo; es una libertad para hacer sola y gustosamente el bien y para vivir de una manera piadosa sin la imposición de la ley. Por tal motivo, tal libertad es una libertad espiritual, que no suprime la ley, sino que ofrece lo que es exigido por ella, es decir, el placer y el amor para que la ley sea silenciada y no tenga más que ejercer o exigir. Es lo mismo que si tuvieras alguna deuda con un señor feudal y no pudieras pagar. Podrías deshacerte de él de dos maneras: o bien que no tomara nada de ti y rompiera su registro de deudas o que algún hombre bondadoso pagara en tu lugar y te diera lo suficiente para que salieras de la deuda. De esta manera nos ha liberado Cristo de la ley. Por eso no es una libertad desordenada y corporal que no tenga que hacer nada, sino una libertad que hace muchas y muy diversas obras, pero que está libre de la exigencia y de la deuda de la ley.

En el capítulo séptimo confirma lo anterior mediante una comparación con la vida matrimonial. Cuando un hombre muere, entonces su mujer vuelve a estar soltera y uno está separado del otro definitivamente; pero no de tal manera que la mujer no pueda o que no le esté permitido tomar a otro hombre por esposo, sino más aún, está en completa y verdadera libertad para hacerlo; lo que no podía hacer antes que muriera su esposo. Así nuestra conciencia está atada a ese hombre viejo y pecador; cuando éste perece mediante el espíritu, entonces está la conciencia libre y separada de la ley, no en el sentido de que la conciencia no tenga que hacer nada, sino que debe primera y realmente atarse a Cristo, el otro esposo, y llevar fruto en la vida.

Después expone la naturaleza del pecado y de la ley, a saber cómo mediante la ley se excita tanto más y se hace poderoso el pecado. Porque el hombre viejo se hace siempre más enemigo de la ley, porque no puede pagar lo que es exigido por ella.

Pues el pecar es su naturaleza y no puede por sí mismo hacer otra cosa; por eso es la ley su muerte y su martirio. No es que la ley sea mala, sino que la mala naturaleza no puede soportar lo bueno, es decir que la ley exija de él algo bueno. Lo mismo que un enfermo no puede soportar que se exija que corra y salte y haga otras obras propias de un sano.

Por eso concluye aquí San Pablo que donde la ley se comprende bien y es captada de la mejor manera, allí no hace más que recordarnos de nuestros pecados y nos mata mediante los mismos y nos hace merecedores de la ira eterna, lo que se aprende y se experimenta tan bien en la conciencia, cuando es tocada seriamente por la ley. Por consiguiente hay que tener algo distinto y superior a la ley para hacer al hombre bueno y salvo. Los que no entienden correctamente la ley son ciegos; se portan con temeridad y piensan

satisfacer la ley con obras, pues no saben cuánto exige la ley, es decir, un corazón libre, de buena voluntad, alegre. Por ello no pueden mirar a Moisés directamente a la cara; pues está cubierta y tapada para ellos por un velo.

Después muestra cómo el espíritu y la carne luchan entre sí en un hombre y se coloca él mismo como ejemplo, para que aprendamos a conocer la obra de matar los pecados en nosotros. Pero él llama a ambos, al espíritu y a la carne, una ley, porque así como es propio de la ley divina que impulse y exija, así también la carne impulsa, exige y se rebela contra el espíritu y quiere ver cumplido su deseo. Esta lucha permanece en nosostros mientras vivimos; en algunos, más, en otros menos, según que el espíritu o la carne llegue a ser más fuerte; y sin embargo el hombre mismo en su totalidad es ambas cosas, espíritu y carne; este hombre lucha consigo mismo hasta que llegue a ser completamente espiritual.

En el capítulo octavo consuela a tales luchadores con que tal carne no condena, y muestra además la naturaleza de la carne y del espíritu y cómo el espíritu viene de Cristo que nos ha dado su Espíritu Santo que nos hace espirituales y modera la carne y nos asegura que no obstante somos hijos de Dios, aunque el pecado desencadene en nosotros su furor, siempre que sigamos al espíritu y nos opongamos al pecado para matarlo. Como nada mejor existe para suprimir la carne que la cruz y el sufrimiento, nos consuela en el sufrimiento mediante la asistencia del espíritu, del amor y de todas las criaturas, es decir, ambas cosas: el espíritu suspira en nosotros y la criatura anhela en nosotros que seamos liberados de la carne y del pecado. Así podemos ver que estos tres capítulos se dirigen hacia la misma obra de la fe, esto es, matar al viejo Adán y someter la carne.

En los capítulos nueve, diez y once enseña sobre la eterna providencia de Dios, en la cual tiene su origen quien ha de creer y quien no, quien puede liberarse de los pecados y quien no, con lo que es tomado para siempre y totalmente de nuestras manos y es colocado totalmente en la mano de Dios el que podamos ser justos. Y esto es lo más necesario, pues somos tan débiles e inconstantes que si de nosotros dependiera no llegaría ciertamente ningún hombre a ser salvo; el diablo los dominaría a todos. Pero por cuanto Dios está seguro de que su providencia no le falla, ni que nadie la puede estorbar, por eso tenemos esperanza contra el pecado.

Pero aquí hay que colocar un límite a los espíritus atrevidos y altaneros que empeñan los esfuerzos de su inteligencia ante todo en sondear el abismo de la providencia divina y se preocupan en vano con el problema de su predestinación. Ellos provocarán su propia caída, sea que desesperen o que pongan su vida en juego. Tú, sin embargo, sigue esta epístola en el orden que la misma epístola esta-

blece, ocúpate primero en Cristo y en el evangelio, de modo que reconozcas tus pecados y la gracia divina y luego luches con el pecado, como se ha enseñado en los capítulos uno a ocho. Después, cuando hayas llegado al capítulo octavo —bajo la cruz y el sufrimiento— allí aprenderás bien cuán consoladora es la doctrina de la providencia de que hablan los capítulos 9, 10 y 11. Pues sin sufrimiento, sin cruz y sin peligros de muerte no se puede tratar la providencia sin daño y oculta cólera contra Dios. Por ello, debe estar muerto Adán, antes de que él soporte esta cosa y beba el vino fuerte. Por ello, debes precaverte de beber vino, cuando aún eres un lactante. Cada doctrina tiene su medida, su tiempo y su edad.

En el capítulo 12 enseña sobre el verdadero culto a Dios y hace a todos los cristianos sacerdotes, de manera que tienen que sacrificar, no dinero ni animales, como en la ley, sino sus propios cuerpos, mortificando sus malas pasiones. Después describe la conducta exterior de los cristianos en el régimen espiritual, cómo deben enseñar predicar, gobernar, servir, dar, sufrir, amar, vivir, actuar, frente al amigo, del enemigo o de cualquiera. Estas son las obras que hace un cristiano; pues, como se ha dicho, la fe no es ociosa.

En el capítulo trece enseña a honrar y obedecer la autoridad secular; el objeto de su institución es que —aunque no haga buena ante Dios a la gente— al menos logre que la gente buena tenga exteriormente paz y protección y los malos no puedan hacer el mal libremente sin temor o en paz y tranquilidad. Por eso deben honrarlo también los buenos, aunque no necesiten de él. Pero finalmente lo encuadra todo en el amor y lo encierra en el ejemplo de Cristo: como él hizo con nosotros, así hagamos nosotros también y sigamos en sus pisadas.

En el capítulo catorce enseña a conducir con cuidado las conciencias débiles en la fe sin herirlas, utilizando la libertad de los cristianos no para dañar sino para proteger a los débiles. Pues donde no se hace esto, se produce la contienda y el desprecio del evangelio, cuya conservación debe preocuparnos más que nada, porque es mejor ceder un poco al débil en la fe, hasta que llegue a ser más fuerte, antes que toda la doctrina del evangelio sucumba. Y tal obra es una labor especial del amor que es muy necesaria, precisamente ahora cuando sin necesidad alguna se perturba a las conciencias débiles desvergonzada y rudamente por comer carne y permitirse otras libertades, antes de que conozcan la verdad.

En el capítulo quince pone a Cristo como ejemplo para que toleremos también a los otros débiles que caen en la flaqueza de los pecados manifiestos o que son de costumbres desagradables, a los que no se debe rechazar, sino tolerarlos hasta que lleguen a ser mejores. Porque así ha actuado Cristo con nosotros y lo hace diaria-

mente aún, de tal manera que soporta muchos vicios y malas costumbres junto a toda clase de imperfecciones en nosotros y nos ayuda constantemente. Después, al finalizar, ruega por ellos, los alaba y los encomienda a Dios; muestra cuál es su oficio y su predicación y pide muy amablemente contribución para los pobres en Jerusalén; todo lo que habla y trata es puro amor. Por lo tanto, encontramos en esta epístola de la manera más abundante lo que un cristiano debe saber, es decir, qué es la ley, el evangelio, el pecado, el castigo, la gracia, la fe, la justicia, Cristo, Dios, las buenas obras, el amor, la esperanza, la cruz, y cómo debemos comportarnos frente a cada persona, sea buena o pecadora, fuerte o débil, amigo o enemigo y frente a nosotros mismos. Todo esto además fundamentado muy acertadamente con textos de las Escrituras y mostrado con ejemplos propios y de los profetas, de modo que no queda nada más que desear. Por eso parece también que San Pablo ha querido en esta epístola resumir de una vez brevemente toda la doctrina cristiana y evangélica y facilitar el acceso a todo el Antiguo Testamento. Porque, sin duda, quien tiene esta epístola bien arraigada en su corazón posee en sí la luz y la fuerza del Antiguo Testamento. Por ello, cada cristiano debe familiarizarse con ella y ejercitarse permanentemente en ella. Para ello le otorgue Dios su gracia. Amén.

El último capítulo es un capítulo de salutaciones. Sin embargo, introduce una noble advertencia ante las doctrinas de los hombres que se infiltran entre la doctrina evangélica y provocan escándalo, como si ciertamente hubiese previsto que debían venir de Roma y por los romanistas los seductores y molestos cánones y decretales y todo enjambre y todos los gusanos de las leyes y mandamientos humanos que ahogan ahora a todo el mundo y que han aniquilado esta carta y toda la Sagrada Escritura junto con el espíritu y la fe, de modo que no ha quedado sino el ídolo vientre, cuyos servidores censura San Pablo. Dios nos redima de ellos. Amén.

Trad.: Carlos Witthaus.

CARTA A LOS ROMANOS

Capítulo 1

v. 1. Pablo, siervo de Jesucristo. WA 157

El propósito principal de esta carta es destruir, deshacer y desbaratar toda sabiduría y justicia de la carne —esto es, todas aquellas obras consideradas grandes ante los ojos de los hombres y aun ante nuestros propios ojos— por más que sean obras hechas de corazón y con ánimo sincero; y al mismo tiempo dejar bien sentado qué es el pecado, y mostrarlo en toda su dimensión, por más que algunos insistan y hayan insistido en negar su existencia. Por esto dice también San Agustín en el capítulo 7 de su obra *Acerca del Espíritu y la letra*: "El apóstol Pablo combate con toda energía a los soberbios[1] y arrogantes y a los que hacen alarde de sus propias obras etc.". Y más adelante: "En la carta a los Romanos, esta cuestión es tratada casi como tema único y exclusivo, y con tanta tenacidad y en tan diversa forma que a veces llega a cansar la atención del lector. Sin embargo, es un cansancio útil y saludable".[2] Pues hay muchos, y los hubo también antaño, entre los gentiles y entre los judíos, que opinaban así; no es necesario que yo posea virtudes y conocimientos imaginarios y que salten a la vista; basta con que los tenga en mi fuero interno, como algo que brota del corazón. Tal era el caso con muchos filósofos. Pero aunque no expusieran sus perfecciones a la admiración pública ni se jactaran de ellas, sino que las cultivaran impulsados por un verdadero afecto a la virtud y la sabiduría, como

1 La soberbia, uno de los siete "pecados capitales" del catálogo medieval, es un tema que Lutero trata con frecuencia. En un sermón del año 1514 dice: "Todas las rebeliones tienen su origen en la sabiduría de la carne, que no es capaz de subordinarse a Dios" y "La soberbia no cesa de luchar contra la justicia de Dios" (Ed. de Weimar I 30 y ss.) En sus "Lecturas sobre los Salmos" declara: "La soberbia es la madre del error, la que marcha a la cabeza de todas las herejías". (WA IV, 437).

2 S. Agustín, *De Spiritu et littera*, cap. 7: 12-13; Patrología, Series Latina. Migne XLIV 207.

ocurrió con los mejores y más sinceros de entre ellos, de los cuales fuera de Sócrates conocemos sólo a unos pocos— no obstante, no lograron evitar el sentir complacencia consigo mismos, y el tener de sí mismos, siquiera en lo recóndito de su corazón, el elogioso concepto de ser personas sabias, justas y buenas. De ellos dice el apóstol aquí en su carta (Ro. 1:22): "Profesando ser sabios, se hicieron necios".[3]

Pero no es esto lo que debe tratarse aquí, sino más bien lo contrario. Pues en la iglesia cristiana se ha de enseñar no solamente que la justicia y sabiduría nuestras carecen de todo valor y por lo tanto no deben ser objeto de glorificación ni de falsa estima, si bien
WA está escrito en el Evangelio (Mt. 5:15): "Una lámpara encendida
158 hay que ponerla no debajo de un almud sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa," y (Mt. 5:14): "Una ciudad asentada sobre un monte no puede ser escondida". No es esto, digo, lo que hay que recalcar, sino que se debe insistir en que nuestra justicia y sabiduría deben ser destruídas y deshechas de modo tal que ya no sean objeto de estima y complacencia interior ante nuestros propios ojos. En efecto: si nosotros mismos las consideramos cosas despreciables, nos resultará fácil pasar por alto las críticas y la alabanza de los demás, como nos lo dice el Señor por boca de Jeremías (Jer. 1:10): "Para que deshagas, destruyas, disipes y desbarates," a saber, todo lo que hay dentro de nosotros (o sea, todo lo que nos causa satisfacción porque procede de nosotros y es inherente en nosotros), "y para que edifiques y plantes," a saber, todo lo que está fuera de nosotros, y en Cristo. Esto queda expresado también en la visión que tuvo Daniel de aquella piedra que destruyó la estatua[4]. Dios quiere salvarnos no mediante una justicia y sabiduría dentro de nosotros, sino fuera de nosotros; no mediante una que es producida y que crece en nuestro interior, sino mediante una que viene a nosotros desde fuera; no mediante una que tiene su origen en nuestra tierra, sino mediante una que viene del cielo. Es

[3] Aun allí donde Lutero no indica el lugar exacto de la cita, como en este caso, lo agregamos como ayuda para el lector. En *todos* los casos agregamos el versículo, que Lutero no pudo indicar por cuanto la división del texto bíblico en versículos data de alrededor de 1550.

La traducción de los textos bíblicos sigue, por norma general, la forma como los cita Lutero en el original, que es la de la Vulgata latina. Donde la coincidencia es prácticamente total con la versión española de Reina-Valera, presentamos ésta.

[4] Referencia a Dn. 2: "Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra". Nicolás de Lyra (1270-1340, profesor de la Sorbona; su Comentario sobre la Biblia, que mayormente presenta el sentido literal, es elogiado repetidas veces por Lutero) interpreta este pasaje como alusión a Cristo, la piedra del ángulo (Mt. 21:42).

preciso, pues, que se nos enseñe una justicia que viene totalmente
de fuera, una justicia no nuestra. Y para esto primeramente tiene
que ser deshecha la justicia propia que habita dentro de nosotros.
Así leemos en el Salmo 45:10: "Olvida tu pueblo y la casa de tu
padre, etc." También a Abraham se le dio una orden en el mismo
sentido (Gn. 12:1). Y en el Cantar de los Cantares hallamos el
siguiente pasaje: "Ven desde el Líbano, oh esposa mía, y serás
coronada".[5] Igualmente, cada uno de los tantos éxodos del pueblo
de Israel simbolizaba en su tiempo aquella salida o paso que es inter-
pretado como paso de los vicios a las virtudes. Mejor aún sería
tomarlo como paso de las virtudes a la gracia de Cristo, puesto que
las virtudes de esta índole son vicios tanto mayores y más graves
cuanto menos se las concibe como tales, y cuanto más dominio
ejercen sobre el sentir del hombre, a expensas de todas las demás
buenas *cualidades. Así fue como la parte derecha del Jordán tuvo*
más miedo que la parte izquierda.[6] Ahora empero Cristo quiere
que toda nuestra disposición esté de tal modo desembarazada[7] que
no sólo no temamos ser confundidos por nuestros vicios ni nos delei-
temos en la gloria y la vana alegría por nuestras virtudes, sino que WA
tampoco nos sintamos impulsados a jactarnos ante los hombres de 159
aquella misma justicia "de fuera" que, procedente de Cristo, se halla
en nosotros, ni tampoco nos dejemos abatir por los sufrimientos y
los males que nos sobrevienen por causa de Él. Un cristiano verda-
dero debe estar tan desembarazado de toda jactancia respecto de su
propia persona y sus cualidades, que ni la gloria ni la afrenta logren
inmutarlo; y eso porque sabe que la gloria que se le tributa, no le es
tributada a él sino a Cristo cuya justicia y cuyos dones lucen a
través de él; y que la afrenta que se le inflige, le es infligida tanto a
él como a Cristo. Pero para llegar a esta perfección necesitamos
mucha práctica —aparte, claro está, de un don especial de gracia.
Pues aunque una persona sea considerada sabia, justa y buena ante
los hombres, ya sea a causa de sus dones naturales o a causa de sus
dones espirituales, no por eso merece el mismo concepto ante Dios,
máxime si esta persona misma se tiene por sabia, justa y buena. Por
eso, en todas estas cosas debemos observar una humildad total[8]

[5] Cnt. 4:8 (Vulgata).

[6] Comp. Jos. 3:16 y Sal. 114:1-3.

[7] Expresiones tales como "desembarazar" (*exuere*) y "estar desnudo" (*nudus*) son típicas para el lenguaje de diversos autores medievales cuyas obras Lutero había estudiado (San Bernardo, Tauler, Staupitz), y también aparecen en el idioma litúrgico. Significan la separación completa de todo cuanto pudiera ser objetable.

[8] La "humildad" es la nota dominante a través de casi todas estas lecturas sobre Romanos, como lo fue también en las precedentes lecturas sobre

como si hasta el momento no poseyéramos nada propio, y debemos aguardar a que la desnuda misericordia de Dios nos declare justos y sabios. Y Dios lo hará así si hemos sido humildes y no nos hemos anticipado a Dios declarándonos justos nosotros mismos y creyendo "ser algo". Como leemos en 1 Co. 4:3-5:" Tampoco me juzgo a mí mismo. El que me juzga, es el Señor. Por lo tanto, no juzguéis ante tiempo, etc." Por cierto, son muchos los que por amor a Dios restan todo valor a los bienes de la mano izquierda[9], o sea, los bienes de este tiempo presente, y renuncian a ellos de buena gana, como lo hacen los judíos y los herejes. Muy pocos son, en cambio, los que restan todo valor a los bienes de la mano derecha, o sea, los bienes espirituales y las obras consideradas justas, por el afán de adquirir la justicia de Cristo, porque esto es algo que ningún judío ni hereje puede hacer. Y sin embargo, nadie podrá ser salvo a menos que haga precisamente esto; pues la gente siempre quiere y espera que sus propias obras sean aceptadas por Dios y premiadas. Pero a esto se opone la inconmovible sentencia (Ro. 9:16): "No es cosa del hombre que quiere y que corre, sino del Dios que se apiada".

Pero vayamos ahora a la carta misma. Por mi parte, no puedo
WA creer[10] que las personas a quienes Pablo dirige esta carta, y a quienes
160 titula amados de Dios, llamados, santos, hayan sido de índole tal que el apóstol se haya visto en la necesidad de intervenir a causa de la discordia que reinaba entre ellos, y de llegar a la conclusión de que todos ellos eran pecadores. No; si ellos eran cristianos, lo sabían y se daban cuenta de ello precisamente a base de su fe. Yo creo más bien que Pablo quiso aprovechar la ocasión de escribir a aquellos fieles a fin de que tuvieran el testimonio de un gran apóstol en pro de la fe que ellos profesaban y de la verdad en que habían sido instruídos, en su lucha contra los judíos y gentiles en Roma que aún eran incrédulos y se gloriaban de sus perfecciones humanas, rechazando y denigrando la humilde sabiduría de los creyentes. Estos creyentes por aquel entonces no tenían otra alternativa que vivir

---

los Salmos. Lutero no tiene reparos en decir que la humildad es el tema de la Escritura entera. "¡Qué otra cosa enseña la Escritura sino la humildad que nos sujeta no sólo a Dios sino también a toda criatura!" dice, comentando Ro. 2:11. "La humildad no es otra cosa que obediencia y justicia total" (WA IV, 406, 4). Lo opuesto es la "soberbia", raíz de todo mal, principio de todo pecado.

[9] Las expresiones "de la mano izquierda" y "de la mano derecha" en su aceptación común y corriente de "desfavorable" y "favorable", o "mundanal" y "espiritual" respectivamente, cuentan entre las locuciones favoritas de Lutero, quien las usa en distintas aplicaciones y distintos contextos (sermones, exposición de Salmos y otros escritos).

[10] En su prólogo, Nicolás de Lyra designa como propósito de la carta el de "apartar a los de Roma de una fe falsa".

entre esa gente, y oir y decir cosas que era imposible armonizar, como lo hace notar el apóstol también en 2 Co. 5:12: "No nos recomendamos otra vez a vosotros, sino que os damos ocasión de gloriarnos por nosotros, para que tengáis con qué responder a los que se glorían en las apariencias y no en el corazón". Veamos por lo tanto el texto, hasta el pasaje donde dice: "Porque el evangelio es poder de Dios" (Ro. 1:16). Contiene enseñanzas prácticas más bien que abstractas, porque el apóstol enseña en primer término, mediante su ejemplo personal, cómo un guía espiritual debe actuar para con los que están bajo su cuidado.

Pues es propio de un ministro *prudente* de Dios hacer que su ministerio sea honrado y respetado por parte de aquellos entre los cuales es ejercido.

Propio de un ministro *fiel* es, empero, no caer en excesos en el ejercicio de su ministerio ni abusar de él para halagar su propia vanidad, sino desempeñarlo sólo en beneficio de los que han sido confiados a su cuidado.

Un ministro de Dios debe ser un "siervo prudente y fiel" (Mt. 24:45). El que no se esfuerza por ser lo primero, es decir, un siervo prudente, llega a ser un ídolo[11], un perezoso, una persona indigna del honroso título de "siervo de Dios". Así, los que con una mal entendida humildad tratan de llevarse bien con todo el mundo en todo, y aspiran a ser populares entre sus feligreses, necesariamente pierden la autoridad que como regentes debieran poseer, y la familiaridad engendrará el desprecio. ¡Cuán grave es el pecado que estos ministros imprudentes cometen! Las cosas que son de Dios y que fueron confiadas a ellos, las exponen al riesgo de ser pisoteadas en lugar de cumplir con su cometido de hacerlas respetar y honrar en la forma debida. Por otra parte, si el ministro de Dios no se esfuerza por ser lo segundo, es decir, un siervo fiel, llega a ser un tirano que constantemente atemoriza a la gente con su poder y quiere que se lo tenga por una persona temible. En vez de afanarse porque su ministerio produzca el mayor provecho posible para los demás, se afana por que infunda el mayor miedo posible, a despecho de la advertencia del apóstol de que aquel poder le fue conferido al ministro no para destrucción sino para edificación. Pero digamos en concreto cómo se llaman estos dos males: se llaman indulgencia excesiva, y rigor excesivo. Respecto de la excesiva indulgencia leemos en Zacarías 11:17: "¡Ay del pastor e ídolo[12] que abandona el

[11] Véase la definición similar que Lutero da de los ídolos de Is. 48:5, en la pág. 36.

[12] En su comentario sobre este pasaje, N. de Lyra define el *ídolo* como "lo que es adorado como Dios pero no es Dios". Véase también la definición de Lutero en cuanto a *idola*, pág. 36.

rebaño!" Y acerca del excesivo rigor se dice en Ez. 34:4: "Con dureza y con violencia los habéis gobernado". Estos son los dos males básicos de donde nacen todos los demás errores de los pastores[13]. ¿A quién le habría de extrañar? Pues la indulgencia excesiva
WA se funda en los malos deseos, y el excesivo rigor, en la ira nodomi-
161 nada. Y de estos dos errores proceden todos los demás males, como bien se sabe. Es, por lo tanto, cosa de sumo riesgo hacerse cargo del ministerio sin que hayan sido abatidas primeramente estas dos bestias[14], cuya perniciosidad aumenta en la medida en que tienen acceso al poder que las capacita para causar daño. A través de todo el prólogo o preámbulo de su carta, el apóstol se presenta a sí mismo como luminoso ejemplo de oposición a estos dos monstruos. En primer término describe con vivos colores la gloria de su ministerio, para evitar que sus feligreses lo vilipendien como hombre perezoso y demasiado indulgente. Y en segundo lugar, para no ser tenido por tirano y hombre violento, se conquista el afecto de los suyos mediante toda suerte de demostraciones de su buena voluntad, con el objeto de prepararlos, con esta mezcla bien proporcionada de respeto y amor, para la recepción del evangelio y de la gracia de Dios. Por ende, siguiendo el ejemplo del apóstol, todo pastor de la iglesia deberá, cual animal de pezuña hendida y limpia[15], discernir primeramente con ojos bien abiertos entre su propia persona y su oficio, esto es, entre la "forma de Dios" y la "forma de siervo" (Fil. 2:6,7) y, estimándose a sí mismo siempre como el más insignificante entre todos los siervos, desempeñar su ministerio con una mezcla de temor y amor. Deberá empeñarse en hacer solamente lo que redunde en beneficio de los que son objeto de su ministerio; y, consciente de que toda la labor del pastor existe para, y tiene como meta, el crecimiento saludable de los pastoreados, no debiera titubear en renunciar a su cargo al comprobar que ese crecimiento de los pastoreados no se produce, o que su propia persona es factor que lo impide. Por cierto, este es el pecado más grande que un

[13] Lutero enfatiza repetidas veces la elevada posición y grande responsabilidad de los clérigos; p.ej. WA III 647, 32 y s.: "Cualquier clérigo (*prelatus*) es un vicario de Cristo, un guía (*caput*) místico, un Cristo místico". Por otra parte, Lutero señala también la oposición con que estas personas tropiezan por parte de sus subordinados, p.ej. en su comentario sobre el Salmo 1 (WA III, 18, 11 y ss.), donde describe la rebelión de los monjes (*religiosi*) contra sus superiores (*prelati*).

[14] Los vicios *(vitia)* solían representarse como figuras de mujeres, derribadas a tierra y encorvadas, pero también como bestias.

[15] Lutero parece aludir a la interpretación alegórica de Lv. 11:3 y ss. y Dt. 14:6 y ss. Según esta interpretación, el mero "rumiar" sin tener "pezuña hendida" significaría aceptar sólo la ley y no creer en la Trinidad, y por consiguiente, ser "inmundo".

pastor puede cometer: si por el uno o el otro de estos dos errores, o por ambos, impide que su ministerio rinda su fruto; y harto difícil le resultará dar cuenta de su mayordomía.

Por esto, el apóstol dice: *Siervo de Jesucristo.* En esta expresión se combinan la majestad y la humildad. La humildad, porque Pablo no se presenta como amo y fundador, como acostumbran hacerlo los tiranos y los orgullosos, quienes abusan de su poder dando la impresión de que en su mente no cabe otra cosa que la imagen de su poderío, como si este poderío hubiera tenido su origen en ellos mismos, cuando en realidad lo recibieron de otro. De ahí que los tales no puedan disfrutar de los beneficios que les brinda su posición encumbrada, sino que sólo disfrutan del poder en sí. La majestad en
cambio se revela en el hecho de que Pablo se gloría, lleno de júbilo, WA
de ser el siervo de un Señor tan grande. Si ya el desdeñar y rechazar 162
al siervo del emperador trae malas consecuencias, ¿qué será de aquellos que desdeñan y rechazan a los siervos de Dios? Por esto, el que dice "siervo de Jesucristo" pronuncia una palabra tremenda y poderosa. Creo, además, que la palabra "siervo" es usada en este pasaje como designación del oficio y de la dignidad, y no para especificar la relación de servicio de Pablo respecto a Dios ni su sujeción bajo El. O sea: creo que al emplear este término, el apóstol no tuvo la intención de hacer resaltar sus propias obras personales con que él servía a Dios de una manera singular y muy especial. Pues esto habría sido una señal de arrogancia. ¿Quién, en efecto, puede atreverse a afirmar rotunda y categóricamente: "Yo soy un siervo de Dios", sin saber si en realidad ha hecho todo lo que su Señor exige de él? Pablo mismo dice en 1 Co. 4:3: "Pero ni aun yo me juzgo a mí mismo".[16] Pues a nadie más que a Dios le incumbe emitir juicios, y a él corresponde determinar quién es un siervo y quién un adversario. Al llamarse a sí mismo expresamente un siervo, Pablo quiere dejar constancia, como ya se acotó, de que él recibió su oficio de parte de Dios, de una manera diferente que todos los demás; como si dijera: "Es verdad, yo predico el evangelio y enseño a la iglesia; yo bautizo y hago todas las demás obras que, en definitiva, son las obras del solo Dios. Sin embargo, estas obras las hago no como un amo puesto sobre vosotros, sino como siervo a quien le fue encomendado desempeñar estas tareas en vuestro medio. Siervo soy en este sentido: para serviros a vosotros; y mi servir no apunta a otra cosa que a realizar aquello que se me ordenó hacer en bien vuestro". Ese servir de Pablo es distinto de aquel otro servicio a Dios al que hemos sido llamados todos por igual; es un servir relacionado con Dios solo. Para decirlo en pocas palabras: el "siervo de

[16] En el original: 2 Corinth 4.

Dios", en el sentido moral y tropológico, es toda persona en sí, y para sí mismo. El "siervo de Dios" en el sentido alegórico es una persona *para* otros y *por encima* de otros y *a causa* de otros. Por esto, el "siervo de Dios" en sentido alegórico significa dignidad y honor, el "siervo de Dios" en sentido moral y tropológico significa total sujeción y humildad. Consecuentemente, el segundo, o sea, el "siervo de Dios" en sentido alegórico implica certidumbre y debe inspirar ánimo, cosa que de ninguna manera es aplicable en el caso del primero, o sea, del "siervo de Dios" en sentido moral y tropológico. Además: el segundo es una ayuda para los demás y su servicio está ajustado a las necesidades de sus semejantes; el primero es de provecho solamente para el individuo mismo. El segundo es un don especial conferido a ciertas personas; el primero debe ser común a todos. El segundo tiene asignadas tareas específicas y traza límites determinados, el primero en cambio incluye todo cuanto una persona sea capaz de hacer. El segundo puede existir sin gracia, el primero no. Por ende, el segundo otorga mayor dignidad, pero el primero es más salutífero. El segundo es manifiesto a los hombres que residen en la gloria, el primero en cambio no es suficientemente conocido ni siquiera para el individuo mismo, como lo hice ver en un párrafo anterior.

Llamado apóstol.

Esto significa, para expresarlo más claramente, "llamado para ser un apóstol" o "llamado al apostolado". Con estas palabras, Pablo describe de un modo aún más específico su servicio, o su ministerio. Muchos hay, en efecto, que son siervos y ministros de Jesucristo, mas no todos son apóstoles. Todos los apóstoles empero son también siervos, esto es, ministros, o sea, personas que hacen la obra de Dios, sobre otros y para otros, en el lugar de Dios y como
WA representantes suyos. Además, con la primera palabra —"llamado"—
163 Pablo asesta un violento golpe a tres tipos de hombres que no son llamados a oficios de honor. *Los primeros* son los falsos profetas, que en aquel entonces abundaban por todas partes, a los cuales el diablo sembró como cizaña entre el trigo (Mt. 13:25) y a quienes envió desde el norte cual la olla hirviente de Jeremías (Jer. 1:13). *Los segundos* son los que entran en el ministerio impulsados por su ambición personal. Estos quizás no sean falsos profetas o falsos siervos, ya que enseñan lo correcto y verdadero y guían a los demás de una manera genuinamente católica. No obstante, por cuanto no han sido llamados para desempeñar un cargo, caen bajo la acusación expresada con la palabra "llamado". También es posible que no sean "ladrones y salteadores" (Jn. 10:1) como los primeros.

Sin embargo, son asalariados (Jn. 10:12) que no tienen en vista más que su propio interés, no el de Jesucristo. Las ovejas les importan sólo en la medida en que puedan obtener de ellas ganancias en forma de honores, oro o placeres. La iglesia de hoy día está llena de gente de esta naturaleza. Es verdad que en las Escrituras no se los acusa y condena de la misma manera como a los falsos profetas y falsos apóstoles, esto es, a los heréticos y cismáticos y pérfidos, de los cuales se dice que "corren sin haber sido enviados y hablan sin haber recibido el encargo para ello" (Jer. 23:21) y que "buscan la mentira" (Sal. 4:2) etc. Sin embargo, Dios no los considera aceptables, por cuanto asumen y buscan para sí un cargo honorífico no por amor desinteresado sino por avidez de remuneraciones. Similares a éstos son los del *tercer* tipo, que entran en el oficio por la fuerza, o que son introducidos por la fuerza por otros, aun contra el deseo de sus súbditos. Este tipo es peor que el segundo, pero no tan malo como el primero. Siendo pues tan sublimes los ministerios sagrados, hay que cuidarse muy bien de no entrar en este oficio sin haber sido llamado por Dios; más aún: Hay que cuidarse de ello más que de todo otro peligro que pudiera haber en este siglo y en el siglo venidero, porque en verdad, no hay peligro comparable al de ser un siervo sin haber sido llamado. Mas ¡ay!, ¡cuánta insensibilidad existe hoy día en mucha gente! Ven todo esto, pero no le dedican siquiera una fugaz reflexión. Ni aun los que han sido llamados por Dios gozan de seguridad plena; y aquéllos: ¿en dónde aparecerán?[17] Sucumbió el apóstol Judas, cayó Saúl, cayó también David, el hombre escogido, todos ellos personas llamadas y ungidas de una manera peculiar. ¡Ay de aquellos otros miserables!

Con el segundo término, *apóstol*, Pablo pone de relieve la dignidad de su ministerio, para hacer que aumente entre sus feligreses y oyentes la respetuosa estima del mismo. Pues si a todo siervo de Dios se lo debe recibir con reverencia y amor por el hecho de que realiza entre nosotros la obra de Dios, ¡con cuánto mayor reverencia se debe recibir a un apóstol! El es el mensajero de Dios de más elevado rango, y el ángel más eminente de las huestes del Señor, es decir, de Jesucristo.

Por cierto, entre los demás beneficios que Dios nos brinda en número tan alto, debemos reconocer con alabanzas y con el más
humilde agradecimiento también este beneficio: que Dios en su gran WA
piedad haya dado tal poder a seres *humanos*, a fin de que no fuéra- 164
mos amedrentados en demasía, con el resultado de que la obra de Dios entre nosotros se habría visto entorpecida por nuestro excesivo temor, cosa que sin duda habría ocurrido si Dios hubiese actuado en

[17] Evidente alusión a 1 P. 4:18.

persona o por medio de ángeles. Pero no: como un buen médico que toma en cuenta nuestra débil condición, Dios eligió a hombres iguales a nosotros, gente conocida, esto es, criaturas ante las cuales no tenemos por qué sentir temor alguno, para que de esta manera la obra de Dios entre nosotros prosperase y diera ricos frutos, desaparecido ya ese terror que experimentaban los profetas cada vez que recibían un mensaje de Dios mismo o de un ángel. Ni aun Moisés pudo sustraerse a este terror. Pues el Verbo todavía no se había hecho carne, todavía no éramos capaces de apropiárnoslo, a causa de su sublimidad y nuestra debilidad. Pero ahora se ha hecho accesible a nosotros, se ha encarnado, y nos es trasmitido por hombres de carne y hueso; lo cual, sin embargo, no significa que ahora lo debamos amar y temer menos. Sigue siendo el mismo Verbo de antes, sólo que ahora ya no inspira terror sino amor. Pero días vendrán en que llegará a ser tanto más terrífico para los que ahora rehúsan reverenciarlo y amarlo.

Apartado para el evangelio de Dios.

Esta frase se puede entender de dos maneras diferentes.

En primer lugar, podemos darle el mismo sentido que tienen las palabras escritas en Hch. 13:2: "Dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Pablo y a Bernabé para la obra a que los he llamado".[18] En este caso, la frase "Apartado para el evangelio de Dios" indica que a Pablo le fue conferido en particular el apostolado entre los gentiles, así como a Pedro y los demás apóstoles les fue encargado el apostolado entre los de la circuncisión y entre los judíos. Podríamos ver entonces en dicha frase una descripción más detallada del ministerio de Pablo; porque él es no sólo un "siervo" y un "apóstol de Dios" sino un hombre que fue separado de los demás para ser enviado a los gentiles.

En segundo lugar podemos interpretar la frase en concordancia con lo que el mismo apóstol escribe en Gá. 1:15,16: "Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles". En este caso, el sentido es: Ya en el seno de su madre, Pablo fue ordenado por Dios, él solo de entre los judíos, para llegar a ser un apóstol a los gentiles. Un ejemplo prefigurativo tenemos en la persona del profeta Jeremías, al cual se le dijo (Jer. 1:5): "Antes de que tu madre te diera a luz, yo te santifiqué, te di

[18] En un sermón del año 1524, Lutero dice con respecto a este pasaje: "Esta es la ordenación al ministerio por el Espíritu Santo, como en Gá. 1:1" WA XVII-I, 509, 21.

por profeta a las naciones". Pero en la persona de Pablo, esta palabra se cumplió en toda su plenitud. Los vocablos "santificar", "apartar" y "segregar" se emplean en las Escrituras casi como sinónimos —si bien suena menos pretensioso y es más modesto llamarse a sí mismo "apartado", y no "santificado", para evitar que lo tomen a uno por un petulante. Pues lo que es santo y consagrado a Dios, es también segregado y apartado, y por ende santificado, —separado y "santifi- WA
cado", se entiende, del contacto con otras cosas no santas. De ahí 165
que "santificaos a vosotros mismos" es sinónimo de "Apartaos de las cosas de este mundo". Esta es la santa voluntad de Dios: que os apartéis de los hombres malos, hablando en sentido alegórico, y de los pecados, hablando en sentido moral. Luego, "apartado para el evangelio de Dios" es la misma cosa, o sea: "Separado de la preocupación en cuanto a otros quehaceres, he sido destinado a, iniciado en y consagrado para este único oficio de predicar el evangelio, igual como un sacerdote ha sido apartado y separado para ofrecer el sacrificio". Personalmente prefiero este sentido al otro.

Finalmente, Pablo rebate con esta frase a los que, pese a haber sido apartados para el ministerio divino y pese al hecho de pertenecer al Señor, se meten en negocios extraministeriales, seculares, como si ellos también fuesen seculares. Por esto, el apóstol subraya que él ha sido apartado no para cualquier tipo de trabajo sino únicamente "para el evangelio", como si quisiera decir: "Mi tarea primordial es predicar el evangelio, como lo afirmo también en 1 Co. 1:17: 'Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio', aun cuando otros apóstoles puedan tener también algunas tareas más para las cuales fueron apartados, yo por mi parte he sido apartado para el evangelio".

v.2. Que él había prometido antes.

Esto lo dice para que no pensemos que este don —el evangelio— nos fue dado como premio a nuestros propios méritos, o que es un hallazgo de la sabiduría humana. En esto consiste el máximo poder convincente del evangelio: en que cuenta con el testimonio de la antigua ley y de los profetas, de que tales y tales cosas habrían de ocurrir. En efecto: el evangelio proclama lo que los profetas habían predicho que proclamaría, de modo que bien podemos decir que, por decisión de Dios, lo proclamado en el evangelio fue presentado como *hechos* aun mucho antes de que estos hechos realmente se produjeran, y eso para que la gloria por esta enseñanza sea tributada a Dios solo, y no a nuestros méritos o esfuerzos, ya que el evangelio fue dado antes de que nosotros existiéramos, según sus propias palabras (Pr. 8:23): "Desde la eternidad fui compuesto, desde el

principio", a saber, en la forma de la Ley, "antes de la tierra", es decir, antes de la iglesia, que fuera de toda duda fue creada por la sabia palabra divina. Pues el evangelio, que es sabiduría de Dios y poder de Dios (1 Co. 1:24), constituyó a la iglesia y hace todo lo que esta sabiduría dice en aquel pasaje acerca de sí misma, para su propia alabanza y gloria. De ahí que se afirme en Am. 3:7: "Nada hará el Señor Dios sin que revele su secreto a sus siervos los profetas". Y en Is. 48:5 leemos: "Te lo dije ya hace tiempo", esto es, en la antigua ley; "antes de que las cosas ocurrieran, yo te las anuncié, para que no dijeras: Mis ídolos", esto es, las lucubraciones de mi propia sabiduría, "las hicieron, mis imágenes de fundición las mandaron. Lo oíste" a saber, en el tiempo de la ley y de los profetas, "ahora míralo todo" o sea, en el presente tiempo de la gracia, etc.

WA 166 *Por medio de sus profetas en las santas Escrituras.*

Con esto, Pablo hace ver la diferencia entre lo dicho por medio de los profetas, y la promesa dada por Dios antes de todos los siglos, de la cual él habla en Tit. 1:2: "La cual (esperanza) Dios, que no miente, prometió desde antes de los tiempos de los siglos". Pues esta promesa es la predestinación *desde la eternidad* de todo cuanto habría de acontecer en lo futuro. Por medio de los profetas, en cambio, se da una promesa *en el tiempo*, y con palabras humanas. Es esto una admirable prueba de la gracia de Dios: que más allá de la promesa eterna, él nos haya dado también promesas en palabras humanas, y no sólo a viva voz sino también por escrito. Y así lo dispuso Dios para que, una vez cumplida la promesa, aquellas palabras pusieran de manifiesto que todo obedeció al plan trazado por Dios de antemano. Pues así podemos darnos cuenta cabal —y esto es lo que Dios quiere— de que la religión de Cristo[19] no es producto de la ciega casualidad o del destino marcado por los astros, como sostenían muchos en su arrogante ignorancia[20], sino que fue el plan concreto y la premeditada disposición de Dios lo que hizo que las cosas sucedieran tal como realmente sucedieron. Hay otro factor más que conviene tener en cuenta; por eso el apóstol añade con mucho acierto: "en las santas Escrituras". Pues si sólo hubiera dicho "Por medio de los profetas," algún malintencionado podría

[19] En los días de Lutero, la palabra latina *religio* se usaba en muy diversas acepciones, pero mayormente en el sentido de "orden monástica", y en el sentido más general de "servicio o culto de adoración".

[20] Una referencia de Lutero a los remanentes contemporáneos de la astrología medieval. Puede mencionarse de paso que el propio Federico el Sabio, monarca de Lutero, era muy afecto a la astrología.

haber interpretado a Pablo como que estaba recurriendo a la autoridad de testigos muertos, desaparecidos ya hace mucho junto con su testimonio. Pero al añadir lo de "las santas Escrituras", el apóstol se refiere expresamente a los *escritos* de los profetas, y estos escritos existen hasta el día de hoy.

v.3 y 4. Acerca de su Hijo, que fue hecho para él de la simiente de David según la carne, que fue predestinado Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santificación, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos.

No sé de ningún expositor que haya dado una interpretación satisfactoria y correcta de este pasaje. Los exégetas de la iglesia antigua tropezaron con sus deficientes conocimientos hermenéuticos, y los exégetas más recientes tropezaron con la ausencia del Espíritu. No obstante, tomando como ayuda los esfuerzos ajenos, nos atrevemos WA
a ensayar en este pasaje también el ingenio nuestro, pero salvaguar- 167
dando siempre la integridad de nuestra fe. Y bien: a mi parecer, lo que el apóstol tiene en mente es lo siguiente: El contenido u objeto del evangelio, o como dicen otros,[21] el sujeto, es Jesucristo, el Hijo de Dios, nacido de la simiente de David según la carne, y ahora constituído Rey y Señor de todas las cosas en poder, y eso según el Espíritu Santo que lo resucitó de entre los muertos. Esta explicación cuenta con el fuerte apoyo del texto original griego, que reza así: "Acerca de su Hijo, hecho de la simiente de David, que fue destinado,[22] o designado, declarado, ordenado, etc., Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santificación por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro". Veamos ahora estas expresiones una por una.

Acerca de su Hijo: El evangelio es el mensaje acerca de su Hijo, no del Hijo de Dios en general sino del Hijo encarnado que procede de la simiente de David. Con esto, el apóstol hace ver claramente: "Cristo se despojó a sí mismo (Fil. 2:7) y llegó a ser débil. El que fue antes de todas las cosas y lo creó todo, éste mismo tiene ahora un comienzo y ha sido hecho". Pero el evangelio habla no sólo de la humildad del Hijo de Dios en virtud de la cual se

[21] P.ej. Nicolás de Lyra.

[22] En su obra *Epistolae Pauli Apostoli* (1512 y 1515) Faber Stapulensis tradujo la palabra griega *horistheis* con el latín *definitus*; Lutero en cambio adopta aquí la traducción *destinatus* que aparece en las *Adnotationes in latinam Novi Testamenti interpretationem* (1505) de Lorenzo Valla, añadiendo luego el *definitus* de la traducción de Faber, el *declaratus* del comentario del mismo autor, y otro sinónimo aclaratorio, *ordinatus*.

despojó a sí mismo, sino que habla también de su gloria y poder que después de su humillación recibió de Dios en su estado humanado. En otras palabras: así como el Hijo de Dios fue hecho Hijo de David por medio del humillarse y despojarse a sí mismo en la debilidad de la carne, así por otra parte el Hijo de David, a pesar de ser débil según la carne, ahora ha sido nuevamente establecido y declarado Hijo de Dios en toda la plenitud de su poder y gloria. Y así como según la forma de Dios se despojó a sí mismo descendiendo al nivel de la carne débil al nacer en este mundo, así según la forma de siervo él arribó al nivel de la plenitud de la Deidad (Col. 2:9) al ascender al cielo. Observemos la gran precisión con que se expresa el apóstol. El "Que fue hecho Hijo de Dios en poder" no lo dice de la misma manera como el "Que fue hecho según la carne". Pues desde el inicio mismo de la concepción de Cristo, en razón de la unión de
WA las dos naturalezas pudo decirse con entera propiedad: "Este Dios
168 es el Hijo de David, y este Hombre es el Hijo de Dios". La primera afirmación es correcta por cuanto la Deidad de Cristo fue tornada en exinanición y ocultada en la carne. Y también la segunda expresión es correcta por cuanto la humanidad fue llevada a completud y trasladada a la Deidad. Pero si bien es cierto que Cristo no fue hecho Hijo de Dios sino sólo Hijo del Hombre, sin embargo una y la misma persona siempre fue Hijo y es Hijo de Dios aun en su estado de Hijo del Hombre.

Pues bien: Cristo ya estaba "destinado, declarado y constituído Hijo de Dios en poder", pero aún no en cuanto concernía a los hombres. Había recibido ya la potestad sobre todas las cosas, ya era Hijo de Dios, pero todavía no estaba ejerciendo su potestad, todavía no era reconocido como tal Hijo de Dios. Pues este reconocimiento fue suministrado sólo por medio del Espíritu de santificación, y este Espíritu todavía no había sido dado (a los discípulos), porque Jesús todavía no había sido glorificado. El mismo dice: "El Espíritu me glorificará" (Jn. 16:14). Por boca de los apóstoles, el Espíritu Santo designó y declaró que Cristo era el Hijo de Dios que *ahora tenía potestad sobre todas las cosas, y que todas las cosas* estaban sujetas a él, y que Dios le había hecho Señor y Cristo (Hch. 2:36). Esto es lo que se nos quiere dar a entender con la frase "predestinado Hijo de Dios". Este Hombre, Hijo de David según la carne, es declarado ahora públicamente Hijo de Dios en poder, es decir, con potestad sobre todas las cosas, pues como Hijo de David lo era en debilidad, y estaba sujeto a todas las cosas. Y todo esto fue hecho *según el Espíritu de santificación*. A este Espíritu se le atribuye la glorificación de Cristo, como ya queda dicho. Pero esta glorificación la realizó el Espíritu Santo sólo después de la resurrección de Cristo. Por esto el apóstol agrega *por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos*, pues el derramamiento del Espíritu

sobre los discípulos no ocurrió sino después de la resurrección de Cristo. De ahí resulta evidente que la traducción del texto original con *predestinado* es poco apropiada, pues en el original griego se lee *horisthentos*, lo que significa "designado", de donde derivamos los términos "designación" y "determinación". Por derivación, en el lenguaje académico se usa *horismós* como "definición", "decisión" y "determinación" de algo respecto de lo cual se declara, manifiesta e indica que debe ser aceptado tal cual y creído; pues una "designación" es la indicación y notificación de un hecho. Así que este pasaje debe entenderse de la siguiente manera: En el evangelio, Cristo es declarado por el Espíritu Santo y manifestado como Hijo de Dios que tiene potestad sobre todas las cosas. Antes de la resurrección, esto no fue revelado ni manifestado sino ocultado en la carne de Cristo. Por otra parte, el hecho de que el apóstol hable del *Espíritu de santificación*, y no del "Espíritu Santo", no tiene mayor importancia. En cuanto a la obra que efectúa, el mismo Espíritu puede llamarse indistintamente "Espíritu Santo" y "Espíritu de santificación". Además, cuando el texto dice *en poder*, debemos entenderlo como "con potestad sobre todas las cosas", conforme a la profecía en Sal. 8:6 y He. 1:2: "A quien constituyó heredero de todo".

Recapitulemos pues: El evangelio habla acerca de Su Hijo, que fue hecho de la simiente de David, manifestado ahora como Hijo de Dios que tiene potestad sobre todas las cosas, por medio del Espíritu
Santo que fue dado por la resurrección de entre los muertos —y WA
este Jesucristo es nuestro Señor. Ahí lo tienes, pues: El evangelio es 169
el mensaje acerca de Cristo, el Hijo de Dios, que primero fue humillado y luego glorificado por medio del Espíritu Santo. Ciertamente, aquel genitivo *de Jesucristo nuestro Señor* es ambiguo. Se lo puede ver como genitivo pero también como ablativo, dado que el texto griego no puede ser establecido con entera certeza. Si es un genitivo,[23] hay que combinarlo con el sustantivo *resurrección*, de esta manera: *por la resurrección de nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos*. Si es ablativo, pertenece al grupo de palabras *acerca de su Hijo, que fue hecho*... Por último, cuando nuestra versión[24] dice *de los muertos*, oscurece en algo el significado, pero sin alterarlo mayormente. En todo caso, nos parece mejor traducir según el sentido, y no palabra por palabra; por esto pusimos *de entre los muertos*.

[23] El texto de Lorenzo Valla (ver nota 22) tiene el genitivo; Lyra y Faber apoyan el ablativo.

[24] La Vulgata.

Corolario

El evangelio no es solamente lo que escribieron Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Esto lo vemos con toda claridad al leer este pasaje; porque aquí se nos dice expresamente que el evangelio es la palabra referente al Hijo de Dios que fue hecho carne, que padeció, y que fue glorificado.

Por lo tanto, sea Mateo el que lo escribe y enseña, o Tomás, sea en las palabras y lenguas que fuere, siempre es el mismo evangelio de Dios. No importa la cantidad de libros o autores que lo enseñan, puesto que es una y la misma cosa lo que todos ellos enseñan. Por consiguiente, también aquella observación del apóstol respecto de cierto hermano "cuya alabanza en el evangelio se oye por todas las iglesias" no hay que interpretarla necesariamente como una referencia al Evangelio[25] de Lucas, sino más bien en el sentido de que el hermano aquel fue alabado por todos por su eficaz proclamación del evangelio, es decir, de la palabra de Dios. Por idéntico motivo fueron alabados también Apolos[26] y otros, a saber, por su habilidad de predicar a Cristo con corrección y elocuencia.

Asimismo, tampoco la expresión "conforme a mi evangelio" (Ro. 2:16; 16:25; 2 Ti. 2:8) tenemos que relacionarla forzosamente con el Evangelio de Lucas, como si Lucas hubiera puesto por escrito lo que Pablo había predicado, o como si Pablo hubiera predicado lo que Lucas había escrito. Antes bien, Pablo dice "mi evangelio" por cuanto él mismo predicó el mensaje que era la palabra de Dios acerca de su Hijo, como dice aquí.

v.16. Porque es poder[27] de Dios.

Cabe hacer notar que la palabra *poder* (virtus) tiene aquí el significado de "potencia" o "potestad", "Möglichkeit"[28] en el lenguaje familiar, o sea, "posibilidad". Al hablar del *poder de Dios,* Pablo se refiere no al poder que Dios *tiene* conforme a su esencia como el Omnipotente, sino al poder mediante el cual él *confiere* potencia y fortaleza. Así como se dice "el don de Dios", "la cria-
WA 170 tura de Dios", "las cosas de Dios", así se dice también *el poder de*

[25] Seguimos la práctica de escribir "evangelio" cuando se trata del mensaje, y "Evangelio" cuando se trata del libro.

[26] Comp. Hch. 18: 24-28.

[27] Aquí, como en todos los pasajes citados en este párrafo, el castellano "poder" aparece en latín como *virtus*.

[28] *"Möglichkeit"*, en alemán "posibilidad", y también "capacidad para hacer algo".

Dios, esto es, el poder que viene de Dios, como leemos en Hch. 4:33: "Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Jesucristo"; y en Hch. 1:8: "Pero recibiréis poder cuando haya venido el Espíritu Santo sobre vosotros". Además, en el último capítulo de Lucas (24:49) leemos: "Hasta que seáis investidos de poder desde lo alto", y en Lc. 1:35: "Y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra".

En segundo lugar es de destacar que Pablo dice *poder de Dios* para diferenciarlo del poder de los hombres. El poder humano es lo que otorga al hombre fuerzas y salud en cuanto a su vida en la carne; es el poder que lo capacita para hacer las cosas propias de la carne. Pero este poder, Dios lo redujo a la nada por medio de la cruz de Cristo, para darnos su propio poder, que otorga al hombre fuerzas y salud en cuanto a su espíritu, y que lo capacita para hacer las cosas propias del espíritu; Sal. 60 (Vulgata 59): 11:12: "Vana es la salud de los hombres. En Dios haremos cosas poderosas"; y Sal. 33 (Vulg. 32): 16: "El rey no se salva por su gran poder, y el gigante no se salva por su mucha fuerza. Vano es el caballo para salvarse; la magnitud de su fuerza de nada le servirá para salvarse". Esto es, pues, lo que el apóstol quiere decir al hablar del evangelio como de un *poder de Dios,* a saber: que el evangelio es el poder del Espíritu, vale decir, las riquezas, las armas, los recursos de donde procede todo su poder —y este poder proviene de Dios. En otras palabras: las riquezas, las armas, el oro, la plata, los imperios y otras cosas de esta índole constituyen el poder de los hombres; de estas cosas los hombres se valen para hacer todo lo que hacen, y sin ellas nada pueden hacer. Pero todo esto, como acabo de decir, debe ser reducido totalmente a la nada, al menos como factores en que el hombre pone su confianza y su orgullo. De otra manera no estará en nosotros el poder de Dios. Pues los ricos y los poderosos no reciben el evangelio; por lo tanto ellos tampoco reciben el poder de Dios, porque escrito está: "A los pobres es predicado el evangelio" (Lc. 7:22), y, como lo expresa el Salmo 49:6 (Vulg. 48): "Ellos confían en su poder y se jactan de la muchedumbre de sus riquezas".

Por lo tanto hay que advertir en tercer lugar que todo aquel que no cree de verdad, no sólo es *avergonzado* por el evangelio sino que incluso lo contradice, por lo menos en su corazón y con sus hechos. La razón para ello es la siguiente: mientras uno halla su placer y deleite en las cosas de la carne y del mundo, es imposible que halle deleite y placer en las cosas que son del Espíritu de Dios. Por lo tanto, un hombre tal no sólo se avergüenza de proclamar el evangelio a los demás, sino que se opone decididamente al evangelio y no quiere que se lo proclamen a él. Odia la luz y ama las tinieblas; por esto le resulta insoportable que alguien le enseñe la verdad saludable. Por otra parte, el *avergonzarse del evangelio* es una falta y

WA 171 cobardía en un pastor, el contradecir al evangelio empero o el no querer oírlo es una falta y estupidez en los feligreses. Esto se hace evidente cuando el pastor se deja amedrentar por el poder, la influencia o el gran número de sus oyentes y no dice las verdades fundamentales que debiera decir, y cuando el oyente insensato desdeña la "bajeza" y la humilde apariencia de la palabra, desdén cuyo resultado es que la palabra llega a ser para él algo así como una tontería y locura, como dice en 1 Co. 2:14: "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios; para él son una locura, y no las puede entender", y en Ro. 8:7: "La sabiduría de la carne es enemiga de Dios; pues no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". Arribamos pues a la siguiente conclusión final: El que cree el evangelio tiene que llegar a ser débil y tonto ante los hombres para poder ser fuerte y sabio por medio del poder y de la sabiduría de Dios; porque así se nos dice en 1 Co. 1:25,27: "Lo que para el mundo es débil y necio lo escogió Dios para avergonzar a lo que es fuerte y sabio. Y lo débil y necio de Dios es más fuerte y más sabio que los hombres". Por lo tanto, cuando oigas que el poder de Dios es rechazado sin más ni más, tenlo por seguro que ello es una manifestación del poder de los hombres, o del mundo y la carne. Es pues preciso que todo poder, toda sabiduría y justicia tenga que ser ocultada, sepultada y despojada de su falso prestigio, enteramente a la imagen y semejanza de Cristo, el cual se despojó a sí mismo escondiendo al máximo su poder, sabiduría y bondad y mostrándose más bien débil, necio y áspero. De igual manera, el que es poderoso, sabio y de carácter afable, debe poseer dichas cualidades como si no las poseyera. Es por esto que la vida de los potentados de este mundo y de los juristas y de todos cuantos tienen que mantenerse en su posición por medio del poder y de la sabiduría, sea una vida tan atestada de peligros. Pues si estas cualidades suyas no saltan a la vista, y si quedan siquiera un poquito a escondidas, las personas en sí no cuentan para nada. Mas si estas cualidades están presentes, entonces "hay muerte en la olla"[29], ante todo si los poseedores de ellas sienten un íntimo placer en mostrarse ante sus semejantes en toda su importancia y hacerse admirar por ellos. Muy difícil es, en efecto, esconder ante la propia admiración y despreciar lo que todos los demás ven y elogian.

v.17. La justicia de Dios se revela.

En las enseñanzas humanas se revela e inculca la justicia de los hombres, es decir, se enseña quién es y de qué naturaleza es el justo

[29] 2 R. 4:40. Referencia a una situación en extremo peligrosa.

ante sí mismo y ante los demás, y cómo se llega a serlo. Pero en ningún otro lugar sino en el evangelio se revela la justicia de Dios[30] (es decir, quién es y de qué naturaleza es el justo ante Dios, y cómo se llega a serlo) por medio de la fe sola con que el hombre cree la palabra de Dios, como está escrito en el último capítulo de Marcos (16:16): "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere, será condenado". Pues la justicia de Dios es la causa de la salvación. Y como ocurrió con el "poder" de Dios[31], también con la "justicia" de Dios debe entenderse no aquella por virtud de la cual él es justo en sí mismo, sino la justicia por la cual nosotros somos hechos justos por Dios. Y ese "ser hecho justo" ocurre por medio de la fe en el evangelio. Por eso, San Agustín escribe en el capítulo 11 de su obra *Acerca del Espíritu y la letra:* "Se la llama justicia de Dios, porque al impartirla, Dios hace justos a los hombres, así como la "salvación que es del Señor" (de la que habla el Salmo 3:8) es el acto salvador mediante el cual Dios hace salvos a los hombres"[32]. Lo mismo dice San Agustín en el capítulo 9 de la obra citada. Y se la llama justicia de Dios para diferenciarla de la justicia de los hombres, que emana de sus obras, como bien lo describe Aristóteles en el Libro III de su *Moral*[33]. Para Aristóteles, la justicia es el resultado de las obras, y se origina en ellas. Pero para Dios, la justicia precede a las obras, de modo que las obras son el resultado de la justicia — tal como ocurre con las obras de un obispo o sacerdote: sólo las puede hacer aquella persona que previamente fue consagrada y apartada para que las hiciera. Las obras justas de personas que todavía no son justas son como las obras de un hombre que desempeña las funciones de un sacerdote y obispo sin ser él mismo un sacerdote; es decir, son burdos remedos, comparables a los trucos de los charlatanes de feria.

WA 172

En segundo lugar debemos dirigir nuestra atención a las interpretaciones bastante diferentes que se hicieron de las palabras *por fe y para fe*, v.17. Lyra sugiere la siguiente: "Desde una fe informe a una fe formada".[34] Pero esto es del todo inaceptable, puesto que ningún justo vive de una "fe informe", ni tampoco es cierto que

[30] La lucha personal de Lutero con el concepto básico de la *iustitia Dei* halló su expresión más nítida en el prefacio que el Reformador escribió para la Edición de 1545 de sus Obras en latín, *Luther's Works,* American Edition vol. 34, págs. 336-337. En WA III 147, 13-16, Lutero llama el pasaje Ro. 1:17-18 *conclusio totius Epistolae b. Pauli ad Romanos.*

[31] Véase pág. 37.

[32] Agustín, *De Spiritu et littera* XII 18, Patrol. Ser. Lat. XLIV, 211.

[33] Aristóteles, *Moral, a Nicomaco* III, 7. Los escolásticos citaban con mayor frecuencia el pasaje de *Moral* II 1: "Llegamos a ser justos realizando acciones justas".

[34] *Ex fide informi ad fidem formatam.*

la justicia de Dios viene de la fe informe —pero en nuestro texto se
afirma tanto lo uno como lo otro: que el justo vivirá por la fe, y que
la justicia de Dios se revela por la fe. Quizás Lyra entienda con "fe
informe" la fe de los neófitos, y con "fe formada" la fe de los
WA creyentes ya maduros. Pero una fe informe al fin de cuentas no es fe
173 sino más bien lo opuesto a la fe; pues no veo cómo persona alguna
puede creer con una fe informe. Pero esto sí puede hacer: ver qué es
lo que debe creerse, y permanecer así en suspenso.[35]

Otros proponen la siguiente solución: "De la fe de los padres que vivieron bajo la antigua ley a la fe de la ley nueva". Esta interpretación es más aceptable, aunque, por supuesto, también se la puede desaprobar y refutar con el argumento de que el justo no vive de la fe de las generaciones pasadas. Pablo empero dice: "El justo vivirá por la fe". Los padres creyeron lo mismo que creemos también nosotros. No hay más que una fe sola, si bien la de los antiguos puede haber sido menos clara, así como también hoy día las personas instruidas creen lo mismo que las no instruidas, aunque las primeras poseen un entendimiento más detallado. El significado de este pasaje parece ser, pues, el siguiente: La justicia de Dios es sola y exclusivamente una justicia por la fe, pero de tal suerte que, sobre la marcha, no "entra en apariencia" sino que produce una fe siempre más nítida, conforme a lo dicho en 2 Co. 3:18: "Somos transformados de una gloria en otra etc.", y (Sal. 84:7): "Irán de poder en poder". Así irán también "de fe en fe", creyendo con siempre mayor firmeza, de modo que "el que es justo, practique la justicia todavía" (Ap. 22:11). En otras palabras: Nadie debe pretender haberlo ya alcanzado (Fil. 3:13) y por tal motivo dejar de avanzar —o lo que es lo mismo, comenzar a retroceder. San Agustín observa en el capítulo 11 del libro *Acerca del Espíritu y la letra*: "De la fe de los que confiesan con la boca a la fe de los que obedecen con los actos"[36]. Y Pablo de Burgos dice: "De la fe de la sinagoga (como punto de partida) a la fe de la iglesia (como meta)"[37]. El apóstol Pablo empero dice que la justicia viene por la fe, mas los gentiles no tuvieron una fe de la cual pudieran haber sido conducidos a otra fe a fin de ser justificados.

[35] Comentando el pasaje Sal. 74: 11 en sus lecturas sobre los Salmos, Lutero había dicho: "Lamentablemente, hoy día es así. La fe es algo carente de afecto, es una no-fe (*fides informis*); sólo se sabe qué debe creerse, pero la fuerza para creer no entra en actividad". En el mismo contexto Lutero afirma que aplicados a "fe", los calificativos "informe" y "muerta" son sinónimos. Comp. WA III 490, 25-27.

[36] Agustín, *De Spiritu et littera* XI, 18; Patrol. Ser. Lat. XLIV, 211.

[37] Lutero parafrasea a Pablo de Burgos, *Addit. V a Ro. 1.*

v.19. Lo que de Dios se conoce.

Esto es una forma de hablar del griego que en nuestra lengua podría reproducirse mejor en términos abstractos: "lo conocido de Dios", o sea, "el conocimiento de Dios"[38], análogamente a lo que leemos en 1 Co. 1:25: "Lo débil de Dios es más fuerte que los hombres, y lo necio de Dios es más sabio que los hombres", lo que entendemos así: la debilidad y la necedad de Dios es más potente, más fuerte y más sabia que la fuerza y el poder y la sabiduría de los hombres. Todo cuanto aquí se dice de Dios, no se dice porque esté dentro de él, sino porque está dentro de nosotros, proveniente de él. De esa manera, la necedad y debilidad de Dios es lo mismo que la vida conforme al evangelio, vida a raíz de la cual Dios nos hace aparecer ante los ojos de los hombres como necios y débiles, incluso en nuestro aspecto exterior. Mas en verdad, la sabiduría y el poder de Dios es la vida conforme al evangelio o la regla misma de una vida en concordancia con el evangelio, vida a raíz de la cual Dios nos hace y declara sabios y fuertes ante sus propios ojos, incluso en cuanto a nuestro hombre interior. Así, todo el asunto tiene el aspecto de un intercambio: la necedad y debilidad que los hombres creen ver en Dios se torna en sabiduría y poder ante los ojos de Dios, WA
y a la inversa, la sabiduría y el poder del mundo se torna en necedad 174
y debilidad, y más aún, en muerte ante los ojos de Dios, como lo veremos al llegar al capítulo 6.

v.18. La ira de Dios se revela.

El apóstol dirige su ataque ante todo contra los gobernantes y sabios de este mundo, porque una vez que hayan sido reducidos a la humildad éstos, fácilmente serán reducidos a la humildad también los gobernados y los indoctos. El otro motivo por qué ataca principalmente a aquéllos es que los poderosos y sabios fueron los que más se opusieron al evangelio y a la palabra y a la vida signada por la cruz de Cristo, instigando también a otros en contra de la misma. Por esto, el apóstol les imputa a ellos la culpa y el pecado como si ellos fuesen los únicos culpables y pecadores, y les anuncia la ira divina que se desatará contra ellos.

En efecto: para nadie la "palabra de la cruz es una locura tan grande" (1 Co. 1:18) como precisamente para los filósofos y los que ostentan el poder, porque es un mensaje diametralmente opuesto a ellos mismos y a su modo de pensar.

[38] *Notitia dei* es la traducción de Faber del griego *to gnostón tou theou* Faber agrega el comentario: "El neutro concreto... que se traduce más adecuadamente con un nombre abstracto".

v.20. Desde la creación.

Algunos expositores (entre ellos, si no me equivoco, también el autor de las *Sentencias,* Libro Primero. cap. 2)[39] dan a esto el significado siguiente: "Por la criaturadel mundo",esto es, por el hombre, "son vistas las cosas invisibles de Dios". Pero esto se puede refutar fácilmente a base del texto griego, donde dice: "Desde la creación del mundo", o como lo expresa Mt. 25:34: "Desde la fundación del mundo" (es decir, desde que fue fundado el mundo, no sólo a partir de los tiempos actuales) siempre ha sido así que las cosas invisibles de Dios son vistas en forma claramente inteligible en y por medio de sus obras, como quedará demostrado más adelante.[40] El significado es, entonces, el siguiente: Si bien los sabios de este mundo no pudieron tener conocimiento de la creación o fundación del universo, no obstante podrían haber tomado conocimiento de las cosas invisibles de Dios a base de las obras del mundo creado; es decir, podrían haber tomado como "palabra y Escrituras" las obras mismas que dan testimonio de Dios. En 1 Co. 1:21 leemos al respecto: "Por cuanto en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante su sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por medio de la locura de la predicación". A esto parece contradecir lo que aquí afirma Pablo, que "ellos conocieron a Dios". Pero esta contradicción se resuelve casi a renglón seguido: A pesar de haber conocido a Dios, "no aprobaron tener en cuenta a Dios" (v.28), es decir, con sus acciones demostraban que su conocimiento de Dios no era el verdadero.

Para entender mejor lo que el apóstol quiere decir, conviene tener presente que sus palabras se dirigen no sólo contra los romanos, como muchos creen. Pablo habla no a ciertos individuos sino a todos, a gentiles y romanos, incultos y cultos por igual. Esto se desprende con toda claridad de lo que dirá más adelante, en el capítulo 3:9: "Hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están
WA bajo el pecado". Aquí no queda exceptuado nadie; "todos están...",
175 dice. Por lo tanto debemos interpretar este pasaje en el sentido de que al escribirlo, Pablo tiene ante sus ojos al mundo entero como si fuera un solo cuerpo. No es que cada miembro de este cuerpo haya hecho por su parte todo lo que el apóstol les echa en cara; pues son miembros con diferencias individuales. Sin embargo, las hicieron en conjunto; éstos cometieron tales pecados, aquéllos tales otros, de modo que lo que se nos quiere mostrar es que todos

[39] Entre los años 1509 y 1510, Lutero había tratado en sus clases las *Sentencias* de Pedro Lombardo. El pasaje a que Lutero hace referencia aquí se halla en el Libro I, cap. 3; Patrol. Ser. Lat. CXCII, 529.

[40] Ver pág. 48.

los pecados aquí mencionados se hallan presentes en este cuerpo, y no solamente en la cabeza. Es muy cierto que no todos los romanos cometieron todos estos pecados, ni los cometieron todos los gentiles. Pero como por su vida "extra-cristiana" (lat. *extra Christum*), unos y otros son miembros de este cuerpo, los unos y los otros son censurados por igual, junto con todos los demás. Tal es el modo de proceder de las Escrituras conforme a la segunda y cuarta regla de hermenéutica, a saber: la Escritura procede de la parte al todo y viceversa, de la especie al género. [41] A un mismo tiempo habla acerca de los buenos y de los malos y dice las mismas cosas acerca de ambos. Increpa a los buenos con palabras duras e incluso los castiga juntamente con los malos, y por otra parte bendice y favorece a los malos juntamente con los buenos. Pues esta es la norma que tiene que seguir todo aquel que se dirige a una comunidad, en la cual por lógica no todos son igualmente culpables ni igualmente dignos de alabanza, como lo enseña la experiencia diaria. No obstante, Pablo tiene palabras de censura más duras para los romanos y para la gente de gran saber, porque éstos son hoy y eran entonces los conductores del mundo en razón de sus puestos influyentes, su poder y sus conocimientos. Por esto comienza por ellos como por la cabeza (en el orden exactamente igual al que observamos en el bautismo) y poco a poco va descendiendo hacia los demás, hasta que al fin los incluye a todos diciendo (Ro. 1:29) "Atestados de toda injusticia etc."

Regla Moral[42]: Por lo que acabamos de ver, Pablo enseña que los predicadores del evangelio deben reprender en primer lugar y principalmente a los encumbrados de entre el pueblo. Se sobrentiende que al hacerlo, deben recurrir no a sus propias palabras emanadas de un ánimo enfermizo y perturbado, sino a las palabras del evangelio, esto es, deben poner de manifiesto cómo y dónde aquellas personas actúan y viven contrariamente al evangelio. Por desgracia, tales obreros fieles son hoy en día muy escasos. Así, creemos, fue como Juan Bautista derramó agua sobre el Señor desde la cabeza —pero no agua que él mismo había procurado, sino agua del Jordán. Ten muy en cuenta este misterio, no sea que prediques la Buena Nueva en un arranque de ira.

[41] Comp. Nicolás de Lyra, 2. prólogo de su libro *Postillae perpetuae*: "La segunda regla tiene que ver con el cuerpo verdadero del Señor y con su cuerpo místico (*de corpori domini vero et simulato*)...

La cuarta regla tiene que ver con la especie y el género, o con la parte de un todo, y con la manera cómo pasa de lo uno a lo otro, y viceversa".

[42] La *Regula moralis* es la norma que se desprende de la interpretación del texto a base de la "moral". En el prólogo primero de su escrito *Postillae perpetuae*, Lyra expresa: "Cuando las palabras de las Escrituras se leen con la intención de mostrar qué debemos hacer, éste es entonces el sentido "moral".

De esta manera, la carta de Pablo (como debiera ser el caso con toda proclamación de la palabra de Dios) es como un río que fluye
WA del Paraíso, y es como el Nilo que irriga toda la tierra de Egipto. Sin
176 embargo, es preciso que este torrente irrigador tenga su determinado cauce y origen. Así, el diluvio que el Señor desencadenó por medio del apóstol Pablo, cubre el mundo entero y todas las naciones. Pero aun así, toca primero a las cabezas y autoridades de este mismo mundo, y poco a poco va alcanzando a todos. Y esto es algo en que tenemos que fijarnos muy bien. De otra manera, si seguimos a Lyra y su escuela, tendremos grandísimas dificultades con esta carta, y nos resultará imposible ver la conexión que existe entre lo que sigue aún y lo que fue dicho ya. Pues Lyra sostiene que en el capítulo primero, Pablo censura solamente a los romanos (posición que se ve favorecida también por el tenor del prólogo); no obstante, al seguir leyendo la carta, forzosamente tenemos que llegar a convencernos de que su autor tiene en mente a todas las naciones, más aún, a toda la masa de ese perdido género humano. Y esto es así por cuanto el apóstol se propuso mostrarnos a Cristo como el Salvador de la humanidad entera, no sólo de los romanos y de los judíos residentes en Roma. Es verdad, los primeros en verlo como tal habrían de ser ellos, pero con ellos también los demás.

v.19. Pues Dios se lo manifestó.

Con estas palabras Pablo nos da a entender que también los dones de la naturaleza se los tenemos que atribuir a Dios como Dador. El hecho de que el apóstol esté hablando aquí del conocimiento natural de Dios se hace evidente por las palabras subsiguientes, donde aclara cómo Dios se manifiesta a los hombres, a saber (v.20): *Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo son vistas en forma claramente inteligible en las obras* (esto es, estas cosas son conocidas de una manera natural por los efectos que producen). En otras palabras: Desde el principio del mundo siempre fue así que "las cosas invisibles de Dios..." etc. El propósito de esta afirmación es impedir que algún amante de sutilezas diga que Dios puede ser conocido sólo en nuestro tiempo presente. Dios pudo ser conocido y puede ser conocido siempre, desde la creación del mundo.

Pero para que se le entienda más claramente al apóstol en sus argumentaciones, quiero hacer jugar un poco mis propios pensamientos, en ayuda de otros que están a la expectativa, y luego esperar su aprobación o su crítica.

El hecho de que el conocimiento de Dios está al alcance de todos, y en particular de los gentiles, como Pablo afirma en este pasaje, de modo que no tienen excusa, sino antes bien, se les puede

comprobar que han conocido las cosas invisibles de Dios, como lo son su deidad, su eternidad y su poder —este hecho, digo, queda evidenciado en forma por demás clara por lo siguiente: Todos los que se construyeron ídolos y los adoraron y los llamaron "dioses" o incluso "Dios", creyendo asimismo que ese "Dios" era inmortal, es decir, eterno, poderoso, y capaz de prestarles ayuda —todos ellos dieron muestras patentes de que en su corazón anidaba un conocimiento de Dios. Pues ¿cómo podrían haber llamado "Dios" a una imagen u otra cosa creada, o haberle asignado similitud con Dios, si no hubiesen tenido noción alguna de lo que es Dios y de lo que son sus cualidades? ¿Cómo podrían haber atribuído dichas cualidades a una piedra o al Ser al que creían simbolizado por la piedra, si no hubiesen creído que esas cualidades eran realmente adecuadas WA
y aplicables? Ahora bien: cuando estos constructores y adoradores 177
de ídolos sostenían que la deidad es algo invisible (ese carácter de 'deidad', por cierto, lo asignaban a diversos seres), y cuando sostenían además que el ser que posee la 'divinidad' es invisible, inmortal, poderoso, sabio, justo, lleno de bondad para con los que lo invocan; cuando sostenían esta idea con una firmeza tal que aun la confesaban con sus obras, invocando, rindiendo culto y adorando a los seres y objetos en los que según su creencia residía la deidad —¿no es esto una prueba irrefutable de que poseían un conocimiento o noción de la deidad que indudablemente les llegó de Dios mismo, como lo afirma Pablo en nuestro texto? En esto, por lo tanto, consistió su error: en que no dejaron intacta (lat. *nudam*) a la deidad adorándola así como ella se les había manifestado, sino que la cambiaron y la acomodaron a sus propios deseos y necesidades. Cada cual quería ver una deidad en lo que respondía a su propio beneplácito, y de esta manera *cambiaron la verdad de Dios por la mentira* (v.25). Sabían, por lo tanto, que es propio de la deidad, o del Ser que es Dios, el ser poderoso, invisible, justo, inmortal, bueno; conocían las cosas invisibles de Dios, su eterno poder y deidad. Esta premisa mayor del "silogismo práctico"[43], este entendimiento de la conciencia o *synteresis* como la llaman los teólogos, se halla en todos los hombres y no puede ser obscurecida. En lo que erraban era en la premisa menor, al decir y sostener: "Este", ya sea Júpiter o algún otro dios semejante a su imagen, "es tal y tal, etc.". Aquí es donde comenzó el error que produjo luego la idolatría, pues cada cual quería sacar conclusiones acordes con su propio

[43] En el silogismo "práctico" de los escolásticos (a diferencia del silogismo "especulativo") la premisa mayor se llamaba *synteresis*. Se la definía de varias maneras como "una inclinación natural", "una centella inextinguible de la razón", "un hábito innato", "una fuerza que se inclina por naturaleza hacia lo bueno".

interés. Si hubiesen manifestado unánimente: "Lo que sabemos es esto: quienquiera que sea aquel Dios o aquella deidad cuya naturaleza es ser inmortal, poderoso, y capaz de escuchar a quienes lo invocan —a éste rindamos culto y adoremos; no lo llamemos Júpiter ni digamos que se asemeja a tal o cual imagen, sino simplemente rindámosle culto, sea quien fuere (porque de todos modos tiene que existir)": si esto, digo, hubiera sido el caso, entonces sin duda todos ellos habrían sido salvados, aun sin saber que El es el Creador del cielo y de la tierra y sin tener conocimiento de alguna otra obra específica de sus manos. He aquí, este es el significado de las palabras: "Lo que de Dios se conoce,[44] les es manifestado". Pero ¿dónde y cómo? Pablo responde: *Las cosas invisibles de Dios son vistas en forma claramente inteligible en las obras*. Podemos ver, en efecto, cómo un hombre ayuda al otro, una bestia a la otra, es más: cómo una cosa ayuda y asiste a la otra conforme al mayor poder y a la mayor capacidad que posee. Y siempre es así que lo superior y de mayor reputación hace ascender o descender lo inferior y de menor categoría. Y así debe haber también en el universo Uno que es superior a todos los demás, que está por encima de todos y ayuda a todos. Los hombres miden a Dios a base de los beneficios que reciben de él. De ahí que en tiempos antiguos los hombres hayan elevado al rango de dioses a quienes les habían mostrado su benevolencia. De esta manera querían retribuirles sus favores, como dice Plinio.[45]

WA *v.21. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a*
18 *Dios, etc.*

Si no le *glorificaron* como a Dios, o como si fuera Dios, ¿le habrán glorificado entonces de alguna otra manera, no como a Dios? Así al menos parecen indicarlo las palabras del apóstol, y los pasajes que siguen dan pie a esta suposición.

v.23. Y cambiaron la gloria, etc.

Esto quiere decir: no le glorificaron como a Dios, sino que le adoraron en una *semejanza de imagen*, y de esta manera adoraron no a Dios sino a un producto de su propia imaginación. Me gustaría adherir a esta interpretación; pues incluso los hijos de Israel fueron

[44] Lat. *quod notum est Dei*, por el griego *to gnostón tou theou*. Mejor sería la traducción *lo que se puede conocer de Dios*.

[45] Plinio, *Historia Natural* II 7 (5), 19.

acusados de haber rendido culto a Baal y a becerros, y sin embargo nos consta que su intención fue adorar bajo aquellas imágenes y símbolos al Dios verdadero, cosa que les fue prohibida.

Pero ¡cuántos hay también en nuestros días que adoran al Señor no como a Dios, sino como a algo que ellos mismos se idearon! No tienes más que fijarte en los cultos raros y las prácticas supersticiosas que abundan en nuestro medio, productos de la más extrema vanidad. ¿O acaso no te haces culpable de estar cambiando la gloria de Dios en semejanza de algo imaginado y lucubrado en tu fantasía, si rehúsas hacer las cosas que *debieras* hacer y en lugar de ello rindes culto a Dios con una obra que tú mismo elegiste, y si al actuar de esta manera crees que Dios es un Señor que tiene que mirar con agrado tu persona y tu obra, como si ese Dios fuese un ser diferente de Aquel que se te manifestó al darte sus Mandamientos? De este modo, aún hoy día muchos se hallan entregados a su propia mente reprobada[46], como cualquiera puede verlo y oírlo.

Podemos optar también por una exégesis más sencilla: "No le glorificaron como Dios" significa que no le glorificaron en la forma como corresponde glorificar a Dios y darle gracias. En este caso tomamos el NO como negación del acto de glorificación *adecuada.* Pues si el *no* es la negación del adverbio *como,* entonces queda en pie el acto de adoración en sí, conforme a la primera interpretación, y lo que se niega es que dicho acto se haya realizado de la manera debida. Lo que el apóstol dirá a continuación concuerda bien con cualquiera de estas dos interpretaciones.

Se nos presenta ahora un cuadro de cómo avanza y a qué niveles llega la perdición. El primer nivel es la *ingratitud,* o la falta de agradecimiento. Así se nos dice que Lúcifer se mostró desagradecido para con su Creador antes de que cayera en rebelión[47]. La causante fue la complacencia que Lúcifer tenía en sí mismo; pues esa complacencia hace que uno se deleite en las cosas recibidas como si no fuesen dones, haciendo caso omiso del Dador. El segundo nivel es la *vanidad.* Uno se "llena" de su propia persona y de lo que la creación le ofrece, y disfruta de las cosas que le reportan provecho. Así forzosamente se envanece en sus *razonamientos,* es decir, en todos sus planes, empeños y ambiciones. Pues todo cuanto busca en ellos, y por medio de ellos, es pura
vanidad. Al fin y al cabo, no busca más que a sí mismo, su propia WA
gloria, su propio deleite, su propio provecho. El tercer nivel es el 179
entenebrecimiento. Una vez privado de la verdad e inmerso en la vanidad en todo su sentir y pensar, el hombre necesariamente

[46] Comp. Ro. 1:28.
[47] Comp. Is. 14:12.

tiene que caer en ceguedad como consecuencia de su alejamiento completo de Dios. Y luego, sentado ya en las tinieblas[48], ¿qué otra alternativa le queda sino seguir por el camino que transitan también los que están sumidos en el error y en la ignorancia? Pues un ciego yerra con suma facilidad, hasta podemos decir que yerra siempre. Y así llegamos al cuarto nivel que es el *error* en cuanto a Dios, el peor de todos los errores, el error que convierte a los hombres en idólatras. Haber llegado a este punto es haber llegado al borde del abismo. Pues cuando una persona ha perdido a Dios, lo único que le queda es ser entregada a toda suerte de inmundicias conforme a la voluntad del diablo. Y a esto sigue entonces aquel diluvio de males y derramamiento de sangre de que habla el apóstol en los pasajes subsiguientes.

Recorriendo las mismas etapas, también la gente de hoy día viene a parar en una idolatría espiritual, de carácter más sutil, muy difundida y muy actual. La característica de esta idolatría es que adoran a Dios no como él es, sino como ellos se lo imaginan y como ellos quieren que sea. En efecto: la ingratitud y el amor a la vanidad (esto es, el elevado concepto que tienen de sí mismos y de su propia justicia o, como dicen, de su buena intención[49]) son factores que producen en la gente una tremenda ceguedad, de modo que se tornan incorregibles y no pueden pensar otra cosa que: "nosotros vivimos una vida de suma perfección, y somos personas del agrado de Dios". Y de esta manera ellos construyen para sí un Dios propicio, cuando en realidad está muy lejos de serlo. Y a ese producto de su imaginación le rinden un culto más 'verdadero' que al verdadero Dios, ya que creen que éste es semejante al Dios imaginario de ellos. Y así es como "cambian a Dios en semejanza de su imaginación", algo que surgió de un corazón corruptible cuya sabiduría es una sabiduría carnal. ¡Ya ves qué mal más grande es esta ingratitud! Su secuela inmediata es el amor a la vanidad; ésa lleva a la ceguedad; ésta engendra la idolatría, y ésta a su vez conduce a un funesto torbellino de toda clase de vicios. Por el contrario, la gratitud conserva el amor a Dios, y así el corazón permanece orientado en dirección a El. Como resultado, el corazón es iluminado con luz divina. Y el corazón así iluminado adora sólo al Dios verdadero, y a esta adoración no tardará en agregarse todo un coro de virtudes[50].

[48] Comp. Is. 9:2; Lc. 1:79.

[49] La teología medieval consideraba meritoria no sólo la buena acción, sino también la buena intención (aunque no pasara de intención...)

[50] El *Chorus virtutum*, o *collegium virtutum*, solía representarse en las artes plásticas como grupo de nobles seres en actitud de someter a un conjunto de bestias deformes que simbolizaban a los vicios.

v.24. Por esto los entregó Dios a las concupiscencias de sus corazones.

Este "entregar" no es una mera permisión de parte de Dios sino una comisión, una orden suya. Así lo comprueba claramente
el último capítulo de 1 Reyes (1 Reyes 22:22), donde el Señor da WA
órdenes a un espíritu de mentira de inducir a error a Acab, rey de 180
Israel: "Y él dijo: Le inducirás, y aun lo conseguirás; vé, pues, y hazlo así", a lo que siguen las palabras del profeta dirigidas al mismo rey: "Y ahora, he aquí el Señor ha puesto espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas". En forma similar, en 2 Sam. 16:10,11 David dijo, refiriéndose al que le estaba maldiciendo: "El Señor le ha dicho que maldiga a David. Dejadle que maldiga, pues el Señor se lo ha dicho". Del mismo modo el Señor ordenó también al diablo y a la carne que acosen con tentaciones y derroten al hombre que lo tiene merecido a los ojos de Dios a causa de sus maldades. Quizás alguno ponga en tela de juicio esta afirmación, argumentando que como Dios prohíbe lo malo, es un error pensar que él entrega a alguien a hacer lo malo, es decir, que incentiva el mal para que predomine y triunfe; y que tampoco puede decirse que Dios ordena que se haga lo malo. A esto respondemos: Todo esto es muy cierto en circunstancias en que Dios actúa como Señor bondadoso; pero cuando castiga como Juez severo, entonces sí hace que los malos pequen con siempre mayor abundancia contra sus santos mandamientos, para castigarlos tanto más abundantemente. No hay ninguna contradicción entre lo uno y lo otro. El "entregarse a la inmundicia" por parte del hombre que es entregado a ella es un acto de permisión mediante el cual Dios retira su ayuda de aquella persona y la abandona a su propia suerte. Entonces el diablo, que siempre está a la expectativa de tales situaciones y preparado para aprovecharlas, recibe o piensa haber recibido la autorización y el mandato de Dios para entrar en acción. En este sentido se puede hablar de una "orden" de Dios. En cambio, es del todo incorrecto acusar a Dios de que él esté ordenando al hombre hacer lo malo. Antes bien, Dios deja solo al hombre de modo que éste ya no puede oponer resistencia al diablo, que a este efecto cuenta con el mandato y la voluntad de Dios. Dígase lo que se quiera: si aquel hombre es vencido por el pecado, es porque Dios así lo quiso. Pero esa voluntad de Dios es al mismo tiempo una *buena* voluntad, porque quiere que el hombre sea vencido por lo que Dios más odia; en otras palabras, lo hace esclavo de aquello que el Señor está decidido a castigar con máxima severidad. Y esto es precisamente la "máxima severidad": entregar a alguien en manos de aquél a quien tú más odias. Ahora bien: del hecho de que sea voluntad de Dios que el hombre incurra en peca-

dos, de la manera como se acaba de describir — de este hecho no se sigue que Dios quiera el pecado en sí; lo que sigue de ello es todo lo contrario: que Dios no quiere el pecado en modo alguno, y que lo odia al máximo. Pues Dios quiere que se cometan pecados a fin de poder someter al hombre a lo que El más odia, para que este hombre comprenda cuán grande y severa es la ira de Dios que pende sobre él: tan grande que Dios, en su propósito de castigar al hombre, permite que suceda lo que El odia como ninguna otra cosa. Pues no hay nada tan abyecto como el pecado. Por lo tanto, para poner bajo la tiranía del pecado al hombre tan abyecto, Dios permite que éste haga lo que El constantemente prohíbe. Así, pues, Dios quiere que se cometan pecados no porque él quiera el pecado en sí, sino porque quiere usarlo como instrumento de castigo. ¿Y el hombre? Tampoco el hombre pecador peca por pecar; al contrario: quisiera que ni existiese el pecado. Si peca, es por lo bueno y atrayente que parece haber en el pecado. De igual manera, Dios no quiere el pecado a causa del pecado mismo; más aún: él *no* lo quiere; él odia todo lo que es pecado; si lo permite es por causa del castigo y por causa de lo malo que hay en el pecado. Dios está más interesado en el castigo que en el pecado.

Pero esta forma del "querer" es sola y exclusivamente una prerrogativa de Dios. El no está obligado a no querer que existe el pecado, pese a que por su naturaleza obviamente no lo puede
WA querer ni mucho menos amar; pero sí lo puede querer y amar no
181 como pecado sino como castigo. Así, un padre detesta el barro y las manchas de suciedad en el cuerpo y en las ropas de su hijo; no obstante, si el hijo incurre en una falta grave, el padre es capaz de tirarle con barro, no por puro placer sino para hacerle pasar vergüenza al hijo. Por lo tanto, es simplificar demasiado las cosas si a base de las palabras de Pablo se sostiene que Dios ama y quiere lo malo. Más rudimentario aún es el pensar de quienes niegan que Dios quiere lo malo por el temor de que alguien pueda obligarlos a admitir que Dios peca.

En verdad, Dios mide con medida muy justa cuando escoge lo malo que hay en el pecado para castigar al hombre, porque así él rescata lo bueno que tiene el pecado. El factor castigador empero es (no como opina Lyra, el pecado mismo en calidad de accidente, sino) la bajeza y ruindad del pecado. Un grave castigo es, en efecto, estar sujeto o haber estado sujeto a algo tan vil como el pecado. Esto lo indica el apóstol claramente con las palabras (Ro. 1:24): "Los entregó al pecado. . . para que deshonraran sus propios cuerpos". Pues no hay castigo más ignominioso que aquel que consiste en que uno sea entregado al pecado. Es más ignominioso yacer en el vil pecado que el sufrir otro castigo cualquiera. Yerra por lo tanto Lyra al decir que el pecado es *per accidens* el castigo por el pecado,

en el sentido de que el retirar su gracia de parte de Dios es en realidad el castigo, que trae consigo (*per accidens*) el cometer pecados por parte del hombre. ¡No, así no es! La verdad es ésta: el pecado, o mejor dicho, la ignominia inherente en el pecado, ésta es en sí el castigo, y no el retiro de la gracia. A aquella ignominia es a donde Dios apunta. Dios odia el pecado, nadie puede negarlo. Sin embargo, como no puede cubrir al hombre de ignominia, como es su voluntad hacerlo, a menos que haya comisión de pecado, Dios quiere que el hombre cometa pecado para poder cubrirlo de ignominia. Si existiese la posibilidad de que esta ignominia se hiciera realidad sin comisión de pecado, Dios de seguro ya la habría aplicado y habría prohibido el pecado. Pero esta posibilidad no existe.

Corolario

Es correcta la afirmación: Dios quiere el mal, o los pecados. Correcta es también aquella otra: Dios sabe lo que es el mal, y lo
que son los pecados[51]. Al oír tales afirmaciones, la gente exclama, WA
llena de estupor: "¡La Escritura entera dice que Dios no quiere el 182
mal, y que odia a los malhechores. Vuestras afirmaciones contradicen a las Escrituras!"[52]. Respondo: La afirmación de que Dios quiere lo malo tiene un doble significado (es decir, que el mal emana de la voluntad propia de Dios, del mismo modo que el hombre quiere el mal – esto no cabe en Dios, es un imposible). Dios quiere el mal de una manera diferente. El mal queda fuera de Dios. Lo comete otro, ya sea el hombre o el demonio. Esta es la verdad. Por otra parte, si Dios no quisiera el mal, el mal no se produciría[53]. Y viceversa, Dios no quiere el bien; pues aunque su voluntad es que todos nosotros nos sintamos atados a sus mandamientos, sin embargo no quiere que todos los cumplan. Resulta entonces que todas estas afirmaciones son correctas: Dios quiere el mal, Dios quiere el bien; Dios no quiere el mal, Dios no quiere el bien. Al oír esto, algunos pondrán el grito en el cielo diciendo que la culpabilidad recae en el libre albedrío[54]. Pero para una teo-

[51] Com. Guillermo de Occam, *Commentarii in quattuor Sententiarum libros*, I dist. 47, qu. un.

[52] Comp. Pedro Lombardo, *Sententiae*, I dist. 46, 4 y ss.; Patrol. Ser. Lat. CXCII, 645 y ss.; Gabriel Biel, *Collectorium super IV libris Sententiarum* II, dist. 37, concl. 1, 2; ibid. II, dist. 22, qu.1.

[53] Comp. Pedro Lombardo, *Sententiae*, I, dist. 47,3. Patrol. Ser. Lat. CXCII, 650.

[54] Comp. Gabriel Biel, II, dist. 30, qu. 1.

logía que va más a lo profundo[55], este argumento es del todo inconsistente. Lo cierto es que dichas afirmaciones contienen los arcanos más sutiles de la teología, que por su misma índole debieran ser debatidos sólo entre expertos y no en presencia de personas simples y de escasa erudición. Pues éstas son capaces de asimilar leche solamente[56], pero no este vino tan fuerte; de tomarlo, muy fácilmente les vendrían pensamientos blasfemos. Cómo concuerdan estas afirmaciones, y a base de qué criterio son correctas, a saber, que por voluntad de Dios *yo y todos los demás* estamos en la obligación de cumplir sus preceptos, y sin embargo, este mismo Dios otorga su gracia *sólo a quien él quiere dársela,* y no se la da a todos, sino que se reserva la plena libertad de hacer una elección entre ellos – esto, digo, lo veremos en la vida venidera. Por ahora, en este tiempo presente, nos corresponde admitir con fe que la manera como Dios actúa es justa, porque la fe es la convicción de lo que no se ve (He. 11:1). Con todo, la verdad es que Dios jamás quiere pecado alguno simplemente por el pecado mismo. Antes bien la cuestión es esa: hay algunos a los cuales él no quiere justificar, ni le place justificarlos, a fin de que el ejemplo de ellos sirva para demostrar en forma tanto más patente cuán grande es su gracia para con los electos. Y así resulta que Dios quiere los pecados aún por otro motivo más, a saber, por causa de sí mismo y por causa de los electos. Así lo veremos claramente cuando lleguemos al pasaje donde Pablo dice que Dios levantó a Faraón y le endureció el corazón para mostrar en él Su poder (Ro. 9:17); y también vienen al caso aquellas otras palabras: "Tendré misericordia de quien yo quiera tenerla" (Ro. 9:15; Ex. 33:19). De igual manera, la deserción de los judíos tuvo que servir para que la salvación llegara a los gentiles. Para hacer que los gentiles vieran tanto mejor su divina misericordia, Dios hizo tropezar a los de Israel (comp. Ro. 11:11). Pero ¿cómo habría sido posible que éstos fueran malos e hicieran lo malo, si Dios no lo hubiera permitido? ¿Y cómo podría haberlo permitido si no lo hubiese querido? – pues no lo hace contra su voluntad; antes bien, permite que suceda porque quiere que suceda. Y lo *quiere* para que el bien opuesto reluzca con tanto mayor brillo. "¡Cómo!", refunfuñan algunos, "¡entonces aquí se condena a gente que en realidad no es culpable! Pues ellos actúan bajo la obligación de una ley que no pueden cumplir, o porque se los obliga a

[55] En sus lecturas sobre los Salmos, 1513-1516, Lutero usa expresiones sorprendentemente similares a ésta de la *profundiorem theologiam,* p.ej. *profundissimi theologi Pauli Apostoli* (WA III, 31, 15) y *profunda theologia* (WA III, 283, 19-20).

[56] Comp. He. 5:12.

hacer algo que no es posible hacer"[57]. A esto responde el apóstol: WA
"Oh hombre, ¿quién eres tú para que alterques con Dios?" (Ro. 183
9:20). Pues si tu argumento es válido, se sigue de ello que no es preciso predicar, ni orar, ni exhortar – que hasta la muerte de Cristo fue un acto innecesario. Pero no es así como Dios se propuso desde la eternidad salvar a los escogidos, sino que lo hizo por todos estos medios (comp. Ro. 8:29, 33, 34). Pero de esto tendremos oportunidad de hablar más adelante.

De este texto podemos inferir, pues, lo siguiente: Si una persona se entrega a concupiscencias como las que aquí se mencionan, ello es una señal de que se volcó de la adoración del Dios verdadero al culto de un ídolo, o de que cambió la verdad de Dios en mentira (Ro. 1:25). Los que "no aprobaron tener en cuenta a Dios" (Ro. 1:28) llevan la ignominiosa marca de que se les permite caer en vicios de la más variada índole. Y el hecho de que tales casos bochornosos abunden tanto en nuestros días, es un claro indicio de lo abundantes que son las idolatrías –las de tipo espiritual, se entiende. Delito grave es, por cierto, cambiar la gloria de Dios en semejanza de una imagen, o sea, el pecado de la ceguedad, de la ignorancia, o de un corazón sumido en el error. Pero un delito mucho más grave aún comete aquel que no sólo incurre en este error, sino que además, en las concupiscencias de su corazón, rinde culto a aquellas imágenes y adora una criatura. Menos grave, en cambio, es "no tener en cuenta a Dios". Por esto, el apóstol establece también una diferencia entre los tres tipos de personas que fueron "entregadas": el primero fue entregado a la inmundicia (Ro. 1:24 y sigte.), el segundo, a apetitos sexuales perversos (Ro. 1:28 y sigte.), y el tercero, a "cosas que no convienen" (Ro. 1:28) ni son correctas. Lo que se dice en cuanto a los del tercer tipo, no puede sorprendernos; porque donde no se cree necesario tener en cuenta a Dios, por fuerza tiene que estar ausente también todo temor de Dios. Y donde está ausente el temor de Dios, está presente la inclinación hacia toda clase de pecados. Pero en lo que a los primeros dos tipos se refiere, nos preguntamos: ¿por qué será que precisamente la culpa de ellos merece un castigo tan severo? La respuesta es: Así como a los que rinden culto a Dios y tienen sus ojos puestos en él, se les atribuye la más acendrada pureza porque sin este requisito no pueden conocer a Dios ni adorarle[58] – así, por otra parte, no es más que justo que quienes no tienen en cuenta o no quieren tener en cuenta a Dios, sean arrojados a la más baja y execrable inmundicia, a un estado en que es impuro no sólo su corazón (lo que sucede a

[57] Comp. Gabriel Biel, II, dist. 28 concl. 2.
[58] Comp. Mt. 5:8.

causa de su idolatría) sino también su cuerpo, para que se vea que
los que no quieren ser puros en su corazón, tampoco pueden tener
un cuerpo puro. Pues así como es el alma en relación con Dios, así
es menester que sea también la carne en relación con el alma:
inmundicia por inmundicia, pureza por pureza. Y así como no
glorificaron a Dios, ni en su corazón ni con sus actos, sino que
transfirieron su gloria a otra cosa, es decir, a un ídolo, con lo que
su corazón se llenó de ignominia, así no es más que justo que se
cubran de ignominia también en el cuerpo, tanto personal como
recíprocamente; (de esta manera, los que no dan a Dios la gloria
debida, se acarrean ignominia tanto a sí mismos como unos a
otros)[59]. En lugar de gloria, pues, reciben ignominia, y eso por dos
razones: por haber rebajado a Dios al nivel de ellos y haberlo cam-
biado en semejanza de ellos, tienen que llevar la ignominia de la
inmundicia; y por haber transferido su culto del Creador a la cria-
WA tura, tienen que llevar la ignominia en su propio cuerpo, en forma
184 de actos vergonzosos cometidos por ellos y entre ellos. La gloria de
Dios la desecharon; ¿qué recompensa más justa podrían esperar
entonces que ésta: la de tener que sufrir ignominia, no sólo en el
corazón (que, como dijimos, es la idolatría), sino también en su
cuerpo?

Es bueno recordar, sin embargo, que el sentido de las afirmaciones del apóstol no es que *todos* los idólatras hayan cometido esos actos monstruosos, sino, como ya se indicó repetidas veces, que muchos de entre ellos los cometieron. Unos hicieron esto, otros aquello; pero la suma de estas iniquidades hizo que Dios descargara su castigo sobre el conjunto de personas que las perpetró, —precisamente "entregándolos" a la inmundicia. Sin duda hubo muchos (pensemos p. ej. en algunos cónsules romanos) que no fueron entregados a vicios tan repugnantes, pues sabemos de un buen número que gozaron de la reputación de ser personas altamente estimables por su pudicicia y hombría de bien, y no obstante fueron idólatras.

Además, cuando el apóstol habla de tres maneras diferentes cómo los idólatras "fueron entregados", tampoco ha de creerse que él nos quiere hacer pensar necesariamente en castigos aplicados a personas diferentes. Muy bien pudo ocurrir que algunos fueron entregados a los tres vicios juntos, otros a uno solo, otros a dos, cada cual conforme al juicio de Dios. Lo que el apóstol quiere demostrarnos es que todos ellos eran pecadores que necesitaban de la gracia de Cristo. Pues aunque no fue así que cada uno haya sido reo de la totalidad de esos delitos, sin embargo cada uno era un idó-

[59] En el manuscrito de Lutero, la sección entre paréntesis figura al margen, escrita evidentemente con una pluma distinta.

latra, y por lo tanto (al menos ante los ojos de Dios) cómplice y par de aquellos que habían sido entregados a la más grave de las condenaciones. A estos cómplices parece apuntar también el comienzo del capítulo 2; serían ellos los que se erigían en jueces sobre aquellos otros, condenándolos a pesar de que personalmente cometían las mismas maldades, aunque no todas.

v.24. A la inmundicia, . . .para que deshonraran entre sí sus propios cuerpos.

El apóstol da a este vicio el nombre de "inmundicia" y afeminamiento. De ahí que en 1 Co. 6:8 se lea: "No erréis; ni los fornicarios ni los adúlteros ni los afeminados, ni los que se echan con varones, etc. poseerán el reino de Dios"; y en Ef. 5:3: "Toda inmundicia y avaricia ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos"; además, en 2 Co. 12:21: "No se han arrepentido de la inmundicia y fornicación y lascivia que han cometido". Otra designación usada por Pablo es "deshonra", o ignominia. Pues así como la nobleza del cuerpo (al menos en este aspecto) consiste en la castidad y continencia, o por lo menos en el ejercicio decoroso del impulso sexual, así la deshonra del cuerpo es su abuso para prácticas antinaturales. Así como la belleza de un vaso de oro es realzada si se lo usa para servir un vino noble, pero degradada si se lo usa como orinal o tacho para la basura, así también el cuerpo nuestro (en lo que a este aspecto se refiere) está destinado ya sea a una honesta vida matrimonial, ya sea a una aún más honesta castidad.[60] En cambio, la humillación más vergonzosa para el cuerpo es cuando no sólo viola el matrimonio y la castidad sino además se mancilla a sí mismo con esa lascivia que es aún peor.

Esta "inmundicia" o este afeminamiento de que habla el WA
apóstol es toda polución intencional o individual, que puede practi- 185
carse de varias maneras diferentes: mediante pensamientos lascivos que enardecen excesivamente la fantasía, mediante fricciones manuales, mediante el manoseo del cuerpo de otra persona, especialmente de una persona del sexo femenino, mediante gestos o movimientos obscenos, etc. "Polución intencional" dije para diferenciarla de la polución nocturna, o a veces también diurna y en estado despierto que se da en muchas personas, pero en forma involuntaria. De éstas no se habla aquí. Y dije "individual", porque

[60] Recuérdese que este Comentario data de 1515-16. Más tarde, Lutero se expresa de otra manera. Comp. *Juicio sobre los votos monásticos* (1522), Obras de M. Lutero, tomo II pág. 107 et alt. (Ed. Paidós, Bs. As).

si se trata de una relación homosexual o heterosexual, se la designa con otros nombres.

Consejo a seguir: Cuando una persona joven no tiene en su corazón una chispa de respeto a Dios, y cuando veo cómo va por su camino sin gastar un pensamiento en el Señor, se me hace difícil creer que esta persona sea una persona casta. Pues como forzosamente tiene que vivir conforme a la carne o conforme al espíritu, es preciso también que arda o su carne, o su espíritu. No hay mejor modo de vencer el ardor de la carne, que el huirlo y apartar de él el corazón mediante sincera oración. Donde arde la llama del espíritu, pronto se entibia y se enfría la carne, y viceversa.

v.25. Y rindieron culto y sirvieron a las criaturas antes que al Creador.

El motivo para el segundo tipo del "ser entregado"[61] es la idolatría practicada mediante actos visibles, así como el motivo para el primer tipo fue la idolatría espiritual, consistente en que los hombres equiparaban a Dios con imágenes etc. El castigo por la idolatría "practicada" es tanto más grave por cuanto también la culpa es más grave. En efecto: la ignominia es mayor cuando hace extensiva la acción vergonzosa también a otra persona, degradando no solamente el propio cuerpo en sí mismo, sino incluso en el cuerpo de otro o de otros. Pues mayor es también la culpa, que radica en que ahora el pecado de la idolatría y desestimación de Dios ya no está confinado en la mente del individuo, sino que se traduce en acciones visibles, para ejemplo, seducción y tropiezo de otros. Si estas personas, en lo que a ellas se refiere, deshonran a Dios (pese a la reverencia que tributan a su majestad) abrigando en cuanto a él pensamientos que disminuyen su divina dignidad, entonces es justo que ello recaiga sobre sus propias cabezas, de modo que su pensar y obrar en cuanto a ellos mismos también vaya en detrimento de su dignidad humana. Pero ¡ay! también en nuestros días hay muchos que tienen de Dios un concepto por demás pobre y que con gran desprecio y hasta con temeridad declaran públicamente que Dios es de tal naturaleza o de tal otra. Ninguno de ellos se aviene a conceder a Dios el honor suficiente como para colocar la sobremanera grande majestad divina por encima de su propio juicio y sobre todo entendimiento humano. No, al contrario: ellos erigen un trono en el cielo a su propia sapiencia, tan alto que desde allí el juzgar a Dios no les parece más difícil ni más arriesgado que a un pobre zapatero el

[61] Véase pág. 49.

juzgar la calidad de su cuero. Con increíble presunción nos aseguran que con respecto a Dios, su justicia y su majestad, las cosas son exactamente así como ellos se las *imaginan*; y aunque carecen por completo del Espíritu que escudriña aun lo profundo de Dios,[62] hacen como si estuvieran llenos de él hasta el estado de ebriedad. A esta categoría pertenecen los herejes, los judíos, los engreídos, y WA
todos los que se hallan al margen de la gracia de Dios; pues nadie 186
puede pensar acerca de Dios lo que es correcto a menos que el Espíritu de Dios esté en él. Sin la guía del Espíritu de Dios, el hombre yerra en su enseñanza y en sus juicios, ya sea que se pronuncie acerca de la justicia y misericordia de Dios, o acerca de su propia persona o la de otros; pues es imprescindible que el Espíritu dé testimonio a nuestro espíritu.[63]

El motivo del tercer tipo del "ser entregado" (menos vergonzoso que los otros dos) es la falta de conocimiento de Dios; así dice el apóstol:

v.28. Ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios.

Debido a esta culpa, los hombres fueron entregados a diversos vicios; es decir, diversos y numerosos son los vicios a los cuales (a algunos, o a todos) Dios entregó a los hombres (a todos, o a algunos). Pues como ya fue dicho en otra ocasión: no todos fueron homicidas o personas implicadas en todos los demás *crímenes*; porque el hecho es que Dios no los entrega a todos de la misma manera al castigo, aunque hayan cometido más o menos los mismos pecados. La razón para ello la hemos de ver en el juicio oculto de Dios, y en el hecho de que *un* hombre hace, además de lo malo, también algo de bueno, y el otro nada, o menos que nada. Dios quiere tapar toda boca desvergonzada, para que nadie lo importune con reglas conforme a las cuales él debería castigar un cierto pecado o premiar una acción buena. Por esto, Dios permite que dos personas caigan en igual maldad, y sin embargo, de una de ellas tiene misericordia, y la perdona, y a la otra le endurece el corazón y la condena. Y asimismo permite que dos personas se dediquen por igual a una vida caracterizada por el bien hacer; y sin embargo, a una de ellas la reprueba y la echa fuera, a la otra la recibe en su gracia y le da la corona de la vida.

[62] Comp. 1 Co. 2:10.
[63] Comp. Ro. 8:16.

v.29. Atestados de toda injusticia.

Así es como reza el texto griego, y no "atestados de toda iniquidad"[64]. Es de notar que en las Sagradas Escrituras (al menos allí donde nuestra versión[65] traduce en concordancia con el original hebreo) se hace una diferencia entre "injusticia" e "iniquidad", en el siguiente sentido: la injusticia es el pecado de la incredulidad, o sea, la ausencia de la justicia que emana de la fe; pues como leemos en Ro. 1:17, en Mr. 16:16 y en muchos otros pasajes, el que cree es justo, y el que no cree es injusto; ¿por qué? porque el que no cree en Dios, tampoco le obedece, y el que no le obedece, es injusto. Pues la desobediencia es la esencia misma de la injusticia, esencia también de todo pecado, según aquella definición de Ambrosio: "El pecado es la desobediencia a los mandamientos divinos".[66] La "iniquidad" en cambio es el pecado de los que confían en sí mismos como justos,[67] basándose en obras que ellos mismos eligieron en su necio celo piadoso. De ellos dice el Señor en Mt. 7:23: "Apartaos de mí, todos los hacedores de la iniquidad"; los rechaza a pesar de todas sus grandes obras hechas en el nombre de Cristo que se mencionan en aquel pasaje. Dicho en palabras más sencillas: cometes una *iniquidad* cuando dejas a un lado lo que *debes* hacer, y haces lo que *a ti te parece* lo correcto. La *rectitud*
WA a su vez consiste en dejar a un lado lo que a ti te parece correcto, y
187 hacer lo que debes hacer. En el mundo de los juristas el asunto es diferente. Por lo tanto, "iniquidad" es más bien un concepto con que se establece una relación, una comparación, en especial cuando se la compara con la justicia verdadera por un lado, y la justicia propia por el otro lado.

Malicia: Con este término se designa la tendencia depravada de la mente que inclina al hombre a hacer lo malo, tendencia de la cual no lo apartan ni siquiera los bienes recibidos; y como si esto fuera poco, hasta abusa de todos los bienes recibidos, sea de Dios o del hombre, y los invierte en su mal obrar.

Por el contrario, la bondad es la tendencia de la mente a hacer el bien, tendencia que, es verdad, puede verse estorbada y frenada por males que se le infligen; con todo, la bondad usa también el mal para propósitos buenos. "Bueno" en el sentido de esa bondad espiritual no es aquel que practica el bien mientras le reporte

[64] Vulgata: *repletos omni iniquitate.* En cambio, el texto de Faber traduce el griego *adikia* con *iniustitia.*

[65] La Vulgata.

[66] Ambrosio, *De paradiso,* 8, 39; Patrol. Ser. Lat. XIV, 309.

[67] Comp. Lc. 18:9.

provecho y nadie se le oponga; por eso, la bondad espiritual es algo que está fuera del alcance del hombre natural. En alemán, el sentido exacto de *bonus* es *fromm*[68], y de *malus, böse.* Por esto leemos también en Mt. 7:18: "No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos". Esto va dirigido contra aquellos necios que intentan descargar sus propias culpas en los demás diciendo: "Yo podría ser muy bien una persona buena si los que me rodean fueran buenos, o si se me pudiera librar de los malos que me causan daño"[69].

Son, pues, términos opuestos la *benignitas* y la *malignitas* (v.29). La *benignitas* es la afabilidad, la habilidad de convivir con otras personas, una cierta generosidad, es decir, la sincera disposición anímica de hacer bien a otros y de ser tolerante para con ellos. Podemos distinguir dos tipos de benignidad: la una, la perfecta y cristiana, es siempre una y la misma, sea al tratar con personas agradecidas o con personas desagradecidas; la otra, la humana, mundana e imperfecta, dura sólo hasta donde es correspondida, y cesa cuando los otros se muestran desagradecidos y malos. Por esto se nos dice en Mt. 5:48: "Sed pues vosotros perfectos, como también vuestro Padre celestial es perfecto"; y en Lc. 6:35. "Y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos". La *malignitas,* por otra parte, es la depravada y grosera inclinación a vengarse de otros, y a hacerles mal. Y también la *malignitas* aparece en dos formas distintas. La una es la contraparte de la benignidad heroica, católica, y cristiana; por la perversidad de su corazón, la persona maligna hace mal también a los agradecidos y a los buenos, no solamente a los malos, y ni siquiera cambia de actitud al tratar con gente que le hace un bien. Es ésta una malignidad "bestial", indigna de seres humanos. La otra forma es la WA
contraparte de la benignidad humana e imperfecta: también busca 188
vengarse y hacer mal a los demás, pero cambia de actitud ante quienes le hacen un bien. Todo esto hace que ahora podamos entender lo que quiere decir el apóstol en Gá. 5:22: "El fruto del Espíritu es bondad y benignidad".

Maldad: Propiamente hablando, la "maldad" es aquella mentalidad depravada que hace que el hombre, al tener la oportunidad de hacer un bien a su prójimo, o de evitar que le suceda un mal, deliberadamente no hace ni lo uno ni lo otro; pues así parece defi-

[68] En el alemán de los tiempos de Lutero, *fromm* era, en general, "bueno", "valiente", "honrado"; sin embargo, a partir del siglo 15 aparece también con la connotación religiosa de "piadoso", que hoy día es la que predomina.

[69] En lat. *me infestantibus,* que podría traducirse también con "que me corrompen"; porque *infestare* es "infestar, ser pernicioso a, devastar", y también "viciar, corromper, disipar" (L. Macchi, *Diccionario de la lengua latina*).

nirla San Agustín en su libro *Acerca del Orden*[70], diciendo que la palabra *nequitia* ("maldad") viene de *nequire* ("no poder, estar imposibilitado de"), de modo que una persona que hace maldad "no puede" hacer el bien o "no es capaz de hacerlo", precisamente a causa de su mentalidad depravada. Algunos se comportan así por envidia, otros por un desmedido descaro.

v.31. Carentes de compostura[71].

Son estas personas groseras en sus palabras y en su comportamiento, desaliñadas, que viven en el más completo libertinaje haciendo lo que les venga en ganas, sea lo que fuere.

El *murmurador* y el *detractor* (v.29) se diferencian en que el detractor socava el buen nombre de otra persona, el murmurador en cambio se empeña en sembrar la discordia entre los que hasta entonces vivían en concordia, llevando sigilosamente un chisme a uno, otro chisme a otro. Pues todo murmurador es "hombre de dos lenguas", pero no todo detractor lo es. Véase Eclesiástico 28:15[72].

[70] En la obra de Agustín, *De ordine*, no aparece una definición de este tenor. En cambio hay una referencia etimológica similar en su *De beata vita*, 8; Patrol. Ser. Lat. XXXII, 964.

[71] La Vulgata tiene como segundo adjetivo del pasaje Ro. 1:31 *incompositos*; el texto original griego, en cambio, *asynthetous* – desleales, incumplidores.

[72] *Ecclesiasticus* o *Sabiduría de Jesús Ben Sirá*, libro apócrifo del AT. En la Vulgata, el pasaje reza así: *Susurro et bilinguis maledictus. Biblia de Jerusalén:* "Al soplón de lengua doble, maldícele".

Capítulo 2

v.1. Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas.

A este texto se le han dado tres explicaciones diferentes. En primer lugar se lo aplica a quienes desempeñan el oficio de jueces y que, respaldándose en la autoridad que les confiere su cargo, condenan y castigan a personas incursas en delitos que ellos, los jueces, también cometen. En este sentido, algunos quieren ver en estas palabras del apóstol una alusión a los romanos, por cuanto éstos —dicen— juzgaban a todos los malhechores a lo largo y ancho del orbe, a pesar de que ellos mismos estaban agobiados por el pecado de la idolatría y por muchos otros pecados más. Estos romanos serían entonces el blanco de la reprensión del apóstol, porque se arrogaban con tanta altanería el derecho de juzgar a los demás, y al mismo tiempo sentían tan poco temor y dolor ante la multitud de sus propios pecados.

Sin embargo, creo haber dicho ya con suficiente claridad que WA
el apóstol apunta no sólo a los romanos. Por lo tanto, esta opinión 189
merece poco crédito, máxime porque se basa en una exégesis forzada. Admito que el texto del apóstol puede entenderse como seria advertencia lanzada contra los que están investidos de autoridad, y que puede interpretarse también como una de estas exhortaciones que solemos usar en nuestras iglesias. Pero mucho mejor aún cuadra como alegato en contra de los gobernantes de nuestros días, los cuales, llenos de un extraño furor hacia los demás, juzgan a sus súbditos con gran severidad, y sin embargo cometen impunemente delitos no menores, sino mucho mayores aún que los cometidos por aquéllos. A estos grandes señores se dirige el apóstol tratando de despertarlos y arrancarlos de su profunda ceguedad. Mira en torno tuyo[1], y luego dime si no es cierto que tanto los jefes seculares

[1] La Ed. de Weimar cita a Berthold Pürstinger, *Onus ecclesiae* (1524) como ejemplo de advertencia contemporánea, con cierto matiz escatológico,

como los espirituales son orgullosos, dados al lujo, adúlteros, y peor aún: ladrones, desobedientes a Dios y a los hombres, y autores de guerras injustas, en otras palabras: asesinos múltiples. Y no obstante castigan todos estos crímenes con la mayor severidad cuando los cometen otros. Pero como entre los hombres no hay quien pueda juzgarlos, no tienen cuidado alguno en cuanto a su propia seguridad. Sin embargo, "no escaparán del juicio de Dios", como dice aquí el apóstol. Por eso yo también hablaré con entera claridad y aprovecharé la ocasión para tratar públicamente este tema, en apoyo de las palabras de Pablo:

¿Con qué autoridad los príncipes y poderosos de nuestro tiempo reservan para sí mismos todos los animales que caminan y vuelan, de modo que fuera de estos señores, nadie puede cazarlos? ¿De dónde sacan el derecho para ello? Si un hombre cualquiera del pueblo hiciera tal cosa, con toda justicia se diría que es un ladrón, un salteador, uno que atenta contra el patrimonio público porque sustrae algo que es propiedad de todos, y no de él. Pero como son los poderosos los que lo hacen, a ellos no se los puede llamar ladrones. ¿O será cierto que a imitación de Demodoco[2] podemos decir que los príncipes y magnates por supuesto no son ladrones ni raptores, pero que no obstante hacen lo que es propio de ladrones y salteadores? Tan profundamente tienen metidos dentro de sí el vicio de Nimrod, el primer poderoso y vigoroso cazador delante del Señor[3], que no pueden gobernar sin que al mismo tiempo opriman al pueblo y "cacen con vigor", es decir, con violencia, o sea, sin que arrebaten para sí cosas que no les pertenecen. Esto le hace decir a San Agustín en su libro *Acerca de la Ciudad de Dios:* "¿Qué son los grandes imperios sino grandes bandas de ladrones?"[4]. Y luego añade la siguiente historia: "Cierta vez, Alejandro Magno interrogó a un pirata que había caído en sus manos cómo se le había ocurrido
WA infestar el mar, a lo que el pirata contestó con el mayor desenfado:
190 '¿Y cómo se te ocurrió a ti tener infestado el mundo entero? Claro: lo que hago yo, lo hago con un pequeño barco; por eso me llaman pirata; lo que haces tú, lo haces con una gran flota, por eso eres el

---

acerca de la situación deplorable que imperaba tanto en la iglesia como en la sociedad. El capítulo 25 de aquella obra lleva el título: "Acerca de la injusticia de los duques y príncipes de la Tierra y de otros magistrados".

[2] Aristóteles cita el siguiente dicho de Demodoco: "Los habitantes de Mileto no son insensatos, pero hacen lo que suelen hacer los insensatos". (*Moral, a Nicomaco,* VII,8). Aristóteles usa esta cita para ilustrar su afirmación de que "los que no pueden dominar sus pasiones no son criminales, pero cometerán actos criminales".

[3] Comp. Gn. 10:8,9.

[4] Agustín, *De civitate Dei,* IV, 4. Patrol. Ser. Lat. XLI, 115.

emperador'". Aquel pues que quiera echar en cara a esos ladrones lo que aquí nos dice el apóstol, debe aplicárselo de la siguiente manera: Mandan a la horca a los ladrones, hacen decapitar a los asaltantes, y así los ladrones grandes juzgan a los ladrones pequeños. "¿*Y piensas esto*, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás al juicio de Dios?" (v.3).

Otro detalle del mismo cuadro general es que los gobernantes explotan al pueblo imponiéndole impuestos por demás gravosos sin motivo aparente, o cambiando y devaluando la moneda, y al mismo tiempo aplican multas a sus súbditos por codicia y avaricia. ¿Qué es esto sino hurtar y robar los bienes ajenos? Más aún: ¿quién podrá, al fin y al cabo, absolver del delito de hurto a quienes, además de enriquecerse ilegítimamente con sus exacciones, se benefician también legítimamente con los impuestos y compensaciones que el pueblo les paga, y sin embargo no cumplen con sus obligaciones para con el pueblo, protegiéndolo, promoviendo su bienestar, administrando correctamente la justicia? Pero no; lo único que les interesa es afirmar su poder tiránico, amontonar riquezas, y jactarse con ridícula y vana ostentación de los bienes que han adquirido de uno u otro modo.

Y con cuánta ceguedad nuestros príncipes eclesiásticos cometen los mismos desmanes, o peores aún —esto lo saben hasta los niños en la calle. Lujuria, ambición, aparatosidad, envidia, avaricia, exceso en el comer y beber, y un descreimiento general respecto de Dios, todo esto son cosas que en opinión de ellos no hay por qué someterlas a juicio. Ellos mismos están llenos de ellas hasta la coronilla. Toda disminución de sus privilegios e ingresos, aun de los ingresos más modestos, y toda reducción de sus pensiones, que de vez en cuando puede producirse entre sus súbditos, las consideran motivo suficiente para la aplicación de los más severos juicios y castigos. Te pregunto: ¿qué te parece que puede pensar Dios —no, Dios no, sino un Orestes[5] o alguien más insano aún— al ver cómo un ambicioso, avaro y lujurioso obispo fulmina con todos los rayos de la excomunión a su feligrés laico que le debe medio florín? ¿No tendrá que pensar que ese obispo es dos, qué digo, siete veces peor que un Orestes? ¿No se sentirá impulsado a decirle: "¿Piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios"? Y estas cosas son hoy día tan comunes y corrientes que por ocurrir con tanta frecuencia ya parecen ser perdonables. ¡Cuán grande es el castigo y la ira de Dios que en este tiempo pesa sobre nosotros! Tan enormes son, que Dios

[5] **Orestes: hijo de Agamemnón y Clitemnestra, mató a su madre para vengar a su padre, asesinado por aquélla y su amante Egisto.**

permite que nos sobrevengan todas estas plagas a fin de que nos demos cuenta cabal de la terrible desolación que azota a la santa iglesia, y de su destrucción y ruina que es peor que la que cualquier enemigo exterior podría causarle.

WA 191 En segundo lugar, las palabras del apóstol debemos aplicarlas también a los que juzgan a los demás ya sea enjuiciándolos en lo secreto de su corazón, ya sea censurándolos públicamente con la boca; y esto lo hacen a pesar de que en todo aspecto son enteramente iguales a los así enjuiciados y censurados. Si vemos que un orgulloso critica a otro orgulloso, que un lujurioso increpa a otro lujurioso, que un avaro muerde a otro avaro, decimos con razón que tal proceder es vergonzoso. Pero a pesar de que el descaro es tan manifiesto que hasta a un estúpido le parece estúpido y ridículo, sin embargo existe al respecto una asombrosa ceguedad, que hace que muchas personas padezcan de este mal, con el resultado de que el más orgulloso critica al menos orgulloso, o el menos orgulloso al más orgulloso; el menos avaro muerde al más avaro, y así sucesivamente. A tales personas podemos aplicar, y con todo rigor, las palabras del apóstol: "Piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen etc." Pues éstos, al juzgar a los que hacen lo mismo que ellos, necesariamente se están juzgando a sí mismos. Sus propias palabras, pues, comparecen en el tribunal como sus acusadores. "No juzguéis, para que no seáis juzgados" (Mt. 7:1), esto es, para que no traigáis sobre vuestra propia cabeza el mismo juicio que pronunciáis sobre los demás. Pero la triste verdad es que somos ciegos ante los errores propios, pero más listos que Argos[6] para descubrir los errores ajenos.

En tercer lugar, el pasaje habla de los que son santos en su propio concepto, y que, como ya dije, viven en un pecado diferente del que ellos juzgan. Hacen como si fueran justos porque no cometen todos los delitos que cometen otros; se olvidan, sin embargo, de que no son menos injustos que estos otros, pues si bien no hacen todos los pecados que hacen éstos, por lo menos hacen algunos. Tan ocupados están en ponderar sus buenas obras, que ante la multitud de éstas ya no alcanzan a ver sus vicios. De esta gente en particular está hablando el apóstol aquí. Instruirlos y corregirlos resulta muy, muy difícil. Por una parte no podemos tildarlos sin más ni más de desvergonzados si juzgan errores de los cuales (o de algunos de los cuales) ellos están libres. Y por otra parte, ellos mismos no saben que son injustos o no se dan cuenta de ello, y sin embargo lo son porque lo que juzgan en otros, en parte lo practican ellos también.

[6] Argos: en la mitología, un gigante que tenía el cuerpo cubierto de ojos, por lo que le llamaban "el omnividente".

Pero mejor que yo lo expresa San Agustín en el capítulo 8 de su obra *Acerca del Espíritu y la letra*, donde dice: "Ellos hacen las obras de la ley conforme a la letra, pero sin el Espíritu; es decir, las hacen por temor al castigo, no por amor a la justicia. Su deseo sería realmente hacer otra cosa, si pudieran hacerlo impunemente; y así es que hacen lo correcto, pero con una voluntad culpable (porque su voluntad no está dirigida hacia lo correcto). ¿De qué sirven entonces las obras de buen aspecto exterior, si a los ojos de Dios la voluntad es pecaminosa, aunque a los ojos de los hombres la mano sea justa?"[7] En otras palabras: ellos hacen lo que juzgan, o sea, con su *voluntad* hacen lo que otros hacen con sus *obras*, –y estas obras las harían ellos también si les fuera permitido. Esta es la deshonestidad de la sinagoga, y por esta deshonestidad Dios también la repudia. De esa debilidad, pues, padecemos todos; por lo tanto cuídese cada cual de juzgar al otro, porque al hacerlo, se está juzgando a sí mismo. El propósito del apóstol es lograr que cada uno aprenda a conocerse a sí mismo, y por eso comienza a enseñarles que aquel que vive sin Cristo, está incluído en el número de los que "juzgando a otro se juzgan a sí mismos". Por bueno que sea, y por más que juzgue a esos "juzgadores", siempre sigue siendo uno de ellos, aunque no lo vea; siempre hace aquellas cosas que condena, aunque no quiera admitir que sea así.

Y ahora, el apóstol dirige nuestras miradas a tres grandes dones WA
que Dios tiene para los pecadores: a su *benignidad, paciencia y* 192
longanimidad, mejor dicho: a *"las riquezas"* o sea, "a la plenitud y magnitud" de su benignidad, paciencia y longanimidad.

Las riquezas de Su benignidad son los incontables bienes tanto materiales como espirituales, entre los que podemos mencionar los que Dios derrama sobre nuestro cuerpo y sobre nuestro alma, el disfrute de toda la creación y los servicios que ésta nos presta, la custodia de los ángeles, y cosas semejantes. Las riquezas de su paciencia (es decir, de su indulgencia y tolerancia, pues éste es el significado del término griego,[8] como lo vemos también en Ro. 3:25: *in sustentatione Dei*, "en la dilación o suspensión por parte de Dios") se ponen de manifiesto en la forma cómo Dios aguanta con infinita tolerancia la ingratitud de los hombres frente a los dones recibidos, y todas las ofensas que le infligen con sus innumerables y monstruosos pecados con que, en lo que de ellos depende, insultan a su Benefactor divino y le devuelvan mal por bien, no

[7] *De Spiritu et littera*, 8, 13. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 208, citado por Lutero en forma bastante libre.

[8] Con la palabra griega *anojé* se designa un "detener", "retener", "frenar", "aplazar".

santificándolo, profanando además y cubriendo de blasfemias todo lo relacionado con Dios, como se detalla más adelante (vv. 23 y s.).

Las riquezas de su longanimidad, a su vez, se hacen visibles en la tan benévola dilación del castigo por tamaña ingratitud y maldad, y en la buena voluntad con que él aguarda que sus ofensores se enmienden, como si realmente abrigase la esperanza de que mejoren. Pero cuanto mayor fue la longanimidad que Dios mostró para con los hombres, tanto más severo será también su castigo si la mostró en vano. Por esto leemos a continuación: *Te atesoras para ti mismo ira* (v.5). El apóstol no dice: "merecerás la ira" sino "te atesoras", o sea, "merecerás una ira sobreabundante y colmada". Así lo dijo también Valerio Máximo, a pesar de ser un pagano: "La ira divina compensa la tardanza en vengarse con la severidad en castigar".[9]

De este texto podemos deducir qué es un corazón endurecido, a saber: un corazón que desprecia la benignidad, paciencia y longanimidad de Dios, un corazón que recibe muchos bienes y hace muchos males, y con todo, no tiene la intención de enmendarse. Podemos distinguir dos tipos de personas con corazón endurecido: Los del primer tipo son los que cometen estos pecados por los deseos y apetitos de su hombre exterior. Los del segundo tipo lo hacen a causa de su propia razón y sabiduría, y a causa de su terca insistencia en su propia santidad. A este segundo tipo pertenecen los judíos, los herejes, los cismáticos y otros enamorados de sí mismos.[10] Con miras a ellos observa San Bernardo en el capítulo 1 de su obra *De consideratione:* "Un corazón tal se llama duro porque no se lo puede ablandar con beneficios, ni aterrar con amenazas, ni corregir con castigos, ni conmover con promesas".[11]

Y los del segundo tipo son más duros y más impenitentes que los del primer tipo justamente porque están tan convencidos de su
WA sabiduría y santidad: no entienden que su sabiduría y santidad es
193 una doble ignorancia e iniquidad. Bien se dice de ellos en Pr. 26:12: "¿Has visto hombre sabio en su propia opinión? Más esperanza hay del necio que de él".

v.4. ¿Ignoras que su benignidad te guía al arrepentimiento?

Esto nos muestra hasta qué punto llega la ceguedad del pecador: Dios le da dones para que le sean de provecho; y él abusa de ellos en su propio perjuicio. Por otra parte, la luz que ilumina al

[9] Valerio Máximo, *Factorum et dictorum memorabilium libri*, I, 1,3.
[10] Véase pág. 257.
[11] San Bernardo de Claraval, *De consideratione*, I, 2; Patrol. Ser. Lat. CLXXXII 730 y s.

hombre justo y piadoso es tan brillante, que él usa para su propio beneficio algo que en sí es un mal que podría perjudicarle. Así, el impío ignora que la benignidad de Dios lo guía al arrepentimiento; el justo en cambio sabe que hasta la severidad de Dios contribuye a su salvación, porque lo abate y lo sana: "El Señor mata, y él da vida" (1 S. 2:6).

v.5. En el día[12] *de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios.*

Al día postrero se le llama día de la ira y día de la misericordia, día de la tribulación y día de la paz, día de la confusión y día de la gloria; porque en aquel día, los impíos serán castigados y cubiertos de vergüenza y confusión perpetua[13], los creyentes en cambio serán premiados y glorificados. De la misma manera, el día espiritual que reina en el corazón de los fieles por la luz de la fe que los ilumina, es llamado tanto el día de la ira como el día de la gracia, día de la salvación y día de la perdición. Así leemos en el Salmo 110:5: "El Señor que está a tu diestra quebrantará a los reyes en el día de su ira", es decir, en el día y el tiempo de la gracia, que es el tiempo presente; además en Sof. 1:14-16: "Es amarga la voz del día del Señor; será atribulado allí el valiente" (o sea, el hombre poderoso y soberbio). Día de ira aquel día, día de tribulación y de angustia, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de obscuridad, día de nublado y de torbellino de viento, día de trompeta y de algazara, etc."

v.7. Conforme a la paciencia[14] *en bien hacer.*

Tan necesaria es la paciencia, que ninguna obra puede llamarse buena si falta la paciencia; porque el mundo es tan perverso, y el
diablo tan inicuo, que no puede ver ninguna buena obra sin lanzarse WA
de inmediato a atacarla. Pero es precisamente por medio de estos 194
ataques como Dios en su admirable beneplácito nos da la prueba de que la obra es buena y de su agrado. Atengámonos pues a la

[12] Acotación marginal de Lutero en sus *Glosas:* "El texto griego tiene *para el día,* lo cual es mejor". Lo que "tiene el texto griego" es *en hemera,* "en el día". Quizás Lutero haya estado pensando en el pasaje similar cap. 2:16, para el cual adoptó la traducción de Faber *in diem:* "para el día". Vers. Reina Valera: "para el día".

[13] Comp. Dn. 12:2.

[14] En el original griego: *hypomoné,* que la Versión Reina-Valera traduce (mejor) con "perseverancia"; pues designa no tanto un aguantar y padecer (*patientia*) sino un permanecer.

siguiente regla canónica y práctica: En tanto que no cosechemos oposición, odio, dificultades o daños por una buena obra que hacemos, tenemos motivos para temer que nuestra obra todavía no es del agrado de Dios por cuanto todavía le faltan los ingredientes de prueba y paciencia, y que Dios todavía no la aprobó porque todavía no la puso a prueba. Pues él no aprueba nada sino después de haberlo probado.

Pero si nuestra obra suscita una inmediata y dura crítica, entonces alegrémonos y confiemos en que es una obra que le agrada a Dios, más aún: estemos seguros de que es una obra que tiene su origen en Dios mismo; pues lo que procede de Dios, tiene que ser crucificado en este mundo. Hasta que no sea conducido a la cruz (esto es, a un vergonzoso padecimiento), no se conoce que es de Dios. ¡Como que ni siquiera el Hijo unigénito del Padre quedó exento de esta experiencia, sino que antes bien tuvo que servir de ejemplo para la misma! "Bienaventurados pues los que padecen persecución por causa de la justicia" (Mt. 5:10). "Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos" (Mt. 5:12).

Corolario

Los que se quejan y se impacientan cuando al hacer una obra de bien tropiezan con dificultades y contratiempos, demuestran con ello que su buena obra no es de Dios, sino que fue hecha a impulsos de una justicia humana, justicia que induce al hombre a hacer el bien por amor a sí mismo, porque quiere cosechar estimación y honores con su actuación, y porque rehúye y detesta el ser calumniado y difamado y odiado por lo que hace. Y así salta a la vista que el bien que hizo no lo hizo motivado por un espíritu de amor y de humildad, por causa de Dios únicamente, sino por causa de sí mismo, para aumentar su prestigio, por un oculto orgullo y amor propio. Pues quien obra por amor y humildad, por causa de Dios, dice, si es alabado por ello: "Lo que comencé, mi querida Alabanza, no lo comencé pensando en ti; así que tampoco te necesito para llevarlo a cabo". Y si le critican, dice: "Señor Crítico: no fuiste tú por quien empecé esto, así que tampoco lo dejaré porque tú me critiques". Y así llevará a feliz término lo que comenzó, por causa de Dios, protegido a diestra y a siniestra. A esto apunta el pasaje de Santiago 1:4: "Tenga la paciencia su obra completa". Esto quiere decir: Hay también otras virtudes que producen obras buenas. Pero solamente la paciencia produce una obra perfecta, o sea, una obra no viciada por defecto alguno, ni comenzada por afán de gloria o amor propio, ni abandonada por temor a las críticas, sino prose-

guida y llevada a cabo por amor a Dios. "Os es necesaria la paciencia, WA
para que haciendo la voluntad de Dios, obtengáis la promesa", 195
leemos en Hebreos 10:36.

Corolario

El dicho de Cicerón "La virtud, cuando alabada, crece"[15] es una palabra pagana que en la iglesia de Dios es ridiculizada y rechazada con toda razón. El apóstol afirma justamente lo contrario: "La virtud se perfecciona en la debilidad" (2 Co. 12:9);[16] quiere decir: las obras buenas llegan a ser perfectas por medio de la paciencia, porque "cuando soy débil (cuando sufro), entonces soy más fuerte" (2 Co. 12:10).[17] Así, pues, la virtud humana crece cuando se la alaba, porque busca la alabanza; la virtud de los cristianos en cambio crece con la crítica y los padecimientos, y muere con la alabanza (es decir, si gustara ser alabada), como se lee en el Salmo 53:5: "Dios ha esparcido los huesos (las virtudes) de los que agradan a los hombres;[18] fueron avergonzados, porque Dios los dispersó". Mas si la virtud de los hombres sólo crece cuando la alaban, ¿qué hace cuando la critican? ¿Será que decrece? Sin duda alguna, porque entonces se convierte en rabia o desesperación. En pocas palabras: incluso a aquellos a quienes el apóstol llama "contenciosos" (v.8) por su falta de paciencia, muy probablemente hicieron alguna buena obra. Pero como no conocían la paciencia, y como querían ser elogiados por sus buenas acciones, se apartaron de la verdad y se encaminaron hacia su propia sabiduría, declarando bueno lo que es malo; es decir: declarando que aquello con que buscan complacencia y gloria ante sí mismos y ante los demás, es justicia. Por esto Pablo los amenaza con "ira y enojo" (v.8).

15 Existen ciertas dudas acerca de si este dicho realmente se puede atribuir a Cicerón. Usingen cita las palabras de Cicerón (*De off.* I, 6): "Todo el elogio de la virtud consiste en que se la practica". También la expresión "La virtud crece" se halla en un escrito de Cicerón, pero sólo como una cita; el concepto mismo expresado por ella, el propio Cicerón lo rechaza.

16 Lat. *Virtus in infirmitate perficitur.* Versión Reina-Valera: Mi poder se perfecciona en la debilidad. (*Virtus* es virtud, pero también valor, ánimo, poder, fuerza).

17 Así Lutero: *fortior sum*. Vulgata: *potens sum.*

18 Cit. según la Vulgata (Sal. 52:6): *Deus dissipavit ossa eorum qui hominibus placent.*

v. 7. Gloria y honra, quiere decir: una honra llena de gloria.

"Gloria", dice San Agustín en un comentario sobre Júan 17, "según la definición dada por los antiguos autores clásicos latinos, es lo que tiene un hombre cuyo nombre se menciona con frecuencia en tono elogioso"[19]. Y en el libro 5 de la *Ciudad de Dios*, capítulo 12, escribe: "Gloria es el juicio de hombres acerca de otros hombres de los cuales tienen una opinión favorable"[20]. Por esto las Sagradas Escrituras suelen hablar de "claridad" y "clarificación", y en forma análoga de "ser glorificado" y "ser clarificado"[21].
WA "Honra" empero, según Aristóteles[22], es la estimación que se
196 tributa a alguien en señal de que se reconoce su capacidad, o también la estimación que se expresa a una persona en palabras, obras y señales por sus elevadas cualidades. Esto nos permite hacer una clara diferenciación entre honra y gloria: la gloria irradia de una persona hacia otra, la honra viene de parte de otros y se dirige a una persona, o "entra" en ella. La gloria fluye de dentro hacia fuera, la honra fluye de fuera hacia dentro. Lo característico pues de la gloria es el "salir", y lo característico de la honra, el "entrar".

v. 8. Ira y enojo.

Esto lo entiendo como una ira llena de indignación y de furor con que Dios arremete contra el cuerpo y contra el alma. Es también una ira llena de severidad. Pero esta ira Dios la hace sentir también a los justos, como lo atestiguan los siguientes textos: "Se airó contra nosotros, y nos recibió nuevamente a misericordia" (Sal. 60:1)[23], y "Después de haberte airado, te acordarás de tu misericordia" (Hab. 3:2). La ira mencionada en estos pasajes es una ira llena de benignidad, es la vara del Padre. Por esto el salmista suplica: "Señor, no me reprendas en tu enojo" (Sal. 6:1), con lo que quiere decir: "Me reprenderás, sí, a causa de tu ira. Pero no me reprendas en tu enojo, sino en tu misericordia; pues así destruirás al hombre viejo pero salvarás al hombre nuevo".

[19] Agustín: *Tract. CV in Ioann.* cap. 17; Patrol. Ser. Lat. XXXV, 1905.

[20] Agustín, *De civitate Dei*, V, 12; Patrol. Ser. Lat. XLI, 156.

[21] Lat. *claritas et clarificatio* (que en la Vulgata no aparece), *glorificari et clarificari* – sinonimia de difícil traducción. El *Vocabularius breviloquus* agrega a *gloria* la nota de que *gloria tiene relación con clarus (brillante)*.

[22] Aristóteles: *Moral, a Nicomaco,* IV, 3 ("El premio a la virtud es la honra, y se la tributa a los buenos").

[23] *Iratus est et misertus est nobis,* cita algo modificada de Vulg. Sal. 59:3: *Iratus es et misertus es nobis.*

v.9. Tribulación y angustia.

Esto vendría a ser la explicación de la "ira y el enojo". También estas dos palabras las tomo como un conjunto de un mismo significado. No se habla aquí de una tribulación cualquiera, sino de una tribulación realmente angustiosa, una tribulación de la cual no hay salida ni esperanzas de salida, una tribulación de la cual está ausente el consuelo. Es verdad, también los santos tienen que padecer tribulaciones, pero ellos reciben consuelo aun en los momentos más difíciles, como leemos en el Salmo 4:2: "Cuando estaba en angustia, tú me dilataste", y en 2 Co. 1:4: "El nos consuela en todas nuestras tribulaciones". Este consuelo lo brinda la esperanza y la confianza en Dios. Pero los impíos padecen en las tribulaciones la tortura de la desesperación. No tienen nada en que pudieran fundar su esperanza y su confianza, porque no la fundan en Dios, el único de quien se puede esperar liberación. Por eso, así como la alegría es una cierta "libertad de movimiento" del corazón aun en las tribulaciones, así la angustia es un cierto estrechamiento y una constricción que le sobreviene a uno en tales circunstancias.

De vez en cuando Dios permite que aun los suyos se vean apre- WA
miados durante algún tiempo por esa doble aflicción, como leemos 197
en el Salmo 116: "Tribulación y dolor había yo hallado", –o sea, "angustia", como reza el texto hebreo. Pero a los impíos, Dios los deja agonizar para siempre en este doble horror. Así lo indica con las palabras "sobre toda alma" (v.9, lat. *in omnem animam*). No dice solamente "sobre el cuerpo", como ocurre en el caso de los electos.

v.12. Sin ley también perecerán.

Con la palabra "ley" se designa en este pasaje, o sea, en el capítulo entero, la ley de Moisés en su totalidad, que comprende tanto los Diez Mandamientos como también los mandamientos de amor a Dios y al prójimo. ¿Cómo se explica entonces que perecerán sin esta ley, o que pecaron contra ella sin poseerla? ¡Si donde no se tiene tal ley, tampoco puede haber pecado ni mérito, y por lo tanto tampoco castigo ni recompensa!

La respuesta es: al afirmar que "perecerán sin ley", el apóstol quiere decir que perecerán sin la ley trasmitida oralmente o por escrito, aun cuando pudieran haber tenido conocimiento de ella por otro conducto, como observa más adelante (v.15): "mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones". *Sin ley* podría significar también "sin la cooperación de la ley", o "sin que la ley les hubiera dado ocasión para pecar". Pues una ley inexistente, tampoco puede

ser una ocasión para pecar. La ley de Moisés empero no había sido dada entre los gentiles. Es verdad: los gentiles no recibieron los ritos y las ceremonias de la ley de Moisés, ni les fueron legados por tradición. Consecuentemente, tampoco estaban atados a ellos, ni cometían pecado al no observarlos, a diferencia de los judíos, que habían recibido la ley, y habían hecho por medio de ella un pacto con Dios, y habían recibido en ella la promesa de Cristo. Sin embargo, los gentiles recibieron una ley espiritual, simbolizada en un sentido moral por aquellos ritos y ceremonias (que además prefiguraban a Cristo). Esta ley espiritual fue grabada en el corazón de todos los hombres, judíos y gentiles, y tiene carácter de obligatoriedad para todos. De ahí que el Señor diga en Mt. 7:12: "Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas". Ahí se ve que toda la ley trasmitida oralmente o por escrito no es otra cosa que esta ley natural que no puede ser desconocida para nadie, por lo que tampoco puede haber excusa para nadie.

Lo que el apóstol quiere decirnos es, pues, lisa y llanamente esto: "Sin ley perecerán", o sea, "perecerán aun sin haber recibido la ley". Y esto a su vez quiere decir: La "pecaminosidad" de los gentiles no consiste en el hecho de haber recibido la ley y no
WA haberla observado, como ocurrió en el caso de los judíos. Tampoco
198 es correcto afirmar que los gentiles perecerán por no haber observado la ley. La causa es otra: la misma ley que no habían recibido en forma oral o escrita, la llegaron a conocer de otra manera, y no obstante no la guardaron. Esto sí: a los judíos los alcanzará el juicio también por el hecho de haber recibido la ley, como Esteban se lo hizo saber expresamente en Hch. 7:53: "Vosotros recibisteis la ley, y no la guardasteis". *Sin ley perecerán* quiere decir entonces: lo que los condenará no es una ley entregada a ellos y recibida por ellos; por eso perecerán sin una ley de esta índole – si bien *no* sin una ley que es similar a aquélla en todo, sólo que no les ha sido entregada en forma escrita ni está detallada según contenido y significado.

Aquí cabe la pregunta: ¿Podemos decir que los gentiles, que viven "fuera de Cristo" y no obstante cumplen la ley de una manera natural, siguiendo los dictados de su conciencia – podemos decir que ellos son salvos? – pues sabemos que sin Cristo, el pecado original no es quitado, y sin la gracia no se puede cumplir ningún mandamiento (aunque aquellos gentiles tengan a su favor las evidencias externas); y sabemos además que la gracia se recibe solamente por medio de Cristo. En efecto: el apóstol parece afirmar aquí que algunos gentiles hicieron y hacen por naturaleza las cosas de la ley. Sin embargo, hay algo que nos puede hacer entrar en sospechas: el apóstol no dice que ellos cumplen la ley, sino que hacen algunas

cosas contempladas en la ley. Sus palabras textuales son: "lo que es de la ley" (v. 14), vale decir, algo de la ley, si bien no todo lo que la ley encierra; y de esta manera, todos permanecen aún en el estado de pecadores, a causa de las demás exigencias de la ley que no cumplieron, como se demostrará en el capítulo 3 (v. 10–12). Si se quiere entender al apóstol en el sentido de que los gentiles cumplen con todas las exigencias de la ley, parece que debe responderse con "sí" a la pregunta planteada al comienzo de este párrafo. Mas si a esto se objeta: ¿qué diremos entonces respecto de Cristo, el pecado original y la gracia?, la respuesta será: Cualquiera que cumple la ley, está en Cristo y recibe la gracia por cuanto en la medida de sus posibilidades se puso en condiciones para recibirla[24]. Pues el pecado original, Dios se lo pudo perdonar (aun sin que ellos hubieran tenido conocimiento del mismo ni lo hubieran confesado) a base de alguna actitud humilde para con Dios como Ser Supremo conocido por ellos. Tampoco estaban ligados al evangelio y a un Cristo específicamente conocido, tan poco como los judíos. O también podría decirse que mediante un acto de misericordia anticipada de Dios, todos los hombres de este tipo recibieron, como regalo, una medida de luz y gracia que, de acuerdo con su estado, les bastaba para ser salvos. Como ejemplos se podría mencionar a Job, Naamán, Jetro y otros. Y bien: aquella primera interpretación, de que los gentiles no hicieron todo lo que la ley exige, no me agrada, puesto que algo más adelante (v. 27), el apóstol dice: "Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti". Fíjate en estas palabras. El apóstol dice aquí que la "incircuncisión", o sea, el gentil, guarda la ley. Y en el mismo pasaje (v. 26) hace la pregunta: "Si el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión?". Así que los gentiles guardaron la ley. Cualquier detalle empero que aún les faltaba (y para WA
esta falta sirve de excusa su invencible ignorancia), Dios indudable- 199
mente lo añadió en su paciencia, para que su guardar fuera hecho perfecto por medio del Cristo que habría de venir – exactamente como lo hizo con los pequeñuelos circuncidados que fueron muertos por causa de él (Mt. 2:16), y como lo hace aún hoy día con los hijitos nuestros.

v. 11. Porque no hay acepción de personas para con Dios.

Con estas palabras el apóstol se dirige en primer término contra el orgullo de los judíos que se jactaban de la ley que habían

[24] *Per sui preparationem ad eandem, quantum in se est.* Respecto de esta formulación (vaciada de contenido) véase también lo que Lutero dice más adelante, págs. 82, 120.

recibido (Ro. 2:23), y que presumían de ser oidores y seguidores de la misma. Por esto también los irritaba el hecho de que a los gentiles se los colocara en un mismo nivel con ellos en lo que a obras buenas se refiere, y que a ellos se los colocaba en un mismo nivel con los gentiles en lo que a obras malas se refiere, puesto que Pablo había dicho: "Tribulación. . . sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego" (v.9), y además: "Gloria. . . a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego" (v.10). Lo que ellos querían era que Dios actuara de manera diferente: que diera lo bueno (gloria etc.) a los judíos solamente, y lo malo (tribulaciones etc.) solamente a los gentiles – como si ellos, los judíos, por ser de la simiente de Abraham, automáticamente tuvieran también los mismos méritos que Abraham. Así, los judíos siempre tratan de convertir a Dios en un juez que hace acepción de personas. En idéntica necedad se hallan sumidos los herejes y todos los que se enorgullecen de su propia espiritualidad. Esta gente abriga la vanidosa creencia de que, así como ellos eligieron para sí un lugar de privilegio entre los hombres por su santidad o gran saber, y así como ellos tienen hacia sí mismos una admiración especial, también Dios los eligiría a ellos y tendría en ellos su complacencia. No caen en la cuenta de que muy por el contrario, la elección y complacencia de Dios se dirige únicamente a un alma digna de desprecio, un alma que reconoce que no merece estar en la casa de Dios, un alma que, no asignándose a sí misma mérito alguno, da preferencia a los demás y se complace en ellos. Luego, el apóstol abate del mismo modo también el orgullo de los gentiles, que se engreían con la excusa de que por cuanto ellos no conocían la ley, tampoco merecían la ira divina. A éstos les responde: ¡Están muy equivocados! Ellos "perecerán sin ley", así como también serán salvos sin ley, con tal que hubieren guardado su propia ley que les es innata[25] y concreada, no dada posteriormente; ley que no les fue legada por tradición sino que ya hallaron a mano; ley viviente, no volcada en letras.

En efecto: si hacemos con los demás como deseamos que los demás hagan con nosotros —y naturalmente, para nosotros mismos deseamos todo lo bueno, glorioso y grande— entonces deseamos esto en primer lugar para Dios: una voluntad propia, el derecho de juzgar, la gloria, y todas las demás cosas que son de Dios y que nosotros nos hemos arrogado en complicidad con Lúcifer. Y en segundo lugar, deseémoslas también a nuestros prójimos a quienes a menudo intentamos colocar en un plano inferior. ¿Por qué no

[25] Cicerón llama a la ley de defensa propia "una ley no escrita sino nacida junto con nosotros" (non scripta sed nata lex), *Pro Milone*, 10.

dejar que también ellos sean superiores a nosotros, como lo es Dios? Entonces habremos cumplido cabalmente el precepto de la humildad, tanto con respecto a Dios como con respecto a los hombres, esto es, la completa y perfecta justicia. Pues ¿qué otra cosa enseña la Escritura entera sino una humildad que nos sujeta no sólo a Dios sino a toda criatura[26]? También nosotros deseamos que todo nos esté sujeto, aunque tal deseo es un deseo perverso. Y bien: por más perverso que sea, ¡hagamos con los demás lo que conforme a ese perverso deseo queremos que ellos hagan con nosotros! Y al instante, nuestro deseo será recto y de suma perfección. ¿Puede haber algo más conciso y más útil que esta breve lección? Y sin embargo, ¡cuán rara vez se la comprende en todo su vasto alcance! También
el Señor mismo la condensa en unas pocas palabras al decir con res- WA
pecto a los hombres nada más que esto: "Todas las cosas que 200
queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos" (Mt. 7:12). Pero ahora, tú te elevas por encima del pecador, del indocto, del mísero, y quieres que ellos acepten el ser tratados por ti de esta manera. Pues entonces, tú también debes aceptar lo mismo de parte de ellos —a no ser que niegues que el pecador, el indocto y los míseros pertenecen a los "hombres".

v.12. Todos los que sin ley han pecado.

Debemos tener mucho cuidado de no conectar el *sin ley* con el verbo *han pecado*, o con *perecerán*. Antes bien, esta frase hay que entenderla de la manera siguiente: "Todos los que han pecado sin ley", es decir, "sin que la ley contribuyera a que pecaran, sin que la ley les sirviera de ocasión para pecar". Lo mismo cabe para la expresión *sin ley perecerán:* significa que la ley no presenta testimonio contra ellos ni pronuncia sentencia sobre ellos, puesto que no les ha sido dada una ley de esta índole, sino una ley diferente. En efecto: toda ley sirve de ocasión para pecar, a menos que acuda en auxilio la gracia, y a menos que el amor, los sentimientos y la voluntad estén orientados hacia la ley. La voluntad siempre permanece en oposición, siempre quisiera hacer otra cosa, aun allí donde exteriormente cumple con lo que la ley manda. Los severos preceptos de la ley no le ayudan a la voluntad a evitar el pecado, sino que la incitan aún más a cometerlo. Ya lo dijo San Agustín en el capítulo 5 de su obra *Acerca del Espíritu y la letra:* "No sé por qué será que lo que despierta nuestra concupiscencia, nos parece más apetecible cuando nos lo prohíben"[27]. Y el poeta dice: "Siempre

[26] Véase pág. 27, Nota 8.
[27] Agustín, *De Spiritu et littera,* 4; Patrol. Ser. Lat. XLIV, 204.

anhelamos lo vedado, y a lo que nos es negado, se dirigen nuestros deseos. Así el dique estorba las aguas en su impetuoso correr". "Lo permitido nos causa poco agrado; con tanto más ardor ansiamos lo no permitido". "Lo que me sigue, lo huyo; lo que me huye, lo sigo"[28]. Por eso San Agustín observa muy acertadamente en el capítulo 8 del libro recién mencionado: "Los que cumplieron el mandato de la ley sin que les asistiera el Espíritu de la gracia, lo hicieron por temor al castigo, no por amor a la justicia. De esta manera, *a los ojos de Dios* no estuvo presente en la *voluntad* lo que *a los ojos de los hombres* se hizo visible en la *obra*" —y a la inversa: lo que no se hizo visible en la obra, para Dios sin embargo estuvo presente en la voluntad. Y esto fue ante todo la causa por qué se los tuvo por culpables, pues Dios sabía muy bien que ellos habrían preferido cometer pecado de haber podido hacerlo impunemente[29]. Que los judíos eran gente de este tipo queda evidente por lo que Cristo dice en el Evangelio, Mt. 7[30]: "Si vuestra justicia no fuere WA mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de 201 los cielos". Pues los escribas y fariseos solían decir que el tener ira en el corazón aún no era pecado, sino sólo el cometer un homicidio. Por eso el Salmo 1:2 dice: "Sino que en la ley del Señor está su voluntad"[31]. Esta voluntad empero la da sólo Dios, por medio del Espíritu Santo. De otra manera, el pecado siempre recibe ocasión por medio de la ley, y por medio de la ley mata. No importa cuántas y cuán grandes obras se hagan: la voluntad permanece muerta, como leemos en 1 Co. 15:56, 57: "El poder del pecado es la ley; y el aguijón de la muerte es el pecado. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos dio la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo".

v.13. Sino los hacedores de la ley serán justificados.

En el capítulo 26 de su libro *Acerca del Espíritu y la letra*[32], San Agustín interpreta este pasaje de dos maneras. Primeramente así: Que *los hacedores de la ley serán justificados* significa que por medio de la justificación, ellos llegarán a ser, o serán hechos, lo que con anterioridad a ella no habían sido, a saber: hacedores. Su segunda interpretación, y también la mejor de ambas, es ésta: Que *los hacedores de la ley serán justificados* significa que se los tendrá

[28] Ovidio, *Amores* III, 4, 17, 18; II 19, 3; II, 19, 36.
[29] Agustín, *De Spiritu et littera*, 8, 13; Patrol. Ser. Lat. XLIV, 208.
[30] Mt. 5:20.
[31] Vers. Reina-Valera: . . . *su delicia.*
[32] Agustín, *De Spiritu et littera*, 26, 45; Patrol. Ser. Lat. XLIV, 228.

por justos, se los considerará justos, como se dijo también en la glosa[33]. De las palabras que preceden (v. 13), "porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios", se desprende con toda claridad que si preguntas: "¿Quiénes son entonces los justos ante Dios, si no lo son los oidores?", la respuesta tendría que ser: "Los hacedores de la ley, éstos serán justos, es decir, éstos serán justificados, serán considerados justos". Así lo dice el Salmo 143:2: "No se justificará delante de ti ningún ser humano", vale decir: ninguno será tenido por justo. Y en Romanos capítulo 3:20 leemos: "Por las obras de la ley ningún ser humano (lat. *caro*, 'carne') será justificado delante de él". También en Lucas 10 hay un pasaje que viene al caso (v. 29): "Pero él, queriendo justificarse a sí mismo" (es decir, quería declarar, hacer constar, que él era justo, y absolverse a sí mismo de pecados, haciendo como si no supiera quién era su prójimo al cual la ley le mandaba amar), e igualmente en muchas otras partes.

v. 14. Los gentiles hacen por naturaleza lo que es de la ley.

También este pasaje lo interpreta San Agustín en dos sentidos, en aquel mismo capítulo 26. Por una parte, él ve en los *gentiles* a los fieles de extracción pagana, justificados por la gracia de Cristo, a quienes pone en contraste con los judíos incrédulos que se jactaban de la ley y de su propia justicia. Y partiendo de esta premisa explica lo de *por naturaleza* (esto es, por una naturaleza que había sido corrompida por el pecado, pero que ahora quedó restaurada
por el Espíritu de la gracia de Cristo): "No es que la gracia fue WA
negada por la naturaleza; antes bien, la naturaleza fue restaurada 202
por la gracia"[34]. Esta es la interpretación a la que Agustín mismo da la preferencia. Por otra parte dice que la expresión *por naturaleza* puede aplicarse también a personas que, si bien llevan una vida

[33] En la glosa sobre este pasaje, Lutero había expuesto lo siguiente: 'Ser justo ante Dios' es lo mismo que 'ser justificado en presencia de Dios'. No es que Dios considere justo al hombre *porque este hombre sea en sí realmente justo*, sino que por ser considerado justo por parte de Dios, *por eso es justo*, como veremos más tarde en el capítulo 4. Pero a nadie se lo considera justo a menos que cumpla la ley realmente. Y nadie cumple la ley sino aquél que cree en Cristo. Así el apóstol apunta a la conclusión de que ninguno que no está en Cristo es justo, ninguno cumple la ley, como lo explicará en el capítulo siguiente. (WA 56, 22).

[34] Agustín, *De Spiritu et littera*, 27, 47; Patrol. Ser. Lat. XLIV, 229.

impía y no adoran a Dios en forma verdadera y correcta, hacen sin embargo alguna que otra obra buena, por lo cual se puede decir con justa razón que ellos hacen algo de lo que manda la ley. y que entienden algo de ello[35].

Siendo esto así, sus "razonamientos que los defienden" hay que entenderlos como razonamientos con que ellos se excusan para lograr que se les aplique un castigo más leve. Pues así como ciertos pecados perdonables, inevitables en esta vida presente, no excluyen al justo de la vida eterna, así ciertas obras buenas, que muy difícilmente se hallen ausentes en la vida de cualquier hombre, por más ruin que sea —estas buenas obras, digo, no aprovechan nada al impío para la obtención de la vida eterna. Pero esta interpretación no condice con la afirmación de Pablo de que "los gentiles hacen por naturaleza lo que es de la ley". Ahora bien: los hacedores de la ley son justos, *de modo que el apóstol no parece tener en vista este tipo* de impíos. Sin embargo, tampoco parece hablar de aquel primer grupo, a saber, de los gentiles que habían llegado a ser creyentes en Cristo; pues esto sería una interpretación forzada del término "por naturaleza". Tampoco veo por qué razón el apóstol emplearía aquí precisamente esta expresión, a menos que haya querido ocultar ante sus lectores lo que él mismo tenía en mente, porque en otros pasajes no habla en esta forma. Por eso prefiero pensar (como lo hice también en otro contexto[36]) en un tipo intermedio entre gentiles impíos y gentiles creyentes. Este tipo intermedio hizo alguna buena obra relacionada con Dios hasta donde sus fuerzas naturales se lo permitían, y a raíz de ello obtuvieron la gracia[37] que de ahí en más los iba conduciendo adelante. No que la gracia les haya sido dada como recompensa a ese mérito suyo, pues entonces no sería gracia; la recibieron porque mediante su obrar se habían puesto en condiciones para recibirla gratuitamente, de regalo. Si esto parece inadmisible, queda otra alternativa: la de entender que las palabras "los gentiles hacen por naturaleza lo que es de la ley" tienen carácter limitativo, en el sentido de que "hacen algunas de las cosas contempladas en la ley". Entonces el texto está claro, y lo que San Agustín opina respecto del segundo grupo es enteramente correcto[38]. Pues en tal caso, el apóstol habla de estos gentiles como de personas que cumplieron la ley tan poco como la cumplieron los judíos, pero que hicieron al menos algunas de las buenas obras mandadas por la ley, hecho que en el día del juicio alegarán como

[35] Ibid., 27, 48; Patrol. Ser. Lat. XLIV, 229 y s.
[36] Al comentar el texto Ro. 8:28; comp. pág. 203.
[37] Comp. pág. 136.
[38] Agustín, *De Spiritu et littera* c. 27-29, 47-50; Patrol. Ser. Lat. XLIV, 229-232.

excusa para escapar de un castigo más severo. No obstante —y así lo prueba el apóstol— todavía necesitan de la gracia y misericordia de Cristo, al igual que los judíos, a quienes tampoco les servirá de nada haber guardado la ley de una manera puramente formal. Así que ambos siguen en la condición de pecadores, pese a todas las obras buenas que pudieran haber hecho: pecadores son los judíos en cuanto a su hombre interior, porque cumplieron solamente la letra de la ley; y pecadores son los gentiles, en doble sentido: porque cumplieron sólo parte de la ley, y porque aun esta parte no la cumplieron de todo corazón. Esta interpretación, creo yo, es la más acertada, puesto que todo lo que se discute en este capítulo (como lo recalca Pablo mismo en el cap. 3:9: "Pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado") tiende a esto: a demostrar que todos los hombres, y por ende también ambos grupos *aquí mencionados, son pecadores que necesitan la gracia de* Dios.

Ahora bien: ¿Cómo hacer que esto concuerde con —e incluso WA
sirva de apoyo a— la interpretación de lo que el apóstol Pablo dice 203
(v.15) respecto de que los gentiles "tienen la obra de la ley escrita en sus corazones", máxime cuando el profeta Ezequiel menciona como privilegio exclusivo del pueblo creyente del futuro el hecho de que Dios no les dará su ley en tablas de piedra, sino que la escribirá en sus corazones[39]? —Mi opinión personal, sin perjuicio de otras opiniones mejor fundadas, es que "tener la obra de la ley escrita en el corazón" no es lo mismo que "tener la ley escrita en el corazón"; pues el apóstol no quiso decir en este pasaje, aun sabiéndolo y pudiéndolo decir, que los gentiles tenían la ley escrita en sus corazones, sino que sólo quiso decir "la obra de la ley". Creo, por lo tanto, que con la frase "la ley está escrita en sus corazones" se expresa lo mismo que con aquella otra: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo" (Ro. 5:5). El amor es, en su sentido propio, la ley de Cristo y el cumplimiento de la ley de Moisés. Más aún: es una ley sin ley, sin medida, sin fin, una ley que no conoce límites, una ley cuyo alcance va mucho más allá de todo lo que una ley manda o puede mandar. Estas palabras empero: "la obra de la ley está escrita" significan que "el conocimiento de la obra está escrito". Y esto a su vez significa: la *ley escrita en letras* acerca de la obra que hay que hacer, ésa sí está en sus corazones, mas no la *gracia* que da la capacidad para hacer la obra. Por lo tanto, hasta este momento necesariamente tenían que permanecer atados a la "letra que mata" todos aquellos que no tenían escrita en sus corazones más que la obra de la ley.

[39] Comp. Ez. 11:19; 2 Co. 3:3.

v.15. Los gentiles muestran la obra de la ley escrita en sus corazones.

¿Por medio de qué lo muestran? Primeramente lo muestran a los demás haciendo lo que es de la ley. Y en segundo lugar lo muestran a sí mismos ya ahora, y en el Juicio final a la humanidad toda, por medio de su conciencia que les da testimonio acerca de ellos mismos. ¿De qué modo les da testimonio? Les da un buen testimonio respecto de lo bueno que hicieron; de esto se encargan los razonamientos que los excusan y defienden. Pero les da también un mal testimonio respecto de lo malo que hicieron, y de esto se encargan los razonamientos que los acusan y que torturan su conciencia. Con esto queda demostrado que no ignoraban la ley, sino que tenían conocimiento del bien y del mal; pues al sentir ese remordimiento, se dan cuenta de que han obrado mal. No tendrían remordimientos si no tuviesen el conocimiento de que su obrar era malo. Mas así como ellos mismos son juzgados ante sí mismos por sí mismos cuando su conciencia da testimonio y cuando sus razonamientos los acusan o defienden, así serán juzgados también por Dios, a base de las evidencias aportadas por estos mismos testigos. Pues no se juzgan a sí mismos a base de los juicios que otros pronuncian sobre ellos, ni a base de las palabras de gente que los alaba o critica, sino según sus propios razonamientos íntimos. Y estos razonamientos los tienen metidos tan en lo profundo de su ser, que su alma no los puede eludir ni evitar ni siquiera reprimir, como puede hacerlo con los juicios y las palabras de los hombres. Por esto también Dios juzgará a todos los hombres según estos sus íntimos razonamientos, y revelará lo que pensamos en lo más secreto, de modo que no habrá posibilidad de huir aún más hacia dentro ni de ocultarse en un lugar aún más recóndito, sino que todo nuestro pensar quedará inevitablemente al descubierto y expuesto a la vista de todos, como si Dios quisiera decir: "Mira: yo en realidad no te juzgo, no hago
WA 204 más que asentir al veredicto que tú mismo has pronunciado sobre ti, y confirmarlo. Si tú no puedes arribar a un juicio distinto respecto de ti mismo, yo tampoco puedo. Por lo tanto, tus propios pensamientos y tu conciencia te dan el testimonio de que eres digno de entrar al cielo – o al infierno". Así dice el Señor (Mt. 12:37): "Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado". Y si por las palabras, ¡cuánto más por los pensamientos, que son testigos mucho más secretos y fidedignos!

Y sus pensamientos se acusan o defienden entre sí unos a otros.

Es verdad: si preguntamos a nuestra conciencia, no nos responderá sino con pensamientos acusadores. Pues ante Dios, nuestras

obras no son ni valen nada (a menos que él mismo actúe dentro de nosotros por medio de su gracia), aunque ante nosotros mismos fácilmente hallamos excusas, porque también nos resulta fácil hallar complacencia en nuestra propia persona. Pero ¿de qué nos sirve esto? Sólo sirve para llevarnos inexorablemente a la convicción de que la ley no nos es desconocida. Pues todos esos pensamientos con que nos halagamos a nosotros mismos, son testigos de que hemos hecho algo bueno, y "omitido" algo malo. Pero con esto todavía no hemos ganado la satisfacción de Dios, ni cumplido la ley perfectamente. ¿De dónde nos pueden venir entonces pensamientos que nos defienden? Solamente de Cristo, y de nuestra fe en Cristo. Pues si el corazón del hombre que cree en Cristo le reprende y le acusa y le da el testimonio de haber obrado mal, este hombre inmediatamente se aparta del mal y se refugia en Cristo y dice: "Cristo satisfizo por mí, él es justo, él es mi defensa, él fue muerto por mí, él hizo de *su* justicia *mi* justicia, y de *mi* pecado *su* pecado. Si él hizo suyo *mi* pecado, entonces yo ya no lo tengo, sino que quedo en libertad. Y si él hizo mía *su* justicia, entonces yo soy justo con la misma justicia con que él es justo. El pecado mío empero no lo puede devorar a él, sino al contrario: es devorado por el abismo insondable de Su justicia; pues él mismo es Dios, por siempre bendito". Y así podemos decir: "Dios es mayor que nuestro corazón" (1 Jn. 3:20). Mayor es el Defensor que el acusador, infinitamente mayor. El que me defiende es Dios, el que me acusa es mi corazón. ¡Vaya una proporción! Pero así es, exactamente así. "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?" —Nadie; ¿por qué? "Dios es el que justifica"—. "¿Quién es el que condenará?" —Nadie; ¿por qué? "Porque Cristo Jesús (que también es Dios) es el que murió; más aún, el que también resucitó, etc." Así que "Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Ro. 8:33, 34, 31)[40].

v.21. Tú que enseñas a otro, no te enseñas a ti mismo.

¿Cómo es posible que una persona enseñe a otra sin tener de antemano un conocimiento personal de lo que va a enseñar, y lo que es más: sin aceptar enseñanzas ella misma? El que enseña a otros, primeramente tiene que saber lo que enseña, y estar bien WA
enterado de ello. Pero con esta afirmación suya, el apóstol indica 205
claramente que está hablando de la doctrina y enseñanza espiritual

[40] Esta "justificación por acreditación", totalmente ausente en la teología de Agustín, es en Lutero "la base y culminación de toda su doctrina de la justificación en este Comentario sobre Romanos".

de la ley, en la cual omiten instruirse a sí mismos quienes imparten a otros sólo un conocimiento según la letra. Digo que no enseñan a sí mismos, y mucho menos a otros, que las obras mandadas en la ley hay que hacerlas con un corazón voluntarioso y limpio. De ahí que, faltando a la obra el aporte de aquellas partes del hombre que son las más nobles, las más importantes y las que más le agradan a Dios (esto es, el corazón y la voluntad), resulte completamente imposible que cumplan la ley de una manera aceptable a Dios, por más que empeñen a su parte menos noble, o sea, a su cuerpo, en practicar las obras de la ley con renuencia y falta de espontaneidad. Y así el apóstol prosigue con su exposición acerca de la enseñanza espiritual de la ley diciendo:

v.21, 22. Tú que predicas que no se ha de hurtar, hurtas. Tú que dices que no se ha de adulterar, adulteras.

Y podría haber agregado también: "Tú que dices que no se ha de matar, matas, como lo pone de manifiesto la condenación a muerte de Cristo". En el mismo sentido advierte el Señor en Mt. 23:2, 3:. "En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que hagáis, hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen". ¿Cómo podemos descubrir que esto es verdad, siendo que estos hombres tenían para el mundo el aspecto exterior de gente justa? El Señor mismo lo afirma en este capítulo; pero este aspecto de justos ciertamente no lo podrían haber tenido si no hubieran hecho "obras de justicia". ¿En qué sentido, pues, los discípulos no deben hacer conforme a las obras de los escribas y fariseos, a pesar de que estas obras parecen ser buenas? Respuesta: Lo que no deben hacer es, siguiendo el ejemplo de aquéllos, guardar la ley sólo en apariencia, según la letra, sin participación del corazón (quiere decir, con un corazón reacio), como si esto ya fuera suficiente. Pues a esto se refiere Cristo al recriminar a los escribas y fariseos porque "dicen" la ley (esto es: la enseñan y la leen públicamente tal como está escrita; esto en sí no es lo que se critica en ellos; tampoco los censura el apóstol por enseñar a otros la ley), pero no "hacen". Ni tampoco *pueden* hacer lo que manda la ley que ellos enseñan, a menos que lo hagan con una voluntad alegre y pura, quiere decir, con un corazón del cual se han extirpado[41] todos los malos deseos, para que así hagan lo bueno o eviten lo malo no sólo exterior y

[41] Lat. *circumciso corde ab omnibus concupisc.* — "con un corazón circuncidado de todos los malos deseos". Comp. Hch. 7:51.

formalmente, sino también con la voluntad y con el corazón. En otras palabras: es preciso que sean limpios de toda obra mala también en cuanto a los deseos secretos del corazón, no sólo cuidando de que sus obras parezcan impecables por fuera; que estén dispuestos para hacer lo bueno no sólo por una obligación que imponen a su cuerpo, sino antes bien impulsados por la alegre prontitud de su ánimo. Pero así como son las cosas, ellos enseñan una ley correcta e intacta, pero no la están haciendo ni cumpliendo; digo: no la están haciendo con el corazón ni cumpliendo con la mano.

La consecuencia es que "atan cargas insoportables sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas" (Mt. 23:4). Estas cargas son los preceptos de la ley, que Cristo acaba de llamar "cosas que se deben hacer". Pero quienes les dan una interpretación literal, los convierten en cargas insoportables, porque en esta forma, dichos preceptos matan en lugar de dar vida. Pues en tanto que los "sentados en la cátedra de Moisés" enseñan que la ley ha de cumplirse sólo con la obra, aun sin el correspondiente cumplimiento con el corazón, y en tanto que no muestran dónde y cómo se ha de buscar este cumplimiento —en tanto que no enseñan ni muestran esto, digo, ellos dejan sumidos en un estado de completa impotencia a aquellos a quienes enseñan; porque los preceptos de la ley no se pueden cumplir jamás si no se los cumple con el corazón. Ellos empero, esos maestros ineptos, no mueven estos preceptos ni con un dedo, quiere decir, no hacen ni la más leve tentativa de acercarse a ellos con el corazón, sino que se conforman con la mera obra exterior. Y así se convierten en hombres vanagloriosos, como el texto dice a renglón seguido: "Antes, hacen todas WA
sus obras para ser vistos por los hombres" (Mt. 23:5). ¡Cómo! 206
¡Aquí Cristo dice que hacen obras, y momentos antes había dicho que no mueven un dedo! Sin embargo, estas afirmaciones al parecer contradictorias concuerdan perfectamente: son hacedores de la ley, sí, pero sólo por fuera, y a sus obras va pegado el deseo de vanagloria; mas en su interior no las mueven con un dedo. Ese tipo de obras, había dicho Jesús al comienzo de su discurso, no hay que imitarlas, aunque aquí reconoce que son buenas. Es que no son buenas de verdad.

Todo esto nos muestra claramente que con el "hacer" en el pasaje de Mateo, y con el "adulterar", "hurtar" y "matar" en este capítulo de la carta del apóstol, se entienden los impulsos y deseos interiores del corazón; pues del que desea hacer tales cosas, la palabra de Dios habla directamente como de "uno que las hace". Así lo vemos p.ej. en el capítulo 7:16, 18: "Lo que no quiero, esto hago", pero "no puedo hacer el bien".

Está visto, pues, que ellos no entienden estas palabras ni tampoco creen que ellos son tal clase de gente. De ahí que en Hch. 5:28

los oigamos decir (convencidos de que se los inculpaba injustamente de la muerte de Cristo, ya que no le habían matado con sus propias manos): "Vosotros queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre". Y cuando en Hch. 7:52 San Esteban los acusó del mismo delito exclamando: "Vosotros sois los matadores de este hombre justo", ellos "crujían los dientes contra él" (Hch. 7:54). Es más: En Pr. 30:20 se los llama "una mujer adúltera" (la sinagoga, que con su corazón se une a la iniquidad, y que a la justicia se une con el cuerpo solamente), "que come" (es decir, que devoró a Cristo matándolo), "y limpia su boca" (intentando limpiarse de sus pecados) "y dice: No he hecho maldad"[42]. Y bien: como ya dije, ellos no entienden estas palabras del apóstol ni tampoco creen que ellos son tal clase de gente que predica que no se ha de hurtar y no obstante hurta. Por esto el apóstol en una nueva demostración de que está hablando en sentido espiritual y de un cumplir espiritual, prosigue diciendo (v.25): *Pues en verdad la circuncisión aprovecha* si guardas la ley; y para que las cosas queden enteramente en claro, agrega *Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne* (v.28); además: *Con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley* (v.27). "Con la letra", dice, así que eres un ladrón según el espíritu, aunque no según la letra. Lo de "letra" lo dijo Pablo expresamente porque quiso hacer ver que estaba hablando en sentido espiritual, a fin de que ellos entendieran lo que en realidad ya debieran haber sabido.

Alguno objetará: Aquella circuncisión del corazón es un producto exclusivo de la gracia. Pues como dije en un párrafo anterior[43], la naturaleza humana está inclinada hacia lo malo, carece de fuerzas para hacer lo bueno, no ama la ley que insta a hacer lo bueno y prohíbe hacer lo malo, sino que más bien la aborrece; así es que de suyo, nuestra naturaleza no ve en la ley nada que le agrade, todo en ella le desagrada. Y de esta manera permanece aprisionada en sus malos deseos que se oponen a la ley, hundida en concupiscencias, por más grandes proezas que haga exteriormente obligada por el temor al castigo o atraída por el amor a los bienes de este siglo. Y de esta triste situación no puede librarse si
WA no le viene ayuda desde lo alto. Pues no es la voz de la naturaleza
207 o del viejo hombre la que dice así: "Amo tu ley, mas aborrezco a los hombres inicuos" (Sal. 119:113), ni así: "¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca" (Sal. 119:103), ni tampoco así: "Deseables son más que el oro, y más que la piedra

[42] Lutero adoptó la interpretación que Lyra dio a este pasaje.
[43] Pág. 70.

preciosa; mucho más dulces son que la miel, y la que destila del panal" (Sal. 19:10). Antes bien, es la voz del hombre nuevo y espiritual; éste continúa diciendo: "Porque tu siervo las ama y las guarda" (Sal. 19:12)[44]. Si ese amor a la palabra divina no es algo inherente en la naturaleza del hombre, sino que sólo puede ser producido por la gracia, ¿por qué entonces el apóstol, e incluso el Señor mismo, acusa y censura a los judíos?

A esto respondo: Esto es precisamente *la* gran tarea del apóstol y de su Señor: humillar a los soberbios, hacerles ver la situación en que se encuentran, enseñarles cuánta falta les hace la gracia, destruir esa justicia que ellos se atribuyen, para que, humillados, busquen a Cristo, se confiesen pecadores, y reciban así la gracia y sean salvos. Así lo resumirá el apóstol al final del capítulo 11 (v.32): "Dios encerró a todos bajo el pecado, para tener misericordia de todos". Sin embargo, ellos no quisieron oír estas exhortaciones ni tomarlas a pecho. "Cuando oyeron su voz, endurecieron su corazón", como dice el Salmo 95:7,8. Por eso "no conocieron los caminos del Señor, ni entrarán en su reposo" (Sal. 96:10,11). Aquello de que "no conocieron" debe entenderse en el sentido de "no querían conocer", así como se dice: "no lo hicieron" por "no hicieron lo que debían haber hecho". No se trata, pues, de excusar a los judíos por su desconocimiento, sino de acusarlos tanto más severamente por ello: tendrían que haberlo conocido, y sin embargo no lo conocieron. Algo similar se dice en Ro. 10:16: "No todos obedecieron al evangelio", vale decir: no querían obedecer al evangelio tal como debieran haberlo hecho.

v.22. Tú que abominas de los ídolos, cometes sacrilegio.

Sacrilegio es despojo y robo cometido en lugar sagrado. Los judíos se hicieron culpables de doble sacrilegio: en primer lugar, por substraer su corazón y su alma de la verdad y del Espíritu, y ponerlo bajo el dominio de sus propias ideas. Y en segundo lugar, de una manera aún más estrechamente relacionada con nuestro tema: quitan de su lugar las letras y las palabras de las Sagradas Escrituras, que son no sólo sagradas, sino sacratísimas, tergiversándolas y falsificando su significado, y de este modo funden y esculpen con el material de las Sagradas Escrituras un ídolo espiritual. De esto se habla en Ez. 16:17: "Tomaste asimismo tus hermosas alhajas de oro y de plata que yo te había dado, y te hiciste imágenes de hombre etc.". Fue un sacrilegio, pues, lo que cometió el pueblo de

[44] Cit. según el texto de la Vulgata.

WA Jerusalén al tomar el oro y la plata (quiere decir, al adueñarse con 208 toda arbitrariedad de palabras de las Escrituras). Pero peor aún es esa idolatría de que con dichas palabras, el pueblo se fabrica ídolos e imágenes, muertos e inmóviles, esto es, ideas a que se aferran con obstinada tenacidad, y los colocan en el templo de su corazón. Según la letra, pues, abominan de los ídolos; pero en el espíritu no sólo adhieren a ellos gustosamente, sino que hasta se los fabrican. Bien lo expresa el pasaje Os. 8:4: "De su plata y de su oro hicieron ídolos para sí, para ser ellos mismos destruidos"; y Os. 6:8: "Galaad es la ciudad cuyos habitantes se hacen un ídolo" (es decir, producen una doctrina falsa y engañosa). El principal motivo empero por qué el apóstol tilda de "sacrilegio" este proceder de los judíos es que ellos no simplemente inventaron un error, sino que cometieron el pecado mucho más grave de introducir en las Escrituras una interpretación falsa, es decir, de despojarlas de su carácter sagrado. Existe también la posibilidad de entender este pasaje simplemente a la manera como se interpretó lo que le precede, a saber: Cometes sacrilegio, (despojo de Dios), si bien no materialmente, con la obra, pero sí con la voluntad y los deseos.

v.26. Si, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley.

Pablo habla aquí del incircunciso que cree en Cristo. A éste lo pone frente a los judíos que se jactaban de su propia justicia. Del incircunciso creyente, digo; pues de no serlo, no guardaría las ordenanzas de la ley. Además, las palabras que siguen más abajo no dejan dudas al respecto: Para indicar la razón por qué el incircunciso condenará al judío, Pablo hace esta distinción (v. 28): "Pues no es judío el que lo es exteriormente". Si "el judío que lo es exteriormente" es el que será juzgado por el incircunciso, entonces el incircunciso no es un "judío que lo es exteriormente"; por consiguiente, el incircunciso es un "judío en lo oculto", es decir, por medio de la fe en Cristo. De otra manera no juzgaría al judío.

v.28. Pues no es judío el que lo es exteriormente.

Esta frase la tenemos que entender de la siguiente manera: Un judío verdadero no es aquel que tiene la apariencia exterior de un judío. Tampoco es la circuncisión hecha exteriormente la circuncisión verdadera. El judío verdadero es aquel que lo es en lo oculto; y la circuncisión del corazón es la circuncisión verdadera, "en espíritu, no en letra" (v. 29). Esto explica lo que ya fue dicho antes (v. 25): "Tu circuncisión viene a ser incircuncisión"; quiere decir, una circuncisión aplicada exteriormente, ante Dios no es circuncisión.

v.29. La alabanza del cual no viene de los hombres sino de Dios.

Esto es lo que el Señor dice en Mt. 23:5 con respecto a aquellos escribas y fariseos, tan orgullosos y tan convencidos de la bondad de sus obras: "Hacen todas sus obras para ser vistos por los WA
hombres". Es verdad: las manifestaciones exteriores de "justicia" 209
despiertan el elogio de parte de los hombres – pero la desaprobación de parte de Dios. En cambio, la justicia practicada interiormente es elogiada por Dios, desaprobada empero y perseguida por los hombres. Pues a esa justicia interior, los hombres la tachan de tonta, incluso de injusta; mas para Dios, la tonta es la justicia exterior; hasta la considera una doble injusticia.

De esto extraemos la siguiente lección: El que todavía no eludió la alabanza de los hombres, y todavía no padeció afrenta, desaprobación y persecución en su actuar, todavía no llegó al estado de justicia perfecta. Por más detalles te remito a la interpretación que hice del pasaje (Ro. 2:7): "Conforme a la paciencia en bien hacer"[45].

[45] Véanse págs. 71, 72.

Capítulo 3

v.1. ¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión?

Como Pablo había condenado a los "judíos según la carne" y la circuncisión hecha en el cuerpo solamente, parecía que la consideraba sin valor alguno, nada más que una práctica vana impuesta a los hombres. Pero no es así. Por esto nos muestra en este capítulo qué utilidad tenía la circuncisión, y qué ventajas contenía el judaísmo.

1. Su mayor utilidad consiste en que *fueron creídas las palabras dichas por Dios* (v.2)[1], es decir: la circuncisión era de utilidad por cuanto "los de la circuncisión" creían en las promesas de Dios y por ende aguardaban su cumplimiento. En esto el judío aventajaba a los gentiles, a quienes Dios no había dado promesa alguna, sino que de pura misericordia y llegado ya el tiempo del cumplimiento de las promesas, tuvo a bien equipararlos a los judíos. Para con los judíos en cambio Dios fue no sólo misericordioso sino también veraz, porque les dio la demostración concreta de la misericordia prometida. Es por esto que en las Escrituras aparecen muchas veces juntos los conceptos "misericordia" y "verdad", como p.ej. en Ro. 15:8,9, donde leemos: "Os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia, etc.".

Y fíjate bien en esto: Pablo no dice: "Fueron creídas *por ellos* las palabras dichas por Dios", sino – esto es lo que figura en el

[1] Lat. *credita sunt eloquia Dei* (Vulgata). *Credita sunt* – pretérito perfecto en voz pasiva del verbo *credere*, cuyas primeras dos acepciones son: prestar, confiar / fiarse; creer, tener por verdadero (L. Macchi, *Dicc. de la Lengua Latina*). Lutero adopta la 2. acepción; la Versión Reina-Valera (y también la *Biblia de Jerusalén*) la primera: "Les ha sido confiada la palabra de Dios (B. de Jer.: A ellos les fueron confiados los oráculos de Dios).

texto original griego — "Fueron creídas las palabras dichas por Dios", sin indicar por quién fueron creídas, porque esto inmediatamente daba lugar a la objeción (a la que el apóstol se apresura en replicar) de que "las palabras dichas por Dios no fueron creídas por todos". El significado es, pues: lo importante es que la circuncisión fue de utilidad no sólo para los judíos, sino para el mundo entero: en ella fueron creídas las palabras dichas por Dios, o sea:
WA entre los de la circuncisión fueron halladas personas que daban
210 crédito a lo dicho por Dios, y así fue recibida la promesa de la misericordia y gracia de Dios, que ahora fue comunicada también a los gentiles. Si lo dicho por Dios no hubiera sido creído allí, en la circuncisión, entre los judíos, no habría sido creído en ninguna parte, pero entonces tampoco se habría recibido en ninguna parte la promesa de la misericordia. Así, pues, la circuncisión fue provechosa en todas maneras para la justicia que habría de venir, aun cuando el mero poseer la circuncisión no hacía justo a nadie.

Otros objetan: Al fin de cuentas, las palabras dichas por Dios no hallaron crédito alguno entre los de la circuncisión, pues es un hecho innegable que "no todos las creyeron"; así que el ser judío no reporta ninguna ventaja, y la circuncisión carece de utilidad. La respuesta del apóstol es: *¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos? ¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios?* (Ro.3:3), esto es: como entre los de la circuncisión *fueron creídas* las palabras de Dios, también sigue siendo válida la promesa de Dios. Dios contrajo un compromiso al dar su promesa; y como él es veraz, cabe esperar que él cumpla con la palabra dada. Pero si la promesa sigue en pie porque hubo quienes la creyeron, entonces la incredulidad de algunos de ninguna manera podría invalidar la fidelidad y veracidad de Dios. Por lo tanto, la circuncisión fue de una utilidad admirable: con ella fue iniciada y confirmada la promesa de Dios; y siendo esto así, se puede esperar con entera certeza el cumplimiento de la misma, ya que Dios es veraz. Por esto dice el Señor en Jn.4:22: "La salvación viene de los judíos", aunque los judíos mismos quizás no sean salvos. Pues en lo que a su promesa se refiere, Dios da más importancia a su propia veracidad a causa de la fe de algunos, que a la multitud de los incrédulos que podrían invalidar su promesa; porque Dios no miente, sino que es veraz.

2. Se puede interpretar este pasaje también de otra manera, tomando "las palabras dichas por Dios" como una referencia al evangelio. Entonces, el significado es éste: era preciso que la palabra fuese predicada primeramente a los judíos (Hch. 13:46), a causa de la promesa de Dios. Y así pasó de los judíos también a los gentiles, razón por la cual la circuncisión fue de grandísimo provecho: a ella se le concedió el privilegio de ser la receptora de la ley del evangelio, de la cual luego fueron hechos partícipes también los gentiles. Y

esta fue entonces la "ventaja del judío": que las palabras dichas por Dios no las hayan recibido ellos de los gentiles, sino a la inversa: los gentiles las recibieron de ellos, de los judíos. Sin embargo, mejor es la primera interpretación. Pues si con "las palabras dichas por Dios" entendemos no la predicación pública en sí (como en Hch. 13:46) sino el mensaje mismo del evangelio, el judío tiene no sólo la ventaja de ser poseedor de la palabra divina, sino también la otra ventaja de ser el primer poseedor de los dones y de la gracia de Dios, como que también los apóstoles, conductores de la iglesia y a la vez su exponente principal y más noble, son de procedencia judía.

Y así llegamos a la siguiente interpretación: El hecho de que algunos hayan sido incrédulos, no constituye una desventaja para el pueblo judío o para la circuncisión. Es suficiente que hayan creído algunos, por cuya fe la promesa fue cumplida y recibida. Y así su ventaja radica en que ellos tuvieron las palabras dichas por Dios antes que los gentiles. A esto se refiere Pablo al decir en el capítulo 9:6: "No que la palabra (esto es: la promesa) de Dios haya fallado" por el hecho de que muchos no la creyeron. Este hecho, en efecto, parece ser la causa por qué Dios desechó a su pueblo y no cumplió sus promesas. La verdad es que las palabras dichas por Dios WA
no fueron creídas, y esta es la razón por qué el judío no tiene 211
ventaja sobre el gentil. Sin embargo, "la incredulidad de ellos no anulará la fidelidad de Dios", quiere decir, no será el motivo que nos obligue a decir que Dios no es veraz; "Dios no ha desechado a su pueblo, al cual antes conoció" (Ro. 11:2). Y no olvidemos: "su pueblo" no son todos los que son israelitas según la carne, sino los que lo son según la promesa. Para con ellos Dios cumplió sus promesas, porque a ellos solos iban destinadas. Reconstruyamos pues lo expuesto por Pablo en el v. 2 de la siguiente manera:

Primero (esto es: principalmente, o ante todo) *porque a ellos les ha sido confiada la palabra de Dios.* Esto quiere decir: A los de la circuncisión Dios los distinguió con el privilegio de darles, en la ley, sus promesas, un privilegio que a los gentiles por cierto no les fue concedido. Por esto se nos dice en el capítulo 15:8,9 que Dios hizo conocer a Cristo *a los judíos* por ser el Dios de la Verdad, *a los gentiles* empero por ser el Dios de la Misericordia. Pues no lo prometió a los gentiles, sino a los judíos, entre los cuales sus dichos fueron recibidos mediante la fe. Podrías objetar: Si Dios hizo su promesa a los de la circuncisión, o si sus dichos fueron confiados a ellos, entonces tendría que haberles manifestado también la promesa en una forma tal que *todos* los de la circuncisión podían hacerse beneficiarios de la misma. Pues de no ser así, fácilmente se podría llegar a creer que Dios no cumple su promesa y que por ende no es ni tan fiel ni tan veraz; e incluso que no les hizo promesa alguna (ya que,

siendo veraz y fiel a su palabra dada, también la habría cumplido en caso de haberla dado), y que esta es la razón por qué el judío no tiene ventaja ni fueron creídos los dichos de Dios (ya que no los hubo). Pero ahora ocurre justamente lo contrario: los de la circuncisión no obtuvieron los beneficios de la promesa; y no sólo esto, sino que la promesa fue dada a otros, a los gentiles, pues la mayoría de los de la circuncisión no la consiguió. A esta objeción, el apóstol Pablo responde (v.3): *¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos* (es decir: no han recibido la fe ni la promesa)? Estos, en efecto, son los únicos culpables: los que no querían recibir el cumplimiento de la promesa. Esto empero no impide que Dios sea veraz. Ni tampoco dio Dios su promesa en una forma tal, ni fueron creídas sus palabras en una forma tal por los judíos, que éstos necesariamente hayan tenido que entrar en posesión de los bienes prometidos, quisieran o no quisieran. Pues entonces, la verdad y la fidelidad de Dios no podría haber alcanzado su propósito a menos que él *obligara* a los judíos a aceptar sus promesas, aun contra la voluntad y el deseo de ellos. Pero esto es absurdo. La verdad y la fidelidad de Dios dependería entonces del arbitrio humano, como si Dios sólo fuese veraz una vez que los hombres le hubieran creído y se hubieran declarado dispuestos a aceptar sus palabras. Por esto, "la incredulidad de ellos no hará nula la fidelidad de Dios" (v.3), o sea: si bien los de la circuncisión no quisieron aceptar la promesa de Dios a pesar de que él la había dado precisamente a ellos, esto no puede ni debe ser motivo para acusar a Dios de *no* ser veraz. Ya es suficiente que él se mostró cumplidor para con "los de la circuncisión", es decir, para con algunos de ellos, no todos, pero sí
WA para con los electos. Pues Dios no puede mentir. De ahí que: *Antes*
212 *bien, sea Dios veraz* (v.4).

Pero si sigues insistiendo: Sea esto como fuere, lo cierto es que Dios hizo su promesa a los judíos, o a los de la circuncisión, pero no a los gentiles. Luego, si Dios es veraz, la promesa debía haber abarcado a *todos*. Y por otra parte, ¿por qué dio él la promesa a los de la circuncisión, sabiendo ya de antemano que no la cumpliría a causa de la incredulidad de los destinatarios? – A estas preguntas el apóstol responderá más tarde, en los capítulos 9 y 11. Aquí las toca sólo de paso, para no apartarse demasiado de su tema, que es demostrar que la promesa fue hecha no a todos los que son hijos de Abraham, sino a los electos y a los hijos de Dios que habrían de ser adoptados de entre los de la circuncisión.

v.4. "Es".

El texto griego tiene "*sea* Dios veraz", lo cual no es tanto una enfatización de la veracidad de Dios en sí, sino una confesión en pro

de su veracidad, de modo que el sentido de la frase es: Es justo que todos confiesen y admitan que Dios es veraz. Este es el concepto que se debe tener de él: téngasele por veraz, considéresele como el que merece crédito en sus palabras, por numerosos que sean los que no le creen. Que el verbo debe ser entendido como un imperativo, lo prueba también el pasaje bíblico que Pablo le agrega: "Para que seas justificado", quiere decir: Así debe ser; todos deben confesar y saber que tú eres justo y veraz en tus palabras, no importa cuántos incrédulos te contradigan y te juzguen, esto es, te condenen en tus palabras.

Esto sí: *una* cosa es decir simplemente "Dios es justificado", y otra cosa es decir "Dios es justificado en sus palabras, o en sus obras". Así también hay una diferencia entre "Dios es juzgado" y "Dios es juzgado en sus palabras", e igualmente entre "Dios vence" y "Dios vence en sus palabras". La verdad es que Dios en sí no puede ser justificado por nadie, puesto que él es la Justicia en persona. Ni tampoco puede ser juzgado por nadie, ya que él mismo es la eterna Ley, el Juicio y la Verdad. Además, él triunfa por sí mismo sobre todas las cosas, y no hace falta que algún corazón piadoso se lo desee. En este sentido también le rogamos "Hágase tu voluntad", aunque sabemos muy bien que nadie puede impedir que esa voluntad se haga.

Pero por otra parte, Dios realmente *es* justificado en sus palabras cuando éstas son reconocidas y aceptadas por nosotros como justas y veraces, lo cual ocurre por medio de la fe en sus dichos. En cambio, Dios es juzgado en sus palabras cuando éstas son consideradas falsas y mentirosas, lo cual ocurre por medio de la incredulidad y "soberbia que hay en los pensamientos de nuestros corazones" como lo expresó en su cántico la Virgen María (Lc. 1:51). Pues nuestra sabiduría humana no sólo se resiste a creer las palabras de Dios y a someterse a ellas, sino que incluso niega que son palabras de Dios; antes bien, ella misma se cree poseedora de la palabra de Dios y presume de ser ella la veraz. Así proceden en su necedad los WA
judíos, los herejes y todos los hombres testarudos. Mas Dios no sólo 213
es "justificado" sino que también "vence" en sus palabras, lo cual ocurre cuando su palabra prevalece sobre todos los que se atreven a actuar en su contra; tal es el caso con el evangelio, que siempre triunfa y triunfó. Pues la verdad obtiene la victoria sobre todas las cosas. Podemos decir, por lo tanto: Dios "es justificado" por todos aquellos que humildemente desisten de querer imponer su propia sabiduría, y creen en él; "vence" empero a todos los que no le creen, que le juzgan y le contradicen. Para los unos, él es una señal "puesta para levantamiento"; para los otros, "puesta para caída" y "señal que será contradicha" (Lc. 2:34), es decir, le juzgan, pero en vano. Así es como también oramos "Hágase tu voluntad", con lo que le

rogamos que su palabra y su obra, sea de la índole que fuere, favorable o adversa, sea aceptada por nosotros gustosamente y de buena voluntad.

Corolario

Por lo tanto, al pedir que se cumpla la voluntad de Dios, realmente pedimos que se cumpla la voluntad nuestra, es decir, pedimos que *nuestra* voluntad se ajuste a lo que Dios quiere. Pues Dios quiere cosas que son difíciles de cumplir, cosas que dan trabajo, cosas que van mucho más allá de nuestra voluntad. Asimismo, la justificación de Dios en sus palabras es más bien nuestra justificación; y el juicio y la condenación dirigidos contra Dios realmente recaen en nosotros, según aquella afirmación de que "el que no creyere, será condenado" (Mr. 16:16).

Lo que se nos quiere decir es, pues, lo siguiente: ¿Será que se le puede negar veracidad a Dios por el hecho de que aquella gente no cree, esto es, por el hecho de que le juzgan en sus palabras y dichos y se empeñan en hacerle aparecer a él como mentiroso, a sí mismos en cambio como veraces? ¡De ninguna manera! Antes bien, él aparece como *tanto* más veraz, y ellos como tanto más mentirosos; porque con la verdad pasa lo siguiente: *triunfa* más cuando se la ataca; se eleva a mayor altura cuando se trata de suprimirla. Está en su naturaleza ganar terreno cuando se le ofrece resistencia, como queda simbolizado por el éxodo de Israel y la muerte de Faraón en el Mar Rojo. Por esto Pablo dice: Dios es incuestionablemente veraz, y el hombre es mentiroso, porque esto es lo que a la postre resultará según las Escrituras: "para que tú seas justificado en tus palabras, o sea: resultará que tú serás tenido por veraz, y a los hombres todos los revelarás como mentirosos. ¿Y cómo se hará esto? De la siguiente manera: Tú justificarás, o vencerás; justificarás a los *piadosos y creyentes*, y vencerás a los que te juzgan y a los que no creen". Con esto queda desvirtuada *la objeción* de quienes sostenían que evidentemente, la circuncisión carecía por completo de utilidad, y tampoco el creer los dichos de Dios fue de provecho alguno para los judíos por cuanto los más de ellos — ¡y qué mentiroso parecía ser Dios en opinión de ellos! — no alcanzaron el beneficio prometido — de lo cual se deduce implícitamente que Dios no cumplió sus promesas, ya que la mayor parte de los judíos no llegó a disfrutarlas. O se deduce que yerran todos aquellos que sostienen que Dios *no* cumplió sus promesas. Resultado final: o mienten los hombres, o miente Dios.

A este razonamiento de la lógica humana, Pablo responde: "¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos?" esto es: no

porque los judíos se hayan mostrado incrédulos, la circuncisión perdió su utilidad, pues no obstante esa incredulidad, Dios cumplió con su promesa dada a la circuncisión. Tampoco puede la incredulidad de los judíos servir de pretexto para poner en tela de juicio la fidelidad de Dios. Antes bien, por su comportamiento ellos mismos quedan desenmascarados como mentirosos. Está visto, pues, que WA
Dios es veraz, y el hombre es mentiroso; porque Dios vence cuando 214
es juzgado por los hombres. *¿Acaso la incredulidad de ellos habrá hecho nula la fidelidad de Dios?* (v.3), es decir: ¿acaso la no-aceptación de la promesa por parte de los judíos puede tomarse como base para la afirmación de que al fin de cuentas la promesa no tuvo aceptación alguna, y de que esto fue el motivo por qué los judíos no aventajaban en nada a los gentiles? Pues si la incredulidad de la mayoría de los judíos fuese realmente el motivo por qué no tenían ventaja y por qué no se les confiaron las palabras de Dios, entonces sí podría afirmarse que Dios se mostró mentiroso con sus promesas –porque la verdad es que estas promesas las hizo al pueblo judío. Pero tal argumentación es absurda y falsa. En efecto –y esto lo expondrá el apóstol aun más claramente en los capítulos 9 y 11–: no los descendientes carnales son en verdad "los descendientes de Abraham" (Ro.9:7; 11:1). Así que, si de mentirosos se trata: los mentirosos son los que no creyeron, y no Dios que hizo promesas y las cumplió, aunque no a todo el pueblo judío como tal, pero sí a todos los hijos de la promesa.

v.4. Para que seas justificado.

Este texto probatorio no debe tomarse aquí en el sentido y contexto que tiene en el lugar de donde procede, el Salmo 51:4; Pablo lo cita al solo efecto de confirmar la tesis de que Dios es veraz en lo que dice. Pero si bien en el Salmo 51 el pasaje aludido cumple otro propósito, el apóstol no lo desaprovecha, sino que recogiéndolo como de paso e incidentalmente, lo usa como base de su argumentación conforme al significado con que se lo emplea en el Salmo cuando se dice: "Pues si nuestra iniquidad etc."; allí[2], en efecto, se declara que Dios es justificado por medio de la confesión de nuestros pecados. Bien es cierto que Dios es justo y veraz *en sí mismo,*

[2] Comp. la interpretación que Lutero hace de este pasaje del salmo en W III 284 y ss. A propósito de la expresión "para que seas justificado..." (Ro. 3:4, Vers. Reina-Valera) cabe hacer notar que el pasaje original, Sal. 51:4, figura en la misma Vers. RV como "para que seas reconocido justo...", más claro, sin duda, para el lector de hoy día, que el cuasi tecnicismo "para que seas justificado...".

pero todavía no lo es *en nosotros* hasta que confesemos nuestros pecados y digamos: "Contra ti solo he pecado" (Sal. 51:4). Sólo entonces es reconocido como el Unico Justo. Y así llega a ser justo también en nosotros.

v.5. Y si nuestra injusticia (hace resaltar la justicia de Dios).

Hay quienes dicen que la justicia de Dios es puesta de relieve por medio de la injusticia nuestra: cuando Dios castiga nuestra injusticia, se ve claramente que él es el Justo que no deja impunes a los injustos. Esto es muy cierto, pero no tiene nada que ver con el tema que el apóstol está discutiendo aquí. No está hablando de esa "justicia de Dios" que hace que Dios sea justo en sí, o sea, de la justicia como cualidad personal de Dios. Antes bien, quiere demostrarnos que no es nuestra injusticia lo que da realce a la
WA justicia de Dios; y aun allí donde lo afirma, lo afirma en el sentido
215 del Salmo que dice: "Contra ti solo he pecado". La intención del Salmo empero no es afirmar que Dios es justificado por nuestro pecado sino por la confesión y el reconocimiento de nuestro pecado: esa confesión y ese reconocimiento humillan al hombre orgulloso y "justo" que tiene un concepto tan elevado de su propia justicia y con ello degrada la justicia de Dios, quien es el único que posee justicia, así como es el único también que posee poder y sabiduría y todo bien. Por eso, el que humildemente confiesa que ~~no~~ posee justicia propia alguna, y además confiesa ser ante Dios un pecador, éste en verdad glorifica a Dios reconociendo que El solo es justo. No es pues nuestra *injusticia*, odiada siempre por Dios por ser enemiga de su gloria, sino *el reconocimiento y la confesión* de nuestra injusticia lo que glorifica y ensalza a Dios, porque ese reconocimiento y esa confesión comprueban a las claras cuán necesaria y saludable es para nosotros la justicia de Dios. Otros en cambio dicen que nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios de una manera accidental[3], "así como el contraste entre dos cosas resalta tanto más cuando se las pone una al lado de la otra", o así como las sombras confieren más brillo a los colores de un cuadro. Pero para el apóstol no existe una manera accidental ni otra manera alguna cómo nuestra injusticia pudiera hacer resaltar la justicia de Dios. Sólo aquella gente de mente carnal puede inter-

[3] *Per accidens.* Lutero alude con esto a una expresión usada por N. de Lyra para rebatir a los que afirmaban que los pecados contribuyen *per se* a la gloria de Dios. Lo del *contraste* lo cita Lyra de Aegidius Romanus, quien a su vez indica como fuente a Aristóteles, *De sophisticis elenchis*, 15. Comp. también pág. 114.

pretar las palabras del Salmo en este sentido. La mejor prueba es la forma misma cómo Pablo usa las palabras del Salmo: el "para que seas justificado" lo cita no para demostrar la justicia de Dios sino su veracidad.

Repito: aquí no se habla de la justicia de Dios como de una cualidad suya, sino de una justicia por virtud de la cual él es el Justo, el que nos justifica a nosotros, y el que en relación con nosotros es el único justo. Esa es la justicia divina a la cual nuestra injusticia hace resaltar; pues si nuestra injusticia ha llegado a ser realmente nuestra, es decir, cuando ha sido reconocida y confesada, entonces abate nuestro orgullo y nos arroja a los pies de Dios y clama por Su justicia. Y una vez que la hemos recibido, glorificamos a Dios como Dador, le alabamos y amamos. Por el contrario: la *justicia* nuestra censura a la justicia de Dios, incluso la anula, la niega y la tilda de mentirosa y falsa, lo que sucede cuando nos oponemos a las palabras de Dios, cuando declaramos que su justicia no nos es necesaria, y sostenemos que nos basta con la nuestra propia. Es por esto que debemos decir: "Contra ti, contra ti solo he pecado, para que seas justificado (esto es, para que seas proclamado con alabanza y gloria
como el único Justo y Justificador nuestro) en tus palabras", o sea, WA
tal como lo has prometido y confirmado (Sal. 51:4; Ro. 3:7). 216

v. 7. Pues si la verdad de Dios (abundó para su gloria por mi mentira).

Con esto, Pablo quiere decir: si hemos de entender que la verdad de Dios adquiere un aspecto glorioso ante mi mentira, y que la justicia de Dios adquiere un aspecto glorioso ante mi injusticia (porque esto es *hablar como hombre*, v. 6, y así pensaban los que decían "hagamos lo bueno")[4], ¿por qué, entonces, Dios castiga al mundo, y por qué me condena a mí como pecador? ¿No debería otorgarme más bien un premio, ya que por esta actitud mía su justicia y verdad se acrecientan más y más, cosa que él siempre quería? ¿A qué vienen entonces el castigo y la condenación, si haciendo lo malo cumplimos su voluntad? —Con su pregunta, el apóstol se opone enérgicamente a esta forma de pensar y demuestra que no hay que tomar las palabras así como suenan, "hablando humanamente", sino que hay que colocarlas en el contexto de "justicia e injusticia". Así que: la justicia de Dios no es ensalzada

[4] *Faciamus bonum.* Lutero "mutiló" el texto latino al citarlo; la forma correcta es: *faciamus mala ut veniant bona* —hagamos males para que vengan bienes, Ro. 3:8.

porque yo cometa injusticia, sino porque yo reconozco haber cometido injusticias, y porque ahora dejo de cometerlas, y de esta manera me aferro a la justicia de Dios, es decir, a la justicia que viene de Dios, porque bien sé que aun mis "justicias" son ante él "injusticias", con el resultado de que ante Dios no me puedo gloriar de nada, sino que quedo cubierto de vergüenza. Y así es que en esta justicia (o: en este acto de justificación) con que él me justifica, él solo es glorificado, porque él solo es justificado, quiere decir, él solo es reconocido como el Justo. Y lo mismo vale con respecto a la verdad: la verdad de Dios no es glorificada porque yo diga mentiras, sino porque yo reconozco que soy hombre mentiroso, y porque ahora dejo de mentir, y de esta manera me aferro a la verdad que viene de Dios, a fin de que por medio de ella, y no por medio de mi propia verdad, yo llegue a ser veraz, para que así cese en mí el gloriarme en mí mismo, y en cambio sea Dios solo glorificado en mí como el único que es capaz de hacerme veraz y en efecto me ha hecho veraz, ya que incluso mi verdad no es más que mentira ante él.

Ahora bien: lo que acabo de decir en cuanto a verdad y mentira, justicia e injusticia, es preciso aplicarlo también a todas las demás perfecciones y sus opuestos, como fuerza y debilidad, sabiduría e ignorancia, inocencia y pecado. Acerca de todo esto hay una lucha tenaz entre Dios y los orgullosos hombres, en particular los judíos, porque Dios está lleno de compasión para con los judíos y los demás hombres al verlos tan mentirosos, injustos, ignorantes, débiles y pecadores, y desea vivamente prodigarles su divina verdad, justicia, sabiduría, fuerza e inocencia para convertirlos en justos, sabios, fuertes e inocentes y liberarlos así de la mentira, la injusticia, la ignorancia, la debilidad y el pecado, a fin de que sea glorificada y ensalzada en ellos y por ellos Su verdad, justicia, sabiduría, poder
WA e inocencia[5]. Pero entonces estos orgullosos hombres, creyéndose
217 ya veraces, justos, sabios, fuertes e inocentes por sí mismos y por sus propias fuerzas, se oponen a Dios y le contradicen, y con esto mismo hacen todo lo posible para juzgarlo y declararlo mentiroso, injusto, ignorante, débil y pecador. Pues construyen y establecen su propia verdad, justicia, sabiduría, fuerza e inocencia, y no quieren que se los tenga por mentirosos, injustos, ignorantes, débiles y

[5] Comp. la Conclusión final (28) de la *Disputación de Heidelberg* (1518): "El amor de Dios no encuentra sino crea aquello que le place; el amor del hombre se origina por su objeto. Porque el amor de Dios viviendo en el hombre, ama a los pecadores, a los miserables, a los necios y a los débiles, a fin de hacerlos justos, buenos, sabios y fuertes. Por lo tanto, los pecadores son bellos por ser amados, no son amados por ser bellos". *Obras de Lutero*, Ed. Paidós, Bs.As., tomo I págs. 45, 46.

pecadores. El resultado forzoso es que alguien es mentiroso, injusto, débil etc.: Dios, o los hombres.

Esto es como el caso (mencionado por Persio[6]) de un doctor que se apresta para curar a un enfermo, y se encuentra con un hombre que niega rotundamente estar enfermo; y no sólo eso sino que llama al médico un estúpido, más enfermo que él mismo, como que se le ocurre querer curar a una persona que goza de buena salud. Por la resistencia que ofrece aquel paciente, el médico no puede aplicar convenientemente sus conocimientos ni su medicina. Podría hacerlo si aquel enfermo admitiera la realidad de su situación y permitiera al médico tomar las medidas correspondientes y dijera: "En verdad, yo estoy enfermo; lo reconozco a fin de que tú seas elogiado, y a fin de que tú seas tenido por lo que eres: un hombre sano, a saber, una vez que me hayas curado".

Así pasa con estos hombres impíos y orgullosos: pese a ser unos enfermos a los ojos de Dios, se tienen a sí mismos por las personas más sanas del mundo. Por eso no sólo rechazan a Dios como médico, sino que incluso lo creen tonto y mentiroso y más enfermo que ellos mismos, como que se le ocurre querer curarlos a ellos, gente con una salud a toda prueba, como si estuviesen enfermos. Sin embargo, con este proceder no llegan a afectar a Dios tal como es en su esencia, absoluto (porque esto no puede hacerlo ninguna criatura, menos aún alguna malicia), pero sí afectan a Dios en Sus palabras. Por esto el salmista hace el muy oportuno agregado: "Para que seas justificado en tus palabras". Pues son estas palabras, enviadas por Dios a los hombres, las que son tenidas por necias, mentirosas e insensatas, como si no fuesen palabras de Dios. Su palabra, así se lo había propuesto Dios, debía ser el remedio con que él sanaría a los hombres. Pero éstos, sosteniendo no estar enfermos, y teniendo a Dios por tonto y más enfermo que ellos, le resisten y le contradicen, lo juzgan y lo condenan. Pero en vano; porque las palabras de Dios vencen cuando así se las juzga, o mejor dicho: Dios vence en estas palabras suyas cuando es juzgado por los hombres en ellas. Pues al rechazar a Dios, los hombres muestran claramente que en opinión de ellos, Dios es un tonto, que nada sabe y nada puede, mientras que ellos mismos quieren pasar por gente cuyo único amor es la sabiduría, la fuerza y la verdad, como si dijeran: ¿Acaso puede ser sabio el que nos tilda a nosotros de ignorantes? Al contrario, el ignorante es él, porque nosotros nos atenemos a la verdad y la seguimos. Lo mismo vale para todo lo demás: ¿Acaso éste (es decir: Dios o su palabra) puede ser veraz, justo, fuerte etc., cuando nos tacha a nosotros de mentirosos, injustos y

[6] Persio, *Sátiras* III, 90 y ss.

débiles – a nosotros que nos atenemos a la verdad, a la justicia y a la fuerza? ¡Ah no! lo que él dice de nosotros, vale para él, porque él no sabe dónde está el único lugar en que se hallan estos bienes, nosotros empero sí lo sabemos. Del mismo modo, dice el Evangelio, hablaba la gente también acerca de Cristo: "Nosotros
WA 218 sabemos que este hombre es pecador" (Jn. 9:24), y "Ese hombre no procede de Dios" (Jn. 9:16). Y cuando el Salmo 4 pone en boca de muchos la pregunta: "¿Quién nos mostrará el bien?" (v.6), sintetiza con ella la muy frecuente manera de pensar: "Nosotros sabemos qué es el bien; el que presuma de poder enseñarnos otra cosa, está muy equivocado; de todos modos, no será capaz de mostrarnos qué es el bien". Leemos además en Jn. 9 que algunos fariseos dijeron a Jesús: "¿Acaso nosotros somos también ciegos? Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece" (Jn. 9:40,41).

Por consiguiente, concluyamos que:

Dios	sabio	a menos que	necios
en sus palabras	justo	nosotros creamos	injustos
no puede	veraz	en él,	mentirosos
llegar	fuerte	nos sometamos a él,	débiles
a ser	bueno etc.	y confesemos ser	malos.

Y para esto necesitamos humildad y fe. Lo que en el fondo se busca con estas palabras, y lo que se quiere lograr con ellas, es: que lleguemos a ser una completa nada, que nos desembaracemos de todas las cosas[7], que nos despojemos a nosotros mismos (Fil. 2:7), y que digamos con el profeta: "Contra ti, contra ti solo he pecado, para que seas justificado en sus palabras". "Ante ti soy ignorante y débil, para que tú seas sabio y fuerte en tus palabras". Esto es lo que nos enseña la creación entera: Solamente los enfermos tienen necesidad de médico (Mt. 9:12); sólo la oveja que se perdió es buscada (Lc. 15:4); sólo el cautivo es liberado (Lc. 4:8); sólo el pobre es enriquecido; sólo el débil es fortalecido; sólo el que se humilla es exaltado (comp. Lc. 1:52); sólo lo que está vacío es llenado, y sólo lo que yace en tierra es edificado. Y como dicen los filósofos: No se da forma a una cosa a menos que exista una ausencia de forma
WA 219 o la destrucción de una forma preexistente[8]; y además: El intelecto como capacidad pura no puede concebir una forma a menos que en el inicio de su ser esté desprovisto de toda forma y semejante a una *tabula rasa*[9].

[7] Ver cap. 1, Nota 7 (pág. 27).
[8] Comp. Aristóteles, *Física* I, c.5,7.
[9] *Tabula rasa* – tabla en que aún no se ha escrito nada, "hoja en blanco". Expresión usada para describir la mente humana en estado neutral, antes

Si éste es el lenguaje que habla toda cosa creada, resulta imposible que sea llenado de la justicia de Dios el hombre que está repleto de su justicia propia. Dios llena solamente a los hambrientos y a los que tienen sed. Por ende, el que está saturado de su propia verdad y sabiduría, no tiene cabida para la verdad y sabiduría de Dios; ésta puede ser recibida sólo por un corazón vacío, carente de fuerzas. Digamos pues a Dios: ¡Cuánto nos gusta estar vacíos para que tú puedas llenarnos con tu plenitud! ¡Cuánto me agrada ser débil para que habite en mí tu fuerza; pecador, para que tú seas reconocido justo en mí; ignorante, para que tú seas mi sabiduría; injusto, para que tú seas mi justicia! He aquí el significado de las palabras: "Contra ti solo he pecado, para que seas justificado en tus palabras".

Resumiendo podemos decir entonces que Dios es justificado de tres maneras:[10] WA 220

Primero, cuando castiga a los injustos; pues con esto él demuestra que él es justo, y además, al ser castigada la injusticia nuestra, la justicia de Dios es puesta de manifiesto y realzada. Sin embargo, dicho realce es bastante pobre; porque también el impío castiga al impío.

Además, Dios es justificado de una manera incidental o relativa, así como el contraste entre dos objetos disímiles resalta más cuando se los coloca uno al lado de otro, que cuando se los observa a cada uno por separado. Así, la justicia de Dios luce tanto más bella cuanto más horrible sea nuestra injusticia. Sin embargo, lo que el apóstol expone en el pasaje que nos ocupa está relacionado con ninguna de las dos maneras mencionadas, porque éstas tienen que ver con la justicia interna y formal de Dios.

La tercera manera cómo Dios es justificado es cuando hace justos a los impíos y cuando infunde al hombre su gracia, o cuando es tenido por justo en sus palabras. Pues por medio de tal "creer" él justifica, es decir, considera justos a los hombres. De ahí que esta justicia se llame justicia de la fe y justicia de Dios. En el mismo sentido también un buen artesano muestra su valía de tres maneras: primero, cuando critica a los inexpertos y los reprende cuando

---

de intervenir en ella el conocimiento. La usa Aristóteles, *De anima* III, 4, y muchos otros filósofos después de él. Véase también la extensa nota en WA 56, pág. 219.

[10] Los párrafos que siguen, incluso el Corolario pág. 106, fueron insertados posteriormente en el contexto; esto explica la sorprendente similitud del contenido.

cometen un error. En segundo lugar, cuando al ser comparado con ellos, se destaca como el que posee los mayores conocimientos. Y en tercer lugar, cuando trasmite su pericia artesanal a otros que no la poseían. Y esto último es la prueba verdadera de su maestría. Pues el reprender a otros y aparecer como artesano experto no basta para ser un artesano digno de elogio; el que es capaz de
WA llevar a otros a la maestría, éste es el que revela reunir condiciones
221 de maestro consumado. De la misma manera Dios es verdaderamente digno de elogio por actuar dentro de nosotros con su justicia.

Dios es evidenciado como justo y veraz de tres maneras.

En primer lugar, cuando castiga y condena al injusto, al mentiroso, al necio etc.; porque con esto él demuestra ser justo, veraz etc. Y de este modo su justicia, verdad etc. es realzada y glorificada por nuestra injusticia y nuestra mentira, porque así sale a la luz. Sin embargo, esta forma de cobrar realce es más bien modesta; porque sucede con frecuencia que un mentiroso castiga y censura a otro mentiroso, y un injusto al otro, y no por eso la gente se apresura a ensalzarlos como hombres de acabada justicia y veracidad.

En segundo lugar, Dios se evidencia como justo de una manera relativa.- Así como dos objetos disímiles se destacan más cuando se los coloca uno al lado del otro que si se los colocara en lugares separados, así también la justicia de Dios es tanto más bella cuanto más horrible sea nuestra injusticia. El apóstol no tiene en mente ni la una manera ni la otra, porque este tipo de justicia es la justicia interna y formal de Dios, y de ésta no se habla en este pasaje.

En tercer lugar, Dios se evidencia como justo por la manera como actúa en nosotros, es decir, cuando nosotros, incapaces de justificarnos mediante nuestras propias fuerzas, acudimos a él para que él nos haga justos en atención a nuestra confesión de que nos sentimos impotentes para vencer el pecado que habita en nosotros. Y él accede a nuestra súplica cuando creemos sus palabras; por medio de tal "creer" él nos justifica, es decir, nos tiene por justos. De ahí el nombre de "justicia de la fe" y "justicia de Dios", por la obra que él hace en nosotros.

Corolario

El apóstol está muy lejos de afirmar que "nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios" (v.5); antes bien, lo niega, porque no es cierto. El plantea esta pregunta para expresar el pensamiento de quienes creían que en efecto, las palabras del Salmo había que

entenderlas en este sentido (en el sentido de que nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios). Mas los que así lo creen están equivocados. Pues no es la intención del Salmo ni de Pablo decir que nuestro *pecado* justifica o elogia a Dios, sino *el reconocimiento y la confesión* de nuestro pecado. Por esto dice el Salmo: "Porque yo reconozco mis rebeliones" (Sal. 51:3) para agregar luego: y de esta manera "contra ti solo he pecado" (esto es: "reconozco que ante ti solo soy pecador"). Este reconocimiento es lo que hace que la justicia de Dios sea apetecible, y la confesión hace que sea encomiable. Pues en el momento en que yo reconozco que no puedo ser justo ante Dios, por cuanto está escrito: "No se justificará delante de ti ningún ser humano" (Sal. 143:2), amén de muchos pasajes similares en que Dios dice que vivimos en pecados —en este momento, digo, comienzo a buscar mi justicia en él. De esta manera, el *reconocimiento* de que soy pecador me impulsó a que "Dios fuera justificado en mí" (es decir, a que yo creyera en él, y así él me justificara). Y luego, la *confesión* de mis pecados alaba y glorifica a Dios, porque él solo es el Justo y el que nos justifica (Ro. 3:26). Y a la inversa: donde no se confiesa ni se reconoce el pecado, allí tampoco se alaba a Dios; ni buscarán Su justicia quienes se complacen en su propia justicia y creen que ésta les basta.

Pasa como con un buen artesano que puede cosechar alabanzas WA
de tres maneras: En primer lugar, criticando y haciendo pasar 222
vergüenza a los que carecen de la pericia que él posee; pero esta es una alabanza mezquina y arrogante. En segundo lugar, cuando comparado con otros aparece como el más experto (aun sin que medie crítica por su parte). En tercer lugar, cuando trasmite su pericia artesanal a otros que se lo solicitan ante la imposibilidad de alcanzar la perfección por sí solos. Unicamente esta alabanza es una alabanza genuina. Reprender a otros y aparecer como maestro todavía no basta para ser un maestro cabal; pero hacer progresar a otros para que lleguen a ser maestros como uno mismo, esto significa ser un maestro digno de elogio. La primera manera muchas veces implica orgullo y vanidad; la segunda, envidia y presunción. La tercera en cambio es la vía de la benevolencia y de la generosidad. Esta es la manera como Dios es justo, al actuar dentro de nosotros; y digno de alabanza, por cuanto nos hace semejantes a él mismo.

Pero así como aquel artesano no puede trasmitir su pericia a los que no confían en él, o que ya se creen lo suficientemente capacitados, ni puede esperar que le tributen gloria y honores a causa de su arte y maestría, a menos que esas personas reconozcan primero su propia impericia y le crean si él les dice que les falta experiencia (cosa que su arrogancia no les permite admitir) —así los impíos no creen que son impíos, y por lo tanto tampoco lo reconocen. En fin: no permiten que Dios sea reconocido en ellos como el

Justo y el Veraz etc., y con esto impiden también que sea alabado o glorificado.

Breve resumen

3:1. ¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? (Digo: el que es judío exteriormente y según la letra. Pues si no es tenido por judío, es igual a los gentiles en todos los aspectos, y no tiene ventaja alguna).

3:1. ¿O de qué aprovecha la circuncisión? (Hablo de la circuncisión practicada en la carne y conforme a la letra. Pues si no se la considera circuncisión, como se dijo en el capítulo precedente, ¿significa entonces que careció de valor?).

3:2. Mucho. (Es ventajosa y de gran utilidad).

3:2. En todas maneras. Esto es una aserción, y una especie de juramento, o una referencia a las múltiples utilidades que brinda el pertenecer a los de la circuncisión, utilidades que el apóstol enumera en el capítulo 9:4 al decir: "De los cuales son la adopción, la promulgación de la ley, la gloria, el pacto, el culto y las promesas; de quienes son también los patriarcas etc.".

Primero. (Una de estas ventajas, a la cual me referiré ahora en primer lugar).

3:2. A ellos les han sido confiados los dichos de Dios. Esto, en efecto, es algo que los gentiles no tuvieron, así como tampoco tuvie-
WA ron otras cosas, como leemos en el Salmo 147:20: "No ha hecho
223 así con ninguna otra de las naciones". Esto junto con lo demás fueron privilegios concedidos solamente a los judíos, no a los gentiles; y también a los judíos que lo eran sólo exteriormente, según la letra. *Confiados (o creídos),* esto es, recibidos por medio de la fe. Pues *todos* los judíos recibieron las promesas, si bien no todos llegaron a disfrutar del cumplimiento de las mismas. *Los dichos* son lo que en el capítulo 9:4 se menciona como "promesas". El apóstol no dice "*les* fueron confiados"[11]; sin embargo, esta palabra bien puede quedar en el texto, como referencia a los "judíos" y a la "circuncisión" del v.1. En este sentido el apóstol dice en el capítulo 15:8 que "Cristo vino a ser siervo de la circuncisión" – mas no de los gentiles – "para mostrar la verdad de Dios", quiere decir, porque Dios así se lo había prometido a ellos, a los judíos, no a los gentiles.

[11] La Vulgata sí dice *illis* – "les, a ellos". El que no tiene el pronombre personal es el texto original griego.

3:3. ¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos? Este *han sido incrédulos (non crediderunt)* debe tomarse en un sentido absoluto, no como el antes mencionado *les fueron confiados (credita sunt)*, porque a diferencia de este último, el *non crediderunt* no tiene como complemento *los dichos*. Y esta diferencia es importante: los dichos y las promesas de Dios los recibieron todos los judíos, y hasta el día de hoy están esperando el cumplimiento de la promesa acerca del Cristo que les sería enviado. Así que: las *promesas* sí las creyeron; pero no llegaron a creer en *Cristo* ni a confiar en él. El significado es entonces: ¿Qué nos importa esto a nosotros?[12] ¿Qué podemos hacer para remediarlo? ¿A quién le perjudicará? ¿Acaso no son ellos los únicos perjudicados? En todo caso, el perjuicio no es para Dios, ni tampoco para nosotros. Pues esto está claro: la incredulidad de los judíos no hará nula la fidelidad de Dios, ni hará vana la fe nuestra.

3:3. ¿Acaso la incredulidad de ellos hará nula la fe (lat. *fidem*) de Dios? (quiere decir: la verdad y fidelidad de Dios). Todo esto lo dice el apóstol para salir al paso de las objeciones que podrían surgir a raíz de su afirmación anterior de que "las promesas fueron confiadas a la circuncisión practicada en la carne y al judío que lo es exteriormente". En efecto, alguien podría preguntar: ¿Cómo puede ser entonces que ninguno que es judío según la letra y exteriormente llegó a gozar el efecto de la promesa? Si las promesas fueron dadas al judío que lo es según la carne y la letra (en lo que, por otra parte, consiste su ventaja sobre los gentiles), y si ningún judío de este tipo llegó a disfrutarlas (porque está visto que hasta el día de hoy están esperando el cumplimiento), todo parece indicar que o no WA
recibieron promesa alguna, o Dios no las cumplió; pues si el judío 224
"carnal" fue el receptor de la *promesa*, el judío carnal debiera haber sido también el receptor del *cumplimiento*. Contra esta objeción se dirige el apóstol y dice, como quien hace saltar un clavo con otro clavo: ¿De modo que la verdad de Dios quedó anulada, su promesa abolida, y sus dichos invalidados? Esto es imposible; por lo tanto es imposible también aquello de lo cual se extrajeron tales conclusiones. Esto es todo lo que el apóstol dice por el momento a este respecto. La solución a fondo del problema la posterga para el capítulo 9. Allí demuestra que en efecto, el cumplimiento de las promesas las recibió el Israel carnal —pero ese Israel carnal que es al mismo tiempo el Israel de la promesa y de la elección, jamás el Israel como meros descendientes carnales de Abraham. La incredulidad de éstos, pues, no invalida en manera alguna la verdad de Dios. Por esto el apóstol se limita por ahora a rechazar aquella

[12] Lutero usa la expresión alemana *Was leit daran*?

objeción y a quitarla de en medio, y dirige su atención a la "verdad de Dios" con que había rebatido la objeción, insistiendo en que Dios cumplió con sus promesas, siempre y en todo.

3:4. De ninguna manera. "Fe (*fides*) de Dios" llama el apóstol al cumplimiento de la promesa concretado en su momento por medio de Cristo, conforme a aquel pasaje del Salmo (85:11): "La verdad brotó de la tierra" (esto es: apareció el Cristo prometido, nacido de la Virgen). Lo que el apóstol quiere decir con su enérgica negación es, por lo tanto, lo siguiente: Dios acaba de cumplir lo prometido, con lo que queda probada su veracidad. Aquéllos empero no le creen, y en consecuencia tampoco reciben los beneficios de las promesas cumplidas. ¿Significa esto que es falso afirmar que Dios cumplió; que hay que declarar nula la verdad que acaba de quedar demostrada por cuanto no hay tal cosa como el cumplimiento de una promesa —sólo porque aquéllos no creen? ¡De ninguna manera! Pues esto a su vez significaría que los apóstoles están mintiendo, más aún, que el propio Dios está mintiendo por boca de los apóstoles al testificar que el nacimiento de Cristo es el cumplimiento de las promesas.

Mi opinión personal es que la "fe" en este contexto no es tanto la *fidelidad de* Dios sino la *confianza en* Dios, la cual es de hecho el cumplimiento de la promesa, como lo ilustran gran número de pasajes bíblicos. Pues lo que en realidad ha sido prometido es "la justicia que proviene de la fe", como por ejemplo en Ro. 1:17: "El justo por la fe vivirá". Sin embargo, estas dos interpretaciones, aunque diferentes, no son contradictorias: todo lo que pueda decirse en cuanto a la verdad objetiva de la fe en sentido literal, vale también en sentido moral para la fe, el creer, en esta verdad. Y así, el sentido es enteramente claro: ¿Qué importa que aquéllos no hayan llegado a ser creyentes? ¿Podrá esto inducirnos a que dejemos de lado la fe de Dios y sigamos a los que niegan que el cumplimiento
WA de las promesas es un hecho consumado, en lugar de creer a Dios
225 cuando él afirma haberlas cumplido? ¡De ninguna manera!, dice Pablo muy acertadamente. No los seguiremos, sino que nos atendremos a la fe de Dios. *Porque Dios es veraz* (3:4), por lo tanto hay que creerle. *Y todo hombre mentiroso* (3:4), por lo tanto no hay que creerle ni seguir en sus pisadas. (O como dice el texto griego: "antes bien sea Dios veraz", quiere decir: antes bien, dése crédito a Dios y no al hombre, porque el hombre es mentiroso).

De esta manera, el apóstol desvirtuó la objeción de quienes decían: El Israel según la carne no resultó ser el beneficiario de las promesas a pesar de ser el destinatario; por lo tanto el cumplimiento aún no se produjo. ¿Será entonces que esta gente dice la verdad, y Dios miente? ¡De ninguna manera! Ellos dicen: No; Dios dice: Sí. ¿Y cuál ha de ser la respuesta nuestra? Hay que

creer a Dios, y no al hombre, porque Dios es veraz. *Como está escrito;* y lo que está escrito es que hay que creerle a Dios (conforme al texto griego), porque "ser justificado" es sinónimo de "creer", como demostraremos más adelante.

3:4. Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado. Esta pasaje lo aduce el apóstol en el sentido como rezan sus palabras, no en un significado causal. Esto es: quiere que se lo entienda no como una argumentación de tipo causal, sino como simple declaración de un hecho. Habría sido lo mismo decir: Serás justificado en tus palabras, y vencerás cuando fueres juzgado —si bien en la digresión que el apóstol hace un poco más adelante, aparece también este sentido causal. Así que Dios es justificado en sus palabras; y esto sucede cuando se da crédito a lo que él dice en el evangelio en cuanto al cumplimiento de la promesa, de modo que Dios es considerado veraz y justo. Aquellas "palabras" son, en efecto, la palabra del evangelio; en estas palabras Dios es justificado cuando se le cree que en ellas, él dice la verdad, o sea, que las cosas sucederán tal cual él las predijo (lat. *profetizó*) en aquellas palabras del salmo. Y no sólo será justificado por los que le creen, sino que también vence a los que le juzgan, es decir, triunfa sobre las reprobaciones de aquelllos que niegan que Cristo fue enviado y que las promesas fueron cumplidas. Pues las críticas de esa gente se dirigen contra las "palabras": ellos las cuestionan, las condenan, y se niegan rotundamente a justificarlas, es decir, a creerlas como justas y veraces. Y esto no es todo: incluso juzgan y condenan a Dios mismo al juzgar sus palabras, a este mismo Dios a quien otros justifican. Pero no prevalecerán. El que prevalece es Dios, él obtiene la victoria, pues por más que ellos se resistan, lo que permanece es esta fe de Dios, esta "justificación de Dios en sus palabras", quiere decir, la firme confianza en su palabra. La justifi- WA
cación de Dios y la confianza en Dios son una y la misma cosa. La 22(
fe prevalece y permanece, más aún: siempre avanza y crece; aquellos empero que no creen, sufren quebranto y perecen.

Que "Dios es justificado en sus palabras" significa que él es hecho justo y veraz en sus palabras, o que sus palabras son hechas justas y veraces; y esto ocurre cuando el hombre cree estas palabras, las acepta, y las tiene por veraces y justas. Es sola y únicamente la soberbia del corazón humano la que se resiste a esta justificación por medio de su incredulidad. Esta soberbia no acepta como justas estas palabras, sino que las condena y las juzga. No las cree porque no las considera veraces. Y no las considera veraces porque para la soberbia humana, lo veraz es lo que ella misma opina, en abierta contradicción a lo que dicen las palabras de Dios. De todo esto resulta que decir que "Dios es juzgado en sus palabras" equivale a decir que Dios mismo, o sea sus palabras, son condenadas, son con-

vertidas en mentira e injusticia. Y quien lo hace es la arrogante incredulidad del hombre y su rebelión contra Dios. Está visto, pues, que esta justificación y condenación de Dios ocurre fuera de Dios y de su palabra, a saber, en el hombre; porque intrínsecamente, tanto Dios como sus palabras son justos y veraces. Pero sólo llegan a ser tales dentro de nosotros cuando nuestra sabiduría deja de resistirles, y con humilde fe les da el lugar que les corresponde y los acepta. Por esto dice el Salmo 51:4: "Contra ti solo he pecado", quiere decir, me doy por vencido con mi propia justicia y opinión que se resiste a tus palabras y las condena, y confieso que soy hombre pecador, injusto y mentiroso, para que tus palabras tengan lugar dentro de mí, sean justificadas, sean veraces y lleguen a ser veraces (a fin de que lleguen a ser en nosotros lo que son en sí mismas; porque en sí mismas son palabras justificadas).

Corolario

Mediante el hecho de que "Dios es justificado", nosotros somos justificados. Y aquella justificación pasiva de Dios por virtud de la cual él es justificado por nosotros, viene a ser la justificación activa nuestra, producida por el actuar de parte de Dios; porque él reconoce como "justicia" nuestra a aquella fe que nos hace justificar sus palabras, como el apóstol dice en el capítulo 4:5, y en el capítulo 1:17: "El justo por la fe vivirá". Y a la inversa: la condenación que Dios padece al ser juzgado por los incrédulos, viene a ser la condenación de ellos mismos; porque la incredulidad con que
WA ellos juzgan y condenan las palabras de Dios, él la considera injus-
227 ticia y condenación. Esto concuerda también con el texto hebreo del Salmo 51, que reza así: "Contra ti he pecado; por esto tú justificarás"[13], es decir, efectuarás una justificación, "en tu palabra, y limpiarás cuando fueres juzgado". Pues Dios justifica (vence) en su palabra cuando nos convierte en hombres que son como su palabra, a saber, justos, veraces, sabios etc. Y de esta manera, mediante un acto de mutación, él nos convierte en su palabra — pero a su palabra no la convierte en "nosotros". Y en hombres tales él nos convierte cuando nosotros creemos que su palabra es tal, a saber, justa y veraz. Pues entonces ya existe un elemento igual en la palabra y en el que la cree: verdad y justicia. Por lo tanto, cuando Dios es justificado, justifica; y cuando justifica,

[13] En lugar de la voz pasiva que tiene el verbo en la Vulgata (*iustificeris*), Lutero adopta aquí la forma activa *iustificabis*, apoyada también por Reuchlin en sus *Septem psalmi poenitentiales hebraici cum grammatica tralacione latina*, obra publicada en 1512.

es justificado. Lo que en el texto hebreo se expresa con el verbo en voz activa coincide, pues, exactamente con lo que nuestra versión[14] expresa con el verbo en voz pasiva.

Pero además, Dios vence también, es decir, él prevalece, y al fin descubrirá como mentirosos y errados a todos los que no creen, esto es, a los que mancillaron el santo nombre de Dios con su injusto juicio. Ya lo vemos en el caso de los judíos, y lo veremos aún más claramente en el Juicio final. Por esto dice el texto hebreo: "y limpiarás", o sea, harás una limpieza, "cuando fueres juzgado". Esto es: harás que queden limpios en ellos tu palabra y los que la creen, y así, al mismo tiempo quedes limpio en ellos tú también, y probarás que lo que aquellos incrédulos levantan ahora contra tu palabra, contra los creyentes y contra ti mismo, fueron nada más que mentiras. Y en cambio harás que ellos queden sucios, es decir, pondrás de manifiesto que son mentirosos execrables, esto es, que la incredulidad de ellos no hace nula la fidelidad de Dios.

Corolario

La justificación pasiva y activa de Dios y la fe o confianza en él son una y la misma cosa. Pues el hecho de que nosotros justifiquemos las palabras de Dios, es un don que proviene de él WA
mismo; y a causa de ese don divino, él nos considera justos, es decir, 228
nos justifica. Y sus palabras las justificamos sólo al creer que son justas etc.

3:5. Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios.

Esta pregunta se plantea por dos motivos: porque la ocasión fue propicia para citar precisamente este pasaje del Salmo 51, y porque la índole misma del tema que se está discutiendo la hace surgir casi inevitablemente. Pues como el Salmo habla de una causalidad (al menos en nuestra versión y en la de los Setenta[15]) al decir "para que seas justificado", uno podría llevarse la impresión de que nuestro pecar tuvo como finalidad la justificación de Dios, lo que al fin y al cabo significaría: hay que pecar para que Dios sea glorificado. Sin embargo, el tema en discusión apunta a otra cosa: se trata de demostrar que Dios, o lo que es lo mismo, las palabras de Dios, pueden ser justificadas y hechas veraces sólo si nosotros

[14] La Vulgata.

[15] Lo que Lutero llama "la versión de los Setenta" es la revisión jeronimiana del *Psalterium Gallicanum* en el *Quincuplex Psalterium* de Faber; "Nuestra versión" es la Vulgata.

somos hechos mentirosos e injustos por contradecir a las palabras de Dios. Así es entonces cómo por medio de nuestro pecado, Dios es hecho justo.

La solución empero es ésta: el apóstol habla en el Espíritu; por esto no puede ser entendido sino por los que a su vez están en el Espíritu. Es inaceptable, pues, la solución que ofrece Lyra, de que el pecado contribuye a la gloria de Dios de una manera accidental[16]; porque es imposible que el pecado contribuya a la gloria de Dios, ni de por sí ni accidentalmente, máxime si pensamos en la verdad intrínseca de Dios o de sus palabras. Esto sí: el pecado contribuye de por sí y en sentido propio a hacer resaltar la verdad de Dios, moral y tropológicamente hablando; o sea: la confianza con que creemos a Dios cuando él dice que somos pecadores, aunque nuestra mente y razón no se dé cuenta de que lo somos ni lo crea – esta confianza, digo, producida por la fe, es la que nos constituye en pecadores y que da la gloria a Dios, aceptando las palabras de gracia y de verdad como las palabras que nos hacen falta. ¿Quién, en efecto, habría de recibir gracia y justicia sino aquel que confiesa ser un pecador?

Corolario

WA La expresión: "Para que seas justificado en tus palabras"
229 tiene el mismo significado que aquella otra: "Antes bien, Dios es veraz, y todo hombre mentiroso". Y a su vez, la frase "Para que venzas cuando fueres juzgado" es de igual sentido que la pregunta: "¿Acaso la incredulidad de aquellos habrá hecho nula la fidelidad (la fe) de Dios?". Así lo evidencia claramente lo que acabo de exponer. Por esto, el apóstol hizo muy bien al intercalar entre las dos declaraciones un *Como está escrito* (3:4) colocando así ambas declaraciones sobre el sólido fundamento de las Escrituras.

Además: así como se dice (3:4) que Dios, o las palabras de Dios, son justificadas cuando dentro de nosotros son reconocidas como justas y veraces por medio de la fe (tan justas y veraces como lo son en sí mismas, aun sin nuestra fe), así debe entenderse también la afirmación de que es necesario que nosotros lleguemos a ser pecadores, mentirosos e ignorantes, y que toda justicia, verdad, sabiduría y fuerza nuestra perezca. Esto empero sucede cuando nosotros creemos que somos pecadores, mentirosos etc., y cuando reconocemos que ante Dios, nuestra justicia y nuestra fuerza no valen absolutamente nada. De este modo somos convertidos dentro

16 *per accidens;* véase pág. 100, nota 3.

de nosotros, en nuestro interior, en personas tales como lo somos fuera de nosotros, o sea, ante Dios, aunque interiormente no seamos tales, quiere decir, aunque en nuestro interior no creamos ser tales[17]. Pues así como Dios, el único Veraz y Justo y Poderoso en sí mismo, quiere serlo también fuera de él mismo, en nosotros, para ser glorificado como tal (pues en esto consiste la "gloria" de algún bien que hay dentro de una persona: que ese bien trascienda hacia fuera, y sea derramado sobre otros), de igual manera él quiere también que, así como el hombre es el único mentiroso, injusto y débil fuera de sí, o sea, ante Dios (y en esta condición se hallan todos los hombres), así llegue a serlo también en sus adentros, confesando y reconociendo ser lo que es: mentiroso, injusto, impotente. Y de esta manera sucede que Dios, al salirse de sí mismo, hace que nosotros entremos en nosotros mismos; y al llevarnos al conocimiento de lo que hay dentro de él, nos lleva a conocer lo que hay dentro de nostoros. Pues si Dios no diera este primer paso de salirse de sí mismo y tratar de ser reconocido como veraz dentro de nosotros, nosotros no podríamos entrar en nuestro interior y llegar a ser mentirosos e injustos. En efecto: le habría sido imposible al hombre descubrir por sus propios medios cuál es su verdadera situación ante Dios, si Dios mismo no se lo hubiera revelado. "Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?" (Ro. 11:34). Sin esta revelación, el hombre siempre se habría tenido por veraz, justo y sabio, máxime porque lo es en su propio concepto y ante sus semejantes. Ahora empero Dios se lo reveló; nos dijo cuál es el concepto y el juicio que nosotros le merecemos, a saber: el de ser pecadores, todos, sin excepción. Corresponde, por lo tanto, que admitamos esta revelación de parte de Dios, que creamos sus palabras y así las reconozcamos como justas y veraces, y que de esta manera, sujetándonos a lo que estas palabras nos dicen, confesemos que somos pecadores (cosa que sin las palabras de Dios habríamos ignorado). Con razón dice el apóstol: "Si alguno de entre vosotros quiere ser sabio, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio" (1 Co. 3:18). Mas lo que vale con respecto a la ignorancia, debe aplicarse también a todas las demás imperfeccio- WA
nes: el que quiera ser justo, veraz y poderoso, tiene que llegar a 230
ser pecador, mentiroso y débil. Ese "llegar a ser" es un proceso espiritual, no físico ni natural; la manera propia de entenderlo es que debe ser destruido el que expide un juicio errado que nos favorece a nosotros. De este modo Dios "dispersa a los soberbios en el

[17] Con este paralelismo de *extra – intra, exire – introire,* Lutero sigue en cuanto a expresión y contenido el lenguaje de los místicos, en particular de J. Tauler (m.1361).

pensamiento de sus corazones"; esta es toda la "proeza que hizo con su brazo" (Lc. 1:51). De esto se sigue que la declaración de que tenemos que llegar a ser pecadores, debe tomarse en un sentido enteramente espiritual, y no en sentido literal y carnal, como muchos interpretaron estas palabras del apóstol. Espiritualmente hablando, el hombre que antes era justo, ahora es hecho pecador, lo que es corroborado también por lo que Pablo agregará a continuación.

Con el mismo pensamiento nos encontramos también en el *Salmo* 51: a las palabras "Porque yo reconozco mis rebeliones" (v. 3) siguen estas otras: "Contra ti solo he pecado" (v. 4), quiere decir: ante ti me confieso pecador, por más que ante los hombres tenga fama de justo. Sin embargo, lo que los hombres puedan pensar de mí no quita que ante ti soy un pecador, "para que tú seas reconocido justo" (v. 4), esto es, para que surja en mí la fe en tus palabras, por la cual también yo soy reconocido justo. Y más adelante leemos: "En lo secreto me has hecho comprender sabiduría" (v. 6), en otras palabras: me revelaste aquella sabiduría de que ante ti somos pecadores – sabiduría oculta, porque por nosotros mismos no la podríamos haber descubierto.

Corolario

Algunos[18] tratan de explicar las palabras "Contra ti solo he pecado etc." de la siguiente manera: David usa esta expresión por el hecho de que los príncipes no tienen otra autoridad superior a quien puedan confesar sus pecados y por quien puedan ser castigados, sino a Dios solo. Pero esta explicación no satisface. Antes bien, David habla respecto de su propia persona como hombre espiritual, y lo que dice él, deben decirlo todos, como lo afirma también el Salmo 32:6: "Por esto (por la maldad de su pecado) orará a ti todo *santo*", quiere decir: todo aquel que quiera ser santo, habrá de confesar que es hombre pecaminoso e impío. Y a los que dicen "Confesaré mis transgresiones", "tú les perdonas la maldad de su pecado" (Sal. 32:5). Algo similar hallamos en 1 Jn. 1:10: "Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Dios mentiroso" (lo cual es un doble pecado). "Mas si confesamos nuestros pecados, él es fiel y nos los perdonará" (1 Jn. 1:9). Además, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Jn. 1:8). Digamos pues con el profeta: "Publicará mi boca tu alabanza" (Sal. 51:15) – la tuya, no la nuestra; y

[18] Lyra, y la *Glossa ordinaria* al Salmo 51:4.

"Cantará mi lengua tu justicia" (Sal. 51:14) —no la nuestra, sino la tuya.

Así queda comprobado más que suficientemente que Dios solo es veraz, y todo hombre mentiroso. Por lo tanto, la "incredulidad de ellos" no deberá "hacer nula la fe de Dios". ¿Qué tiene que ver la fe nuestra con el hecho de que aquéllos no creen? Esa incredulidad no es motivo para que nosotros tengamos que abandonar nuestra fe, ni para que se impugne la verdad de Dios; pero sí es motivo para acusarlos a ellos de mentirosos. WA 231

Corolario

Aun cuando no descubrimos en nosotros pecado alguno, debemos no obstante creer que somos pecadores. De ahí las palabras del apóstol: "Aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado" (1 Co. 4:4). Pues así como por medio de la fe vive en nosotros la justicia de Dios, así por la misma fe vive también en nosotros el pecado; o sea: sin fe no somos capaces de admitir que somos pecadores, porque no lo vemos, y más aún, muchas veces parece que ni fuéramos conscientes de ello. Por eso debemos acatar la sentencia de Dios y creer sus palabras cuando él nos dice que somos injustos; porque él no puede mentir. Y así tiene que ser, por más que las apariencias sean otras; pues "la fe es la convicción de lo que no se ve" (He. 11:1), y sólo se conforma con las palabras de Dios. Y precisamente en esta humildad y en este juicio habría de consistir, según las profecías, el reino de Cristo. De este modo, en efecto, "él juzga entre las naciones" (Sal. 110:6). Y "allá están las sillas del juicio" (Sal. 122:5), por cuanto nosotros tenemos que acusarnos y juzgarnos y condenarnos constantemente y confesar que somos pecadores, a fin de que Dios sea justificado en nosotros. De esta misma fe se habla también en pasajes tales como "Líbrame de los errores que me son ocultos; ¿quién podrá entender sus propias faltas?" (Sal. 19:12), y "No te acuerdes de mis ignorancias"[19].

Pero hay algo más que debe tomarse en cuenta muy seriamente, y es que no basta con reconocer sólo de palabra que somos pecadores, injustos, mentirosos e ignorantes. Nada más fácil que esto, ante todo cuando tu vida transcurre tranquila y sin tentaciones. ¡Pero no! Una vez que has confesado con la boca ser hombre pecador, es preciso que también en tu corazón pienses firmemente lo mismo acerca de ti, y que observes una conducta correspondiente,

[19] Vulgata Sal. 24:7: *ignorantias meas ne memineris.* Vers. Reina-Valera Sal. 25:7: De mis rebeliones no te acuerdes.

en todo tu actuar y vivir. Es por esto que resulta tan difícil encontrar a alguien que reconozca y crea que es pecador. Pues ¿cómo puede confesarse pecador el que no está dispuesto a tolerar ni una sola palabra dirigida contra su persona, sus obras y sus ideas, sino que inmediatamente se enfurece y comienza a discutir con furor y entonces no reconoce ni con la boca que es mentiroso, sino que incluso insiste porfiadamente en que es una persona de bien que siempre dice la verdad, y que se le hace víctima de injusta oposición y falsas acusaciones? Y si en verdad le toca padecer alguna cosa, casi pierde el juicio y fastidia a todo el mundo con sus quejas acerca de lo mal que se lo trata en todas partes. ¡Helo aquí al hipócrita que acaba de confesarse pecador, y que ahora no quiere hacer ni padecer nada de lo que es propio de pecadores, sino sólo aquello que es propio de un hombre justo y santo!

WA 232 *Y así somos todos. Nos cuesta poco decir: Soy un miserable* pecador. Pero son muy raros los que quieren admitir que los demás los consideren pecadores; mejor dicho, nadie quiere admitirlo. Pues ¿qué es "ser un pecador" sino ser una persona que merece cualquier clase de castigo y tribulación? Confesar con la boca que se es un pecador, pero no querer serlo de hecho, es una hipocresía, y es una mentira. Tomemos el caso de una persona justa: corresponde que esta persona disfrute de paz, renombre, honores y toda suerte de bienes. Ahora bien: si tú niegas ser una persona justa, es preciso que niegues también tener un derecho a todo aquello. Y si confiesas ser un pecador, tienes que estar dispuesto también a cargar con castigos, injusticias e ignominias como cosas que por derecho te corresponden; y en cambio tienes que huir, como propiedad ajena, todo aquello que corresponde sólo a los justos. Así que: si te toca sufrir ultrajes, insultos, castigos físicos, afrentas, daño, enfermedad, y tú dices: "Esto no lo he merecido; ¿por qué tengo que sobrellevarlo? Se está cometiendo una injusticia conmigo, yo soy inocente" – ¿no estás negando con esto ser un pecador? ¿No te estás oponiendo a Dios, y no te estás dando con tu propia boca el testimonio de ser un mentiroso, por cuanto Dios con todo lo que te acontece (lo que equivale a 'con sus propias palabras', porque "él dijo, y fue hecho", Sal. 33:9) comprueba y confirma que eres un pecador, ya que pone sobre tus hombros cargas que son propias de pecadores? Dios empero *no puede equivocarse ni puede mentir. Y tú entonces* te levantas para altercar con Dios, le resistes, y como si Dios actuara a la manera de un malvado, necio y mentiroso, le contradices y te opones a sus designios. Y así te haces semejante a aquellos de quienes se había dicho antes (Ro. 2:8) que "son contenciosos y no creen a la verdad, sino que creen a la injusticia". Pues tampoco tú crees a la verdad (es decir, a aquellas 'obras de Dios' o adversidades que te acontecieron con justa razón).

Mas si al experimentar todo aquello dices: " ¡Bien hecho! Esto es lo que merezco. Admito sin reparos: como soy hombre pecador, todo cuanto Dios hace conmigo, lo hace con justicia y con verdad. Ciertamente, contra ti he pecado; lo confieso para que sean reconocidas justas estas obras y palabras tuyas, oh Dios justo y veraz. Tú no procedes conmigo de una manera equivocada; no hay mentira en ti; porque tal como me haces aparecer con aquellas obras tuyas, así soy en realidad: un hombre pecador" – si dices así, tu confesión de que "contra ti solo he pecado y he hecho lo malo delante de tus ojos, para que seas reconocido justo en tus palabras" (Sal. 51:4) es una confesión correcta y sincera, al estilo de la de Daniel 3: "Todo lo que sobre nosotros has traído, oh Señor, con juicio fiel lo has hecho, porque hemos pecado contra ti"[20]. Es como si dos personas estuvieran discutiendo acerca de algún asunto, *y una de ellas humildemente cediera a la otra diciendo:* "Retiro lo dicho, a fin de que la razón y la verdad estén de tu parte. Prefiero ser yo el que se equivocó y obró mal, para que tú tengas razón con lo que hiciste y pensaste". ¿No crees que el otro le responderá: "No, fui yo el equivocado; la opinión correcta fue la tuya"? Y así llegarán a entenderse estas dos personas entre las que de otro modo se habría producido un permanente desacuerdo a causa de su discusión. Exactamente así son las cosas; de ahí el consejo del apóstol: "No seáis sabios en vuestra propia opinión" (Ro. 12:16).

Por esto dije que es muy raro y difícil que uno llegue a ser de veras un "pecador" y pronuncie este versículo con un corazón recto y sincero. Nadie quiere avenirse tan fácilmente a que contradigan lo que opina, reprueben lo que hace, y, desestimen lo que planea.
Sin embargo, quien lo hiciera diciendo: "Enséñame, por favor, y WA
cambiaré de actitud, incluso cambiaré gustosamente de actitud", 233
para evitar así las discusiones siempre que le fuera posible – ¡cuán dichoso sería el hombre aquel! Pero demasiado profundas son las raíces de la soberbia en nuestra mente y voluntad. Nadie está del todo libre de esta peste, ante todo cuando se producen contratiempos repentinos.

Pero queda por aclarar el modo cómo el hombre tiene que llegar a ser espiritualmente un pecador. No es un modo natural; porque de este modo, el hombre no *llega a ser* pecador, sino que ya lo es. Antes bien, todo el peso de esta mutación reside en nuestra mente o en la estimación y opinión que tenemos de nosotros mis-

[20] Dn. 3:31,29 en la Vulgata, donde aparece inserto entre Dn. 3:23 y 24 el "Cántico de Azarías en el horno", larga adición que junto con el "Cántico de los tres jóvenes" ha sido conservada únicamente en traducciones griegas y siriacas; Lutero incluyó ambos cánticos entre los libros apócrifos en su traducción de la Biblia al alemán.

mos. Cambiar esa mente: a esto apunta cada palabra de la Escritura, cada acción de Dios. Pues nuestra mente es el "ojo lleno de envidia"[21] y la —desde el punto de vista humano— incorregible soberbia. Por esto dice la Virgen María: "Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones" (Lc. 1:51), es decir, en su mente y su auto-estimación con que se halagan a sí mismos pero se oponen a Dios. Esta misma mente es llamada también "el consejo de los malos" en el Salmo 1:1, y, en interpretación mística, "el becerro de oro" en el desierto (Ex. 32) o los ídolos Baal y Moloc etc.; a causa de ella, "no se levantarán los malos en el juicio" (Sal. 1:5). Por lo tanto: llegar a ser un pecador es, por una parte, destruir esa mentalidad que nos hace pensar tercamente que nuestra manera de vivir, hablar y actuar es buena, santa y justa, y por otra parte, revestirnos de otra mentalidad (que proviene de Dios) que hace que de todo corazón creamos que somos pecadores, que nuestra manera de obrar, hablar y vivir es mala, que andamos en la senda del error, y que así nos acusemos, juzguemos, condenemos y detestemos a nosotros mismos. "El que hace estas cosas, no resbalará jamás" (Sal. 15:5).

Ahora bien: todo lo que aquí se acaba de decir debe entenderse correctamente. Si se insistía en la necesidad de rechazar las obras llamadas justas, buenas y santas, no se quería indicar con ello que tales obras tenían que dejarse totalmente de lado. Antes bien, lo de "rechazar" se refiere sólo a la interpretación, estimación y valoración que se da a estas obras: lo que hay que rechazar es la idea de que podamos confiar en ellas, y asignarles un carácter y una dignidad tales como si a base de ellas fuésemos capaces de alcanzar ante los ojos de Dios un grado suficiente de justicia. A este único fin tendían, pues, aquellas palabras: a expulsar de nuestra mente esa vanidad y esa tonta auto-estimación. Por lo demás es preciso que hagamos tales obras con máximo celo y que nos ejercitemos en ellas con todo fervor, a los efectos de que por medio de ellas, como por una especie de medidas preparatorias, finalmente lleguemos a ser aptos y receptivos para la justicia de Dios[22]; pero no en el sentido de que estas obras justas, buenas y santas sean en sí nuestra justicia, sino meramente una búsqueda de la justicia[23]. De este modo ya no son ahora la justicia nuestra, con tal que no nos las contemos por justicia. Con todas estas cosas hemos de prepa-

[21] Sin duda una alusión a Mt. 20:15.

[22] Lutero todavía se maneja con las formulaciones de la teología tradicional, pero de tal manera que el antiguo contenido queda vaciado y reemplazado con conocimientos nuevos.

[23] Lat. *Non ut sint iustitia, sed ut querant iustitiam.*

rar el camino del Señor que quiere hacer su entrada en nosotros[24]. Pero ellas no son el camino del Señor. El camino del Señor es la justicia que después de nuestros preparativos produce el Señor, y él solo, una vez que está presente en nosotros.

Corolario

WA 234

Dios es mutable en grado sumo[25]. Esto se hace evidente por el hecho de que es justificado y juzgado. En el Salmo 18:26 leemos: "Con el electo serás electo y con el perverso serás pervertido"[26]. Pues así como cada persona es en sí misma, así se enfrenta Dios con ella. Si la persona es justa, él es justo; si es limpia, él es limpio; si es injusta, él es injusto, etc. Por esto parecerá también injusto a los que han sido sentenciados a condenación eterna, mas a los justos les parecerá justo y tal como él es en sí mismo. Pero esta mutación es sólo extrínseca, lo que se ve claramente por el mismo verbo "serás juzgado". Pues así como Dios es juzgado sólo desde fuera y por los hombres, así también es justificado sólo desde fuera. Por esto, la expresión "para que seas justificado" debe entenderse como algo que se dice de Dios desde fuera.

v.9. Hemos acusado.

De lo que fue dicho ya y se repetirá luego en el capítulo 9, se desprende que en verdad, los judíos tienen una ventaja. Sin embargo, esto no los hace mejores ante los ojos de Dios, sino que "están bajo el pecado" no menos que los gentiles. Así queda en claro que con su anterior afirmación de que "los gentiles hacen por naturaleza lo que es de la ley" (Ro. 2:14), el apóstol no tenía la intención de declararlos justos. A lo sumo les atribuye una justicia parcial, según la letra de la ley, pero de ninguna manera una justicia completa, que es sin límites, eterna y enteramente divina, una justicia que sólo nos es

[24] Comp. Is. 40:3; Mt. 3:3; Mr. 1:3; Lc. 3:4.

[25] En su Glosa a Ro. 1:23, Lutero afirma lo contrario: *Deus est immutabilis.* Esta paradoja es una reminiscencia de interpretaciones nominalistas como las de Gabriel Biel, *Sententiae,* I dist. 17, qu. 1, c. 2, art. 3, dub. 1, donde se dice que "una mutación en Dios es cosa imposible", y más adelante: "Dios es sin mutación real alguna, pero no sin mutación potencial alguna, al menos en otro".

[26] Sal. 17:27 en la Vulgata: *Cum electo electus eris, et cum perverso perverteris.* Vers. Reina-Valera (Sal. 18:26): "Limpio te mostrarás para con el limpio, y severo serás para con el perverso".

dada en Cristo. No es suficiente hacer exteriormente las obras requeridas por la ley; pero tampoco es suficiente hacerlas interiormente, a menos que haya ocurrido previamente la justificación que proviene de Cristo. Y si bien se nos dice que las obras de la ley hay que hacerlas a partir de nuestro hombre interior, ello no basta; porque según la afirmación de la Escritura (comp. Gn. 8:21), en nuestro corazón y nuestra mente siempre estamos inclinados hacia lo malo, y por lo tanto, nada dispuestos a cumplir la ley ni a hacer lo bueno. Por esto tampoco lo hacemos, como ya se expuso con toda la claridad necesaria.

v.9b. Que todos están bajo pecado.

Todo este pasaje debe entenderse como dicho en un sentido espiritual; es decir, no describe a los hombres como ellos se ven a sí mismos, ni como los ven sus semejantes, sino como los ve Dios. Y ante Dios, todos están bajo pecado, tanto los que son malhechores
WA manifiestos aun a juicio de los hombres, como también los que
235 ante sus propios ojos y ante los de los demás tienen apariencia de buenos.

La razón es la siguiente: los que son malhechores manifiestos, pecan con su hombre interior y con su hombre exterior; son personas que ni aun en su propio concepto tienen apariencia alguna de justicia. Pero los que ante sí mismos y ante los demás tienen una apariencia exterior de gente buena, pecan con su hombre interior. Pues si bien hacen obras que por fuera son buenas, las hacen por temor al castigo, o porque aspiran a recompensas, a renombre, o a alguna otra ventaja material, pero no espontánea y alegremente; y de esta manera, su hombre exterior se ejercita con gran empeño en hacer el bien, pero su hombre interior está repleto de concupiscencias y deseos que van en dirección contraria. Pues si esta persona pudiera actuar a su gusto impunemente, o si supiera que no la esperan recompensas ni una vida en paz, de seguro que optaría por abandonar el bien y hacer el mal como aquellos otros. ¿Cuál es entonces, ante Dios, la diferencia entre el que hace el mal, y el que quisiera hacerlo, aunque no lo hace, ya sea porque lo frena el temor, o porque lo tienta la perspectiva de lograr alguna ventaja material? Bien puede decirse que este "buen hombre" es el peor de todos si estima suficiente tal justicia exterior, y si se opone a los que enseñan una justicia interior, y si al objetársele su actitud, se defiende y no se da por aludido, aun cuando lo que se le objeta no es que no esté haciendo nada, sino que no lo está haciendo con un corazón sincero, y que tampoco corrige el rumbo de su voluntad que desea hacer lo contrario de lo que en la práctica está haciendo.

En estas condiciones, las obras buenas del hombre aquel son doblemente malas: primero porque no emanaron de una *voluntad* buena, lo que les da el carácter de malas; segundo, porque con una soberbia sin igual son declaradas buenas y defendidas como tales. Aquí caben las palabras de Jer. 2:13: "Dos males ya ha hecho mi pueblo etc." Por consiguiente: a menos que por la gracia de Dios (que él prometió y concede a los que creen en Cristo) aquella voluntad sea curada, de modo que encaremos las obras de la ley libre y gustosamente, con el único deseo de agradar a Dios y de hacer su voluntad, impulsados a la acción no por temor al castigo ni por amor propio – a menos que sea así, siempre estamos bajo pecado. Por eso está escrito:

v.10. No hay justo, ni aun uno.

¡Todo aquel que lea esto, cuídese, abra los ojos, y preste mucha, pero mucha atención! Pues un justo como lo busca aquí el apóstol, se encuentra sólo muy raras veces. Esto pasa porque muy raras veces nos examinamos a nosotros mismos tan a fondo como para que podamos detectar y reconocer esta debilidad, o mejor dicho, esta enfermedad mortal de nuestra voluntad. Y por eso raras veces nos humillamos a nosotros mismos, raras veces buscamos de un modo correcto la gracia de Dios: es que nos falta el entendimiento, como dice aquí (v. 11). Tan sutil es, en efecto, la enfermedad aquella, que ni aun los hombres de más elevada espiritualidad pueden captarla plenamente. Por eso, los que de veras son justos, gimen e imploran por la gracia de Dios, no sólo porque se dan cuenta de que tienen una voluntad mala y por lo tanto son pecadores ante Dios, sino también porque ven que jamás podrán entender en forma cabal cuán profunda y extremadamente mala es su voluntad, lo que los lleva a creer que siempre son pecadores, como si su voluntad mala fuese un abismo sin fondo. Y así se humillan, así lloran, así gimen, hasta que quedan completamente sanados, lo cual ocurre en el momento en que mueren. He aquí, pues, el motivo por qué siempre pecamos. "Todos ofendemos muchas veces" (Stg. 3:2); y "si decimos que no tenemos pecado, nos
engañamos a nosotros mismos" (1 Jn. 1:8). Pondré un ejemplo: Un WA
hombre hace lo bueno y evita lo malo impulsado por su voluntad; 236
¿lo impulsaría su voluntad de la misma manera a hacer lo bueno y evitar lo malo si no hubiera mandato ni prohibición? Creo que si hacemos un examen honesto de nuestro corazón, ninguno descubrirá allí dentro a un hombre tal, a no ser que sea un dechado de perfección. Antes bien, si tuviera plena libertad, dejaría de hacer mucho de lo que es bueno, y en cambio haría lo malo. Pero precisamente

esto es "estar en pecado" ante Dios, a quien debiéramos servir en forma espontánea, con esa voluntad que acabo de describir. Por esto dice la Escritura que "no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque" (Ecl. 7:20); y por esto, los justos nunca cesan de confesar sus pecados, como lo expresa también el Salmo 32:6: "Orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado". Hasta podría preguntarse: ¿quién sabe, o quién puede saber, por más que crea estar haciendo lo bueno y evitando lo malo con esa voluntad, si verdaderamente *es* así, siendo que sólo Dios podrá juzgarlo, y siendo además que nosotros somos incapaces de emitir a este respecto un juicio válido acerca de nosotros mismos, según las palabras del apóstol en 1 Co. 4:7: "¿Quién te distingue?" y "No juzguéis nada antes de tiempo" (1 Co. 4:5)? Hay, en efecto, personas que creen tener una voluntad tal; pero esto es una peligrosa presunción que engañó a muchos de la manera más astuta: en la firme confianza de ser ya poseedores de la gracia divina, no se molestan en escudriñar lo íntimo de su corazón, se vuelven cada día más tibios, y al fin literalmente mueren. Pues si se examinaran a sí mismos para ver si lo que los impulsa a hacer el bien o evitar el mal es el temor al castigo, o el afán de gloria, o la vergüenza, o el deseo de hacerle un favor a uno, o alguna otra inquietud de este tipo, sin duda descubrirían que lo que los impulsa es justamente lo que acaba de mencionarse, y no la voluntad de Dios solamente; o al menos descubrirían que en verdad no saben si actúan por puro amor a Dios. Y una vez hecho este descubrimiento, inevitable por cierto, y ante la triste realidad de que en nosotros no hay nada de bueno de que podamos jactarnos sino únicamente maldad, ya que por naturaleza somos malos, seguramente se llenarían de temor, se humillarían, buscarían constantemente la gracia de Dios con súplicas y gemido, y de esta manera crecerían de día en día. Pues cuando la Escritura nos manda tener esperanza, por cierto no nos lo manda en el sentido de que esperemos haber obrado como debiéramos; antes bien, lo que debemos esperar es que el misericordioso Señor, el único cuya mirada puede penetrar en el abismo de nuestra maldad (cuya superficie yace para nosotros en tinieblas), no nos cuente nuestra maldad por pecado, cuando se la confesamos. Así dice Job (9:21): "Aun cuando yo fuere íntegro, mi propia alma lo ignora", y "yo temía todas mis obras" (Job 9:28).[27] Es que Job no podía saber si había obrado con un corazón enteramente libre de segundas intenciones, o si no había buscado su propio provecho, siquiera con un deseo remotísimo. ¡Cuán presumida y cuán pecaminosa es por lo tanto aquella palabra de Séneca: "Aunque yo

[27] Así es como Lutero cita los dos pasajes de Job.

supiera que los hombres no se enterarían, y que los dioses me perdonarían: ni aun así quisiera cometer un pecado".[28] Presumida y pecaminosa, en primer lugar, porque ningún hombre es capaz de poseer por sí mismo una voluntad de esta índole, ya que siempre está inclinado hacia lo malo, hasta tal punto que sólo la gracia de Dios puede moverlo a hacer lo bueno. Por lo tanto, el que tiene una opinión tan buena de sí mismo, todavía no llegó a conocerse de verdad —si bien es cierto, y no tengo reparos en admitirlo, que con una mentalidad tal se pueden hacer o querer hacer, no digo todas las buenas obras requeridas, pero al menos una que otra; porque no estamos inclinados hacia lo malo en una forma tan completa como para que no quede en nosotros algún pequeño resto que tenga afección a lo bueno, como nos lo comprueba nuestra propia conciencia (lat. *synteresis*[29]). Y presumida y pecaminosa, en segundo lugar, porque si bien Séneca afirma que él no quisiera cometer pecado aun sabiendo que los hombres no se enterarían y los dioses le perdonarían— ¿se atreverá también a afirmar que su voluntad es hacer lo bueno, aunque supiera que su actuar no despierta interés alguno ni en los dioses ni en los hombres? Si se atreve a afirmarlo, su presunción no ha cambiado en nada, porque de todos modos no escaparía al afán de gloria y a la jactancia, al menos en sus propios pensamientos, que serían pensamientos de complacencia consigo mismo. Pues el hombre no puede apetecer sino lo que es suyo; sólo puede amarse a sí mismo sobre todas las cosas. En esto radican todos sus defectos. De ahí resulta que aun con sus obras buenas y virtuosas, tales hombres se buscan a sí mismos, es decir, buscan cómo poder admirar y aplaudir a su propia persona.[30] *No hay justo, ni aun uno* (3:10), porque nadie tiene dentro de sí mismo el impulso de cumplir la ley de Dios, todos se oponen a la voluntad divina, por lo menos en su corazón, pero *justo* es sólo aquel "cuya delicia está en la ley del Señor" (Sal. 1:2). Igualmente:

WA 237

v.11. No hay quien entienda,

porque la sabiduría de Dios es una sabiduría oculta (1 Co. 2:7), desconocida para este mundo. "El Verbo fue hecho carne" (Jn. 1:14), y la Sabiduría fue hecha carne, y con esto quedó ocultada, accesible sólo para el correcto entendimiento, así como también a Cristo

[28] No es posible localizar un dicho tal en las obras de Séneca.
[29] Véase pág. 49, Nota 43.
[30] Con esto queda descrito lo que para Lutero es la esencia de la *concupiscentia:* es ante todo, egoísmo y egolatría, con clara connotación religiosa; para Agustín en cambio es más bien un sinónimo de apetito sexual.

lo podemos conocer sólo a través de la revelación. Por consiguiente, aquellos cuyo saber se extiende —y se limita— sólo a las cosas visibles (y a esta categoría de hombres pertenecen todos los que viven sin fe, y sin un conocimiento de Dios y de la vida que habrá de venir) no entienden, no saben; es decir, carecen del verdadero entendimiento, de la verdadera sabiduría, son ignorantes y ciegos. Y aunque se creyeran muy sabios, sin embargo se hicieron necios (Ro. 1:22). Pues la sabiduría que ellos poseen no es la producida por la "sabiduría de Dios que habita en lo oculto", sino una sabiduría que puede ser alcanzada también con medios humanos.

v.11b. No hay quien busque a Dios.

Esto vale tanto para los que manifiestamente no buscan a Dios, como también para los que lo buscan, o mejor dicho que creen que lo están buscando. Pues el hecho es que no lo buscan del modo
WA como Dios quiere ser buscado y hallado, o sea, mediante la fe,
238 humildemente, y no por medio de la propia sabiduría, presuntuosamente.

Corolario

Así como la declaración "No hay justo, ni aun uno" ha de aplicarse a esas dos clases de hombres: a los que se apartaron del camino por el lado izquierdo, y a los que se apartaron por el lado derecho, así hemos de hacerlo también con las otras dos afirmaciones del apóstol: "No hay quien entienda"; "No hay quien busque a Dios": Se aplican a los que se apartaron por el lado izquierdo, pues éstos no son justos, no entienden, no buscan a Dios, por falta de interés y empeño; y se aplican a los que se apartaron por el lado derecho, pues éstos se exceden en su interés y empeño: son demasiado justos, demasiado entendidos, demasiado buscadores de Dios, y por eso no hay quien pueda hacerlos cambiar de opinión y corregirlos, como dice también un poeta cómico: "¿No es que llegan con su afán de entendimiento a un punto tal que ya no entienden nada?"[31] Del mismo poeta es este otro dicho: "La máxima justicia es a menuda la máxima necedad",[32] y más que

[31] Terencio, *Andria* 17.
[32] Terencio, *Heauton timorumenos,* 796: *ius summum saepe summa malitia est.* En *De officiis,* I, 10, 33, Cicerón cita una variante que se ha hecho proverbial: *summum ius, summa iniuria* —"Exceso de justicia, exceso de injusticia".

necedad: la máxima injusticia, si uno se aferra obstinadamente a su opinión y no cede un paso a quienes sostienen algo diferente. De ahí viene también el dicho popular: *Weiss Leut narrn groblich* — "cuanto más sabios los hombres, tanto más crasos sus desvaríos".

El apóstol dice en primer lugar "No hay quien entienda", y luego "No hay quien busque a Dios", porque el buscar y actuar presupone necesariamente el entender. El "buscar" requiere dedicación y acción; pero éstas no se producen sin previo entendimiento. Por esto, los impíos de la izquierda carecen de entendimiento porque en su vana concupiscencia se dejan obcecar por cosas visibles. Los impíos de la derecha a su vez carecen de entendimiento porque su mente está como trabada por la sobreestimación de su propia sabiduría y justicia, con lo que ellos mismos se obstruyen el camino de acceso a la luz divina.

De lo dicho en cuanto a estos dos tipos de impíos se desprende, por lo tanto, que el hombre es llamado propiamente un hombre "justo" si es entendido, y si busca a Dios guiándose por este entendimiento que acabamos de describir. De otra manera, un entendimiento sin búsqueda de Dios es un entendimiento muerto, así como la fe sin obras es una fe muerta[33] que no vivifica ni justifica. Y por el contrario, un hombre es impío si no tiene entendimiento ni busca a Dios. Por esto es que el apóstol puso al frente la declaración: "No hay justo"; y como para explicar lo que implica "no ser justo" dice: no tiene entendimiento ni busca a Dios.

Corolario

El entendimiento de que habla aquí el salmista es la fe misma,
o el conocimiento de cosas que no se pueden percibir con la vista WA
sino sólo con la fe. Por eso es un conocimiento en lo oculto, porque 239
tiene que ver con cosas que el hombre no puede conocer por sus propios medios, como leemos en Jn. 6:14, donde Cristo dice: "Nadie viene al Padre, sino por mí", y en Jn. 6:44: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre no le trajere". Y a Pedro le dice: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mt. 16:17). ¿Cómo, pues, habrían de conocer estas cosas los impíos de la izquierda y los sensualistas, que sólo asignan valor a lo visible? ¿Y cómo habrían de conocerlas los impíos de la derecha, que toman en cuenta y ponderan sólo su propia opinión? Ambos se cierran el camino arrojando en él obstáculos sacados quién sabe de dónde, de modo que no pueden llegar a la luz de este conocimiento.

33. Comp. Stg. 2:17.

El anhelo empero que el hombre tiene de Dios, o su búsqueda de Dios: ¿qué otra cosa es sino el mismo amor que Dios tiene a los hombres, que hace que nosotros anhelemos y amemos lo que el entendimiento nos dio a conocer? Pues aunque lo entendamos y creamos: sin la gracia de Dios, el hombre no es capaz de practicar con gusto lo que ha llegado a creer y entender. Por esto, el apóstol dice muy acertadamente: "No hay quien busque a Dios". En efecto: la vida en esta tierra la pasamos no como quienes ya poseen a Dios, sino como quienes lo buscan. Siempre hay que buscarlo y preguntar por él, quiere decir, buscarlo una y otra vez, siempre de nuevo, como dice en el Salmo 105:4: "Buscad siempre su rostro", y en el Salmo 122:4: "Y allá subieron las tribus etc." Así avanzamos de poder en poder, de claridad en claridad, hacia una misma conformación final. Pues no el que hace un comienzo y se pone a buscar, sino "el que persevera" y sigue buscando "hasta el fin, éste será salvo" (Mt. 10:22), sí, éste: el que comienza y busca siempre de nuevo, y siempre de nuevo vuelve a buscar lo buscado. Es así: el que no avanza en el camino de Dios, retrocede. El que no busca, pierde lo ya buscado, porque en el camino de Dios no cabe el quedarse parado.[34] Y como dice San Bernardo: "En cuanto comenzamos a no querer ser mejores, dejamos de ser buenos".[35]

Corolario

Aquellas palabras del Salmo bien pueden aplicarse a los impíos de la izquierda; pero no hay dudas de que hablan ante todo de los impíos de la derecha. La primera clase raras veces yerra tan profun-
WA damente como para que "digan en su corazón: No hay Dios
240 (Sal. 14:1)". Tienen conocimiento de Dios y de lo que Dios manda. Pero con su misma manera de vivir expresan a las claras su convicción de que "no hay Dios". No es verídico lo que dicen las Escrituras; luego no hay verdad, ni tampoco hay Dios. Los de la segunda clase en cambio lo dicen tanto con sus obras como con la boca, pero más que nada lo dicen también con el corazón. Pues en realidad, no conocen a Dios como él es en verdad, sino que se lo modelan al gusto de ellos. Por esto tampoco prestan atención a lo que Dios dice ni tienen conocimiento de ello, sino que creen y afirman que ellos son los poseedores de la palabras de Dios, así que a quienes

[34] Comentando el Salmo119:88, (W IV, 350, 15) Lutero decía: "Avanzar no es otra cosa que comenzar siempre de nuevo. Y comenzar sin avanzar es retroceder".

[35] Bernardo de Claraval, *Epistula* XCI, Patrol. Ser. Lat. CLXXXII, 224.

hay que escuchar es a ellos. Por lo tanto, estos hombres yerran con el corazón; y si oyen la voz de Dios, endurecen su corazón, como si no fuese la voz de Dios, y como si no fuese Dios el que está hablando. Y esto lo hacen porque la voz de Dios dice cosas que son contrarias a la opinión de ellos (opinión que parece tan justa, tan sabia, tan completamente llena de Dios), y así, por su mismo celo de Dios, su amor a la verdad y su excesivo conocimiento de Dios, llegan a decir: "No hay Dios". Creyendo poseer la verdad, la niegan, y afirmando ser sabios, se hicieron necios.

Todo esto ocurre, en el plano moral, con todos los hombres orgullosos y convencidos de su propio saber, sobre todo en cuestiones que atañen a Dios y a la salud del alma. Pues aquí habla Dios, pero habla de una manera tal que ni la persona ni el lugar ni el tiempo ni la palabra les da a aquella gente engreída la impresión de que realmente es Dios el que habla a través de esta persona y en estas circunstancias. Y así resulta que tanto los incrédulos como los ignorantes se apartan de la palabra de Dios o se oponen a ella, y dicen, al menos en su corazón: "Aquí no hay Dios etc.". Pues sólo el humilde acepta la palabra de Dios.

v.12. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles.

Estos "todos" son los hijos de los hombres que todavía no son hijos de Dios por medio de la fe y nacidos "de agua y del Espíritu Santo" (Jn. 3:5). De éstos, algunos se desvían a la izquierda: son los esclavos del dinero, de los honores, de los placeres, de los poderes de este mundo. Otros en cambio se desvían a la derecha; éstos corren tras su propia justicia, virtud y sabiduría, sin interesarse para nada en la justicia de Dios y la obediencia a Dios, y en su altivez espiritual combaten la verdad de Dios por considerarla demasiado humilde. Por esto se nos advierte en Proverbios 4:27: "No te desvíes a la derecha ni a la izquierda", a saber, del camino que está a la derecha; porque a esto sigue: "Porque el Señor conoce los caminos a la derecha; pero los que están a la izquierda son caminos del error".[36] Pues "desviarse hacia la derecha del camino que tienes a tu derecha" significa creerse demasiado sabio y observar un comportamiento demasiado perfecto, etc.

El término "a una" se lo toma aquí en sentido colectivo, como diciendo: todos se hicieron inútiles, son todos hombres vanos que WA 241

[36] Esta frase no se halla en el texto hebreo. Lutero estará pensando, en analogía con la parábola del camino ancho y del camino angosto, en un camino a la derecha y uno a la izquierda. El camino a la izquierda queda descartado ya de antemano como camino errado. Importa, pues, no desviarse del camino a la derecha, ni en una dirección ni en otra.

corren tras vanidades. Muy merecidamente, los que sólo buscan cosas inútiles, se hacen inútiles ellos mismos; y se hacen vanos porque pierden su tiempo en vanidades. Así como llaman "ricos" a ciertas personas por las riquezas que poseen, así se llama "inútiles" a esa gente por las cosas inútiles de que están poseídas. ¿No es así que las cosas que amamos, nos imprimen su sello? "Si amas a Dios, eres Dios; si amas la tierra, eres tierra", dice San Agustín.[37] Pues el amor es un poder unificador, que hace del que ama y del objeto amado una sola cosa.[38] Se los puede llamar "inútiles" también en otro sentido: porque son inútiles para Dios y para sí mismos. Pero mejor me parece el primer sentido; porque lo que el apóstol quiere demostrar es que el "hacerse inútiles" es la consecuencia de que estos hombres se desviaron de la verdad y justicia de Dios siguiendo sus propios caminos.

Pero también se pueden entender estas tres expresiones como una especie de repetición para lograr un mayor énfasis: "No hay justo, ni aun uno" sería entonces lo mismo que "Todos se desviaron"; y a su vez, "No hay quien entienda" tendría su equivalente en "A una se hicieron inútiles"; y finalmente, "No hay quien busque a Dios" sería sinónimo de *No hay quien haga lo bueno* (3:12).

De esta manera, "desviarse" viene a ser lo mismo que "tornarse injusto", y "hacerse inútil" es otra manera de decir "perder la capacidad intelectual para entender la verdad, y ponerse a pensar en vanidades". De ahí que en muchos pasajes se califique de "vanidad" el pensamiento de aquellas personas. Y si además se dice que "no hacen lo bueno", se recalca con ello que "no buscan a Dios". Pues aunque en apariencia practiquen el bien, no lo hacen de corazón, ni tampoco para buscar de esta manera a Dios; sino antes bien para buscar su propia gloria y beneficio, o al menos la liberación del castigo. Y así es que realmente no *hacen* el bien sino que (valga la expresión) *se los hace hacer* el bien, quiere decir: el temor al castigo y el amor a la recompensa los impulsa a hacer el bien que por libre decisión no harían. Pero los que buscan a Dios hacen lo bueno espontánea y gozosamente, sólo por amor a Dios, y no para posesionarse de algún bien terrenal, ya sea espiritual o material. Mas esto no es obra de la naturaleza humana, sino de la gracia divina.

[37] S. Agustín escribe: "Cada uno es tal cual es el objeto que ama. ¿Amas la tierra? Tierra serás. ¿Amas a Dios? ¿Qué diré: serás Dios? No me atrevo a decirlo yo mismo; oigamos las Escrituras: 'Yo dije: vosotros sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo' (Sal. 82:6). Entonces, si queréis ser dioses e hijos del Altísimo, 'no améis al mundo'". *Tract. 2 in ep. ad Joannem*, Patrol. Ser. Lat. XXXV, 1997.

[38] Evidente referencia a palabras de Tomás de Aquino a Dionisio Areopagita, *Divina nomina*, c.4: Entendemos por *amor* un cierto poder unificador...

v.13. Sepulcro abierto es su garganta. WA 242

En las tres frases que componen el versículo 13, el apóstol muestra cómo los impíos practican el mal para con los demás; porque en lo que precede había descrito cómo su maldad y su impiedad se manifiestan en ellos mismos: su impiedad al desviarse de Dios, y su maldad al atraer también a otros hacia sí, desviándolos de Dios y convirtiéndolos en renegados como lo son ellos mismos.

Lo dicho en este versículo se aplica en primer término a los que prestan oídos a aquellos impíos, y los imitan. Estos (los impíos) se ensañan en ellos de tres maneras distintas:

Primero, devoran a los muertos. De ahí la afirmación: "Sepulcro abierto es su garganta". Tal como el sepulcro es el lugar donde van a parar los definitivamente muertos, para quienes no hay esperanza de que se levanten, como la hay para los que yacen en el sueño, por lo cual dice también el Salmo 88:5: "Los que yacen en el sepulcro, de quienes no te acuerdas ya, y que fueron arrebatados de tu mano": así la enseñanza de los impíos y su boca o garganta (es decir, la palabra que sale de su boca y garganta) tiene por único objeto "tragar muertos", personas que en su alejamiento de Dios han muerto en cuanto a la fe; y tan completamente las traga que ya no queda esperanza alguna de que retornen de la muerte de su impiedad, a no ser que puedan ser llamados a retornar mediante una singularísima manifestación del poder de Dios antes de que desciendan al infierno, como lo prefiguró el Señor con el caso de Lázaro, muerto ya hacía cuatro días. "Sepulcro *abierto*", dice el texto, porque muchos son los así devorados y seducidos. "Su palabra carcome como gangrena" (2 Ti. 2:17); o como dice en otro pasaje: "¿No tienen discernimiento todos los que hacen iniquidad, que devoran a mi pueblo como si comiesen pan?" (Sal. 14:4), o sea: así como a nadie le fastidia comer pan, a pesar de que lo comen en mayor cantidad y con mayor frecuencia que cualquier otro alimento, así aquéllos devoran a sus muertos y discípulos sin hartarse jamás; porque "la matriz estéril (léase: la doctrina infernal) nunca se sacia" (Pr. 30:15, 16). Hasta puede decirse: como el pan entra en el que lo come, así aquellos devorados y seducidos entran en la impiedad de sus maestros. El ejemplo que aquí se emplea, incluso sirve para hacer resaltar una diferencia: Los impíos aquellos devoran también a los justos, pero no como un pedazo de pan, porque no los asimilan como se asimila el pan, sino que los tragan vivos y crudos y por esto tampoco logran transformarlos; antes bien, o

---

Pues el amor es una unión conforme a la cual el que ama y el objeto amado convienen en algo así como una sola cosa". (WA LVI, 241, nota 5).

perecen ellos mismos, o son devueltos al buen camino por los justos a quienes tragaron.

Por esto, la herejía o enseñanza reñida con la fe no es otra cosa que una especie de plaga y enfermedad que contagia y mata a multitud de personas, tal como sucede con una enfermedad física.

"Garganta" dice el Salmo, y no simplemente "boca", para recalcar así la eficacia y la fuerza persuasiva de los maestros impíos. Ejercen un poder formidable, y devoran a sus víctimas a la manera como queda devorado algo que ya está en la garganta; pues mientras
WA esté aún en la boca, todavía puede ser vomitado o escupido al exte-
243 rior. Eficaz empero es su enseñanza, porque habla de cosas que suenan dulce y agradablemente en los oídos. En esto piensa el apóstol al decir: "Teniendo comezón de oir, se amontonarán maestros, etc." (2 Ti. 4:3). Otra razón para dar preferencia al término "garganta" es: la garganta no tiene dientes como los tiene la boca: la boca muerde con sus dientes, la garganta en cambio devora sin morder, sin dificultad.

A esto se agrega otro factor más: Por cuanto este tipo de maestros no muerden, tampoco rumian ni trituran; es decir: no reconvienen a sus discípulos, no les bajan los humos, no los guían al arrepentimiento, no destruyen y quebrantan su altivez, sino que los tragan así como son, con toda su impiedad "intacta". Cúmplese en ellos lo dicho en Lam. 2:14: "Tus profetas no descubrieron tus pecados para llamarte al arrepentimiento". Pues reconvenir y castigar al pecador con palabras, éste es el sentido del "molerlo con los dientes" hasta que quede pequeñito y blandito (es decir, humilde y manso). En cambio, hablarle con palabras suaves, restar importancia a sus pecados o perdonárselos sin mucho trámite, esto es lo que se quiere decir con "devorarlos con la garganta", o sea: dejarlos enteros, grandes y duros, en otras palabras: orgullosos, reacios al arrepentimiento e inaccesibles para la reprensión. Este estado de cosas es el que refleja el Cantar de los Cantares cuando dice con respecto a la novia que ésta "tiene dientes como manada de ovejas trasquiladas" (Cnt. 4:2), es decir, que tiene palabras de reprensión tomadas de las Escrituras pero sin el deseo manifiesto de castigar. Por esto el apóstol agrega a la expresión "Sepulcro abierto es su garganta" también aquellas otras dos frases, para poner en claro qué quería decir con ello, o cómo se produce ese "devorar".

Segundo: enseñan *en forma engañosa*. Es por esto que su garganta es un sepulcro abierto, y que devoran a muchos: porque enseñan en forma engañosa. Mas que devoren, y que su garganta sea un sepulcro, es porque disimuladamente inyecta veneno. Así que: con el *veneno* convierten a la gente en *muertos;* con la *garganta* matan a *muchos.* Pues la palabra lisonjera y la persuasión insidiosa seduce y atrae a muchos, el veneno empero mata a los así atraídos.

En verdad, una elección sumamente cuidadosa y acertada de las palabras: "sepulcro" (a causa de los muertos), "abierto" (por la gran cantidad de los muertos), "es su garganta" (porque matan de una manera disimulada y artera). Así, cada término nos remite al que le precede. Y a esto se agrega: *Con sus lenguas* actuaban en forma engañosa[39]: "actuar con la lengua" significa enseñar, amonestar, exhortar, y en general, valerse de este instrumento en la comunicación con los demás. Y "actuar con ella *en forma engañosa*" a su vez es presentar una enseñanza deliberadamente acomodada al gusto del oyente, y presentarla como si fuera santa, saludable y de origen divino, de modo que los hombres, así engañados, creen estar oyendo a Dios, ya que lo que se les dice les parece bueno y en total armonía con la verdad divina. A esa elaboración tan bien calculada con que tales enseñanzas engañosas impresionan a la masa de los oyentes se alude, y con muy buen tino, con la expresión "con sus lenguas", como con la anterior "con su garganta". Pues la lengua es un órgano muy blando, sin huesos, lame suavemente. Así, toda palabra de aquellos maestros lleva en sí la intención de acariciar el corazón de quienes se complacen en su propia sabiduría y justicia en palabras y obras, como dice en Is. 30:10: "Decidnos cosas halagüeñas; no nos hagáis ver lo recto", o sea: no nos digáis cosas con- WA
trarias a lo que nosotros opinamos. De este modo, la palabra de la 244
cruz que debía herir a muerte a esa opinión propia y despedazarla como con dientes filosos — esta palabra de la cruz sólo les produce repugnancia; lo único que quieren oír son lisonjas acerca de su aguda inteligencia. ¡Oh terrible palabra! El engaño congrega multitudes, mas el veneno mata a los así congregados. Bien se dice pues que su garganta es un vasto sepulcro abierto de par en par.

Tercero: a los así instruidos en forma engañosa, los matan, porque *veneno de áspides hay debajo de sus labios.* Precisamente esta enseñanza tan suave, tan agradable es la que no sólo no da vida a los que la creen, sino que incluso les produce la muerte, y una muerte irreparable, porque contra el veneno de áspides no hay remedio. Pues el áspid es una especie de víbora africana cuya picadura, según Aristóteles, es incurable[40]. Igualmente incurable es un pueblo renegado y herético: no hay forma de corregirlo. Pero estos desdichados ni siquiera ven ese veneno, esa muerte de su alma. De ahí la expresión "debajo de sus labios", quiere decir, a escondidas, los acecha la muerte, en las mismas palabras de su enseñanza que por fuera parece una enseñanza llena de vida y de verdad. Siendo pues el veneno de áspides un veneno que inevitable-

[39] Ro. 3:12c en la Vulgata: *Linguis suis dolose agebant.*
[40] Aristóteles, *Historia animalium* VIII, 29.

mente acaba con la vida, el apóstol habla con toda razón de un "sepulcro": la seductora apariencia de verdad y justicia es la causa por qué aquella enseñanza es un sepulcro abierto y un veneno incurable que no da ningún margen para la esperanza. En efecto, ¿quién no amaría la verdad y la justicia? Por esto los hombres adhieren a ella con tenacidad si tiene una apariencia atrayente, y le dan las espaldas si tiene un aspecto repugnante — y siempre tiene un aspecto repugnante. El mejor ejemplo lo tenemos en Cristo en quien "no hubo parecer ni hermosura" (Is. 53:2). Esta es la suerte que corre toda verdad que está en desacuerdo con nuestra propia opinión.

v.14. Su boca está llena de maldición.

¿Ves? Ahora que les toca el turno a los que no los imitan —ahora tienen "boca". Ya no se habla de "garganta" ni de "lengua", sino de "boca" llena de dientes, como se desprende de lo que sigue. Así que:

En segundo término[41]: ¿qué actitud adoptan ante los que no siguen en sus pisadas, sino antes bien les oponen resistencia y les ofrecen enseñanza sana y correcta para apartarlos de la muerte que los espera? ¡Fíjate en cómo se lo retribuyen! También en ellos se ensañan de tres maneras distintas:

Primero: Tienen la boca llena de maldición. Palabras muy acertadas para expresar el hecho de que su maldecir no pasa a aquellos a quienes maldicen, sino que permanece con ellos mismos. Los únicos
WA perjudicados son ellos mismos, de acuerdo con un dicho que se
245 refiere a Cristo[42]: "Maldito el que te maldijere" (Gn. 27:29), y aquel otro pasaje: "Dios quebrará sus dientes en sus bocas" (Sal. 58:6). No los quebrará en la herida o en el cuerpo de otros; pues hará que muerdan de una manera tal que de todos modos no lograrán causar daño a nadie; por lo tanto los quebrará en la propia boca de ellos. Esto sí: dientes y maldiciones no les faltan, pero los tienen sólo en su propia boca, descrita por eso como "boca llena". Ese "maldecir" es atacar al prójimo públicamente con insultos, imprecaciones y blasfemias, y desearle una desgracia. Esto empero lo hacen todos los que tienen la sensación de que alguien está impugnando la opinión que ellos establecieron (porque la consideran justa y correcta), y lo hacen como quienes están dispuestos a salir en defensa de la verdad y de prestar un servicio a Dios (comp.

[41] Véase pág. 131, segundo párrafo.

[42] Para Lutero, pasajes como Gn. 27:29; Sal. 37:22 y Sal. 5:6 se aplican en última instancia a Cristo mismo. Véase WA III, 207, 9 y nota 3.

Jn. 16:2) con sorprendente celo, que sin embargo no es un celo "conforme a ciencia" (Ro. 10:2). Y no son ni lerdos ni perezosos en su actuar, sino que como dije, despliegan un gran celo; de ahí las palabras del texto: "tienen la boca llena", sobreabundan en maldiciones.

Segundo: su boca *está llena de amargura* (3:14), quiere decir, llena de calumnias dictadas por la más abyecta envidia. La envidia es, en efecto, un corazón lleno de amargura, así como, por el otro lado, el amor es un corazón lleno de dulzura. En consecuencia, los orgullosos e impíos no sólo profieren maldiciones contra los justos, sino que los calumnian también entre ellos y ante otros con las palabras más hirientes. Mas también esta envidia permanece en la propia boca de ellos sin causar daño alguno a quienes son objeto de la misma. Por esto se dice que su boca está llena, sí, pero a los que están fuera, esto no los amarga ni los convierte en malos.

Tercero: *Sus pies se apresuran*. Otra de estas expresiones tan gráficas. Con sus manos no siempre logran llevar a cabo sus propósitos; no obstante, no cesan en sus esfuerzos por lograrlos. En viendo, pues, que no pueden silenciar a los mensajeros de la verdad ni con insultos ni con calumnias, al fin tratan de deshacerse de ellos por la fuerza, y de matarlos, para que sus propias ideas no sean echadas por tierra. Este es el método que los judíos (destinatarios originales de los pasajes citados por Pablo) practicaron con una pertinacia poco común, como lo vemos en los Hechos de los Apóstoles. Pero también en nuestros días, todo enemigo de la verdad procede en forma similar para defender e imponer su propio criterio, porque él, claro está, actúa impulsado por "intenciones sanas" y "por amor a Dios".

v.16. Quebranto.

Con esto el apóstol describe la suerte que corren los "maestros" aquí mencionados. Lo primero que sufren es quebranto: son despedazados, reducidos a menos y humillados, en cuerpo y alma, como lo evidencia el caso de los judíos. Son "como el polvo que el viento se lleva" (comp. Sal. 1:4), porque en el polvo yacen ahora los que eran grandes y poderosos; incesantemente, hasta el día de hoy, son pisoteados y "hollados como lodo de las calles" (Mi. 7:10). Pero la miseria de este quebranto físico que sufren ante la vista de los hombres, es igualada y aun superada en mucho por la miseria del quebranto espiritual que sufren por parte de los demonios que los WA
someten a atropellos de toda clase y "no dejan en ellos piedra sobre 246
piedra" (Mt. 24:2). Y no es sólo esto, sino que en aquellos caminos suyos son reducidos siempre a menos, se tornan siempre peores y

más duros en tanto que transitan por ellos, mientras que por el contrario, los que andan por los caminos de Cristo crecen y se fortalecen sin cesar. Así que: robustecimiento e incremento en los unos, quebranto y descenso en los otros. Lo segundo es *desventura*, desgracia, de modo que así como Cristo prospera en todo cuanto hace, ellos fracasan con todo cuanto emprenden. También esto se puede observar patentemente en los judíos: Si bien en ciertos aspectos alcanzan gran prosperidad a causa de su perfidia, en muchos otros aspectos son oprimidos por mil contrariedades.

v.17. No conocieron camino de paz.

¿Por qué no lo conocieron? Porque es un camino recóndito, ya que la "paz" de que se habla aquí es la paz espiritual, y ésta yace oculta bajo un cúmulo de tribulaciones. ¿Quién, en efecto, puede pensar en un "camino de paz" al ver que los cristianos son víctima de vejaciones que afectan su propiedad, su buen nombre, su honor, su bienestar físico, y que lo que poseen en esta vida, es todo menos paz, sino dolores y sufrimientos? (Aquellos otros empero van en busca de una paz carnal mediante sus propias obras llamadas justas, y así pierden ambas, la paz espiritual y la carnal). Mas bajo estas vejaciones está oculta la paz que sólo conoce el que cree, y el que la experimentó; pero aquéllos no querían creer, y se mostraron muy poco dispuestos a experimentarla. Y esto fue su ruina; porque "mucha paz tienen" solamente los que "aman tu ley; para ellos (para los que aman tu ley) no hay tropiezo" (Sal. 119:165). ¿Qué significa esto sino que para los que odian la ley sí hay tropiezo? ¿Y cuál es el por qué de todos los males antedichos? Nada más que el orgullo que aniquila en los hombres la capacidad receptiva. Pues el temor de Dios lo torna humilde a uno mismo y a todo lo demás, y la humildad a su vez lo hace a uno capaz de recibirlo todo. Por eso aquéllos no reciben ni captan nada porque son orgullosos — y lo son porque les falta el temor de Dios. ¿Y por qué no temen a Dios? Porque son lo suficientemente presumidos como para creer que Dios aprobará sus ideas y sus obras. Tal es al menos el concepto que tienen de la justicia y rectitud; no se dan cuenta de que Dios, al entrar en juicio con nosotros, no hallará nada que sea justo, nada que sea limpio. Pues el juicio de Dios es de una exactitud que no conoce límites. No hay nada hilado tan finamente que ante los ojos de Dios no aparezca como burdo, nada tan justo y veraz que no aparezca como injusticia y mentira; nada tan puro y santo que no aparezca como mancillado y profano ante Dios. O en caso de que se den cuenta de ello, se imaginan que seguramente habrá "acepción de personas para con Dios" (Ro. 2:11), de

modo que Dios se abstendrá de juzgar y condenar lo que ellos consideran sus acciones justas y sus palabras veraces, o sea, que por un favor especial consentirá en aceptar como pureza sus impurezas. Por eso digo: si temieran a Dios, sabrían que lo único que no puede WA
ser juzgado por Dios es Cristo y su justicia y verdad, porque todo 247
esto es sin límite. Pero ¡loado sea Dios y alabado por todos los siglos por habernos dado todo esto en Cristo y con Cristo, para que por medio de él fuésemos justos y veraces y podamos escapar el juicio! Mas si miramos a lo nuestro, siempre tenemos que sentir temor ante el justo Dios –así como nunca podemos saber a ciencia cierta cuándo lo hecho por nosotros es realmente "lo nuestro".

Sin embargo, también aquellos maestros viven en la creencia de poseer *temor de Dios* (v. 18), y de poseerlo en el más alto grado. Pues ¿qué virtud hay que esta gente orgullosa no se arrogue? De ahí resulta que así como se tienen por hombres justos y buscadores de Dios, así se atribuyen también temor de Dios y todo aquello que el apóstol dice que *no* poseen; y en cambio afirman en su vana presunción que están muy, pero muy lejos de poseer cosa alguna de las que el apóstol les atribuye. Por esto, a menos que se crea firmemente que las palabras dichas por el Espíritu en este Salmo (14:3) son la verdad, y que realmente no hay ningún justo delante de Dios, nadie lo admitirá de suyo mientras esté convencido aún de ser una persona justa. Esto demuestra cuán necesario es que seamos conscientes siempre de que todo cuanto aquí se dice con respecto a nosotros es cierto, y que incluso el veredicto de "ser injusto y sin temor de Dios" vale para cada uno, a fin de que, humillados por la confesión de que ante Dios somos impíos e ignorantes, seamos considerados dignos de ser justificados por él[43].

v.19.(Y todo el mundo quede) sujeto a Dios.

El término *sujeto*[44] significa en este contexto lo mismo que "expuesto a, deudor, endeudado, reo". Lo que el apóstol quiere decirnos es, como se hizo ver en la glosa, lo siguiente: el propósito de la ley al afirmar que todos son injustos es lograr que a raíz de

[43] Comp. lo dicho en los Corolarios agregados a la exposición de Ro. 4:7 en pág. 167 ss. Respecto de la frase "sean considerados dignos de ser justificados" comp. el pasaje del Misal de los Agustinos Ermitaños: *ut per eiusdem salutifere resurrectionis potentiam ad eternam mereamur pervenire leticiam* "Para que por el poder de su salutífera resurrección seamos considerados dignos de entrar en el gozo eterno"; además, en la Missa pro defunctis: *ut transire mereantur ad vitam* "que sean considerados dignos del tránsito a la vida". (WA LVI, 247, 16, nota).

[44] Vulgata: *Subditus fiat omnis mundus Deo,* Ro. 3:19b.

esta afirmación, todos se den cuenta cabal de su injusticia, dejen de considerarse justos y de jactarse de serlo, desistan también de hablar de su propia justicia, y queden sujetos a la justicia de Dios. Así leemos en el Salmo 37:7: "Estate sujeto al Señor y eleva a él tu oración", o conforme al texto hebreo "Guarda silencio ante el Señor etc."; y en Is. 41:1: "Guarden silencio ante mí las islas, y cambien los pueblos su fortaleza", quiere decir: cállense, tápense la boca, no sigan jactándose ante mí de su justicia. Sal. 65:1: "Corresponde cantarte un himno, oh Dios, en Sion", en el original hebreo: "El silencio sea para ti alabanza, oh Dios, en Sion", esto es, nuestro deber para contigo es que guardemos silencio acerca de nuestra
WA justicia. En esto mismo consiste la alabanza de tu justicia. Puede
248 agregarse también, como sobreentendida, la conjunción "y", con lo que tendríamos: "Sea para ti silencio y alabanza, oh Dios etc.". Sin embargo, el sentido resalta con mayor claridad si omitimos la conjunción: justamente esto es glorificar y alabar a Dios, si imponemos silencio a nuestro deseo de alabarnos a nosotros mismos, y de "ser algo".

Podría preguntarse: ¿cómo es posible que se produzca una justificación sin que medien obras de la ley, y cómo puede ser que *por las obras de la ley* (3:20) no resulte ninguna justificación, si Santiago dice con claras palabras (2:26): "La fe sin obras está muerta" y "el hombre es justificado por las obras", aduciendo como pruebas el ejemplo de Abraham y Rahab (3:23-25)? ¿Y no habla Pablo mismo en Gá. 5:6 de "la fe que obra por el amor", recalcando además en Ro. 2:13 que "los hacedores de la ley son justos ante Dios"? La respuesta es: el apóstol hace aquí una distinción entre ley y fe, entre letra y gracia, y así también entre las obras que son fruto de la una y la otra. "Obras de la ley" son para él las que se hacen fuera del ámbito de la fe y de la gracia y que han sido motivadas por la ley que crea una obligación mediante el temor que infunde, o que estimula mediante los bienes temporales que promete. "Obras de la fe" en cambio llama él a las que son hechas en un espíritu de libertad y cuyo único móvil es el amor a Dios. Obras de esta índole pueden ser hechas sólo por quienes ya han sido justificados por fe. A esta justificación empero las obras de la ley no aportan absolutamente nada, más aún: constituyen un serio impedimento para ella, ya que no permiten que el hombre se vea a sí mismo como un ser que carece de justicia propia y que necesita de la justificación por parte de Dios.

Vaya un ejemplo al caso: si un laico oficia todas las funciones públicas de un sacerdote: si celebra misa, confirma, absuelve, administra los sacramentos, bendice altares, templos, vestimentas y enseres para uso litúrgico etc., estas funciones son en todos sus aspectos enteramente iguales a las que oficia un sacerdote de verdad,

y hasta podría ser que son ejecutadas con mayor esmero y perfección que las reales. Pero por no ser él mismo un sacerdote consagrado, ordenado y santificado, el laico en cuestión no oficia absolutamente nada, sólo hace un simulacro y se engaña a sí mismo y a los suyos. Esto mismo es lo que ocurre con las obras buenas, justas y santas hechas por una persona que se halla fuera del estado de justificación, o aún no dentro del mismo. Pues así como el laico aquel no se hace sacerdote mediante las funciones mencionadas – pero sí puede llegar a serlo, y en efecto llegará a serlo, no por obras de esa especie, sino por la ordenación – así también el que posee una justicia basada en la ley, realmente no llega a ser justo por medio de esas obras prescritas en la ley, sino que llega a serlo sin ellas, por otra cosa, a saber, por medio de la fe en Cristo por la cual es justificado u "ordenado", por decirlo así, para que sea una persona justa y por ende capacitada para hacer obras de justicia, así como el laico es ordenado sacerdote para poder desempeñar las funciones del sacerdocio. Y bien puede ocurrir que el justo que lo es a base de la ley y según la letra, haga obras que tienen un aspecto exterior más hermoso y deslumbrante que las que hace el que es justo por la gracia. Sin embargo, no por esto es un hombre justo, sino que estas mismas obras suyas, cuanto más hermosas, le impiden tanto más llegar a la justicia y a las obras de la gracia.

Otro ejemplo: un mono puede imitar con mucha habilidad ciertos gestos o trabajos que hace el hombre, pero no por eso es un hombre. En caso de ser hecho hombre, ello seguramente no se debería a esos gestos con que imitó al hombre, sino a otro poder, el de Dios. Pero una vez hecho hombre, haría también en forma enteramente correcta lo que suelen hacer los hombres. WA 249

Por lo tanto, si Santiago y el apóstol Pablo dicen que el hombre es justificado por las obras, lo dicen para rebatir el error de los que creían que la fe en sí era suficiente, aun sin las obras que le son propias – y conste que el apóstol no dice que la fe justifica sin las obras que le son propias (porque entonces ya no sería fe, pues como dicen los filósofos, "la acción es prueba de que existe una forma"[45]), sino que justifica sin las obras de la ley[46]. Así que la justificación

[45] J. Trutvetter, uno de los profesores universitarios de Lutero, al explicar el concepto aristotélico de *forma*, agrega una frase muy similar a la que cita Lutero: "La acción prueba la presencia de la forma, así como el cambio prueba la presencia de la materia" (*Summa in totam physicen* 1, cap. 1. Véase WA LVI, 249, nota 9).

[46] Obras de la ley=obras demandadas por la ley y hechas con la intención de "hacer méritos", y por ende, inaceptables no sólo por su calidad imperfecta sino ante todo por su motivación, comp. Ef. 2:8,9.

no requiere las obras de la ley, sino una fe viva que produce las obras que le son propias (Gá. 5:6).

Ahora bien: si la fe justifica con las obras suyas, pero sin las obras de la ley, ¿por qué entonces se tiene a los herejes por personas no comprendidas en la justificación a pesar de que creen, y de que impulsados por su fe hacen obras grandes y quizás mayores aún que los demás creyentes? ¿Y qué decir de todos los de espíritu orgulloso que hay en la iglesia, que hacen gala de muchas y grandes obras que sin duda proceden de su fe: son también ellos injustos, a pesar de todo? ¿No nos indica esto que para ser justificado existe otro requisito más que la mera fe en Cristo con su secuela de obras?

Santiago nos responde con pocas palabras (2:10): "El que ofendiere en un punto, se hace culpable de todos". Pues la fe es indivisible; o existe como un todo, y entonces cree todo lo que hay que creer, o es inexistente, —y esto último es el caso si se resiste a creer siquiera un punto solo, aun creyendo todos los demás. Por esto, el Señor la compara con una sola perla, y con un solo grano de mostaza[47]. (Porque "Cristo no está dividido", 1 Co. 1:13; así que: o se lo niega totalmente si se lo niega en un punto, o se lo afirma totalmente. No es posible a un tiempo negarlo en una palabra y confesarlo en otra). Pero los herejes tienen la costumbre de escoger un punto o varios del conjunto de verdades que constituyen el tesoro de la fe, y de confrontarlos entonces con lo que ellos definen arrogantemente como "la verdad", como si ellos supieran mejor que todos los demás qué es lo correcto. Y así es como ya no creen cosa alguna de las que deben creerse, y por esa incredulidad y falta de obediencia a Dios van por el camino de la perdición con
WA todas sus grandes obras tan similares a las auténticas, al igual que
250 los judíos, que también creen mucho de lo que legítimamente cree también la iglesia, pero que a un solo punto oponen el pensamiento de su soberbio corazón, a saber: a Cristo. Y por esto perecen en su incredulidad. Y así hace todo hombre orgulloso: siempre opone su propia opinión al precepto o al consejo del que en forma correcta quiere guiarlo hacia la salvación. Mas al no creer a éste, muestra no creer nada; la fe entera se viene abajo por el terco aferrarse a una sola opinión errada. Es preciso, pues, que siempre mantengamos en humilde sujeción a nuestro propio pensar, a fin de que no tropecemos en esta piedra de tropiezo (Ro. 9:32; Is. 8:14), es decir, en la verdad que nos sale al paso como algo humilde y opuesto a nuestra opinión. Pues como los humanos somos mentirosos, es inevitable que la verdad nos llegue como algo que contradice a lo que pensamos nosotros, por cuanto presumimos de ser nosotros los poseedo-

47 Mt. 13:45 y s.; 31 y s.

res de la verdad, y por cuanto queremos oir y tener a la vista una verdad que exprese y apoye "lo nuestro". Pero esto no puede ser.

En consecuencia, las obras de todos ellos son obras de la ley, no de la fe ni de la gracia; antes bien, son obras que están en oposición a la fe, y en conflicto con ella. Por esto la justificación no sólo *puede ser hecha* sino que *tiene que ser hecha* sin ellas, y para hablar con el apóstol, dichas obras "tienen que ser tenidas por basura, para ganar a Cristo" (Fil. 3:8).

Corolario

Siempre es más seguro escuchar las voces que contradicen a nuestra propia opinión, que escuchar las que, armonizando con ella, la aprueban y aplauden.

Incluso podemos afirmar: si un hombre no aprende a escuchar sin ofenderse lo que es contrario a su propia opinión; si ve con malos ojos que se rebatan sus ideas, y se enfurece cuando se las critican; si por otra parte no siente temor ni pesar ni siquiera cierto recelo al notar que su palabra, su opinión y su obra son aprobadas, alabadas y aceptadas —este hombre por cierto no podrá ser salvo. Pues no hay testimonio más fidedigno de que su pensar, hablar u obrar procede de Dios, que cuando se lo critican y rechazan. En efecto: todo lo que viene de Dios (Cristo mismo es el mejor ejemplo) es desechado por los hombres, como la piedra por los edificadores[48]. En cambio, si no es de Dios, resulta tanto más seguro, hasta resulta necesario desecharlo, para que no haya quien persevere en ello y así se pierda. Por esto el impío rey Acab declara que la única causa de su odio contra el profeta Miqueas fue el hecho de que éste siempre le profetizaba infortunios (1 R. 22:8 y ss.). Por el mismo motivo el rey Joacim rasgó y quemó los rollos en que estaban escritas las palabras de Jeremías (Jer. 36:23). Y todos los judíos persiguieron a los profetas porque éstos les anunciaban males
y justamente lo contrario de lo que ellos en su modo de pensar WA
habrían querido oir, cuando en realidad debieran haber aceptado 251
humildemente estos mensajes y admitido ser culpables ante Dios. Ellos en cambio dijeron: "Paz, paz" (Jer. 6:14), nosotros somos el pueblo de Dios, él no nos hará mal, no nos castigará, no veremos días aciagos, porque somos justos. Y así nunca prestaron oídos a la voz del Señor; antes bien, siempre se opusieron a ella. A esto se refiere el Señor al decir: "¡Ay de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los

[48] Comp. Sal. 118:22; Mt. 21:42 etc.

falsos profetas" (Lc. 6:26). Por lo tanto: la vía segura es ser maldecido, vituperado y censurado; ser bendecido, alabado y aprobado es la vía del peligro y de la perdición. A lo que debemos dirigir nuestra expectación es a que seamos bendecidos y alabados por el Señor; "sea su bendición sobre su pueblo", como dice el Salmo 3:8, no la de los hombres.

v.22. La justicia de Dios por medio de la fe.

Aquí se nos enseña: Por cuanto la fe en Cristo por la cual somos justificados consiste en que se crea no sólo en Cristo, o más exactamente en la persona de Cristo, sino en todo lo que es pertinente a Cristo, vana es la halagüeña complacencia que sienten consigo mismos los orgullosos y herejes por creer en Cristo, si no creen también lo que es pertinente a él.

Para ellos, una cosa es creer en Cristo, y otra creer en lo que es de Cristo, y así de hecho dividen a Cristo. Pero como dice el apóstol, "Cristo en verdad no está dividido" (1 Co. 1:13); además, ya hemos recalcado que también la fe en Cristo es fe en el Cristo indivisible, de modo que "Cristo" y "lo que es de Cristo" es una y la misma cosa.

Así que los herejes confiesan, no sin jactancia, creer en Cristo de acuerdo con lo que los Evangelios relatan acerca de él: que nació, que padeció, que murió etc. Pero no creen en las cosas que son de él. ¿Y qué cosas son éstas? La iglesia y toda palabra que sale de la boca de un superior de la iglesia o de la boca de un hombre piadoso y santo, es palabra de Cristo, quien nos dijo: "El que a vosotros oye, a mí me oye" (Lc. 10:16). Pregunto entonces: ¿cómo habrían de creer en Cristo los que eluden a los superiores de la iglesia, se niegan a oir su palabra, y en cambio siguen sus propias ideas? ¿O será que creen que Cristo nació y padeció, pero no creen a quien se WA 252 lo enseña? En tal caso, ¿"está dividido Cristo", porque por un lado creen en él, y por el otro lado lo niegan? ¡En ninguna manera!, sino que también al proceder así, niegan al Cristo entero, porque no es posible negarlo y al mismo tiempo confesarlo. Esto es lo que tiene en mente Pedro Lombardo al decir en sus *Sentencias*[49]: "Una cosa es creer que hay un Dios, otra cosa es creer *a* Dios, y aún otra creer *en* Dios. Lo mismo vale para el creer en Cristo. Creer en Cristo es estar dirigido hacia él con todo el corazón, y orientar todas las cosas hacia él". De ahí las palabras del Señor en Mt. 4:4: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de

[49] Sentent. III dist. 23, 4.

Dios". ¿Qué es esto: la boca de Dios? Es la boca del sacerdote y del prelado. En Mal. 2:7 se lee: "De la boca del sacerdote el pueblo buscará la ley; porque mensajero es del Señor de los ejércitos". Y este mismo Señor le dice a Jeremías: "Tú serás mi boca" (Jer. 15:19). Pero ¿por qué dice Cristo que el hombre vive "de toda palabra"? Porque si hubiere una sola palabra que no crees, ya no vives en la palabra de Dios. Pues en toda palabra está el Cristo entero; está enteramente en cada palabra individual. Por lo tanto, quien lo niega en una sola palabra, lo niega totalmente, porque él está en todas las palabras. De ese modo, no hay en Cristo "flancos abiertos". Así resulta también que si matas a un solo cristiano y dejas con vida a todos los demás, de hecho mataste al Cristo entero. Y lo mismo ocurre en todos los demás aspectos. Si niegas a Cristo en una sola hostia, lo negaste en todas.

Siendo así las cosas, es preciso que nos humillemos al máximo. Pues como no podemos saber si vivimos en toda palabra de Dios o si no hemos negado ninguna (porque son muchas las palabras que nos llegan de un guía espiritual, de los hermanos, del Evangelio, de los escritos de los apóstoles, y muchas también las que Dios nos hace oír en nuestro interior), jamás podemos saber si somos justificados, y si creemos. Consideremos pues todas las obras nuestras como obras de la ley[50], admitamos humildemente nuestra condición de pecadores que anhelan ser justificados por la misericordia sola de Dios. Pues si bien estamos seguros de que creemos en Cristo, sin embargo no estamos seguros de que creemos en todas las palabras que son de Cristo, por lo que aun ese "creer en él" no es cosa segura.

Incluso los profetas censuran una sola cosa: que la voz de Dios no es escuchada por su pueblo. Mas el que siente ese temor y confiesa humildemente ser un pecador, a éste Dios en su gracia lo declarará justificado, y le perdonará su pecado en caso de haber hecho algún mal a causa de una oculta o ignorada incredulidad. En este sentido, Job "temía todas sus obras"[51]; y el apóstol Pablo, aunque de nada tenía mala conciencia, no veía en esto el motivo para ser justificado (comp. 1 Co. 4:4). En consecuencia: dejemos a Cristo solo la justicia, y a él solo las obras de la gracia y del Espíritu. Nosotros en cambio siempre andamos en las obras de la ley, siempre WA
somos injustos, siempre pecadores, conforme a aquella palabra del 253
Salmo 32:6: "Por esto orará a ti todo santo".

La persona orgullosa empero, que no sabe de esta humildad y no entiende que lo de la fe es una cuestión tan delicada, sino que está convencida de que cree y de que posee toda la fe en medida

[50] Véase pág. 51, nota 46.
[51] Job 9:28; véase pág. 124, nota 27.

perfecta — esta persona es incapaz de oir la voz de Dios; antes bien, se opone a ella como a algo falso por cuanto es contraria a sus propias ideas supuestamente correctas.

Pero ahora me preguntas: si la negación de Cristo tiene un poder tan grande que si se lo niega en un punto, se lo niega en todos, ¿por qué no tiene entonces también la aceptación un poder tan grande que si se lo acepta en un punto, se lo acepta en todos? Respuesta: Lo bueno es perfecto y es simple, de modo que una sola negación lo hace desaparecer. Sin embargo, una sola confesión —o la confesión de un solo punto— no lo puede hacer aparecer, a menos que sea una confesión plena y cabal sin negación alguna. No es posible que existan simultáneamente dos declaraciones contrarias acerca de un mismo sujeto. Y Dios quiere tenerlo todo limpio y sin mancha. La negación empero es una mancha; por esto contamina a la confesión.

Corolario

Por esto, en los escritos de los profetas se entiende por "voz" lisa y llanamente la "voz del Señor", a los efectos de que aceptemos cada palabra oral, sea quien fuere el que la dice, como si la dijera Dios mismo, la creamos como tal, nos rindamos a ella, y sometamos a ella humildemente nuestro propio pensar. Así seremos justificados, y no de otra manera alguna. Pero "¿quién podrá entender sus propios errores" o quién los toma siempre en cuenta? Por esto, "límpiame, Señor, de los que me son ocultos" (Sal. 19:12).

v.20. Porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.

Este conocimiento por medio de la ley se produce de dos maneras distintas: Primero por vía de la reflexión, como dice más adelante en el cap. 7:7: "Yo no habría conocido la concupiscencia, si la ley no dijera: No codiciarás".

Y en segundo lugar, por vía de la experiencia, o sea, por medio de la obra de la ley, quiere decir, por medio de la ley que el hombre asumió juntamente con la obra. Pues así es como la ley viene a ser ocasión para el pecado: La voluntad del hombre está inclinada a hacer lo malo. La ley compele a esa voluntad a hacer lo bueno. El resultado es que la voluntad se torna tanto más rebelde, y tanto menos dispuesta a practicar el bien, porque le es odioso verse impedida de hacer lo que quiere, y lo que quiere es hacer lo malo, como dice la Escritura (Gn. 8:21). Sin embargo, si la voluntad actúa por obligación de la ley y en rebelión contra ella, el hombre se da

cuenta de cuán profundamente está arraigado en él el pecado y la maldad, de lo cual no se habría dado cuenta si no poseyera la ley y si no hubiera comenzado a ajustar su vida a sus exigencias. Este tema el apóstol lo toca aquí sólo muy brevemente, porque en los capítulos 5 y 7 volverá sobre él con mayor amplitud. Aquí bastaba WA
con dar una respuesta concisa a la objeción de que "la ley carece de 254
utilidad, ya que las obras de la ley no tienen la virtud de justificar al que las hace". Así que: cada vez que cae sobre nosotros un precepto o una prohibición, y nos damos cuenta de que nos causan repugnancia, ello nos debe llevar a reconocer que no amamos el bien, sino el mal. Y esto a su vez debe servirnos de prueba de que somos malos y pecaminosos, porque "pecador" es sólo aquel que no quiere cumplir la ley que manda hacer lo bueno y prohíbe hacer lo malo. Pues si fuésemos justos y buenos, de buena gana daríamos nuestro asentimiento a la ley y nos deleitaríamos en ella, así como nos deleitamos en nuestros pecados y malos deseos. De ahí el dicho: "Tu ley he amado" (Sal. 119:97), y "En la ley del Señor está su delicia" (Sal. 1:2). Así es como por medio de la ley llegamos al conocimiento del pecado que habita en nosotros, es decir, al conocimiento de la voluntad viciada que está inclinada hacia lo malo y aborrece lo bueno. ¡Y cuán útil es este conocimiento! Pues quien llegó a adquirirlo, implora a Dios con gemidos, y con ánimo humillado le pide que esa voluntad sea levantada y sanada. Pero el que no posee este conocimiento, tampoco pide; mas el que no pide, tampoco recibe, y por lo tanto tampoco es justificado, porque vive en ignorancia acerca de su pecado. Por eso da lo mismo decir: "por medio de la ley es el conocimiento del "pecado", o el conocimiento de "los pecadores": por ella nos damos cuenta de que somos pecadores y de que habita en nosotros el pecado; de que somos malos y de que en nosotros habita la maldad.

Corolario

Se llaman "obras de la ley" *no* las que sirven de preparación para la justificación que aún queda por adquirir,

sino aquellas a las cuales se les atribuye la virtud de ser suficientes de por sí para la justicia y la salvación.

En efecto: el que se comporta de manera tal que sus obras son para él un medio con que se pone en condiciones para recibir la gracia de la justificación, éste ya es en cierto modo un "justo", porque la justicia consiste en gran parte en el querer ser justo[52]. De

[52] Comp. Agustín, Ep. 123, 5, Migne 33, 485: "La vida justa ya es un hecho con tal que la queramos, porque dirigir hacia ella toda nuestra voluntad,

no ser así, las voces y los gemidos de todos los profetas con que clamaban por Cristo, habrían sido en vano; estériles habrían sido también los lamentos de todas las almas arrepentidas. Ni tampoco habría tenido sentido la exhortación de Cristo y de Juan: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mt. 3:2). Y es más: aunque las obras de todos los justos son obras de este tipo, hechas para que ellos llegasen a ser más y más justos —con todo, no habría justo alguno. Por lo tanto, aquellas obras son buenas porque
WA sus autores no depositan su confianza en ellas, sino que se preparan
255 por medio de ellas para la justificación[53], única base de su esperanza de su futura justicia. Mas los que hacen sus obras con este entendimiento, no están bajo la ley, porque anhelan la gracia y odian su condición de pecadores.

Cabe notar además que "las obras de la ley" y "las obras de la gracia" son dos cosas muy distintas. La *gracia* es el cumplimiento de la ley, no las obras. Muy correcta la expresión "*obras* de la ley", no "*voluntad* de la ley"; porque los que hacen las obras de la ley, no *quieren* cumplir con las exigencias de la ley, aunque las estén cumpliendo. Pero la ley quiere y requiere nuestra voluntad.

Otros en cambio sustentan otro criterio: creen que con su conducta están cumpliendo realmente la ley, y a raíz de esto se consideran justos. No anhelan la gracia, no se dan cuenta de que son pecadores ni los molesta serlo — pero de hecho lo son porque cumplieron sólo con la letra de la ley y no hacen de su actuar una búsqueda de la justicia ,sino que viven muy ufanos como si por medio de sus obras ya hubieran entrado en plena posesión de la justicia. Por no examinarse a sí mismos, tampoco reparan en que están guardando la ley ya sea a desgano, o hasta contra su voluntad y con aversión, o por lo menos impulsados por el amor a, y la codicia de, bienes terrenales, pero no por amor a Dios. Y así se quedan parados, muy conformes consigo mismos, muy lejos de hacer de su actuar una súplica por la gracia que despertaría en ellos la voluntad de cumplir la ley. Si la justificación no es el producto de las buenas obras que le preceden ni de las que le siguen: ¡cuánto menos será el producto de las "obras de la ley"! Las obras precedentes no entran en cuenta porque sólo son preparatorias para la justicia; y las obras subsecuentes tampoco entran en cuenta porque requieren una justificación ya existente. Pues no nos convertimos en justos por obrar rectamente, sino que obramos rectamente por ser justos. Por lo tanto, lo que justifica es la gracia sola.

---

esto es precisamente la justicia; y para que la justicia sea completa, no se requiere más que una voluntad completa". WA 56, 254, nota 24.

[53] Justificación en sentido pasivo: la que procede de Dios y de la cual el hombre es el objeto.

v.22. Por medio de la fe en Jesucristo.

Este agregado es sumamente útil para sofocar la rebelión de cierta gente engreída que quizás quiera replicar: Y bien: admitimos que en el fondo somos injustos. Somos conscientes de que propendemos a lo malo, y en nuestro corazón anida una enemistad contra la ley. Por esto creemos que nuestra justificación tiene que venir de Dios. Pero esto lo conseguiremos con nuestros propios medios, orando a Dios, doliéndonos de nuestros pecados y confesándolos. A Cristo no lo queremos. Dios nos puede conferir su justicia también sin Cristo.

Respuesta: No; no quiere ni puede, porque también Cristo es Dios. La justicia se confiere únicamente por medio de la fe en Jesucristo. Así quedó establecido, así le place a Dios, y en esto no habrá cambios. ¿Quién puede oponerse a la voluntad de Dios? En vista de ello, el no querer ser justificado por medio de Cristo es una arrogancia tanto mayor.

Aquí deberán abrir sus ojos también aquellos de quienes hablé en párrafos anteriores, a saber, los que creen en Cristo, pero no en la palabra de Cristo; los que no prestan oídos a lo que dice un WA
consejero espiritual (*prelatus*) sino que están muy satisfechos 256
consigo mismos y admiran sus propias ideas; dan crédito a sí mismos, no a la palabra de un superior ni a la de un hombre piadoso, quiere decir, no a Cristo que les está hablando a través de aquellas personas. NO: su vanidad los lleva a creer que aun sin esa obediencia, sin esa confianza en Dios, ellos pueden ser justificados de todos modos a base de sus propias obras. Pero esto es imposible. Demasiado claro y firme es el veredicto: "justicia de Dios por medio de la fe". De ahí el

Corolario

Con la expresión "sin ley" se entiende la ley misma junto con sus obras.

Igualmente, con la expresión "fe en Cristo" se entiende la fe en Cristo y en la palabra de toda persona a través de la cual Cristo nos habla.

Así como "sin ley" es sinónimo de "sin cooperación de la ley y de las obras de la ley", así también la "fe en Cristo" incluye todo lo que Cristo dice, no importa dónde ni por medio de quién. Por eso debemos tener sumo cuidado para que no nos suceda que, al insistir demasiado en nuestra opinión, caigamos con ello en rebeldía e incredulidad contra Cristo, de quien no sabemos cuándo,

dónde, cómo y por medio de quién nos habla. Mayormente nos habla en un lugar, en un momento, de un modo, mediante una persona que menos nos imaginamos. El mismo lo dijo: "El viento[54] sopla donde quiere (no donde nosotros queremos o creemos), y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va" (Jn. 3:8). Pues Cristo está cerca de nosotros, está dentro de nosotros, pero siempre en una forma que nos resulta extraña, no con aspecto glorioso, sino en humildad y mansedumbre etc., de modo que podría pensarse que ni es él mismo, y sin embargo es él, el verdadero Cristo. Por esto nos exhorta el Espíritu Santo: "Oye, hija, y mira, e inclina tu oído etc." (Sal. 45:10), quiere decir: es necesario que siempre y en todo lugar estés pronta para oír, que andes con oídos muy abiertos; sea esto toda tu obligación: escuchar humildemente, y admitir enseñanzas, como dice en el Salmo 2:10: "Ahora, oh reyes, sed prudentes, admitid amonestación".

v.21. Testificada por la ley y por los profetas.

Tales testimonios se hallan p. ej. en Habacuc 2:4: "El justo por su fe vivirá"; en Oseas 2:20: "Te desposaré conmigo en fidelidad"; y en Jeremías 31:31-33: "Haré nuevo pacto con la casa de Judá... Escribiré mi ley en su corazón". En el libro del Génesis tenemos además el ejemplo de Abraham (15:6) y otros que fueron justificados por la fe.

San Agustín escribe en el capítulo 13 de su libro *Acerca del Espíritu y la letra:* "Lo que la ley de las obras exige amenazando, la ley de la fe lo cumple creyendo. La una dice: 'No codiciarás'
WA (Ex. 20:17); la otra dice: 'Comprendiendo que yo no podía poseer
257 el don de la castidad si Dios no me lo daba, me dirigí al Señor y se lo pedí'.[55] Por medio de la ley de las obras, Dios dice al hombre: 'Haz lo que yo te ordeno.' En cambio, donde impera la ley de la fe, el hombre le habla a Dios y le pide humildemente: 'Concédeme lo que me ordenas'. Pues para esto la ley imparte sus órdenes: para recordar a la fe cuál es su cometido (es decir: qué debiera hacer); en otras palabras: para que aquel que recibe la orden y aún no tiene la capacidad de cumplirla, sepa qué debe pedir."[56] Y en el cap. 19 de la misma obra leemos: "Por lo tanto, la ley fue dada para que se busque la gracia. La gracia empero fue dada para que sea cumplida la ley. La culpa del incumplimiento no radicaba en la ley misma,

[54] Vulgata, cit. por Lutero: *spiritus.*
[55] Comp. *Sabiduría de Salomón* 8:21 (Vulgata).
[56] S. Agustín, *De Spiritu et littera*, Patrol. Ser. Lat. XLIV, 214.

sino en la sabiduría de la carne. La función de la ley era poner de manifiesto esta culpa; y la función de la gracia era sanarla. Ro. 8:3-4: 'Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne'."[57] Jn. 1:17: "La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo".

¿Quién empero nos hará ver ahora todas las artimañas del mensajero de Satanás con que intenta engañarnos? Todos oramos: "Concédenos lo que nos ordenas", y sin embargo no lo recibimos. Todos creemos y hablamos, todos confesamos y obramos, y sin embargo, no todos somos justificados.

A unos —a los más bien inexpertos— los ofusca de tal manera que no se dan cuenta de lo débiles que son, ni de cómo su voluntad se inclina hacia lo malo. Tampoco se examinan a sí mismos, y por eso no ven cuán poco dispuestos están para hacer la voluntad de Dios, y cuán poco amor le tienen a su ley. Su creer y su obrar obedece a un temor servil; no obstante, piensan que hicieron lo suficiente y que Dios tiene que considerarlos justos por el hecho de que poseen fe y obras. Ni se les ocurre preocuparse y esforzarse para que su actuar sea motivado por una sincera alegría y por un amor respaldado por su más firme voluntad; ni tampoco se les ocurre que precisamente para esto tendrían que solicitar la gracia de Dios. Al contrario: van por su camino y hacen sus obras confiando únicamente en sus propias fuerzas, desganados siempre y rezongando, cuando debieran acudir a Dios y pedirle con gemidos insistentes que les quite de encima ese desgano y convierta su voluntad rebelde en un gozoso asentimiento y les conceda por su gracia que esa inclinación hacia lo malo desaparezca. Esto, digo, es lo que insistentemente se ha de pedir y de aprender, y lo que debe ser objeto de constante y duro esfuerzo hasta que aquel viejo mal quede extirpado de raíz y surja en su lugar una voluntad renovada. Pues quien no trabaja seriamente en sí mismo de la manera aquí descrita, a éste no le será dada la gracia. Así es que aquella gente yace en un profundo sueño, se vuelven perezosos, embotados, mezquinos siempre y endurecidos, hasta que por fin pierden también la fe y se llenan de impaciencia y de toda clase de malos deseos, quedando así "reprobados en cuanto a toda buena obra" (Tit. 1:16).

A otros en cambio —a los de inteligencia más refinada— Satanás los engaña con artilugios también más refinados. Hace que ellos practiquen sus buenas obras con gozo y alegría, para que, deslum- WA 258

[57] Ibid. pág. 221.

brados por ese hermoso cuadro, pierdan la noción de su propia debilidad, de modo que piensen estar en posesión de la gracia, y se crean mejores que los demás y se llenen de orgullo, y todo esto de una manera tan sutil que ni ellos mismos se dan cuenta de ello. El paso siguiente es que se convierten en personas que cultivan con avidez toda suerte de rarezas y supersticiones, como puede verse en los herejes y en gente que bajo la apariencia de defender la verdad y la justicia, y con un "celo carente de ciencia" (Ro. 10:2) se aferran obstinadamente a sus propias ideas. Y esto a su vez conduce a que se hagan rebeldes que aparentando obediencia y amor a Dios se tornan desobedientes y faltos de comprensión para con los hombres de Dios, esto es, los representantes y mensajeros de Cristo. Por lo tanto, si nos examinamos a conciencia, siempre encontraremos en nosotros ciertos restos de mente carnal que hacen que seamos egoístas, reacios a practicar el bien, y propensos a practicar el mal. Pues si no permanecieran dentro de nosotros tales residuos del pecado, y si buscáramos a Dios con un corazón puro, sin duda el hombre se disolvería al instante, y su alma se elevaría a Dios.[58] Pero el hecho de que el alma no se eleva es una clara señal de que todavía está adherida a algún pegamento de la carne hasta que sea desprendida por la gracia de Dios, cosa que sólo ha de esperarse en la hora de la muerte. Entre tanto siempre debemos gemir con el apóstol: "¿Quién me librará de la muerte de este cuerpo?" (Ro. 7:24).[59] Siempre debe mantenernos despiertos el temor de que alguna vez podríamos desistir de ahogar constantemente el viejo hombre. Y por eso, siempre debemos orar y esforzarnos para que la gracia y el Espíritu aumenten, y en cambio disminuya y sea destruido el cuerpo del pecado y desaparezcan las cosas viejas. Pues Dios aún no nos ha justificado, es decir, todavía no nos ha llevado al estado de justos perfectos ni ha completado nuestra justicia, sino que comenzó en nosotros la buena obra con el propósito de perfeccionarla.[60] De ahí la observación en Stg. 1:18: "Para que seamos primicias de sus criaturas". Así nos lo demuestra el caso del hombre que fue entregado medio muerto en la posada: una vez que sus heridas habían sido vendadas, todavía no estaba curado, sino que fue recibido como uno que necesitaba ser curado.

[58] Este "elevarse del alma" tenía un significado particular en la literatura relacionada con la muerte, en representaciones gráficas, y también en el lenguaje de los traficantes de indulgencias. Comp. WA 56, 258, 13, nota.

[59] Así es como Lutero cita el pasaje de Ro. 7:24. Comp. Versión Reina Valera (coincidente con la Vulgata y con el texto original griego): "de este cuerpo de muerte".

[60] Comp. Fil. 1:6.

Ahora bien: con sólo prestar un poco de atención, es fácil descubrir la depravación de nuestra voluntad en lo que atañe a las cosas de la vida física: en nuestro amor por lo malo y nuestra aversión hacia lo bueno, cuando p.ej. nos sentimos impulsados hacia los placeres licenciosos, hacia la avaricia, la gula, la soberbia, el "ser alguien", y cuando por el otro lado sentimos cierta repugnancia hacia la castidad, liberalidad, mesura, humildad y humillación. Fácil es, digo, darse cuenta de cómo en todo esto buscamos nuestro propio provecho y rendimos un culto de amor a nuestro propio yo, y de cómo estamos doblados y encorvados sobre nosotros mismos, al menos en nuestro corazón, si en la práctica diaria no nos es posible.

Pero en la esfera de lo espiritual (esto, es, en lo relacionado con nuestro entendimiento, nuestra justicia, castidad y piedad) se hace sumamente difícil discernir si al practicar estas virtudes nos hallamos libres de egoísmos, o no. Pues como el amor por ellas es algo WA
honesto y bueno, sucede muy a menudo que tal amor se convierte 259
para nosotros en un fin en sí y no nos permite orientar todo esto hacia Dios y relacionarlo con él. De modo que practicamos estas virtudes no porque sean del agrado de Dios sino porque confieren gozo y tranquilidad a nuestro corazón, o también porque nos reportan la alabanza de los hombres; y así sucede que practicamos nuestras virtudes no por causa de Dios sino por causa de nosotros mismos. En momentos de tentación y prueba, esto se ve con toda claridad. En efecto: si por tales obras nos atraemos la crítica de la gente, o si Dios nos sustrae las agradables sensaciones y el deleite que despiertan en nuestro corazón, bien pronto las dejamos a un lado, o salimos en defensa propia y pagamos con la misma moneda a quienes nos critican.

Corolario

Por culpa de esta presunción y soberbia, incluso las obras de la gracia se convierten en obras de la ley, y la justicia divina en justicia humana. Pues ni bien los hombres hicieron buenas obras por virtud de la gracia que Dios les confirió, ya se complacen en ellas como en algo propio de ellos, y allí se quedan estancados en lugar de esforzarse en dar pasos adelante. Hacen como si ya hubieran llegado a la posesión plena de la justicia, cuando en realidad su proceder debía ser otro: debían considerar aquellas obras buenas como una forma de preparación. Pues en verdad, todas las obras justas y hechas por la gracia que Dios da, son preparatorias para el crecimiento de la justificación consecuente, conforme a aquellas palabras: "El que es justo,

siga siendo justificado",[61] e "Irán de poder en poder" (Sal. 84:7) y "de gloria en gloria" (2 Co. 3:18), al igual que el apóstol "que se extiende a lo que está delante, olvidando lo que queda atrás o lo que precedió" (comp. Fil. 3:13). Por esto, ningún santo se tiene por justo o confiesa ser justo, sino que siempre pide y espera ser justificado; y así es como Dios le atribuye justicia, porque el Señor mira a los que son humildes (comp. Lc. 1:48). En esta forma, Cristo es el Rey de los judíos, es decir, de los que confiesan que siempre están en pecado, y no obstante piden ser justificados y detestan sus transgresiones.[62] Por esto también se dice que "Dios es asombroso para con sus santos":[63] porque tiene por justos a los que reconocen ser pecadores y se duelen de ello, y en cambio condena a los que se creen justos. Así se nos dice en el Salmo 32:5,6: "Dije: Confesaré contra mí mi injusticia, y tú perdonaste la impiedad de mi pecado. Por esto orará a ti todo santo" (es decir, todo justo, justificado). Cosa asombrosa es que el justo ore por sus pecados. De ahí que también en el Libro del Eclesiástico se diga con respecto al hombre justo: "Por sus delitos suplicará, y en oración confesará al Señor su pecado"[64]. "Confesaré *contra mí*", dice el salmista, y esto es precisamente lo que yo quería hacer resaltar aquí: que el justo reconoce ser pecador y sin embargo odia su pecado; así como el impío reconoce su justicia y se complace en la misma. Podemos citar además el Salmo 51:3: "Porque yo reconozco mis rebeliones, y (no sólo las
WA reconozco, sino que) mi pecado está siempre delante de mí". Con-
260 fieso, por lo tanto, que "contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; por esto tú justificarás con tu palabra", lo que equivale a decir: Por cuanto yo reconozco mi pecado y lo odio, tú me perdonas y me justificas, porque tú solo eres reconocido justo.

En esto solo se basa, pues, nuestra salvación: en que siendo hombres pecaminosos que viven en pecado, sentimos dolor por ello, y gemimos a Dios por nuestra liberación, conforme a aquellas pala-

[61] Así traduce la Vulgata el pasaje Ap. 22:11 *ho dikaios dikaiosynen poiesato* Comp. en cambio Vers. Reina Valera: "El que es justo, practique la justicia todavía". Biblia de Jerusalén: "Que el justo siga practicando la justicia".

[62] Gn. 29:35: "Lea dio a luz un hijo, y dijo: Esta vez alabaré (hebr. *hodah*, Vulg. *confitebor*, confesaré) a Jehová; por esto llamó su nombre Judá". A base de este pasaje, el nombre de *Judá* se explicaba etimológicamente como "confesor" en toda la Edad Media; los *judíos*, eran, análogamente, los que "alaban" o "confiesan". En este sentido, Lutero habla aquí de "Cristo, el Rey de los judíos, es decir, de los que confiesan".

[63] Vulgata, Sal. 67:36: *Mirabilis Deus in sanctis suis* (Vers. Reina Valera Sal. 68:35: Temible eres, oh Dios, desde tus santuarios).

[64] Eclesiástico (Sabiduría de Jesús Ben Sirá) 39:5.

bras de Juan (1 Jn. 1:8,9): "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Mas si confesamos nuestros pecados, él es fiel para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad". De este modo sí "el sacrificio agradable a Dios es el espíritu quebrantado. Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Sal. 51:17). "Porque no hay hombre en la tierra que no peque", dice Salomón en su oración (1 R. 8:46). Y Moisés constata: "Delante del Señor nadie es inocente de por sí" (Ex. 34:7). Y el Eclesiastés por su parte afirma: "No hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque" (Ecl. 7:20). "¿Quién puede gloriarse de ser limpio en su corazón?", se pregunta en Pr. 20:9. Así que "no hay justo, ni aun uno; todos se desviaron" (Sal. 14:3 ; Ro. 3:10). Por esto oramos: "Perdónanos nuestras deudas" (Mt. 6:12).

¿De dónde empero provienen estos pecados, estas deudas? Provienen del hecho de que nadie cumple la ley, excepto Cristo. Pues ninguno de todos los vivientes es justificado delante de Dios, porque el corazón de todo hombre siempre es impotente para hacer lo bueno, y propenso a lo malo. No ama la justicia sin amar también de alguna manera la injusticia. Pero Cristo "ama la justicia y aborrece la maldad" (Sal. 45:7). Es como el apóstol lo explica en el cap. 7:25: "Con la carne servimos a la ley del pecado, mas con la mente servimos a la ley de Dios". Así resulta que somos justos en parte, pero no del todo; de ahí que tengamos pecados y deudas. Por eso, al pedir que nuestra justicia sea hecha perfecta en nosotros y que nuestro pecado sea quitado, al mismo tiempo pedimos por el fin de nuestra vida. Pues en esta vida, esa inclinación al mal jamás puede ser curada enteramente (como queda prefigurado por el caso de los hijos de Israel que nunca alcanzaron a derrotar por completo a los jebuseos, comp. Jos. 15:63). Por consiguiente, a la petición. "Santificado sea tu nombre" (lo que sucede por medio de nuestra santificación o liberación de lo malo y de los pecados) le sigue de inmediato: "Venga tu reino" (Mt. 6:9,10), lo que indica que el nombre de Dios no será santificado plenamente sino en su reino. Pero también el reino sólo vendrá por medio de muchas tribulacio- WA
nes. Por esto se añade la petición: "Hágase tu voluntad", como 261
oró Cristo en el huerto en la hora de la tribulación (Mt. 26:39 y ss).

¿Quién, pues, puede elevarse orgullosamente por encima de otra persona, como si fuera mejor que ella, cuando de hecho no sólo es capaz de hacer lo mismo que ella, sino que en su corazón ya hizo delante de Dios lo mismo que aquélla con su obra delante de los hombres? Por esta misma razón, nadie debiera despreciar a un hombre que comete pecado; antes bien, hay que soportarlo con amor como compañero en la desgracia que nos afecta a todos por igual. Unos debemos ayudarnos a otros, como se ayudan mutua-

mente dos infelices caídos en el mismo pantano. Así es como "los unos sobrellevamos las cargas de los otros y cumplimos la ley de Cristo" (Gá. 6:2). De otra manera, si despreciamos a nuestro prójimo que peca, ambos pereceremos en el pantano.

v.23. Y carecen de la gloria de Dios.

"Gloria" tiene aquí el significado de "glorificación", y el término "carecen de" hay que tomarlo en sentido privativo: están vacíos de, no tienen parte en. La frase entera quiere decir entonces: No poseen justicia de la cual pudieran gloriarse ante Dios —a lo que se alude también en 1 Co. 1:29: "A fin de que nadie se jacte en su presencia", en Ro. 2:17: "Te glorías en Dios", y en Ro. 5:11. "Nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo". Por tanto, "ellos carecen de la gloria de Dios" equivale a que "no tienen nada de que pudieran gloriarse en Dios y ante Dios", como leemos también en el Salmo 3:3: "Tú empero, oh Señor, eres el que me sustenta, gloria mía", o sea, aquel en quien me glorío. A lo mismo se refiere el apóstol en el cap. 4:2, donde dice: "Si Abraham fue justificado por las obras, tiene gloria, pero no para con Dios". Así también aquéllos tienen de qué gloriarse ante los hombres a causa de sus obras justas. "Gloria de Dios" se usa por lo tanto en el mismo sentido que justicia, sabiduría, fuerza que nos es dada de parte de Dios, a causa de la cual podemos gloriarnos delante de él, en él y acerca de él.

v.25. Dios, en su paciencia, pasó por alto los pecados precedentes[65].

El Maestro de las Sentencias[66] y algunos otros construyen e interpretan este pasaje de la siguiente manera: Dios manifestó su justicia, es decir, su verdad, a causa del perdón de los pecados que eran los pecados de las generaciones del pasado (o sea, de los padres que vivieron bajo la ley antigua). Los pecados de éstos los perdonó "en su paciencia", vale decir, a causa de la satisfacción que Cristo vendría a dar. Perdonando estos pecados los soportó, y permitió

[65] Lat. *praecedentium delictorum*. Para entender mejor lo que Lutero quiere decir en este párrafo, bueno es saber que el participio de presente "*praecedentium*" puede tener carácter de sustantivo(los delitos de los precedentes) y también de adjetivo (los delitos precedentes).

[66] Pedro Lombardo, *Collectanea in Epistolam ad Romanos*, Patrol. Ser. Lat. CXCI, 1362.

que la satisfacción sucediera a la remisión. En el caso nuestro en cambio, la satisfacción hecha por Cristo fue el factor precedente. De este modo, el texto del apóstol resultaría más claro si le diéramos esta forma: "Para manifestar su justicia mediante el perdón, WA
o perdonando los pecados de las generaciones anteriores, en la 262
paciencia de Dios". Pues los pecados de todos, tanto de las generaciones pasadas como de las venideras, son perdonados por causa de Cristo únicamente.

Sin embargo, la frase da un sentido mejor si tomamos la expresión "de los pecados precedentes" como un sustantivo con adjetivo calificativo, de modo que el significado es: Por medio de la remisión de los pecados que cometimos en el pasado, Dios se manifestó como el que justifica a todos. Y de esta manera, la remisión de los pecados es la prueba de que Dios es justo, y que tiene el poder de justificar, como ya queda dicho: "Para que seas justificado en tus palabras" (Ro. 3:4), lo que el apóstol se apresura en reiterar aquí: *"A fin de que él sea el justo, y el que justifica"*, 3:26.

Es de notar, sin embargo, que el apóstol habla de los pecados *pasados,* para dejar en claro que Dios no perdona *todos* los pecados, no sea que alguno diga: "Muy bien: si los pecados han sido quitados por Cristo, entonces hagamos cada cual lo que le plazca; de todos modos, ahora ya nadie puede pecar". Quienes hablan así, usan el Espíritu "como ocasión para la carne" (Gá. 5:13) y hacen de su libertad "un pretexto para su malicia" (1 P. 2:16). Pues la gracia y el perdón no nos fueron dados para que pequemos y demos rienda suelta a nuestros caprichos, como el apóstol observa en tono de advertencia al hablar de que ya no estamos bajo la ley: "¿Qué pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley?" (Ro. 6:15). Y su respuesta es: Que Dios "perdona los pecados", no significa que ya no considera 'pecado' el (mal) obrar de nadie, o que simplemente anula la ley; significa, en cambio, que Dios no castiga los pecados pasados que él soportó en su paciencia, con la intención de justificar al pecador. Cuando él se muestra indulgente con nuestros pecados, no es para que nosotros los cometamos a nuestro libre antojo.

Este texto evidencia igualmente que el apóstol llama a Dios "justo" por cuanto justifica o hace justos a los pecadores, como ya se dijo antes. Y así se ve con toda claridad, por estas palabras con que el apóstol se explica a sí mismo, que con la "justicia de Dios" se entiende la justicia mediante la cual él nos hace justos, así como con la "sabiduría de Dios" se entiende la sabiduría mediante la cual él nos hace sabios.

Por lo tanto, con esa palabra "pasados" o "precedentes", el apóstol sale al cruce de un entendimiento tonto y carnal que intenta interpretar lo dicho por él más o menos en el sentido siguiente: Dios

cumplió la ley; en adelante ya no toma en cuenta el pecado; ya no quiere seguir considerando pecado lo que en tiempos pasados había considerado pecado. Por consiguiente, hagamos tranquilamente lo que hacíamos siempre: antes era pecado, pero ahora ya no lo es.

La expresión *confirmar la ley* (v.31) puede entenderse en dos sentidos: intrínsecamente, y extrínsecamente. La ley es confirmada intrínseca y formalmente cuando se lo enfrenta al hombre con el contenido y con las palabras de la ley para indicarle y explicarle qué debe hacer y qué no debe hacer. En cambio, la ley es "invalidada" cuando se la anula y abroga, de modo que ya no tiene carác-
WA ter obligatorio, y el atentar contra ella ya no constituye un "ilícito".
263 Tomando la expresión en tal sentido, la gente de mente carnal podría inferir que el apóstol invalida la ley por cuanto dice: No somos justificados por medio de la ley, sino que "aparte de la ley se ha manifestado y nos ha sido dada la justicia de Dios" (3:21). Por otra parte, la ley es establecida y confirmada extrínsecamente y por vía del ejemplo práctico cuando se hace lo que ella manda, y se omite lo que prohíbe. Leemos en el capítulo 35 de Jeremías: "Fue firme la palabra de Jonadab que él mandó a sus hijos, porque obedecieron al mandamiento de su padre" (v.14). Aquí se ve claramente: decir que "la palabra es firme" es decir que "se la obedece". Y en el v.16 del mismo capítulo leemos: "Los hijos de Jonadab tuvieron por firme el mandamiento que les dio su padre; pero este pueblo no me ha obedecido", quiere decir: no confirmaron ni establecieron mi mandamiento, sino que lo invalidaron. Véanse también los siguientes textos: Sal. 11:3: "Destruyeron lo que tú fundaste"; Sal. 119:126: "Tiempo es de actuar, oh Señor, porque han invalidado tu ley"; Hab. 1:4: "Por lo cual la ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad"; Jer. 31:32: "Ellos invalidaron mi pacto" por medio de su desobediencia. Por lo tanto, la ley es invalidada extrínsecamente cuando no se hace lo que manda, y se hace lo que prohíbe. En este sentido dice aquí el apóstol: *Sino que confirmamos la ley* (v.31), en otras palabras: decimos que por medio de la fe, la ley es cumplida y confirmada. Vosotros en cambio, los que no la cumplís, sino que incluso enseñáis que no es necesario cumplirla, al hacer creer a la gente que es suficiente hacer lo que es de la ley aunque no se tenga fe — vosotros no hacéis otra cosa que invalidar la ley. Por esto se agrega también en Ro. 8:3: ". . . lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne".

En el Salmo 18:36 dice así: "Ensanchaste mis pasos debajo de mí, y mis pies no han resbalado", o sea: el ejemplo de mi vida es corroborado cuando muchos lo imitan. Así solemos decir también que tal o cual gremio o partido es fuerte y de base sólida cuando cuenta con muchos afiliados; pero es debilitado y destruido cuando no tiene quienes le sigan.

Por consiguiente, la ley es confirmada en sí misma y en nosotros. En sí misma, cuando se la anuncia públicamente; en nosotros, cuando la cumplimos con nuestra voluntad y con nuestras obras. Pero sin fe, esto no lo puede hacer nadie. De ahí resulta que si carecemos de la gracia de Dios que sólo se alcanza mediante la fe en Cristo, constantemente invalidamos el pacto de Dios.

v.27. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe.

La ley de las obras necesariamente conduce al engreimiento y a la jactancia, pues el hombre justo, el que cumplió la ley, sin duda tiene algo de qué gloriarse y enorgullecerse. Pero los que creen pertenecer a esta categoría de personas, lo creen a base de haber cumplido de una manera meramente formal lo que la ley manda y prohíbe. Por eso no se humillan, no sienten repugnancia ante su condición de pecadores. No buscan ser justificados, no gimen por obtener justicia, porque viven en la firme confianza de poseerla ya. WA 264

Debe tenerse muy en cuenta, pues, lo que dice San Agustín en un pasaje ya citado: "Por medio de la ley de las obras, Dios dice al hombre: 'Haz lo que yo te ordeno'. En cambio, donde impera la ley de la fe, el hombre le habla a Dios, y le pide humildemente: 'Concédeme lo que me ordenas'."[67] Por esto, el pueblo de la ley contesta a la ley y a Dios cuya voz es la ley: "He hecho lo que me mandaste; las órdenes están cumplidas". El pueblo de la fe empero dice: "No puedo hacer lo que me mandas, y no lo he hecho; pero concédeme lo que me ordenas. No lo he hecho, pero tengo el vivo deseo de hacerlo. Y como no me es posible, te pido y te imploro que tú me des la capacidad de hacerlo". Así, el pueblo de la ley cae en soberbia y jactancia, pero el pueblo de la fe permanece humilde, despreciable ante sus propios ojos, de manera que la diferencia real entre los dos pueblos radica en que el uno dice: Yo lo he hecho, y el otro: Ruego que me des la capacidad de hacerlo. El uno dice: Ordéname lo que quieras, y lo haré; el otro: Concédeme lo que ordenas, a fin de que pueda hacerlo. El uno confía ufano en la justicia que ya cree poseer; el otro gime por recibirla.

Esto hace que la vida entera del pueblo nuevo, del pueblo creyente, del pueblo espiritual, consista en esto: en que con el gemir de su corazón, con el grito de su obra, con todos los esfuerzos de su cuerpo ansía, solicita e implora incesantemente una sola cosa: ser justificado siempre, hasta la muerte; no detenerse jamás, no caer nunca en el error de creer "haberlo alcanzado ya" (Fil.3:12),

[67] Véase pág. 148, nota 56.

no ver en ninguna de sus obras la meta de una justicia ya obtenida, sino estar siempre a la expectativa de la justicia como de algo que aún habita fuera de nosotros, mientras que nosotros aún seguimos viviendo y yaciendo en pecados.

Por lo tanto, cuando el apóstol dice que *somos justificados sin las obras de la ley* (v.28), no está hablando de las obras que se hacen con el deseo de obtener la justificación. Pues éstas ya no son obras de la ley, sino obras de la gracia y de la fe, porque el que las hace, no confía en que por hacerlas ya está justificado, sino antes bien desea ser justificado; tampoco cree haber cumplido ya la ley al hacer tales obras, sino que ansía cumplirla. Entonces, ¿qué son para el apóstol "obras de la ley"? Son las obras en las cuales las personas que las hacen fundan su justificación como si ésta ya fuera también un hecho consumado, y como si ellos mismos fuesen justos por haber hecho estas obras. No las hacen, por lo tanto, impulsados por el deseo de alcanzar justicia, sino para gloriarse de una justicia ya alcanzada. Y así los vemos detenerse, una vez hechas estas obras, como si ya hubieran dado cumplimiento perfecto a la ley, y ya no fuese necesaria otra justificación alguna. Y una actitud tal es sin duda alguna el colmo de la soberbia y del engreimiento. Pero hay más: incluso están muy equivocados los que creen que con hacer obras de la ley se cumple la ley. La ley es espiritual, y su cumplimiento requiere la participación plena y gozosa de nuestro corazón y de nuestra voluntad. Pero esta voluntad no la podemos 'producir' de ninguna manera con nuestras propias fuerzas, como ya lo hemos dicho repetidas veces. De este modo, los no creyentes podrán hacer *las obras* de la ley, pero no pueden hacer *lo que quiere* la ley.

Por esto, el pueblo de la fe pasa su vida entera buscando la
justificación. Su oración es: "Atráeme a ti" (Cnt. 1:3) y "En mi
lecho lo busqué; lo busqué, y no lo hallé" (Cnt. 3:1); "Lo llamé,
WA y no me respondió" (Cnt. 5:6), quiere decir: "Nunca creí haberlo
265 alcanzado ya, sino que siempre sigo buscando". Por esto, la voz del
pueblo de la fe se llama finalmente "la voz de la tórtola" (Cnt. 2:12)
por su incesante gemir y buscar. Y "Bienaventurados los que tienen
hambre de justicia" (Mt. 5:6).

Sal. 34:10: "Los que buscan al Señor no tendrán falta de ningún bien".

Sal. 14:2: "No hay quien busque a Dios", todos creen haberlo encontrado ya.

Sal. 105:4: "Buscad su rostro siempre", – no penséis que ya lo habéis hallado.

Sal. 105:45: "Para que buscasen sus estatutos".

Is. 21:12: "Preguntad si queréis, preguntad".

Is. 65:1: "Fui buscado por los que antes no preguntaban por mí".

La misma melodía resuena a través de todo el Salmo Octonario[68], casi en cada uno de sus versos:

"¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos!" (Sal. 119:5).

"Guardaré tus estatutos" (Sal. 119:145).

"Con todo mi corazón te he buscado; no me rechaces" (Sal. 119:10).

El propio apóstol no cree haberlo alcanzado ya, sino que se extiende a lo que está delante buscándolo, y al haberlo encontrado, olvida lo que queda atrás (Fil. 3:12–14). Pues el que busca de tal manera con el corazón y con sus obras, sin duda ya es justo delante de Dios, por el mismo hecho de que ruega ser justificado, y no piensa que ya es justo. Al confesar ser un pecador, no lo hace como quien se complace en sus pecados y se distancia de Dios, sino que lo hace para ser liberado de sus pecados y justificado, implorando siempre: "Perdónanos nuestras deudas" y "Santificado sea tu nombre" (Mt. 6:12,9).

Pero ¿qué se querrá decir con el pasaje de Is. 65:1: "Fui hallado de los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí"? Comp. Ro. 10:20. ¿Será que no debemos buscarlo, sino esperar hasta que él se deje hallar por casualidad? Seguramente que no; sino que este pasaje debe entenderse en primer lugar como una advertencia contra el insensato buscar de aquellos que buscan a Dios en un camino que ellos mismos escogieron, no en el camino donde Dios quiere que se lo busque y prometió ser hallado.

En segundo lugar, las palabras de Isaías deben entenderse en este otro sentido: La justicia de Dios nos es ofrecida sin méritos y obras nuestras — a nosotros que dirigimos nuestra actividad y nuestra búsqueda a cosas que poco o nada tienen que ver con la justicia de Dios. ¿Quién, en efecto, jamás ha buscado, o habría buscado, al WA
Verbo hecho carne, si este Verbo mismo no se hubiese manifestado? 266
Así que fue hallado, no buscado; mas una vez hallado, de ahí en adelante quiere ser buscado siempre de nuevo, y hallado en forma siempre más completa. Es "hallado" cuando nos apartamos del pecado y nos dirigimos (*convertimos*) a él, y es "buscado" mientras perseveremos en esta conversión.

Hay por lo tanto una diferencia entre pecadores y pecadores. Los unos son pecadores y confiesan haber pecado, pero no desean ser justificados; antes bien, descartan esto totalmente y siguen pecando como hombres que en la hora de la muerte caen en deses-

[68] El salmo 119, llamado por Lutero "Octonario" por estar dividido en estrofas de 8 versos cada una.

peración y mientras viven sirven al mundo. Los otros en cambio también son pecadores y confiesan estar pecando y haber pecado, pero este estado de cosas les causa un profundo dolor y los llena de odio contra sí mismos, razón por la cual desean ser justificados y elevan constantes súplicas y gemidos a Dios para que les otorgue su justicia. Estos son el pueblo de Dios que lleva sobre sus hombros cual yugo el juicio de la cruz.[69].

Del mismo modo difieren también los justos de los injustos. Los injustos afirman ser justos y no tienen deseo alguno de ser justificados; antes bien esperan ser premiados y adornados con una corona de honor. Los que en verdad son justos, afirman no serlo, sino que antes bien temen ser condenados y ansían ser justificados.

Por lo tanto: que seamos pecadores, no nos causa ningún daño, con tal que con todas nuestras fuerzas tratemos de ser justificados.

Por tal motivo el diablo, maestro consumado en mil ardides, nos persigue y nos acecha con increíble astucia. A unos los aparta de la senda recta envolviéndolos en pecados manifiestos. A otros, que creen estar ya justificados, los induce a detenerse en sus esfuerzos, volverse tibios, y desistir de sus ansias de justicia. De esto se habla en Ap. 3:14 con respecto al ángel de la iglesia en Laodicea. A un tercer grupo los hace caer en supersticiones y rarezas de tipo sectario, de manera que, como gente de una santidad mayor y dueña ya de la justicia, por cierto no se vuelven tibios, sino que despliegan una actividad febril, apartados de los demás a los que miran con orgulloso desdén. Y a un cuarto grupo los impulsa a que con insensato esfuerzo intenten ser puros y santos, libres de todo pecado. Y cuando se dan cuenta de haber pecado e incurrido involuntariamente en alguna maldad, los aterra con la amenaza del juicio y les causa tales cargos de conciencia que por poco caen en desesperación. Arteramente, el diablo detecta las flaquezas de cada cual, y de acuerdo con éstas le arma su trampa. Y como aquel cuarto grupo busca tan fervientemente la justicia, le resulta muy difícil al diablo persuadirlos a que hagan lo contrario. Por eso comienza por apoyarlos en su propósito, haciendo que exageren sus esfuerzos por desprenderse de toda concupiscencia. Y cuando no lo consiguen, los hace sentirse tristes, deprimidos, pusilánimes,
WA desesperados, e infunde en sus conciencias una terrible inquietud.
267 No nos queda, pues, otra salida: Tenemos que permanecer en nuestra condición de personas que cometen pecados, y, confiando en la misericordia de Dios, suplicarle que él nos libere de los mismos, como un convaleciente que, si tiene demasiada prisa por curarse,

[69] El "juicio de la cruz" = la humildad, en el sentido de juicio y acusación contra uno mismo.

corre el peligro de sufrir una recaída tanto más peligrosa. Es preciso, por lo tanto, ser curado poco a poco, y seguir soportando por algún tiempo diversas debilidades. Basta con que el pecado nos cause disgusto, aun cuando todavía no desaparezca del todo. Pues Cristo carga con todos los pecados, con tal que los aborrezcamos. Ya no son ahora pecados nuestros, sino suyos, y en cambio, la justicia de él ha llegado a ser propiedad nuestra.

Capítulo 4

v.3. Creyó Abraham a Dios. WA 267

Esta declaración de que "Abraham creyó" debe entenderse en un sentido absoluto y general, y no sólo como una referencia al caso concreto mencionado en Gn. 15:6. Lo que se quiere decir es que Abraham era un hombre que siempre estaba dispuesto a creer a Dios; siempre creía. Esto se desprende con toda claridad de lo relatado en Gn. cap. 12 y 13, donde igualmente se dice que Abraham creyó a Dios cuando éste lo llamó y le ordenó salir de su patria y marcharse a tierras extrañas. Por eso también en aquellas circunstancias, "le fue contado por justicia". Asimismo creyó a Dios (según Gn. 22) cuando se le mandó sacrificar a su hijo Isaac, y lo propio hizo en otras oportunidades. Y todo esto lo hizo por fe, como lo afirma el apóstol con palabras expresas en He. 11. Es por eso también que en este pasaje, las frases siguen una a la otra sin partícula copulativa, para que se entienda que lo dicho a continuación no se refiere sólo al caso particular precedente, sino de un modo general a cualquier acto de fe de Abraham. Tal es el caso con el texto: "Así será tu descendencia". Apenas terminadas estas palabras dichas por Dios, sigue inmediatamente, sin conjunción: "Creyó Abraham a Dios"[1]. Tampoco se dice: "Creyó Abraham a Dios lo que acababa de anunciarle", sino en forma muy general: Abraham creyó. Y "creyó Abraham *a Dios*", o sea, lo tuvo a Dios por veraz. "Creer a Dios" empero implica creerle siempre y en cualquier circunstancia. Todo esto fue dicho para que no se le ocurra a algún tonto reprochar al apóstol por recurrir al ejemplo particular de Abraham en su argumentación acerca de la fe en general, y para que no se diga que también con anterioridad a

[1] Comp. Gn. 15:5b, 6a en la Vulgata: "Et dixit ei: Sic erit semen tuum. Credidit Abram Deo".

Gn. 15:6 se había afirmado que Abraham agradó a Dios, sin hacer constar, sin embargo, que "creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia".

v.6. Como también David habla.

Este pasaje tenemos que construirlo de la siguiente manera: *La fe le es contada por justicia, como también David habla de* (esto es, asevera que) *la bienaventuranza del hombre* (esto es, que el hombre bienaventurado es aquel, o que la bienaventuranza
WA corresponde solamente al hombre aquel) *a quien Dios atribuye*
268 *justicia sin obras.* Con las *obras* aquí mencionadas debemos entender, como ya fue dicho en otras oportunidades, aquellas en que el hombre que las hizo se basa para creer que ya recibió la justicia y ya está en posesión de ella, como si fuera justo precisamente por haber hecho dichas obras, o como si Dios le considerase y aceptase como justo por haber hecho esas obras, lo cual no es cierto. Lo cierto es que Dios no acepta a la persona por causa de sus obras, sino las obras a causa de la persona; primero la persona, después las obras. Así nos lo muestra la Escritura: "Miró el Señor con agrado (primero) a Abel y (después) a su ofrenda" (Gn. 4:4). Queda en claro entonces que lo que se reprueba no son tanto esas obras en sí, sino la opinión necia que se tiene acerca de ellas, y el valor indebido que se les atribuye. Pues las mismas obras las hacen también los justos, pero no con el mismo impulso de su corazón: Los justos las hacen por su afán de buscar y obtener justicia por medio de ellas; los impíos en cambio, para hacer gala de su justicia y para jactarse de haberla alcanzado ya, justamente por haber hecho tales obras. Los unos, no satisfechos con haber hecho las obras, anhelan que también su corazón sea justificado y curado de sus deseos impuros; los otros se conforman con haber hecho obras que son buenas en su aspecto exterior; su vida interior en cambio los tiene sin cuidado. Por eso son simuladores e hipócritas, esto es, se parecen a los justos en la forma de su comportamiento exterior, pero en sus adentros no son verdaderamente justos. Este estado de cosas lo ilustra el pasaje de Job: "El ala del avestruz es similar al ala de la cigüeña y del halcón"[2] —pero el avestruz no puede volar ni agarrar una presa como puede hacerlo la cigüeña y el halcón. Los impíos se proclaman justos ellos mismos; los justos tratan de ser considerados justos por Dios. Los unos dicen y enseñan: justo es el que ha hecho esto

[2] Job 39:13, según la Vulgata. Al usar este pasaje, Lutero se basa en la interpretación moral de Lyra.

y aquello; los otros en cambio afirman: justo es "el varón a quien el Señor no inculpa de pecado" (Ro. 4:8). Aquéllos saben cuántas cosas y qué cosas hay que hacer para que uno sea justo; éstos empero no saben cuándo son justos, puesto que son justos sólo por la imputación de justicia de parte de Dios; pero de esta imputación nadie tiene pleno conocimiento: lo único que puede hacerse es pedirla y esperarla. Así es también que para aquéllos hay un tiempo en que creen ya no ser pecadores; éstos en cambio siempre saben que son pecadores. Por ende, para entender el pasaje

v.7. Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas,

es preciso tener en cuenta lo siguiente:

Intrínsecamente, los santos siempre son pecadores; por esto siempre son justificados extrínsecamente.

Los hipócritas, en cambio, intrínsecamente siempre son justos; por esto extrínsecamente siempre son pecadores.

Los santos son pecadores *intrínsecamente*, digo, o sea: tal como somos dentro de nosotros, a nuestros ojos, en el concepto que tenemos de nosotros mismos; extrínsecamente viene a ser entonces: tal como somos ante Dios y en el concepto de él. Por lo tanto WA
somos justos *extrínsecamente* cuando lo somos no por algo proce- 269
dente de nosotros, no por nuestras obras, sino sólo por la imputación de justicia de parte de Dios; pues su imputación no se basa en algo dentro de nosotros ni está en nuestro poder. Así tampoco nuestra justicia se basa en algo dentro de nosotros, ni está en nuestro poder. La prueba la tenemos en Oseas 13:9: "Tu perdición es cosa tuya, Israel; solamente en mí está tu ayuda" (quiere decir: dentro de ti no hay sino perdición; pero tu salvación está fuera de ti)[3], y en el Salmo 121:2: "Mi socorro viene del Señor", lo que equivale a decir que no viene de mí. *Intrínsecamente* empero somos pecadores, según la ley de la interrelación[4]. Pues si somos

[3] "La justicia del cristiano tiene su base fuera de nosotros, en el veredicto de Dios. Nuestra teología tiene un fundamento firme, porque nos ubica fuera de nosotros mismos. No tengo necesidad de apoyarme en mi propia conciencia, sino que me apoyo en la promesa y verdad divina, que no puede mentir". Comp. WA I, 370 ss.; 589.

[4] *Per naturam relativorum*, expresión tomada de Aristóteles, quien en la tercera de sus diez *Categorías* o Predicamentos incluye la declaración de que "*lo relativo* no puede existir sin su *correlativo*" (Categorías, c.7). Comp. WA 56, 269.

justos sólo por imputación de parte de Dios, *no* lo somos por nuestra propia manera de vivir o actuar. Por consiguiente, intrínsecamente y por nosotros mismos siempre somos impíos. Así nos lo dice el Salmo 51:3: "Mi pecado está siempre delante de mí", esto es, siempre tengo ante la vista el hecho de que soy pecador. "Contra ti he pecado" (i.e. soy pecador), "por esto tú justificarás en tu palabra, etc.". Y a la inversa: los hipócritas, por ser intrínsecamente justos, por fuerza y porque así lo exige aquella interrelación son injustos extrínsecamente, quiere decir, en el concepto de Dios, como lo confirma el Salmo 95:10: "Dije: Estos siempre yerran en su corazón", pervierten todas las palabras de las Escrituras, como por ejemplo aquella de que "Mi pecado está siempre delante de mí". Lo que ellos dicen es: Mi justicia está siempre delante de mí (o sea: la tengo ante la vista), y bienaventurados los que hacen obras de justicia. Ante ti, dicen, (no: 'he pecado', sino) estoy haciendo lo que es justo; pero en realidad están haciendo lo que parece ser justo ante los ojos de ellos mismos.

2.

"Asombroso es Dios para con sus santos" (Vulgata, Sal. 67:36), *que para él son al mismo tiempo justos e injustos.*

Y asombroso es Dios para con los hipócritas, que para él son al mismo tiempo injustos y justos.

Por cuanto los santos siempre tienen ante la vista su pecado y ruegan a Dios que les otorgue la justicia conforme a su misericordia, Dios también los tiene siempre por justos. Así que ante sí mismos y en verdad son injustos; pero ante Dios, que por tal confesión de pecados los considera justos, son justos. Siendo en realidad pecadores, son justos, porque Dios, que tiene compasión de ellos, los conceptúa justos. Son justos de una manera que sobrepasa su entendimiento, y son injustos según su propio saber y entender. De hecho
WA 270 son pecadores, pero son justos en esperanza. En esto piensa el salmista al decir: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cubiertos sus pecados" (Sal. 32:1). Por esto agrega: "Dije: confesaré contra mí mi injusticia" (esto es: siempre tendré ante la vista mi pecado para confesártelo). En consecuencia, "tú perdonaste la maldad de mi pecado" (v.5), no a mí solo, sino a todos. "Por esto", sigue diciendo el salmista, "orará a ti todo santo" (v.6). Ahí lo ves: todo santo es un pecador, y ora por sus pecados. Así, el justo es más que nada un acusador de sí mismo. Leemos además: "El justo por sus pecados suplicará"[5], y "Por tanto, confesaré mi maldad, y me contristaré por mi pecado",

[5] Eclesiástico o Sabiduría de Jesús Ben Sirá 39:5.

Sal. 38:18. ¡Cuán asombrosa es, por lo tanto, y cuán inmensamente dulce la misericordia de Dios quien al mismo tiempo nos tiene por pecadores y no-pecadores! A un mismo tiempo, el pecado permanece y no permanece. (Para entender bien este Salmo tenemos que guiarnos, pues, por su título[6]). Por otra parte, también la ira de Dios es asombrosa y además severa, porque a los impíos los tiene al mismo tiempo por injustos y por justos. A un mismo tiempo quita sus pecados, y no los quita. De ahí el

Corolario

WA 271

El apóstol habla aquí no solamente de los pecados cometidos con obras, palabras y pensamientos, sino también de aquel "fomes"[7] al que alude en el cap. 7:20: "No yo, sino el pecado que mora en mí". En el mismo capítulo (7:5) emplea la expresión "pasiones pecaminosas", o sea, deseos, aficiones, inclinaciones dirigidas a lo malo que, como dice, llevan fruto para muerte. De este modo, el pecado de comisión (como lo llaman los teólogos) es, dicho con más propiedad, el pecado en el sentido de obra y fruto de ese "pecado" que, estrictamente hablando, viene a ser aquella pasión, aquel fomes, aquella concupiscencia o inclinación a lo malo y la aversión a lo bueno, como se dice más adelante (7:7): "Yo ignoraba que la codicia es pecado". (Pues si las pasiones pecaminosas 'obran', 7:5, ellas mismas no son obras, sino que operan para que se produzcan frutos; luego tampoco son frutos). Y por el contrario: Así como nuestra justicia proveniente de Dios es precisamente esa inclinación a lo bueno y aversión a lo malo, un don interior obrado por la gracia, y las obras en cambio son en concreto los frutos de la justicia, así el pecado es la aversión a lo bueno y la inclinación a lo malo, y las obras del pecado son los frutos de ese "pecado en sentido estricto", como se verá más detalladamente en los capítulos 7 y 8. De este tipo de pecado hablan todos los textos que acaban de citarse, y así debemos entenderlos, p.ej.: "Bienaven-

[6] En WA 3, 211, Lutero indica como título del Salmo 38: "Salmo de David, para recordar o rememorar", y como contenido: "Triste queja de nuestro Mediador, que tiene que padecer por causa de nuestras transgresiones". Lutero sigue la línea de pensamiento de Faber, quien escribe: "Salmo acerca de Cristo el Señor. Guiado por el Espíritu, el profeta cita a Cristo como el que en nuestro lugar confiesa al Padre nuestros pecados como si fuesen los suyos propios". Comp. WA 56, 270, 11, nota.

[7] Fomes: causa que excita y promueve una cosa (Dicc. Durvan de la Lengua Española). Los teólogos escolásticos empleaban el término especialmente en la combinación *fomes concupiscentiae* para designar la desenfrenada y pecaminosa inclinación del ser humano hacia lo malo.

turados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas" (Sal.32:1); Ro. 4:7); "Dije: Confesaré contra mí mi injusticia al Señor", y "por esto orará a ti todo santo" (Sal. 32:5,6); "Yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí" (Sal. 51:3); asimismo: "Contra ti solo he pecado" (Sal. 51:4). Pues esta es la maldad que, por ser realmente pecado, Dios perdona mediante su misericordia no-imputadora, a todos los que reconocen esa maldad, la confiesan y odian, y desean ser sanados de la misma.

Resulta, entonces, que "si decimos que no tenemos pecado, somos mentirosos" (1 Jn. 1:8), y se equivoca grandemente el que cree que este mal puede curarse mediante las obras que uno hace. La experiencia nos enseña que por más obras buenas que hagamos, esta concupiscencia dirigida hacia lo malo queda, y no hay nadie que esté limpio de ella, ni siquiera un niñito de un día. Mas esta es la misericordia de Dios: que la concupiscencia queda, y sin embargo, no es contada por pecado a los que le invocan y gimen por ser liberados de ella. Pues éstos tendrán también un solícito cuidado respecto de sus obras, porque todo su afán es ser justificados. Así, pues, dentro de nosotros mismos somos pecadores, y no obstante somos justos por la fe por cuanto Dios nos considera tales, y esto porque damos crédito a la promesa que Dios nos hizo de liberarnos. Esto sí: es preciso que permanezcamos perseverantes a fin de que
WA el pecado no obtenga el dominio; antes bien, debemos oponerle
272 resistencia hasta que Dios lo quite de en medio.

El caso es similar al de un enfermo que cree al médico cuando éste le promete curarlo con absoluta seguridad, y que, en la esperanza del restablecimiento prometido, se atiene entre tanto a las prescripciones recibidas y se abstiene de las cosas que le fueron prohibidas, para no entorpecer la curación prometida y agravar su enfermedad, hasta que el médico cumple con la promesa dada. Ahora bien: ¿puede decirse que este enfermo está sano? No; en verdad está enfermo y a la vez sano. Está enfermo por el estado actual en que se halla. Pero está sano por la firme promesa del médico en cuya palabra confía, y el cual por su parte ya lo considera sano porque tiene la plena certeza de que lo sanará, porque ya inició el tratamiento y ya descartó la posibilidad de que este mal pueda causarle la muerte a su paciente. Del mismo modo, nuestro Samaritano Cristo llevó al hombre medio muerto, su paciente, a la posada para atenderlo, y comenzó a curarlo después de haberle prometido el restablecimiento perfecto que le garantizaría vida eterna. El pecado de este enfermo, o sea sus concupiscencias, no lo diagnostica como de efecto mortífero, sino que por lo pronto sólo le prescribe, en la esperanza del restablecimiento prometido, evitar todo cuanto pudiera impedir la curación y acrecentar el pecado, es decir, la concupiscencia. Ahora bien: ¿puede decirse que este hombre es

perfectamente justo? No, sino que es al mismo tiempo pecador y justo; pecador por el estado actual en que se halla, pero justo en virtud del concepto que Dios tiene de él y de la firme promesa que le hizo de librarlo del pecado, para un día dejarlo perfectamente sano. De esta manera goza de perfecta salud en esperanza, de hecho sin embargo sigue siendo pecador, pero ya con un comienzo de justicia, a fin de que siga buscando siempre, consciente siempre de ser injusto. Pero ¿qué pasa si este enfermo, encariñado con su mal, rehúsa todo tratamiento? ¿No será que lo espera una muerte WA
segura? Tal es lo que ocurre con los que en su vida en este mundo 273
dan rienda suelta a sus malos deseos. O si un enfermo cree no estar enfermo sino sano, y por esto rechaza la intervención de un médico: este es el caso del que quiere alcanzar justicia y salud por medio de sus propias obras.

Pero si esto es así, entonces o yo jamás lo he entendido bien, o jamás han hablado con suficiente claridad acerca del pecado y de la gracia aquellos teólogos escolásticos[8] que sueñan con que el pecado que heredamos de nuestros primeros padres es removido enteramente así como es removido el pecado que cometemos cada uno diariamente, como si se tratara de cosas amovibles en un abrir y cerrar de ojos, igual que las tinieblas que tienen que huir de la luz. Los antiguos santos padres Agustín y Ambrosio se expresaron de una manera muy diferente. Claro: ellos siguieron el pensamiento de las Escrituras, los teólogos escolásticos en cambio siguieron el pensamiento de Aristóteles en su Moral[9], el cual basaba los pecados y la justicia en las obras, y por tanto en la existencia o ausencia de las mismas. Pero San Agustín dijo con meridiana claridad que "el WA
pecado, la concupiscencia, es perdonado en el bautismo, no como 274
que haya dejado de existir, sino porque ya no le es imputado al hombre como pecado"[10]. Y San Ambrosio dice: "Siempre peco, por esto siempre comulgo"[11]. Y a base de esto, yo en mi estupidez no pude entender por qué razón yo debía considerarme un pecador igual a todos los demás y por lo tanto no creerme mejor que ningún otro, a pesar de haber sentido la debida contrición y de haberme confesado. ¿Acaso, pensaba yo, con esto no había sido liquidado y eliminado todo, también intrínsecamente? Pues si yo debía equipararme con los demás pecadores a causa de los pecados que cometí en el pasado, que según dicen hay que recordarlos siempre (y dicen

[8] Duns Scotus, G. Biel, G. Occam; comp. WA 56, 273, 4, nota.

[9] Comp. cap. 1, pág. 43, nota 33.

[10] Agustín, *De nuptiis et concupiscentia*, I, 25, 28. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 430.

[11] Ambrosio, *De sacramentis*, IV, 6, 28. Patrol. Ser. Lat. XVI, 464

la verdad, sólo que no la dicen con suficiente claridad), entonces en mi errada opinión estos pecados no habían sido perdonados, —a pesar de que Dios prometió que están perdonados a quienes los confiesan. Y así yo sostenía una lucha conmigo mismo, no sabiendo que la remisión es por cierto un hecho concreto, pero que no obstante no existe una eliminación del pecado sino en esperanza, esto es, que los pecados habrán de ser quitados mediante el otorgamiento de la gracia que comienza a quitarlos, proceso que consiste en que en adelante ya no son imputados al hombre como pecado. Por esa razón es una tremenda locura sostener que el hombre puede con sus propias fuerzas amar a Dios sobre todas las cosas y hacer las obras exigidas por la ley "conforme al acto en sí aunque no conforme a la intención del legislador"[12], por cuanto no las hace en estado de gracia[13]. ¡Ah, gente estulta, teólogos de porquería![14] ¡Conque la gracia era necesaria sólo a causa de nuevas exigencias que sobrepasaban el marco trazado por la ley! Pues si es posible cumplir la ley con las propias fuerzas, como dicen, no hace falta la gracia para cumplir la ley misma, sino sólo para cumplir una nueva exigencia impuesta por Dios por sobre la ley ya existente. ¿Quién
WA puede tolerar ideas tan sacrílegas? ¿Acaso no dice el apóstol que
275 "la ley produce ira" (Ro. 4:15), que "la ley era débil por la carne" (Ro. 8:3) y que no puede ser cumplida en absoluto por quien no posee la gracia? Al menos la propia experiencia podría haber advertido a esos teólogos que su opinión era totalmente descabellada, y que debían avergonzarse de ella con ánimo penitente. Pues quieran o no quieran: se han de dar cuenta de los deseos nada puros que hay en su interior. Por eso digo ahora: ¡Vamos, señores, arremangaos,

[12] G. Biel, *Sentent.* II dist. 28: "Homo per liberum arbitrium ex suis naturalibus potest divina precepta quoad actus substantiam implere, sed non ad intentionem precipientis, que est consecutio salutis nostrae".

[13] P. ej. Duns Scotus, Occam, Pedro d' Ailli, Gerson; G. Biel dice: El libre albedrío, por sus propias fuerzas naturales y sin el don de la gracia divina puede evitar todo nuevo pecado, puesto que la razón humana lleva inherente una rectitud moral, y el albedrío, en virtud de su libertad, puede adquirir características iguales. Dios no da mandamientos que no se pueden cumplir. Quien afirma tal cosa, sea anatema. Biel escribe además: El pecador puede "tornarse hacia Dios" mediante la contemplación de la suprema bondad y perfección de Dios. Puede provocar en sí con sus fuerzas puramente naturales un acto de perfecto amor a Dios, con lo cual se dispone en forma suficiente para la recepción de la gracia. Así como el hombre falible puede con sus fuerzas puramente naturales amar la criatura sobre todas las cosas y disfrutarla, así puede con su misma razón y con las mismas fuerzas naturales amar a Dios el Creador sobre todas las cosas y disfrutarlo. Comp. WA 56, 247, 12, 13 nota.

[14] En medio del texto latino aparece esta expresión fuerte y poco académica en alemán: *O Sawtheologen!*

sed hombres! ¡Empeñad todas vuestras fuerzas para lograr que ya no habiten en vosotros esos apetitos desordenados! ¡Probad que es verdad lo que andáis diciendo, que "con todas las fuerzas" es posible amar a Dios de un modo natural, en una palabra: sin la gracia! Si no hay en vosotros malos deseos, os creemos. Pero si vivís con ellos y en ellos, ya no cumplís tampoco la ley. Sabéis muy bien que la ley dice: "No codiciarás (Ex. 20:17), sino "Amarás a tu Dios" (Dt. 6:5). Pero el que desea o ama otra cosa, ¿puede el tal amar a Dios? Esta concupiscencia empero siempre la tenemos metida dentro de nosotros. Por lo tanto jamás puede haber en nosotros un amor a Dios a menos que la gracia divina comience a implantarlo, y a menos que ese resto de concupiscencia que todavía necesita ser curado y que todavía no nos permite "amar a Dios de todo corazón" (Lc. 10:27), no nos sea imputado como pecado, hasta que sea eliminado por completo, y sea donado el amor perfecto a Dios a los creyentes que luchan por él con perseverancia hasta su fin.

Todas estas monstruosidades tuvieron su origen en el hecho de que no se sabía qué es el pecado ni qué es el perdón. Al pecado lo dejaron reducido a cierto minúsculo impulso del alma, y lo mismo pasó con la justicia. Pues se decía que por cuanto la voluntad posee aquella "synteresis"[15], ella "se ve inclinada", si bien débilmente, "hacia lo bueno". ¡Y ese impulso minúsculo de la voluntad hacia Dios (que cualquiera puede provocar con sus fuerzas naturales) se lo imaginan como un acto mediante el cual se ama a Dios sobre todas las cosas! Pero no tienes más que fijarte en el hombre como es en su totalidad, lleno hasta la coronilla de deseos pecaminosos (a pesar de aquel minúsculo impulso). Según lo exige la ley, este hombre tendría que estar vacío, para poder ser llevado enteramente a Dios. Por esto Isaías les dice en son de burla: "Haced bien, o mal, si podéis" (Is. 41:23). Esta vida presente es, por lo tanto, una vida de curación del pecado, no una vida en que el pecado ya no existe y la curación ya ha culminado en un restablecimiento completo de la salud. La iglesia es una posada y un sanatorio para gente que está enferma y necesitada de atención médica. El cielo empero es el palacio donde residen los sanos y justos, como dice WA
S. Pedro (2 P. 3:13): "El Señor hará cielos nuevos y tierra nueva, 276
en los cuales mora la justicia". Aquí abajo la justicia todavía no mora, pero se está preparando entre tanto una morada curando los pecados.

Este era, pues, el concepto de "pecado" que tenían todos los santos, como lo profetizó David en el Salmo 32 (v.5 y ss.). Por esto todos se confesaron pecadores, como lo vemos claramente en los

[15] Véase pág. 49, nota 43.

libros de San Agustín[16]. Nuestros teólogos en cambio derivaron la discusión acerca del pecado al tema de las obras únicamente y empezaron a enseñar sólo aquello que dejaba a salvo las obras, sin decir una palabra acerca de cómo los hombres deben buscar con gemidos y humildad la gracia salvadora y reconocer su condición de pecadores. De esta manera los convierten inevitablemente en personas orgullosas y los llevan a creer que ya son perfectamente justos si hicieron ciertas obras de aspecto exterior inobjetable, personas que ni por un momento piensan en declarar la guerra a las concupiscencias mediante un continuo suspirar al Señor. Por esto también se registran en la iglesia de nuestros días tantas reincidencias después de la confesión: la gente no sabe que tienen necesidad de *ser* justificados, sino que confían en que ya *están* justificados, y de esta manera tropiezan y caen por culpa de su equivocada sensación de seguridad, sin que el diablo tenga que hacer el menor esfuerzo. Esto es lo que resulta cuando se construye una justicia a base de obras. Y aunque imploren a Dios para que les dé su gracia, no lo hacen del modo correcto, sino sólo para pedir perdón por un pecado determinado. Mas los que pertenecen a Cristo, tienen el espíritu de Cristo y actúan en forma correcta, aunque no entiendan lo que acabamos de exponer. Es que ellos actúan antes de entender; más aún: su fuente para el entendimiento es la vida misma mucho más que la instrucción que pudieran haber recibido.

Hay algo todavía que se objeta a lo que dijimos en cuanto a que la justicia de Dios es imputada a los creyentes sin que se les exigieran determinadas obras. Resulta que en las leyendas de muchos santos se habla de que algunas de sus obras u oraciones les fueron contadas por justicia por Dios y recomendadas a los demás como ejemplos. Surge entonces la pregunta: ¿Fueron ellos justificados a base de obras de esta índole? Respuesta: una observación muy oportuna, que por una parte pone de manifiesto un grave error, y por otra parte contribuye a que se pueda entender aún más claramente lo antedicho. El error lo cometen los que sin más ni más quieren imitar, con fuerzas que ellos mismos se atribuyen, todo aquello que fue bien conceptuado por Dios, y ser a su vez considerados justos por hacer obras similares a las de los santos en cuyo obrar el Señor tuvo complacencia. Pero esto es ir en busca de una justicia basada en las obras, y de ninguna manera significa una imitación del ejemplo dado por los santos, sino una tergiversación. Pues aquellos cuyas obras les fueron contadas por justicia y recomendadas a otros, no las hicieron con la intención de ser considerados justos a raíz de ello. Ni siquiera sabían si Dios las aceptaría.

[16] Lutero estará pensando en las *Confesiones* de San Agustín.

Hacían, sí, lo que estaba en su poder, con humilde fe, rogando siempre que sus obras fuesen gratas a Dios conforme a su misericordia. Y así, habiendo sido aceptados como justos primeramente ellos mismos a causa del humilde gemido de su fe, fueron aceptadas y aprobadas luego también sus obras. Tú empero, que en tu insensatez lo pones todo cabeza abajo, comienzas por las obras consideradas justas, y dejas a un lado ese gemido en lo profundo por el cual tú serías considerado jsuto antes que tus obras, como lo fueron WA
también aquéllos. Por tus solas obras quieres ser tenido por justo, 277
quieres que se mire siempre "a la ofrenda" y después "a Abel"[17] – pero esto no ocurrirá. Y esta insania es promulgada ahora con ardor y por doquier en los púlpitos de quienes tendrían que estar predicando la palabra de Dios.

Explicación de los versículos del salmo

En el texto hebreo de este salmo (32) se usan tres vocablos distintos para "pecados". Según Juan Reuchlin[18], el texto reza así: "Bienaventurado el que es liberado del crimen, al que le es cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre aquel: el Señor no le imputará iniquidad", (Sal. 32:1,2). No entiendo qué diferencia hay entre estos tres "pecados". Con la primera palabra, *crimen,* que es interpretada de varias maneras y que en hebreo es *Phescha,* yo entendería la acción pecaminosa misma. La segunda, *peccatum,* en hebreo *Hataa,* que casi siempre se traduce con "pecado", la entendería como ese pecado que tenemos dentro de nosotros cual raíz de todos los males, o sea, el deseo dirigido hacia lo malo. A la tercera, *iniquitas,* en hebreo *Awon,* reproducida en todas partes con "iniquidad", yo le daría el significado específico de "hipocresía", si a ello no se opusiera aquel otro texto: "Lávame más y más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado" (Sal. 51:2). Aquí, las dos palabras parecen haberse usado para expresar una misma cosa, de modo que una persona es un *inicuo* a causa de un distanciarse, y un *pecador* a causa de un acercarse, de lo bueno en el primer caso, a lo malo en el segundo, mancillado en el primer caso por omitir hacer el bien y en el segundo por cometer el mal – si es que realmente es *inicuo* posponer a Dios a la criatura, y malo o *pecaminoso* adherir a una criatura donde no se puede hallar el bien que allí ha sido pospuesto inicuamente. Así que:

17 Gn. 4:4 comp. pág. 164.
18 J. Reuchlin, *Septem psalmi poenitentiales*, 1512.

En primer lugar, el salmista dice: "Bienaventurado (esto es, ¡dichoso de él!) el que es liberado", o sea, el que por medio de la gracia es librado de la carga del crimen o "pecado actual" que ha cometido. Pero esto no basta a menos que al mismo tiempo le sea "cubierto su pecado", es decir, a menos que la maldad de fondo que hay en él no le sea imputada como pecado. Pues el pecado es "cubierto" cuando, a pesar de seguir existiendo, no se lo mira, no se lo observa, no se lo pone en la cuenta del que lo cometió. Que el hombre es liberado – o mejor dicho: que el hombre, por ser liberado, virtualmente ya es libre – significa que obtiene la liberación no por sus propias fuerzas, sino por medio de la actividad de
WA 278 Dios, siendo el hombre el objeto pasivo de la misma. Pues no dice: "Bienaventurado el que se libera (lo que implicaría: "por sus propios méritos"), sino: el que es liberado.

A esto debo agregar: el "cubrir los pecados" se produce por medio de Cristo que habita en nosotros. En la persona de Rut tenemos un ejemplo para ello cuando ella dijo a Booz: "Extiende el borde de tu capa sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano" (Rut 3:9). "Y ella levantó el borde de la capa de Booz y se acostó a sus pies" (Rut 3:7), esto es: el alma se acuesta a los pies de la benignidad de Cristo y es cubierta con Su justicia. Hay otros textos más que vienen al caso: Ez. 16:8: "Y extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu desnudez". Sal. 63:7: "En la sombra de tus alas me regocijaré". Sal. 45: "Hijas de reyes andan en tu gloria"[19], es decir, en tu esplendor, cuando son honradas por ti y tú en ellas. Y "en tu gloria y tu esplendor marcha, cabalga" (Sal. 45:3,4), porque el mal obrar ha sido perdonado y el residuo del pecado o de ese "fomes" no es imputado hasta quedar sanado.

Entonces puede afirmarse en tercer lugar que ya el hombre aún impío es en realidad un hombre justificado, porque si bien todavía es un pecador, no es un impío[20]. Pues "impío" es llamado el hombre que no honra a Dios, sino que le da las espaldas y no le teme ni respeta. Mas el hombre que ha sido justificado y cuyos "pecados han sido cubiertos", ya está enderezado hacia Dios, ya es piadoso, porque reverencia a Dios y lo busca con fe y temor. Y por tal motivo Dios lo considera piadoso y justo. En el mismo salmo (32:5) leemos: "Tú perdonaste la impiedad de mi pecado". Lo que el salmista llama aquí "impiedad", lo llamó anteriormente "pecado";

[19] En la Vulgata: Sal. 44:10, citado por Lutero en forma fragmentaria y descontextualizada.

[20] El primer "impío" debe entenderse en el sentido de "pecador, pero con el pecado cubierto"; el segundo, conforme a la explicación que Lutero da a continuación.

pues lo mismo es decir "Perdonaste la impiedad" que "El Señor no culpó de pecado" (32:2). El sentido es, por lo tanto: No basta con que nosotros mismos nos tengamos por piadosos, porque el tenernos por tales es cosa que corresponde al Señor, y él tiene por piadosos solamente a aquellos "cuyos pecados han sido perdonados y cubiertos" (32:1). Es a ellos a quienes Dios no imputará la impiedad, sino antes bien la piedad, porque "en el espíritu de ellos no habrá engaño" (32:2); pero sí tiene que haberlo en el espíritu de los que no se tienen por impíos aunque sus pecados no han quedado cubiertos por Dios ni sus iniquidades perdonadas.

Corolario

Es una tontería absurda decir que "Dios nos obligó a poseer la gracia, luego nos obligó a algo imposible"[21]. No puedo menos que salir en defensa de nuestro tan piadoso Dios. El nada tiene que ver con lo que aquí se le reprocha. No hizo tal cosa. No obligó a nadie a *poseer* la gracia. A lo que nos obligó fue a cumplir la ley, a fin de que él tuviera la oportunidad de *darnos* su gracia, cuando, humillados, se la pedimos. Aquéllos en cambio convierten la gracia en algo que despierta nuestra indignación y se la imaginan como algo que merece ser odiado. Pues ¿qué se quiere decir con esto: "Dios nos obligó a poseer la gracia; Dios no admite un cumplimiento de la ley que es sólo un cumplimiento conforme al acto en sí pero no conforme a la intención del legislador"[22]? ¿Acaso no se quiere decir: "En realidad, nosotros podemos cumplir la ley también sin poseer la gracia. ¿No basta con que Dios nos haya echado encima la carga de la ley? ¿Qué necesidad tiene de imponernos esa nueva exigencia de poseer su gracia?" ¡Qué presunción! ¡Qué ignorancia en cuanto al pecado, a Dios, a la ley! A pesar de que Dios ofrece a los míseros pecadores su gracia porque ve que no somos capaces de cumplir su ley, a fin de que en virtud de su gracia la podamos cumplir — a pesar de esto, aquellos teólogos todavía no han quedado humillados, todavía no saben que la ley no se puede cumplir ni aun "conforme al acto en sí" (como lo expresan ellos mismos), a no ser que con el "acto en sí" se entienda sólo la operación exterior, cosa que ellos sin embargo no hacen, sino que incluyen también la operación interior. En efecto, según la definición de ellos, se trata de un actuar por causa de Dios y originado en el corazón mediante la provocación, en forma natural, de un acto volitivo; todo esto confluye en aquel "acto en sí". ¡Necios que son! No se

(WA 279)

21 Comp. lo dicho en el Corolario, págs. 55 ss.
22 Comp. pág. 170, nota 12.

dan cuenta de que la voluntad, si tuviera vía libre, jamás se atendría a lo que prescribe la ley, puesto que siente repugnancia a lo bueno e inclinación a lo malo. Así lo experimentan con toda certeza en su propia vida, y no obstante se atreven a hablar tan impía y sacrílegamente. Pues en tanto que la voluntad siente repugnancia a la ley, se opone a ella, y por ende no la cumple. Por lo tanto necesita de la gracia que la haga cumplir la ley de buena gana y hasta con gozo.

Por eso estuve en lo correcto al decir que todo el bien nuestro está fuera de nosotros; y este bien es Cristo, como dice el apóstol (1 Co. 1:30): "El cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención". Nada de esto hay en nosotros sino por medio de la fe y esperanza en Cristo. De ahí también que toda la alabanza de la iglesia expresada en el Cantar de los Cantares tenga por destinatario a Cristo que habita en ella por medio de la fe, así como toda la luz que hay en la tierra no proviene de la tierra misma sino del sol que derrama sobre ella sus rayos. Asimismo, en el Cantar de los Cantares la iglesia confiesa a menudo que está desnuda, y que su único deseo se dirige a su Esposo. Así está escrito: "Llévame en pos de ti; en el olor de tus suaves ungüentos correremos" (Cnt. 1:3,4). Esto es la iglesia: siempre busca, siempre desea, siempre canta las alabanzas de su Esposo, con lo cual da a entender claramente que dentro de ella es vacía y pobre, y que su plenitud y su justicia la encuentra sólo fuera de ella. Pues si las confesiones de los santos hemos de entenderlas como referencias a los pecados del pasado únicamente, y como una demostración de que al pre-
WA sente, los santos están limpios, ¿cómo se explica entonces que
280 ellos confiesan no sólo pecados del pasado sino también del presente? Hay una sola explicación: ellos saben que en su interior habita el pecado, pero que por causa de Cristo, este pecado es cubierto y no les es imputado. Con esto declaran que todo su bien se halla fuera de ellos, en Cristo, el cual sin embargo vive en ellos por medio de la fe. En el Salmo 45:1, el profeta dice que "su corazón reboza palabra buena", i.e. dulce, consoladora. ¿Qué palabra es ésta? "Eres el más hermoso de los hijos de los hombres" (Sal. 45:2), o sea: Cristo solo es hermoso, todos los hijos de los hombres son feos. Por esto, "adelántate en tu gloria y en tu hermosura, avanza prósperamente y reina!" (Sal. 45:3,4). Nosotros somos su reino; pero la hermosura que hay en nosotros no es nuestra, sino que procede de él; él cubre con ella nuestra fealdad.

Esto hace que muchos se entreguen a la desidia y a una falsa seguridad, confiando en un dicho atribuido a San Agustín: "La justicia consiste en gran parte en el querer ser justo"[23]. El más

[23] Comp. pág. 145, nota 52.

diminuto "acto volitivo provocado", que para colmo se apaga en seguida y no conduce a nada, lo ven como un "querer", y sin embargo, con ese querer transitan por la vida roncando con la mayor despreocupación. Lo cierto es que el "querer" *es* justicia, no una gran parte de ella, sino toda la justicia que podemos poseer en esta vida; pero no el querer como lo entienden ellos, sino el querer del que habla el apóstol en el cap. 7:18: "El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo". En efecto: *Esta vida entera es un tiempo en que se quiere ser justo, sin que jamás lo alcancemos del todo; porque esto queda reservado para la vida venidera.* "Querer" significa entonces: demostrar con todas las fuerzas, con todo empeño, con nuestras oraciones, con nuestro obrar y también con nuestro sufrir, que anhelamos la justicia, pero que todavía no hemos alcanzado lo perfecto. Acerca de este tema, véanse las excelentes y exhaustivas exposiciones en muchas de las obras de San Agustín, WA
especialmente en el *Libro II Contra Julián*[24], donde cita a San 281
Ambrosio, Hilario, Cipriano, Crisóstomo, Basilio, Gregorio Nacianceno, Ireneo, Reticio y Olimpo.

Así que la madre de los hipócritas y la causa de la hipocresía es precisamente esa despreocupada seguridad. Pues al dejarnos que permanezcamos en el pecado aquel, en el fomes y en la concupiscencia, Dios lo hace para mantenernos humildes y temerosos de él, a fin de que de este modo siempre recurramos a su gracia, con un miedo constante de caer en pecados, es decir, suplicando siempre que no nos impute el pecado y no permita que seamos dominados por el mismo. Esta es justamente la razón por qué pecamos: por no sentir temor; ya ese mal nuestro de no sentir temor es en sí un pecado, pues debido a él fallamos en amar a Dios sobre todas las cosas. Y la única manera de convertirlo en un pecado venial y no imputado es: elevar a causa de él nuestros gemidos al cielo; pedir humilde y solícitamente que Dios en su misericordia no tome este pecado como motivo para condenarnos, ni nos lo impute; rogarle que por su gracia lo quite de nosotros; y confesar con lamentos, arrepentimiento, dolor y lágrimas que por causa de este mal somos pecadores y nos consideramos pecadores. Pues ni bien desaparecen aquel temor y aquella preocupación, aparece la funesta seguridad. Y una vez arraigada la seguridad, inmediatamente vuelve a entrar en vigencia su imputación como pecado, porque Dios determinó que excluirá de esta imputación solamente al que gime y teme e implora con asiduidad su misericordia. Con esta tan misericordiosa determinación, nuestro buen Dios nos obliga a que nos sintamos

[24] Agustín, *Contra Iulianum* II, 2, 4-10. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 674-700. Julián, obispo de Eclana, defendía la herejía pelagiana.

hastiados de esta vida presente y esperemos la vida venidera, que ansiemos su gracia, odiemos el pecado y nos arrepintamos de él, etc.

Por esta razón, lo que más reprochan las Sagradas Escrituras a los hipócritas y a los que se tienen a sí mismos por santos, y lo que más les atribuye como causa de su soberbia, es esa seguridad con
WA que echan lejos de sí el temor de Dios: Prov. 1:29: "Por cuanto
282 aborrecieron la sabiduría y no escogieron el temor del Señor ni quisieron mi consejo, etc.;" Sal. 36:1: "No hay temor de Dios delante de sus ojos"; Os. 10:3: "No tememos al Señor". Esta miseria es la consecuencia de que no se esfuerzan por echar fuera aquel pecado interior, sosteniendo que "pecado" es solamente la acción, la palabra y el pensamiento pecaminosos. Lavados éstos por medio de la confesión, viven tranquilos y seguros, sin cuidarse en lo más mínimo de sanar con gemidos de arrepentimiento también aquel pecado interior a fin de que no les sea imputado. Así leemos en Ap. 3:17: "Tú dices: Yo soy rico, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, desnudo y pobre". Y el apóstol dice (1 Co. 5:7): "Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois". ¿Quién de ellos, en efecto, comprende que lo uno y lo otro vale por igual, que son sin levadura, y que al mismo tiempo deben ser limpiados de la vieja levadura? Sin embargo, así es; pero sólo porque lo uno existe en realidad, mientras que lo otro es válido a causa de la humildad de la fe en temor y esperanza y a causa de la no-imputación por parte de Dios. Es verdad: tienen dentro de sí la vieja levadura, pero les duele tenerla, y acuden a Dios implorando su gracia; y a raíz de ello son sin levadura por cuanto Dios no les cuenta la vieja levadura por pecado, sino que la deja ahí para que sea limpiada. Por consiguiente: el que toma en cuenta sólo el pecado cometido con pensamientos, palabras y obras y sólo se esfuerza por limpiarse de éste, pronto cae en presunción y seguridad porque sabe que es limpiado por medio del sacramento y de la confesión, y así sigue en su camino sin temor, creyendo no tener ya pecado alguno.

Otros en cambio son demasiado temerosos. Estos pecan en la otra dirección, apresurándose en exceso para limpiarse de la vieja levadura y llegar a la salud perfecta. Incluso aquel pecado interior lo quisieran extirpar de cuajo. Y como no logran hacerlo, sino que sufren frecuentes caídas, se entristecen, el ánimo se les viene abajo, y son presa de la desesperación. Por cuanto su celo exagerado y su impetuoso apresuramiento no cuenta con la cooperación de la gracia, se empeñan en alcanzar con sus propias fuerzas una limpieza perfecta, y con este intento fracasan en la forma más penosa. (Verdad es que no poseen aquella seguridad; sin embargo corren hacia la meta que los otros ya han alcanzado. Ambos, pues, buscan

la seguridad e intentan evadir el temor de Dios: los unos ya están haciéndolo con sus obras, los otros lo hacen con su ardiente deseo, con el resultado de que ni los unos ni los otros temen a Dios). Estos tímidos temen en exceso, hasta con un temor tonto, porque creen agradar a Dios por ser *limpios*, lo que a su vez los lleva a creer que inevitablemente tendrán que desagradar a Dios si no son limpios. Nada saben de la misericordia de Dios que habrían tenido que implorar para que el Señor no les contara por pecado el no ser limpios. De esta manera, también ellos se apoyan en sus propias fuerzas, con gravísimo peligro para ellos mismos.

Así resulta que los primeros pecan por el lado derecho: por considerar innecesario todo temor, se entregan a la seguridad. Y los segundos pecan por el lado izquierdo: por no recurrir a la misericordia, caen en desesperación; no saben que no es posible que WA
este pecado interior sea quitado en esta vida, pero esto es justa- 283
mente lo que quieren. Los primeros a su vez quieren lo mismo, sin saber que dicho pecado es imputado a los que se sienten seguros y sin temor. El hecho es que ambos ignoran la verdadera naturaleza de este pecado y no le dan la debida importancia, sino que se fijan sólo en el pecado actual, como dije, que los segundos creen tener que extirpar hasta alcanzar la pureza perfecta, y al no lograrlo se consideran perdidos; los primeros en cambio, teniéndose por limpios, se tienen también por ya salvados, a pesar de que es imposible estar libre de todo pecado actual mientras subsista aquel pecado básico y heredado. Por lo tanto, el camino real[25] y el camino de la paz en el Espíritu es éste: tener el conocimiento correcto del pecado y odiarlo, y andar de esta manera en el temor de Dios para que él no nos impute el pecado ni permita que llegue a dominarnos; y no obstante, invocar la misericordia de Dios para que él nos libre del pecado y no nos lo impute. El temor evitará que nos desviemos hacia la derecha, la misericordia evitará que nos desviemos hacia la izquierda. El temor excluirá la seguridad, la misericordia excluirá la desesperación. El temor impedirá que nos complazcamos en nuestra presunta perfección, la misericordia impedirá que desesperemos de Dios.

Pues bien: para acabar de una vez con estas reflexiones acerca de los versículos del salmo, veamos aquellos tres términos hebreos, a saber: *Phescha*, que significa crímenes, delitos o pecados actuales, prevaricaciones, transgresiones. *Hataa* significa 'fomes', pecado heredado o básico, deseo pecaminoso, enfermedad de nuestra natura-

[25] Expresión basada en Nm. 21:22. Es "el camino medio entre la temeridad y la desesperación" que debemos transitar para "mantenernos en la verdadera humildad y esperanza". Lutero, *De las Llaves* (1530), WA 30 II, 504. Comp. WA 56, 283, 7, nota.

leza. *Awon* por su parte es la injusticia, i.e. la ausencia de justicia, o el hecho de que el hombre no es justo delante de Dios aunque haga muchas obras buenas y justas. Tal injusticia nos es imputada precisamente por causa de aquellos crímenes o aquel pecado. Así, la injusticia tiene que ver con la imputación de Dios, al igual que la justicia; y la podemos definir como pecado de omisión y como
WA falta de veneración y piedad para con Dios. De esto habla el após-
284 tol en el cap. 3:10: "No hay justo, ni aun uno", quiere decir: el hombre tiene injusticia, y ese "tener" es lo mismo que no tener nada: el hombre no es considerado justo por Dios aunque haga obras buenas; porque las obras no crean esta justicia, como tampoco quitan la injusticia. Hay en hebreo un cuarto término, *Rascha,* que significa impiedad. Es el vicio de la soberbia, la negación de la verdad y justicia de Dios, la implantación de la justicia propia, la defensa de la sabiduría de la mente propia. Todo esto convierte a los hombres en desleales, heréticos, cismáticos, supersticiosos, individualistas o particularistas[26]. Acerca de esto se dice en el Salmo 80:14: "Una bestia singular le ha devorado"[27].

Por lo tanto, lo que quiere decirnos el salmo es esto: Bienaventurado (cabe hacer notar que en el texto hebreo se usa el singular[28]) el hombre que es liberado del crimen o *Phescha* (i.e. el hombre al que le son perdonados sus delitos y crímenes, sus pecados actuales y sus prevaricaciones, productos todos del mal de la concuspiscencia) y cuyos pecados han sido cubiertos; en hebreo: que (o cuyo pecado) ha sido cubierto, a saber, al que le ha sido cubierto ese 'fomes' mediante la no-imputación de Dios a causa de las súplicas que por tal motivo le hace con humildad y fe. Así que: el hombre al que le ha sido perdonada esta doble maldad, éste es el hombre al cual Dios tiene por justo. Consecuencia: "Bienaventurado el hombre aquel, el Señor no le imputará la iniquidad" (Sal. 32:2). Lo que nuestra versión[29] llama "pecado" debería entenderse más bien como "injusticia" para que concuerde con lo que quiere decir el apóstol. Su intención es dar a base de esta palabra la prueba de que la justicia es adjudicada por imputación, sin obras, y que esto es posible sólo por medio de la no-imputación de la injusticia. Que se diga: "al que Dios adjudica justicia", o: "al que Dios no imputa el

[26] *Moniacos sive monicos,* términos derivados del griego *monos,* solo. Comp. WA 56, 284, 7/8, nota.

[27] Vulgata, Sal. 79:14b: *Singularis ferus depastus est eam* (Lutero tiene *eum*, y ve en el "singularis ferus" una alusión a Antíoco, Herodes, o también al romanismo o mahometismo; comp. WA 3, 608, 34-610, 20).

[28] La Vulgata tiene en el v.1 del salmo el plural: *beati,* bienaventurados.

[29] La "versión" a que Lutero alude, aquí y también más adelante, es la Vulgata.

pecado, esto es, la injusticia", es, por lo tanto, una y la misma cosa. Pero nadie goza de esta no–imputación, por más obras que haga, si previamente no le ha sido cubierto el pecado (es decir, el pecado básico, heredado, inherente en la naturaleza humana, que es cubierto por medio del arrepentimiento, del bautismo, humilde súplica y temor de Dios) y perdonada la iniquidad, o sea, sus delitos y malas WA
obras. Hay, pues, en este salmo (32), más que en otros, una odiosa 285
confusión de términos. En realidad, debería decir así: "Bienaventurados aquellos cuyos delitos han sido perdonados, y cuyo pecado ha sido cubierto. Bienaventurado el hombre aquel; el Señor no le imputará la injusticia" (v.1,2). Y en el v.5: "Mi pecado te declaré", donde nuestra versión tiene "delito", aunque se trata del mismo vocablo que antes tradujo con "pecado". "Y no encubrí mi injusticia". Esto es una traducción muy buena y exacta, porque se refiere al mismo término que nuestra versión expresó poco antes así: "el Señor no le imputó el pecado" (v.2), usando incorrectamente "pecado" en lugar de "injusticia". Luego: "Dije: confesaré contra mí mis delitos al Señor", donde nosotros tenemos "mi injusticia", lo que está mal; porque en el versículo 1, nuestra versión tradujo "iniquidades", en plural, y aquí "injusticia", en singular. "Y tú perdonaste la impiedad de mi pecado, es decir, *la injusticia* de mi pecado": nuevamente, nuestra versión cambia el término; lo que en el v.1 llamó "pecado", lo llama ahora, en el v.5, "injusticia", y sólo aquí la traducción es acertada, como ya dije. El sentido es: Tú no me imputaste la injusticia que a causa de aquel pecado básico y ocultado en lo profundo se halla en mí. "Por esto orará etc." (v.6), por la injusticia de su pecado; porque todos confesarán que por causa de este pecado son en verdad injustos delante de ti. Por eso, tú les perdonarás, y no les imputarás su injusticia cubriendo este pecado que hay en ellos.

Más adelante leemos: "Muchos son los dolores del pecador" (v.10). Aquí debía haberse dicho "del impío", porque se trata del hombre que, calificándose a sí mismo de justo, desdeña la justicia que proviene de Dios, haciendo valer delante del Señor su propia injusticia como justicia, lo cual es una impiedad y un doble pecado.

El texto hebreo observa estas diferencias del modo más estricto. Pero en nuestra versión, cualquier término se usa para significar cualquier cosa, con el resultado de que la confusión es total. Véase también el Salmo 51[30]: "Conforme a la multitud de tus conmise- WA
raciones borra mi iniquidad", v.1b (es decir, mis crímenes, lat. 286
crimina). "Lávame más y más de mi iniquidad (en lugar de injusti-

[30] Lutero se refiere ante todo a la revisión jeronimiana de la Septuaginta que Faber usó en su *Quincuplex Psalterium*; WA 56, 285, 24 ss.

cia, *iniustitia*) y límpiame de mi pecado" (v.2). "Porque yo reconozco mi iniquidad (en lugar de "mis delitos, *scelera*, o crímenes, *crimina*), y mi pecado está siempre delante de mí" (v.3). "Contra ti solo he pecado etc." (v.4). "He aquí en iniquidades (en vez de "en injusticia", *iniustitia*) y en pecado me concibió mi madre", (esto es, en ese 'fomes'), v.5. "Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades (en vez de "mis injusticias", *iniustitias meas*)", v.9.

La misma confusión reina en el v.13: "Enseñaré a los inicuos tus caminos (donde debería decir "a los malvados", *sceleratos*), y los impíos (por "los pecadores", *peccatores*) serán convertidos a ti".

Corolario

Según el texto hebreo, este versículo (Sal. 51:5) retrata de una manera muy apropiada el pecado original: "He aquí en iniquidades (esto es, en injusticia) he sido concebido, y en pecado me dio a luz mi madre". Pues el entendimiento correcto es que esa injusticia y ese pecado se refieren no a la madre que concibe y da a luz, sino al hijo concebido y dado a luz. Es como si el salmista dijera: He aquí yo, cuando me concibió mi madre, me he hallado en el estado de injusticia delante de ti; no he sido justo, porque debido a Adán he perdido la justicia, y de esta manera he sido concebido sin justicia. Pues tú tienes por injustos a todos los que son concebidos, a causa del pecado que en el momento de la concepción es traspasado a ellos, pese a que los padres, al realizar ese acto, no están pecando. Y "en pecado", quiere decir, con el 'fomes', el deseo pecaminoso, "me dio a luz mi madre". No es la madre la que peca al dar a luz a su hijo; el que peca, es decir, el pecador, es el hijo que es dado a luz. Ciertamente, el salmista no confiesa el pecado de otra persona, sino el suyo propio, no sólo en este versículo, sino también en los versículos precedentes, donde siempre usa el pronombre posesivo de primera persona singular. Que en este versículo 5 omita el "mi" o "mis", se debe al hecho de que el pecado en que dice haber sido concebido también él, es ese mal que afecta a todos los hombres en común. Y lo que es propiedad de todos —así afirma el salmista— es hecho ahora también propiedad de él. Por esto anticipó: "Lávame más y más de mi iniquidad" etc. (v.2). Hay otra razón más para la mencionada omisión: Ese pecado es *su* pecado, y al mismo
WA tiempo no es pecado suyo. Por esto no dice: "en mis iniquidades"
287 sino solamente "en iniquidades", como queriendo indicar que esa iniquidad existe aunque yo no haga nada para cometerla ni sepa nada de ella. He sido concebido en ella, pero no es producto del actuar mío. Comenzó a reinar en mí antes de que yo existiera. La

iniquidad y yo existimos simultáneamente. Si ese pecado fuera sólo el pecado de mis padres que me engendraron, yo de ninguna manera habría sido concebido en él, sino que mis padres habrían pecado antes de mi concepción. Por lo tanto, esa iniquidad y ese pecado existieron sin ser míos; yo fui concebido en ellos, sin consentir en ellos. Pero ahora llegaron a ser propiedad mía; porque ahora entiendo que mi actuar es malo y contrario a la ley. La ley ordena: "No codiciarás" (Ex. 20:17); y si yo no guardo la ley, entonces soy yo el que peca. ¿Y qué sucede? ¡realmente, yo codicio! De esta manera, el pecado es ahora también el pecado mío, es decir, aprobado por mi voluntad y aceptado por mi consentimiento; porque sin la gracia no fui capaz de vencerlo dentro de mí. Por esto el pecado me vence a mí; y ahora, por culpa del 'fomes' y de la concupiscencia, y a causa de mi actuar pecaminoso, yo soy también un "pecador actual" y no sólo un pecador por razón del pecado original. He aquí el motivo por qué dije: "Porque yo reconozco mi iniquidad, etc." (Sal. 51:3).

Corolario

La Escritura usa los términos "justicia" e "injusticia" con un significado muy distinto del que les dan los filósofos y los juristas. Es obvio; porque ellos las consideran una cualidad del alma[31]. Pero la "justicia" como la entiende la Escritura depende más de la imputación de Dios que del estado real del hombre. Pues esta "justicia" la posee no el que tiene solamente una cualidad –máxime si tenemos en cuenta que el hombre es un ser totalmente pecador e injusto– sino aquel a quien Dios en su misericordia considera justo y quiso tener por justo por el hecho de que ese hombre confiesa su injusticia y pide a Dios que le otorgue justicia. Así es que todos nacemos en iniquidad, quiere decir, en injusticia, y en ella morimos. Lo que nos hace justos es sólo la imputación de Dios que se apiada de nosotros, y la fe en su palabra.

Veamos entonces los pasajes de la Escritura donde se afirma que todos los hombres viven en pecados.

Primero: Moisés dice en Gn. 8:21: "No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud".

Segundo: El mismo Moisés dice en Ex. 34:7: "Señor Dios, que WA
perdonas la iniquidad, los delitos y los pecados: nadie es de suyo 288
inocente delante de ti", que es como decir: Del hecho de que "tú

[31] Aristóteles, *Categorías* 11; Reisch, *Margarita philosophica* XII c.23: La justicia es una voluntad, es decir, un hábito o cualidad constante y permanente de la voluntad. WA 56, 287, 16 nota.

eres el único que perdona pecados" se infiere que nadie es justo delante de ti, etc.

Tercero: Salomón dice en 1 R. 8:46 y 2 Cr. 6:36: "Porque no hay hombre que no peque".

Cuarto: Dice además en Ecl. 7:20: "Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque".

Quinto: Job, que trata el tema con amplitud mucho mayor que los demás, dice en el cap. 7:20,21: "Yo pequé; ¿por qué no quitas mi pecado?", y en el cap. 9:2: "Ciertamente yo sé que es así; porque ningún hombre podrá aparecer como justificado ante Dios". "Aunque yo fuese justo, no respondería; antes habría de rogar a mi juez" (9:15). En términos similares se expresa a través de casi todo el libro, a pesar de que en el cap. 27:6 hace mención de su justicia diciendo: "No me reprochará mi corazón en toda mi vida". Es más: aun el Señor mismo había alabado a Job ante Satanás (1:8).

Sexto: Sal. 32:6: "Por esto orará a ti todo santo". Sal. 143:2: "No será justificado delante de ti ningún viviente". Igualmente, Sal. 130:8: "El redimirá a Israel de todas sus iniquidades". Y Sal. 72:14: "De opresión[32] y de iniquidad redimirá sus almas" Podrían añadirse muchos pasajes más.

Séptimo: Is. 64:6: "Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras obras justas son cual paño de mujer que tiene el menstruo".

Octavo: Jer. 30:11: "Sin embargo, en el juicio te castigaré para que no te tengas por inocente".

Citas del Nuevo Testamento:

Noveno: El apóstol dice: "Jesús vino para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" (1 Ti. 1:15). En Ro. 7:19: "El mal que no quiero, eso hago" etc. Y en Fil. 3:13: "No pretendo haberlo ya alcanzado".

Décimo: Stg. 3:2: "Todos ofendemos muchas veces".

Undécimo: 1 Jn. 1:8: "Si decimos que no tenemos pecado" etc. Sin embargo, más adelante dice: "El que ha nacido de Dios, no practica el pecado" etc. (1 Jn. 5:18).

Duodécimo: Ap. 22:11: "El que es justo, siga siendo justificado"[33].

WA 289 Por esto escribe San Agustín en su 29. carta a San Jerónimo[34]: "El amor es una fuerza que hace al hombre amar lo que debemos

[32] En el original: *Ex usuris*, "de las usuras", según la Vulgata, Sal. 72 (71):14.

[33] Véase pág. 152, nota 61.

[34] Agustín, *Ep. 29 ad Hieron.* 4, 15. Patrol. Ser. Lat. XXXIII, 739.

amar. En unos se manifiesta con más vigor, en otros con menos, y aun hay personas en quienes no se manifiesta para nada. El grado máximo empero, y ya no superable, no lo alcanza en ninguna persona mientras ésta viva. Pero mientras el amor todavía es susceptible de crecimiento, el hecho de estar aún por debajo del nivel requerido debe atribuirse, por cierto, a un defecto (lat. *vitium*). Por este defecto, 'no hay justo en la tierra que haga el bien y no peque' (1 R. 8:46). Por este defecto, 'no será justificado delante de Dios ningún viviente' (Sal. 143:2). A causa de este defecto, 'si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros' (1 Jn. 1:8). A causa de este defecto tenemos que rogar también, por grandes que sean nuestros progresos en hacer el bien: 'Perdónanos nuestras deudas' (Mt. 6:12), a pesar de que en el bautismo ya quedó perdonado todo: todas las palabras, obras y pensamientos". Tal lo que escribe San Agustín. Pero lo mismo que aquí se dice en cuanto al bautismo, vale también para el arrepentimiento y la absolución, y en forma aún más eficaz.

De todo esto se desprende claramente que no hay pecado alguno que no sea venial por su esencia y su naturaleza, pero tampoco hay mérito alguno. Pues como incluso las obras *buenas* se hacen contra la oposición del 'fomes' y de la sensualidad, no poseen esa intensidad y esa pureza que la ley requiere, por cuanto no son hechas con todas las fuerzas, sino solamente con las fuerzas del espíritu, mientras que las fuerzas de la carne están abiertamente en contra. Por esto pecamos incluso al hacer el bien, a menos que Dios, por medio de Cristo, cubra nuestra imperfección y no nos la impute. De esta manera la imperfección llega a ser un pecado "venial" gracias a la misericordia de Dios que no nos la imputa a causa de la fe y de las súplicas que dirigimos al Señor con respecto a aquella imperfección que por Cristo nos es quitada.

Tonto y más que tonto es por lo tanto aquel que cree que por sus obras se le tenga que considerar justo. La verdad es que si estas obras son sometidas al juicio de Dios, resultan ser pecados y son catalogadas como tales, como dice en el Salmo 36:2: "Se lisonjea, por tanto, en sus propios ojos, para que su iniquidad sea hallada merecedora de odio"; esto es: delante de Dios y dentro del espíritu del hombre mismo había engaño, y no una justicia genuina, por más que delante de los hombres haga ostentación de ser una persona de proceder justo. Sin la misericordia de Dios no puede ser justo en su mente y corazón, por cuanto está corrompido por el 'fomes'. Por eso se descubrirá que en su justicia hay injusticia; quiere decir, incluso sus obras buenas son injustas y pecaminosas. Esa iniquidad no se encuentra en los que creen en Dios y elevan a él sus plegarias; porque a éstos los socorre Cristo con la plenitud de su pureza y

cubre esa su imperfección. Pues esto es lo que ellos piden y esperan de él; los otros empero no lo piden, sino que se lo arrogan.

WA 290

Corolario

Phescha, "delitos", (*scelera*), iniquidades, crímenes etc.; se refiere a las obras que en sí son malas y pecaminosas.

Hataa, "pecado" (*peccatum*) empero se refiere al 'fomes' que hace al hombre proclive a esos delitos etc. y que es el causante de ellos. Viene a ser el árbol que produce los frutos aquellos.

Awon, "iniquidad" (*iniquitas*), injusticia: estas obras buenas que se hacen contra la abierta oposición del pecado, máxime si se les quiere dar el carácter de 'justicia'. Pero este carácter "no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Ro. 9:16). Por consiguiente son de por sí iniquidades e injusticias; en otras palabras: son obras que no poseen el grado de justicia y corrección requerido por Dios.

Rascha, "impiedad" (*impietas*) en cambio es la implantación de ese tipo de injusticia como un principio; es la "negación del pecado" en el sentido de que el hombre rehúsa confesar su pecaminosidad e insiste en declarar que sus obras buenas son su justicia, repudiando no más que los delitos y los crímenes. Esto conduce a que, humanamente hablando, tales hombres sean justos, pero para Dios son injustos.

Me dirás: ¿A qué viene entonces ese énfasis con que se predica acerca de los méritos de los santos? Te contesto: No son los méritos de ellos mismos, sino los de Cristo quien mora en ellos; por causa de Cristo, Dios acepta estas obras que de otra manera no aceptaría. Tanto es así que los santos mismos nunca saben que han hecho méritos y que los poseen, sino que todo lo hacen sólo para hallar la misericordia de Dios y escapar de su juicio, pidiendo perdón más bien, con humildes súplicas, que reclamando arrogantemente un premio. Por eso "Dios es asombroso para con sus santos" (Sal. 68:35)[35]: tan oculta mantiene su santidad, que ellos mismos, a pesar de ser santos, se tienen por personas como cualquier otra. Así, por la fe que tienen en la misericordia divina, "su vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3:3). Y por el temor que tienen al juicio, su muerte y su pecado no les están ocultos en modo alguno, sino que los tienen delante de ellos y en su propia conciencia. Siempre se juzgan a sí mismos, con temor, porque saben que de suyo no pueden ser justos ante los ojos de Dios. Y por esto los llena

[35] Comp. pág. 166.

el temor ante el juicio de Dios en todo cuanto hacen, como dice Job: "Yo temía todas mis obras sabiendo que tú no tienes por inocente al que incurre en falta" (Job. 9:28). Pero con todo esto, para no caer en desesperación invocan la misericordia que Dios tiene al hombre por causa de Cristo, y así sus oraciones son escuchadas. Esta es la "sabiduría oculta en misterio" (1 Co. 2:7), y la verdad. Pues así como Dios y sus designios secretos nos son desconocidos,
así nos es desconocida también nuestra justicia, por cuanto ésta WA
depende por entero de Dios y de sus designios. Así se nos dice en 291
el Salmo 51:6: "He aquí tú amaste la verdad (i.e. la justicia verdadera en contraste con la justicia imaginaria y de tipo legalista, que es como un retrato de aquélla, pero de hecho es una falsificación). Pero ¿cómo puedo yo llegar a conocer esta verdad? "Tú me has hecho comprender lo que había de ignoto y oculto en tu sabiduría" (Sal. 51:6b), quiere decir: sé que la única justicia que te agrada es esta justicia interior; ésta es la que amas, porque es la verdad y la plenitud. Esto lo sé, digo, porque tú me diste la "sabiduría oculta" para que pudiera saberlo. Por consiguiente: como no somos capaces de cumplir con lo que Dios manda, y como por esta razón siempre somos injustos, y merecidamente, lo único que nos queda es temer sin cesar el juicio divino y rogar que nuestra injusticia nos sea quitada, o más bien, que no nos sea imputada. Pues jamás será quitada del todo, sino que permanece, y necesita de la no-imputación, como dice en el Salmo 2:11: "Servid al Señor" (cosa que sólo puede hacerse con alegría y con gozo; pero como esto no lo puede hacer nadie de un modo perfecto, servidle) "con temor", servidle gozosamente en temor y "alegraos" (se entiende: por causa de su misericordia) "con temblor" a causa de vuestro pecado, que merece el juicio.

v.13. Porque no por la ley (fue dada. . . la promesa).

El apóstol vuelve a demostrar que la justicia no proviene de la ley, sino de la fe, conforme al fruto y mérito de ambos. Pues la ley y la fe merecen cada uno lo contrario de lo que merece la otra. La ley merece ira y pérdida de la promesa, la fe en cambio merece gracia y cumplimiento de la promesa. En otras palabras: Si no creéis a la Escritura ni queréis aceptar el ejemplo que ella cita, creed por lo menos a vuestra propia experiencia. En efecto: conforme a la ley habéis merecido ira y destrucción, pero mediante la fe recibís la gracia divina, y el mundo entero como posesión vuestra, como lo evidencia el caso de los apóstoles, que reinan con Cristo sobre todo el orbe. Así, también a Abraham le fue dada la promesa no por medio de la ley sino por medio de la fe, igual que a vosotros, que sois sus descendientes.

v.15. La ley produce ira.

La facultad de producir ira la posee la ley sólo extrínsecamente. Esto quiere decir: si la ley permanece en vigencia y no es cumplida (y necesariamente permanece en vigencia cuando está ausente la fe), entonces merecen ira aquellos a quienes la ley fue dada. San Agustín dice en el cap. 19 de su libro *Acerca del Espíritu y la letra*[36]: "El hecho de que la ley no fue cumplida no se debió a un defecto (lat. *vitium*) en la ley misma sino a un defecto en la sabiduría de la carne. Este defecto tuvo que ser puesto al descubierto por medio de la ley, pero tuvo que ser subsanado por la gracia". De modo que la ley produce ira, es decir: cuando no se la
WA cumple, ella muestra la ira de Dios a los que no la previeron. Por lo
292 tanto, no es que la ley sea mala; malos son aquellos a quienes la ley fue dada. En el caso de éstos, la ley por cierto produce ira; pero en el caso de los otros (de los creyentes), produce salvación; es decir, no es la ley sino la gracia la que produce la salvación. *Por lo tanto, si la promesa fuese un producto de la ley, cuando en realidad la ley produce ira, la promesa sería, en consecuencia, no una promesa sino antes bien una amenaza. Y con esto la promesa habría quedado anulada, pero a raíz de ello también la fe resultaría vana* (v. 14).

v. 14. Porque si los que son de la descendencia[37] *(son los herederos)...*

Aquí el apóstol demuestra que la fe es convertida en cosa vana no sólo por la anulación de la promesa mediante la ira producida por la ley, sino también por otro factor más, a saber, por la descendencia de la carne. Pues si para ser justo y digno de recibir la promesa ya basta con que uno sea hijo según la carne, no hay necesidad de tener fe. ¿Cómo es entonces que Abraham fue justificado y considerado digno de la promesa *a causa de la fe*? ¿Por qué no fue justificado también él *a causa de la carne*? Por lo tanto, vana resulta la fe, y vana palabrería es todo cuanto se ha escrito respecto de ella. Pues a los que son justificados en virtud de su procedencia según la carne y su cumplimiento de la ley, no les hace falta la fe. Así opinan ellos; pero en verdad sucede justamente lo contrario: en virtud de la carne y de la ley son condenados.

Porque no por la ley (fue dada la promesa, v.13), quiere decir, no por la justicia y las obras de la ley. En realidad, el apóstol no habla de una "*justicia* de la ley" sino de la "ley" a secas, porque

[36] Agustín, *De Spiritu et littera,* 19, 34. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 221.
[37] Lat. *ex semine* — "del semen, de la simiente".

de hecho no es una justicia. Que no obstante está pensando en "justicia" al decir "ley", surge con claridad de la expresión contrastante *sino por la justicia de la fe,* porque también aquí habría sido suficiente decir "sino por la fe". Por lo tanto, como lo de la "justicia de la ley" no vale, el apóstol hace bien en hablar de "la ley" solamente. Este texto es, por lo tanto, la confirmación de lo dicho en los versículos precedentes (4:11,12), donde se expuso que Abraham recibió y poseía la justicia de la fe estando aún en la incircuncisión, para que también los gentiles siguieran las pisadas de esta fe como hijos a su padre, tal como se le había prometido que ocurriría. No puede caber ninguna duda al respecto: esta promesa le fue dada a Abraham única y precisamente por su fe, no por la ley. Y por cuanto el apóstol toma aquí en conjunto las dos cosas, la ley y la descendencia, su afirmación de que son insuficientes para otorgar la promesa rige tanto para la una como para la otra. Por esto las dos frases

v.14. Vana resulta la fe, y anulada la promesa,

pueden tomarse en conjunto, o también como dos frases separadas una de otra. En conjunto, como refiriéndose la una a la otra y condicionándose mutuamente, como se dijo en la glosa; el sentido sería entonces: Ni por la ley ni tampoco por la descendencia etc.; porque si es por la descendencia (véase más abajo) y por la ley etc., la fe y la promesa caducan. Pero el hecho de que la fe caducaría si WA 293
la justicia fuese obtenida en virtud de que uno es un descendiente de Abraham, deja como única alternativa, y al mismo tiempo demuestra, que también la promesa caducaría por medio de la ley, por cuanto "la ley produce ira". Pero tomado en esta forma, el texto resulta intrincado y confuso. Puesto en orden adecuadamente, podríamos entenderlo en el sentido siguiente: Porque no por la ley ni por la descendencia le fue dada a Abraham y a sus descendientes la promesa de que ellos serían los herederos del mundo, sino que esta promesa les fue dada por la justicia de la fe. Pues si uno llega a ser heredero "por la ley" o "por la descendencia", vana resulta la fe, y anulada la promesa. "Porque la ley produce ira". Pero como es lo mismo "ser descendiente" y "tener la ley" por cuanto se trata del mismo pueblo, el apóstol emplea ya la una expresión, ya la otra.

Si tomamos las dos frases por separado, relacionando la primera con el texto precedente y la segunda con el texto que le sigue, el sentido es: Si la simiente y el engendramiento carnal basta para hacerlo a uno justo y digno de recibir la herencia, se infiere de ello que no es necesaria la fe para obtener una justificación y dignificación de este tipo; porque quien es justo y digno, no tiene necesidad de ninguna justificación ni dignificación. ¡Cómo será de falsa

esta suposición, si lo que ocurre es justamente lo contrario! El engendramiento espiritual que resulta de la fe, éste es el que lo hace a uno justo y digno de la promsa, y este engendramiento espiritual es suficiente, no hace falta agregar el carnal. El que no basta de ninguna manera es el engendramiento carnal; antes bien, resulta vano, de modo que los que son de la fe, son los herederos, y los que son del engendramiento carnal, son los desheredados. Podemos citar muchos textos que lo atestiguan: Sal. 127:2,3: "A sus amados dará Dios el sueño. He aquí, herencia del Señor son los hijos, una recompensa el fruto de las entrañas". Jn. 1:13: "Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios". Jn. 3:5,7: "Os es necesario nacer de nuevo de agua y del Espíritu". Sal. 22:30: "La posteridad le servirá; esto será contado al Señor" etc. Sal. 45:16: "En lugar de tus padres te nacieron hijos" etc. Si se aprueba esta afirmación (de que los que son de la simiente de Abraham no son los herederos, sino que el engendramiento carnal es descartado como "vano" en favor del engendramiento espiritual, lo cual a su vez es rechazado por quienes se empeñan en descartar la fe insistiendo en que lo que vale es pertenecer a la 'simiente'), entonces se sigue que así como la fe es anulada por la 'simiente', también la promesa quedaría anulada por la ley. Pues "la ley produce ira" etc. (como se desprende claramente del texto mismo: *Pero donde no hay ley*, 4:15, con lo que el apóstol quiere indicar: la transgresión produce ira; no la produciría, sin embargo, si no hubiera ley).

Esto debe entenderse en el sentido de que la ley "da ocasión a que. . .". La que produce ira y anula la promesa es, propiamente hablando, la transgresión. Sin embargo, ésta no existiría si no hubiera ley. Pues en tanto que está ausente la fe que capacita al hombre para dar cumplimiento a la ley, ésta los acusa a todos de pecadores
WA y los constituye en reos, indignos por ende de la promesa, sino antes
294 bien dignos de ira y destrucción, convirtiendo, en consecuencia, la promesa en una amenaza; en todo caso, la ley da ocasión a que todo esto suceda y le sobrevenga al hombre, quiere decir, da ocasión a que los hombres se den cuenta de que estas cosas realmente sucederán y les sobrevendrán. Recordemos lo que el apóstol dijo en el capítulo anterior: "Por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Ro. 3:20): El que tiene la ley, pero no tiene fe ni gracia, ve con toda seguridad que es un pecador digno de la ira divina; por lo tanto, para él la promesa resulta anulada.

v.17. (Te he puesto) por padre de muchas gentes.

Lo de "delante de Dios" etc. no se halla en el texto hebreo (Gn. 17:5); pero un estudio correcto del pasaje (Ro. 4:17) nos hará

ver el por qué del agregado hecho por el apóstol. Se dice allí que "Abraham está puesto por padre de muchas gentes"[38]. Mi pregunta es: ¿padre según la carne, o según el espíritu? No es posible que sea padre según la carne; porque hubo también pueblos, y siempre de nuevo los hubo, que no eran descendientes carnales de Abraham, y no obstante, según la promesa él era el padre de ellos. Mas si dices que todos los pueblos serán aniquilados para que únicamente los hijos nacidos de Abraham reinen sobre toda la extensión de la tierra, entonces Abraham será el padre de un pueblo solo, no de muchos. Por otra parte, si todos los pueblos fuesen hechos esclavos y reducidos a servidumbre, entonces Abraham ya no sería padre, ni aquellos pueblos serían hijos, sino que serían esclavos, y Abraham sería un *señor* de pueblos, lo que excluye la relación padre-hijo y hace pensar en opresión y violencia — si bien es cierto que los judíos se prometen mucho de tal opresión y dominio, lo consideran cosa agradable, y lo aguardan con necia esperanza. La única explicación que cabe es, pues, que a Abraham le fue prometido que él sería padre de muchos pueblos "delante de Dios", a juicio de Dios, en espíritu. Otros quizás sugieran que Abraham habría de ser "padre" sólo en cuanto a la función y el nombre, así como el general sirio Naamán fue llamado "padre" por sus criados (2 R. 5:13) y como los gobernantes de las naciones son llamados "padres de la patria". Pero esto significa rebajar demasiado lo glorioso de la promesa, porque aquella paternidad tiene carácter temporal y sustituyente (y puede corresponder a varias personas, así que no a Abraham solo), pero no permanente, así como aquellos padres por oficio sólo son padres durante el período en que desempeñan su oficio. Mas si la crítica impertinente todavía no se da por vencida y sostiene que Abraham sería "padre" en el sentido en que es y ha sido el padre de los pueblos que descienden de su segunda esposa Cetura (Gn. cap. 25), habrá que responder como en el primer caso: que los más de los pueblos no tenían nada que ver con los descendientes de Cetura, y que incluso eran mucho más numerosos que éstos; de modo que por ser padre de los descendientes de Cetura, Abraham todavía no sería padre de "muchos pueblos" sino de "pocos pueblos", comparativamente hablando. Pero *ni* siquiera los judíos mismos creen que estos pueblos son los únicos destinatarios y beneficiarios de aquella promesa. Por lo tanto, este "tomar en posesión" halló su cumplimiento en Cristo. El es el Rey y Señor de los pueblos, a los cuales hizo suyos mediante una victoria mucho más gloriosa

[38] "Del latín *gens, gentis.* En singular: 1.Pluralidad de personas. 2.Nación, pueblo. . . En plural Gentiles. Hoy sólo se usa en la expresión *El Apóstol de las Gentes*" (Dic.Durvan de la Lengua Española). Por esta razón y por otras preferimos la expresión "pueblos".

WA que aquella con que los judíos se habían posesionado de los pueblos
295 cananeos. Pues él los mata en forma espiritual, con la espada de su palabra, convirtiendo a los impíos en piadosos y reinando así en ellos, hasta en la propia tierra y posesión de ellos.

v. 17. El cual da vida a los muertos.

Si bien esto es verdad también históricamente, aquí conviene tomarlo en un sentido espiritual, como confirmación de lo antedicho, a saber: Los pueblos serán hijos tuyos. Es verdad que por el momento todavía no lo son, y que aún falta mucho para que lleguen a serlo. Sin embargo, poderoso es el Señor para levantarlos y llamarlos para que lleguen a serlo y en efecto lo sean. Lo dice muy claramente Juan el Bautista en Lc. 3:8: "No comencéis a decir: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras". Así, pues, las palabras "El cual da vida a los muertos" sirven para fortalecer la fe de Abraham y para confirmar la promesa de Dios de que Abraham realmente *puede* llegar a ser padre de muchos pueblos, si bien no por sus propias fuerzas, pero sí por el poder de Dios.

v. 18. El creyó contra esperanza en esperanza.

La "esperanza" que aparece en primer término significa la esperanza en algo que está dentro de lo normal, natural. En el caso de Abraham no había lugar para una esperanza de esta índole. La segunda "esperanza" en cambio significa el esperar en algo que trasciende la esfera de lo natural. Está visto que ambas veces se entiende por "esperanza" no una virtud, sino aquello que se espera. En forma muy acertada se toca aquí también la diferencia entre la esperanza de los hombres de este mundo y la esperanza de los cristianos. Lo que esperan los hombres en general, no es algo contrario a la esperanza sino encuadrado dentro de ella; es decir, algo que bien puede ocurrir. Pues los hombres no "esperan" donde cabe prever que ocurrirá lo contrario de lo esperado, sino sólo cuando hay perspectivas de que ocurra algo muy parecido a lo que habían esperado, o cuando están dadas las condiciones concretas para que lo esperado pueda producirse, en una palabra: cuando el aspecto exterior es favorable. Por lo tanto, esta esperanza es más bien negativa que positiva; o sea, sólo cuando hay un punto de partida seguro, los hombres confían en que se producirá lo esperado; y aun entonces siguen esperando que no venga algún impedimento que dé por tierra con sus expectativas. Para que su esperanza tenga una

base, el hombre quiere ir por lo seguro y tener información suficiente; si esta seguridad no está dada, la esperanza forzosamente deberá quedar incierta. La esperanza de los cristianos, por el contrario, es cierta precisamente cuando el aspecto exterior es desfavorable. Ella sabe que lo esperado *tiene* que ocurrir y no puede ser impedido, con tal que uno mantenga viva la esperanza. Pues a Dios nadie puede frustrarle sus propósitos. Pero cuando el aspecto exterior es favorable, la esperanza del cristiano es harto incierta, porque no tiene asidero alguno en que pudiera apoyarse. Demasiado oculto está todo lo que ella espera, y lo que tiene a la vista, es contrario a lo esperado. Por esto, la esperanza cristiana es más bien afirmativa que negativa[39]. Ambas esperanzas están incluidas en lo que el apóstol dice aquí con respecto a la fe de Abraham. En primer lugar: *No consideró su cuerpo* (v. 19); esto se refiere a la esperanza afirmativa. En segundo lugar: *Tampoco dudó, por incredulidad* (v.20): esto es el lado negativo[40], *sabiendo que Dios era poderoso para hacer todo lo que había prometido* (v.21). El "aspecto exterior favorable" conspira desde fuera contra la fe y la esperanza, por cuanto es lo que está a la vista de todos. La "negatividad" de la
esperanza humana conspira contra ellas desde dentro; pues dicha WA
negatividad consiste precisamente en esa debilidad e inconstancia 296
del corazón con respecto al creer, mientras que el "aspecto exterior favorable" es lo opuesto o contrario a lo que debe aceptarse con fe y esperanza.

v.20. Dando gloria a Dios.

De lo que acaba de decirse se infiere: así como el que cree a Dios, le da gloria, el que no le cree, se la quita. 1 Jn. 5:10: "El que no cree en el Hijo de Dios, a Dios le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo". Por lo tanto, el que cree a Dios, hace a Dios veraz, y a sí mismo se hace mentiroso. Pues desconfía de su propia opinión como de algo falso, para confiar en la palabra de Dios como en la Verdad, a pesar de que lo que dice la palabra de Dios es totalmente contrario a lo que piensa el hombre mismo, como dice en Ro. 3:4. "Para que seas justificado en tus palabras" etc., "sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso", esto es, desconfíe todo hombre de sí mismo y crea a Dios; así el hombre llegará a ser el mentiroso, y Dios el Veraz. Esto

[39] Dice Sí a lo que le promete Dios, y No a lo que le dice la razón humana.

[40] El lado negativo: la condición física de Abraham no daba lugar a esperanzas en cuanto a la promesa de Dios; en términos de "esperanza humana" sólo cabía la incredulidad, un factor negativo.

es lo que hizo decir a San Agustín: "A Dios se le adora mediante la fe, la esperanza y el amor"[41]. Y según un dicho muy conocido, a Dios se le ofende directamente mediante los siguientes tres pecados: la incredulidad, la desesperación y el odio[42].

v.25. El cual fue entregado (por nuestras transgresiones).

La muerte de Cristo es la muerte del pecado, y su resurrección es la vida de la justicia; porque por medio de su muerte, él dio satisfacción por el pecado, y por medio de su resurrección nos confirió justicia. De esta manera, su muerte no sólo significa perdón de pecados sino que también lo produce, como que es la satisfacción suprema y del todo suficiente. Y la resurrección de Cristo es no sólo una garantía de nuestra justicia, sino que también la produce en nosotros si creemos en ella, y es a la vez su causa. Sobre este tema volveremos más tarde con mayor amplitud. Todo esto, los teólogos escolásticos lo llaman "una sola mutación": la expulsión del pecado y la infusión de la gracia[43].

[41] Agustín, *Enchiridion ad Laurentium sive de fide, spe et caritate,* cap. 1, 3. Patrol. Ser. Lat. XL, 232.

[42] La teología escolástica registra la fe, la esperanza y el amor entre las virtudes teológicas (*virtutes theologicales*), porque tienen a Dios por objeto inmediato; lo contrario, en cambio, es decir, la incredulidad, la desesperación y el odio, las hace figurar entre los pecados contra el Espíritu Santo. Comp. WA 56, 296, 13 nota.

[43] Duns Scotus dice explícitamente: *una mutatio realis* (Sentent. IV dist. 16 qu.2 n.6). Por lo demás, respecto del concepto *mutatio* (mutación) rige el principio metafísico de que "primeramente tiene que ser expulsada la forma vieja antes de que sea introducida la forma nueva". Comp. WA 56, 296, 23, nota.

Capítulo 5 WA 297

v. 1. Tenemos paz.

Esta es la paz que han cantado todos los profetas: la paz espiritual. De ahí el agregado *para con Dios.* Ejemplos de esta paz fueron los diversos períodos de paz de que Dios hizo disfrutar a los hijos de Israel en los días antiguos.

(Es la tranquilidad de la conciencia y la confianza en Dios, así como por el lado opuesto, la turbación espiritual es la intranquilidad de la conciencia y la desconfianza en Dios. Por esto el profeta Oseas habla de los que "siembran viento, y torbellino segarán" (Os. 8:7); porque esa turbación es el castigo que cae sobre la conciencia, Sal. 1:4: "Como tamo que arrebata el viento").

Esto es también el motivo por qué Cristo es llamado el Príncipe de paz (Is. 9:6) y un Salomón[1]. Ef. 2:14,17: "El es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno". "Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca". El mismo pensamiento se expresa en Is. 57:19 y en Jn. 16:33: "Para que en mí tengáis paz; en el mundo tendréis aflicción". Una paz diferente es la paz carnal. De ella se habla en Mt. 10:34: "No he venido a traer paz, sino espada" (el reverso de lo cual es la turbación carnal y la tranquilidad temporal). Por eso mismo es un craso error ver en las palabras "Florecerá en sus días justicia y muchedumbre de paz" del Salmo 72:7 una referencia al período de paz que reinaba en tiempos de Augusto, como lo hacen muchos. Es, por el contrario, una referencia a aquella paz espiritual "para con Dios".

Es de notar, sin embargo, que esta paz espiritual el apóstol la WA
concibe sólo en unión con la justicia como condición previa indis- 298
pensable. Primero dice: "(Somos) justificados por la fe"; y como

[1] *Salomon i.e. pacificus* en las *Interpretationes nominum Hebraicorum.* Comp. 1 Co. 22:9; WA 56, 297, 10, nota.

tales, "tenemos paz". También en el Salmo 85:10, donde se dice que "la justicia y la paz se besaron", se antepone la justicia a la paz. Otro tanto ocurre en el Salmo 72:7: "Florecerá en sus días justicia, y abundancia de paz". Los hombres en su errado pensar ponen las cosas al revés: buscan la paz antes que la justicia; por esto es que no la hallan. Con estas palabras, el apóstol nos presenta por lo tanto una antítesis muy llamativa:

El justo tiene paz en su relación con Dios, pero aflicción en su relación con el mundo, porque vive en el Espíritu.

El injusto tiene paz en su relación con el mundo, pero aflicción y tribulación en su relación con Dios, porque vive en la carne.

Pero así como el Espíritu es eterno, serán eternas también la paz del justo y la tribulación del injusto.

Y así como la carne es temporal, serán temporales también la tribulación del justo y la paz del injusto.

A este respecto pueden citarse los siguientes pasajes: Is. 57:21 y 58:22: "No hay paz, dice el Señor, para los impíos" —paz espiritual, se entiende, pues por lo demás, la paz no les falta. Sal. 73:3: "Tuve envidia de los inicuos viendo la paz de los pecadores". Y Sal. 28:3: "Los cuales hablan paz con su prójimo, pero la maldad (es decir, no la paz, sino la turbación y la intranquilidad en presencia de Dios) está en su corazón".

v.2. Por quien también tenemos entrada por la fe.

Mediante una oportuna combinación de los términos, el apóstol nos hace ver que la entrada a Dios la tenemos tanto "por Cristo" como "por la fe". Una construcción análoga es la que le precede: "Justificados por la fe. . . por medio de nuestro Señor" etc. (5:1). En primer lugar, el apóstol se dirige contra aquellos presumidos que confían en tener acceso a Dios también sin Cristo, por el solo hecho de haber tenido fe; esto les parece suficiente. Por la fe sola pretenden tener entrada, no por Cristo, sino pasando al lado de Cristo, como si después de haber recibido la gracia por la justificación, Cristo ya no fuese necesario para ellos. Y como éstos, hay muchos en nuestros días que hasta intentan convertir las obras de la fe en obras de la ley y de la letra en provecho propio: después de haber recibido la fe por medio del bautismo y el arrepentimiento, pretenden que ahora también ellos mismos han de resultar del agrado de Dios en cuanto a su propia persona, sin Cristo, cuando en verdad es necesario tanto lo uno como lo otro: tener fe, por supuesto, pero también tener al mismo tiempo y para siempre a Cristo como Media-
WA 299 dor de esta fe. Por esto dice en el Sal. 91:1: "El que habita al

abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra protectora del Dios del cielo". El habitar es cosa de la fe, pero el abrigo y la protección los da Cristo. En otro pasaje del mismo salmo leemos: "Con su plumaje te cubrirá, y tu esperanza será bajo sus alas" (91:4). El profeta Malaquías a su vez dice: "Mas a vosotros los que tenéis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación" (Mal. 4:2). Y el Sal. 31:2: "Sé para mí un Dios protector y una casa de refugio" (quiere decir una casa en que yo pueda habitar). También podemos citar el Sal. 90:1: "Señor, tú nos has sido refugio". Es, por lo tanto, el pensamiento de estos y todos los demás pasajes bíblicos similares, junto con muchas otras expresiones de la ley que tienen carácter figurativo, lo que el apóstol está exponiendo aquí.

No obstante, tenemos hoy día gente hipócrita y legalista[2] llena de un orgullo verdaderamente horrible: por creer en Cristo, les parece que ahora ya son salvos y de por sí lo suficientemente justos; de ser injustos y necios, y de ser tenidos por tales, ya no quieren saber nada. Pues ¿qué es esto sino rechazar la protección de Cristo y querer tener entrada a Dios sólo a base de la fe, con exclusión de Cristo? Entonces, esa fe ya ni siquiera es fe, sino que sólo parece serlo. Es como cuando se pone el sol, desaparecen también sus rayos y su luz. *Mas el que es hombre entendido, no piensa que al tener luz, puede prescindir del sol, sino que quiere tener ambos al mismo tiempo: el sol y la luz.* Por lo tanto, los que se acercan a Dios por la fe sin hacerlo al mismo tiempo por Cristo, en realidad se alejan de Dios.

En segundo lugar, el apóstol se dirige contra los que se sienten demasiado seguros de tener "entrada por Cristo", sin dar importancia a lo de "por la fe", como si habrían de ser salvados por Cristo sin que ellos mismos tuvieran que hacer nada, sin demostración alguna de fe. Los tales tienen una fe demasiado grande, vale decir, no tienen ninguna. No hay otro camino: tienen que estar presentes ambos, el "por la fe" y el "por Cristo", de manera tal que en la fe en Cristo hagamos y suframos todo cuanto podamos. Y con todo esto debemos reconocer que somos siervos inútiles, y tener la firme convicción de que sólo por Cristo estamos en condiciones de conseguir entrada a Dios.

Pues el objetivo de todas las obras de la fe es que lleguemos a ser dignos de Cristo y de su justicia que es nuestro refugio y amparo. "Justificados, pues, por la fe", y habiendo obtenido el perdón de nuestros pecados, "tenemos paz para con Dios y entrada a él", pero "por medio de nuestro Señor Jesucristo". Esto vale también

[2] Lat. *iuristae*, personas que se ufanan de estar cumpliendo la ley de Dios al pie de la letra.

para los que, conforme a la teología mística[3], asignan gran importancia a las "tinieblas interiores", por lo que hacen caso omiso de
WA 300 todas las representaciones de la Pasión de Cristo[4] y se afanan por oír y contemplar el increado Verbo mismo, cuando aún los ojos de su corazón no han sido justificados y purificados previamente por el Verbo hecho carne. Pues el Verbo encarnado es lo que se necesita antes que todo lo demás para dicha purificación. Quien haya obtenido ésta, puede entonces ser arrebatado por el Verbo encarnado hacia el Verbo increado por medio de lo que llaman una "anagogía"[5]. Pero ¿quién se tiene a sí mismo por tan puro como para que se atreva a aspirar a algo tan elevado? —a no ser que sea llamado y arrebatado por el propio Dios con el apóstol Pablo, y "tomado con Pedro, Jacobo y Juan su hermano" (Mt. 17:1). Pero al fin de cuentas, a aquello se lo llama "arrebato", no una "entrada".

v.3. (Nos gloriamos) en las tribulaciones.

Este texto nos hace ver claramente que se distingue una doble ira y una doble misericordia de Dios, así como hay también dos tipos de tribulaciones. En efecto: hay una tribulación producida por la severidad de Dios, y otra tribulación producida por su benignidad. La tribulación producida por la benignidad, por su misma naturaleza no puede dar sino los más excelentes frutos, como los que el texto menciona a continuación (5:3–5), aunque además puede traer consigo también otra cosa, no por culpa propia, sino por la debilidad del que padece la tribulación; porque éste, ignorando la verdadera naturaleza de la tribulación y su virtud y efecti-

[3] Referencia a Dionisio el Areopagita, a quien se le atribuían ciertas obras de teología mística que ejercieron una profunda influencia en el pensamiento teológico medieval. Las "tinieblas interiores" es un término técnico usado por Dionisio. En su comentario al Salmo 18:11, Lutero observa: "San Dionisio enseña que se debe entrar en las tinieblas del arrebato y subir a lo alto mediante la negación". (W 3, 124, 32). Más tarde, Lutero tilda a la teología de Dionisio de "pura palabrería, nada más que ilusiones satánicas" (WA 43, 667, 23). Comp. además el juicio de Lutero acerca de Dionisio en su obra *La Cautividad Babilónica de la Iglesia*, Obras de Lutero, Ed. Paidós, Bs. As., Tomo I pág. 246.

[4] El tomo de las obras de Tauler que Lutero usaba, llevaba junto al título la imagen del Cristo postrado bajo el peso de la cruz. Piénsese también en las representaciones del Varón de dolores, especialmente abundantes en Erfurt, en los cuadros de la Pasión, en Wittenberg, obra de Lucas Cranach, y otras obras de la misma índole. Comp. WA 56, 299, 28, nota.

[5] *Anagogía* — elevación del alma en la contemplación de las cosas divinas (Dicc. Durvan de la Lengua Española).

vidad, la juzga sólo por las apariencias, o sea incorrectamente, cuando en realidad debiera adorarla como la misma cruz de Cristo[6].

Corolario

WA 301

1

La tribulación tiene la particularidad de acrecentar más y más las cualidades inherentes a la persona a la cual le sobreviene la tribulación. El que es carnal, débil, ciego, malo, iracundo, orgulloso etc., en siendo sometido a tribulación y tentación se hace aun más carnal, más débil, más ciego, más malo, más iracundo, más orgulloso etc. En cambio, el que es espiritual, fuerte, sabio, bueno, afable, humilde, se hace más espiritual, más fuerte, más sabio, más bueno, más afable, más humilde. De éstos dice el Sal. 4:1: "Cuando estaba en tribulación, tú me hiciste ensanchar". Pero respecto de aquéllos leemos en Mt. 7:27: "Vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y fue grande su ruina".

2

Hablan tonterías los que culpan de su propia iracundia o impaciencia a la persona que los ofendió, o a la tribulación. Pues la tribulación no creó la impaciencia de aquel hombre; no hizo más que poner de manifiesto que era y sigue siendo un impaciente. Así, en cualquier tribulación uno llega a conocer cómo es en sus adentros, como el glotón cuando siente un cosquilleo en la garganta.

3

Incultos, pueriles, hasta hipócritas son los que rinden el más devoto culto exterior a las reliquias de la santa cruz[7]*, y a la vez rehúyen y aborrecen las tribulaciones y adversidades.* Esto salta a la vista si tenemos en cuenta que en la Escritura, las tribulaciones son llamadas expresamente "la cruz de Cristo", 1 Co. 1:17: "Para que no se haga vana la cruz de Cristo"; "El que no toma su cruz y sigue en pos de mí", Mt. 10:38; Gá. 5:11: "¿Por qué padezco persecución? En tal caso se ha quitado el tropiezo de la cruz"; Fil. 3:18:

[6] "La cruz de Cristo se halla repartida sobre el mundo entero. A cada cual le toca su parte. Tú pues no la arrojes a un lado, sino antes bien acéptala cual reliquias sacrosantas", escribe Lutero a su cofrade Leiffer el día 15 de abril de 1516. Comp. WA 56, 300, 16 n.

[7] En el tesoro de reliquias de Wittenberg se guardaba una buena cantidad de supuestas partículas de la cruz de Cristo.

"Lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo". Pero también nuestros teólogos y sacerdotes actuales están errados: para
WA ellos, los "enemigos de la cruz" son exclusivamente los turcos y
302 los judíos. El mismo error lo cometen los teólogos de Colonia en sus escritos contra Juan Reuchlin, y también las bulas papales y las glosas de los juristas[8].

Pero de hecho, ellos mismos son los "enemigos de la cruz de Cristo" en el sentido más propio de la palabra. Y es muy cierto que sólo los "amigos" de la cruz son sus enemigos, según la afirmación en el Sal. 38:11: "Mis amigos y mis allegados están en contra de mí", "y los que me alababan, se han conjurado contra mí" (Sal. 102:8). ¿Quién, en efecto, tiene un odio más profundo a las tribulaciones y padecimientos que los sacerdotes y juristas? ¿Y quién es más codicioso de riquezas, placeres, ocio, honores y títulos que ellos?

4

Nadie debe dudar de que la persona que rehúsa padecer tribulaciones no es un cristiano, sino un turco y un enemigo de Cristo. Pues cuando el apóstol dice aquí: "También nos gloriamos en las tribulaciones" etc., está hablando de todos nosotros. En Hch. 14:22 declara: "Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios". "Es necesario", dice, no: "ocurre que" ni "nada nos impide" ni "estamos dispuestos a". Y en 1 P. 1:6 leemos: "Aunque ahora, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas" etc. También aquí aparece la expresión: "es necesario", quiere decir: es absolutamente imposible que sea de otra manera.

Pero hay algo que debe tenerse en cuenta: Existen dos clases de enemigos de la cruz de Cristo. Los unos obran con violencia, los otros con astucia. Los violentos son los que quieren "quitar el tropiezo de la cruz de Cristo" a la fuerza, y que arremeten contra ella con todos sus cuernos. Son los que claman por venganza contra el que los ofende, y que no quieren ni pueden quedarse tranquilos antes de haberse vengado. Estos se tiran de cabeza a un mar de

[8] Un ejemplo de lo que los teólogos de Colonia opinaban respecto de los judíos se halla en el prólogo de un escrito de Arnold v. Tungern del año 1512, "Artículos acerca del demasiado sospechoso favorecimiento de los judíos que aparece en el opúsculo en alemán del señor Juan Reuchlin". En dicho prólogo se llama a los judíos "perros pérfidos y enemigos del nombre de Cristo". Con respecto a los turcos comp. la Bula de Julio II (1511) y las glosas del *Corpus iuris canonici* a.c.4. 15. 16. *in Decret. V Tit.6 de Iudeis, Sarracenis et eorum servis etc.* Comp. WA 56, 301, 26 nota.

maldades, p.ej. odio, calumnias, maldiciones, alegría ante la desgracia del prójimo, y disgusto ante su ventura.

Por otra parte, los enemigos astutos de la cruz de Cristo son los que intentan eludirla dándose a la fuga. No quieren decir a nadie la verdad ni obrar conforme a ella, sino que quieren quedar bien con todos, lisonjearlos, adularlos, no ofender a nadie, o quizás se recluyen también en la soledad (al menos, el deseo de eludir la cruz puede ser una de las causas de su retiro). Especialmente a esta clase de enemigos se refiere el apóstol cuando dice: "Todos los que quieren agradar en la carne, éstos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo" (Gá. 6:12).

Es de notar que este incremento, esta gradación se produce WA
también, pero en sentido contrario, en aquellos que no disfrutan de 303
la gracia de que disfrutamos nosotros, a saber: la tribulación produce impaciencia; y la impaciencia, desaprobación, y la desaprobación, desesperación; y la desesperación, vergüenza y confusión eterna. Y así finalmente el odio contra Dios será derramado (quiere decir: cuando haya alcanzado su punto culminante, se conocerá que ya había sido derramado antes) en sus corazones por el espíritu maligno bajo cuyo dominio serán entregados. Por esto dije: el impaciente todavía no es un cristiano, al menos delante de Dios, porque mediante la tribulación fue hallado reprobado.

Por consiguiente: siendo que nuestro Señor lleva en muchos pasajes de las Escrituras el nombre de Salvador y Auxiliador en las tribulaciones, el hombre que hace lo que puede para eludir los padecimientos despoja a Jesús de los títulos y nombres que le corresponden. Pues de esta manera, el Señor no será para aquel hombre un Jesús, un Salvador, ya que ese hombre no quiere admitir que merece ser condenado. No será para él un Dios Creador, porque el hombre no quiere ser esa "nada" que le permitiría a Dios crearlo. No es para él el Dios potente, sabio y bueno, porque el hombre no quiere que Dios lo sustente en su debilidad, su necedad y su maldad que le acarrea la condenación.

v.4. Y la paciencia (produce prueba).

Los diferentes grados de la impaciencia los conocemos por los diferentes grados de la ira que el Señor señala en Mt. 5:21 al explicar el significado del precepto "No Matarás". Pues si la impaciencia es la causa de la ira, las dos deben producir también el mismo efecto, a no ser que alguno quiera separar la impaciencia de la ira. En este caso, la gradación va más bien en dirección al interior que al exterior; porque el impaciente no es paciente en nada. Mas respecto

de la paciencia, el apóstol nos muestra aquí claramente una serie de grados que Baptista Mantuanus definió con gran acierto y al detalle en el último capítulo del Libro I[9]. El grado más bajo es "aguantar",
WA pero no sin gran dificultad y con el vivo deseo de verse libre de tri-
304 bulaciones. El grado siguiente y medio es soportar la tribulación con ánimo sereno, hasta alegre, y sin oposición, pero también sin buscarla. El grado más alto empero es ansiar las tribulaciones, buscarlas y extender las manos hacia ellas como hacia un tesoro. Los que han alcanzado este grado supremo dicen: "Nos gloriamos en las tribulaciones" (Ro. 5:3) y "Mas nosotros debemos gloriarnos en la cruz de nuestro Señor" etc. (Gá. 6:14).

v.4. La prueba empero (produce esperanza).

El término "prueba" debe tomarse aquí en un buen sentido como la meta de la tribulación, o sea, la meta que se intenta alcanzar a través de la tribulación. Pues Dios no acepta a nadie como justo sin antes haberlo sometido a prueba; y esa prueba es precisamente el fuego de la tribulación. De esto se habla en el Sal. 17:3: "Con fuego me has examinado, y no se halló en mí iniquidad". Pueden citarse también aquellos pasajes del Eclesiástico: "Agradó al Señor, y fue hallado justo", y "Fue hallado sin mácula"[10]. Y Sal. 11:5: "El Señor prueba al justo y al impío" etc. En este proceso de prueba, por lo tanto, no es posible entrar sino por medio de la paciencia. Y la examinación de que habla el salmo se hace para que cada cual esté en claro acerca de sus propios afectos, es decir, para que cada uno llegue a conocerse a sí mismo y vea si realmente ama a Dios por causa de Dios mismo, cosa que Dios, por supuesto, conoce sin necesidad de examinaciones. En este sentido dice el Sal. 139:23,24: "Pruébame, oh Dios, y conoce mi corazón" (i.e. haz que yo también lo conozca). "Examíname, y conoce mis sendas; y vé si hay en mí camino de iniquidad, y guíame en el camino eterno". Aquí el salmista explica muy bien el motivo por qué Dios somete a los hombres a tribulaciones: lo hace para probarlos, para hacer de ellos personas probadas y aprobadas por medio de la paciencia. *Porque si Dios no nos examinase por medio de la tribulación, sería imposible que hombre alguno se salvara.*

[9] Baptista Mantuanus, *De patientia I*, 32. Las obras de este poeta carmelita, de uso bastante difundido en las escuelas de los Hermanos de la Vida Común, fueron según el testimonio de Lutero lo primero que él leyó en materia de poesía.

[10] Eclesiástico o Sabiduría de Jesús Ben Sirá 44:16; 31:8.

La razón para ello es que por culpa del primer pecado, nuestra naturaleza está tan completamente centrada en sí misma (lat. *in seipsam incurva*, 'encorvada sobre sí misma'), que no sólo acapara para sí y disfruta los más excelentes dones de Dios (prueba clara para ello son los legalistas[11] e hipócritas) y no titubea en "usar" al propio Dios para conseguirlos, sino que ni siquiera se da cuenta de que lo que la hace buscar de un modo tan inicuo, terco y depravado todas estas cosas y aun al propio Dios, no es ni más ni menos que su tremendo egoísmo. Bien lo expresa el profeta (Jer. 17:9): "Depravado es el corazón del hombre, e inescrutable; ¿quién lo WA
conocerá?", quiere decir: tan encorvado está sobre sí mismo, que 305
ningún hombre, por santo que fuese, podría darse cuenta de ello, si no fuera por la prueba de la tribulación. De esto habla el Sal. 19:12: "¿Quién entiende los errores? Límpiame de los que me son ocultos". Y el Sal. 32:6: "Por esto orará a ti todo santo en el tiempo oportuno". Para este vicio la Escritura usa el término específico *Awon*, iniquidad, depravación, encorvadura. Sobre esto se explaya ampliamente el Maestro de las Sentencias[12], Libro I, dist.1, al tratar los temas "disfrutar", "usar", "amor de la amistad" y "amor de la concupiscencia". Por consiguiente: si con "iniquidad" entendemos esa impaciencia, o al menos la causa que conduce a la impaciencia, ese egoísmo que necesariamente es un enemigo de la cruz, puesto que la cruz entrega a la muerte todo lo que es nuestro, mientras que la impaciente y egoísta iniquidad trata de mantenerse con vida y dar vida también a todo lo que es suyo —si esto es así, digo, debemos reconocer que la bondad de Dios para con el hombre realmente es sin igual: después de haber justificado al hombre y de haberle dado sus dones espirituales, Dios se apresura a tomar medidas para impedir que la naturaleza humana impía y egoísta se lance sobre estos dones para disfrutarlos, ya que son tan apetecibles e invitan tanto a que se los disfrute. Y este tomar medidas consiste en que Dios somete al hombre a tribulaciones, lo ejercita en ellas y lo examina, a fin de que no se pierda para siempre por culpa de su ignorancia. Pues así el hombre aprende a amar y honrar a Dios de una manera "pura", que es cuando lo adora porque es Dios, no porque reparte gracia y dones. En He. 12:6 se dice al respecto: "Dios azota a todo el que recibe por hijo". De no hacerlo, el hijo se dejaría cautivar por la felicidad que le brinda la recién adquirida herencia, y muy pronto se entregaría a un ocioso disfrutar de la gracia recibida, con el resultado de que con ello ofendería al Padre más gravemente de lo que lo había ofendido antes. Por esto el apóstol dice, observando un perfecto orden: "La tribulación produ-

[11] Véase pág. 197, nota 2.
[12] Pedro Lombardo.

ce paciencia; y la paciencia, prueba", esto es: la paciencia hace que seamos gente probada.

v.5. La esperanza empero no avergüenza.

Sin una prueba como la que acabo de describir, la esperanza lo dejaría a uno confundido[13]. Mejor dicho: Ni siquiera sería una esperanza, sino una presunción, y peor aún, sería disfrutar de la criatura en vez de disfrutar del Creador. Si el hombre permaneciera en este estado, quedaría confundido por siempre jamás. A eso viene, pues, la tribulación: para que le sirva de prueba al hombre paciente. La tribulación barre con todos los recursos y lo deja al hombre desnudo y solo. No le permite tampoco ver su socorro y salvación en méritos materiales o espirituales. Y así le hace desesperar de todas las cosas creadas, le hace desprenderse de ellas y de sí mismo y buscar ayuda fuera de su propia persona y de todo lo demás, en
WA 306 Dios solo, y cantar con el salmisma: "Mas tú, Señor, eres mi Sustentador, y gloria mía" (Sal. 3:3). Esto es el verdadero significado de "esperar", y así es como "la prueba produce esperanza". Esto explica por qué los impíos, acostumbrados como están a confiar en sus propias virtudes, no pueden ni quieren soportar con paciencia las tribulaciones con que Dios quiere ponerlos a prueba. Y un día les llegará la última prueba. Y entonces, no sabiendo cómo se debe esperar sola y exclusivamente en Dios[14], y viendo cómo toda su fortuna y las montañas de sus obras se desmoronan, también ellos se desmoronarán por toda la eternidad. "Entonces dirán a los montes: caed sobre nosotros" etc. (Os. 10:8; Lc. 23:30); porque la esperanza de ellos no era esperanza, sino un errado y arrogante insistir en sus propias obras y su propia justicia.

Con todo, es preciso saber que hay dos clases de tribulaciones.

La una es la tribulación física; en ella sucumben los hombres de mente carnal, que tropiezan y caen por su apego a los bienes carnales, al ver que quedan afectados su fortuna, su bienestar físico, su reputación. Sucede entonces que se apartan de Dios y caen en desesperación empujados por su impaciencia, y así se echan en brazos de la carne y sueltan la mano de Dios. De éstos dice el apóstol en Ef. 4:19: "En su desesperación se entregaron a sí mismos a la lascivia".

La otra es la tribulación de la conciencia, una tribulación de índole espiritual, donde es devorada y destruida la justicia propia y toda la sabiduría en que los hombres tenían depositada su confian-

13 "Confundido": aquí en el sentido de "humillado, avergonzado".
14 Lutero usa la expresión *in nudum Deum*, "en el Dios desnudo".

za. Respecto de éstos, el Salvador dice, en sentido alegórico: "Cuando el hombre armado. . . Pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas, y reparte el botín" (Lc. 11:21,22), es decir, despojará al hombre de todas esas perfecciones de que se había armado, y le enseñará que éstas deben servir al bien común, y no para solaz y complacencia de uno mismo.

v.5. Porque el amor de Dios (ha sido derramado en nuestros corazones).

Estas palabras deben entenderse como indicación de las razones, o mejor dicho, como instrucción dada por el Espíritu acerca de por qué y cómo podemos gloriarnos en las tribulaciones; dicho en otra forma: el propósito es hacernos aprender que no es posible lograrlo por nosotros mismos, que tampoco es el resultado de nuestra propia virtud, sino el fruto del amor que nos es dado por medio del Espíritu Santo.

Por tanto, el "amor de Dios", que es la entrega a Dios de nuestros más puros afectos, sólo ese amor produce hombres de corazón recto, quita la iniquidad, y extingue esa fruición con que uno mira su propia justicia; porque este amor ama sola y exclusivamente a Dios mismo, no los dones que Dios da, como lo hacen los hipócritas y los que andan con obras de la ley. Por esto, cuando se produce una afluencia de bienes materiales y espirituales, el amor no se ensoberbece; y por otra parte, cuando estos bienes desaparecen y en
su lugar aparecen males materiales o espirituales, el amor no sufre WA
quebranto. "El conocimiento envanece" (1 Co. 8:1), y lo mismo 307
pasa con la justicia. La ignorancia en cambio humilla, y lo mismo hace el pecado. Pero "el amor todo lo soporta" (1 Co. 13:7), aun el gloriarse en las tribulaciones.

Por esto debemos tener muy en cuenta lo siguiente: El amor de que habla el apóstol se llama *amor de Dios*, porque es un amor con que amamos a Dios solamente. Aquí no hay nada accesible a la vista o a la experiencia, ni interior ni exteriormente, que pueda servir de base a la confianza, al amor o al temor; sino que ese amor es "arrastrado", por encima de todas las cosas, hacia el Dios invisible, inexperimentable e incomprensible, es decir, es arrastrado al centro mismo de las tinieblas interiores. Ese amor no sabe qué ama, sólo sabe qué *no* ama. Ese amor repudia todo lo que ha conocido y experimentado, y ansía únicamente lo que aún no conoce, y dice: "Estoy enferma de amor" (Cnt. 2:5), esto es: lo que tengo, no lo quiero, y lo que quiero, no lo tengo. Pero este don está muy, muy lejos del alcance de aquellos que siguen contemplando y amando lo que ellos consideran su "justicia", entristeciéndose y desespe-

rando cuando no la ven, y confiando en ella y sintiéndose seguros cuando la tienen a la vista; y así no se "glorían en las tribulaciones", ni son probados; y por esto tampoco tienen esperanza.

Se entiende —así lo afirma el apóstol— que esta sublime virtud que hay en nosotros no puede ser de procedencia nuestra, sino que debe ser solicitada a Dios. De esto se sigue que *el amor de Dios ha sido derramado*, de ninguna manera nació o se originó en nosotros. Y este derramamiento fue hecho *por el Espíritu Santo;* no es algo adquirido mediante ciertos esfuerzos o por la costumbre, como se pueden adquirir virtudes morales. Además, el amor ha sido derramado *en nuestros corazones*, es decir, en lo más íntimo y profundo de nuestro corazón, no meramente por sobre la superficie del corazón cual espuma sobre el agua. Pues así es el amor de los hipócritas, que se imaginan o fingen tener amor. Pero al ser sometidos a prueba, sale a la luz la impaciencia y soberbia que llevaban ocultas en su interior.

El Espíritu Santo, dice el apóstol, *nos fue dado*, con lo que indica que no lo hemos merecido; lo que hemos merecido es justamente lo contrario. Y que realmente es así, lo prueban las palabras que siguen: en verdad "fue dado", no merecido; porque también Cristo "murió por los débiles" (5:6), en modo alguno por los fuertes y dignos. Por esto se habla aquí[15] de "caridad", a diferencia de ese amor tan inactivo y bajo que se profesa a las cosas creadas; porque decir "caridad" es como dar a entender que se trata de un amor "caro" y "precioso", de un tener en alta estima al objeto amado. Pues estimarlo así a Dios sobre todas las cosas, esto es amarlo con un amor que lo aprecia, o sea, amarlo con "caridad". En cambio, amarlo por los dones y por ciertas ventajas es amarlo con el amor más "barato" y vil, vale decir, amarlo con deseo pecaminoso. Y esto se llama "usar" a Dios, pero no "disfrutarlo".[16]

WA 308 Y finalmente se habla del amor *de Dios*, porque Dios es el único al cual se ama de esta manera; al prójimo no lo amamos sino por causa de Dios, es decir, porque Dios así lo quiere; y su voluntad es lo que amamos sobre todas las cosas.

Hay algo más que debe tenerse en cuenta: el único lugar donde habita la "caridad" es el corazón, lo más íntimo y profundo del

[15] En la Vulgata (*caritas*) y en el texto de Lutero (el cual escribe *charitas*).

[16] *Quod est uti Deo et non frui.* La diferencia entre "usar" y "disfrutar" la explica Agustín con el ejemplo de un hombre que retorna a su patria. Para esto *usa* un vehículo. Pero si se encariña tanto con el vehículo que ya no piensa en el retorno, el *usar* se convierte en *disfrutar*. Así, los que somos peregrinos a través de esta vida terrenal, podemos *usar* el mundo, pero no debemos *disfrutarlo*. Disfrutar significa amar un objeto por el objeto mismo. Pero un amor tal sólo debe tenerse a Dios, el *ultimus finis*. Agustín, *De doctrina christiana* 5, 3-5, 22. Patrol. Ser. Lat. XXXIV, 20, 26.

corazón. Este hecho es lo que establece la diferencia entre hijos y siervos. Los hijos de Dios sirven a Dios con alegría, con buena voluntad, sin esperar recompensa, sin temor al castigo ni sed de gloria, sino sólo porque tienen ante sus ojos la voluntad de Dios. Los siervos empero le sirven obligadamente, por temor al castigo, y entonces contra su voluntad y de mala gana, o por el deseo de obtener un premio, y entonces voluntariamente, pero con la voluntad de asalariados, nunca por el solo afán de cumplir con la voluntad de Dios. (Especialmente en días de tribulación, el siervo y el asalariado dan pasos atrás, el hijo en cambio permanece en su lugar, como dice en Jn. 10:12: "Mas el asalariado huye"). Por esto el Señor dice en Mal. 1:10: "¿Quién hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde?", y luego continúa: "Yo no tengo complacencia en vosotros, dice el Señor de los ejércitos", a pesar de que son precisamente ellos los que más se jactan y se creen merecedores de la complacencia de Dios. Por esto, habiendo oído el reproche de Dios: "Ofrecéis sobre mi altar pan inmundo", le responden, como si no podrían creerlo: "¿En qué te hemos deshonrado?" (v.7), es decir: ¿acaso no hacemos todo lo que nos mandas? Y el Señor les contesta: "Cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio, ¿no es malo? Asimismo, cuando ofrecéis el cojo y el enfermo, ¿no es malo?" (v.8) Esto significa: sin amor, impulsados sólo por el deseo de sacar alguna ventaja para sí mismos, le rinden a Dios un culto de asalariados. No tienen este "*un* ojo de la esposa" (Cnt. 4:9) con que ella ve sólo al Dios invisible, ciega para lo que es de ella misma o de alguna criatura.

Digno de notar es, además, la manera cómo el apóstol une aquí la fuente con el río. "El amor", dice, "por el Espíritu Santo que nos fue dado". Pues no basta con poseer el don: tiene que estar presente también el Dador. Así lo entendió Moisés al rogar: "Si tu presencia no ha de ir delante de nosotros, no nos saques de aquí" etc. (Ex. 33:15). Hasta puede decirse que en realidad, el apóstol atribuye al solo amor tanto la presencia como el otorgamiento del Espíritu; porque todos los demás dones —así lo declara en 1 Co. 12:7 ss.— nos son dados por el Espíritu, menos el Espíritu mismo. Y ese amor a su vez, según se afirma en nuestro pasaje WA
(Ro. 5:5), no nos es dado a menos que nos haya sido dado con 309
anterioridad el Espíritu Santo mismo, quien es el que tiene que derramar en nuestros corazones el amor. En el pasaje de 1 Co. empero, Pablo nos dice: "Todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu" (v.11), por lo que añade también: "Mas yo os muestro un camino aun más excelente" (v.13), de lo que al menos podemos desprender esto: si bien en todas aquellas cosas nos es dada la manifestación del Espíritu (1 Co. 12:7 – 10), esto no significa que con todas ellas el Espíritu derrama el amor.

v.6. A su tiempo.[17]

Esta expresión *a su tiempo*, algunos la relacionan con la oración que sigue; en esta forma, el sentido es: "Cuando aún éramos débiles, a su tiempo (Cristo) murió por los impíos", quiere decir: aunque Cristo es inmortal hablando en términos de la eternidad, él murió hablando en términos de la temporalidad. Murió por su naturaleza humana que vivía en el tiempo, pero vive para siempre por su naturaleza divina que vive en la eternidad. Otros lo interpretan así: "Cristo murió a su tiempo cuando aún éramos débiles", o sea, en aquel tiempo en que nosotros todavía no éramos justos y sanos, sino débiles y enfermos —en aquel tiempo murió también él. Con la expresión "a su tiempo" se entendería entonces el tiempo en que nosotros aún éramos débiles. Que esta interpretación es mejor que la mencionada en primer lugar, se ve por las palabras que siguen: *Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (5:10). Aún otros conectan el "a su tiempo" con la frase que le precede, llegando al siguiente resultado: Cuando aún éramos débiles según o en cuanto al tiempo, aunque ante Dios y en su predestinación ya éramos justos. Pues en la predestinación de Dios, todo aquello que a nuestro modo de ver queda aún en lo por venir, ya es un hecho consumado.

v.12. Por un hombre,[18] *el pecado (entró en el mundo).*

Que el apóstol habla aquí del pecado original, y no del pecado actual, está comprobado por muchos pasajes bíblicos y se desprende de lo siguiente:

En primer lugar, Pablo dice: *Por un hombre*. Esto le hace decir a San Agustín en su controversia con los pelagianos —*Acerca de la paga que merecen los pecados, y de su remisión*, libro I[19] — "Si el apóstol hubiera querido referirse a aquel pecado que entró en este mundo no por herencia sino por imitación, habría mencionado como iniciador no a Adán sino al diablo, de quien se dice en el
WA 310 Libro de la Sabiduría, cap. 2:24: "Lo imitan los que le pertene-

[17] En el original *Secundum tempus*, según el (conforme al, en cuanto al) tiempo.

[18] El texto original es más enfático: *per unum hominem* — por un solo hombre.

[19] Agustín, *De peccatorum meritis et remissione et de baptismo parvulorum, ad Marcellinum*, 3 libros compuestos en respuesta a ciertas *quaestiones* de origen pelagiano, del año 412; I, 9, 19. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 114.

cen".[20] Así lo imitó también Adán, de manera que el diablo llegó a ser el iniciador del pecado de Adán. Pero aquí el apóstol nos dice: "por un hombre". Pues todos los pecados actuales entran y entraron en el mundo por el diablo, el pecado original en cambio entró por un hombre. En la misma obra, San Agustín dice, entre otras exposiciones muy acertadas: "Así que, al hacer referencia a aquel pecado y aquella muerte que a partir de uno solo pasaron a todos por vía de herencia, el apóstol puso como iniciador a aquel con quien arrancó la propagación del género humano".

Crisóstomo por su parte dice con respecto a este pasaje: "Es del todo evidente que el pecado que lo ha contaminado todo, no es el que proviene de la transgresión de la ley, sino el que proviene de la desobediencia de Adán"[21].

En segundo lugar, el apóstol recalca: *por uno*. El pecado actual entra por muchos; en efecto, cada cual introduce en el mundo su propio pecado.

En tercer lugar tenemos la palabra de Pablo: "El pecado *entra* en el mundo". Pero ningún pecado actual "entra" en el mundo; antes bien, el pecado de todo hombre pesa sobre su propia cabeza, como dice el profeta Ezequiel, 18:20: "Cada uno llevará su propio pecado". De modo que el pecado actual no entra en el mundo, sino que permanece con la persona que lo comete. Por otra parte, que con el "mundo" mencionado aquí no se designa al cielo y a la tierra, sino a los hombres que habitan en este mundo, se desprende de lo dicho anteriormente (cap. 3:6): "¿Cómo juzgará Dios al mundo?", y también de 1 Jn. 5:19: "El mundo entero está bajo el maligno"; Jn. 3:16: "De tal manera amó Dios al mundo"; Jn. 15:18: "Si el mundo os aborrece", y Jn. 15:19: "Yo os elegí del mundo". La razón es que el mundo físico carece de sensibilidad y de receptibilidad para el pecado, de modo que es imposible que el pecado y la muerte entren en él. Pues no es el mundo físico el que peca y muere; el que peca y muere es el hombre. Por lo tanto: decir que "el pecado entra en el mundo" es decir "el mundo es hecho culpable y pecador por un solo hombre", como se afirmará también más adelante: "Así como por el delito de uno, los muchos fueron constituidos pecadores" (Ro. 5:19).

Una cuarta prueba nos la ofrecen las palabras: *por el pecado la muerte*, porque es un hecho innegable que la muerte del mundo (es decir, la muerte de todos los hombres) no vino por el pecado personal de cada ser humano, ya que mueren también aquellos que

[20] Libro de la Sabiduría – libro apócrifo del AT, atribuido a Salomón.
[21] Crisóstomo, *Hom. in epist. ad Rom. 10*, cit. por Agustín en el libro *Contra Iulianum I*, 6, 27. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 659.

no han pecado, como se dirá más adelante. Por consiguiente: si la muerte viene por el pecado, y si de no haber pecado tampoco existiría la muerte, el pecado está en todos los hombres. No se trata, por lo tanto, del pecado personal de cada hombre. Pues en tal caso sería erróneo afirmar que la muerte entró por el pecado, sino que se debería decir que vino por la voluntad de Dios.

En quinto lugar nos apoyamos en la frase: *la muerte pasó a todos los hombres.* Es verdad: también por el pecado personal de un hombre entra la muerte; sin embargo, sólo alcanza al que cometió el pecado, como nos lo atestigua la ley (Dt. 24:16): "Los padres no morirán por los hijos" etc.

WA En sexto lugar: Pablo usa el término *pecado* en singular, refi-
311 riéndose con ello a ese UN pecado. Si su intención hubiera sido que con este "pecado" se entendiera el pecado actual, debería haber hablado en plural, como lo hace más adelante: "A causa de muchas transgresiones" (Ro. 5:16), pasaje en que salta a la vista que el apóstol hace una comparación entre aquel pecado del que habla en singular, y los muchos otros pecados, para llegar a la conclusión de que la eficacia de la gracia es mayor que la del pecado.

En séptimo lugar: ... *todos pecaron.* Está claro que no hay ningún pecado propio con que hayan "pecado todos". El pecado propio lo comete cada cual con su propio actuar pecaminoso.

En octavo lugar: *Pues antes de la ley, había pecado en el mundo"* etc. (v.13). Es verdad: aun antes de Moisés, el pecado actual existía y era imputado como tal, e incluso era penado por la ley de los hombres; el pecado original en cambio era desconocido hasta que Moisés lo puso de manifiesto en Gn. 3 (16 ss.).

En noveno lugar: Pablo dice aquí (5:14) que *no pecaron a la manera de la transgresión de Adán*; esto es: su pecado no fue una imitación, una repetición de la transgresión de Adán, como sostiene Pelagio. Antes bien, todos cuantos cometen pecado, lo hacen con su propio pecado actual.

En décimo lugar: De Adán se dice que él es *figura del que había de venir* (v. 14) –pero no lo es por el pecado actual que él personalmente cometió; de otro modo, todos los hombres serían figura de Cristo. Pero en realidad, nadie más que Adán es figura de Cristo, por cuanto ese *un* pecado suyo se extendió a todos los hombres.

Sin embargo, al continuar en su explicación acerca de cómo Adán es figura de Cristo –explicación cuya finalidad es rebatir y abatir la obstinada argumentación de futuros herejes a los que el espíritu del apóstol ya ve acercarse,– Pablo habla sólo en singular, para que no se le ocurra a algún desvergonzado inventor de tonterías decir: El apóstol da al pecado el carácter de nombre colectivo; de ahí que use el singular en vez del plural, cosa que en las Sagradas Escrituras ocurre con mucha frecuencia. Por esto Pablo dice expre-

samente: "Aquel uno que pecó" (v.15); "a causa de un solo pecado para condenación" (v.16); "por la transgresión de uno solo reinó la muerte" (v.17); "por la transgresión de uno" (v.18); "por la desobediencia de un hombre" (v.19); y el argumento más contundente es aquella comparación: "El juicio vino a causa de un solo pecado para condenación; pero la gracia vino a causa de muchas transgresiones para justificación" (v.16). Pues "también el juicio (como dice San Agustín en el capítulo 12 de su obra antes mencionada) conduce a causa de muchas transgresiones a la condenación"[22]. Sin embargo, como el apóstol no se expresa en esta forma sino que habla de "un solo pecado", fácil es comprender que se está refiriendo al pecado original. Además, nada dice de que todos hayan pecado; no pecó más que uno solo: "por la transgresión de aquel uno" (v.15); "por la transgresión de uno" (v.18); "aquel uno que pecó" (v.16) etc. Ahí se ve de qué modo es verdad tanto lo uno como lo otro: que uno solo pecó, que se ha cometido un solo pecado, que uno solo fue desobediente – y que sin embargo, a causa de este uno, los muchos fueron constituidos pecadores y desobedientes.

¿Qué es, entonces, el pecado original? WA

Primero: según la definición sutil de los teólogos escolásticos[23], 312
el pecado original es la ausencia o la carencia de la justicia original. La justicia empero es, en opinión de ellos, no más que algo subjetivo en la voluntad del hombre; "algo subjetivo" es entonces también lo opuesto, o sea, la ausencia de esta justicia, por lo que pertenece a la categoría de una cualidad, conforme a las tesis de la Lógica y la Metafísica.[24]

[22] Agustín, *De peccat. merit. et remiss.* I, 12, 15. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 117.

[23] Ante todo, Pedro Lombardo. Haciendo referencia a las *Sentencias* de P. Lombardo, II, dist.30 (Patrol. Ser. Lat. CXCII, 721 y ss.), Pedro de Burgos dice en su comentario sobre Ro. 5 que el pecado original no es una mera ausencia (*pura privatio*) sino cierta disposición corrupta (*quidam habitus corruptus*) que los doctores llaman *fomes peccati,* yesca o fomes del pecado. Biel sostiene que el pecado original proviene de la cualidad enfermiza (*morbida qualitas*) de la carne, que hace que al ser creada el alma, se produzca en ésta una otra *qualitas morbida:* la *concupiscibilitas,* la capacidad innata de pecar. Esto es entonces el pecado original, que se hace efectivo cuando interviene la libido. Según la enseñanza de los escolásticos, la justicia es un *donum superadditum,* esto es, un don de gracia que ha sido añadido a la naturaleza original del hombre. Por consiguiente, por la ausencia de esta justicia, la naturaleza que el hombre recibió en la creación no es alterada seriamente; el pecado original no hace más que "lesionarla". En abierto contraste con esto, Lutero recalca que el pecado original revierte la orientación básica del hombre.

[24] Aristóteles, Categ. 8 (I, 11b, 17 y ss.).

Segundo: conforme a las palabras del apóstol en cambio, y conforme a la sencilla interpretación en el sentido de Cristo Jesús, el pecado original es no sólo la ausencia de una cualidad en la voluntad, ni mucho menos una mera ausencia de luz en el entendimiento o de fuerza en la memoria, sino que es la ausencia absoluta de toda rectitud y potencia de todas las facultades tanto del cuerpo como del alma y del hombre entero, interior y exterior. Y además es esa misma inclinación a lo malo, la repugnancia por lo bueno, la aversión hacia la luz y la sabiduría y por otra parte el amor al error y a las tinieblas, la tendencia de huir y aborrecer las obras buenas y correr hacia lo malo, como está escrito en el Salmo 14:3: "Todos se desviaron, a una se han corrompido", y en Gn. 8:21: "El intento y los pensamientos del corazón humano están inclinados a lo malo". Pues Dios odia y cuenta por pecado no sólo aquella "ausencia" (así como muchos se olvidan de su pecado y no lo reconocen), sino toda esa concupiscencia que hace que desobedezcamos el mandamiento que dice: "No codiciarás" (Ex. 20:17).
WA 313 Este tema lo discute el apóstol con admirable claridad en el capítulo 7 de su carta; allí nos dice que este mandamiento nos abre los ojos acerca de la realidad del pecado: "Yo no sabía que la codicia era un pecado, si la ley no dijera: No codiciarás" (Ro. 7:7).

Por lo tanto, como muy bien lo expresaron los santos padres de antaño,[25] el pecado original no es otra cosa que aquel 'fomes', la ley de la carne, la ley de los miembros, la debilidad de la naturaleza, el tirano, la enfermedad que la humanidad trae dentro de sí desde sus orígenes, etc. Pasa como con un enfermo; ¿en qué consiste su enfermedad mortal? No es sólo la carencia de salud en *un* miembro, sino que es, además de la carencia de salud de *todos* los miembros, un decaimiento de todos los sentidos, de todas las facultades, y por añadidura, una repugnancia contra todo lo que es saludable, y una avidez de todo lo que es nocivo. El pecado original es, pues, aquella hidra policéfala,[26] el monstruo por demás pertinaz con el cual luchamos en la Lerna de esta vida hasta nuestra misma muerte. Ahí lo tenemos al indomable perro Cerbero[27], y a Anteo, aquel

[25] Pedro Lombardo (*Sentencias* II dist. 30, Patrol. Ser. Lat. CXCII, 722), que sigue muy de cerca la formulación de Agustín.

[26] Hidra de Lerna: en la mitología griega, un monstruo de nueve (según otros: siete) cabezas que vivía en el pantano de Lerna (Argólide). Sus nueve cabezas volvían a crecer a medida que eran cortadas. La destrucción de este monstruo fue una de las 12 hazañas de Hércules.

[27] Cerbero o Cancerbero: el horrible perro trifauce, guardián del infierno. En su duodécima y más difícil prueba, Hércules logró vencerlo, lo encadenó, y lo volvió a mandar a los infiernos.

gigante invencible mientras sus pies tocaban la tierra.[28] En ningún otro autor hallé un análisis tan claro acerca del pecado original como en Gerhard Groot y su breve tratado *Bienaventurado el Hombre*, donde habla no como un imprudente filósofo sino como un sano teólogo.[29]

Corolario

Por lo tanto, creer que el pecado original no es más que la ausencia de justicia en la voluntad, es abrir las puertas al indiferentismo y desbaratar en su totalidad el intento de arrepentimiento; más aún, es implantar el orgullo y la presunción y desarraigar el temor de Dios; es proscribir la humildad, declarar caduca la ley de Dios y de este modo condenarla del todo. Al menos, esto es lo que resulta si entendemos las palabras de aquellos teólogos tal como suenan. Fácilmente sucede entonces que uno mira con desdén al otro al reconocerse libre de un pecado en el cual aquel otro aún se debate.

Esto induce a muchas personas, afanosas por hallar un motivo para permanecer humildes, a empeñarse en exagerar la gravedad de los pecados que cometieron en el pasado y de los que podrían haber cometido, pero también de los pecados ocultos del presente; de esta manera, dirigiendo su atención a estos pecados, creen poder lograr WA
su propósito de ser o parecer humildes. Excelente método. Mas he 314
aquí, hay también pecados presentes y muy visibles, que no permiten que nos invadan y dominen el orgullo y esa tan frecuente complacencia en juzgar los errores de los demás. En efecto: un motivo muy concreto para observar la debida humildad es el hecho de que el pecado permanece en nosotros, aunque sin "enseñorearse de nosotros" (Ro. 6:14) por cuanto está sujeto al espíritu, para que éste destruya el pecado que antes lo tenía bajo su poder. Por eso, si alguien desprecia a otro por pecador, él mismo está dominado por el pecado, incluso en dos sentidos. Pues si bien él mismo es un pecador, se atribuye el carácter de justo al compararse con el otro, y así llega a ser un mentiroso y no se reconoce pecador a pesar de serlo. Y esto es, propiamente hablando, "iniquidad". Pero también el juzgar está prohibido, y sin embargo, él juzga. ¿Cómo empero

[28] Anteo: hijo de Neptuno y de la Tierra. Hérculos le dio muerte levantándolo en vilo y ahogándolo entre sus brazos.

[29] El autor mencionado por Lutero no es Gerhard Groot (Geert Groote) sino Gerard Zerbolt, de Zuetphen, cuyo *Devotus tractatulus de spiritualibus ascensionibus* comienza con las palabras "Bienaventurado el hombre que tiene en ti sus fuerzas", del Salmo 84:5.

puede juzgar si no es superior al otro y mejor que él? Así que el tal hombre se eleva en forma orgullosa por encima de otro hombre y cae en pecado, aun cuando no cometiere ningún otro pecado sino este único de olvidarse de que es un pecador, y de hacerse creer a sí mismo que es una persona justa. Por consiguiente: el que reconoce que tiene dentro de sí el pecado al cual debiera dominar, con toda seguridad teme llegar a ser su servidor, y en especial temerá el juzgar a los demás; porque sabe que si juzga, Dios le dirá: ¿Cómo es que tú juzgas a otros como si fueras justo, cuando en realidad eres injusto? Y si fuiste justo, por el mismo hecho de confiar en tu propia justicia ya la has mancillado y has cometido una doble injusticia, presentando tu pecado como justicia, y jactándote de tu justicia.

v.12. (Por tanto, como el pecado) entró (en el mundo).

El apóstol emplea la expresión un poco fuera de lo común "el pecado *entró* en el mundo" para subrayar el hecho de que el pecado original no *proviene de* los hombres sino que *viene a* los hombres. Pues la característica del pecado actual es la de salir de dentro de nosotros, como dice el Señor: "Del corazón salen los malos pensamientos" (Mt. 15:19). El pecado original en cambio entra en los hombres: ellos no lo cometen sino que lo padecen, como lo afirma también Moisés en Ex. 32:24: "Y salió este becerro".

v.12. En que todos pecaron.

El texto no permite discernir con claridad si este "en que" se refiere a un masculino o a un neutro[30]. Por lo tanto, se tiene la impresión de que el apóstol quiere que lo entendamos tanto en un sentido como en otro. Y esta interpretación en doble sentido es, en efecto, la que da San Agustín en el capítulo 10 de su libro antes mencionado[31]. Dice: "En que todos pecaron. Está a la vista, y no puede haber ninguna duda al respecto, que *una* cosa son los pecados propios, en que pecan solamente aquellos que los cometieron, y

[30] Lo que aquí se tradujo con "en que" es en griego ἐφ' ᾧ, en la Vulgata, citada por Lutero, *in quo*, pronombre relativo masculino o neutro. (Optamos por la traducción literal "en que" para respetar en todo lo posible el original, aunque por razones estilísticas habríamos preferido un "con que", o mejor aún "por cuanto", como tiene la Vers. Reina-Valera y otras).

[31] Agustín, *De peccat. merit. et remiss.* I, 10, 11. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 115.

otra cosa es este *un* pecado en que pecaron todos, por cuanto todos fueron aquel *un* hombre". De esta palabra de Agustín parece desprenderse que el pecado original es precisamente aquel pecado primero, o sea, la transgresión de Adán. Pues el verbo "pecaron", WA
Agustín lo interpreta como referencia a un acto concreto, y no 315
sólo como trasmisión por herencia de un estado de culpabilidad. Y luego prosigue: "Pero si el *en que* se refiere a aquel *un* hombre (gén. masc.) en que todos pecaron, y no al pecado (gén. neutro) en que pecaron – ¿qué puede ser más claro que esta aclaración?". Sin embargo, la explicación dada en primer término es la que concuerda mejor con el contexto posterior. Pues allí (v. 19) el apóstol dice: "Así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores"; y ¿qué significa esto sino que "todos pecaron en el pecado de aquel uno"? Sin embargo, también cabe la segunda interpretación: habiendo pecado uno, pecaron todos. Así lo vemos en Is. 43:26 y ss: "Habla si tienes algo con que crees poder justificarte. Tu primer padre pecó", quiere decir: no podrás justificarte, porque eres hijo de Adán, el primero en pecar. Por consiguiente, tú también eres un pecador, por cuanto eres hijo de pecador. Un pecador empero sólo puede engendrar a otro pecador, igual a él.

v.13. Hasta (que fuera dada) la ley (lat. usque ad legem) había pecado en el mundo, etc.

He aquí lo que dice San Agustín en el capítulo 10 acerca de este pasaje: "Esto significa que tampoco la ley, ni la natural ni la escrita, pudo quitar el pecado; porque mediante las obras de la ley nadie pudo justificarse". Y en otra de sus obras, *Exposición de ciertas Proposiciones*[32], hallamos el siguiente comentario: "Hasta la ley había pecado en el mundo, o sea – así es como debemos interpretar esta expresión – hasta que viniera la gracia. Aclaremos: el apóstol se está dirigiendo a gente que opina que mediante la ley se pueden quitar los pecados. Contra esta falsa opinión, Pablo sostiene que los pecados son puestos de manifiesto por la ley, pero no quitados. Esto es lo que quiere indicar con sus palabras: 'No se inculpaba a los hombres de pecado, porque no había ley'. ¿Acaso dice que *no había* pecado? ¡No!, sino que 'no se inculpaba...' Ni

[32] Agustín, *Expositio quarundam propositionum ex epistola ad Rom.* (27-28), año 394, libro que contiene respuestas a las preguntas de los hermanos con quienes Ag. estaba leyendo la Carta a los Romanos. Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2067.

aun después de haber sido dada la ley, el pecado fue quitado, sino que comenzó a ser imputado, es decir, la ley comenzó a hacerlo claramente visible. No vayamos a creer, pues, que lo de 'hasta la ley' fue dicho en el sentido de que una vez salida a luz la ley, el pecado haya dejado de existir. Antes bien, al decir 'hasta la ley', Pablo incluye en esta definición todo el tiempo en que la ley estuvo en vigencia, hasta el 'fin de la ley que es Cristo' (Ro. 10:4)".

Y de esta manera, San Agustín conecta el "hasta la ley" con la afirmación "había pecado". Pues entonces se hace necesario decir – como él mismo lo dice – que el pecado existió no sólo *hasta* la ley, sino mucho más aún *bajo* la ley, que se introdujo para que el pecado abundase. Pero si se conecta el "hasta la ley" con aquella frase negativa "no era imputado", no hace falta forzar de tal manera el "hasta la ley", que de todos modos implica un fin, un punto final, y tendremos entonces el siguiente sentido: Hasta la ley, el pecado (que como se sabe ha existido siempre en el mundo) no fue imputado, es decir, no fue imputado ni se lo conocía verdaderamente hasta que vino la ley, que "produjo" el pecado,
WA no en cuanto a su existencia en el mundo, sino en cuanto a su cono-
316 cimiento por parte de los hombres. Cabría también esta otra formulación: "Hasta la ley había pecado en el mundo", es decir, simplemente estaba allí como algo que existía; pero por medio de la ley se agregó otro factor más a esta mera existencia y permanencia: ahora el pecado fue además conocido como tal. De este modo, el entendimiento no es que el pecado haya existido hasta la ley y luego haya dejado de existir, sino que el pecado adquirió una notoriedad que antes no tenía; y este entendimiento lo apoyan con suficiente claridad las palabras del apóstol: "Pero el pecado no era imputado, por cuanto no había ley", o dicho en otra forma: por medio de la ley, hasta la cual existió, el pecado no fue quitado, sino imputado.

v.14. Reinó la muerte.

Esto quiere decir: el castigo por el pecado, que es la muerte, lo conocían todos por experiencia; lo que no se conocía era la causa de la muerte: el pecado. Tampoco esto debe entenderse como que la muerte haya reinado sólo hasta Moisés. Pues también Moisés murió, y así morirán todos los hombres, hasta que este mundo llegue a su fin; particularmente los réprobos permanecen bajo el reinado de la muerte. "No obstante, reinó la muerte hasta Moisés", esto es: hasta Moisés no se conocía el por qué, el verdadero motivo de la muerte. San Agustín por su parte, en el escrito ya mencio-

nado[33], entiende este reinado de la siguiente manera: "Cuando el estado de culpabilidad por el pecado domina en los hombres de un modo tal que no les permite llegar a la vida eterna, que es la única vida verdadera, sino que los arrastra incluso a la muerte segunda (que es la muerte eterna, como castigo por los pecados)".

v.14. A la manera de la transgresión de Adán.

En su obra ya varias veces citada[34], San Agustín aplica este pasaje a los que "aún no pecaron con su voluntad propia y personal, como lo hizo Adán". Con esto concuerda también San Ambrosio[35], que relaciona la expresión "a la manera de la transgresión de Adán" con el verbo "no pecaron"; de otra manera el apóstol, a menos de definir más concretamente el "no pecaron", habría incurrido en una contradicción consigo mismo, ya que antes había afirmado: "en que todos pecaron". Pues ¿cómo puede ser que "todos pecaron" y sin embargo algunos "no pecaron"? Esto es posible únicamente si lo entendemos así: todos pecaron en la persona de Adán, y en el pecado de Adán, pero no todos pecaron a la manera del pecado de Adán, o mejor dicho de la transgresión de Adán. En efecto, pecado y transgresión son, en cierto modo, dos cosas distintas: el pecado, como estado de culpabilidad, es algo que permanece; la transgresión en cambio, como un acto individual, tiene carácter pasajero. Por lo tanto, todos pecaron, no en forma de acto concreto, pero sí en forma de haber caído todos en el mismo estado de culpabilidad. Sólo Adán pecó en ambas formas, porque en el caso de él se trata del primer pecado.

Faber Stapulensis en cambio es de otra opinión respecto de WA
este pasaje, y también trata de conciliar de otra manera aquellas 317
dos frases contradictorias "en que todos pecaron" y "los que no pecaron". Sin embargo, dudo de que su solución sea correcta; mejor dicho, temo que no lo sea. Esto sí: su observación de que "a la manera de" tiene que entenderse como complemento del verbo "reinó", la acepto siguiendo el pensamiento de Juan Crisóstomo[36],

[33] Agustín, *De peccat. merit. et remiss.* I, 11, 13. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 116.

[34] Ibid., I, 9, 19. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 114.

[35] No Ambrosio, sino Ambrosiáster, *Comment. in ep. ad Rom.* Patrol. Ser. Lat. XVII, 94 y ss. El Ambrosiáster, atribuido erróneamente a Ambrosio, es un comentario a las 13 epístolas paulinas que se diferencia favorablemente de la labor exegética de Ambrosio por su claridad, su sobriedad y su esfuerzo por hacer prevalecer el sentido histórico.

[36] Crisóstomo, *Homilia X in epist. ad Romanos,* cit. por Agustín en su escrito *Contra Iulianum,* I, 6, 27. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 659.

que en su interpretación de este pasaje dice: "¿De qué manera reinó? A la manera de la transgresión de Adán". Las palabras "aun en aquellos que no pecaron" las toma entonces como un agregado colocado entre paréntesis. A consecuencia, la frase "no pecaron" tendrá que entenderse así: "no pecaron con un acto pecaminoso propio", con lo que adquiere un sentido más estricto que la expresión anterior "en que todos pecaron". En forma análoga, el mismo Doctor dice también respecto de los párvulos: "Por esto bautizamos también a los infantes, a pesar de que aún no tienen pecados", es decir, pecados propios, cosa que San Agustín expone con profusión de detalles en el libro 2. contra Julián citando al mismo autor[37].

v.14. El cual es figura del que había de venir.

Según referencias de San Agustín[38], Crisóstomo dice a propósito de esta frase lo siguiente: "A la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir. Por esta razón, Adán es también la figura de Cristo. Se pregunta: ¿De qué manera es Adán la figura de Cristo? La respuesta es: Así como Adán llegó a ser para sus descendientes, aunque éstos no comieron del árbol, la causa de la muerte que fue introducida por el comer, así Cristo llegó a ser para los suyos, pese a que éstos no realizaron ningún acto justo, el proveedor de la justicia que él nos donó a todos nosotros por medio de su cruz". Por lo tanto, la semejanza de la transgresión de Adán se halla también en nosotros, ya que morimos como si hubiésemos pecado en forma semejante. Y también se halla en nosotros la semejanza de la justicia de Cristo, ya que vivimos como si hubiéramos cumplido en forma semejante con todas las exigencias de la ley. En virtud de esta semejanza, pues, Adán es "figura del que había de venir", de Cristo que viene después de él. Y para quitarnos esta semejanza y darnos la suya propia, Cristo "fue hecho semejante a los hombres" (Fil. 2:7) y fue enviado por el Padre "en semejanza de carne de pecado" (Ro. 8:3). Vale entonces aquello de que "así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Co. 15:22). Por esto prefiero adherir a Crisóstomo que sostiene que "a la manera de" debe conectarse con el verbo "reinó".

[37] Crisóstomo, *Ad neophyt. homil.*; la cita se halla en Agustín, *Contra Iul.* I, 6, 22. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 656.

[38] Agustín cita a Crisóstomo en su libro contra Julián, obispo de Eclana. En dicha obra, Agustín trata de aportar la prueba de la "tradición" en favor del dogma del pecado original. Crisóstomo, *Hom. X in epist. ad Rom.*; cit. por Agustín en *Contra Iulianum* I, 6, 27. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 659.

v. 15. Pero el don no fue como la transgresión. WA 318

Dice Crisóstomo[39]: "Si te pregunta un judío: ¿Cómo es posible que por el poder de este solo Cristo, el mundo ha sido salvado?, puedes responderle: ¿Cómo es posible que por la desobediencia de este solo Adán, el mundo ha sido condenado? Con todo, la gracia y el pecado no se pueden comparar la una con el otro; tampoco son iguales la muerte y la vida, ni lo son Dios y el diablo". Pues si el pecado, y el pecado de este solo hombre (Adán) tuvo tal poder, ¿cómo no habría de tener un poder mucho mayor aún la gracia de Dios, que es la gracia de este solo Hombre (Cristo)? ¿No parece ser esto mucho más razonable? Pues en verdad, que uno sea condenado a causa de otro, poco nos convence; mucho más apropiado y razonable parece que uno sea salvado a causa de otro.

v. 15. (Abundaron mucho más para los muchos) la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo.

El apóstol menciona la gracia y el don ligados por la conjunción 'y' como si fuesen dos cosas diferentes. Pero lo hace para poner de relieve claramente la "figura del que había de venir" de que acaba de hablar, a saber: que si bien somos justificados por Dios y recibimos la gracia, sin embargo no la recibimos como premio a nuestro mérito, sino que esta gracia es un don que el Padre dio a Cristo para que éste lo diera a los hombres, como está escrito en Ef. 4:8: "Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres". Estos dones son, por ende, dones de la gracia de Dios que Cristo recibió del Padre a causa de su mérito y su gracia personales, para que él nos los diera a nosotros, como está escrito en Hch. 2:33: "Habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado este don que vosotros veis". El sentido es, por lo tanto: "La gracia de Dios" (con la cual él nos justifica, o más específicamente: la cual está en Cristo como en su fuente y origen, así como el pecado del hombre está en Adán) "y el don", a saber, ese don que Cristo, quien lo recibió del Padre, derrama sobre los que creen en él. Este don nos llega "por la gracia de un solo hombre", quiere decir, por el mérito y la gracia personales (de Jesucristo) por los cuales plugo a Dios darnos aquel don. Con la expresión "por la gracia de un hombre" debe entenderse la gracia personal de Cristo, a la cual corresponde por el otro lado el pecado propio y personal de Adán; el "don" empero es la justicia que nos ha sido

[39] Comp. Nota 36, pág. 217.

donada. Así también el pecado original es un "don" (si se lo puede llamar así) en el pecado de *un* hombre, Adán. Mas "la gracia de Dios" y "el don" son una y la misma cosa: precisamente la justicia que nos ha sido dada en forma gratuita por medio de Cristo. Y a esta justicia donada, Dios añade la "gracia", pues también nosotros solemos hacer un regalo a nuestros amigos. Pero este don lo han recibido incluso los enemigos de Dios, por Su misericordia; porque de suyo no habrían sido dignos del don, si la misericordia y la gracia de Dios no los hubiera hecho y considerado dignos.

WA 319 *v.20. Pero la ley se introdujo.*

Palabra muy acertada es ese "se introdujo" (lat. *subintravit*): el pecado entró (*intravit*), y la ley "entró por debajo" (*sub-intravit*), es decir, después del pecado entró también la ley, con lo que queda comprobado que el pecado no fue quitado por la ley. Pues que la ley se haya "introducido" significa que el pecado que entró, aún permanece allí e incluso quedó incrementado; porque al pecado que entró, le siguió la ley que lo excitó, prescribiéndole lo que éste aborrecía, y prohibiéndole lo que apetecía. Por esto, el apóstol dice: *para que el pecado abundase*. Esta frase no es causal sino consecutiva, ya que la conjunción "para que" *(ut)* indica la consecuencia de la ley, no su causa final. En efecto: la ley no debe su existencia al pecado, si bien el mismo Pablo dice en Gá. 3:19: "Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa". Así dice también aquí: "para que abundase", esto es, a causa del pecado etc. Así que el sentido es éste: por medio de la transgresión de la ley se llegó al conocimiento de aquel pecado primero y original. Por eso la ley existe a causa de la transgresión, no para que se produjera la transgresión, sino porque la consecuencia forzosa de la implantación de la ley era que por tal transgresión de la ley se llegaba al conocimiento de que la debilidad, la ceguera y la concupiscencia son verdaderos pecados. Pues no era necesario implantar la ley por la transgresión, ya que, aun cuando esto no hubiera sido la intención, y la ley no hubiera sido implantada a causa de la transgresión, de todos modos se tenía que producir una transgresión de la ley, dado que si no se posee la gracia, es imposible vencer la concupiscencia y destruir el "cuerpo del pecado" (Ro. 6:6). Así, la frase afirmativa "la ley entró para que el pecado abundase" no apunta a otra cosa alguna sino a la frase negativa: la ley no dio vida, la ley no quitó el pecado; o: la ley no entró para quitar el pecado ni para dar vida. Y entonces sigue necesariamente esta declaración afirmativa: Por lo tanto, la ley entró para incrementar el pecado.

Esto es bien cierto; de modo que el sentido es: la ley entró; y luego, sin culpa de la ley, y sin que haya sido la intención del Legislador, sucedió que la presencia de la ley produjera el incremento del pecado. Pero a esto se llegó por culpa de la concupiscencia, que no era capaz de cumplir la ley. Por esto dice San Agustín en sus exposiciones acerca de las proposiciones de esta epístola[40]: "Con esta palabra, el apóstol dio a entender muy claramente que los judíos no sabían con qué propósito se había dado la ley. Fue dada no para conferir vida – pues solamente la gracia vivifica, por medio de la fe – sino para poner de manifiesto con cuántos y cuán firmes lazos de pecados están atados aquellos que afirman presuntuosamente que la ley tenemos que cumplirla con nuestras propias fuerzas". Esta manera de hablar es muy frecuente, p.ej. cuando un médico viene a ver a un enfermo para consolarlo. Cuando el enfermo ve frustradas sus esperanzas, y el médico no puede ayudarle, es posible que el enfermo le diga: Tu presencia, en vez de consolarme, no hace WA
más que aumentar mi desesperación. De igual manera, el género 320
humano que esperaba ardientemente la ley (cosa que se evidencia patentemente en todos los filósofos y buscadores de la verdad), no recibió de ella el auxilio y remedio ansiados; antes bien, vio agravada a causa de ella su enfermedad – situación de la cual es una ilustración aquella mujer que padecía de flujo de sangre, como se nos relata en el Evangelio (Mr. 5:25 y ss): toda su fortuna la había gastado en médicos, y sin embargo, le iba siempre peor. ¡Cuán significativa y cuán digna de seria reflexión es, por lo tanto, esta palabra del apóstol: "La ley entró para que. . ."! No es que Dios la haya implantado con este propósito; pero al entrar la ley, lo que sucedió fue realmente esto: "el pecado abundó".

[40] Agustín, *Expositio quarundam propositionum ex epist. ad Rom.* 30. Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2068.

Capítulo 6

v.1. Los que hemos muerto al pecado, (¿cómo viviremos aún en él?)

San Agustín dice con respecto a este pasaje[1]: "A partir de estas palabras, el apóstol nos ofrece una descripción exhaustiva de aquel que ha sido colocado bajo la gracia, situación en que el hombre con su mente ya está sirviendo a la ley de Dios, a pesar de que con su carne todavía está sirviendo a la ley del pecado". Y continuando con su descripción de esta doble servidumbre bajo la ley y bajo el pecado, Agustín observa: "Pues este hombre no obedece al deseo del pecado, por más que sus concupiscencias lo instiguen y provoquen para que consienta en lo malo; y esta lucha continúa hasta que por fin también el cuerpo será vivificado, y 'la muerte será devorada en la victoria' (1 Co. 15:54). Por lo tanto, si no consentimos en los deseos depravados, estamos en la gracia, y 'el pecado no reina en nuestro cuerpo' (Ro. 6:12). Aquel empero sobre el cual reina el pecado, todavía está bajo la ley y no bajo la gracia, pese a todos sus esfuerzos por resistir al pecado".

Estas palabras nos permiten llegar a una comprensión clara de lo que el apóstol quiere decirnos. Pues todas estas proposiciones: 1) *haber muerto al pecado;* 2) *mas vivir para Dios;* 3) *servir con la mente a la ley de Dios, con la carne empero a la ley del pecado,* tienen uno y el mismo significado: no consentir en las concupiscencias y en el pecado, a pesar de que el pecado permanece aún en nosotros. Y a lo mismo va también aquello de que 4) *el pecado no ejerce dominio, no reina,* sino que 5) *la justicia reina,* etc. Por esto se nos dirá también más adelante, en el cap. 13:14: "No proveáis para los deseos de la carne", es decir, para los deseos del pecado, que también son en sí pecado, a saber, pecado original, lo que resta de la herencia paterna que nos viene de Adán; estos deseos siguen manifestándose, pero no les obedezcáis. Igualmente se

[1] Agustín, *Propos. ex epist. ad Rom. 35,* Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2069.

nos dice: "*. . . para que el cuerpo del pecado sea destruido*" (6:6), lo que sucede cuando el espíritu, en vez de consentir en el pecado, le ofrece resistencia.

WA 321

Corolario

Los pecados nos acompañan hasta el fin de nuestra vida. De ahí las palabras de San Agustín[2]: "Hasta que nuestro cuerpo sea vivificado, y la muerte sea devorada en la victoria, las concupiscencias seguirán instigándonos". Lo mismo leemos en Gá. 5:17: "El deseo del Espíritu es contra la carne, y el deseo de la carne es contra el Espíritu; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis"; en Ro. 7:15 y 19: "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago"; en Stg. 4:1: "¿De dónde vienen las guerras y los plcitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?", y también en 1 P. 2:11: "Absteneos de los deseos carnales que batallan contra el alma". En el mismo tono, todos los apóstoles y santos confiesan que el pecado y la concupiscencia permanecen en nosotros hasta que este cuerpo se reduzca a polvo y resucite otro cuerpo, libre de concupiscencia y pecado, como dice en 2 P. 3:13: "Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia", lo que implica que en la tierra presente habita el pecado. En términos similares se habla en Jer. 18:4 y ss., donde el Señor dice, partiendo del ejemplo de un alfarero que de la vasija rota hace otra: "Yo obraré de la misma manera". Pues Dios odia el cuerpo del pecado y se dispone a repararlo a nuevo; por esto nos manda que también nosotros lo odiemos, lo destruyamos y lo mortifiquemos, y que además le pidamos a El que nos ayude a salir de este cuerpo y haga que "venga a nosotros su reino" (Mt. 6:10).

Pero este odio hacia el cuerpo del pecado y esta resistencia contra él no es cosa fácil, sino al contrario, es en sumo grado difícil; para ello son necesarias todas las obras de arrepentimiento que uno pueda hacer, principalmente como prevención contra el ocio.

v.3. (¿O no sabéis que todos los que hemos sigo bautizados en Cristo Jesús), hemos sido bautizados en su muerte?

En el *Libro 4 Acerca de la Trinidad,* cap. 3, San Agustín escribe[3]: "Por nuestra doble muerte, Cristo paga con su muerte

[2] Ibid., comp. 1 Co. 15:54.
[3] Agustín, *De Trinitate* IV, 3. Patrol. Ser. Lat. XLII, 891.

'simple', y para lograr una doble resurrección para nosotros, él puso delante de nosotros y nos propuso como remedio, cual sacramento y ejemplo, la *una* resurrección suya. Pues revestido de carne mortal, y muriendo y resucitando con ella sola, con ella sola también hace armonizar para nosotros lo uno con lo otro; porque en su carne mortal, él llegó a ser un sacramento para el hombre interior, y un ejemplo para el hombre exterior[4]. Del sacramento para el hombre interior se habla en Ro. 6:6: 'Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del WA
pecado sea destruido'. Al ejemplo empero se refiere lo dicho en 322
Mt. 10:28: 'No temáis a los que matan el cuerpo'. A esto, al 'no temer', Cristo estimuló a los suyos al máximo por medio de la muerte suya, que fue una muerte de esta índole (a manos de los enemigos)". – Que la resurrección del cuerpo del Señor tiende a ser sacramento para el hombre interior, queda demostrado por aquella palabra apostólica (Col. 3:1): "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba". Y al ejemplo para el hombre exterior se refiere la aseveración del Señor: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá" (Lc. 21:18), y su actitud de mostrarse corporalmente a sus discípulos después de su resurrección. Así que en este lugar, el apóstol habla de la muerte y resurrección de Cristo en términos de sacramento, no de ejemplo.

Tengamos en cuenta, pues, que la muerte es de naturaleza doble: muerte natural, o mejor dicho temporal, y muerte eterna. La muerte temporal es la separación de cuerpo y alma. Pero ésta es sólo un símbolo, una imagen, como lo es el cuadro de la muerte pintado en una pared[5] en comparación con aquella muerte eterna (que es también una muerte espiritual). Por esto, las Escrituras la llaman a menudo un sueño, un reposo, un dormitar. La muerte eterna a su vez también existe en dos formas: La una es buena y gloriosa. Es la muerte del pecado y la muerte de la muerte. En ella, el alma es liberada y separada del pecado, y el cuerpo es liberado de la corrupción, y mediante la gracia y la gloria entran en unión con el Dios viviente. Esta, y sólo esta, es la muerte en el sentido más cabal de la palabra. (En verdad, en todas las demás muertes queda algo que está mezclado con la vida, excepto en esta buena

[4] Cristo es *sacramentum*, signo divino, porque significa y dona (significat, donat); y es *exemplum*, ejemplo, porque incita a la imitación. Más tarde, Lutero dice *donum et exemplum*. Comp. lo dicho respecto del v.25 de Ro.4, pág. 194.

[5] Lutero estará pensando en las representaciones de la Danza de la Muerte, o Danza Macabra, bastante frecuentes en su tiempo, en que la Muerte solía aparecer como el conductor de una ronda, que invita irresistiblemente a plegarse a sus filas a cualquier humano que encuentra a su paso.

muerte eterna: en ella no hay más que vida en su forma más pura, porque es vida eterna). Pues sólo a esta muerte se le pueden atribuir de un modo absoluto y perfecto las condiciones de la muerte, y en ella sola, todo cuanto muere así, perece del todo y se desvanece en una nada sempiterna, y de ella jamás habrá un retorno para cosa alguna, pues hasta da muerte a la misma muerte eterna. De esta manera muere el pecado, y muere el pecador al ser justificado; porque el pecado ya no volverá nunca más, como afirma aquí el apóstol: "Cristo ya no muere" etc. (Ro. 6:9). Y esta muerte buena es el tema principalísimo de las Escrituras; porque Dios resolvió echar fuera por medio de Cristo todo lo que el diablo introdujo por medio de Adán. Lo que el diablo introdujo es el
WA pecado y la muerte. Por esto, Dios produjo la muerte de la muerte,
323 el pecado del pecado, el veneno del veneno, la cautividad del cautiverio[6]; por boca del profeta Oseas (13:14) lo dice claramente: "Oh muerte, yo seré tu muerte, mordedura seré para ti, oh infierno". Esto quedó prefigurado en todas las guerras de los hijos de Israel en tiempos del Antiguo Testamento, guerras en que el pueblo de Dios dio muerte a los gentiles.

Pero hay también otra muerte eterna, y esta otra es lo más horrible que uno puede imaginarse. Es la muerte de los condenados. Allí no muere el pecado y el pecador, quedando a salvo el hombre, sino al contrario: el que muere es el hombre, el pecado empero vive y permanece por toda la eternidad. Esta es "la muerte del pecador, muerte de la peor especie" (comp. Sal. 34:21). El apóstol por su parte, al hablar de la muerte de Cristo en un sentido sacramental, se refiere a la segunda muerte espiritual, y así sus palabras se nos hacen ahora fácilmente comprensibles.

Usé la expresión: "el pecado del pecado". ¿Qué quise decir con ella? El pecado del pecado es obrar en contra de la ley del pecado, es transgredir la ley de los miembros, es pecar contra la concupiscencia de la carne, lo cual es, por cierto, un pecado como no puede haber otro mejor. Así como "la muerte de la muerte" es obrar en contra de la muerte —lo cual es sinónimo de 'vida'— así el pecado del pecado es justicia. De ahí el dicho del Eclesiástico: "Vale más maldad de hombre que bondad de mujer"[7], esto es: mejor es que el espíritu transgreda la ley de la carne y haga lo que va en contra de la carne, y no que la carne obre conforme a su propia ley. Estas son las obras de Dios en las cuales él se deleita y mediante las cuales hace que nos deleitemos también nosotros, como está escrito (en el Salmo 104:31): "Se alegrará el Señor en

[6] Comp. Sal. 68:18; Ef. 4:8.
[7] Eclesiástico (o Sabiduría de Jesús Ben Sirá) 42:14.

sus obras”, y en Ro. 8:3: “A causa del pecado condenó al pecado”. Estas oraciones negativas, que son mucho más dulces que las declaraciones afirmativas, las usa el Espíritu para dar expresión al carácter eterno de aquello de que está hablando. Pues “a la muerte se le ha dado muerte” significa que la muerte ya no volverá jamás; y “el cautiverio ha sido tomado cautivo”. significa que tampoco el cautiverio habrá de volver jamás. Con declaraciones afirmativas esto no puede expresarse; en efecto, es dable pensar también en una vida sin eternidad. Por esto dice también aquel mismo Salmo (68:20): “Dios, nuestro Dios ha de salvarnos, y del Señor es el librar de la muerte”. Esto es mejor que si dijera: del Señor es el hacer entrar en la vida. Pues el entrar en la vida puede tener por resultado un salir de la vida, mejor dicho: inevitablemente tendrá este resultado. Pero “salir de la muerte” significa entrar en una vida en que la
muerte ya no existe. Y esta es la “complacencia de Cristo”[8] de WA
que habla el Salmo 16:3: “En los santos que están en la tierra, en 324
ellos Dios manifestó en forma admirable toda mi complacencia”, y el Salmo 111:2: “Grandes son las obras del Señor, escogidas conforme a toda su complacencia”.

v.4. Somos sepultados juntamente con él.

En el hombre espiritual, todo debe tener, en opinión de sus semejantes y en opinión de él mismo, la misma apariencia que tuvo el Cristo muerto y sepultado a los ojos de los judíos. Pues él es el que lleva la voz cantante, para que nosotros le respondamos en todo.

Primero: cuando Cristo había muerto, ya no sentía nada de lo que pasaba en el mundo en torno suyo, a pesar de que él todavía estaba en este mundo. Lo mismo sucede con el hombre espiritual: con sus sentidos está presente en todo, pero con su corazón está apartado de todo, muerto para todo. Esto ocurre cuando el hombre desdeña del fondo de su alma todo cuanto esta vida puede ofrecerle, más aún: cuando, hastiado de todo lo que se mueve sobre el escenario de esta vida, se entrega con gusto a la paciencia y se gloría de ser como un cuerpo exánime, y como “la escoria del mundo y el desecho de todos”, según dice el apóstol (1 Co. 4:13). Pero no hay que olvidar una cosa: No es necesario que todos los hombres sean hallados en este estado de perfección ni bien hayan sido bautizados para una muerte de esta índole. Pues han sido bautizados “para muerte”, es decir, hacia esta muerte, en dirección a ella. En otras

[8] Lat. *voluntates Christi.* Las *vol. Christi* son la mortificación y crucifixión de la carne y el desprecio de todas las cosas visibles; comp. W 3, 104, 27 y s.

palabras: están en el comienzo de sus esfuerzos por alcanzar esta muerte y llegar a esta su meta, así como, por otra parte, pese a haber sido bautizados para obtener la vida eterna y el reino de los cielos, todavía no lo poseen al momento en toda su plenitud, sino que comenzaron a entrar en acción para arribar al fin deseado — porque para esto ha sido instituido el bautismo: para que nos conduzca a esta muerte, y a través de ella, a la vida. Es necesario, por lo tanto, que seamos hallados dentro del orden prescripto para alcanzarla.

Ahora bien: dentro de este orden hay tres tipos distintos de hombres. Los primeros se muestran reacios a soportar la cruz y tal mortificación, y no quieren morir. Estos son como el malhechor a la izquierda, porque blasfeman de Cristo, por lo menos en su corazón, pero también con su manera de vivir. Un segundo tipo lleva su cruz con paciencia, pero también con mucha ansiedad, dificultad y gemidos; pero al fin logran superar todo esto, de modo que al menos mueren piadosamente. Les resulta muy duro ser despreciados y aborrecidos por todos. Estos son como el malhechor a la derecha, y por cierto, hasta el día de hoy, el Cristo sufriente y compasivo siempre ha llevado en su cuerpo a gente tal[9], Los terceros empero son, como dije, los que enfrentan esta muerte con gozo; a éstos los prefiguró el propio Cristo cuando se entregó a la muerte con grito triunfal cual héroe de valentía sin par.

WA 325 *v.6. Nuestro viejo hombre (fue crucificado juntamente con él).*

El término "viejo hombre" designa al hombre tal como nació de Adán, no con respecto a su naturaleza en sí sino con respecto al estado viciado en que se halla esta naturaleza. Pues la naturaleza es buena, el vicio empero es malo. Sin embargo, el nacido de Adán se llama "viejo hombre" no sólo porque hace las obras de la carne, sino que es llamado así con más razón aún cuando se comporta correctamente, cuando trata de alcanzar sabiduría, cuando se ejercita en toda suerte de obras espiritualmente buenas, e incluso cuando ama al propio Dios y le rinde culto. Y ¿por qué? Porque en todo esto, el hombre "disfruta" de los dones de Dios y "usa" a Dios[10]. De este abuso tan perverso que el hombre comete (y que en la Escritura es llamado encorvadura[11], iniquidad, perversidad) sólo lo puede "enderezar" la gracia de Dios. "Lo torcido[12] difícil-

[9] I.e.: en la iglesia, el cuerpo de Cristo, siempre hubo gente tal.
[10] Comp. pág. 206, nota 16.
[11] Comp. pág. 203.
[12] Lutero (y la Vulgata): *perversi difficile corriguntur* — los perversos difícilmente pueden ser corregidos.

mente se puede enderezar", Ec. 1:15; y esto se dice no sólo por la terquedad de los perversos, sino ante todo por el hecho de que el hombre está infectado en lo más profundo de su ser por ese vicio heredado de su primer padre y por ese veneno ancestral, lo que hace que por amor a sus concupiscencias, el hombre busque hasta en el propio Dios lo que pueda servir a sus intereses personales. Sal. 72:14: "De usuras y de iniquidad redimiré sus almas". En una palabra: esa iniquidad es tal que nadie logra conocerla en toda su profundidad; y es por la gran misericordia de Dios que en las Escrituras no se censure la iniquidad misma sino sólo el amor que el hombre siente hacia ella. Sal. 11:5: "El alma del Señor aborrece al que ama la iniquidad". Y Sal. 32:6: "Por esto" (es decir, por la iniquidad) "orará a ti todo santo", porque los santos odian la iniquidad. Imagen viva de ese iniquidad es la encorvadura de la mujer aquella de quien nos habla el Evangelio (Lc. 13:16), a la cual Satanás había atado 18 años, como dijo el Salvador.

v.6. Para que el cuerpo del pecado sea destruido.

La expresión "destruir" debe entenderse aquí en sentido espiritual. Pues si el apóstol quisiera hablar de la destrucción del
cuerpo, no tendría por qué decir que por causa de ésta, el viejo WA
hombre tiene que ser crucificado. La destrucción corporal del viejo 326
hombre se producirá de todos modos, querramos o no, también en el caso de aquellos cuyo viejo hombre no fue crucificado. Por lo tanto, lo que es una necesidad inevitable, no puede ser un mandamiento o un consejo. Por esto —así opina también San Agustín— el apóstol mismo nos aclara de qué destrucción se trata, y añade: "a fin de que no sirvamos más al pecado". Con esto, dice San Agustín, Pablo explica aquella frase: "para que el cuerpo del pecado sea destruido".[13] Destruir el cuerpo del pecado significa, entonces, que las concupiscencias de la carne y del viejo hombre son combatidas y vencidas mediante obras de arrepentimiento y llevando uno su cruz, y de este modo disminuidas y muertas día tras día, como leemos en Col. 3:5: "Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros". También en este pasaje de la carta a los Colosenses, el apóstol nos da una descripción muy clara tanto del nuevo hombre como del viejo.

A esta destrucción se refieren también algunos títulos de salmos: "No destruyas" (Sal. 57; 58; 59). En el mismo salmo dice: "Oh Dios, tú nos has desechado, nos quebrantaste" (60:1), y en Jer. 1:10: "Te he puesto...para destruir, para arruinar y para derribar".

[13] Agustín, *Propos. ex ep. ad Rom.* 32-34. Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2069.

Por lo tanto, con la expresión "cuerpo del pecado" no debe entenderse algo místico, como lo hacen muchos[14] al imaginarse el "cuerpo del pecado" como el cúmulo de malas obras, sino que es este mismo cuerpo que llevamos. Se le dice "cuerpo del pecado" porque se opone al Espíritu y se inclina al pecado. Está dentro de él la simiente del diablo, por lo cual el Señor dice en Gn. 3:15: "Pondré enemistad entre tu simiente y la simiente suya". La simiente de la mujer[15] es la palabra de Dios en la iglesia, porque esta simiente hace al hombre propenso a la justicia y a lo bueno. La simiente del diablo en cambio es propiamente el pecado, el "fomes", la concupiscencia que habita en la carne. Y de esta enemistad resulta una lucha sin tregua que el apóstol describe con las palabras: "El deseo de la carne es contra el espíritu, y el del espíritu es contra la carne", Gá. 5:17. La carne lleva en sí la simiente del diablo; su deseo es dar a luz el pecado y producir frutos pecaminosos. El espíritu en cambio lleva en sí la simiente de Dios, y su deseo es dar a luz la justicia y producir frutos acordes con la justicia. Y así, "éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis" (Gá. 5:17).

v.10. Porque en cuanto murió, al pecado murió.

Con esto, el apóstol quiere decir: con aquella muerte espiritual uno tiene que habérselas una sola vez. Quien muere así, vive para siempre. Por esto no es preciso retornar al pecado para volver a
WA morir al pecado. Esta interpretación hace frente a lo que sostenían
327 los novacianos[16], y debe entenderse así: Por necesidad, y por la esencia misma de la vida espiritual adquirida una sola vez, se sigue que esta vida es eterna; pues la muerte no le impone un fin forzoso como lo hace con la vida corporal, sino que la muerte espiritual es el comienzo de una vida que no tendrá fin, por lo que Cristo dice también en Jn. 11:26: "El que cree en mí, no morirá eternamente", o sea: mientras no se aparte deliberadamente de esta vida, no puede morir. Esta vida espiritual será confirmada en el futuro de una manera tal que nadie puede apartarse de ella ni tampoco tiene deseos de hacerlo, gracias a una voluntad eterna inconmoviblemente firme y perfecta.

[14] Entre otros, también Nicolás de Lyra.

[15] La *Glossa interlinearis* identifica *mulier* con *ecclesia*.

[16] Novacianos: secta de los siglos III a VII que negaba la posibilidad de un segundo arrepentimiento y sostenía que la iglesia no podía readmitir a los que habían caído (*lapsi*) después de su bautismo. Ambrosio se basa en Ro. 6:3 y 10 para refutar este error: *De poenitentia* II 2. Comp. WA 56, 327, 2, Nota.

Pues así como el rayo del sol es eterno porque el sol es eterno, así también la vida espiritual es eterna por cuanto Cristo es eterno. El es nuestra vida, que por medio de la fe se derrama (lat. *influit*) en nosotros y permanece en nosotros mediante los rayos de su gracia. Por esto, así como Cristo es eterno, también la gracia que fluye de él es por su naturaleza una gracia eterna. Mas si el hombre vuelve a pecar, no por eso muere su vida espiritual; antes bien, él mismo da las espaldas a ella y muere, mientras que esa vida permanece eternamente en Cristo. A esto se refiere el apóstol aquí al decir: "Si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él" (Ro. 6:8). ¿Cómo viviremos? "Sabemos", responde Pablo, "que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere" (Ro. 6:9), e igualmente: "en cuanto murió, al pecado murió una sola vez" (v.10). El hombre tiene a Cristo, que ya no muere; por lo tanto tampoco él verá ya la muerte, sino que vive con Cristo eternamente. Por esta misma razón también recibimos una sola vez el bautismo, con el cual adquirimos la vida de Cristo, pese a que con frecuencia caemos y nos volvemos a levantar. Pues la vida de Cristo la podemos recuperar una y otra vez, pero no la podemos iniciar más que una sola vez, así como un hombre que nunca *fue* rico, comienza no más que una sola vez a *hacerse* rico, si bien puede recaer en la pobreza más de una vez, y más de una vez intentar rehacer su fortuna.

v.10. Mas en cuanto vive, para Dios vive.

Nada empero vive para Dios, excepto lo que vive eterna y espiritualmente, porque Dios es eterno y es Espíritu, y delante de él sólo cuenta lo que es espiritual y eterno; la carne en cambio y todas las cosas temporales son para él una nada. Entonces: dado que esta vida
es eterna, el que muere al pecado necesariamente muere una sola WA
vez; pues lo único que puede seguir a esta muerte al pecado es la 328
vida eterna, en la cual ya no hay cabida para la muerte, de lo contrario no sería eterna. Tampoco es posible que vuelva a morir al pecado quien una vez ha muerto al pecado; porque esta muerte va seguida de justicia eterna, y el que vive en el estado de justicia eterna, ya nunca más pecará. A esto sigue un

Corolario

La herejía novaciana entendió mal este texto al sostener que a los que han caído en pecados no les queda ninguna esperanza de que puedan volver a levantarse, ya que, según la interpretación de ellos, al pecado hay que morir una vez por todas. La verdad es,

sin embargo, que la locución "una vez" no expresa una limitación numérica de los actos de arrepentimiento, sino que hace resaltar el carácter eterno de la gracia, y niega la posibilidad de que exista otro tipo de justicia. Entendido correctamente, el texto nos dice que todo aquel que ha sido bautizado o que ha confesado penitentemente su pecado, ya ha escapado del pecado de tal forma y ha adquirido una justicia tal que ya nunca más le hace falta escapar de otro pecado o adquirir otra justicia. Esa sola y única justicia que posee le basta por toda la eternidad. Con los diversos tipos de justicia creados y practicados por los hombres, el caso es muy distinto: la filosofía moral nos enseña que cuando se ha adquirido *una* virtud, todavía quedan unas cuantas virtudes más que también es preciso adquirir. Pero lo que nos quiere decir aquí el apóstol no es que si uno pierde lo que una vez había adquirido, nunca más podrá volver a adquirirlo. Es éste un error que la Escritura refuta con toda claridad en Prov. 24:16: "Siete veces al día cae el justo, y otras tantas veces vuelve a levantarse". Y el Señor mismo dijo a Pedro: "No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete" (Mt. 18:22). Repito entonces: aquel "una vez" no dice nada en cuanto al número de actitudes cambiantes, sino que niega que exista una variedad de justicias, o mejor dicho, subraya el carácter eterno de la justicia que en esta vida presente se puede perder y volver a buscar una y otra vez, sin que esto afecte su "eternidad"; pues aun San Pedro cayó en pecado mediante su simulación cuando ya había sido derramado sobre los discípulos el Espíritu Santo, como leemos en Gá. 2:11. Y esa hipocresía fue sin duda alguna un pecado mortal por cuanto iba en contra de la verdad del evangelio y hacía peligrar la salud del alma; de lo contrario, Pablo no habría recalcado en este texto el hecho de que Pedro "no andaba rectamente conforme a la verdad del evangelio".

v.14. Pues no estáis bajo la ley.

Resulta, pues, que todos cuantos están bajo la ley, están bajo el dominio del pecado. Esto se desprende claramente de lo antedicho en el capítulo tercero (Ro. 3:27 ss.). En efecto: el que no tiene fe en Cristo, siempre se halla en estado de pecador, aun cuando haga el bien. Aquí cabe una observación: a los de escaso entendimiento, el modo de hablar del apóstol les parece raro y
WA extraño, a causa de su acentuada peculiaridad. "Estar bajo la ley" es
329 lo mismo que no cumplir la ley, haber incurrido en desobediencia a la ley, ser deudor y transgresor de la misma, de modo que la ley tiene el derecho de acusar y condenar al hombre; éste empero no tiene con qué satisfacer las exigencias de la ley ni está en condicio-

nes de vencerla. Y de esta manera, mientras domine la ley, domina también el pecado, y mantiene al hombre cautivo. Por esto se dice también en 1 Co. 15:56: "El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley" (quiere decir: el pecado tiene tan grande poder y dominio porque la ley ejerce dominio. El "poder" (*virtus*) del que se habla aquí es "fuerza" (*potentia*), de modo que el orden es el siguiente: el pecado es el aguijón o la fuerza de la muerte; por el pecado, la muerte es poderosa y ejerce dominio), y lo mismo se afirma en Ro. 5:12: "Por el pecado la muerte" etc. La ley empero es el poder o la fuerza del pecado: por causa de esta fuerza de la lèy, el pecado persiste, y persiste también su dominio. De este dominio de la ley y del pecado nadie puede librarse, a no ser por medio de Cristo, como agrega el apóstol en aquel pasaje de 1 Corintios: "Mas gracias sean dadas a Dios, que nos dio la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 15:57). Y Cristo mismo dice en Jn. 8:36: "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres", y en Jn. 16:33: "En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo". Y en 1 Jn. 5:4 leemos: "Esta es la victoria que vence al mundo: vuestra fe." "¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1 Jn. 5:5). Así que lo que el apóstol afirma aquí es que podemos impedir que el pecado reine, por cuanto "no estamos bajo la ley sino bajo la gracia". Y el significado de todo esto es que "el cuerpo del pecado sea destruido" (v.6), y que la justicia ya iniciada sea llevada a su plenitud.

v.17. (Habéis obedecido a aquella forma de doctrina) a la cual fuisteis entregados.

Hay quienes quieren ver en esta frase una hipálage[17], y entenderla así: "la cual os fue entregada". Sin embargo, el Espíritu que habla en el apóstol tuvo sus buenas razones para expresarse tal como lo hizo. El hecho es que la sabiduría de la carne abriga una enemistad contra la palabra de Dios. La palabra de Dios empero es inmutable e irrebatible. Por lo tanto se hace necesario que la sabiduría de la carne sea cambiada, que abandone su forma propia de pensar y se amolde a la forma de la palabra. Y esto sucede cuando por medio de la fe, la sabiduría de la carne se toma cautiva a sí
misma y se auto-destruye, acomodándose a la palabra, admitiendo WA
que no es ella la que posee la verdad, sino que la verdad la posee la 330

[17] Hipálage: Ret. Figura de construcción que consiste en trocar uno por otro, dos casos dependientes de un verbo. Entre los que recomiendan tal trueque figura Faber Stapulensis en su comentario sobre este pasaje.

palabra. Para esto "el Verbo fue hecho carne" (Jn. 1:14) y "tomó forma de siervo", a fin de que la carne se haga 'verbo' y el hombre tome forma de la palabra; entonces, como lo expone el capítulo 3, el hombre llega a ser justo, veraz, sabio, bueno, apacible y casto, tal como lo es la palabra misma a cuya forma el hombre se ajusta mediante la fe. Por esta razón, la frase "a la cual fuisteis entregados" da un significado mucho mejor que aquella otra: "la cual os fue entregada". ¿Acaso las enseñanzas del evangelio no fueron entregadas también a los impíos? Sin embargo, ellos no se entregan a estas enseñanzas ni se amoldan a las mismas; no están entregados a lo que el evangelio enseña, porque no lo creen de veras y de todo corazón. Muy parecido a esto es lo que Pablo dice a los corintios: "Ahora empero que habéis conocido, y más aún: que habéis sido conocidos".[18] Así también podría haber dicho aquí: "La cual os fue entregada, o *más bien*: a la cual vosotros fuisteis entregados", porque este es el rasgo característico de los creyentes y de los santos. Véase también lo que se dice más adelante en el capítulo 7:4 : que "nosotros morimos al pecado y a la ley" más bien que a la inversa.

v. 14. El pecado no se enseñoreará de vosotros.

Esto se refiere no sólo al deseo pecaminoso de poseer los bienes y gozar de prosperidad temporales, sino también al deseo igualmente pecaminoso de eludir los males y la adversidad temporales. Pues el que por fe genuina posee a Cristo, no desea bien alguno de los que el mundo pudiera ofrecerle, por más tentadores que fuesen, (ni aun la vida misma,) ni teme mal alguno, ni aun a la misma muerte, por más terror que inspiren. Se mantiene firme sobre la roca inamovible, no corre tras la vida muelle ni rehúye la vida dura. No que no sea tentado a emprender la fuga, atemorizado por lo descomunal de los peligros, o a acariciar deseos ilícitos ante la casi irresistible atracción que ejerce la molicie (porque no es insensible a la concupiscencia ni al terror), pero finalmente no da el brazo a torcer, aun cuando logre resistir a la tentación y vencerla sólo a duras penas, y a costa de un esfuerzo extremado y muchos dolores, según *aquellas palabras en* 1 P. 4:18: "El *justo con dificultad se salva*". En sus tentaciones y luchas, el justo siempre se parece más a un vencido que a un vencedor. Pues el Señor permite que sea tentado y atribulado hasta el límite de sus fuerzas, como el oro en el crisol; porque "el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente" (2 Ti. 2:5).

[18] Comp. 1 Co. 13:12, y también Gá. 4:9.

Corolario

1. El que teme la muerte más que a Cristo, o ama la vida más WA
que a El, *todavía no posee a Cristo en fe verdadera*, porque lo 331
domina el pecado y aún está bajo la ley. Esto, por cierto, debe entenderse en el mismo sentido que le da Cristo personalmente al decir en Jn. 12:25: "El que ama su vida, la perderá", y en otros pasajes: "El que ama a padre y madre más que a mí, no es digno de mí" (Mt. 10:37); "y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí" (Mt. 10:38). No es cosa fácil, por lo tanto, reducir el pecado a servidumbre. Más aún: si no habitase en nosotros el Señor, "el Dios fiel que no nos dejará ser tentados más de lo que podamos resistir" (1 Co. 10:13), de seguro que las olas nos tragarían. A los incrédulos en cambio, el Señor los deja ser tentados y sucumbir a la tentación; en realidad, ya han caído y jamás podrán estar en pie delante de él. Pero para con los que por fe están en pie e invocan su nombre, él es el Dios fiel.

2. Cuando el pecado arremete contra los santos pero no obtiene dominio sobre ellos, se ve forzado a prestarles servicios, como leemos más adelante: "A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Ro. 8:28). Y en 1 Co. 10:13, el apóstol dice: "Dios dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar". Así, la lujuria hace con sus embates que el alma sea más pura, el orgullo la hace más humilde; la pereza la hace más activa; la avaricia, más generosa; la cólera, más benigna; la gula, más austera;[19] porque todo esto produce en el hombre espiritual un odio siempre creciente contra aquello hacia lo cual se le intenta empujar. De este modo, la tentación llega a ser de suma utilidad.

Así que: la tentación *alcanza el dominio* sobre el cuerpo mortal cuando se consiente en ella, pero es obligada a *prestar un servicio* cuando se le opone resistencia, a saber: hace surgir el odio contra la iniquidad y el amor a la justicia. Mas en el cuerpo futuro, inmortal, la tentación no dominará ni reinará ni servirá. ¡Fijémonos por lo tanto en la admirable sabiduría de Dios! Por medio del mal, él promueve el bien, y por medio del pecado hace que la justicia llegue al grado de perfección, no sólo en lo que a nosotros mismos se refiere sino también con respecto a otras personas. Pues con los pecados que cometen otros, Dios nos da un motivo para que odiemos y tratemos de quitar el pecado de nuestro prójimo, y así nos ejercitamos en el amor y en la piedad; mientras que en nuestro caso personal nos da un motivo para anhelar la justicia y

[19] Lutero presenta aquí prácticamente toda la gama de los así llamados "pecados mortales". Sólo falta la envidia.

aborrecer la injusticia —siempre, por supuesto, que le invoquemos a él impulsados por una fe pura y sincera.

WA 332 *v.13. No presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad.*

Nuestra versión[20] traduce aquí "iniquidad" en lugar de "injusticia". La "injusticia" empero es toda esa manera de vivir que resulta de la incredulidad, así como, por el contrario, la justicia es toda esa manera de vivir que resulta de la fe. O dicho con otras palabras: la justicia es la fe junto con las obras que le son propias, así como la injusticia es la incredulidad con sus obras, incluso las buenas y santas.

A su vez, el término "pecado" que aparece en este pasaje debe entenderse —así lo explica San Agustín en su obra *Acerca del Espíritu y la letra*[21] — no como acto pecaminoso, sino como la ley misma del pecado, o como la ley de los miembros, la concupiscencia, el 'fomes', la propensión a lo malo, la aversión a hacer lo bueno. Lo que el apóstol quiere decir es, por lo tanto, lo siguiente: No hay que entregar los miembros al "pecado", esto es, a la concupiscencia, al fomes, porque de hacerlo, se convierten en instrumentos de la incredulidad por obedecer al pecado, y los creyentes se convierten en incrédulos al practicar las obras de los incrédulos conforme a sus deseos pecaminosos. Muy al contrario: hay que obedecer a Dios, para que "los miembros sean instrumentos de la justicia", es decir, de una vida en fe y confianza.

v.19. Hablo en términos humanos, a causa de la debilidad de vuestra carne.

"Hablo en términos humanos", dice Pablo, porque antes había hablado de la mortificación completa de la concupiscencia, tan completa que no debemos darle lugar ni siquiera para la consumación del matrimonio. Aquí en cambio se expresa en forma menos severa; y lo que quiere decirnos es: Si de todos modos habéis de

[20] La Vulgata.

[21] Se trata, en realidad, de las observaciones que hace Agustín en su obra *De nuptiis et concupiscentia, ad Valerium comitem,* de los años 419–420. En el libro I, el autor se defiende contra la acusación de que él consideraba el matrimonio una obra de Satanás. *De nuptiis* I, 30–31, Patrol. Ser. Lat. XLIV, 432. Comp. WA 56, 332, 6, nota.

hacer una concesión a la concupiscencia a causa de la debilidad de la carne, hacedla al menos sin deshonor ni inmundicia, en un matrimonio santificado por la fe, ya que hasta los gentiles, pese a ser personas que viven al margen de la fe, observan tal tipo de pureza ateniéndose a lo que es costumbre entre los humanos. Así que este texto expresa en pocas palabras el mismo pensamiento que el apóstol desarrolla con mayor amplitud a través de todo el capítulo 7 de 1 Corintios, donde dice: "A causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer" etc. (1 Co. 7:2), y un poco más adelante: "Para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia" (1 Co. 7:5). A esto mismo se refiere Pablo al decir aquí: "A causa de la debilidad de vuestra carne" (Ro. 6:19). Y el "Mas esto digo por vía de concesión, no por mandamiento" de 1 Co. 7:6 es el equivalente del "Hablo en términos humanos" de Ro. 6:19. Es como si el apóstol dijera: *No es que os mande* que cada uno se case; lo digo sólo para que no cometáis fornicación, 'a causa de la debilidad de vuestra carne', o sea, a causa de vuestra incontinencia". Lo que aquí se da es un precepto humano, de mucho menos peso que aquel consejo que Pablo da en 1 Co. 7:7: "Quisiera más bien[22] que todos los hombres fuesen como yo". Sin embargo, no todos tienen la capacidad para ello, por lo que el apóstol añade: "pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro". Que el consejo de 1 Co. 7 y la mortificación completa de la carne estuvieron en la mente del apóstol también cuando escribió Ro. 6:19, él mismo lo da a entender al decir aquí (en Ro. 6:19), WA
como relajando aquel rigor (de 1 Co. 7): "Hablo en términos humanos", esto es: si no podéis vivir en continencia, vivid al menos en decencia, a fin de que no reine el pecado por medio del mancillamiento y la inmundicia de la carne, en detrimento de la fe y de la justicia y en incremento de la injusticia. 333

v.19. (Así como presentasteis vuestros miembros) para servir a la inmundicia.

El apóstol da ahora otro giro a su discurso y ya no sigue la forma antitética; porque primero dice: "A la inmundicia, y a la injusticia para injusticia"[23], y luego: "Servir a la justicia para santificación", esto es, para que sean limpios. (Es por esto que en el

[22] El texto de la Vulgata, citado por Lutero, es más categórico: *Volo* – quiero.

[23] Ro. 6:19 b: *Immundiciae et iniustitiae ad iniustitiam* (Vulgata: Immunditiae et iniquitati ad iniquitatem),

Antiguo Testamento se dice a menudo "santificaos", "sed santificados" por "sed limpiados", "limpiaos", a saber, de impurezas carnales). Es evidente que el apóstol quiere que con "santificación" se entienda lo mismo que con "limpieza", o sea, la pureza del cuerpo, pero no una pureza cualquiera, sino la que proviene de dentro, del espíritu de la fe santificadora. Pues también entre los gentiles existe tal cosa como "pureza", pero no es la pureza santa o la santificación, porque el alma de los gentiles está mancillada. Por esto Pablo dice también aquí en primer lugar[24]: "Servir a la justicia", y después: "para santificación"; porque en primer lugar, el alma tiene que ser purificada por medio de la fe, para que de este modo, el alma santa haga puro ahora también al cuerpo por causa de Dios; de no ser así, la pureza carecerá de valor. Así dice el Señor a los hipócritas: "¡Hipócrita! Limpia primero lo de dentro, para que también lo de fuera sea limpio" (Mt. 23:26), con lo que quiere indicar: Si has llegado a ser limpio por dentro, será limpio también tu cuerpo y todo lo de fuera, sin dificultad, se diría espontáneamente. Por lo tanto, si uno sirve a la justicia, tal servidumbre ya trae consigo la santificación. "Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura" (Is. 11:5), es decir: El que cree y es justo en su espíritu, con ello ya vence también con facilidad la lujuria y la pone en cautiverio.

Y por el contrario: El que sirve a la inmundicia, o sea, a la lujuria y al mancillamiento de su cuerpo, ya mismo se halla bajo del dominio del pecado y se torna más y más injusto; porque al haber perdido la fe, de inmediato se convierte en incrédulo y actúa como tal.

[24] En la Vulgata: *Servire iustitiae in sanctificationem.* El orden en la versión castellana VR es a la inversa.

Capítulo 7 WA 334

v.1. ¿No sabéis que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive?

Está claro que el apóstol habla de la ley no en un sentido metafísico, tampoco en un sentido moral, sino en un sentido espiritual y teológico, como ya se expuso con suficiente amplitud en el capítulo 4. Lo que interesa a Pablo es demostrar la relación que la ley tiene con el hombre interior y la voluntad, no la que tiene con las obras del hombre exterior. Una vez que hayamos comprendido esas proposiciones con que el apóstol formula su pensamiento, como declaraciones de fundamentos y principios por decirlo así, todo lo demás lo entenderemos sin dificultad.

La primera de estas proposiciones es:

El pecado del hombre y la ira de Dios vienen por medio de la ley. Por lo tanto, nadie muere a la ley a no ser que muera al pecado; y cualquiera que muere al pecado, muere también a la ley. En el momento en que el hombre queda libre del pecado, también está libre de la ley. Y en el momento en que llega a ser esclavo del pecado, es también esclavo de la ley. Así que: cuando domina y reina el pecado, domina y reina también la ley.

Corolario

El modo como Pablo trata este tema es diametralmente opuesto al enfoque metafísico o moral. El apóstol da a sus palabras el sentido y significado de que es el hombre el que es alejado o apartado del pecado, quedando el pecado mismo como una especie de residuo, y que es el hombre el que mediante el proceso de purificación es apartado del pecado, y no al revés. La mente humana piensa en la dirección contraria: el pecado es quitado, el hombre queda; es el hombre el que es limpiado. Pero el pensamiento del

apóstol es altamente apropiado y coincide a la perfección con el pensamiento divino. Pues así dice la Escritura, Sal. 81:6: "El Señor aparta el hombro de su pueblo de debajo de la carga". No dice: aparta la carga de su hombro. (Similar a esto es el pasaje Ro. 6:17: "A la cual fuisteis entregados"). A este respecto cabría mencionar también, por su valor como símbolo, el éxodo de los hijos de Israel: no apartó a los egipcios de los hijos de Israel, sino que sacó a Israel de Egipto, que quedó atrás. Otro ejemplo es el Salmo 21:12: "De lo que has dejado atrás, dirigirás el rostro de ellos hacia adelante; porque tú les harás volver la espalda"[1]. La razón para expresarse de esta manera es: La gracia y la justicia espiritual aleja al hombre mismo, lo transforma y lo aparta del pecado, aun dejando al pecado en su lugar; de modo que al convertir en justo al espíritu, no eliminó a la concupiscencia, sino que la dejó en la carne y en medio de
WA los pecados del mundo. (Este modo de hablar es el arma más eficaz
335 contra los que pretenden poder alcanzar justicia mediante sus propias obras). La justicia humana en cambio intenta quitar y transformar primeramente los pecados, dejando al hombre así como está; por eso tampoco es justicia, sino hipocresía. Por consiguiente: en tanto que el hombre siga con vida y no sea removido y transformado por el poder renovador de la gracia, nada podrá hacer para sustraerse al dominio del pecado y de la ley.

La primera proposición reza, por lo tanto: "El pecado viene por medio de la ley", como se expondrá más adelante. De ahí que la ley sea la ley del pecado, es decir, del hombre; y nadie muere a esta ley sino aquel que muere al pecado. Mas una vez que el hombre haya muerto al pecado y haya sido alejado de él, también el pecado ha sido alejado de la manera más admirable, y ha muerto. Pero si el hombre aún no ha sido llevado a la muerte y removido, todos los intentos de remover y hacer morir el pecado están condenados al fracaso. Está claro, por lo tanto, que el apóstol piensa en una eliminación espiritual del pecado (esto es: lo que es eliminado es la *voluntad* de pecar), mientras que los otros[2] quieren interpretar estas palabras como que *las obras pecaminosas* y las concupiscencias son eliminadas o quitadas en un sentido metafísico, como se remueve y quita de una pared el revoque, o se le quita al agua su calor. Por esto dice también Samuel (1 S. 10:6): "Serás mudado en otro hombre", en otro tipo de persona. No dice: tus pecados serán mudados, sino: en primer lugar serás mudado tú mismo; y una vez que tú mismo hayas sido mudado, serán mudadas también tus obras. Por no querer entenderlo así, los hipócritas se someten con insensatez

[1] Vulgata: Sal. 20:13.
[2] P.ej. G.Biel; Nicolás de Lyra ve en este pasaje una referencia a la ley mosaica o a la ley civil.

asombrosa a muchos y duros esfuerzos en un intento por cambiar
sus obras, antes y en lugar de implorar humildemente por la gracia
de que su propia persona sea cambiada. Ef. 2:10: "Porque somos
hechura suya, creada en Cristo Jesús para buenas obras". No se
habla allí de "buenas obras creadas en nosotros". Y también en
Stg. 1:18 leemos: ". . . para que seamos primicias de sus criaturas".

Resulta entonces que si no se produce en primer lugar este
"morir al pecado", el pecado queda en su lugar, y queda para domi-
nar. Pero con esto queda vigente también la ley por medio de la
cual el pecado ejerce su dominio. Pues el hombre cuya voluntad no
ha sido vivificada aún por el Espíritu, no puede sino servir al peca-
do, no importa cuántas sean las buenas obras que hiciere; le pasará
como a aquellos de quienes se dice en Proverbios 11:15: "El necio
será afligido con muchos dolores".

Es por lo tanto una insensatez sorprendente, y una actitud
propia de monos que imitan lo que ven en otros, la de aquellos que
intentan copiar las obras de los santos y se glorían de sus padres y
ancestros, como lo hacen los religiosos de nuestros días. ¡Tontos! WA
¿Por qué no aspiran primeramente a poseer el espíritu de aquellos 336
grandes hombres para ser semejantes a ellos, en vez de remedar sus
obras sin importarles el espíritu? Por una actitud no menos teme-
raria se dejan llevar los tomistas, los escotistas y otras escuelas que
en la obstinada defensa de lo que escribieron y dijeron sus fundado-
res, no sólo omiten investigar cuál era el espíritu de aquéllos, sino
que incluso extinguen este espíritu por el celo desmesurado que
ponen en venerarlos. Ellos creen que basta con retener las palabras
de sus maestros, aunque falte el espíritu. De la misma manera,
también los judíos y todos los engreídos opinan que es suficiente
poseer un entendimiento literal de las Sagradas Escrituras; el espí-
ritu de ese entendimiento y el modo cómo la Escritura quiere ser
entendida, no los interesa para nada. Por eso está muy en lo correc-
to Isaías cuando en lugar de decir: "Reposará sobre él la sabiduría
etc." dice: "reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabi-
duría etc." (Is. 11:2). Pues sólo el Espíritu entiende las Escrituras
correctamente y de acuerdo con lo que Dios quiere decirnos por
medio de ellas. De otra manera empero, los hombres no pueden
entender las Escrituras aun cuando supuestamente las entienden.
"Viendo no ven, oyendo no oyen" (Mt. 13:13; Is. 6:9). Tal es el
caso de aquellos hipócritas: son santos, y no lo son; justos, y no
justos; hacen obras buenas, y sin embargo no hacen obras buenas.

Lo primero que hay que hacer es, por lo tanto, impetrar la
gracia, a fin de que el hombre, cambiado en su espíritu, lo quiera
y haga todo con un corazón alegre y voluntarioso, no por un temor
servil o un deseo pueril, sino con ánimo libre y varonil. Y a esto,
sólo el Espíritu puede llevarnos.

v.4. Así también vosotros, (hermanos míos, habéis muerto a la ley).

San Agustín dice a propósito de este pasaje: "Tres son los componentes que vemos aquí: el alma, en el papel de la mujer; las pasiones pecaminosas, en el papel del marido; y la ley, en el papel de la ley del marido". Y añade: "Pero hay que tener mucho cuidado para no pasar por alto que en esta similitud hay también una diferencia, a saber: el apóstol no dice aquí que, muertos los pecados como puede morir el marido, el alma queda en libertad, sino que el alma misma muere al pecado y queda liberada de la ley, para llegar a ser luego propiedad de otro"[3]. Por qué tiene que ser así, ya se explicó antes.

v.6. (De modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu) y no bajo el régimen viejo de la letra.

"Letra" es, en la terminología del apóstol Pablo, no sólo la Escritura en cuanto que tiene carácter simbólico, ni sólo la enseñanza de la ley, sino muy generalmente toda enseñanza que nos prescribe lo que constituye la manera correcta de vivir, sea que esta enseñanza provenga del evangelio, o de la ley. Pues por más que estas enseñanzas se conozcan y se retengan en la memoria: si no está presente también el espíritu de la gracia, no son más que letra vacía, y muerte para el alma. Por esto dice San Agustín en su obra *Acerca del Espíritu y la letra*, cap. 4: "La enseñanza aquella por la cual recibimos el mandato de llevar una vida en continencia y rectitud, es 'la letra que mata' (2 Co. 3:6), si no está presente el espíritu que vivifica. Pues para entender correctamente el significado del término 'letra', no se lo debe limitar a algún pasaje bíblico que tiene carácter simbólico y que sonaría absurdo si lo tomáramos en
WA sentido literal. Antes bien, con 'letra' debemos entender también,
337 y sobre todo, lo que entiende Pablo cuando dice en términos muy precisos: Yo no sabía que la codicia era pecado si la ley no dijera: No codiciarás. Pues aquí no se habla de algo figurativo".[4] Y más adelante, en el cap. 14, declara en forma aún más detallada: "Cuando el apóstol habla de la ley, a base de la cual, según él, no es hecho justo hombre alguno, él quiere que con este término entendamos no sólo ciertos actos sagrados (*sacramenta*) que como símbolos estaban ligados a la promesa, sino que debemos hacerlo extensivo

[3] Agustín, *Propos. ex ep. ad Rom. 36*, Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2069.
[4] Agustín, *De Spiritu et littera*, 4, 6. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 203.

también a aquellas obras cuyo cumplimiento lo capacita a uno para llevar una vida justa". "Pero más claro aún es lo que Pablo dice a los corintios: 'La letra mata, mas el espíritu vivifica' (2 Co. 3:6). En este pasaje, el apóstol quiere que con 'letra' entendamos ninguna otra cosa sino el Decálogo mismo escrito en aquellas dos tablas" etc.[5] Sigue un

Corolario

El así llamado "entendimiento moral" o más correctamente, "entendimiento espiritual"[6] de las Escrituras tiene que ver sólo con el amor o con los afectos del corazón, con el amor a la justicia y el odio a la injusticia; es decir, está relacionado con las enseñanzas acerca de algo que debemos hacer o dejar de hacer. Y ese "hacer o dejar de hacer" a su vez debe entenderse como algo que se hace de todo corazón, no por temor al castigo, de una manera servil, ni tampoco por el deseo de obtener alguna ventaja, como es común entre los niños, sino por amor a Dios, libre y espontáneamente, cosa que es imposible si no se posee ese amor que ha sido derramado por el Espíritu Santo. A esto se refieren los teólogos escolásticos[7] cuando dicen en su fraseología tan obscura y poco menos que ininteligible que "ningún cumplimiento de un mandamiento es válido si no está formado por el amor". Vocablo maldito, ese "formado", que nos obliga a pensar que el alma se encuentra en un estado prácticamente igual después y antes de haber sido derramado el amor, y que la 'forma' se agrega, a modo de accidente, sólo en el momento de actuar —cuando lo que en realidad tiene que suceder es que el alma misma sea llevada a la muerte completamente y cambiada hasta ser otra, antes de que pueda vestirse de amor y actuar de conformidad. (Igualmente hay una diferencia entre una obra hecha para satisfacer el aspecto formal, y una obra hecha para cumplir con la intención del legislador). Con esto concuerda tam-

[5] Agustín, *De Spiritu et littera*, 14. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 215.

[6] "Entendimiento espiritual" (*intelligentia script. spiritualis*) es un término técnico de la teología escolástica, al igual que *intelligentia moralis, allegorica etc.* El entendimiento espiritual de las Escrituras todavía no es el entendimiento que nos brinda el Espíritu; puede ser un entendimiento sin espíritu, y por ende, muerto, improductivo.

[7] La Ed. de Weimar menciona a Scotus, Occam y Biel, WA 56, 337, 16, nota.

bién lo que el apóstol dice en 1 Co. 13:2. "Si entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe etc. y no tengo amor, de nada me sirve". Deducción clara y evidente: los misterios y el evangelio entero y todo entendimiento espiritual— todo esto es "letra". Pues si los que lo enseñan están muertos, lógicamente están sin espíritu. "Porque el espíritu vivifica, mas la letra mata" (comp. 2 Co. 3:6). A estos hombres empero se les dio muerte, por lo tanto están enredados en la letra.

WA 338 Bien dice por ende San Agustín en el capítulo 21 de la obra ya mencionada:[8] "Las leyes de Dios que él mismo grabó en nuestros corazones, ¿qué son sino la presencia del Espíritu Santo, el cual es el dedo de Dios que al estar presente hace que en nuestros corazones sea derramado el amor, cumplimiento y a la vez fin de la ley?"

Corolario

Los mejores cristianos no son aquellos que poseen una vastísima erudición, que leen mucho y son dueños de una biblioteca bien nutrida; porque todos sus libros y todo su saber es "letra" y es muerte para el alma. Los cristianos mejores son los que hacen con toda espontaneidad lo que aquéllos leen en sus libros y enseñan a otros. Mas sólo lo hacen con toda espontaneidad los que poseen el amor que da el Espíritu Santo. Por esto no se puede pensar sino con temor en un siglo como el nuestro, en que por la enorme proliferación de libros los hombres llegan a ser sumamente instruidos, pero como cristianos, del todo ignorantes.

Por lo tanto, si se pregunta por qué al evangelio lo llaman la palabra del Espíritu, una enseñanza espiritual, la palabra de la gracia, la aclaración de lo que se nos predica en la Ley Antigua[9], sabiduría en misterio, sabiduría oculta (comp. 1 Co. 2:7), la respuesta es: en realidad se llama así porque enseña dónde y de dónde se puede obtener gracia y amor, a saber: el evangelio nos enseña y ofrece a Cristo, a quien la ley había prometido. La ley manda tener amor, y tener a Cristo. El evangelio empero nos ofrece y presenta lo uno y lo otro, amor y Cristo. De ahí las palabras del Salmo 45:2: "La

8 Agustín, *De Spiritu et littera*, 21. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 222.
9 "Ley Antigua" tiene aquí el significado de Antiguo Testamento.

gracia se derramó en tus labios". Esto a su vez nos demuestra que el evangelio, si no se lo acepta tal como reza, es igualmente "letra".. El evangelio es evangelio en el sentido propio de la palabra allí donde predica a Cristo; en cambio, en los pasajes en que censura o reprueba u ordena, no hace otra cosa que abatir a los que alardean con su justicia propia, y prepara así el lugar para la gracia, a fin de que sepan: la ley no se cumple a base de esfuerzos personales, sino por medio de Cristo solamente, quien derrama el Espíritu en nuestros corazones.

Esta es la diferencia clara entre la ley antigua y la nueva: La ley antigua dice a los que se ufanan de ser justos: tú debes tener a Cristo y su Espíritu. La ley nueva dice a los que aprendieron a ser humildes al reconocer su pobreza espiritual, y que buscan ansiosamente a Cristo: Mira: aquí está Cristo y su Espíritu. Por lo tanto: los que dan al "evangelio" una interpretación que no sea la de "buena nueva", no entienden el evangelio; tal es el caso de los que WA
hicieron del evangelio una ley más bien que un ofrecimiento de 339
gracia, y nos presentaron a un Cristo convertido en Moisés.

v. 7. *Porque tampoco conociera la codicia.*

A partir de este pasaje y hasta el final del capítulo, el apóstol habla a título personal, pero de ninguna manera como hombre carnal solamente,[10] sino como hombre espiritual. El primero en hacer esta afirmación, en forma detallada y reiterada, fue San Agustín en su libro contra los pelagianos.[11] Volviendo sobre una exposición que había hecho en una ocasión anterior acerca de este punto, San Agustín aclara (*Retractationes*, libro I):[12] "Las palabras de Pablo 'Sabemos que la ley es espiritual, mas yo soy carnal' (v.14) de ninguna manera las quise aceptar como referencia a la persona del apóstol, el cual ya era espiritual, sino que las relacioné con el hombre que todavía está bajo la ley, y por lo tanto aún no bajo la gracia. Así fue mi primera interpretación de estas palabras. Más tarde, después de haber leído algunas exposiciones de la palabra divina escritas por personas que para mí eran autoridades en la materia, me puse a reconsiderar el asunto, y me di cuenta de que

[10] Esto es lo que sostiene N. de Lyra en su comentario sobre este pasaje: "El apóstol habla desde el punto de vista del género humano, que en verdad está hundido en este entenebrecimiento espiritual".

[11] Agustín, *Contra duas epistolas Pelagianorum,* I, 10, 17. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 559.

[12] Agustín, *Retractationes,* I, 23. Patrol. Ser. Lat. XXXII, 620.

aquel pasaje bien puede aplicarse también al apóstol mismo". Una referencia más se halla en la obra *Contra Iulianum*, libro 2:[13] "Aquí no habla un judío cualquiera como pensáis vosotros, sino que aquí habla, como sostiene San Ambrosio,[14] el apóstol Pablo, y dice respecto de sí mismo. Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente" (Ro. 7:23). Y un poco más adelante, San Agustín cita un pasaje del libro *Acerca del sacramento de la regeneración,*[15] de San Ambrosio, del siguiente tenor: "Debemos luchar contra la carne. Pablo luchó contra ella. Finalmente dice: 'Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente'. ¿Acaso tú eres más fuerte que Pablo? No confíes en tu carne como si fuese tan solícita; no te apoyes en ella. ¿No exclama acaso el propio Pablo: 'Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no encuentro la manera de ponerlo en práctica'?". Y una cita más de San Ambrosio nos presenta San Agustín, esta vez de su escrito *Acerca del paraíso:*[16] "Nuevamente, en otro pasaje del mismo escrito, San Ambro-
WA sio dice: Pablo sufre embates, y ve la ley de la carne trabada en lucha
340 contra la ley de su mente. Pablo dice: porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago (Ro. 7:19). ¿Y tú crees que al hombre le resulta útil un conocimiento que hace crecer el disgusto que siente hacia el pecado?" etc. Y donde con mayor claridad se trata este tema es en el libro 6 *Contra Iulianum*, desde el capítulo 11 hasta el final.[17]

Pero hagamos hablar al apóstol mismo acerca de este punto. En primer lugar, el pasaje entero pone claramente de manifiesto un gemido y un odio contra la carne, y un amor a lo bueno y a la ley. Esto empero no condice en modo alguno con el pensar del hombre carnal, el cual odia más bien la ley y se ríe de ella y va por donde lo llevan las inclinaciones de la carne. Pues el hombre espiritual lucha contra la carne, y se duele de no poder hacer el bien que quisiera hacer; el hombre carnal en cambio no lucha, sino que cede a los deseos carnales y consiente en ellos. De ahí la conocida aseveración de San Agustín: "Querer ser justo ya es una gran parte de la justicia"[18]. Y en el libro de la Sabiduría de Salomón, cap. 9:15,

[13] Agustín, *Contra Iulianum* II, 5, 13.

[14] Ambrosiaster, *De paradiso* 12, 54.

[15] *De sacramento regenerationis vel de philosophia,* obra de San Ambrosio que se ha perdido.

[16] Agustín, *Contra Iul.* II, 5, 13. Patro. Ser. Lat. XLIV 683. (Ambrosiaster, *De paradiso* 12, 60).

[17] Ibid.,

[18] Comp. pág. 176, nota 23.

el Predicador dice[19]: "Un cuerpo corruptible corrompe el alma, y esta tienda de tierra abruma el espíritu", es decir, la mente, "lleno de preocupaciones" (i.e. que hace muchos planes y da muchas disposiciones) – pasaje que con pocas palabras aclara todo este párrafo. Pues el "espíritu" del que habla el libro de la Sabiduría es sinónimo de lo que el apóstol llama aquí "la mente" contra cuya ley se rebela la ley de los miembros. Y cuando allá se dice que el espíritu está "lleno de preocupaciones", Pablo dice aquí: "Con la mente sirvo a la ley de Dios" (Ro. 7:25); "Queriendo yo hacer el bien, hallo que el mal está en mí" (Ro. 7:21): y "Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (Ro. 7:22). Con el mismo pensamiento que expresa este texto, nos encontramos en Gá. 5:17: "El deseo de la carne es contra el espíritu, y el del espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis", y en otro pasaje donde el apóstol dice: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Co. 9:27).

Por lo tanto, la primera frase que comprueba que lo dicho aquí son palabras de un hombre espiritual es ésta: *Mas yo soy carnal* (7:14). Pues esto es lo que caracteriza al hombre espiritual y entendido: él sabe que es carnal; está totalmente disconforme consigo mismo; se odia a sí mismo y elogia la ley de Dios porque es una ley espiritual. Y por otra parte, lo que caracteriza al hombre ignorante y carnal es que él sabe que es espiritual; está muy conforme consigo mismo, y ama su vida en este mundo[20].

La segunda frase es: *Porque lo que hago, no lo entiendo* (7:15). San Agustín acota que ese "no lo entiendo" significa "no lo apruebo"[21]. Podría ser también ésta la explicación: El hombre espiritual, por vivir con la mente puesta en lo espiritual, sólo sabe de las cosas que son de Dios. Por eso no entiende, no llega a comprender el mal WA
que hace, así como por otra parte entiende y comprende perfectamente lo que no hace, a saber, el bien. Y a la inversa: "El hombre carnal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, ni las puede entender" (1 Co.2:14), pero lo que sí entiende bien, es decir, aprueba, es lo que él mismo hace. Es como el apóstol dice algo más adelante (Ro. 8:5): "Los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu". Estamos, pues, ante una relación recíproca: Los que son del Espíritu, no entienden las cosas que son de la carne, aun cuando las

[19] *Libro de la Sabiduría*, libro apócrifo del AT cuyo autor se hace pasar por Salomón.

[20] Comp. Jn. 12:25.

[21] *Expositio. . .ex ep. ad Rom.* 43, Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2071.

están haciendo; y los que son de la carne, no entienden las cosas que son del Espíritu. Sin embargo, podemos llegar también a una interpretación muy sencilla, como lo hice en la Glosa[22]: "No lo entiendo" significa: me veo engañado en cuanto que soy carnal, y cuando hago el mal es porque sucumbo a la seducción del pecado. Pues como hombre espiritual que soy, de lo único que entiendo es del bien, y sin embargo hago lo que no comprendo ni quiero, a saber, el mal; vale decir: si hago el mal, no lo hago intencional ni premeditadamente, sino que siento predilección por el bien, y sin embargo ocurre que hago lo contrario. El hombre carnal empero es un perfecto conocedor del mal, porque lo hace a propósito, con diligencia, por propia elección y decisión. Y si alguna vez hace el bien, es por casualidad.

La tercera frase, v. 15: *Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco, eso hago.* Del hombre carnal en cambio se dice en la Escritura: "El mal no aborreció" (Sal 36:4). Pues si lo aborrecieran, no lo cometerían, sino que lucharían contra él con todo denuedo.

Una cuarta frase, v.16: *"Y si lo que no quiero, eso hago, apruebo que la ley de Dios es buena"*, porque la ley quiere el bien y Pablo también quiere el bien, de modo que existe entre ambos un perfecto acuerdo. Con el hombre carnal no ocurre lo mismo; él siempre está en desacuerdo con la ley, y preferiría que ni siquiera existiera una ley (si tal cosa fuese posible). Por lo tanto no quiere el bien sino el mal. Y aunque esté haciendo el bien (como ya dije), en realidad no entiende lo que está haciendo, porque lo hace impulsado por el temor, de un modo servil, con el constante deseo de hacer lo contrario, si sólo pudiera hacerlo impunemente.

Ahora bien: todo esto no debe llevarnos a creer que el apóstol quiere que sus aseveraciones —"Hago el mal que aborrezco, y no hago el bien que quiero"— se tomen en sentido moral y metafísico, como si él no hiciese ningún bien, sino solamente el mal; pues esta es la impresión que sus palabras causan al entendimiento humano. Pero no: lo que Pablo quiere decirnos es que el bien que él hace, no lo hace ni con tanta frecuencia ni con tanta exclusividad ni con tanta espontaneidad como quisiera hacerlo. Su deseo sería ser completamente puro, completamente libre, completamente gozoso, hacer el bien sin sentirse trabado por su carne rebelde. Y esto es lo que le resulta imposible. Es como cuando uno se propone ser casto:
WA su mayor deseo sería no verse hostigado por incitación alguna a la
342 impureza, sino poder vivir una vida casta sin ningún impedimento.

[22] El comentario compuesto por Lutero para su uso personal en la cátedra.

Pero se ve estorbado por su carne, que con sus apetitos y pensamientos convierte en tarea molestísima la observancia de la pureza, y hace aflorar sus propios deseos inmundos, aun contra la voluntad del espíritu. El que se propone velar, orar y socorrer a su prójimo, siempre tropieza con la oposición de su carne que trama y ansía cosas muy diferentes. Por lo tanto es preciso que al interpretar este pasaje tomemos buena nota de que el apóstol hace una distinción entre "hacer" y "llevar a cabo", como lo explica detalladamente San Agustín al final del libro 3 de su obra *Contra Iulianum*[23]. "Hacer" tiene aquí el significado de intentar, tramar, manifestar el deseo, querer, etc., cosas todas que sin cesar pone en juego la carne contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Pues si al "hacer" se lo tomara en el sentido de "practicar de hecho", el apóstol no debería decir: "El mal que no quiero, eso hago, pero el bien que quiero, no lo hago", palabras con que describe, en una forma que no deja lugar a dudas, la lucha entre carne y espíritu. El apóstol "quiere una cosa, y hace otra" – esto sólo puede significar que tiene complacencia en todo lo bueno, y que tiene además, por el amor derramado por el Espíritu, una voluntad dispuesta a hacer el bien y un odio contra el mal, y no obstante, se ve imposibilitado de cumplir y llevar a cabo esa voluntad porque choca contra la resistencia de la carne y la oposición de la concupiscencia. Pues si pudiera cumplir y llevar a cabo su voluntad, haría el bien sin oponer reparo alguno, y de buena gana; porque esto precisamente es lo que su voluntad quiere. Ahora empero, su manera de actuar es otra; por eso "no hace lo que quiere, sino que hace lo que no quiere". Aquel en cambio que vive en paz consigo mismo, que sigue las inclinaciones de la carne y obedece a sus deseos, no se resiste a nada y para nada. No dice: "Lo que no quiero, eso hago", no se deleita en lo contrario de lo que está haciendo, sino en lo que está haciendo. "Llevar a cabo" empero significa dar cumplimiento a lo que uno quiere o desea; así, el espíritu "lleva a cabo" el bien que quiere, cuando sin rebelión actúa conforme a la ley de Dios. Pero esto ya no pertenece al ámbito de esta vida terrenal; porque "el hacer el bien no está en mí" (v. 18).

La carne, por su parte, cumple con su voluntad cuando con íntima satisfacción, sin oposición ni inhibición se entrega a sus apetitos. Y esto sí es una característica de esta vida terrenal, o mejor dicho: es una característica de la muerte, es la perdición en que yace el mundo. Porque cosa fácil es hacer el mal. Por eso dije

[23] Agustín, *Contra Iulianum* III, 26, 62. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 773 y 734.

que con esta frase, Pablo nos da la prueba de que está hablando no como hombre carnal, sino como hombre espiritual, y muy espiritual.

Quinta frase: v.20 *(Y si hago lo que no quiero), ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.* Por eso el apóstol tampoco peca; porque si bien su carne abriga deseos pecaminosos, lo hace en desacuerdo con él mismo. Dicho aún más exactamente: en realidad no es él el que abriga deseos pecaminosos, ya que él está en total desacuerdo con la concupiscencia de la carne. Y no obstante dice: "No hago el bien que quiero". Pues una y la misma persona es "espíritu" y es "carne"; por esto, lo que él hace según la carne, aparece como
WA 343 hecho por el hombre entero. Pero al mismo tiempo, como él se resiste al mal, es del todo correcto también decir que el mal no lo hace el hombre entero, sino sólo una parte de él. De modo que tanto lo uno como lo otro es verdad: el que actúa es él mismo —y el que actúa, no es él mismo.

Pasa como con un jinete: cuando su caballo no anda enteramente como él quisiera, es él mismo, y *no* es él mismo, quien hace que el caballo ande de tal manera; porque el caballo no está sin su jinete, ni está el jinete sin el caballo. El hombre carnal en cambio, por estar de acuerdo con la ley de los miembros, hace con su personalidad entera las obras de la carne; porque en el caso de él, la mente y la carne no sólo pertenecen a una misma persona, sino que también obedecen a una misma voluntad.

Sexta frase, v.18: *Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien.* Aquí puedes observar cómo el apóstol se atribuye la carne, que es parte de él, a sí mismo, como si él mismo fuese carne. Por esto había dicho antes "Mas yo soy carnal" (v. 14), y así confiesa ahora respecto de sí mismo que él no es bueno sino malo, por cuanto hace el mal. Por causa de la carne, él es carnal y malo; porque no mora en él el bien, y en cambio hace lo que es malo. Pero por causa del espíritu, él es espiritual y bueno, por cuanto hace el bien. *Es preciso tomar en cuenta, por lo tanto, que las palabras "quiero" y "odio" se refieren al hombre espiritual o al espíritu, las palabras "hago" y "obro" empero, al hombre carnal o a la carne.* Pero como uno y el mismo hombre, como un todo, se compone de carne y espíritu, el apóstol atribuye al hombre entero cada una de las propiedades contrarias que provienen de las dos partes contrarias que lo componen. Pues así se llega a formar esa comunión de propiedades en virtud de la cual, uno y el mismo hombre es espiritual y carnal, justo y pecador, bueno y malo. Así como la una persona de Cristo está al mismo tiempo muerta y viva, al mismo tiempo sufriendo la pasión y gozando de bienaventuranza, al mismo tiempo activa y quieta etc., en virtud de la comunión o comunicación de las propiedades, pese a que ninguna de sus dos

naturalezas posee de suyo lo que es propio de la otra, sino que existe entre ambas una diferencia total, como bien se sabe.

En el caso del hombre carnal, en cambio, lo que acaba de exponerse no tiene aplicación alguna. Allí todo el hombre es enteramente carne, porque no ha permanecido en él el Espíritu de Dios. De ahí que el hombre carnal no pueda decir: "En mí, esto es, en mi carne", como si en cuanto a su voluntad, él no fuese "carne" sino algo distinto de carne. No: él y su carne son una y la misma cosa, por cuanto él consiente en las concupiscencias de la carne, así como el hombre y la mujer son una sola carne, hablando figurativamente (comp. Gn. 2:24), cuando consienten en cometer actos propios de meretrices y fornicarios[24]. Y esto nos permite entender mejor la WA
comparación que Pablo hace al comienzo del capítulo: que una vez 344
muerto el marido, la mujer queda libre —comparación que parece no cuadrar muy bien, ya que el apóstol dice que es más bien el alma misma la que muere, como la mujer del ejemplo, quedando así libre, mientras que el marido, esto es, las pasiones pecaminosas, siguen vivas y activas, pero reducidas a cautiverio. Lo que sucede es que el apóstol, teniendo en vista a la persona humana tal como es, ve en cada cual una relación conyugal donde la carne es la mujer, y el alma o la mente es el marido. Cuando éstas (carne y mente) con mutuo consentimiento se entregan a las concupiscencias, ya no son más dos sino una sola carne, como Adán y Eva. Pero cuando la mente, el marido de la carne, muere, y muere de muerte espiritual, entonces ya hemos muerto a la ley en cuanto a nuestra persona entera, y de esta manera somos también libres en cuanto a nuestra persona entera. Sea que el apóstol se refiera ya a la carne, ya al espíritu — el hecho es que nosotros mismos somos dos en uno: el marido que ha muerto, y la mujer que ha sido liberada de la ley, de esa ley que dio existencia a este marido y produjo este matrimonio, es decir, que con su incitación incrementó la concupiscencia y brindó la oportunidad propicia para que la mente y la carne obrasen de común acuerdo.

Así es que nosotros somos mujer a causa de la carne, o sea, somos carnales, y somos hombre a causa del espíritu que consiente en lo que desea la carne —al mismo tiempo muertos y liberados.

[24] La "interpretación moral" de Gn. 2:18 y ss. ve en la relación hombre-mujer una similitud con la relación *ratio - sensualitas*. N. de Lyra atribuye esta comparación a Agustín. Puede pensarse en el escrito *De opere Monachorum*, 40, Patrol. Ser. Lat. XL, 580, donde Agustín dice: "Lo que en una misma persona es la mente y la concupiscencia (la primera gobierna, la segunda es gobernada, la primera es el señor, la segunda el súbdito), esto queda expresado, de una manera figurada, en dos personas, hombre y mujer, en lo que concierne al sexo de su cuerpo". Comp. WA 56, 343, 27, nota.

Pues esta doble utilidad beneficia a la *persona,* por más que sean diferentes las dos partes a causa de las cuales le llega este beneficio; porque dichas partes comunican sus respectivas propiedades al todo que ambos constituyen. Siendo así las cosas, Pablo bien puede decir: "Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto" (v. 4), a pesar de que sólo según nuestro hombre interior hemos sido muertos, liberados, y desligados de la ley. Es que todo esto beneficia al hombre entero a causa del hombre interior, y es comunicado también a la carne o al hombre exterior. Pues incluso la carne misma ya no está bajo la servidumbre de la ley y del pecado, sino que ha llegado a ser libre a causa del hombre interior que es libre, con el cual ella (la carne) constituye un solo hombre, del cual ella es y era la mujer.

Séptima frase, v. 18: *El querer el bien está en mí, pero no encuentro la manera de llevarlo a cabo.* Ese "querer" es la buena disposición del espíritu producida por el amor, disposición a la cual el apóstol se refiere con las palabras: "No hago el bien que quiero" (v. 19). Es la disposición de que habla el Salmo 1:2: "Sino que en la ley del Señor está su voluntad"[25]. Y así dice también ahora: "El querer el bien está en mí", o sea: la alegre disposición de hacer lo que la ley manda, no me falta, afirmación que repite más adelante: "Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (v. 22); pero "llevar a cabo" estas buenas obras que la ley exige, esto no le es posible porque la carne está en contra. El apóstol no quiere tener deseos pecaminosos, y considera muy bueno no tenerlos. Sin embargo, no se puede deshacer de ellos, de manera
WA que no puede llevar a cabo su "querer". Y así se halla envuelto en
345 una lucha consigo mismo. Pero por cuanto el espíritu y la carne están íntimamente juntados en uno, aunque sean de sentir encontrado, Pablo atribuye a su persona entera tanto lo que hace su espíritu como lo que hace su carne, como si a la vez fuese todo carne y todo espíritu. Sin embargo, con estas palabras el apóstol define claramente su posición, y al mismo tiempo sale al cruce de la objeción que quizás se le pudiera hacer: Si no haces lo que manda la ley, pero haces lo que *no* quieres hacer y *no* haces lo que sí quisieras hacer, ¿cómo puedes decir entonces que no pecas? Respuesta: él hace el bien, pero no lo lleva a cabo perfectamente, porque no logra extinguir la concupiscencia de la carne. Ese querer, por lo tanto, y esa voluntad que el Salmo 1 atribuye al hombre llamado "bienaventurado", y que sólo el Espíritu puede regalarnos por medio del amor, ¿cómo puede poseerlos un hombre que es del todo carnal, que en lugar de voluntad tiene más bien una nolun-

[25] Así traduce la Vulgata, Sal. 1:2: *Sed in lege Domini voluntas ei.*

tad[26]? Por lo tanto, para poder tergiversar este texto en el sentido de la objeción mencionada, ya habría que hacerle mucha violencia, más aún, habría que maltratar severamente las palabras "quiero", "no quiero", "querer" y otras.

Frase octava, v.21: *Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí.* Dicho de otra manera: cuando tengo la voluntad y la disposición de actuar conforme a la ley de Dios, hallo en mí una ley que se pone en contra mío. De un hombre carnal empero no se puede afirmar que tenga la voluntad de hacer el bien, porque en el Salmo 112:1 se lee: "Bienaventurado el hombre que teme al Señor, que tiene su voluntad puesta en sus mandamientos"[27]. En efecto: Dios arregló las cosas de tal manera que la concupiscencia, al resistirse a un hombre que está dispuesto a hacer el bien y tiene buena voluntad, hace que esa voluntad se torne más firme y que el odio contra ella (contra la concupiscencia) se haga más pronunciado que si no se resistiese. Pues "el hombre que teme al Señor" se aparta de la concupiscencia, y cuanto más acentúa ella su resistir y desear, tanto mayor odio se acarrea, así como el ofensor acrecienta tanto más el enojo de la persona airada por la ofensa cuanto más la importuna con su insistencia. Pero esta ardiente indignación es algo desconocido para el hombre carnal, tampoco siente deseos de resistir, porque se deja arrastrar por la concupiscencia y le sigue sin más.

Otra cosa desconocida para el hombre carnal es que "el mal está en él". Pues nadie conoce el mal que hay en él, a menos que esté sólidamente fundado sobre el bien, por encima del mal, en una posición desde la cual está en condiciones de juzgar y discernir el mal que hay en él, así como no podemos discernir las tinieblas sino por medio de la luz, y para poder establecer contrastes tenemos que comparar los objetos contrastantes, y para poder hacer un juicio valorativo tenemos que comparar lo más perfecto con lo de calidad inferior. Por consiguiente: si el espíritu no estuviera ubicado en la luz, no vería que el mal proveniente de la carne está en él, ni tampoco deploraría esta situación, como lo vemos en los que ya se han hundido en este mundo, y en los jactanciosos.

Novena frase, v.22: *Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios.* Fijémonos bien: aquí el apóstol dice expresamente que tiene un "hombre interior". Con esto sólo puede referirse al hombre espiritual, porque sin el espíritu, el hombre entero WA
es viejo y es exterior. Este "hombre interior" empero es una mente 346

[26] Lat. *noluntas*, término compuesto de *nolle* — no querer, y *voluntas*. Designa el acto de no querer.

[27] Vulgata, Sal. 111:16:. . . *in mandatis eius volet nimis.*

y una conciencia puras que hallan un verdadero placer en la ley de Dios. "Me deleito. . .", o sea: "Dulces son a mi paladar las palabras de Dios" (Sal. 119:103), y "Buena es para mí la ley de tu boca" (Sal. 119:72). No así el hombre carnal: al paladar de él, las palabras de Dios son amargas, son ásperas, son palabras que suscitan odio; porque la voluntad que padece de la fiebre del pecado aborrece estas palabras, aun cuando en sus propios ojos y en ojos de otros parece que las amara, por temor al castigo. Este deleite del que habla el apóstol proviene del Espíritu Santo por medio del amor, como ya se dijo repetidas veces, amor sin el cual es imposible hallar deleite en la ley y en la justicia. En efecto: el hombre detesta la justicia mucho más cuando está *bajo* la ley que si está *sin* la ley; porque le causa un profundo odio el tener que conocer algo que no desea, es más: algo que implica justamente lo contrario de lo que él desea.

Décima frase, v.23: *Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente.* Estas palabras nos indican claramente que Pablo habla como un pugilista colocado entre dos leyes contrarias, mas no como un luchador derrotado para quien el combate entre la ley de los miembros y la ley de la mente ya ha terminado por abandono por parte de la mente, como lo vemos en el caso del hombre carnal. Y algo más importante aún surge de las palabras de Pablo: hay *una* ley a la cual él sirve y a la cual se entrega, y hay otra ley que lo ataca; a ésta le hace frente, no le sirve, sino que antes bien lucha contra ella. De tal ataque, o de quejas levantadas contra el mismo, nada se oye en un hombre carnal, como todos sabemos.

Undécima frase, v.24: *¡Hombre infeliz que soy! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?* Esta exclamación enfatiza aún más que lo dicho anteriormente el hecho de que aquí nos está hablando un hombre espiritual. Pues prorrumpe en lamentos, da muestras de dolor, desea ser liberado. Por cierto, nadie afirmará de sí mismo: soy un hombre infeliz, miserable. Sólo un hombre espiritual es capaz de tal confesión. Pues el perfecto conocimiento de sí mismo es perfecta humildad; perfecta humildad es perfecta sabiduría; perfecta sabiduría es perfecta espiritualidad. Por lo tanto, sólo el hombre que es perfectamente espiritual dice: "¡Hombre infeliz que soy!" Pues el hombre carnal no desea ser librado y desatado de sus ligaduras; al contrario: siente un horror espantoso al pensar en la liberación que la muerte nos trae, y es incapaz de darse cuenta de su estado miserable. Pero cuando Pablo dice aquí: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?", está expresando el mismo sentir que manifiesta también en otra parte: "Tengo deseo de partir y estar con Cristo" (Fil. 1:23). ¡Tanto más sorprendente es que a alguien se le haya podido ocurrir la idea de que el apóstol habla

aquí en calidad de hombre viejo y carnal[28], cuando sus palabras dan cuenta de una tan grande perfección! ¿Qué quieren? ¿Obligarlo al apóstol a hacer el papel de hipócrita, a pensar y decir sólo cosas bellas acerca de su propia persona, o sea, elogiarse a sí mismo como hombre perfecto, sin pecado, y todo esto para no alabar la gracia de Dios sino negarla?

¡Cuán consolador es, en cambio, oir de labios de un tan grande apóstol que también él está envuelto en los lamentos y las miserias que nos envuelven a nosotros cuando tratamos con ansias de ser obedientes a Dios!

Duodécima frase, v. 25: *Así que, yo mismo con la mente sirvo* WA
a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado. Con esto 347
hemos llegado al más expresivo de todos los pasajes. He aquí: ¡uno y el mismo hombre sirve a la ley de Dios, y a la vez a la ley del pecado; es un hombre justo, y a la vez un pecador! Pues no dice: mi mente sirve a la ley de Dios, ni tampoco: mi carne sirve a la ley del pecado, sino: yo, el hombre entero, una y la misma persona, estoy en esta doble relación de servicio. Esto es también lo que le hace expresar su agradecimiento ante el hecho de que está sirviendo a la ley de Dios, e implorar misericordia ante el hecho de que está sirviendo a la ley del pecado. ¿Quién puede afirmar respecto de un hombre carnal que el tal está sirviendo a la ley de Dios? Recuerda ahora lo que dije un poco antes: los santos, siendo justos, son a la vez pecadores; son justos porque creen en Cristo cuya justicia los cubre y les es imputada; pero son también pecadores, porque no cumplen la ley, no están libres de concupiscencias, sino que son cual enfermos sometidos a tratamiento médico, enfermos de veras, pero en tren de mejoría y sanos en esperanza, o más bien, están siendo curados, están recuperando la salud, personas, en fin, para las cuales el presumir de sanas resulta altamente perjudicial por cuanto hace que su estado empeore.

Y es a base de este tan bien fundado conocimiento que el apóstol habla en el capítulo 2 con tanta audacia contra los que se tenían a sí mismos por justos y juzgaban a otros que hacían lo malo, a pesar de que ellos hacían lo mismo; contra los que predicaban que no se ha de hurtar, siendo ladrones ellos mismos, etc.: aun sin estar enterado de las obras externas de aquella gente, Pablo tiene la plena seguridad de que, al hallarse ellos al margen de la gracia, contravienen la ley en lo íntimo de su corazón. Pues si un hombre espiritual no hace lo que debe hacer, a pesar de que quisiera hacerlo, ¡cuánto menos el hombre carnal, que no quiere hacer

[28] Ese "alguien" es Nicolás de Lyra y la *glossa ordinaria e interlinearis.* Comp. WA 56, 346, 27, nota.

lo que debiera, sino que lo hace sólo por obligación —cuánto menos este hombre carnal hará lo que debe hacer! Así, en efecto, "el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie" (1 Co. 2:15).

Sobre el fondo de todo esto entenderemos al fin aquellas palabras de David: "Por esto orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado" (Sal. 32:6), y entenderemos también por qué Cristo repudió a su esposa, la Sinagoga[29], a causa de su fealdad, a saber: porque ésta no quiere reconocer su iniquidad ni confesarla a la misericordia de Dios, sino que se tiene por justa y santa. Lo demás ya fue expuesto con suficientes detalles en el capítulo 4.

WA 348 *v.8. Porque sin la ley el pecado estaba muerto.*

Al explicar este texto y las palabras que le siguen, San Agustín lo relaciona con el tiempo de la infancia, cuando aún no se ha llegado al uso de la razón. Citamos lo que dice en el libro 2 *Contra Iulianum*[30]: "Un niño pequeño, que todavía no posee la capacidad de razonar, no anda ni en lo bueno ni en lo malo en lo que a su propia voluntad se refiere. Pero a medida que pasan los años y se despierta la razón, viene el mandamiento, y entonces cobra nueva vida el pecado. Y una vez que el pecado haya entrado a luchar contra este niño en crecimiento, se pondrá de manifiesto lo que yacía durmiendo en el infante. El resultado será: o el pecado vencerá a la persona y alcanza el dominio sobre ella, o será vencido y curado". En efecto: la ley revive, y el pecado empieza a aparecer, cuando el hombre comienza a conocer la ley. Entonces surge y se hace manifiesta la concupiscencia que en el infante yacía aún oculta. Mas al hacerse manifiesta en la adolescencia, verdaderamente hace salir a la luz del día lo que en el niño pequeño todavía no era visible. Pasa como con una plantita tierna que todavía no revela qué frutos traerá; pero al brotar las hojas y al desarrollarse los frutos, se puede saber qué tipo de árbol es.

Sin embargo, puede descubrirse en esto un sentido aún más profundo: Hay también personas que en cuanto a entendimiento no pasan de la etapa infantil, así que lleguen a los cien años. Son aquellas a quienes un ángel de Satanás tiene embelesadas con la ilusión de un bien espiritual por el cual suspiran con ardor, con más ardor quizás de lo que cualquier adúltero suspira por una mujer o

[29] La relación Iglesia – Sinagoga era un tema frecuente en los autos y las artes eclesiásticos.

[30] Agustín, *Contra Iulianum* II, 4, 8. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 679.

un avaro por una gran fortuna. Por este presunto bien espiritual olvidan la ley y también la obediencia que le deben a Dios. Personas tales son los judíos, los herejes, los cismáticos, y ciertos individualistas con ideas raras, que no tienen pecado porque todavía no se les ha dado la ley. Pero si supieran de la ley contra la cual atentan, no cabe duda de que al instante reconocerían su pecado, ya que los anima un celo fervoroso por la ley. Por tanto, cuando entran en contacto con la misma, el pecado cobra nueva vida para ellos; porque entonces, se inflama aún más su anhelo por lo que es el objeto de sus deseos, se acrecienta su irritación contra la ley, y terminan por odiarla, porque les cierra el camino que ellos habían escogido como "camino conforme a la ley" tal como ellos la entendían. Por esto, cuando la ley dice: "No codiciarás", la codicia queda prohibida en forma tan terminante que todo lo que se codicia *fuera* de Dios resulta ser pecado, aunque se lo codiciara *por causa* de Dios. De ahí que el amor que muchos profesan al comportamiento virtuoso, a la oración, a los estudios, las lecturas, los actos devocionales, las meditaciones y otras obras – que ese amor redunde en WA
su perdición cuando creen que tales obras son algo así como el 349
súmmum de la piedad y las únicas que agradan a Dios, al extremo de que cuando se los llama a servicios más modestos, se llenan de indignación y se ponen a murmurar. ¡Ignorantes y fatuos que son! No saben que lo que Dios busca en los hombres no son las obras, sean de la índole, calidad y magnitud que fuesen, sino un espíritu quieto, reposado y obediente, como lo recalca el Salmo 51:16: "Si tú lo hubieras querido, yo te habría ofrecido un sacrificio, pero un holocausto no te agradaría" (quiere decir, no tienes interés en ninguna clase de obras nuestras si son obras de nuestra propia elección). ¿Y entonces qué? "El sacrificio de Dios es el espíritu tribulado" (o sea: quebrantado); "al corazón contrito y humillado" (es decir: quebrantado y contrito) "no despreciarás tú, oh Dios" (Sal. 51:17), esto es, a un corazón y un espíritu no endurecidos por una pertinaz terquedad, sino dispuestos a dejarse guiar y doblegar conforme a tu voluntad, que no se dedican por elección personal a una obra determinada, sino que esperan ser elegidos para realizar la obra que se les asigne, cualquiera que sea. Todo esto ha de servir a que "el Señor abra nuestros labios, y nuestra boca publique su alabanza" (Sal. 51:15). Pues los que hacen obras de su propia elección, no pueden abstenerse de cantar su propia alabanza. Sus obras son del entero agrado de ellos mismos; por esto quieren que sean también del agrado de Dios. En cambio, los que se atienen a los designios divinos, agradan a Dios, y éste y no otro es el motivo por qué se agradan también a sí mismos. Así es como el diablo le trastorna el juicio a la gente con el objeto de invalidar la vocación que tiene cada cual, e incitarlo con sus artimañas a hacer aquello a lo

cual no fue llamado, como si Dios fuese un tonto o no supiera a qué quiso llamar a tal o cual persona. De esta manera, el diablo lucha sin cesar contra la sabiduría de Dios y se empeña en insinuarnos que Dios es más bien insensato, para así arrastrarnos a la idolatría mediante la imagen de un Dios que quiere lo que en realidad no quiere. Por cierto, estos son los ídolos de la casa de Israel que ahora vemos colocados en todas las esquinas a lo largo y a lo ancho de Jerusalén (comp. Jer. 11:13).

v. 17. De manera que ya no soy yo quien hace aquello.

Después de todo, ¿no será que la falsa metafísica de Aristóteles y la filosofía tradicional humana engañó a nuestros teólogos? Por ejemplo, pretendiendo saber con certeza que en el bautismo o en el arrepentimiento se produce la abolición radical del pecado, consideraban un absurdo lo que el apóstol afirma aquí: *Sino el pecado que mora en mí.* Fueron precisamente estas palabras lo que más les chocó, de modo que los hizo caer en la falaz y peligrosa opinión de que Pablo dice esto no en cuanto a su propia persona sino en cuanto a la persona de un hombre carnal, ya que el apóstol – como ellos se esfuerzan en hacernos creer – no tiene ni puede tener pecado alguno, con lo cual se olvidan por completo de lo que Pablo mismo afirma con profusión de palabras clarísimas en muchas de sus cartas.

WA 350 Esta idea descabellada los llevó a un peligrosísimo autoengaño: Una vez bautizados, o habiendo recibido la absolución, se consideraban exentos inmediatamente de todo pecado; y así, sintiéndose seguros poseedores de la justicia, se cruzaron de brazos muy tranquilos; claro: no tenían conciencia de pecado alguno que los obligase a combatirlo y expurgarlo con lágrimas y gemidos, con dolor y arduo trabajo.

Por lo tanto, el pecado sigue permaneciendo también en el hombre espiritual, para ejercitarlo en la gracia, para humillar su soberbia, para reprimir su presunción; porque el que no insiste con toda seriedad en combatir su soberbia y presunción, ya tiene lo que lo condenará, aunque no agregara ningún otro delito. Pues no hemos sido llamados para que nos entreguemos al ocio, sino para que luchemos contra nuestras pasiones. Estas, por cierto, nos convertirían en culpables (dado que son verdaderos pecados, y pecados condenables), si Dios en su misericordia no se abstuviera de imputárnoslas. Pero sólo se abstiene de imputárselas a quienes valientemente se lanzan al ataque contra sus vicios y los combaten invocando la gracia divina. Por consiguiente: *el que va a confesarse, no piense que allí se va a quitar de encima algunas cargas, lo que le*

permitirá vivir una vida sin problemas; antes bien, sepa que con haberse quitado de encima una carga, ingresa en la milicia de Dios y echa sobre sus hombros otra carga distinta, a favor de Dios y en contra del diablo y sus propios defectos personales..

Quien ignora esto, pronto sufrirá una recaída. Así que: *si uno no está decidido a seguir luchando, ¿por qué solicita entonces ser absuelto e inscrito en la milicia de Cristo?*

Finalmente, fue esa misma ignorancia la que indujo a algunos[31] a interpretar aquella palabra del apóstol en He. 12:1: "Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia" en el sentido de que con "peso" se tiene en vista al diablo, y con el "pecado que nos asedia", las obras malas, cuando en realidad, el "peso" son las obras mismas, y "el pecado que nos asedia" es la maldad en nuestro interior que nos induce al pecado, y el 'fomes'.

Además, debe tenerse muy en cuenta que el apóstol de ninguna manera quiere que se piense en el espíritu y la carne como si fuesen dos entes individuales. Todo lo contrario: son un todo inseparable, como lo son la herida y la carne. Pues si bien también en este caso, la herida tiene sus propias características y la carne las suyas, ello no obstante, por formar un todo la herida y la carne, y por ser la herida ni más ni menos que la carne herida o debilitada, se atribuye a la carne lo que es propio de la herida. Análogamente, el hombre es al mismo tiempo espíritu y carne. La carne empero es su debilidad y su herida. En cuanto que el hombre ama la ley de
Dios, es espíritu; mas en cuanto que abriga deseos pecaminosos, WA
pone en evidencia la debilidad del espíritu y la herida de la carne, 351
que sólo está en los comienzos de su curación. Así dice Cristo: "El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (Mt. 26:41).

San Agustín dice en su segundo libro *Contra Iulianum*: "Con 'nuestros errores' entendemos generalmente aquello que a causa de la ley del pecado está en oposición a la ley de la mente. Una vez separados de nosotros, estos errores no estarán en algún otro lugar, sino que, ni bien hayan sido curados en nosotros, ya no estarán en ningún lugar. Así y todo, ¿por qué no fueron aniquilados en el bautismo? ¡Cómo! ¿todavía no quieres admitir que lo que fue aniquilado era la culpabilidad inherente a los errores, pero que la debilidad siguió existiendo? No la culpabilidad que los convertía en culpables a ellos, sino la culpabilidad con que nos habían convertido en culpables a nosotros, haciéndonos incurrir en obras malas. Y su debilidad siguió existiendo no como si estos errores fuesen algún

[31] Para N. de Lyra, *el pecado que nos asedia* son "las oportunidades para pecar"; Tomás de Aquino piensa en el diablo.

tipo de seres vivientes debilitados, sino que son nuestra propia debilidad personal"[32]. Estas muy bien fundadas palabras nos muestran claramente cómo la concupiscencia es esa debilidad nuestra que nos crea tantas dificultades para hacer lo bueno, debilidad que por cierto tiene en sí un carácter culposo, pero que pese a ello no nos convierte en culpables a menos que consintamos en ella y actuemos de conformidad. Sin embargo, de ahí resulta la extraña situación de que seamos culpables y a la vez no culpables; porque aquella debilidad somos nosotros mismos. Así que ella es digna de castigo, y nosotros también lo somos, hasta que esa debilidad cese y sea curada. En cambio, cuando no actuamos conforme a ella, somos libres de culpa por cuanto Dios en su misericordia no carga en nuestra cuenta la culpabilidad de la concupiscencia, sino sólo la culpabilidad de la voluntad que consiente en la debilidad. Nada mejor para explicar todo esto que la parábola del hombre al cual habían dejado a la vera del camino, medio muerto (Lc. 10:30 y ss.). En efecto: el vino y el aceite que el samaritano aplicó a sus heridas, no lo restablecieron en el acto, sino que iniciaron su restablecimiento. Mas entonces, aquel mismo enfermo es a la vez un hombre débil y un convaleciente. En cuanto que está sano, desea hacer el bien; pero como hombre débil desea algo distinto y se ve obligado a hacer concesiones a su debilidad, cosa que va contra su propia voluntad.

A la luz de lo expuesto resulta evidente que nuestros teólogos adictos a la metafísica[33] se pierden en fantasías insustanciales y
WA delirantes cuando discuten acerca de los apetitos orientados en
352 direcciones opuestas preguntándose si tales apetitos pueden hallarse en el mismo sujeto, y cuando con gran despliegue de imaginación sostienen que el espíritu, a saber, nuestra razón, es un ente que existe por separado, un ente absoluto por decirlo así, integral en cuanto a su género, y perfecto, al igual que la sensualidad o la carne, que según ellos es, a la inversa, la parte opuesta, igualmente integral y perfecta. Por estas tontas lucubraciones se ven forzados a olvidar que la carne es en sí una debilidad, una especie de herida que afecta al hombre entero, el cual por gracia comienza a ser curado en cuanto a su mente o espíritu. ¿A quién, en efecto, se le ocurriría imaginarse a un enfermo dividido de esta manera en dos partes opuestas entre sí? ¿Acaso no es uno y el mismo cuerpo el que trata de recuperar la salud, y que no obstante se ve obligado a hacer lo

[32] Agustín, *Contra Iulianum* II, 5, 12. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 682.

[33] Lutero tiene en mente a los teólogos a quienes inquietaban las 'distinciones' de la filosofía, en este caso la cuestión de si el alma consiste de dos partes o potencias separables e independientes. Comp. WA 56, 351, 23, nota.

que lleva en sí la marca de la debilidad? Lo uno y lo otro ocurre en un mismo cuerpo. (En la obra *Contra Iulianum*, libro 3, se lee: "Un mal tan grave es la concupiscencia, que es preciso combatirla sin cesar, pese a su resistencia, y vencerla, hasta que, así como una herida en el cuerpo, haya sido sanada mediante una curación perfecta")[34].

Pero presentemos a estos teólogos sumidos en sus fantasías un ejemplo un tanto más vulgar: Cuando se comienza a restaurar una casa caída en ruina, ¿acaso es *una* cosa su reconstrucción y su estado actual, y otra cosa su hasta entonces aún existente deterioro? No; sin duda es una sola cosa. De esa misma casa se puede decir con buena razón, al verla en vías de refección, que es una casa y que está siendo convertida en casa, pero por su estado de deterioro se puede decir al mismo tiempo que todavía *no* es una casa, y que le faltan ciertos detalles para serlo. Así nosotros, "que tenemos las primicias del Espíritu" (Ro. 8:23), y que según el apóstol Santiago "fuimos hechos primicias de las criaturas de Dios" (Stg. 1:18), "somos edificados como casa espiritual" (1 P. 2:5). Y un edificio construido de tal modo "va creciendo para ser un templo santo en el Señor" (Ef. 2:21).

v.17. Sino el pecado que mora en mí.

En *Contra Iulianum*, libro 2, San Agustín dice: "¿Cómo puede estar muerto el pecado, si produce en nosotros tantas cosas a pesar de nuestra tenaz resistencia? – ¿Qué son estas 'tantas cosas' que produce? Precisamente las codicias necias y dañosas 'que hunden en destrucción y perdición' a los hombres que consienten en ellas (comp. 1 Ti. 6:9). ¿Cómo decimos entonces que ese pecado fue muerto en el bautismo, y al mismo tiempo confesamos que sigue habitando en nuestros miembros, haciendo surgir allí toda clase de deseos pecaminosos? Sólo es posible si lo entendemos en el sentido de que el pecado (de la codicia) está muerto con respecto a la culpabilidad en que nos tenía aprisionados, pero que aun estando muerto, persiste en su actitud rebelde hasta quedar definitivamente curado – lo cual sucederá cuando nos den sepultura. Esto sí: ya no se llama 'pecado' por cuanto nos hace culpables, sino que se llama así por cuanto tuvo su origen en la culpabilidad del primer hombre, y por cuanto mediante su rebeldía trata de arrastrarnos a idéntica culpabilidad"[35].

[34] Agustín, *Contra Iulianum* III, 20. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 722.
[35] Agustín, *Contra Iulianum* II, 9, 32. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 696.

WA 353 Este pecado es, por ende, aquel vicio original del fomes del cual ya se habló antes. Se dijo entonces: Más adecuada es la expresión "nosotros morimos al pecado" que la otra: "el pecado muere a nosotros". Y se dijo además: somos más bien nosotros los que, mientras el pecado permanece en nosotros, somos separados de él en esta vida por medio de la gracia, según aquella palabra del Salmo 81:6: "Apartó su hombro de debajo de la carga".

(Y en el libro 1 a Valerio, cap. 23, San Agustín dice: "En los regenerados, la concupiscencia ya no es pecado, siempre que uno le niegue su consentimiento, para que de este modo, aunque no se llegue a cumplir el precepto bíblico del "No codiciarás", se cumpla al menos lo que se manda en otro texto: "No vayas detrás de tus pasiones"[36]. Sin embargo, en lenguaje corriente se le llama pecado, por dos razones: porque tuvo su origen en el pecado, y porque hace cometer pecado al que se deja vencer por ella"[37], es decir, es pecado en cuanto a su causa y efecto, pero no en sentido formal).

v.18. No encuentro la manera de llevarlo a cabo.

Se hace en este pasaje una distinción entre "hacer" (*facere*) y "llevar a cabo" (*perficere*). San Agustín dice al final de su libro 3 *Contra Iulianum:* "Recuerda lo que el apóstol escribe a los gálatas, personas bautizadas sin duda alguna: 'Digo pues', — éstas son sus palabras—, 'andad en el Espíritu, y no llevéis a cabo (*perfeceritis*) los deseos de la carne' (Gá. 5:16). No dice: 'No hagáis' (*ne feceritis*), porque no tener tales deseos era imposible, sino 'no llevéis a cabo' (*ne perfeceritis*), esto es: no llevéis a cabo sus obras mediante el consentimiento de vuestra voluntad. Por consiguiente: si una persona no consiente en los deseos de la carne, estos deseos no serán llevados a cabo en forma de obras, a pesar de la fuerte presión que ejercen. Resulta entonces que cuando "el deseo de la carne es contra el espíritu, y el del espíritu es contra la carne, para que no hagamos lo que quisiéramos" (v.17), —resulta entonces que ni se llevan a cabo las concupiscencias de la carne, por más que se produzcan, ni tampoco se llevarán plenamente a cabo nuestras obras buenas, por más que las hagamos. Pues así como la concupiscencia de la carne se lleva a cabo allí donde el espíritu da su consentimiento a que se concrete en obras, de modo tal que el deseo del espíritu ya no es *contra* la carne sino *con* ella, así ocurre también

[36] Eclesiástico, o Sabiduría de Jesús Ben Sirá, cap. 18:30.
[37] Agustín, *De nuptiis et concupiscentia, ad Valerium* I, 23, 25. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 428.

con nuestras obras buenas: serán llevadas a cabo cuando la carne llegue a un consenso tan completo con el espíritu que tampoco "el deseo de ella sea contra el espíritu". Pues esto es lo que anhelamos cuando deseamos que nuestra justicia sea llevada al grado de perfección. Pero como ese 'llevar a cabo' no nos es posible mientras WA
vivamos en esta carne corrupta, el apóstol dice en su carta a los 354
romanos: 'El querer el bien está en mí, pero no encuentro la manera de llevarlo a cabo', o como dicen los códices griegos: 'El querer el bien está en mí, pero no el llevarlo a cabo', o sea: no está en mí el poder de llevar a cabo el bien. Repito: Pablo no habla de 'hacer' sino de 'llevar a cabo' el bien; porque 'hacer el bien' es no ir detrás de las pasiones (comp. Eclesiást. 19:30), 'llevar a cabo el bien', en cambio, es no tener ya pasión alguna. Por lo tanto, al 'no llevéis a cabo los deseos de la carne' de Gá. 5:16 corresponde, como contraste, el 'no encuentro la manera de llevarlo a cabo' de Ro. 7:18. Pues por una parte, los deseos de nuestra carne no llegarán a concretarse en forma de obras malas si no cuentan con el consentimiento de nuestra voluntad; y por otra parte, tampoco nuestra voluntad llegará a concretarse en forma de obras buenas mientras persista el impulso de aquellos deseos en el cual no consentimos. Así que: el espíritu *hace* una obra buena si no consiente en el deseo malo, pero no la *lleva a cabo* porque no destruye los malos deseos mismos; y la carne *produce* un deseo malo, pero tampoco lo *lleva a cabo*, puesto que sin el consentimiento del espíritu, ella sola no puede llegar al punto de cometer obras que merecen condenación".[38]

Este texto nos da la consoladora certeza de que las afirmaciones de los maestros modernos[39] acerca de los impulsos primarios y la extinción del fomes, acerca del deleite y del consentimiento, si bien coincidentes, son al fin de cuentas afirmaciones de poco peso, puesto que carecen del apoyo de las Escrituras. Ahora empero que los maestros antiguos, en perfecto acuerdo con los apóstoles, expresan las mismas verdades, y con palabras más claras aún, somos confortados mediante otro consuelo que, cual precioso regalo, contribuye a aumentar nuestra tranquilidad. Y también podemos aplacar con mayor facilidad los escrúpulos que sentimos en nuestra conciencia, aparte del hecho de que los teólogos escolásticos, en su jactancioso afán de tratar este tema en forma más exacta y clara, recurrieron a un lenguaje tanto más complicado y obscuro en su

[38] Agustín, *Contra Iulianum* III, 26, 62. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 733 y s.

[39] Trutvetter, uno de los profesores de Lutero en Erfurt, llama *recentiores doctores* a Duns Scotus y Occam a diferencia de Tomás de Aquino. Los "maestros antiguos" (*doctores antiqui*) a que se refiere Lutero son en especial Agustín y Ambrosio.

intento de volcar en moldes humanos el modo de hablar divino. Así es como se perdieron en vana y nociva fantasía cuando, basándose en Aristóteles,[40] y empleando palabras por demás obscuras y metáforas, enseñaban que las virtudes y los vicios están adheridos al alma como el revoque a la pared, la escritura a la pizarra, y la forma al sujeto. Pues con tales enseñanzas, ya nadie podía entender la diferencia entre espíritu y carne.

[40] Ya en sus notas marginales a las Sentencias de Pedro Lombardo (año 1509), Lutero critica la doctrina del *habitus* del "rancio filósofo Aristóteles". Comp. WA 9, 43, 4.

Capítulo 8

WA 355

v.3. Porque lo que era imposible para la ley.

¿Dónde queda ahora el libre albedrío? ¿Dónde están los que se atreven a afirmar que somos capaces de provocar con nuestras fuerzas naturales el acto de amar a Dios sobre todas las cosas? Si fuese yo el que dice que se nos plantean exigencias imposibles de cumplir, se me cubriría de maldiciones. Pero ahora es el apóstol Pablo el que dice que a la ley le era imposible condenar el pecado; y no sólo esto, sino que la ley misma era débil por la carne. Ahí tenemos lo que yo venía repitiendo una y otra vez, a saber: que es materialmente imposible cumplir la ley mediante esfuerzos propios, y que no tiene sentido alguno decir que "se puede cumplir la ley en cuanto al acto en sí, pero no conforme a la intención del legislador", como si estuviera a nuestro alcance el querer y el poder, y sólo le faltara a ese querer y poder el estar encuadrado dentro del estado de gracia, que es el marco exigido por Dios. Por esta razón —siguen diciendo— la gracia tiene por cierto su utilidad, pero no es necesaria; tampoco se torna defectuosa nuestra naturaleza a causa del pecado cometido por Adán, sino que nuestras facultades naturales siguen intactas. Ahí emana de nuestra boca el hedor de la filosofía, como si la razón siempre nos impulsara a aspirar a lo mejor, y desvariamos largamente acerca de la ley de la naturaleza.[1]

Es verdad: la ley de la naturaleza es por todos conocida, y la razón nos aconseja aspirar a lo mejor. Pero ¿qué es ese 'mejor'? No lo que más se ajusta a la palabra y voluntad de Dios, sino lo que nos parece mejor a nosotros —o sea, la razón nos aconseja lo mejor en mal sentido. Pues en todo lo que busca, la razón se busca a sí misma y lo suyo, al que menos busca es a Dios. Esto lo hace únicamente la fe, en amor.

[1] Comp. lo dicho en el cap. 4, pág. 170, notas 12 y 13.

De ahí que también los conocimientos, las virtudes y todos los bienes que el hombre desea, busca y encuentra mediante sus capacidades naturales, sean bienes en mal sentido, porque los relaciona no con Dios sino con la criatura, es decir, consigo mismo. Pues ¿cómo habría de relacionarlos con Dios, si no ama a Dios sobre todas las cosas? ¿Y cómo habría de amarlo, si no lo conoce? ¿Y cómo habría de conocerlo, si por culpa del pecado original su intelecto y su voluntad están entenebrecidos y encadenados? Por consiguiente: a menos que el hombre sea iluminado por la fe y liberado por el amor, no puede querer ni poseer ni obrar bien alguno; sólo puede hacer lo malo, aun cuando esta haciendo lo bueno.

Corolario

Dícese que la naturaleza humana conoce y quiere el bien de una manera general y en conjunto, pero yerra y no quiere el bien cuando se trata de casos particulares.[2] Más exacto sería decir: en
WA casos particulares, la naturaleza humana conoce y quiere el bien,
356 pero en general no lo conoce ni lo quiere, por la siguiente razón: ella no conoce más que el bien suyo, es decir, lo que le parece bueno, honroso y útil a ella, pero no lo que es bueno para Dios y para los demás hombres. De este modo, su conocer y querer el bien está relacionado con algo en particular; hasta podría decirse que quiere el bien para ella sola. Esto concuerda con la Escritura (comp. Is. 2:9-22), que describe al hombre como un ser totalmente encorvado sobre sí mismo,[3] al extremo de que canaliza hacia su propia persona no solamente los bienes materiales sino también los espirituales, y se busca a sí mismo en todo.

Esta encorvadura es ahora algo inherente a nuestra naturaleza, un defecto natural, un mal natural. Por esto, el hombre no puede esperar ayuda alguna de sus facultades naturales, sino que necesita una ayuda más poderosa desde fuera. Y esta ayuda más poderosa es el amor, sin el cual el hombre constantemente peca contra la ley que le dice: "No codiciarás", esto es, no canalices nada hacia ti mismo, no busques nada para tu propia persona; tu entero vivir, actuar y pensar sea para Dios solo. Unicamente con ayuda del amor, el hombre conocerá el bien en general junto con todo lo que es bueno en particular y estará en condiciones de juzgarlo todo

[2] Comp. pág. 49, nota 43.
[3] Comp. pág. 203; pág. 228 nota 11.

(comp. 1 Co. 6:2). Nos hallamos, pues, ante una exigencia que de ninguna manera podemos satisfacer.

De ahí las palabras de San Agustín en su libro *Acerca de la gracia y el libre albedrío,* capítulo 16: "Dios nos da ciertas órdenes que no podemos cumplir, con el objeto de que nos demos cuenta de cuáles son las cosas que debemos pedir de él. Pues nuestra fe es la que obtiene con sus súplicas lo que la ley nos manda"[4].

Corolario

Hay quienes ensalzan la luz de la naturaleza y la equiparan con la luz de la gracia[5]. Intento vano; la luz de la naturaleza es más bien obscuridad y lo contrario de gracia. Por esto también la maldicen Job y Jeremías (comp. Job 3:1 y ss.; Jer. 20:14), como día aciago y visión pésima, puesto que esta luz hizo su aparición inmediatamente después del pecado, como está escrito: "Entonces fueron abiertos los ojos de ambos" (Gn. 3:7). Pues la gracia no conoce objetivo alguno hacia el cual se sienta atraída o al cual dirija su atención, fuera de Dios. No ve ni busca sino a Dios solo; sus anhelos todos están centrados en él. Todo cuanto ve entre sí y Dios, lo pasa por alto como si no lo viera, y se dirige exclusivamente a Dios. Esto es el "corazón recto" (Sal. 7:10) y el "espíritu recto" (Sal. 51:10).

Con la naturaleza en cambio ocurre todo lo contrario: no conoce objetivo alguno hacia el cual se sienta atraída o al cual dirija su atención, fuera de ella misma. No ve ni busca más que a sí misma; sus anhelos todos están centrados en ella misma. Todo lo demás, incluso al propio Dios, el centro de todo, lo pasa por alto como si no lo viera, y se dirige exclusivamente a sí misma. Esto es el "corazón perverso" (Sal. 101:4) y el "corazón malo" (Lc. 6:45). Así WA 357 como la gracia ha colocado a Dios en el lugar de todo cuanto ve, incluso en el lugar de ella misma, y le da preferencia sobre sí misma y busca únicamente lo que es de Dios y no lo suyo propio: así también la naturaleza por su parte se ha colocado a sí misma en el lugar de todo lo demás, aun en el lugar del propio Dios, y busca únicamente lo suyo propio, no lo que es de Dios. Por esto, la naturaleza es para sí misma el primero y más grande de todos los ídolos. Luego hace también de Dios un ídolo, y de la verdad de Dios una mentira, y finalmente convierte en ídolos todas las cosas creadas y todos los dones de Dios. La gracia no halla satisfacción en nada de

[4] Agustín, *De gratia et libero arbitrio,* 16,32. Patrol.Ser.Lat.XLIV,900.
[5] Scotus III Sent. dist. 14 qu. 2 n.4; Biel III Sent. dist. 14 qu.un .art.2. Comp. pág. 171, nota 15.

lo que ve, a menos que pueda ver a Dios en ello y por encima de ello; su voluntad, su deseo y su alegría es que todo exista, se manifieste y opere para la gloria de Dios. La naturaleza en cambio piensa que todo lo que ve es cosa sin valor si no conviene a sus intereses y si no existe y opera para bien de ella; y solamente lo aprecia si logra hacerlo suyo para su propio provecho, uso y bienestar.

Esto es fornicación espiritual, e iniquidad y encorvadura que no tiene igual. Por tanto, semejante prudencia no puede llamarse luz; más correcto es llamarla tinieblas, a no ser que se la quiera llamar luz por cuanto posee la facultad de ver y conocer por medio de la razón y los sentidos. Por lo demás, en razón de ese impulso que la hace converger sobre sí misma todo cuanto está en su esfera de conocimiento, es obscuridad en la verdadera acepción de la palabra. Por otra parte, tal como es, no puede sino hacerlo converger todo sobre ella misma. Pues no posee la capacidad de amar a Dios y su ley, según lo afirma aquí el apóstol.

Clara señal de todo esto es el hecho de que la naturaleza se regocija y vive tranquila mientras los bienes mencionados afluyan en rica abundancia, pero cae en un estado de turbación e intranquilidad cuando se produce un reflujo. No así la gracia. A ella no la afectan ni la abundancia ni la escasez; aprecia y observa la voluntad de Dios en todo cuanto él hace, y por esto vive contenta, suceda lo que sucediere, contenta en sí misma y con todo lo demás. Lo que Dios hace y quiere, lo quiere ella también, y halla su agrado en ello, por más desagradable que sea. Sí: siempre alaba a Dios y lo bendice, también en las circunstancias más adversas y tristes. Sabe cómo regocijarse en horas de tristeza y verter lágrimas en horas de regocijo. La carne jamás podrá llegar a esto con sus propias fuerzas.

v.3. Por cuanto estaba debilitada (por la carne).

San Agustín dice respecto de este pasaje: "La ley estaba debilitada por cuanto no lograba que sus preceptos se cumplieran; pero no por culpa suya, sino 'por la carne', es decir, por los hombres que
WA ansiando bienes carnales no amaban la justicia de la ley sino que le
358 anteponían sus propios intereses temporales"[6]. Esto empero ocurre cuando se cumple la ley por temor al castigo o por querer obtener algún beneficio, y por ende, sin tener puestos el corazón y la voluntad en la ley; o sea: cuando se cumple la ley no porque Dios así lo dispuso y quiso, sino porque prometió bienes y amenazó con males. Pues sólo una voluntad enteramente liberada por medio del amor hace o deja de hacer algo por el hecho de que así le place a Dios,

[6] Agustín, *Prop. ex epist. ad Romanos*, 48. Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2072.

sin buscar otro bien alguno ni temer mal alguno, excepto esa misma voluntad divina. Para la naturaleza, esto no es posible; sólo puede hacerlo la gracia, don del Espíritu Santo que se obtiene mediante la fe en Cristo.

Corolario

La expresión "la ley estaba debilitada" debemos relacionarla más con el corazón y los afectos que con el comportamiento de la persona. Pues la gente por cierto observaba la ley exteriormente, en su manera de actuar, pero interiormente, en su corazón, la odiaba, según aquel pasaje del Salmo 28:3: "Hablan paz con sus prójimos, pero la maldad está en su corazón", esto es: no tienen en sí mismos la capacidad de ser tan buenos por dentro como aparentan serlo por fuera. Como ya dije en una ocasión anterior: fue por su exacto conocimiento de la situación que en el capítulo 2, el apóstol aseveraba tan rotundamente que "los que predicaban que no se ha de hurtar, hurtaban" (Ro. 2:21): él sabía con plena certeza que sin la gracia, ellos no eran capaces de cumplir con su voluntad lo que enseñaban con su boca y aparentaban con sus obras. Pues sin la gracia, todos los hombres sin distinción alguna pertenecen a aquella masa perdida[7] de la cual se dice en Gn. 8:21: "El intento y el pensamiento del corazón humano propende a lo malo" (y ni en lo más mínimo a lo bueno que la ley nos prescribe).

Por consiguiente: aprendamos ante todo a conocer nuestra debilidad, por medio de un conocimiento profundo de la ley; entonces veremos que Cristo nos es absolutamente necesario como Dador del Espíritu y de la gracia.

v.3. A causa del pecado condenó al pecado.

San Agustín observa en cuanto a esto: "La muerte del Señor logró que ya no se tuviese miedo a la muerte, y en consecuencia tampoco se tuviese ya apetencia de bienes temporales ni temor ante los males temporales, como solía tenerlos aquella prudencia carnal que hacía al hombre incapaz de cumplir los preceptos de la ley. Pero una vez que en el hombre de Dios haya quedado eliminada esa

[7] Comp. pág. 48, parte final del v.18. La expresión *massa perditionis* proviene de Agustín, *De gratia Christi et de peccato originali,* II, 29, 34. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 301.

prudencia y borrada, se cumple la justicia de la ley. Pues entonces ya no se anda conforme a la carne, sino conforme al Espíritu"[8].

WA 359 Estas palabras demuestran claramente que "pecado" y "prudencia o sabiduría de la carne" se entienden aquí como sinónimos. Pues según San Agustín[9], "el pecado es condenado" equivale a "la prudencia de la carne es eliminada y borrada". Eliminada esta prudencia, ya no se tiene temor a la muerte ni amor a la vida, quedando por ende cumplida la ley por cuanto se ama sólo a Dios. En efecto: el que no teme la muerte por causa de Dios, tampoco ama la vida más que a Dios, y por lo tanto se odia profundamente a sí mismo, a Dios empero lo ama sobre todas las cosas. Pues el que ama a Dios más que a sí mismo, sin duda ama también a Dios sobre todas las cosas, porque no hay nada ni nadie a que el hombre tenga tanto amor como a sí mismo. Para la carne, un amor de esta índole es imposible; porque la prudencia carnal hace que el hombre carnal se ame a sí mismo más que todas las cosas, incluso más que al propio Dios. De no ser así, si la carne fuese capaz de un amor tal, "entontonces por demás habría muerto Cristo" (Gá. 2:21), porque en este caso, la carne sería no una carne débil sino sana, y no enemiga de Dios sino amiga, y el apóstol estaría errado al decir: "No se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede" (Ro. 8:7). Por lo tanto se rechaza aquí una vez más la aserción de que la voluntad puede provocar con sus fuerzas puramente naturales el acto de amar a Dios sobre todas las cosas. Vana es también la argumentación de quienes afirman: "Todo cuanto el intelecto puede dictarnos como algo que debemos querer y hacer, nuestra voluntad puede quererlo. Pues bien: el intelecto nos dicta que se ha de amar a Dios sobre todas las cosas; luego la voluntad puede querer lo mismo"[10]. Respuesta: No es válida la conclusión, y tampoco lo es la deducción. La conclusión correcta es: luego la voluntad puede querer que se ame a Dios sobre todas las cosas, conforme nos ha sido mandado. Pero de esto no cabe deducir que la voluntad realmente *puede* amar a Dios sobre todas las cosas; sólo puede querer con un muy débil impulso que ello suceda; quiere decir: sólo puede tener una muy pequeña dosis de esa voluntad exigida como necesaria.

En caso contrario, carecería de sentido la afirmación general y unánime de que la ley fue dada para humillar a los soberbios que presumen de virtuosos.

¿Cómo fue entonces que Cristo "condenó al pecado a causa del pecado", o cómo logró que por su muerte no se tenga que temer

[8] Agustín, *Prop. ex epist. ad Rom.* 48. Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2072.
[9] Ibid.
[10] Así opinan Occam, Biel, Pedro d'Ailly y Trutvetter. Comp. WA 56, 359, 14, nota.

la muerte? ¿Cómo removió de los hombres la "prudencia de la carne"? Sola y únicamente por medio del mérito de su muerte, con la cual él consiguió que se nos diera el Espíritu, y que se removiera de nosotros la "prudencia de la carne". Pues el Espíritu dio muerte a la "prudencia de la carne" y dio vida al hombre interior; además, el Espíritu hace que el hombre desprecie la muerte y entregue su vida y ame a Dios solo sobre todas las cosas, según aquellas palabras del Cantar de los Cantares (cap. 8:6): "Fuerte es como la muerte el WA
amor, dura como el sepulcro la pasión". Asimismo hace que sea 360
condenada la concupiscencia que tenemos dentro de nosotros. Pues el hecho de que nosotros ahora odiemos y condenemos la concupiscencia y elijamos el amor, no es obra nuestra sino un don de Dios. Por esto el apóstol dice que Dios condenó y destruyó el pecado en la carne, y hace que lo destruyamos también nosotros por medio de su Espíritu que por la fe en Cristo ha sido derramado en nuestro corazón.

Fíjate también en esto: El apóstol no dice que "a causa del pecado *en la carne*, Dios condenó al pecado en la carne", sino "a causa del pecado, Dios condenó. . .". Es evidente que aquí se quiere diferenciar entre "pecado" y "pecado en la carne". El "pecado" a causa del cual fue condenado el pecado en la carne, no es otra cosa que el castigo por el pecado, castigo que Cristo cargó sobre sí en su carne, la cual no tenía pecado, y sin embargo consintió en ser hecha semejante a la carne pecaminosa a causa del castigo por el pecado que soportó. Así, pues, a causa del pecado de aquel en cuya carne no había pecado, fue condenado el pecado que está en la carne de todos los demás hombres.

v.3. Porque lo que era imposible para la ley.

El apóstol optó por decir "lo que era imposible *para la ley*" en lugar de *"para nosotros"*, aun sabiendo que esa imposibilidad corre exclusivamente por cuenta nuestra: *nosotros* éramos demasiado débiles e impotentes para poder cumplir la ley. Se expresó de este modo para seguir su costumbre, y también porque las circunstancias así lo requerían. En efecto: la argumentación del apóstol va dirigida ante todo contra aquellos que en su ilimitada confianza en sus propias fuerzas naturales consideraban que para alcanzar la justicia y la capacidad de hacer obras buenas, el único recurso que necesitaban era el conocimiento de la ley. Así opinaban los judíos de antaño, y así opinan todos los espíritus orgullosos hasta el día de hoy. Todos ellos repiten a coro las jactanciosas palabras de Ex.20: "Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos", y Ex.19:8: "Todo lo que el Señor ha dicho, haremos". Está visto que toda esa

gente cree que con tener la ley les basta; y su equivocación es tanto más funesta cuanto más convencidos están de que las solas obras exteriores son suficientes para dar cumplimiento a la ley. Esa confianza vana en la ley y en el conocimiento de la ley es lo que el apóstol quiere destruir al decirles que no existía para la ley posibilidad alguna de prestar el servicio que ellos esperaban de ella, a saber: que quitara el pecado y otorgara la justicia. Sin embargo, con esto no se la sindica a la ley de culpable; la culpable es la opinión tonta y vana que aquéllos tenían de la ley, y la confianza que depositaban en ella. La ley en sí es excelente, sin duda alguna. Es como en el caso de un enfermo que quiere beber vino, en la necia creencia de que esto le ayudará a recuperar la salud. Si el médico, sin intención alguna de desmerecer la bondad del vino en sí, dice a ese enfermo: "El vino no te podrá curar; al contrario, agravará
WA tu mal" – lo que critica no es el vino, sino la confianza tonta del
361 enfermo. Es otro el remedio que le hace falta a ese hombre para curarse y así poder volver a beber vino. De igual manera, no es la ley sino otro remedio el que le hace falta a la naturaleza corrupta para curarse y así poder cumplir la ley.

v. 7. La sabiduría de la carne es enemistad contra Dios.

Sería más apropiado usar en este capítulo uniformemente el término "prudencia" (lat. *prudentia*) en lugar de "sabiduría" (lat. *sapientia*), siguiendo el ejemplo de San Agustín y del texto griego[11]. Pues según el consenso general, la prudencia tiene que ver con la acción, la sabiduría en cambio con el pensamiento especulativo. Pero el apóstol habla aquí en sentido moral, y de asuntos que conciernen a nuestro modo de actuar. La prudencia consiste en escoger lo bueno y evitar lo malo, o sea, tiene dos aspectos distintos; consiguientemente, también se nos presenta aquí una prudencia doble.

La "prudencia de la carne" escoge lo que contribuye a su propio bien, y evita lo que podría contribuir a su propio mal; reprueba lo que redunda en beneficio de la comunidad, y escoge lo que redunda en perjuicio para la comunidad. Esta es la prudencia que gobierna a la carne, es decir, a la concupiscencia y a la voluntad egoísta; la prudencia que "disfruta" de sí misma y "usa"[12] a todos

[11] Agustín, *Prop. ex epist. ad Rom.* 49. Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2073. Gr. φρόνημα = pensamiento, modo de pensar, deseo, trad. en la Vulgata con *sapientia*.

[12] Comp. pág. 203; pág. 206, nota 16.

los demás, hasta al propio Dios, y cuyos anhelos y aspiraciones se centran todos en ella misma y en sus propios intereses. Esa prudencia hace que el hombre vea en sí mismo el objetivo final y último —el ídolo al cual consagra todo cuanto hace, sufre, intenta, piensa y dice. "Bueno" es, a juicio de ella, solamente lo que beneficia a su propia persona, "malo" es solamente lo que le trae perjuicios. Esta encorvadura y depravación e iniquidad es censurada por las Escrituras en más de una oportunidad bajo el nombre de fornicación e idolatría, y tiene sus raíces en lo más profundo de nuestra naturaleza, como vimos al tratar el capítulo 6. Hasta puede decirse que es esa naturaleza misma, vulnerada y tan completamente corrompida que, de no mediar la gracia, no hay manera de curarla, y ni siquiera se la puede reconocer con exactitud. Pero para llegar a conocerla en forma algo más clara, indiquemos sus grados según sus objetivos, que son (como se dice en otra parte) los objetivos de una "fruición desordenada"[13].

Bienes exteriores { riquezas, poderío, honores — padres, amigos, familia — parientes, hijos, cónyuge.
Bienes físicos: salud, vigor, belleza. WA
Bienes psíquicos: ingenio, memoria, inteligencia, prudencia. 362
Ciencias y artes { virtudes — corporales, mentales — innatas, adquiridas, etc.
Sabiduría física, es decir, humana { artes liberales, filosofía etc.
Sabiduría intelectual, en el conocimiento y los misterios de { la Escritura y la creación.

Gracia del corazón[14] — que se manifiesta en la justicia, la devoción, los dones del Espíritu Santo etc., las meditaciones.

Dios, tal como se nos ha revelado, en sus propiedades divinas[15].

Todo esto son dones con que Dios obsequió a los hombres y los vistió como con un vestido de numerosos pliegues. Pero a todos estos dones se adhiere la "prudencia de la carne", si bien no siempre en la misma extensión y medida. En *una* persona, la prudencia de la carne se apega a cierto don con intensidad mayor, en otra lo hace con intensidad menor; en algunos, el apego se hace extensivo a más dones, en otros a unos pocos solamente. Todo esto, digo, el hombre

[13] *Inordinata fruitio,* expresión usada por Occam y Biel; comp. WA 56, 361, 24, nota.

[14] *Gratia affectualis,* "la gracia que consiste en un desear".

[15] *Deus affirmative,* a diferencia de *Deus negative* — expresiones que se hallan en Dionisio el Areopagita, *De coelestia hierarchia,* 2, 3. Patrol. Ser. Graeca III, 142. Comp. pág. 198, nota 3.

lo centra en su propia persona y busca en ello su propio provecho, y se fabrica con ello —horrible es decirlo— ídolos que vienen a ocupar el lugar del Dios verdadero, dado que el hombre no conecta estos dones con Dios, el Dador, ni tampoco está contento si le son quitados. Por esto será despojado y desnudado de todos ellos, aunque no lo quiera.

Hay, pues, personas que no se resignan a prescindir ni siquiera de lo que menos importancia tiene, como las riquezas. Otras hay que prescindirían de las riquezas, pero no de los honores; y si de los honores, no de los hijos, padres, amigos etc.; y aunque prescindieran también de éstos, sin embargo no estarían dispuestas a prescindir de su salud, su belleza o su vida. Y así podríamos seguir enumerando uno tras otro los tantos y tan fuertes lazos y esa infinidad de problemas que tienen amarrados a los hombres. Y ni del más insignificante de ellos puede desligarse la naturaleza, ni mucho menos de todos ellos y de los de mayor peso. Pero la gracia sí puede, y muy pronto, como dice la Escritura: "El sacará mis pies de la red" (Sal. 25:15). Estos objetivos que se fija la naturaleza son "los lazos del cazador" (Sal. 91:3). No que las cosas creadas por Dios como buenas se conviertan de por sí en lazos; es sólo por culpa de la prudencia de la carne que esto ocurra.

La "prudencia del espíritu" en cambio escoge lo que contribuye al bien de todos, y evita lo que podría resultar perjudicial para la comunidad; reprueba lo que redunda en su beneficio propio, y da preferencia a lo que redunda en perjuicio para ella misma. Pues esa "prudencia del espíritu" es la que da las directivas al amor que "no busca lo suyo" (1 Co. 13:5) sino lo de Dios y de todas sus criaturas. "Bueno" es, a juicio de ella, solamente lo que es bueno ante los ojos de Dios y beneficioso para todos, y "malo" es lo que es malo ante
WA los ojos de Dios y perjudicial para todos. Pues no tiene otro objetivo
363 sino a Dios; y todo lo que posee, lo posee con Dios, con negación de todo aquello que no es Dios[16]. Esto hace también que disfrute todas las cosas solamente *en* Dios y *con* Dios. Ahora bien: cómo es que esto sea así, no es difícil decirlo; pero sólo el Espíritu puede lograrlo, y sólo el que experimentó la influencia del Espíritu puede comprenderlo. Obra del Espíritu es, en efecto, que tantas cosas desaparezcan de pronto y se desvanezcan y sean consideradas por el alma como una nada. Obra del Espíritu es también que el alma se desligue completamente de todo esto y busque sólo la Una Cosa Necesaria, como lo hiciera María (comp. Lc. 10:38 y ss.). Marta en

[16] Literalmente: "Tiene a Dios en sentido negativo" — *habet Deum negative,* quiere decir, prescindiendo de toda cualidad, virtud o mérito propios. Comp. págs. 201-203.

cambio, al andar bregando con objetivos "carnales", está afanada y turbada con muchas cosas cuando "olvida lo que queda atrás y se extiende a lo que está delante" (Fil. 3:13).

Hay, por supuesto, personas que renuncian a las riquezas y llevan por propia decisión una vida de pobres, con lo que su alma ya ha escapado de *uno* de los lazos antes mencionados. Pero he aquí que ahora cae en otro lazo peor, a saber: en terquedad, o en un falso concepto de devoción o de justicia o de conocimientos o de diligencia, o en algo no tan grave, como p.ej. codicia de honores, vanagloria etc. Por esto son precisos muchos esfuerzos para que la "prudencia de la carne", enredada en tantos lazos, sea superada por la prudencia del espíritu bajo constante oración y lágrimas.

Son éstos los lazos que San Antonio vio abundar en el mundo, y que le hicieron prorrumpir en el lamento: "¿Quién podrá escapar a todos ellos?" Y una voz le dijo: "La humildad solamente"[17]. Yo mencioné ocho de los lazos más peligrosos; pero si los subdividimos en sus distintas facetas, el número aumenta considerablemente. Así es, en verdad: si uno logra zafarse del lazo de las riquezas por *un* lado, p.ej. despreciando el dinero, es atrapado en otra parte, p.ej.: sucumbe al ansia de poseer una casa, un campo, u otro tipo de bienes. Y lo mismo ocurre con los demás lazos.

Por lo tanto: lo que por culpa de la "prudencia de la carne" se convierte para el hombre en lazo y tropezadero, esto mismo le resulta ser, gracias a la prudencia del espíritu, una ayuda y un estímulo en su camino hacia Dios.

De ahí las palabras del apóstol: "Los que son de la carne, piensan en las cosas de la carne" (Ro. 8:5), es decir: sus pensamientos están dirigidos a los bienes materiales. Dichos bienes son los objetivos de que ellos disfrutan – o sea, todo aquello que acabamos de enumerar. En efecto, Pablo usa la expresión "prudencia de la carne" para indicar que esa prudencia apetece, por una parte, cosas carnales, pero no sólo éstas, sino también todo aquello que queda "del lado de acá" de Dios y que se puede poseer en esta vida terrenal. Pues la vida futura no nos la pueden dar las cosas creadas sino solamente Aquél que las creó, el cual es el Bien que la "prudencia del espíritu" trata de alcanzar.

San Agustín dice a propósito de este pasaje:[18].

"Se llama 'enemigo de Dios' al hombre que no obedece la ley de Dios, y eso a causa de la prudencia de la carne, esto es: cuando apetece bienes temporales y teme males temporales. Pues la característica de la prudencia es, según la definición que comúnmente

[17] *Vitae Patrum*, Patrol. Ser. Lat. LXXIII, 785 y 953.
[18] Agustín, *Prop. ex epist. ad Rom.* 49. Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2073.

suele darse, el esforzarse por conseguir lo bueno y evitar lo malo."
WA Luego, haciendo referencia a la afirmación de Pablo de que "la
364 prudencia de la carne es enemistad contra Dios", San Agustín pasa a explicar por qué el apóstol dice que "es enemistad", a saber: porque "no se sujeta a la ley de Dios", para que no se le ocurra a algún maniqueo[19] pensar que una naturaleza cualquiera, digamos: una naturaleza proveniente de un principio opuesto, es enemiga de Dios. "Se *obedece* empero la ley de Dios cuando está prudencia ha sido destruida y su lugar ha sido ocupado por la prudencia del espíritu, con el resultado de que ya no ciframos nuestra esperanza en los bienes temporales ni tememos los males temporales. Pues en la *una* naturaleza de nuestra alma habitan y se manifiestan las dos prudencias: la prudencia de la carne, cuando da curso a los deseos bajos, y la prudencia del espíritu, cuando aspira a lo más elevado" no por interés sino por amor. "Pasa como con la *una* naturaleza del agua, que tiene la propiedad de congelarse con el frío, y de evaporarse con el calor. Así se dice también: 'La prudencia de la carne no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede' (Ro. 8:7)". "Pero si por la aplicación del calor el agua pierde su consistencia y se convierte en vapor, ya nadie la puede llamar nieve".

Así dice también el Señor en Mt. 12:33: "O haced el árbol bueno, y el fruto bueno, o haced el árbol malo, y el fruto malo", o sea: si la "prudencia de la carne" – el árbol malo – no fuere cambiado en "prudencia del espíritu", – el árbol bueno –, no podrá llevar buen fruto, aun cuando aparente llevar frutos buenos. El árbol no es producto de los frutos, sino que los frutos son producto del árbol. La virtud no es producto de las obras y las acciones, como sostiene Aristóteles[20], sino que las obras son producto de las virtudes, como enseña Cristo. Pues el segundo paso presupone el primero; el requisito previo para que se produzca una obra es la existencia de una sustancia y una fuerza; para que pueda haber un efecto tiene que haber una causa.

Esos "bienes temporales" empero deben entenderse como el conjunto de todo lo que está 'fuera' de Dios, sea lo que percibimos mediante los sentidos o lo que captamos mediante el intelecto, sea la vida o el saber o la justicia, como se acaba de decir en un párrafo anterior. Análogamente, con "males temporales" hemos de entender todo lo opuesto a aquellos bienes, como p.ej. la muerte, la ignorancia, el pecado etc. El que es prudente en cuanto al espíritu, no

[19] El maniqueísmo, secta fundada por el persa Mani o Manes (226-276 desp. de Cr.) admitía la existencia de dos principios opuestos, ambos eternos y absolutos: la luz, principio del bien, y las tinieblas, principio del mal.

[20] Comp. pág. 43, nota 33.

teme ninguno de estos males, ni tampoco ama y estima aquellos bienes. En cambio, el que es prudente en cuanto a la carne, les tiene un miedo terrible a la muerte, a la necedad, al pecado etc.

Por consiguiente: si sientes que la muerte te inspira temor más bien que amor, tómalo como una señal inequívoca de que todavía te tiene envuelta la "prudencia de la carne". Asimismo, si sientes horror al pecado; si tiemblas al pensar en el juicio venidero; si tu pecado te lleva a la desesperación, has de saber que todo esto son señales de que la prudencia de la carne todavía no ha desaparecido, que sigue viviendo. No que estas cosas no las tengamos que temer, que no tengan que inspirarnos horror, sino que su función real es hacernos conocer la "prudencia de la carne", a fin de que los débiles se esfuercen por ser liberados de ese horror y ser trasladados a la esperanza de seguridad, por medio de la gracia de Dios. Pues los que aún padecen de esta debilidad, todavía están bajo la ley, a menos que suspiren por la gracia y dirijan su rostro hacia ella para así ser arrancados de sus temores.

Pero los que poseen las "prudencia del espíritu", aman la WA
voluntad de Dios y la aplauden, porque están perfectamente de 365
acuerdo con ella. Por esto, aunque saben que es la voluntad de Dios que venga el Juicio Final y lo llene todo de espanto y revele la ira divina, no se amilanan, sino que lo esperan con gozo y desean que llegue pronto. Así, lo que para otros es el colmo de los horrores, es para ellos la más grande alegría por cuanto su voluntad coincide del todo y en todo con la voluntad de Dios. Pues dondequiera que exista tal voluntad, no hay ni dolor ni horror, sino que allí están el ansia de que se produzca lo que se ha deseado, el cumplimiento de lo que se ha querido, y la aceptación complacida de lo que se ha anhelado. Así se lee en el Salmo 97:8: "Las hijas de Judá, oh Señor, se gozaron por tus juicios". Y el Señor mismo, después de haber descrito los hechos terribles que se producirán en el Día del Juicio, añadió: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca" (Lc. 21:28).

Es en vano, por ende, que algunos, impulsados por su sentir humano, prorrumpan en lamentos por las miserias que caerán sobre ellos mismos y sobre los demás. Pues no corresponde ponerse a pensar cómo podríamos eludir estas miserias por medio del temor. Tampoco corresponde que prediquemos acerca de dichas miserias con el propósito de que los hombres sean presa de terror y espanto, a menos que lo hagamos ante los que se revuelcan en el lodo de este mundo. Para éstos sí puede resultar muy útil tal predicación porque así el miedo los inducirá al arrepentimiento. Pero a los que ya están arrepentidos y afligidos, hay que predicarles en forma alentadora, para que aprendan a esperar con regocijo las cosas que habrán de suceder, y a rogar que aquel día venga cuanto antes.

Pues no es con temor sino con amor como escapamos de la ira de Dios y de la miseria y el horror del juicio; y es mediante la conformidad con la voluntad divina como logramos aquietar nuestra conciencia. En efecto: ¿de qué sirve temer el Día del Juicio? El que lo teme, lo odia, y no quiere que venga. Pero es imposible que no venga, e imposible es también que venga para bien y salvación de aquel que lo odia. Pues la voluntad y el beneplácito de Dios es que este día venga. Quien teme su venida, se resiste a la voluntad de Dios, y por eso recibirá justa condenación como "rebelde contra Dios" (comp. Nm. 14:9; 15:30). Bien dice por lo tanto el apóstol en 2 Ti. 4:8: "No sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida". Pedro a su vez exclama: "Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios!" (2 P. 3:11,12). En su carta a Tito, Pablo escri-
WA be (Tit. 2:12,13): "Vivamos en este siglo sobria, justa y piadosa-
366 mente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios" etc. Y el Señor dice en Lc. 12:36: "Vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas".

Está visto, pues, que este temor no lo ha podido vencer nadie excepto Cristo, que derrotó la muerte y todos los males temporales e incluso la muerte eterna. En consecuencia, los que creen en él ya no tienen ningún motivo para sentir temor. Antes bien, con un bendito orgullo desprecian todos estos males, se ríen de ellos y viven regocijados, como hombres que no perecerán ni serán tragados por la muerte, sino que experimentarán en su propio cuerpo, esperarán y verán la victoria que Cristo obtuvo en los males aquellos. Y así pueden decir: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (1 Co. 15:55). Esto nos demuestra que de nada sirven el poder y la fuerza para vencer la muerte y los males, tampoco se los puede eludir mediante la huída y el temor, sino sólo mediante la debilidad (esto es, la impotencia), a saber, soportándolos con paciencia y de buena voluntad, tal como nos lo enseña Cristo con su ejemplo y con la manera como salió confiadamente al encuentro de la muerte y los padecimientos.

v.14. Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

"Ser guiados por el Espíritu de Dios" significa mortificar con ánimo libre, pronto y alegre la propia carne, es decir, dar muerte al viejo hombre, esto es: desdeñar y negar todo lo que no es Dios, incluso negarnos a nosotros mismos, y por eso "no temer la muerte

ni los amigos de la muerte, la fiera estirpe de los castigos", y despreciar asimismo "los vanos placeres del mundo y sus sórdidos bienes cubiertos de lodo"[21], y en cambio dejar atrás gustosamente los bienes y salir al encuentro de los males, dispuesto a cargar con ellos. Esto no es obra de nuestra naturaleza, sino del Espíritu de Dios que habita en nosotros.

v.15. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud.

El apóstol recurre aquí a una antítesis, es decir, a una contraposición, comparación u oposición. Los términos en oposición son "esclavo" e "hijo", como en Jn. 8:35: "El esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre". Por esto es enfrentado ahora también el "espíritu de esclavitud" con el "espíritu de filiación", y el "temor servil" con el "amor filial". La expresión "esclavitud" hay que entenderla por lo tanto en sentido abstracto, de modo que la palabra "esclavitud" es un derivado, si podemos llamarlo así, de "esclavo", así como "filiación" lo es de "hijo"[22].

La esclavitud de que se habla aquí es la esclavitud bajo el WA
pecado, a la cual se hace referencia en Jn. 8:34: "Todo aquel que 367
hace pecado, esclavo es del pecado" – una esclavitud de la cual la ley no pudo librarnos. Lo único que la ley pudo hacer era obligarnos, por el temor al juicio con que nos amenazaba, a hacer las obras de la ley. Pero con esto la ley no hacía morir las obras de la carne sino que más bien las incrementaba, porque incrementaba el odio a la ley y los deseos de transgredirla.

Aquel espíritu de esclavitud se llama también "espíritu de temor", en doble sentido: en primer lugar, como ya fue dicho, porque mediante el terror y las amenazas de castigo obligaba a los hombres a hacer las obras de la ley contra su voluntad. Y a raíz de ello, (dado que forzosamente se odia a aquel a quien se teme), el corazón de los hombres se apartaba tanto más de lo que la ley mandaba y quería, cuanto más se los obligaba a acercarse a la ley en su comportamiento externo, como lo ilustra el ejemplo de los hijos de Israel que "al observar el estruendo se pusieron de lejos y tuvieron miedo de acercarse al monte" (comp. Ex. 20:18). Pero entonces, si el corazón y la parte más noble del hombre se aparta de Dios y siente una aversión a la ley, inútil es que con su parte

[21] Citas de los himnos *Virginis proles* y *Jesu corona celsior*, que figuraban en el breviario de los monjes agustinos.

[22] En latín *servitus*, de *servus*, y *filiatio*, de *filius* respectivamente.

más vil, es decir, con su cuerpo, se ejercite en ciertas obras y ceremonias para salvar las apariencias externas. Es como dice el Señor a los hipócritas: "Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí" (Mt. 15:8).

Aquel espíritu se llama "espíritu de temor" en segundo lugar porque ese temor servil obliga al hombre a dejar de lado hasta la observancia meramente formal de la ley en tiempos de tentación. En realidad, este tipo de temor debiera llamarse con más propiedad "temor mundanal" y no "temor servil", porque tiene que ver no tanto con la obligación de cumplir la ley sino más bien con la posibilidad de que suframos pérdidas materiales, o de que nos amenacen otros contratiempos; y en este sentido es peor que el temor servil. Seguramente es éste el temor que tiene en vista el apóstol Juan cuando escribe: "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor" (1 Jn. 4:18).

Fíjate por lo tanto en lo profundas que son las palabras de la Escritura. En efecto: no existe ninguno, o casi ninguno, que no tenga este temor, ya que no hay nadie que esté sin concupiscencias, o sin carne, o sin el viejo hombre. Pero donde existe concupiscencia, necesariamente existe también el temor de perder lo que se apetece. De ahí que nadie esté dotado de un amor perfecto. Asimismo, la aseveración de que "todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado" (Jn. 8:34) parece ser una sentencia cuyo cumplimiento no ofrece mayores dificultades, y que, mirada superficialmente, se aplica sólo a unos pocos. Pero si la analizamos más a fondo, veremos que se aplica a todos. Pues todos son esclavos del pecado por cuanto todos hacen pecado, si no con su actuar, al menos con su concupiscencia y su propensión hacia lo malo, como se expuso en párrafos anteriores con abundancia de detalles.

El "espíritu de temor" es, según el comentario que hace San Agustín de este pasaje, "el que tiene poder sobre la muerte (esto es,
WA el diablo), muerte que reciben todos los que no pueden cumplir
368 con los preceptos de la ley que les fue dada mientras sigan sirviendo a sus deseos carnales"[23]. Dicho de un modo diferente, pero quizás más apropiado, el espíritu de temor es el impulso de la "prudencia de la carne". Este impulso se origina cuando la ley es implantada y dada a conocer, y permanece sin manifestarse cuando la ley aún no se conoce. Un ejemplo para ello es el pasaje de Ex. 4:3, donde se relata cómo Moisés huyó despavorido de la vara echada en tierra y convertida en culebra. Así le pasa al que ignoraba la ley y solía atentar contra ella: ni bien se le proclama la ley, la mira con ojos sombríos y se llena de fastidio contra ella, deplorando la pérdida

[23] Agustín, *Prop. ex epist. ad Rom.* 52. Patrol. Ser. Lat. XXXV, 2074.

de una libertad que ahora le han cercenado. Esto es el espíritu de temor.

Para estar otra vez en temor, agrega el apóstol, como diciendo: Antes vivíais en el espíritu de temor y bajo el ayo que os impelía, o sea, bajo la ley. Ahora empero, una vez liberados, no recibisteis de nuevo el espíritu de temor, sino antes bien el espíritu de hijos adoptivos, en fe y confianza. Y esta confianza la expresa con palabras altamente significativas, a saber: *el espíritu por el cual clamamos: ¡Abba!* Por cierto: el que está dominado por el espíritu de temor, no puede clamar; apenas puede abrir la boca y hablar entre dientes. Porque la confianza ensancha el corazón, la frente y la voz, el temor empero contrae todo esto y lo comprime, como la experiencia nos lo enseña con mucha claridad. El temor tampoco dice "Abba"; antes bien, odia a Dios, huye de él como de un enemigo, y por lo bajo lo tilda de tirano. Pues los que viven en el espíritu de temor, y no en el espíritu de hijos adoptivos, no gustan cuán bueno es el Señor (comp. Sal. 34:8; 1 P. 2:3), sino que les parece ser un señor duro y de mal genio. En su corazón al menos lo tienen por un tirano, aunque con su boca lo llamen Padre, como aquel siervo en el Evangelio (Mt. 25:24) que había escondido el dinero de su señor, y a su regreso le dijo: "Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste", etc. Son éstos los hombres que ven con muy malos ojos que Dios no acepta los méritos de nadie sino que otorga su compasión gratuitamente. Por esto dicen: "Nos has dado mandamientos imposibles de cumplir. No nos has dado gracia sino sólo un conocimiento de ti; este conocimiento todavía lo poseo; aquí te lo devuelvo, tómalo" —cuando lo que correspondía era más bien llenarse de gozo por cuanto Dios hizo que nuestra esperanza se basara no en nosotros, sino en él mismo y en su misericordia. Todos los hombres de este tipo dicen en lo oculto de su corazón: Dios actúa como un tirano; no es un padre sino un enemigo; y desde su punto de vista dicen la verdad. Pero lo que ignoran es que basta con ponerse de acuerdo con ese "enemigo" para que se convierta en amigo y padre. De otra manera, esto no se logrará jamás; porque no es Dios el que se pondrá de acuerdo con nosotros y cambiará para que nosotros seamos sus amigos e hijos. Es preciso, por lo tanto, no tener temor ante él mismo ni ante nada de lo que él quiere y ama. Y esto sólo es posible si tenemos su espíritu, de modo que en virtud de este espíritu amemos lo que Dios ama, y odiemos WA 369
lo que Dios odia; porque no somos capaces de amar lo que él ama, a menos que tengamos el amor, la voluntad y el espíritu que él tiene. Pues si ha de haber una conformidad en cuanto a las cosas que se deben amar, ha de haber también una conformidad en cuanto al impulso de ese amor. Y tales personas son llamadas entonces hombres "deiformes" — hijos de Dios por cuanto son guiados por el Espíritu de Dios.

Ejemplos de estos dos tipos diferentes de personas son, por una parte, aquellos que alcanzaron a Cristo una esponja empapada en vinagre, o vino mezclado con hiel y mirra, en la hora de su pasión (comp. Mt. 27:48), y por otra parte, los que le dieron un trozo de pez asado y un panal de miel, después de su resurrección (comp. Lc. 24:42). La actitud de los primeros demuestra que para ellos, Dios es más amargo que la hiel y la mirra. Por esto le dan lo que tienen: un corazón amargo, sombrío y avinagrado, quiere decir, un corazón sin esperanza. Y cuando el Señor lo prueba, no lo bebe. La actitud de los segundos en cambio demuestra que para ellos, Dios es miel y panal de miel. Por esto es que le ofrecen también esa dulce alegría del corazón; y el Señor toma este 'panal de miel' y lo come entero delante de ellos. Respecto de los primeros dice Jeremías (15:10): "Todos me maldicen, dice el Señor", e Isaías (8:21): "Maldecirá a su rey y a su Dios". ¿O acaso esto no es "maldecir": pensar en su corazón que Dios es un adversario y enemigo, tener sentimientos y una voluntad opuestos a él, y tratar con todas las fuerzas de imponer lo que es contrario a Dios, si esto fuese posible – más aún: desear que Dios y su voluntad perezcan y se conviertan en la voluntad del hombre, o sea, en una nada? Pues no hay maldición que supere a ésta: desearle a alguien el aniquilamiento, que es precisamente lo que le desean a Dios todos los condenados y los que poseen la prudencia de la carne.

Que aquel clamor empero no es un clamor de la boca sino del corazón, lo vemos claramente al leer el pasaje Gá. 4:6 y ss.: "Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que aquí ya no hay esclavos, sino hijos; y si hijos, también herederos por medio de Dios". Salta a la vista que estas palabras suenan igual y dicen lo mismo que nuestro texto Ro. 8:15.

v.16. El Espíritu mismo da testimonio.

Que este testimonio del Espíritu no es otra cosa que la confianza del corazón en Dios, nos lo muestra con palabras clarísimas
WA San Bernardo, lleno del mismo Espíritu, en su Sermón acerca de la
370 Anunciación, cap. 1. Dice allí: "A juicio mío, este testimonio consta de tres partes. Ante todo debes creer que no puede haber remisión de pecados a no ser por medio del perdón que Dios te concede. Luego, que no puedes poseer ni una sola obra buena a menos que Dios mismo te la haya regalado. Y por último, que no hay obra con que puedas merecerte la vida eterna, sino que también ésta es un don gratuito de Dios". Sin embargo, lo que San Bernardo menciona aquí, aún no es suficiente. Hay que considerarlo más bien

como un comienzo de la fe, o como una especie de base de la misma. Por esto, si crees que tus pecados no los puede destruir nadie sino sólo Dios, haces bien. Pero ahora agrega también esto: *"el creer de verdad"* (no que pudieras hacerlo por ti mismo, sino que el Espíritu Santo tiene que llevarte a esta fe) "que por medio de él, tus pecados te son perdonados. Este es el testimonio que el Espíritu Santo da a nuestro corazón: tus pecados te son perdonados. Pues así es, a juicio del apóstol, como el hombre es justificado por medio de la fe". (Debes creer firmemente también respecto de ti mismo, no sólo respecto de los escogidos, que Cristo murió por tus pecados e hizo satisfacción por ellos). "Lo mismo vale también en cuanto a los méritos. No basta con creer que sólo por medio del Espíritu se pueden poseer tales méritos; tiene que agregarse a esto el testimonio que te da el Espíritu de verdad de que por medio de él los posees realmente". Esto sucede cuando tienes la firme confianza de que las obras que haces, Dios las considera aceptables y agradables, sean de la índole que fueren. Esta firme confianza empero de que tus obras son del agrado de Dios, la tendrás cuando reconoces que con todas esas obras eres una nada ante Dios, por más que sean obras buenas y hechas con un corazón obediente, ya que no haces las obras que Dios declara malas. Y esa humildad y compunción respecto de las buenas obras es lo que las hace agradables a Dios. "Lo mismo ocurre con la vida eterna. No es suficiente creer que Dios nos la da de gracia; es preciso también que tengas el testimonio del Espíritu de que con la ayuda de Dios, efectivamente llegarás a esa vida"[24].

Estos tres puntos se destacan nítidamente en el texto del apóstol: "¿Quién —dice— acusará a los escogidos de Dios?" (Ro. 8:33), esto es: tenemos plena certeza de que no nos acusará ningún pecado. Asimismo dice con respecto a los méritos: "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Ro. 8:28). Y a propósito de la vida eterna dice: "Estoy seguro de que ni lo presente, ni lo por venir etc., nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo" (Ro. 8:38).

v.19. Porque el anhelo ardiente de la creación (es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios). WA 371

La reflexión filosófica y el pensamiento del apóstol acerca de las cosas van en otra dirección que los de los filósofos y metafísicos.

[24] Bernardo, *Sermo in festo annuntiationis b. Mariae virg.*, 1. Patrol. Ser. Lat. CLXXXIII, 383.

Pues los filósofos tienen sus ojos de tal manera clavados en el estado presente de las cosas, que sus especulaciones giran sólo en torno de la esencia y las cualidades de las mismas. El apóstol en cambio aparta nuestras miradas de la contemplación de las cosas en su estado presente y de su esencia y accidentes, y las dirige a las cosas en su estado futuro. Pues no habla de la "esencia" u "operación" de la creación, ni de su "estado activo" o "pasivo" o su "impulso", sino que usando un término teológico inusitado y admirable habla del "anhelo ardiente de la creación"; y con ello —con decir que su alma tiene oídos capaces de captar ese anhelo de la creación— nos muestra que ya no tiene puestas sus miradas y su atención en la creación en sí, sino en lo que la creación aguarda. Mas ¡ay, cuán profunda y peligrosamente enredados estamos en categorías y preguntas acerca de la esencia de las cosas, cuántas opiniones necias en el campo de la metafísica ofuscan nuestra mente! ¿Cuándo volveremos a nuestro sano juicio y reconoceremos que estamos malgastando un tiempo tan precioso en estudiar asuntos tan baladíes, descuidando cosas de mucho más valor? Siempre actuamos de manera tal que se nos pueden aplicar las palabras de Séneca: "Ignoramos lo necesario porque aprendimos lo superfluo; más aún: ignoramos lo que nos es saludable porque sólo aprendimos lo que es condenable"[25].

Yo por mi parte creo que he contraído con el Señor la deuda de levantar mi voz contra la filosofía y de aconsejar a los hombres a que se atengan a la Sagrada Escritura. Pues en caso de que lo hiciera otro que no vio lo que son las cosas, tal vez le entraría temor, o no le creerían. Yo, en cambio, machaqué esta materia años y años, y mucho es lo que he experimentado y oído en este tiempo, de modo que estoy en condiciones de ver que es un estudio de vanidades que conducen a la perdición.

Os amonesto pues cuanto puedo a todos vosotros: poned empeño en terminar a la brevedad posible con vuestro estudio de la filosofía, no con el propósito de apoyar y defender sus tesis, sino con la misma intención con que estudiamos los vicios para destruirlos, y los errores para refutarlos. Con igual criterio encaremos también el estudio de la filosofía para reprobarla, o al menos para familiarizarnos con la terminología de aquellos con quienes por fuerza habremos de terciar. En efecto: ha llegado el momento para que nos entreguemos a otros estudios, y para que aprendamos a Jesucristo, "y a éste crucificado" (1 Co. 2:2).

Seréis por lo tanto los mejores filósofos, y los mejores investigadores de la naturaleza de las cosas, cuando aprendáis del apóstol a

[25] Séneca, *Epistulae*, 45, 5.

ver a la creación como una creación que anhela, que gime, que está en dolores de parto, es decir, una creación que mira con fastidio su estado actual y desea ser transformada en lo que habrá de ser y por ende todavía no es. Quien haya llegado a esta etapa del aprendizaje, no tardará en desdeñar la ciencia de la esencia de las cosas, sus accidentes y diferencias. Por consiguiente, la necedad de los filósofos se asemeja a la de un hombre que se coloca de peón con un constructor y observa asombrado el proceso de serruchar, cepillar y ensamblar tablas y vigas y se conforma tontamente con haberlo visto, sin
interesarse en lo más mínimo por lo que finalmente habrá de ser el WA
resultado de todos estos trabajos del constructor. Diríamos que ese 372
peón es un inútil, y que sus servicios no sirven para nada. De igual modo la creación de Dios, que va siendo preparada sin cesar para la gloria venidera, es observada por esos necios sólo en su proceso de preparación, sin que manifiesten el menor interés por saber lo que será en su etapa final. ¿No estamos entonces completamente desubicados si nos ponemos a reflexionar acerca de los laudatorios y los elogios que se cantan a la filosofía? ¡Nosotros tenemos en alta estima la ciencia de la esencia de las cosas, de sus acciones e inacciones, y las cosas mismas sienten fastidio ante sus esencias, sus acciones e inacciones, y al pensar en ellas estallan en gemidos! Nosotros nos alegramos y nos gloriamos de un saber que a la creación misma le causa tristeza y desagrado. ¿Qué te parece: estará en sus cabales el que al ver a una persona que llora y se lamenta, suelta la risa y se regocija como si la viera alegre y contenta? Con toda razón diríamos que ese hombre está loco, que su comportamiento es absurdo. Si sólo fuese el pueblo inculto el que en su estulticia asigna tamaña importancia al estudio de la filosofía y no sabe interpretar el ardiente anhelo de la creación —esto todavía sería tolerable. ¡Pero son precisamente los sabios y los teólogos los que, contagiados por esa "prudencia de la carne", extraen conocimientos para ellos gratificantes de una creación que por su parte está sumida en la tristeza, y sobre una base de suspiros, ellos construyen sonrientes su edificio de ideas de rara potencia!

Por lo tanto, tiene mucha razón el apóstol cuando en Col. 2:8 se dirige contra la filosofía diciendo: "Mira que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres". Por cierto, si el apóstol hubiese deseado que se reconozca como útil y bueno algún tipo de filosofía, no la habría condenado tan categóricamente. Llegamos pues a la siguiente conclusión: *El que prefiere investigar las esencias y los efectos de la creación en vez de prestar atención a sus gemidos y su ardiente anhelo, es sin duda un tonto y un ciego, porque no sabe que también las criaturas son creación de Dios.* Nuestro texto lo demuestra con toda claridad.

v.20. Porque la creación fue sujetada a vanidad.

Los más de los exégetas[26] entienden que la "creación" mencionada en este pasaje es el 'hombre' por cuanto tiene parte en toda cosa creada. Mejor es sin embargo aplicar al hombre el término "vanidad", como lo hace de una manera muy apropiada y correcta el Salmo 39:5: "Ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive". No cabe la menor duda: si no existiera el hombre, el *viejo* hombre, no habría ninguna vanidad; porque todo lo que Dios había hecho, era "bueno en gran manera" (comp. Gn. 1:31), y sigue siendo bueno hasta el día de hoy, como dice el apóstol en 1 Ti. 4:4: "Todo lo que Dios creó es bueno", y en Tit. 1:15: "Todas las cosas son puras para los puros". Entonces, si la creación llega a ser vana, mala, nociva etc., no es por culpa de ella misma, sino por factores extrínsecos, o sea, por culpa del hombre: por la opinión que el hombre se forma de la creación, por su errónea apreciación de la misma, por el amor que le tiene y por el mal uso que hace de ella, se le asigna a la creación un valor superior al que en realidad le corresponde, en el sentido de que el hombre, que es capaz de elevar sus pensamientos a Dios y que puede hallar verdadera satisfacción sólo en Dios en lo que a su mente y espíritu se refiere – que ese hombre presume de poder hallar esta paz y esta satisfacción en las cosas creadas. A esta vanidad, pues, (o sea: a este mal uso), fue sujetada la creación. A modo de ejemplo pensemos en el heno: en sí, una "cosa" buena, y de ninguna manera inútil. Buena, necesaria y útil para los animales, pero sin valor ni utilidad como alimento para el hombre. Y si se lo empleara como alimento para el hombre, se le atribuiría un valor más elevado del que tiene por su naturaleza. Así hacen todos los que no aman a Dios de corazón enteramente puro, y no tienen una sed ardiente de él. Lo hace todo hombre que es nacido de Adán y vive sin el Espíritu Santo. De ahí que el Salmo 14:3 diga respecto de la humanidad entera: "Todos a una se han hecho inútiles", es decir, "vanos". Y por medio del hombre, todo lo que es criatura se hace vanidad, si bien no por su propia voluntad, sino muy en contra de ella. Esto le hace exclamar al Predicador (Ecl. 1:2): "Vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué saca el hombre (esto es: qué otra cosa sino vanidad) de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?" Muy significativa, esa expresión: "el hombre no saca más que vanidad". Pues las cosas creadas son en sí buenas, y los que conocen a Dios, las reconocen también no de una manera vana sino correcta; hacen uso de ellas,

[26] La *Glossa ordin., interlin.* y Nicolás de Lyra.

pero no disfrutan de ellas[27]. Por eso es que Pablo escribe a Tito: "Todas las cosas son puras para los puros" (Tit. 1:15), para los corrompidos empero nada les es puro. Como ves: las mismas cosas son puras y a la vez impuras, según como sean los que tienen que ver con ellas.

v.21. La creación misma será liberada.

Dos cosas dice aquí el apóstol: Primero, que la creación será liberada, a saber, liberada de la vanidad, cuando los impíos sean condenados y quitados de en medio, y el viejo hombre haya sido aniquilado. Esta liberación ocurre ahora mismo, día a día, en los santos. Segundo: que esa liberación se producirá de una manera tal que de ahí en más, la creación no sólo dejará de ser vana, sino que tampoco podrá ser ya corrompida. De ahí la afirmación en Is. 30:26: "Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol siete veces mayor, como la luz de siete días". Esto hace decir a muchos que en los primeros siete días de la creación del mundo, la luz del sol era mucho más radiante que en la actualidad, pero que fue obscurecida por culpa del pecado del hombre que cayó en pecados al séptimo o sexto día; y que en el mundo venidero será aun siete veces más brillante de lo que era en aquel entonces. Si bien es posible sustentar tal opinión, según el sentido que se le dé WA
–apoyo en las Escrituras no tiene, ni tampoco es lo que sugiere el 374
mencionado texto de Isaías. Pues también se lo puede interpretar así: "La luz del sol será siete veces mayor", es decir, "será como la luz de siete días", o sea: será como si la luminosidad de siete días fuese una única radiante claridad, el brillo de siete días concentrado en un solo brillo.

v.24. La esperanza que se ve, no es esperanza.

Si bien esta locución es lo que la gramática llama una locución figurativa, desde el punto de vista teológico es sumamente apropiada y sirve para dar expresión a un intensísimo impulso del corazón. En efecto: la esperanza, que surge del deseo dirigido hacia un objeto que amamos, hace que ese amor aumente en la medida en que lo esperado demora en llegarnos. Resulta así que por la intensidad de la esperanza, el objeto que se espera y la persona que lo espera virtualmente llegan a identificarse, según aquel dicho de San

[27] Comp. pág. 206, nota 16.

Agustín: "El alma se halla más en el lugar donde está el objeto de su amor, que en el cuerpo al cual anima"[28]. Así se dice también en el lenguaje popular: " ¡Ay, ardor mío!", y el poeta suspira: "¡Amintas, mi fuego!"[29] Aristóteles por su parte dice en su obra *De anima,* libro 3, que el intelecto y lo inteligible, la percepción y lo perceptible, llegan a formar una unidad, como ocurre también muy generalmente con una potencialidad y su objeto[30]. De este modo, el amor traslada al sujeto que ama hacia el objeto amado. Y la esperanza traslada al que espera hacia el objeto esperado – pero este objeto esperado no aparece. Vale decir entonces que lo traslada hacia lo ignoto y recóndito, hacia las tinieblas interiores[31], de suerte que el hombre no sabe qué espera, pero sí sabe qué *no* espera. Así es, pues, como el alma ha sido hecha esperanza y a la vez objeto esperado por cuanto se mueve en un plano de lo que no ve, quiere decir, en la esperanza. Si la esperanza fuese visible, o sea, si el que espera y lo esperado se reconociesen entre sí, el que espera ya no sería trasladado de ese modo hacia lo esperado, i.e. hacia la esperanza y lo ignoto, sino que sería arrebatado hacia las cosas que se ven, y disfrutaría de lo conocido.

WA 375 *v.26. Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos.*

Conclusión

No es una mala señal, sino una señal muy positiva, si nuestras peticiones parecen tener el resultado contrario de lo que habíamos esperado; así como no es una buena señal si con nuestras oraciones todo nos sale a pedir de boca.

Razón y causa de ello es que los planes y la voluntad de Dios están a otra altura que los planes y la voluntad nuestros, como dice Isaías (55:8,9): "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos, dice el Señor. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que

[28] *Anima plus est ubi amat, quam ubi animat.* Lutero cita el dicho como lo presenta Tauler, quien lo atribuye a San Agustín: *Die Seel ist vil meer da sy liebt dann sy in dem leib sey.* La WA sugiere que se trata más bien de una cita de San Bernardo, algo modificada: *Neque enim praesentior spiritus noster est ubi animat, quam ubi amat;* S. Bernardo, *De praecepto et dispensatione,* 20, 60. Comp. WA 56, 375, nota 10.

[29] Virgilio, *Bucol.* Ecl. III, 66.

[30] Aristóteles, *De anima,* III, 1, 2, 5, 7. Comp. WA 56, 374, nota 12.

[31] Comp. pág. 206.

vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos". En el Salmo 94:11 leemos: "El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanidad"; y en el Salmo 33:10: "El Señor hace nulo el consejo de las naciones, y frustra las maquinaciones de los pueblos, y reprueba los proyectos de los príncipes".

De ahí resulta, pues, que cuando pedimos algo a Dios, sea lo que fuere, y él nos escucha y se dispone a dárnoslo, nos lo da en una forma que desbarata todos nuestros conceptos, es decir, nuestras ideas, de modo que se tiene la impresión de que después de haberle pedido algo, él está más disgustado con nosotros y menos dispuesto a concedérnoslo que antes. Todo esto lo hace porque así es su modo de proceder: destruir y aniquilar primeramente todo lo que hay en nosotros antes de darnos sus dones, como dice la Escritura: "El Señor empobrece, y él enriquece; él hace descender a los infiernos, y hace subir" (1 S. 1:7,6).

Con este su plan santísimo, Dios nos hace receptivos para sus dones y sus obras. Somos receptivos empero para sus obras y sus planes sólo cuando los planes nuestros quedan cancelados y las obras nuestras cesan, y cuando nuestra postura frente a Dios llega a ser puramente pasiva, tanto en lo que concierne a nuestro actuar interior como también al exterior. A esto apunta el Señor al decir: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos WA
vuestros caminos" (Is. 55:8). En este punto, pues, cuando ya todo 376
es desesperación, y cuando todo comienza a desenvolverse en forma contraria a nuestros ruegos y deseos, en este punto comienzan entonces aquellos "gemidos indecibles". En este punto, "el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad" (Ro. 8:26); porque sin la ayuda del Espíritu no seríamos capaces de soportar esta forma particular que Dios tiene de escucharnos y de hacer lo que le pedimos. Aquí es donde se le dice a nuestra alma: "Compórtate valientemente, espera en el Señor; aliéntese tu corazón, soporta la mano del Señor" (Sal. 27:14), y "Guarda silencio ante el Señor, y ora a él; y él hará" (Sal. 37:7,5). Aquí se cumple lo que dice Isaías: "Dios hace una obra que le es ajena para hacer su obra propia" (Is. 28:21)[32], y el Salmo 103:11: "Porque como la altura de los cielos sobre la tierra" (es decir, no según la idea nuestra) "engrandeció su misericordia sobre nosotros" etc. Por lo tanto, los que no poseen este conocimiento de Dios y de su voluntad, se comportan como la gente de que se habla en el Salmo 106:13 y 24: "No esperaron su consejo",

32 "La obra ajena de Dios son los padecimientos de Cristo y en Cristo, la crucifixión del viejo hombre y el dar muerte a Adán. Su obra propia empero es la resurrección de Cristo y la justificación en el Espíritu, la vivificación del hombre nuevo, como se dice en Ro. 4", dice Lutero en sus Lecciones sobre la carta a los Hebreos, WA 57, 128, 7 y ss.

"y aborrecieron la tierra deseable". Pues confiando en su "santa intención", presumen de que todo lo buscan y quieren y piden de una manera correcta y digna. Por ende, cuando sus peticiones no son respondidas en la forma como ellos se lo habían imaginado, en el acto se desmoronan, su fe se apaga y caen en desesperación, pensando que Dios no tiene oídos para ellos, o no les quiere dar lo que le habían pedido. ¡Necios! Lo que debieran haber hecho era esperar tanto más confiadamente cuanto más parecía que todo marchaba en contra de sus deseos, conscientes de que "son polvo, y el hombre como la hierba" (Sal. 103:14,15). Pero no: ellos quieren ser como Dios, quieren que sus pensamientos estén no por debajo de los de Dios, sino a la par de ellos, enteramente ajustados a los pensamientos divinos, quiere decir, de igual perfección. Pero esto es tan posible, mejor dicho, tan poco posible como es imposible que el barro, que por su naturaleza sirve para ser transformado en orza u otra clase de vasija, —que ese barro en su estado aún no elaborado corresponda a la forma o al concepto artístico que ha madurado en la mente del alfarero y que éste trata de plasmar ahora en el barro. Insensatos, y más que insensatos son los que piensan así, y engreídos por añadidura, gente que no conoce ni a Dios ni a sí mismos. Pues así dice Isaías (64:8): "Y ahora, Señor, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros". Por lo tanto, los que no tienen el Espíritu, huyen, y no quieren que se haga la obra de Dios; ellos quieren ser sus propios alfareros. Mas los que tienen el Espíritu, reciben también su ayuda. Por esto no se desesperan, sino que se mantienen firmes y confiados al ver que sucede lo contrario de lo que con tanta sinceridad habían solicitado. No puede ser de otra manera: la obra de Dios tiene que quedar oculta e incomprendida aun en el mismo momento en que se va realizando. El modo empero cómo se oculta es precisamente éste: el adoptar una forma que está en con-
WA tradicción con nuestros conceptos y pensamientos. Por esto dice
377 Gabriel a la Virgen: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti" (Lc. 1:35), i.e., vendrá de un modo que está por encima de tu pensar, "y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra", i.e., no lo podrás entender; por esto no preguntes tampoco de qué manera sucederá. Pues así fue como Dios actuó con su obra propia, primicia y modelo de todas sus obras, a saber, con Cristo: Justo cuando lo iba a glorificar e instalar en su reino, como era el sagrado deseo y la fervorosa esperanza de todos los discípulos, lo hizo morir, cubierto de oprobio, y descender a los infiernos, en contra de toda expectativa. Asimismo, Dios hizo también que San Agustín cayera tanto más profundamente en el error, contra las súplicas de su madre, para devolvérselo luego en una forma como ella jamás habría osado pedirlo. Y así lo hace con todos los santos.

A esto se refiere el Salmo 16 al decir: “En los santos que habitan en su tierra, él manifestó de una manera maravillosa toda mi voluntad” (Sal. 16:3); además, también el Salmo 4: “Sabed que el Señor condujo maravillosamente a su santo”, a saber: “Porque el Señor oirá cuando yo a él clamare”[33] y el Salmo 111: “Grandes son las obras del Señor, exquisitas en todo lo que él quiere” (Sal. 111:2). En efecto: ¿hay una prueba más clara de la “maravillosidad” de Dios que esa: el enviar al que le ruega por el don de la castidad, una tentación tanto más fuerte a la lujuria? o el aumentarle la debilidad al que le pide por fuerzas? Y no obstante, si uno soporta la prueba, Dios da más de lo que se le había pedido. Esto es lo que se nos da a entender en Ef. 3:20: “Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” etc., y en 2 Co. 9:8,9: “Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia... como está escrito: Repartió, dio a los pobres” (es decir: a los que se mantuvieron pasivos).

Corolario

Siempre es así: nuestra propia obra la entendemos ya antes de que está hecha; la obra de Dios en cambio no la entendemos sino después de haber sido realizada. Jer. 23:20: “En los postreros días lo entenderéis cumplidamente”, quiere decir: al comienzo y en WA
primer lugar entendemos sólo nuestro propio plan, pero por último 378
entendemos el plan de Dios. (Jn. 14:29: “Para que cuando suceda, creáis”). Pues, como ya dije, el caso es como el de un artesano que toma en sus manos un material que él juzga apto para crear con el mismo una obra de su arte. Esa aptitud del material es, por decirlo así, un mudo clamor por la forma. El artesano es sensible a este clamor, lo escucha, y lo toma en cuenta al disponerse a hacer aquello por lo cual el material clama de acuerdo con su aptitud. De igual manera, Dios toma en sus manos nuestro sentir y pensar, ve cuál es su inquietud, para qué es apto, y qué anhelos tiene. Y entonces lo escucha, y comienza a imprimirle la forma que corresponde a su diseño divino y a los cánones de su artesanía. En este proceso, la forma y la idea del pensar nuestro se hacen añicos. Dice la Escritura que “el Espíritu del Señor se movía sobre la faz de las aguas, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo” (Gn. 1:2). ¡Atención! “Sobre la faz del abismo” dice, no “sobre el abismo”;

[33] Sal. 4:4, en la Vulgata: *Et scitote quoniam mirificavit Dominus sanctum suum; Dominus exaudiet me, cum clamavero ad eum.*

pues según las apariencias, el hecho de que el Espíritu venga sobre nosotros para hacer lo que le pedimos, significa para nosotros una contrariedad.

Respecto de esta paciencia y capacidad de soportar que tiene Dios, te recomiendo consultar con Tauler[34], quien dilucidó este tema con mayor maestría que cualquier otro autor de lengua alemana. Es así, nadie puede ponerlo en dudas: "Qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos". Por eso necesitamos el Espíritu para que nos ayude en nuestra debilidad. Pues ¡quién es capaz de creer que estas palabras tienen un sentido tan profundo!

Así dice Cristo a sus discípulos: "Yo rogaré al Padre, y os dará otro Paracleto etc." (Jn. 14:16). "Paracleto" empero significa Consolador o Abogado. Esta sola palabra es apoyo suficiente para lo que el apóstol afirma aquí: "No sabemos qué hemos de pedir". Quien busca a un abogado, reconoce no saber qué decir ni qué pedir de manera conveniente; y quien tiene necesidad de un consolador, confiesa abiertamente que está desesperado y abatido. Así es cuando Dios escucha nuestros ruegos. Pues cuando pedimos sólo por lo que es bueno y saludable, y después se produce lo contrario, forzosamente nos sentiremos tristes y afligidos, porque al parecer, todo es desesperación y condenación. Por esto nos hace falta entonces otro intercesor que entiende el modo de proceder de Dios, para que ruegue por nosotros, y nos sostenga para que en nuestro desaliento no nos apartemos de Dios.

WA 379

Corolario

Respecto de la gracia primera, como también al recibir la gloria, nuestro comportamiento siempre es puramente pasivo, como lo es el de la mujer respecto de la concepción. Pues también nosotros somos la esposa de Cristo[35]. Por esto es muy bueno y correcto que *oremos y roguemos* por la gracia; pero luego, cuando *viene* la gracia, y cuando el alma ha de ser impregnada con el Espíritu, no debe orar ni hacer otra cosa alguna, sino simplemente aguardar la actividad de Dios. ¡Comportamiento nada fácil, y muy aflictivo por cierto! En efecto: renunciar a todo acto de intelección y volición es para el alma lo mismo que ir a las tinieblas; es como ir camino a la perdi-

[34] Johannes Tauler, 1300-1361, uno de los más destacados oradores de su tiempo, de profunda y sincera piedad y de gran influencia sobre el misticismo medieval. Su obra literaria más importante son sus *Sermones*. Es conocida la grande estima que Lutero profesaba a Tauler. Existe un ejemplar de los *Sermones* que lleva notas marginales de Lutero que datan de 1516.

[35] Comp. el Cantar de los Cantares.

ción y al aniquilamiento[36], cosa que ella quisiera eludir a toda costa. Y de esta manera a menudo se priva de los más nobles dones de gracia.

Lo que yo llamo "gracia primera"[37] no es la que es derramada en el hombre en el comienzo de la conversión, como en el caso del bautismo, la contrición y la compunción, sino toda otra gracia nueva que sigue, y que solemos llamar un grado más y una incrementación de la gracia.

Pues Dios da en primer lugar la gracia operante, permitiendo que se la use como gracia "cooperante" hasta que él comienza a infundir una nueva (o segunda) gracia. Infundida ésta, nuevamente permite que actúe como gracia cooperante, si bien en el momento de ser infundida fue una gracia operante y primera, a pesar de que con respecto a la que le precedió, ya es la segunda. "Gracia primera" siempre se la llama con respecto a ella misma, porque en primer lugar es operante, y en segundo lugar es cooperante. Por esto, los necios "no saben saludar a Dios cuando se encuentran con él", como dice el refrán, ni saben recibir los dones de gracia que el Señor les ofrece. Los prudentes empero los reciben con paciencia y regocijo. Y por cierto, se necesita prudencia en el más alto grado para que sepamos apreciar y anhelar no lo que salta a la vista (porque entonces caeremos en desesperación) sino lo venidero, desconocido y por lo tanto invisible[38].

Por esto, el apóstol usa aquí una palabra muy significativa: Donde nuestra versión tiene: "El sabe cuál es la *intención* del Espíritu", Ro. 8:27, el texto griego dice: "El sabe cuál es la *prudencia* (phronema) del Espíritu". 'Phronema' empero significa prudencia, como en ese otro texto: "El ocuparse del Espíritu (gr. to phronema tou pneumatos) es vida y paz" (Ro. 8:6). El mismo vocablo del v.6 ocurre también en el v.27.

Téngase bien presente, además, que con la frase "nosotros no sabemos qué hemos de pedir", el apóstol no quiere indicar que los hombres santos y buenos estén pidiendo justamente lo contrario de WA
lo que Dios quiere, o cosas que les resultan perjudiciales, sino que 380
piden por cosas demasiado pequeñas y modestas, o cosas mucho

[36] Los conceptos *in tenebras, in perditionem, in annihilationem ire* pertenecen al ideario místico. Pero mientras que en la terminología de la piedad mística se los usaba para describir una técnica religiosa, Lutero los entiende en el sentido de la *theologia crucis:* ese ir a las tinieblas etc. sucede en las aflicciones y en los padecimientos (en el "tomar la cruz"). Comp. pág. 199.

[37] La *gratia prima* es la *gratia iustificans*, que domina toda la vida nueva del cristiano y es a la vez la expresión acabada para la actividad exclusiva de Dios.

[38] Comp. He. 11:1.

más insignificantes que las que Dios quiere darles. Por esto, el apóstol habla de "nuestra debilidad", no de "nuestra iniquidad": somos débiles, nos falta la fuerza para pedir cosas tan grandes. Por esto Dios, al escucharnos y al disponerse a cumplir nuestros ruegos, destruye aquellos débiles y aún demasiado humildes pensamientos, y nos da lo que el Espíritu pide por nosotros y en nuestro lugar. Es como si uno escribiera una carta a su padre pidiéndole que le remita unas moneditas de plata; pero el padre, que tiene planeado enviarle mil monedas de oro, después de leer la carta la tira a la cesta de papeles sin tomarla en cuenta. Yel hijo, al enterarse de ello, o al darse cuenta de que el dinero que pidió no le llega, se pone triste.

Por esto el Señor dijo a los hijos de Zebedeo (Mt. 20:22): "No sabéis lo que pedís", a pesar de que estaban pidiendo algo muy bueno. Pero fijémonos también en lo que sigue a aquella afirmación: "¿Podéis beber del vaso que yo he de beber?", esto es: vuestra petición no será satisfecha en el sentido en que la hicisteis. No pedís el vaso, y sin embargo beberéis de él. Pedís cosas que están por debajo de lo que debéis pedir. Por tanto, esta debilidad que hay en vosotros será crucificada por medio del vaso del padecimiento, y entonces llegaréis a ser vigorosos. Y en Jn. 16:24, el Señor dice: "Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido". ¿Cómo puede ser cierto esto, si Cristo mismo les había enseñado a orar: "Padre nuestro. . ." (Mt. 6:9)? Es que los discípulos pedían en el nombre de ellos, no en el nombre de Cristo, pedían por cosas cuyo valor era muy inferior al valor que tiene Cristo, pedían no en el Espíritu, sino conforme a la carne. De ahí la observación (Jn. 16:26): "En aquel día pediréis en mi nombre". Pues quien pide en el nombre de Cristo, es aquel que pide también en los padecimientos.

Concluyamos.

Con nada demostramos más claramente que no sabemos qué hemos de pedir, que con esa actitud de no querer aceptar como conviene lo bueno que Dios nos ofrece, sino de llenarnos de miedo, a causa de nuestra debilidad, y de querer escaparnos, a menos que el Espíritu que intercede por nosotros nos socorra en esta debilidad. Pues el que no acepta como conviene los bienes pedidos en el momento en que le son ofrecidos, por cierto no podrá librarse de la acusación de que no sabía lo que estaba pidiendo. Y con toda razón le dirán: ¡Hombre tonto que eres! ¿Por qué pediste, si después no quieres aceptar lo pedido? Haríamos muy bien, por lo tanto, en aceptar el *temor* ante el Dios que nos da dones, con un gozo mayor de lo que es el *deseo* nuestro de pedírselos.

Pero ¿no predicamos a lo largo y a lo ancho del mundo acerca de lo grande y admirable que es la potencia, la sabiduría, la bondad, la justicia, la misericordia de Dios, y sin embargo, nos falta el

correcto entendimiento de todo esto? Es que nosotros entendemos las cosas metafísicamente, es decir, hasta donde alcanza nuestra facultad de comprensión, a saber: entendemos lo visible, mas lo oculto, no. Pero el hecho es que la potencia de Dios no aparece sino bajo su debilidad, su sabiduría bajo su insensatez, su bondad bajo su rigor, su justicia bajo los pecados, su misericordia bajo la
ira. La consecuencia es que los hombres no llegan a entender lo WA
potente que es Dios, cuando lo que ven es debilidad, etc. Así dice 381
en el Salmo 81:7: "Te respondí en lo secreto de la tempestad". Sí: 'en lo secreto', quiere decir, cuando la tempestad de la ira esconde la bonanza de la misericordia, i.e. cuando Dios nos escucha haciendo lo contrario de lo que nosotros habíamos pensado. Nosotros pedimos que nos salve, y él, para salvarnos, nos hunde aún más en la condenación, y bajo tal tempestad esconde su respuesta favorable. La historia relatada en Ex. 5:5 y s. es una ilustración para ello: Cuando Dios comenzó a ejecutar su plan tendiente a liberar a su pueblo, hizo que el Faraón oprimiera a los hijos de Israel con mayor dureza, de modo que parecía que ahora Dios los quería liberar menos que antes. Y en el Salmo 31:19 leemos: "¡Cuán grande es la riqueza de tu dulzura", o sea, de tu bondad, "que escondiste ante los que te temen", que no has mostrado en público, sino "que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los hijos de los hombres!" etc.

v.28. Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.

De estas palabras depende todo el pasaje que sigue, hasta el final del capítulo. Pues este texto nos quiere mostrar que a los escogidos, que son amados por Dios y a su vez aman a Dios, el Espíritu les hace redundar todo en su bien, aun aquello que en sí es malo. Además, el pasaje se aproxima al tema de la predestinación y de la elección eterna, o más exactamente: a partir de aquí comienza a tratarlo. Con todo, no es tan inextricable como generalmente se cree; antes bien, es un pasaje lleno de dulzura para los escogidos y para los que tienen el Espíritu, pero también sobremanera amargo y duro para la prudencia de la carne.

En efecto: no hay otra razón ni otra causa por qué tantas adversidades y tantos males no puedan separar a los santos del amor de Dios, sino sola y únicamente el hecho de que han sido llamados, y no sólo llamados sino "llamados conforme a su propósito". Por eso Dios hace que a ellos solos y a nadie más, todas las cosas les ayuden a bien; porque si no existiera tal propósito de Dios, y si la salvación dependiera de nuestra voluntad y de nuestras obras,

dependería de la contingencia. ¡Cuán fácil sería entonces que —no digo: todos los males en conjunto, pero: que uno solo de ellos sirviera de obstáculo a esta contingencia y diera en tierra con ella! Mas al decir: "¿Quién acusará? ¿Quién es el que condenará? ¿Quién nos separará?" (Ro. 8:33–35), el apóstol demuestra que los escogidos son salvados no contingentemente sino necesariamente, ya que, como bien se ve, no sólo la contingencia, sino también la tenaz oposición representada por tan numerosos males son impotentes para impedirlo. Es más: al salvar a sus escogidos precisamente de
WA esta manera, entregándolos a tantas manos rapaces como males se
382 enumeran en este pasaje, males que todos tienden a arrastrar a los escogidos a la condenación a fin de que no sean salvados —digo: al salvar a sus escogidos precisamente de esta manera, Dios lo hace para demostrar que él no nos salva en virtud de nuestros méritos, sino exclusivamente por su elección y por su voluntad inmutable, a despecho de la atrocidad de tantos adversarios rapaces y sus vanas maquinaciones. Pues si Dios no nos hiciera pasar por tantos monstruos[39], nos dejaría mucho lugar para que nos entreguemos a ideas equivocadas acerca de nuestros propios méritos. Pero ahora nos demuestra que somos salvados por el inalterable amor que él nos tiene. Y con todo esto, Dios no convalida nuestro libre albedrío, sino la inflexible y firme voluntad de predestinarnos para la salvación. Pues ¿cómo sería posible que el hombre se abriera paso a través de tantos obstáculos capaces de quitarle mil veces todas sus esperanzas? Sólo es posible por el hecho de que el eterno e inmutable amor de Dios lo conduce indemne por en medio de dichos obstáculos, y porque está presente el Espíritu que nos ayuda en nuestra debilidad e intercede por nosotros con gemidos inenarrables. El hombre, al encontrarse en esas situaciones aflictivas (comp. Ro. 8:35 y ss), evidentemente no sabe qué hacer ni qué pedir. Con toda seguridad pediría a Dios que lo mantenga al margen de tales situaciones, y esto sería una tontería, por ser contrario a su salvación. Queda en pie entonces aquello de que "no sabemos qué hemos de pedir", máxime en nuestra debilidad, i.e. en las aflicciones del tiempo presente.

Por consiguiente: ¿dónde está ahora nuestra justicia? ¿Dónde están nuestras buenas obras? ¿Dónde está la libertad del albedrío, la contingencia de las cosas? ¡Esta es la forma como hay que predicar! ¡Esta es la predicación correcta! ¡Esto significa estrangular la prudencia de la carne! Si hasta aquí, el apóstol le cortó a esa

[39] Posible alusión a Ulises, quien en su viaje de regreso de Troya tuvo que pasar por un estrecho que flanqueaban dos monstruos, Escila y Caribdis, salvando su vida sólo por intervención de Palas Atenea, su diosa protectora. (Homero, *La Odisea*).

prudencia las manos y los pies y la lengua, ahora le corta también la respiración, y la mata. Pues ahora, la prudencia de la carne ve que de por sí, ella no es nada, sino que todo su bien está en Dios.

Claro: nuestros teólogos[40], tan sutiles según ellos, creen haber hecho no sé qué hallazgo al haber introducido en la discusión de este tema su concepto de lo "contingente". En efecto: ellos dicen que los escogidos son salvados *necesariamente,* a saber: por la necesidad de la consecuencia, no por la necesidad de lo consecuente[41]. Palabras vanas y nada más, ante todo si estos teólogos pretenden entender, o al menos dan ocasión a que otros entiendan, lo de la "contingencia de lo consecuente"[42] como que el producirse o no producirse nuestra salvación depende de nuestro libre albedrío. Así al menos lo entendí también yo algún tiempo atrás. Pero el hecho es que la frase "lo que sucede, sucede contingentemente" (*contingens consequentis*) no tiene nada que ver con el tema que nos ocupa. Acá no es cuestión de poner en tela de juicio si algo que sucede, sucede contingentemente, a saber, si no podría suceder también por necesidad; lo único "necesario" en este sentido es Dios. Es por lo tanto un agregado ridículo si alguien dice: Los escogidos son salvados por necesidad, pero por necesidad de la consecuencia, no por necesidad de lo consecuente (o sea, no por una necesidad que radica en su misma manera de ser), quiere decir: lo consecuente, lo que sucede, no es Dios, o porque no es WA
Dios, los hombres son salvados por necesidad de la consecuencia. 383
Al fin y al cabo, ¿qué significa ese "ser contingente" sino ser una criatura, y no Dios? De este modo tergiversan el entendimiento de la "necesidad de lo que sucede" y hacen de ella una "necesidad basada en la esencia de las cosas". Pero aquí no es el lugar para ensayar juegos equívocos con los conceptos. Pues nadie pregunta o expresa dudas acerca de si una cosa creada es "contingente" en

[40] La WA cita a Scotus, Biel, Occam, d'Ailly, Usingen y Trutvetter (WA 56, 382, nota 21).

[41] *Necessitas consequentiae* (o *conditionalis*) – *necessitas consequentis* (llamada también *nec. absoluta* por Tomás de Aquino, *Summa* I qu. 19 art. 3). La "necesidad de la consecuencia" es la necesidad de una conclusión lógica una vez establecidas sus premisas. Pero como dichas premisas están sujetas a revisión, esta necesidad no es absoluta sino relativa. La "nec. de lo consecuente" es la necesidad que hace que un proceso se desarrolle inexorablemente en tales y tales detalles por haber sido éstos determinados previamente (la *nec. absoluta* de T. de Aquino). Toda esta problemática la discute Lutero ampliamente en su obra *De servo arbitrio,* escrita en 1525 en respuesta a la *Diatribe... de libero arbitrio* de Erasmo. Véase "Obras de M. Lutero" Ed. Paidós, BA, tomo IV *"La voluntad determinada"*, cap. IV, págs. 49 y ss.

[42] "Contingencia de lo consecuente" *(consequentis contingere,* o *contingens consequentis)* significa "no-necesidad de lo consecuente".

su forma de ser, es decir, mutable, y por ende, no "Dios" o inmutable. Lo que está en juego es la necesidad de la secuela, o sea, la cuestión de si lo que Dios predeterminó, necesariamente tiene que suceder — y esta necesidad la admiten también los teólogos aquellos. Y no obstante se vienen con ese agregado superfluo, después de haber dado una respuesta completa. Pues si sabes que todo sucede enteramente por necesidad de la consecuencia, ¿por qué te habría de interesar además el saber si en un caso dado, se trata de algo contingente o no contingente?

Es como si se preguntara: Si el hijo "necesariamente" matará a su padre, ¿es necesario que así suceda?, y tú respondieras: Sucederá por necesidad de la consecuencia, pero el hijo no es el padre (p.ej. según su esencia), o no lo es por cuanto no tiene un hijo. Quiere decir entonces que los que plantean esta cuestión, se preguntan si lo que por su esencia es una contingencia, constituye un impedimento para el desarrollo necesario de la secuela, y presuponen que ellos están al tanto de la contingencia de lo que sucede, y tú, mediante una petición de principio, enseñas que hay contingencias que sin embargo no constituyen un impedimento para que la secuela se produzca por necesidad. Tu respuesta es correcta, pero es también superflua y no viene al caso. Otras personas, menos eruditas, al menos preguntarán: ¿Puede ser que la contingencia de un evento constituya un impedimento para la infalible predestinación de Dios? La respuesta es: *Para Dios no existe tal cosa como una contingencia;* sólo existe para nosotros. Pues ni aun la hoja del árbol cae a tierra sin la voluntad del Padre. Por lo tanto, así como la esencia de las cosas está en la mano de Dios, lo están también los tiempos. Están totalmente errados, pues, los que relacionan el concepto "necesidad" ya con el sujeto, ya con la cópula, dado que aquí se trata únicamente de la contingencia de la cópula o del tiempo, y de ningún modo de la contingencia del sujeto.

Encararemos el asunto de tres maneras:

En primer lugar, reuniremos pruebas para la predestinación inmutable recurriendo a las palabras de la Escritura y a las obras de Dios. En segundo lugar responderemos a las objeciones y los reparos de los que cargan la culpa a Dios, y desvirtuaremos sus argumentos y motivos. Y en tercer lugar llevaremos consuelo a los que se sientan aterrados al pensar en este tema y les haremos ver su aspecto reconfortante, para inducirlos a cobrar esperanzas.

I

El primer punto lo trata el apóstol en este capítulo y en el siguiente en forma muy enérgica y casi en cada frase, comenzando como ya dije, con "Sabemos que a los que aman a Dios" etc.

Pues bien: sus primeras palabras son: *Los que conforme a su propósito son llamados.* De esto se desprende claramente que hay otros que *no* fueron llamados conforme a su propósito. Con el tér- WA
mino "propósito", en efecto, se designa aquí la predestinación de 384
Dios, o su libre elección y deliberación o plan. De esto habla San Agustín en el libro 1 de sus *Confesiones:* "Admirable eres tú, oh Dios, que cambias tu opinión, pero no tu plan"[43].

Segundo: en el capítulo siguiente, el apóstol presenta la historia de Isaac e Ismael por una parte, y de Jacob y Esaú por la otra (Comp. Ro. 9:8 y ss.), para demostrar —y así lo dice con palabras expresas— que la diferencia entre estos hombres radicaba exclusivamente en la elección.

Tercero: en el mismo capítulo aparecen dos referencias al mismo tema, la una apuntando a los escogidos: "Tendré misericordia del que yo tenga misericordia" (Ro. 9:15; comp. Ex. 33:19), y la otra apuntando a los réprobos: "Para esto mismo te he levantado" (Ro. 9:17; comp. Ex. 9:16), a lo que se agrega: "De manera que al que quiere endurecer, endurece, y de quien quiere, tiene misericordia" (Ro. 9:18). Y esta línea de pensamientos se evidencia también a través de los capítulos 10 y 11.

Cuarto: otra prueba para la predestinación surge de lo dicho en Jn. 10:29: "Nadie puede arrebatar mis ovejas de la mano de mi Padre".

Quinto: Jn. 13:18: "No hablo de *todos* vosotros; yo sé a quienes he elegido". Y Jn. 6:44: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere". Y en el mismo capítulo: "Todos serán enseñados por Dios" (Jn. 6:45; comp. Is. 54:13; Jer. 31:34).

Sexto: Salmo 115:3: "Todo lo que Dios quiso, lo ha hecho". Y 2 Ti. 2:19: "El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos".

Otra prueba para la inmutable predestinación de Dios la tenemos en sus obras. Primero, en lo que ocurrió con Ismael, Esaú, Faraón y los egipcios, según lo relatado en el capítulo siguiente (comp. Ro. 9:7 y ss.). Segundo, en el hecho de que Dios expone a sus santos a tantos males, que son todos como manos ávidas de derribarlos, y sin embargo no los deja caer. Con esto Dios pone claramente de manifiesto la firmeza de su elección: ninguna criatura es capaz de obstruirla, a pesar de que Dios levanta contra ella a toda la creación, como lo demuestra el ejemplo de Faraón sobre el cual cayó el juicio del endurecimiento.

Una tercera prueba para la elección eterna es el hecho de que Dios permite que muchos vivan por cierto tiempo una vida piadosa,

[43] Agustín, *Confessiones*, I, 4, 4. Patrol. Ser. Lat. XXXII, 663.

y que hagan grandes obras, y no obstante no son salvados; y que otros hagan muchas y grandes maldades, y de pronto experimentan un cambio y son salvados. Como ejemplos tenemos a Saúl (1 S. 13:13; 15:26 y ss.; 16:1) y Manasés (2 R. 21:1 y ss.; 2 Cr. 33:12 y ss.). Asimismo, al traidor Judas y al malhechor en la cruz (Mt. 26:14,47 y ss.; Mr. 14:10,43 y ss.; Lc. 22:3 y ss., 47 y 48; Jn. 13:2,26 y ss.; 18:2 y ss.; Lc. 23:39 y ss.), y a tantas rameras y pecadores manifiestos. Y por otra parte, Dios reprueba a los sabios y a los que brillan por sus buenas obras, como reprobó a uno de los 40 mártires[44].

WA 385

II

Respecto del punto segundo (Objeciones) puede decirse: Hay muchos argumentos en contra de la predestinación, pero son argumentos que provienen de la "prudencia de la carne". Esto hace que el que todavía no se negó a sí mismo ni aprendió que debe sujetar y someter sus planteamientos a la voluntad de Dios, siempre preguntará por qué Dios quiere y hace esto y aquello, y jamás hallará una respuesta. Y bien merecido lo tiene; porque esa estúpida prudencia de la carne se coloca a sí misma por encima de Dios y se atreve a emitir juicios acerca de la voluntad de Dios como si fuese la voluntad de un ser inferior, cuando en realidad esa prudencia misma debería avenirse a ser juzgada por Dios. Por esto, el apóstol desvirtúa con una sola breve palabra todos los argumentos de la prudencia de la carne. De entrada pone freno a nuestra temeridad, a fin de que no nos arroguemos el derecho de someter a juicio la voluntad de Dios, y nos dice: "¿Quién eres tú, oh hombre, para que alterques con Dios?" (Ro. 9:20), que es como decir: Tú estás sujeto a la voluntad de Dios; ¿de dónde entonces esa osadía tuya de discutir con él y de limitar su libertad de acción? Y luego añade, a modo de razón incontrastable: "¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro?" (Ro. 9:21).

El primer argumento, pues, y el de menor peso, es éste: al hombre le ha sido dado un libre albedrío con el cual puede hacer méritos, o no hacerlos. Respuesta: Colocado al margen de la gracia, el libre albedrío no tiene ni la más remota posibilidad de alcanzar

[44] Referencia a la leyenda de los 40 soldados cristianos, integrantes de una legión romana, que sufrieron el martirio bajo Licinio en Sebaste (Armenia). Uno de ellos "perdió el coraje y huyó" (*Catalogus sanctorum* de *Petrus de Natalibus* III c. 185).

la justicia sino que por necesidad está sumergido en pecados. Muy correctamente dice por lo tanto San Agustín en su libro *Contra Iulianum* que "se trata de un albedrío esclavo más bien que de un albedrío libre"[45]. Sólo cuando se ha obtenido la gracia, el albedrío llega a ser libre, al menos con respecto a la salvación. A decir verdad: siempre es libre en sentido natural, pero sólo con respecto a las cosas que están al alcance de sus facultades y que están por debajo de él, nunca con respecto a las que están por encima de él, ya que se halla cautivo en los lazos del pecado y por ende no puede escoger lo bueno tal como le place a Dios.

Un segundo argumento: "Dios quiere que todos los hombres sean salvos", (1 Ti. 2:4), y por nosotros los hombres entregó a su Hijo, y al hombre lo creó para la vida eterna. Asimismo: Todo existe a causa del hombre, el hombre empero existe a causa de Dios y para que disfrute de El, etc.[46] Estos argumentos y otros similares a ellos pueden refutarse con la misma facilidad que el que acaba de mencionarse. Pues todos estos textos deben entenderse como referencias a los escogidos solamente, como dice el apóstol en 2 Ti. 2:10: "Todo por amor de los escogidos". Cristo no murió por todos sin más ni más, en un sentido absoluto; porque él mismo dice: "Esto es la sangre que será derramada por vosotros y por muchos" — no dice: por todos — "para remisión de los pecados" (Mr. 14:24; Mt. 26:28; Lc. 22:20).

Tercer argumento: Dios no condena a nadie sin pecado; y el que está en pecados por necesidad, por no poder estar sin ellos, es condenado injustamente. Respuesta: Todos estamos en pecados y WA
condenación *por necesidad,* pero nadie está en pecados *por obligación* y contra su voluntad. Pues el que odia el pecado, ya está fuera 386
del ámbito del pecado y pertenece a los escogidos. Pero las personas a las cuales Dios endurece, éstas son las que son entregadas por él a un estado anímico en que *quieren* estar y permanecer en el pecado y en que *quieren* amar la iniquidad. Tales personas están en el pecado por necesidad, pero por una necesidad inmutable, no por la necesidad de una coacción.

Hay además un cuarto argumento: ¿Por qué Dios manda que se hagan cosas que él mismo no quiere que los hombres hagan, y para colmo les endurece la voluntad de modo que se acrecienta en ellos el deseo de atentar contra la ley? ¿No hemos de buscar entonces en el propio Dios la causa por qué los hombres cometen pecados y son condenados? — Este es el argumento principal y más fuerte.

[45] Agustín, *Contra Iulianum,* II, 8, 23. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 689.
[46] Agustín, *De doctrina christiana,* I, 31, 34 y ss. Patrol. Ser. Lat. XXXIV, 32 y ss.

Y a este argumento, el apóstol responde en primer término diciendo: Así lo quiere Dios; y si él lo quiere así, no está incurriendo en una injusticia. Pues él es dueño de todo, como el alfarero es dueño del barro. Por lo tanto, él implanta su ley para que los escogidos la cumplan y los réprobos se enreden en ella, con el propósito de dar a conocer con ello tanto su ira como su misericordia.

Replica entonces la "prudencia de la carne": Cosa dura y deplorable es que Dios busque su gloria en la miseria mía.–Ahí tienes la voz de la carne: "Mía", dice, "mía". Elimina ese "mía", y di más bien: ¡gloria sea a ti, oh Señor!, y serás salvo. Pues de esta suerte, la prudencia de la carne busca solamente lo suyo. Teme más su propia miseria que la profanación de la gloria de Dios, y en consecuencia le interesa más su propia voluntad que la voluntad divina. Es preciso, por lo tanto, que tengamos de Dios un concepto distinto del que tenemos del hombre; porque Dios no debe nada a nadie. Así lo manifiestan sus palabras dirigidas a Job (41:11): "¿Quién me ha dado a mí primero, para que yo le restituya? Todo lo que hay debajo del cielo es mío", palabras que cita también el apóstol al final del capítulo 11: "¿Quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado?" (Ro. 11:35).

III

En cuanto a la tercera afirmación (Ro. 8:15: "Tendré misericordia...") cabe decir que en efecto, este tema es por demás ingrato para la "prudencia de la carne". Antes bien, la exaspera y la induce a prorrumpir en blasfemias, porque a esta altura de la argumentación del apóstol, la prudencia de la carne es estrangulada del todo y anonadada al tener que darse cuenta de que su salvación no se basa en modo alguno en ella misma y en sus obras, sino exclusivamente en algo que está fuera de ella, a saber, en Dios quien es el que elige. En cambio, los que poseen la "prudencia del espíritu", son deleitados por este tema con un gozo inefable, como lo demuestra aquí el apóstol y como lo podemos ver en Ana, la madre de Samuel (1 S. cap. 2). Entre ambos empero está ese tipo intermedio[47], personas que comienzan a desvincularse de la "prudencia de la carne", o a encaminarse hacia la "prudencia del espíritu". WA 387 Están muy dispuestas a hacer lo que Dios quiere, pero al oír tales palabras, se les viene el ánimo abajo, y sienten un miedo que los hace temblar. Por ende, aunque estas palabras del más completo y sólido alimento[48] por lo pronto no les parezcan nada dulces, sin

[47] Comp. pág. 82.
[48] Comp. 1 Co. 3:2.

embargo mediante el proceso de antiperístasis[49], i.e., mediante la acción de la cualidad contraria, les resultan tiernas y consoladoras. Y la razón para ello es que no hay palabras más adecuadas que éstas para aterrar y humillar a los hombres, y para destruir esa orgullosa y presumida insistencia en los méritos. Mas los que sienten ese temor y temblor ante ellas, considérenlo una óptima y feliz señal, porque la Escritura dice: "¿Sobre quién reposará mi Espíritu sino sobre el que es humilde y tiembla a mi palabra?" (Is. 11:2; 66:2). También Cristo mismo les dice: "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino" (Lc. 12:32). Y en Is. 35:4 leemos: "Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis". Si Dios no hubiera visto que ellos pensaban lo contrario, a saber, que abrigaban serios temores y desesperaban de obtener el reino, por cierto no les habría dicho: "¡Consolaos, hombres de poca fe! ¡He aquí vuestro Dios!" También el Salmo (112:2) nos dice: "Bienaventurado el hombre que teme al Señor". Y así hay muchos pasajes más en las Escrituras donde se alaba y conforta a los hombres que de esta manera "tiemblan a la palabra de Dios". Pues ellos desesperan de sí mismos, y la palabra de Dios realiza su obra en ellos, precisamente creando en ellos el temor de Dios. Por eso, así como los que endurecen su corazón contra la palabra de Dios entregándose a una engañosa seguridad, tienen en ello una señal pésima, así los que tiemblan ante esta palabra, llenos de temor, tienen en ello una señal óptima, como está escrito en el Salmo 144:6: "Envía tus saetas, y los turbarás".

Por consiguiente: si alguien siente un gran temor de no estar entre los escogidos, o si se ve acosado por dudas en cuanto a su elección, dé gracias por tal temor, y alégrese por sentirlo, puesto que puede tener la plena certeza de que es incapaz de mentirle el Dios que dijo: "El sacrificio agradable a Dios es el espíritu quebrantado", esto es, desesperado; "al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Sal. 51:17). Pero que es un "quebrantado", lo experimenta él mismo en su propia persona. Arrójese pues sin miedo alguno en los brazos del Dios veraz que le hizo la promesa, no piense más en la presciencia del Dios que le inspira terror, y así será salvo y escogido.

Ciertamente, no es una característica de los hombres réprobos — al menos no lo es en esta vida presente — el temblar ante aquel juicio que Dios mantiene aún en secreto, sino que es una característica de los escogidos. Pues los réprobos desprecian este juicio y WA 388

[49] *Antiperístasis* (gr. *anti* – contra, *perístasis* – circunstancia): acción de dos cualidades contrarias, una de las cuales excita por su oposición el vigor de la otra (Dicc. Durvan de la Lengua Española).

le restan importancia, o tratan de disimular su desesperación con un aire presuntuoso diciendo: "Y bien: si soy un condenado, condenado seré".

Podemos distinguir empero tres grados de señales en cuanto a la elección.

El primer grado lo representan aquellos que se contentan con la voluntad de Dios tal como es; ellos no murmuran contra Dios, sino que confían en ser escogidos, y no quisieran que se los condenara.

El segundo grado, más elevado, es el de aquellos que aceptan resignados la voluntad divina y que en su corazón están conformes, o al menos desearían estarlo, en el caso de que Dios decida no salvarlos, sino contarlos entre los réprobos.

El tercer grado, el mejor y el más elevado, es el de los que efectivamente se resignan a ir al infierno si Dios así lo dispone, resignación que posiblemente se halle en más de uno a la hora de la muerte. Los tales son limpiados del modo más perfecto de su voluntad propia y de la "prudencia de la carne". Ellos saben lo que quiere decir: "Fuerte es como la muerte el amor, duros como el sepulcro los celos" (Cnt. 8:6). ¡Extraña comparación: el amor es parangonado con las cosas más ásperas, cuando al parecer es una cosa tan suave y dulce! Pero es la pura verdad: el amor que consiste en la *complacencia* que se tiene en algo, es dulce, por cuanto disfruta del objeto amado. Sin embargo, en esta vida terrenal, un amor de esta índole es concedido por Dios a sus escogidos sólo por momentos, y en pequeñas dosis. Hasta puede decirse que resulta sumamente peligroso gozar de ese amor con frecuencia y por largo tiempo; "porque ya tienen su recompensa" (Mt. 6:2). Pero el amor que consiste en el *deseo* que se tiene de algo – este amor, digo, es duro y fuerte como el infierno, y en este amor Dios ejercita a sus escogidos en esta vida presente de manera diversa y admirable. "Estoy enferma de amor" dice la esposa en el Cantar de los Cantares (2:6). Así que los términos "amor" y "caridad" siempre debemos tomarlos en el sentido de cruz y padecimientos, como lo demuestra a las claras el pasaje citado. Sin cruz, sin padecimientos, el alma va languideciendo y se va enfriando, ya no siente ansias de Dios ni sed de Dios, la Fuente viva. Por cierto, un amor tal *es* dulce, pero no cuando recibe y se muestra pasivo, sino cuando se muestra activo y ofrece, o para decirlo con palabras más sencillas: es dulce para el objeto amado, y amargo para el sujeto que ama. Pues a los demás les desea y les ofrece todo lo bueno, los males de todos empero los carga sobre sus hombros como si fuesen los suyos propios; porque "no busca lo suyo; todo lo sufre, todo lo espera" (1 Co. 13:5,7).

Capítulo 9[1]

WA 389

v.2. Tengo gran tristeza.

Este texto deja bien en claro que en el amor no todo es dulzura y gozo, sino que sabe también de la más grande tristeza y amargura. Es más: el amor se goza y se regocija en medio de la amargura y tristeza porque considera la miseria y el perjuicio de los demás como si fuesen los suyos propios. Lo vemos en Cristo mismo: nunca fue más ardiente su amor, que en aquella última y más cruel hora de su pasión. San Hilario hasta llega a afirmar que el gozo máximo de Cristo fue sufrir los más atroces dolores[2]. Por esto se dice también que "Dios es admirable en sus santos" (Sal. 68:35)[3]: cuando los acosan los más grandes dolores, los hace experimentar el mayor de los gozos.

v.3. Porque deseara yo mismo ser anatema.

Guiados por no sé qué recelos, muchos sostienen que estas palabras reflejan el pensamiento del apóstol *antes* de su conversión, cuando aún no había entrado en contacto con Cristo, sino que incluso estaba en contra de él. Pero tal interpretación carece de valor, por diversas razones. En primer lugar, porque Pablo dice: "Yo deseara". Esto solamente lo puede decir una persona que todavía no es lo que quisiera ser. Pero en aquel entonces, antes de su conversión, el apóstol ya era anatema. En segundo lugar,

[1] A fines de febrero de 1516 aparece la edición del NT en griego hecha por Erasmo. A partir del cap. 9 de su comentario, Lutero constantemente toma en cuenta el texto original griego.

[2] Hilario, *De Trinitate*, X, 45. Patrol. Ser. Lat. X, 379.

[3] Vulgata (Sal. 67:36): *Mirabilis Deus in sanctis suis.*

porque "deseara ser separado de Cristo"; de esto, sólo se puede deducir que en el momento en que se expresa de esta manera, Pablo se siente unido a Cristo. Otro tanto ocurre, en tercer lugar, con la palabra "anatema", que equivale a excomunión, execración, rechazo; así que, cuando el apóstol dice: "Deseara ser anatema", ello implica que a la sazón ya está en comunión con Cristo, consagrado a él, recibido por él. En cuarto lugar: "Deseara ser anatema... *por amor a mis hermanos*". Pero antes de su conversión, Pablo era anatema y era un execrado no *por amor* a sus hermanos sino *juntamente* con ellos; en aquel entonces, Pablo no deseaba actuar en pro de la salvación de sus hermanos, sino que se identificaba con el estado de perdición en que se hallaban éstos.

Y ¿por qué habríamos de detenernos aquí? Hay además un quinto punto: Toda la disposición del texto indica que lo que impulsa a Pablo a hablar así es su grande y ferviente celo por la salvación de sus hermanos. Es que quiere llevarles el mensaje de Cristo, cosa que antes, por cierto, no había hecho. A esto viene también su tan solemne juramento: pues parece increíble que un hombre quiera ser condenado para que los condenados sean salvados.

En sexto lugar: el apóstol desea que él solo sea anatema, separado de Cristo, lo cual vendría a ser el caso menos grave. Pero antes de su conversión abrigaba un deseo muy diferente: que Cristo mismo y todos sus seguidores fuesen anatema, separados del mundo
WA entero; deseaba no que él quedara enajenado de Cristo, sino que
390 Cristo quedara enajenado de él y de todos los demás hombres. Sí, esto era lo que quería: estar en contra de Cristo, en perfecta connivencia con los judíos que declararon anatema a Cristo, lo expulsaron de su ciudad y de su comunidad y lo mataron, y en cambio se declararon escogidos a sí mismos y se hicieron firmes en esta idea. Por esto es también que a Cristo se le llame "Hermón"[4], en el Salmo 133:3: "Como el rocío de Hermón, que desciende sobre el monte de Sion". Y junto con Cristo, también la iglesia es llamada "hermonim", en el Salmo 42:6: "Me acordaré de ti desde la tierra del Jordán y de los hermonim, desde la montaña humilde". "Hermón" empero es en griego "anathema", y "hermonim" es "anathemata"[5]. "Anathema", por su parte, significa excomunión y

[4] En su comentario sobre el Salmo 42:6, Lutero traza paralelos entre Cristo y Hermón: "Hermón significa anatema, excomunión". (WA 3, 236, 32). Lo mismo dice Jerónimo en sus *Interpretationes nominum hebraicorum* (Comm. super Bibliam, I): *Hermon anathema sive damnatio*. Comp. WA 56, 390, 5, nota.

[5] *Hermonim* y *anathemata* = plural de *Hermon* y *anathema* respectivamente.

separación, a la manera como los leprosos e inmundos son separados de los demás. Así se lo anticipó Cristo a sus discípulos: "Os expulsarán de las sinagogas" (Jn. 16:2), es decir, seréis hermonim y anathemata, el desecho y los excomulgados de entre los pueblos.

Esa frase: "Porque deseara yo mismo" etc. es, por lo tanto, la expresión del más sublime y verdaderamente apostólico amor que Pablo siente tanto hacia Cristo como hacia los judíos: Por el tan profundo amor que él le profesa a Cristo, el apóstol desea que el Señor reciba también gloria máxima por parte de los judíos. Y para que la reciba, él mismo aceptaría con gusto ser separado de Cristo, mas sin odiarlo. Ese amor, ocultado bajo lo que es su antípoda – ese amor es, en efecto, el más fuerte y el más excelso, cuando mediante la imagen del más encarnizado odio contra su propia persona, uno manifiesta su más entrañable amor hacia la persona de otro.

En forma similar, el apóstol les desea también a los judíos perfecta salvación. Y para que la obtengan, él mismo aceptaría con gusto ser privado de la misma. Así lo expresa también en otro pasaje (2 Co. 12:15) diciendo: "Yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas".

Es digno de notar, sin embargo, que estas palabras les parecen extrañas y hasta tontas a los que se tienen a sí mismos por santos y que aman a Dios con un amor basado en la concupiscencia, quiere decir, porque anhelan obtener la salvación y el reposo eterno, o escapar a los horrores del infierno, o sea, que aman a Dios no por amor a él sino por amor a sí mismos. Esa gente[6] habla de que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, y que cada cual WA 391 debe desear la salvación en primer lugar a sí mismo, y luego también a su prójimo como a sí mismo. Piensan así porque no saben qué significa ser bienaventurado y salvo, a no ser que lo identifiquen con vivir a sus anchas, en gozo y delicias, conforme a la fantasía de cada cual, cuando en realidad, ser bienaventurado significa hacer la voluntad de Dios y buscar en todo Su gloria, y no correr para nada tras el propio interés, ni aquí ni en la vida venidera.

Para aquellos en cambio que aman a Dios con el amor de hijos y amigos, amor que no surge espontáneamente de nuestra naturaleza humana sino que proviene del Espíritu Santo – para aquéllos, las palabras del apóstol son de una belleza sin par, testimonios de un ejemplo perfecto. Los tales se entregan sin reservas a todo lo

[6] Scotus: Inmediatamente después del amor a Dios viene el amor del hombre a sí mismo (Sent. III dist. 29 qu. un.; además, Biel, Sent. III, dist. 29, qu. un., art. 2). Comp. WA 56, 390, 26, nota.

que Dios quiere, incluso al infierno y a la muerte eterna si Dios así lo deseara, y todo para que la voluntad divina se cumpla plenamente; tan completo es su renunciamiento a todo interés propio. Mas así como se ajustan en todo y del todo a la voluntad de Dios, así también es imposible que permanezcan en el infierno; porque no puede ser que una persona que orienta su vida tan exclusivamente hacia la voluntad de Dios, quede fuera de Dios. Esta persona quiere lo que Dios quiere; por lo tanto le agrada a Dios. Si le agrada a Dios, es amada por él. Y si es amada por él, es salva.

Cabe sin embargo la pregunta: ¿Es que ha sido alguna vez la voluntad de Dios, o lo es aún, que un hombre se resigne a ir a parar al infierno, y que se entregue a la condenación o al estar separado de Cristo, por el hecho de que Dios así lo quiera? A esto yo respondo que en efecto, así ocurre en no pocos casos, ante todo con personas cuya caridad o cuyo amor puro hacia Dios es aún imperfecto. Pues en estas personas tiene que ser extirpado el amor basado en la concupiscencia, tan profundamente arraigado en ellas. Pero sólo puede ser extirpado por medio de un derramamiento sobreabundante de la gracia, o por medio de esa tan dura resignación; porque "no entrará en el reino de Dios ninguna cosa inmunda" (comp. Ap. 21:27). Ahora bien: nadie puede saber si su amor a Dios es puro, a menos que experimente en sí mismo que incluso está dispuesto a renunciar al deseo de ser salvo, y a aceptar ser condenado, si así plugiere a Dios. Pues por esto es que los condenados son atormentados tan severamente: porque no *quieren* ser condenados, y porque no *quieren* resignarse a esa voluntad de Dios; ni tampoco son capaces de hacerlo si no cuentan con la gracia divina.

Pero si esta es la pena del purgatorio (y a mi juicio lo es)[7], que las almas cuyo amor es imperfecto, sienten un horror ante esa resignación hasta que al fin la consuman y consienten en ser separados de Dios, entonces todos nosotros somos unos pobres tontos: dejamos para más tarde el empeñarnos con toda seriedad en perfeccionar nuestro amor a Dios en esta vida, y "más tarde" nos espera por ello una miseria tan cruel. Sin embargo, no es posible tal purificación a menos que el hombre llegue a resignarse a ir al infierno.

WA En cambio, los santos que han llegado a ser perfectos porque
392 su corazón está henchido de amor, consuman esta resignación; pero lo hacen sin mayor tristeza. Pues en virtud del profundo afecto que le tienen a Dios, todo lo creen posible, hasta el soportar

[7] Este concepto espiritual del purgatorio es propio del misticismo germano. En la décimosexta de sus *95 Tesis,* Lutero dice: "Al parecer, el infierno, el purgatorio y el cielo difieren entre sí como la desesperación, la cuasi-desesperación y la seguridad de la salvación".—*Obras de M. Lutero,* Edit. Paidós, Bs.As., tomo I, pág. 9.

el infierno. Y a causa de esta su disposición, sin tardar eluden tal castigo; porque no es de temer que sean condenados, dado que se *avienen* a serlo, con ánimo pronto y alegre, por causa de Dios. Antes bien, la condenación cae sobre los que tratan de huir de ella.

Pues también Cristo fue condenado y desamparado, más que todos los santos. Y no es como se imaginan algunos, que su pasión fue para él cosa leve. No: él se entregó real y verdaderamente a Dios el Padre para eterna condenación, en bien de nosotros. Y su naturaleza humana se comportó de modo igual que un hombre al cual se lo ha sentenciado a ir al infierno por siempre jamás. Y por ese amor a Dios, el Padre lo levantó de inmediato de la muerte y del infierno, y así Cristo "devoró el infierno" (comp. 1 Co. 15:54). Y en esto, todos sus santos deben imitarlo, unos más, otros menos. Cuanto más perfectos sean en el amor, tanto más fácilmente lo lograrán, y con tanto mayor tranquilidad. Pero para Cristo fue más duro que para cualquier otro. De ahí que en muchos pasajes de las Escrituras se queje de los dolores del infierno[8].

Por lo tanto, los que sienten un horror ante esta interpretación, todavía siguen apegados a las imaginaciones de la carne, puesto que en opinión de ellos, "amarse a sí mismo" significa en primer término: querer y desear el bien para sí mismo. Pero de qué "bien" se trata, esto lo ignoran. Por esto tampoco saben qué es "amar"; pues "amar" significa: aborrecerse y condenarse a sí mismo, y desearse lo malo, según aquel dicho de Cristo: "El que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará" (Jn. 12:25). Y si alguien me dice: Yo no amo mi vida en este mundo, porque busco para ella los bienes venideros, yo le contesto: Por cuanto haces esto impulsado por un amor egoísta —vale decir, un amor mundanal—, estás demostrando con ello que todavía sigues amando tu vida en este mundo. Quien de este modo se ama a sí mismo, se ama de veras. En efecto, se ama no a la manera del hombre sino a la manera de Dios, quiere decir, conforme a la voluntad de Dios, el cual aborrece y condena a todos los hombres y les desea el mal a todos ellos, esto es, a todos nosotros.

Pues lo que para nosotros es "el bien", yace oculto, y a tanta profundidad que viene a quedar justamente debajo de lo que es lo contrario del "bien". Así, nuestra vida está escondida bajo la muerte, el amor hacia nosotros bajo el odio hacia nosotros, la gloria bajo la ignominia, la salvación bajo la perdición, el reino bajo el destierro, el cielo bajo el infierno, la sabiduría bajo la insensatez, la justicia bajo el pecado, el vigor bajo la debilidad[9]. Y así, de

[8] Lutero está pensando en los pasajes cristológicos de los Salmos.
[9] Véase también la confrontación de la "teología de la gloria" y la

manera muy general, toda afirmación nuestra de un bien cualquiera está oculta bajo la negación del mismo, a fin de que la fe halle su
WA ubicación en Dios, *el cual es de una esencia, bondad, sabiduría y*
393 *justicia totalmente distintas, y quien no puede ser poseído ni tocado por hombre alguno, a no ser que neguemos todas nuestras afirmaciones.* De tal suerte, "el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo" (Mt. 13:14). El campo es algo que tiene que ver con suciedad. Es lo contrario del tesoro; porque el campo es pisoteado, pero el tesoro es escogido. Y no obstante, el campo esconde el tesoro. Así también la vida nuestra "está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3:3), es decir, en la negación de todo cuanto se pueda sentir, poseer y entender. Igualmente, nuestra sabiduría y justicia es para nosotros prácticamente invisible, puesto que también ella está escondida con Cristo en Dios. Muy visible en cambio es lo que es contrario a ella, a saber, el pecado y la ignorancia[10], como dice el apóstol: "El que se cree sabio entre vosotros, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio" (comp. 1 Co. 3:18), es decir, sabio y rico en Dios, no en sí mismo; haga que desaparezca toda sabiduría propia, y que quede nada más que la ignorancia. Y lo mismo rige para todos los demás bienes. Ahí tienes, pues, el "bien" que debemos desear para nosotros (a saber, toda clase de males). Entonces sí que nos ajustamos al pensar de Dios, quien no considera ni reconoce como "bueno" nada de lo que hay en nosotros. Y esta actitud nuestra de reconocer como bueno sólo aquello que es bueno ante Dios, y de reconocer como malo todo lo que hay en nosotros – esta actitud nuestra hace que ya seamos realmente buenos. Pues el que así piensa en conformidad con lo que piensa Dios, el tal es sabio y bueno. El sabe: fuera de Dios no hay bien alguno, y todo el bien está en Dios. Así lo afirma Cristo: *"El reino de Dios está dentro de vosotros" (Lc. 17:21), quiere decir: Fuera de vosotros está el destierro. Mas "fuera de vosotros" está todo lo que se puede ver y palpar, dentro de nosotros en cambio está todo aquello que se puede captar sólo por medio de la fe.*

Es por lo tanto una empresa de sumo riesgo la de aquellos que discuten acerca del bien a base de conceptos extraídos de la filosofía, porque dicho "bien" Dios lo ha convertido en un mal. Pues a pesar de que todo es bueno en gran manera (comp. Gn. 1:31), para nosotros nada es bueno; y aunque no hay nada que de alguna

---

"teología de la cruz" que Lutero hace en la Disputación de Heidelberg, año 1518, *Obras de M. Lutero,* Edit. Paidós, Bs. As., tomo I, p. 42.

[10] Respecto de ese carácter "escondido" de la vida del creyente véase también *Obras de M. Lutero,* Edit. Paidós, Bs. As., tomo IV "La Voluntad determinada" (De servo arbitrio), pág. 84 y s.

manera sea malo, para nosotros todo es malo. Y todo esto porque tenemos dentro de nosotros el pecado. Por eso es preciso que huyamos los bienes y carguemos con los males, y que lo hagamos no sólo con la boca y con un corazón lleno de hipocresía. Antes bien, con ánimo enteramente sincero debemos confesar que somos gente perdida y condenada, e incluso desear que Dios nos entregue a la perdición y condenación. Pues así como actúa una persona que odia a otra, así debemos actuar también nosotros con respecto a nuestra propia persona. En efecto: el que odia a otro, no sólo finge querer arruinarlo y matarlo y condenarlo, sino que quiere hacerlo de veras. Por ende, si también nosotros nos arruinamos y perseguimos con entera sinceridad a nosotros mismos y nos encomendamos al infierno por causa de Dios y su justicia, entonces ya hemos dado en verdad satisfacción a su justicia, y él se compadecerá de nosotros y nos librará. "Si, pues, nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor" (1 Co. 11:31). Pues el único anhelo de personas tales es lavar su culpa y volver a obtener la gracia del Dios a quien ofendieron. No buscan el reino. Están dispuestos a no ser salvados jamás. No se oponen para nada a la sentencia condenatoria WA
de Dios. Pero en posesión de la gracia del Dios previamente reconci- 394
liado no temen el castigo; lo único que temen es incurrir en ofensa contra Dios.

Justamente lo contrario sucede con los que inventan méritos propios y los pintan como reales y tratan de alcanzar lo que ellos consideran bienes: ellos huyen de los males, y en lo recóndito de su ser no poseen nada. Transitan por esta vida como obcecados, absorbidos por completo por los bienes que ellos habían imaginado y deseado.

v.6. No todos los que descienden de Israel son israelitas.

Con estas palabras el apóstol se dirige contra la presunción de los judíos. Además, tienen por objeto ensalzar la gracia y destruir toda confianza orgullosa que uno pudiera tener en su propia justicia y en sus buenas obras. Como es sabido, los judíos quieren ser tenidos por hijos del reino por ser hijos de Abraham. El apóstol los enfrenta con un argumento irrebatible, en primer lugar porque ellos mismos no pueden negar su consistencia. Pues si la presunción de los judíos tuviera un fundamento real, también Ismael y los hijos de Cetura serían herederos de Abraham, y tendrían derecho a la misma dignidad que Isaac. Pero el texto dice abiertamente lo contrario (comp. Gn. 25:1 y ss.). Es en vano, por lo tanto, reclamar para Ismael y los hijos de Cetura la misma dignidad que poseía Isaac alegando que también ellos son hijos de Abraham. Cual-

quiera puede ver que esta conclusión no es válida. Y si hay quienes objetan que Ismael y los demás son de dignidad inferior a la de Isaac por justas razones, primero porque eran malos y merecían ser privados de esa dignidad por causa de sus pecados, y segundo porque no procedían de la misma madre, Sara, el apóstol les sale al cruce con otro ejemplo, sin refutar sus objeciones y en cierto modo hasta admitiéndolas, aunque nada se lee de pecados cometidos por los demás hijos de Cetura, y tampoco de Ismael se menciona más que un solo caso. Pero concedido aquello de que no procedían de la misma madre – ¿qué decir en cuanto a Rebeca? Primero: la misma madre. Segundo: el mismo padre. Tercero: dos hermanos. Hasta el momento, ninguno de ellos había hecho ni bien ni mal (Ro. 9:11), y no obstante, el uno es llamado a ser hijo, y el otro es llamado a ser siervo, sin que mediara mérito alguno ni del uno ni del otro. Esto nos lleva inexorablemente a la siguiente conclusión: No es la carne lo que hace a uno hijo de Dios y heredero de la promesa, sino la elección y la gracia de Dios. Así, y sólo así, una vez humillado el orgullo de la carne, puede surgir el Espíritu y la gracia de Dios.

Por consiguiente:

¿A qué viene el alarde que el hombre hace de sus méritos y obras? ¿No se da cuenta de que si dichas obras agradan a Dios, no es en absoluto porque sean buenas o meritorias sino sólo porque han sido escogidas por Dios desde la eternidad para que sean de su agrado? Por lo tanto, la única forma de obrar bien es dándole gracias a Dios. Pues nuestras obras no son lo que nos hace bueno; es nuestra propia bondad, o mejor dicho la bondad de Dios lo que nos hace buenos, y lo que hace buenas también nuestras obras. En efecto: en sí no serían buenas; lo son únicamente porque Dios las tiene por buenas. Lo que son o no son, esto depende por entero del
WA carácter que Dios les asigne. Que nosotros las tengamos por buenas
395 o no, no cuenta para nada. El que piensa así, siempre siente miedo, siempre teme la justipreciación de Dios, y a la vez la aguarda ansioso. Por eso no sabe de qué habría de enorgullecerse ni con quién habría de contender en cuanto a mérito y dignidad, como lo hacen los que se ufanan de su perfección y están tan convencidos de la bondad de sus obras.

Incorrecta es, por lo tanto, la definición de "virtud" que da Aristóteles[11]. Según él, la virtud es la que nos hace perfectos, y la

[11] Aristóteles, *Moral, a Nicomaco* I, 12.

que hace loable la obra del hombre. Esto es admisible sólo si lo entendemos en el sentido de que la virtud nos hace perfectos a nosotros, y loables nuestras obras, *ante los hombres y ante nuestros propios ojos.* Pero ante Dios, esto es una abominación; lo que a él le place es más bien lo contrario.

v. 10. Sino también Rebeca concibió de uno solo.

Aunque el texto griego hace posibles dos lecturas distintas: "Habiendo compartido Rebeca el lecho *con* uno, con Isaac nuestro padre", y "habiendo compartido Rebeca el lecho *de* uno, el de Isaac, nuestro padre"[12], conviene dar preferencia a la segunda, no sea que a alguien se le ocurra sospechar, como para infligirle una afrenta a Sara, que Rebeca concibió de un solo marido, Sara en cambio de muchos. El sentido de la frase es el siguiente: la carne, y la procedencia según la carne, es de tan poco provecho para ser adoptados como hijos, que aun Rebeca, la santa mujer, que había compartido el lecho únicamente con el santo varón Isaac, padre de todos los hijos de Israel —que aun Rebeca recibió sólo para uno de sus hijos la promesa de Dios de que este hijo, y no el otro, sería el futuro señor y el heredero de la promesa. Es por esto que el apóstol acentúa cada una de sus palabras: "Habiendo compartido el lecho de Isaac nuestro padre", como diciendo: De nada le valió a Esaú el descender de un tan eminente padre y una tan eminente madre, y el haber sido engendrado y haber nacido, según la carne, en un lecho tan casto, al igual que Jacob, incluso como primogénito. ¡Cuánto menos les aprovechará a los judíos incrédulos, nacidos tanto tiempo después, el ser hijos carnales de los patriarcas, si no han tenido fe, es decir, si no han sido escogidos por Dios!

Una observación final: En el original griego, las palabras del apóstol se distinguen por su carácter pudoroso, cosa que no se puede decir de las del traductor. El apóstol dice "lecho", el traductor "concúbito"[13], con lo que dio ocasión a muchos para que cre- WA
yeran que el apóstol quiso decir que Rebeca concibió mellizos con 396
una única cohabitación.

[12] El texto latino para estas dos versiones es: 'Rebecca ex uno cubile habens Isaac, patre nostro' y 'Rebecca ex uno... patris nostri' respectivamente. Erasmo favorece la primera, Faber y la Vulgata la segunda.

[13] El vocablo griego κοίτη se traduce con *cubile* (lecho) en el texto latino de Faber, y con *concubitum* en la Vulgata. El "traductor" mencionado por Lutero es, por lo tanto, la Vulgata.

v. 11. No habían hecho aún ni bien ni mal.

Muy acertadamente, el apóstol dice "no habían hecho aún ni bien ni mal", en lugar de "aún no eran ni buenos ni malos". Pues no cabe duda de que ambos eran malos, a raíz de la corrupción producida por el pecado original, si bien hay quienes opinan que Jacob fue santificado en el seno materno. Pero si vamos al mérito propio, los dos eran iguales el uno al otro, y ambos pertenecían a la misma masa perdida.

v. 14. ¿Acaso hay injusticia en Dios? En ninguna manera.

Para demostrar por qué no hay injusticia en Dios, el apóstol se limita a citar las palabras que el Señor dijo a Moisés: "Tendré misericordia del que yo he tenido misericordia" (Ro. 9:15), lo que equivale a decir: Tendré misericordia del que yo quiera tener misericordia, o de aquel que ha sido predestinado para recibir misericordia.

Por cierto, una respuesta dura para los que se jactan de lo buenos que son y de lo mucho que saben, pero dulce y grata para los mansos y humildes, porque éstos desesperan de sí mismos; y por esto Dios los acepta.

Y a decir verdad, no hay ni puede haber otra causa para la justicia de Dios que su voluntad. ¿Por qué entonces el hombre murmura contra Dios diciendo que éste no procede conforme a la ley? ¿No se da cuenta de que está hablando de algo imposible? ¿O acaso es posible que Dios no sea Dios? Además, siendo que la voluntad de Dios es el bien supremo, ¿por qué no deseamos entonces de todo
WA corazón que esta voluntad divina se cumpla, ya que de ningún modo
397 puede ser mala? Pero ¿qué me estás diciendo? ¿Que "sin embargo, para mí la voluntad de Dios es mala"? ¡No, hombre! Para nadie es mala. Lo que ocurre es que los hombres no pueden ponerse a la altura de la voluntad de Dios, ni la cumplen; y esto es malo para ellos. Pues si quisiesen lo que Dios quiere, aun cuando él quisiera que fuesen condenados y reprobados, no existiría para ellos nada malo. Ellos querrían lo que Dios quiere, y aceptarían en su corazón la voluntad de Dios con paciencia.

v. 15. Tendré misericordia del que yo he tenido misericordia.

El texto griego dice: "Tendré misericordia del que tengo misericordia, y me compadeceré del que me compadezco", o sea: del que tengo misericordia en el momento en que tomo la resolución de predestinarlo, de éste tendré misericordia también luego, en la realidad. Así que el verbo en tiempo presente "tengo misericordia"

se refiere a la misericordia intrínseca del que predestina, el tiempo futuro en cambio se refiere a la misericordia que recibe efectivamente el que ha sido predestinado. Lo mismo vale para la expresión "me compadeceré".

En el texto hebreo, la frase reza así: "Tendré misericordia del que tendré misericordia, y perdonaré al que perdonaré". Esto lo dice Dios como hablando en términos indefinidos, refiriéndose a la misericordia de un modo más bien fortuito, sin mención expresa de la predestinación. Una forma de hablar semejante hallamos también en Ex. 3:14: "Yo soy el que soy", o: "Yo seré el que seré". Se tiene la impresión de que con estas palabras, Dios quiere dar la voz de alto a los que, impelidos por la curiosidad o ansiedad, se entregan a indagaciones acerca de su propia predestinación y la de otros, como si quisiese mantenerlos alejados de tales pensamientos e investigaciones. Vendría al caso aquí el dicho popular: "El que lo recibe, lo recibe; al que le toca, le toca"[14], esto es: Nadie sabrá de quién tendré misericordia ni a quién perdonaré. Nadie podrá obtener certeza acerca de esto, ni a base de méritos, ni a base de obras, ni a base de otra cosa alguna. Si así son las cosas, lo que Dios nos dice aquí es una palabra que trae consigo temor y humillación.

Debe tenerse en cuenta, por lo tanto, que en hebreo, el "tengo misericordia" que aparece en primer lugar significa: tener misericordia en el sentido de que el que tiene misericordia, le hace a uno un beneficio o le otorga un don gratuito. Y este beneficio o don lo recibe también aquel que no incurrió en ofensa y pecado, sino que WA
simplemente es una persona pobre y necesitada. *Hannan* (hebr. "el 398
que ha tenido misericordia") significa por lo tanto: "ha hecho un beneficio". Y de ahí provienen *hanna* = "gracia, beneficio, don gratuito", y Johannan o Johannes (Juan), con una terminación griega.

"Perdonaré" o "tendré conmiseración" significa "remitir", "excusar", acción que no necesariamente está ligada a un don de gracia, y que tiene como objeto a una persona culpable, una persona incursa en el delito de ofensa. Ejemplo: cuando Dios le remite a uno la pena del infierno y el pecado, lo hace porque le tiene "conmiseración"; cuando le da su gracia y el reino de los cielos, lo hace porque le tiene "misericordia". En hebreo, esta palabra es *richem*[15].

[14] Este dicho popular, Lutero lo cita en el idioma popular (alemán): Wem es wirt, dem wirt es, wen es trifft, den triffts.

[15] En estos párrafos, Lutero trata de poner de relieve la riqueza conceptual del pasaje que Pablo cita de Ex. 33:19 חָנַן "mostrar gracia", y רָחַם "tener compasión". Las disquisiciones lingüisticas de Lutero fueron inspiradas quizás por las contribuciones lexicales de Reuchlin, Faber y Erasmo. También este último hace una distinción entre "channan" = *gratiam facere* y "richem" = *ignoscere*. Comp. WA 56, 398, 4, nota.

v.16. *Así que no depende del que quiere, ni del que corre, (sino de Dios que tiene misericordia).*

Ese "depende sólo de Dios que tiene misericordia" no debe entenderse en el sentido de que ya no hace falta que uno quiera o corra. Antes bien, lo que aquí se quiere decir es lo siguiente: que el hombre quiera o corra, esto mismo lo debe no a su propia fuerza, sino a la misericordia de Dios que le dio esa fuerza para el querer y hacer, sin la cual el hombre por sí solo no es capaz ni de querer ni de correr. En Fil. 2:13 el apóstol dice: "Dios es el que en vosotros produce así el querer como el poder", con lo que expresa el mismo pensamiento, aunque con otras palabras, que aparece aquí en Ro. 9:16: "No depende del que quiere ni del que corre", es decir, del que realiza la acción, "sino de Dios que tiene misericordia", i.e. que confiere el don de su gracia. Otros pasajes pertinentes son: Sal. 119:32: "Por el camino de tus mandamientos corrí", i.e. lo recorrí hasta el final, "cuando ensanchaste mi corazón", i.e. cuando hiciste que yo quisiera y pudiera. Sal. 1:2: "En la ley del Señor está su voluntad". (Y por si a alguien se le ocurra preguntar:"Correr" significa "vivir en Dios y andar en las cosas de él". De ahí que la vida de los justos se llame un camino, Sal. 1:6: "Porque el Señor conoce el camino de los justos"). Además, Jer. 10:23: "Conozco, oh Señor, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos". En todo esto parece haber cierta contradicción. En efecto: si el camino del hombre no es su camino, ¿por qué se habla entonces de "su camino"? El camino
WA del hombre no es su camino. Tal es también el caso aquí, en Ro.
399 9:16: "No depende del que corre", es decir: su correr no depende de él, "ni del que quiere", o sea: tampoco su querer depende de él. ¡Cosa extraña! La acción de querer no depende del que quiere, y la acción de correr no depende del que corre, sino que todo depende de Dios que da y crea tanto el querer como el correr. Del mismo modo se expresa el apóstol en Gá. 2:20: "Yo vivo, mas ya no soy yo el que vive". Y Cristo (Jn. 7:16): "Mi doctrina no es mía". Y el Predicador (Ecl. 9:11): "Vi que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes las riquezas, ni de los diestros el favor". ¿De quién es entonces? ¿Acaso la carrera es de los que se quedan sentados en casa roncando? ¿Y la guerra es de los débiles? Por supuesto que no, sino que todos son instrumentos de Dios, "que hace todas las cosas en todos" (1 Co. 12:6). De igual manera, el partir la leña no es obra del hacha, sino del que la maneja, y el pegar al perro no es obra de la vara, sino del que le da al perro con la vara. Por esto se dice también en Is. 10:13, como advertencia dirigida a los que se jactan de las fuerzas que poseen para causar perjuicios y males a otros:

"Dijo el rey de Asiria: Con el poder de mi mano lo he hecho" etc. Y casi a renglón seguido leemos (v.15): "¿Se gloriará el hacha contra el que con ella corta? ¿Se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve? ¿Qué si el báculo se levantase contra el que lo levanta, y se jactase el báculo, no siendo tampoco él más que madera?" Y más adelante, Is. 41:23, el Señor se ríe de ellos y dice: "Haced bien, o mal, si podéis", esto es: Veamos si sois capaces de hacer un bien a un necesitado, si yo no presto mi cooperación. La experiencia nos muestra claramente que a quienes Dios castiga, nadie puede curarlos ni auxiliarlos. Y lo mismo ocurre, por otra parte, con el hacer un mal (i.e. con el infligir un daño a otros). Muchos hay que emprenden grandes hazañas. Pero no alcanzan su objetivo si Dios se les opone y les niega su colaboración. Ejemplo patente para ello es Faraón, que quiso hacer un mal a los hijos de Israel, pero no pudo. De esta manera, Dios evidenció en Faraón su poder, de modo que éste no pudo querer, porque su corazón estaba endurecido. Y su capacidad de correr era mucho menor aún que la de querer.

Por consiguiente: lo que se desprende de este texto no es que el querer y correr del hombre sea una nada, sino que no es obra de sus propias fuerzas. Pues una obra de Dios no es "una nada". El querer del hombre empero, y su correr, es obra de Dios. En efecto: *el apóstol habla de un querer y correr conforme a la voluntad de Dios,* quiere decir, de una vida signada por el amor y la justicia de Dios. Lo que sí es una nada es el querer y correr de aquellos que no "quieren" ni "corren" por los carriles indicados por Dios; nada es, aun cuando quieran grandes cosas y corran velozmente. Pues su querer y correr no procede de Dios, ni le agrada. Isaías dice de ellos, cap. 41:24: "He aquí que vosotros sois nada, y vuestras obras vanidad".

No puedo menos que agregar a lo antedicho una seria adverten- WA
cia: no se enfrasque en tales cavilaciones ninguno cuya mente no 400
haya sido purificada aún, no sea que caiga en el abismo del horror y de la desesperación. Antes bien, limpie primero los ojos de su corazón meditando en las heridas de Jesucristo[16]. Pues tampoco yo explicaría esta lección desde la cátedra si no me obligaran a ello el orden temático y mi deber como docente. Tenemos aquí ante nosotros el vino más fuerte y el alimento más completo, vianda sólida para personas maduras, es decir: teología del más alto nivel, de la cual el apóstol dice en 1 Co. 2:6: "Hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez". Pero yo soy un pequeñuelo; lo

[16] Pensamiento original de San Bernardo, reproducido en muchos libros confesionales y devocionales, ejercicios espirituales etc. de la Edad Media. Comp. pág. 198 en este tomo, y WA 56, 400, 3, nota.

que yo necesito es leche y no vianda (comp. 1 Co. 3:2). Y el mismo criterio siga también el que es un párvulo como yo. Seguridad suficiente nos ofrecen las heridas de Jesucristo, las "hendiduras de la peña"[17]. Dejemos para los robustos y perfectos el lidiar con el Libro Primero de las Sentencias[18], que por la dificultad de su temática debería ser no el primero sino el último. Muchos se lanzan hoy día sobre este libro con ciego afán, y así salen también ofuscados en forma extraña.

v.19. ¿Por qué, pues, nos inculpa?

Algunos, como Lorenzo Valla, dan a esta expresión (*quid adhuc queritur?*) un sentido pasivo; Faber Stapulensis la entiende en sentido personal. Erasmo en cambio dice que todos los expositores griegos le asignan carácter de deponente[19], opinión que comparte también él mismo. Es preciso saber, empero, que el apóstol pone estas palabras en la boca de hombres que contienden con Dios de una manera impía y arrogante y que, llenos de indignación, murmuran contra él como contra un malvado y uno que es de la misma calaña que ellos. Por esto, el texto griego no dice, como lo haríamos nosotros: "¿Quién eres tú para que respondas a Dios?" (Ro. 9:20), sino "¿Quién eres tú para que respondas contra Dios o en contra de él?", i.e.: ¿aún te atreves a contender con tu Creador, oponerte a él, disentir con él, y aún te niegas a dar el brazo a torcer siquiera en un único punto?"

WA 401

Pues no sería ningún pecado si uno le dijera a Dios, con ánimo piadoso, y motivado por el temor y la humildad: "¿Por qué me has hecho así?" (Ro. 9:20). Es más: aun cuando, abrumado por el peso casi insoportable de la tribulación, profiriera blasfemias, no por eso perecería. Porque el Dios nuestro no es un Dios de la impaciencia y crueldad, ni siquiera para con los impíos. Esto lo digo para consolar a los que son atormentados continuamente por pensamientos blasfemos y no logran poner término a sus temores. ¡Quién sabe si tales

[17] Según WA 56, 400, 9/10, nota, lo de las "hendiduras de la peña" *(foramina petrae)* se refiere a Cnt. 2:14 más bien que a Ex. 33:22. Tanto la *glossa ordinaria* como la *interlinearis* interpretan esta frase como "las heridas de Cristo". A estas heridas (así observa Faber resp. de He. 3:5) la iglesia es llamada a allegarse para que, al contemplarlas, cobre ánimo.

[18] En la parte final del Libro I de las *Sentencias* de Pedro Lombardo se discuten los temas: la presciencia de Dios, la predestinación, y la voluntad divina.

[19] Primera referencia a Erasmo y sus *Annotationes*. 'Verbo deponente' es un verbo con forma de voz pasiva o media, pero significación activa.

blasfemias, por haber sido arrancadas a los hombres por la violencia del diablo, contra su voluntad, no suenan a veces más gratas en los oídos de Dios que el mismísimo Aleluya o algún otro cántico de alegría! Pues cuanto más horrible y abominable la blasfemia, tanto más grata es para Dios —siempre que el corazón sepa que tal blasfemia es algo totalmente involuntario por cuanto no la profirió ni la escogió en lo íntimo de su ser. Mas si el hombre siente un vehemente temor y se horroriza ante lo que ha hecho, ello le sirve de señal segura de que en sus adentros realmente no *quiso* la blasfemia ni tiene la culpa de haberla pronunciado. *Pues la señal más clara de un corazón bueno es aquel horror ante lo malo.* Por lo tanto, el remedio contra esos pensamientos es no acongojarse por ellos.

Así le pasó también a Job, hombre de acendrada santidad, que tenía el testimonio del Espíritu Santo de que no había pecado con sus labios si había hablado torpeza alguna contra Dios en todas sus tribulaciones (comp. Job 42:7), a pesar de que repetidas veces se había expresado respecto de Dios en tono netamente ofensivo, como p.ej. al decir: "¿Qué es el hombre, para que lo engrandezcas, y para que pongas sobre él tu corazón? ... ¿Hasta cuándo no apartarás de mí tu mirada, y no me soltarás?" (7:17,19), o: "¿Contra una hoja arrebatada por el viento has de demostrar tu poder, y a una paja seca has de perseguir?" (13:25), o lisa y llanamente: "¿Por qué me sacaste de la matriz?" (10:18). Quejas similares levantan contra Dios también Jeremías y Habacuc[20].

v.17. Porque la Escritura dice a Faraón: ("Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra").

Cabe la pregunta: ¿qué conexión lógica hay entre esto y lo que el apóstol acaba de exponer? Respuesta: el apóstol observa un
orden perfecto. Comienza por hacer constar que todo sucede con- WA
forme a la elección de Dios. También Jacob fue amado por Dios a 402
causa de haber sido escogido, y obtuvo misericordia porque así le plugo a Dios desde la eternidad. Asimismo, a Moisés le dijo el Señor: "Tendré misericordia. . ." (Ex. 33:19). A estas declaraciones, el apóstol agrega inmediata y muy apropiadamente un corolario que surge como consecuencia natural de lo dicho con anterioridad, a saber: que alguien sea amado, y que sea justo, depende por entero de Dios que tiene misericordia, ya que, por otra parte, todos los hombres pertenecen a la misma "masa de perdición", y

[20] Comp. Jer. 20:18. De Habacuc no se conocen quejas de esta índole.

ninguno es justo ante Dios a menos que sea beneficiario de su misericordia. Luego sigue: "Porque la Escritura dice...", pasaje cuyo sentido es el siguiente: Hay un hecho que muestra patentemente y a la vez comprueba que todo depende de Dios que tiene misericordia, y no de la volición del hombre. Y este hecho es que Dios, para mostrar que el asunto es realmente así, y para que el hombre supiera que él "quiere y corre" no por propia iniciativa sino por la misericordia de Dios, hizo caer a Faraón sobre los hijos de Israel y los llevó a la desesperación extrema, a fin de que entendieran que no podían liberarse de la opresión de Faraón por sus propias fuerzas, sino sólo por el poder del Dios misericordioso, ya que, en efecto, su éxodo no fue obra de ellos mismos, sino obra del Señor que los sacó de Egipto. De este modo procede Dios también hoy día con sus escogidos: para mantenerlos en humildad, y para enseñarles a confiar en su sola y desnuda (lat. *nuda*) misericordia y a desprenderse de toda presunción en cuanto a la eficacia de su querer y obrar propios, él los expone a terribles aflicciones y permite que sean perseguidos por el diablo o el mundo o su carne a los cuales él mismo instiga en contra de ellos. Hasta sucede a menudo, particularmente en nuestros días actuales, que Dios incita al diablo para que éste haga caer a los escogidos en pecados horrendos y los someta por considerable tiempo a su dominio, o por lo menos desbarate una y otra vez sus buenos propósitos y los induzca a hacer lo contrario de lo que ellos mismos querían hacer —y todo esto a los efectos de que tengan la prueba palpable de que por sí mismos, ellos no son capaces de querer o correr bien. Y no obstante los conduce idemnes a través de todo esto y al fin los libera inesperadamente mientras ellos aún se lamentan como desesperados ante la triste realidad de que quieren y hacen tamañas maldades, y en cambio no quieren ni hacen tantas cosas buenas a pesar de que quisieran hacerlas. Así, justamente así sucede "que Dios muestre su poder, y que su nombre sea anunciado por toda la tierra" (v.17).

Hay algo más que merece nuestra atención: Con la palabra "poder" (*virtus*) usada en este pasaje (v.17) se expresa lo mismo que con el posterior "hacer notorio su poder" (*potentiam*, v.22)[21]. Es que nuestro traductor[22] nos sorprende aquí con ciertas variantes en cuanto a lo que en otras partes se llama "fortaleza" (*fortitudo*), "dominio" (*imperium*), "fuerza" (*virtus*), "potencia" (*potentia*), "potestad" (*potestas*)[23]. Sin embargo, existe no poca diferencia entre lo uno y lo otro. Pues el griego *dynamis*, el hebreo *gebura*, el

[21] En el texto griego, el v.17 tiene *ἡ δύναμις*, el v.22 *τὸ δυνατόν*
[22] La Vulgata.
[23] Faber y Erasmo traducen *patientia*. En su comentario, Faber emplea también *fortitudo*, y en su traducción, *potestas*.

latín *vis, vires, robur* y en especial *virtus,* indican esa cualidad que capacita a una persona para vencer y quebrantar activamente lo que WA 403
se propone vencer y quebrantar. La cualidad opuesta se designa en las Escrituras con "debilidad" (*infirmitas*), o sea, impotencia, pero no con "enfermedad" (*aegritudo*) ni con "indisposición" (*morbus*), como p.ej. en el texto: "Mi poder (*virtus*) se perfecciona en la debilidad (*infirmitas*)", 2 Co. 12:9, y en este otro: "Tu heredad quedó debilitada, pero tú la reanimaste" (Sal. 68:9)[24], y en el Salmo 6:2: "Ten misericordia de mí, Señor, porque yo soy débil", en alemán: *kraftlos, machtlos* (sin fuerzas), en contrastecon *kräftig,* o *mächtig* (vigoroso, poderoso), como cuando decimos: *Er vermag viel, vermags nicht, er kanns wohl tun* ("Es muy poderoso", "no puede hacerlo", "bien podría hacerlo"). Así se dice también con respecto a Dios: "Poderoso es Dios para hacer" (Ro. 4:21), y en otra parte: "El Señor, poderoso en batalla" (Sal. 24:8).

El significado más propio del griego *exusia* (Ro. 9:21) es, sin embargo, *potestas* (potestad)[25], o libre facultad y licencia para actuar. Esa potestad es, por decirlo así, una potestad para la paz, así como el término mencionado en primer lugar (*potentia*) lo es para la guerra. Pues en cuanto a las cosas que poseemos y que son nuestras, tenemos libre facultad y potestad; pero respecto de lo que combatimos, somos potentes y fuertes.

Para nuestro concepto de "fortaleza" (*fortitudo*), el hebreo cuenta aún con otro término más, *ethan,* es decir, duro, robusto[26]; propiamente hablando: una potencia en sentido pasivo, que puede sostener o aguantar una potencia activa, en alemán diríamos *fest* (firme). Así aparece en Nm. 24:21: "Fuerte (lat. *robustum*) es tu habitación", así como es fuerte una roca o un castillo o una ciudad. De esa fortaleza habla el Señor en Is. 50:7: "Puse mi rostro como un pedernal". En este sentido llamamos "fuerte" al que no se deja desviar de su rumbo ni vencer, o también a un hombre obstinado, a uno que no admite razones. Pero esto es lo contrario de aquel primer significado; de un hombre tal, la gente suele decir: "Dos piedras duras no sirven para moler". Pues cuando *gebura (virtus)* y *ethan* (*fortitudo*) están a la par una de otra, no logran nada. Donde existe equilibrio de fuerzas, no se produce acción.

Y bien, volvamos a nuestro texto: Para hacer una demostración de su fuerza (*virtus*), Dios levanta a Faraón (v. 17). No puede, WA 404

[24] Vulgata, Sal. 67:10: *Hereditas tua infirmata est; tu vero perfecisti eam.*

[25] Así traducen Faber, Erasmo y la Vulgata.

[26] Reuchlin, Lex. hebr.: *Durus, fortis, robustus, ut Num. 24.* (WA 56, 403, 13, nota).

en efecto, hacer esta demostración en sus escogidos, a menos que previamente les muestre lo débiles que son ellos, y a menos que les quite la fuerza de ellos y la reduzca a nada, a fin de que no se jacten de la misma. Sin embargo, este resultado no se daría si Dios no levantase contra sus escogidos a uno más poderoso que ellos que les aniquila las fuerzas, a fin de que luego, al quedar ellos liberados, vean claramente que la fuerza del solo Dios había sido el único factor operante. El sentido de lo dicho en el v. 17 es, pues: Te he levantado para que abatas el presuntuoso orgullo de los míos, a fin de que, viéndose tan cruelmente oprimidos, se dirijan a mí con sus clamores, y sea engrandecida entonces mi fuerza tanto en ellos como en ti. Este es el sentido al que me atuve en mi glosa[27].

Pero se le puede dar a este texto también una interpretación distinta, quizás mejor, si se entiende la "fuerza" de Dios no como una fuerza para salvación, sino para perdición de otros. Entonces el cuadro es ya desde sus comienzos el siguiente: Para el hecho de que depende no del que quiere, ni del que corre, sino sólo de Dios que tiene misericordia – para este hecho tenemos como primer ejemplo a Jacob: Jacob llegó a ser bueno porque Dios tuvo misericordia de él. En cambio, para el hecho de que nadie llega a ser bueno si Dios no tiene misericordia, tenemos como ejemplo a Faraón. De este modo tenemos un ejemplo tanto para lo uno como para lo otro: si uno corre, ello depende de Dios que tiene misericordia; y si uno no quiere y no corre, ello depende de Dios que no tiene misericordia sino que endurece el corazón del hombre. Esta interpretación, creo yo, es muy buena, porque ambos ejemplos nos llevan directamente a la conclusión: *De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece* (v. 18). Buena me parece esta interpretación también por cuanto Dios dice: *Para mostrar en ti mi poder* (v. 17). Dios quiere que la perdición de Faraón sirva para glorificar Su fuerza divina.

v. 21. ¿O no tiene potestad el alfarero (para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra)?

En el cap. 99 del *Enchiridion*[28], San Agustín dice: "El género humano entero en su raíz apóstata ha sido condenado por un juicio divino tan justo que, aun cuando no quedara exento hombre alguno, nadie tendría el derecho de censurar la justicia de Dios. Y la exención de los que quedan liberados del juicio debe operarse de

[27] Notas escritas por Lutero para su uso personal en el aula. WA 56, 92, 4.
[28] Agustín, *Enchiridion ad Laurentium*, 98, Patrol. Ser. Lat. XL, 278.

una manera tal que el caso de la mayoría no liberada sino entregada a la enteramente justa condenación demuestre a las claras cuál habría sido la suerte merecida por toda la humanidad, y a dónde el bien merecido juicio de Dios habría conducido a aquellos exentos si no hubiera intervenido su nada merecida misericordia; para que así "se cierre toda boca' de los que quieren gloriarse de sus propios méritos (Ro. 3:19), y para que 'el que se gloría, se gloríe en el Señor' (1 Co. 1:31)". ¡En verdad, palabras importantes que debiéramos meditar con toda seriedad, porque nos humillan y aterran en gran manera! Palabras, además, que nos muestran claramente por qué el apóstol dijo todo aquello, a saber: para llevarnos a la humildad. Pues este pasaje de la carta de Pablo no está puesto ahí para que cunda en nosotros el horror y la desesperación, sino para que sea ensalzada la gracia de Dios y destruida la presunción de los hombres, lo cual es por cierto una desesperación saludable. Por esto dice San Agustín en el cap. 98 de la obra citada: "Resumiendo WA
todo esto en un profundísimo y muy saludable misterio, y, por 405
decirlo así, mirando al rostro de las Sagradas Escrituras, el apóstol parece querer recordarnos que 'quien se gloría, gloríese en el Señor' (1 Co. 1:31)". Y en el mismo capítulo leemos: "Si Dios tiene misericordia, es por su gran bondad; y si endurece a alguien, no comete ninguna injusticia, de modo que ni puede el liberado jactarse de sus méritos, ni puede el condenado quejarse del juicio que merecidamente cayó sobre él. Pues es la gracia sola la que separa a los redimidos de los perdidos, ya que por una causa común que se remonta al origen mismo de la humanidad, todos están confundidos en una única masa de perdición".

Por lo tanto, estas palabras del apóstol hacen que el hombre se dé cuenta de su situación de condenado, y desespere de poder salvarse con sus propias fuerzas. Esta situación lo tendría sin cuidado si sólo supiese que en Adán, él también cayó; pues de aquella caída espera poder levantarse por medio del libre albedrío, incluso alardea de poder hacerlo. Aquí empero aprende otra cosa: lo que lo levanta es la gracia, antes que cualquier albedrío y más allá de su propio albedrío.

v.27. (Si fuese el número de los hijos de Israel como la arena del mar), tan sólo el remanente será salvo.

El término "remanente" aparece en los escritos proféticos con cierta frecuencia, así como también el pensamiento que el apóstol expresa en este pasaje.

He aquí algunos ejemplos:

Is. 4:3: "Y acontecerá que el que quedare en Sion, y el que fuere dejado en Jerusalén, será llamado santo; todos los que en Jeru-

salén estén registrados entre los vivientes".

Is. 46:3: "Oídme, oh casa de Jacob, y todo el resto de la casa de Israel".

Is. 65:8,9: "Como si uno hallase un grano en un racimo de uvas[29], y dijese: No lo desperdicies, porque bendición hay en él; así haré yo por mis siervos, que no lo destruiré todo. Sacaré de Jacob descendencia", quiere decir, un remanente, etc.

Am. 3:12: "De la manera que el pastor libra de la boca del león dos piernas, o la punta de una oreja, así escaparán los hijos de Israel".

Mi. 2:12: "Recogeré el resto de Israel".

Así también Mi. 5:7: "El remanente de Jacob será en medio de muchos pueblos como el rocío que viene del Señor".

En esta forma, y en muchos otros pasajes más, los apóstoles y los fieles de entre los judíos son llamados "el remanente" o "el resto" o aun "las heces del pueblo de Israel", como si la parte mayor y más valiosa del pueblo tuviera que ir a la perdición. Por esto dice también el Señor en Is. 49:6: "Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures las heces de Israel; también te di por luz de las naciones".

Asimismo, Sal. 78:3: "Hizo morir a los más robustos de ellos, y derribó a los escogidos de Israel", quiere decir: las heces fueron salvadas, y los de condición más humilde; pero los mas nobles fueron enceguecidos, como cuando se tira el racimo entero, y se retiene una uva sola.

WA 406 Representación de este remanente son, pues, los pocos pobres que fueron dejados en el país en ocasión del destierro a Babilonia, cuando el rey y la reina, los príncipes y los profetas, es decir, los poderosos, los sabios y los santos, fueron obligados a emigrar (comp. 2 R. 24:12 y ss.). Así también los judíos de hoy día han emigrado a la verdadera Babilonia de la incredulidad, todos los más nobles; sólo unos pocos han quedado atrás. Esta emigración es la que llora Jeremías en sus Lamentaciones (1:3 y ss.), porque su espíritu profético ve que lo que sucedió en aquel entonces es una premonición de lo que está sucediendo en nuestros días.

Prefiguración del «remanente de Israel» es también aquel esclavo de un amalecita (1 S. 30:11 y ss.) que fue abandonado por su amo, en tanto que éste siguió adelante con su turba y su botín. Por esto dice Isaías, refiriéndose al tan pequeño remanente de Israel: "E Israel huirá despavorido, y los árboles que queden en su bosque serán de tan escaso número que un niño los podrá contar" (Is. 10:18,19). Los árboles del bosque son el pueblo de la sinagoga.

[29] Cit. según la Vulgata: *Si invenitur granum in botro.*

Allí están, uno al lado del otro, altísimos todos, tal es la gallarda multitud de sus hijos.

"Remanente" se llaman también por haber permanecido en su lugar, como lo demuestra esta cita de Isaías. Habiendo arrojado a la perdición a todos los demás, Dios retuvo para sí a estos pocos solamente, como semilla para otro pueblo.

v.28. Pues Dios consuma y abrevia su palabra en (o: para) justicia[30].

Este "consumar" y "abreviar" se refiere al espíritu y a la letra; quiere decir: la carne y la sabiduría de la carne no es de ninguna manera capaz de captar la justicia y sabiduría de Dios. Es preciso, por lo tanto, que esa misma palabra de la justicia y sabiduría, o sea, la palabra de la fe, sea resumida y abreviada, de suerte que no pueda ser extendida en absoluto a la carne y su sabiduría y justicia, ni la incorpore en sí, ni sea incorporada por ella. De ahí que los hombres carnales forzosamente tengan que escandalizarse con esta palabra, permanecer al margen de ella, y ser "acortados" o cortados por ella.

Pues antes de que fuera revelada esta palabra de la fe, la palabra del Espíritu, todo estaba envuelto en figuras y sombras (comp. Col. 2:17), por culpa de la indolencia espiritual de los judíos. En aquel entonces la palabra se hallaba en un estado no consumado e imperfecto, y por ende fácilmente inteligible para todos, ya que se valía de figuras para hablar de las cosas que podían ser percibidas por los sentidos. Pero ni bien Dios comenzó a excluir lo sensorialmente perceptible y las figuras, y a hablar la recóndita palabra del Espíritu, que es la palabra de la fe, y a promulgar así una palabra consumada y perfecta, se hizo necesario también que dicha palabra fuera al mismo tiempo "abreviada", quiere decir, que se eliminara de ella todo lo que tiene que ver con signos y figuras, todo lo que es captado por los sentidos. Y a raíz de ello fueron también "abre- WA
viados" todos aquellos que adherían a lo sensorialmente perceptible 407
y a las figuras —o mejor dicho: la palabra misma fue abreviada por todos ellos.

Mas el hecho de que el apóstol optara por decir "Dios abrevia la palabra" en lugar de la cosa (indicada por la palabra), fue lo que causó la caída de aquéllos. Pues Dios desechó la realidad visible, y

[30] *Verbum enim consummans et abbrevians in iustitia.* El verbo *consummare* puede tener el significado de 'resumir' y también de 'completar'; *abbreviare* puede ser 'abreviar' y '(a) cortar'. Bueno es tenerlo en cuenta para entender mejor la dialéctica de Lutero en estos párrafos.

no puso al alcance del hombre lo futuro, invisible, sino que se limitó a colocar entre ambos su palabra. Por esto, "el que no creyere, no permanecerá" (comp. Is. 7:9). No permanecerá porque no se da por contento con la palabra y porque se fastidia ante el hecho de que se le niegue la realidad que la palabra indica.

Para aquellos empero que se "abrevian" y "consuman" también a sí mismos, esta palabra ha sido consumada y abreviada para que mediante ella obtengan la justicia; a los demás en cambio, la "abreviación" y "consumación" de la palabra los conduce al pecado y a la injusticia por cuanto no la creen. Pues se trata de una "palabra consumada y abreviada *para justicia*", quiere decir, todos los que creen esta palabra, son justos. Pero sólo creerán cuando sometan su intelecto a lo invisible y cuando se "corten" o desprendan de la consideración de todo lo visible. Es que la palabra de Dios es una palabra "abreviada" también en el sentido de que está cortada y separada de todas las cosas visibles: respecto de estas cosas no nos da promesa alguna ni nos las ofrece; al contrario: las niega todas, las "abrevia", y nos exhorta a que también nosotros las neguemos. Y esto lo hace porque es una palabra "consumada", o sea, perfecta, que no puede transmitirnos sino lo que es perfecto y completo. Pues toda palabra que significa o anuncia algo visible o creado, aún no es consumada ni perfecta, precisamente porque anuncia no el todo, sino sólo una parte, es decir: lo que anuncia, no alcanza para saciar al hombre *entero*, sino sólo a una *parte* de él, quiere decir, no hace más que lisonjear su carne y sus sentidos. Pero si ha de anunciar lo que es perfecto y lo que sacia al hombre entero, necesariamente tiene que anunciar a Dios solo, y nada de lo que sacia a la carne, es decir, nada creado o visible. De ahí que la misma "consumación" implique "abreviación", y viceversa: al ser "abreviada", la palabra es "consumada". ¿Consumada en bien de quién? En bien del espíritu, porque le anuncia lo que es provechoso para él. En cambio, la "abreviación" de la palabra va en contra de la carne, porque niega todo cuanto podría considerarse un bien carnal. Por otra parte, la palabra "de la letra[31] y de la figura" antigua era imperfecta y no consumada, por cuanto hablaba —y así era entendida también— de bienes y promesas temporales, y por esto mismo fue prolongada y "estirada" más bien que abreviada, porque hacía que el espíritu quedara siempre más alejado y separado de las cosas que eran buenas para él, o del *conocimiento* de las cosas que eran buenas para él[32].

[31] Comp. Ro. 2:29; 7:6; 2 Co. 3:6.

[32] Comp. *La Libertad Cristiana*, Obras de M. Lutero, Edit. Paidós, Bs. As., tomo I, pág. 151.

En pocas palabras: WA 408

Así como la palabra que anunciaba una Ley entendida carnalmente era una palabra imperfecta, estirada o prolongada,

así la palabra del Espíritu, es decir, de la Ley entendida espiritualmente, es una palabra consumada y abreviada.

La palabra entendida carnalmente era una palabra imperfecta, porque se limitaba a señalar, sin poder dar realmente lo que señalaba. Por esto también se la estiraba y prolongaba, porque conducía más y más a lo imperfecto y carnal, dado que fue imposible para ella ofrecer lo que es espiritual mientras se la trataba y entendía como algo carnal —así como, mientras se tome la señal por la cosa señalada, todavía no se está en posesión de la cosa señalada. Y así, esta misma palabra ha sido al final no una palabra "para justicia" sino más bien para injusticia, mentira y vanidad.

La palabra del evangelio, por otra parte, es una palabra consumada, pues lo que señala, esto también lo ofrece y da, a saber: la gracia. Y por esta razón es también una palabra "abreviada": no difiere lo que señala; antes bien, lo acorta, le "corta" todo lo que podría dilatar e impedir su recepción. Por esto se dice que es una palabra "abreviada en o para justicia": porque ayuda a conseguir la justicia a todos aquellos para los cuales es consumada y abreviada. Y esto se hace efectivo por medio de la fe.

Corolario

La palabra de la ley nueva y la de la ley antigua es, en realidad, una y la misma palabra, y sólo conforme a nuestro entendimiento o nuestra falta de entendimiento se la describe como consumada o no consumada, breve o larga. Pues los que enfocan incluso el sacrosanto evangelio[33] de una manera irreverente o incorrecta (como p.ej. los herejes y ciertos teólogos de ideas raras)[34], hacen que para ellos, la palabra consumada y abreviada se torne en no consumada y larga, vale decir, vana, inútil, mentirosa. Pues la palabra de Cristo sólo se puede captar mediante la negación y prescindencia de todo lo demás, quiere decir, si previamente ponemos en prisión nuestro intelecto y mantenemos todos nuestros sentidos en humilde sujeción. Pero como los más persisten en su irreverencia y no captan la palabra, o mejor dicho no se dejan captar por ella, apenas un remanente es salvado, y la palabra es abreviada en aquellos que perecen,

[33] Comp. la sexagésima segunda de las *95 Tesis* de Lutero (año 1517), *Obras de M. Lutero,* Edit. Paidós, Bs. As., tomo I, pág. 12.

[34] Comp. pág. 180, nota 26.

pero consumada en los que creen. Y esta abreviación y consumación es la que llamamos "alegórica", o sea, el significado literal de la palabra espiritual, que sin embargo, proviene del significado "moral". Pues como la palabra del Espíritu desecha todo orgullo y confianza en el propio saber, es preciso también que deseche de igual manera a todos los soberbios y a los que se jactan de su propia sabiduría, y que sea separada de ellos. De tal modo, la abreviación tropológica[35] conduce a la abreviación alegórica. Y dado que la abreviación tropológica consuma y perfecciona la humildad y el sentido de la sumisión, consuma también y perfecciona a todos
WA los hombres humildes y de mente sumisa. Y así es como la consu-
409 mación moral trae consigo la alegórica.

Por consiguiente: la fe es la consumación y la abreviación y el compendio de la salvación – si admitimos que la palabra abreviada no es otra cosa que la fe. ¿Y cómo podemos probarlo? La palabra abreviada no es abreviada para nadie a menos que se la reconozca como tal. Este reconocimiento empero nos lo puede suministrar la fe únicamente. Luego, la fe es la vida y la palabra viviente en forma abreviada. Ahí tienes cómo la fe es una breve "comprobación de lo que no se ve" (comp. He. 11:1), es decir: cómo separa de todas las cosas, cómo lo abrevia todo. Así también el creyente se separa por medio de su fe de todas las cosas, como uno que se atiene a lo que no se ve. Además, la fe es la palabra consumada, puesto que es la "certeza de lo que se espera" (He. 11:1), es decir, la posesión de y el poder sobre las cosas futuras, que son eternas, pero no sobre las presentes; de éstas nos separa.

"En equidad", agrega el apóstol, o *"en justicia"*. Pues también la palabra de la letra muerte es una palabra consumada y abreviada, pero en sentido contrario, a saber, en o para injusticia. En efecto: así como la palabra del Espíritu "consuma" a la humildad y a los humildes y "abrevia" a la soberbia y a los soberbios, en otras palabras: así como la palabra del Espíritu hace perfectos a los hombres espirituales y destruye a los carnales; así como perfecciona la sabiduría del Espíritu y hace desaparecer la sabiduría de la carne; así como edifica a Jerusalén y derriba los muros de Jericó[36] – así la palabra de la letra muerta produce el efecto contrario: consuma y endurece a los soberbios y destruye a los humildes; perfecciona la sabiduría de la carne y hace desaparecer la sabiduría del Espíritu; derriba los muros de Jerusalén y edifica a Jericó. Y de esta manera, la palabra del Espíritu es consumada y abreviada "en justicia", la

[35] Tropológico = aplicado a un caso o una situación concretos, actuales.
[36] En la interpretación moral que Nicolás de Lyra hace de Jos. 6, Jericó aparece como "la ciudad del diablo", Jerusalén como "la ciudad de Dios".

palabra de la letra muerta en cambio es consumada y abreviada "en injusticia".

Está claro, pues, que aquellas dos palabras se refieren a dos cosas opuestas: el término "consumado" se refiere al punto final, el término "abreviado" al punto de partida. Pues la expresión "consumado" muestra a dónde conduce tal palabra, a saber, a la perfección de la justicia; la expresión "abreviado" a su vez muestra de qué nos separa esa misma palabra, a saber, de la "sabiduría de la carne" y de la injusticia. Por lo tanto, para aquellos que no quieren ni lo uno ni lo otro, la palabra permanece no obstante "abreviada": los deja atrás en la carne y en la injusticia.

Pasa con esta palabra como con una capa o una cobija que fue acortada: si cubre al uno, deja descubierto al otro, Is. 28:20: "Porque la cama es tan angosta que el uno se cae de ella; y la cobija es tan corta que no alcanza para cubrir a los dos". Así es "angosta" también la palabra de la fe, de modo que no puede ofrecer reposo a ambos hombres: uno de los dos, a saber, el hombre viejo, se cae de ella y queda postrado en el suelo, porque no la capta. Y la misma
cobija no cubre a ambos, sino únicamente al hombre nuevo. Muy WA
perfecta y consumada es, por lo tanto, la palabra, puesto que 410
"consuma" al hombre en forma admirable y sobreabundante. Pero también es muy breve, puesto que a ningún hombre viejo lo consuma, sino que lo hace "quedar corto" en todo. Por ende, lo que el texto quiere decirnos es: El Señor hará una consumación, pero muy breve y angosta. Pues en el caso de la mayoría de los hombres, la palabra será abreviada, porque abreviará al viejo hombre entero conforme a la perfección de la consumación; a la magnitud de esa perfección corresponde también la magnitud de la abreviación. Ahora bien: casi todo el pueblo era carnal y se vanagloriaba de la carne. Por esto se hizo en el caso de ellos una abreviación muy marcada, proporcionada al número enorme de hombres carnales. Y no habría sido de extrañar si *todos* hubiesen quedado abreviados, porque todos eran hijos de la carne y descendientes de sus padres de acuerdo con el hombre viejo; sólo que el Señor dejó un remanente en calidad de simiente.

Así que "la consumación abreviada hizo sobreabundar la justicia" (comp. Is. 10:22). Cosa asombrosa, por cierto: ¿aquí sobreabunda la justicia, aquí hay una consumación, y sin embargo, esta consumación es breve y angosta? ¿Dónde se ha visto jamás una inundación "angosta"? ¿Dónde se ha visto algo que es al mismo tiempo consumado y estrechado, perfeccionado y reducido, disminuido y aumentado, llenado y vaciado? Pero esto mismo es lo que *ocurrió aquí*: aquí hubo algo que apareció vestido con esplendor y cubierto, y sin embargo, al mismo tiempo casi totalmente desnudo y despojado; aquí hubo una promesa de Dios consumada,

y sin embargo a la vez abreviada para casi todo el mundo. Pero para quienes fue consumada, lo fue para otorgarles justicia en medida sobreabundante.

v.33. El que creyere (en él), no será avergonzado.

El texto hebreo tiene: "El que creyere, no se apresure" (festinet). Esto lo podemos armonizar de la siguiente manera: El que cree en Cristo, tiene la conciencia tranquila y es un hombre justo, porque "está confiado como un león", al decir de la Escritura (Prov. 28:21), la cual afirma además: "Ninguna adversidad acontecerá al justo" (Prov. 12:21), mientras que "el impío huye sin que nadie lo persiga" (Prov. 28:1). Hay otros pasajes más que expresan la misma verdad: Is. 57:20: "Los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto". Is. 57:21; 48:22: "No hay paz, dice el Señor, para los impíos". Sal. 1:4: "No así los impíos, sino que son como el polvo que el viento se lleva". Lv. 26:36: "El sonido de una hoja que se vuela los espantará". Is. 30:15 y ss.: "Así dice el Señor Dios, el Santo de Israel: Si os volviereis y permanecieréis en reposo, seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza. Y no quisisteis, sino que dijisteis: No, antes huiremos en caballos; por tanto, vosotros huiréis. Sobre corceles veloces cabalgaremos; por tanto, serán más veloces vuestros perseguidores. Un millar huirá a la amenaza de uno" etc. El sentido es, entonces:
WA El que cree en Cristo, no se apresurará, no huirá, nada lo aterrará,
411 porque ya no hay nada que pueda infundirle temor; está en pie, firme, tranquilo, fundado sobre una roca inamovible, tal como se lo enseñó el Señor (Mt. 7:24). Pero el que no cree en Cristo, éste sí "se apresurará", quiere decir, huirá, y sin embargo no podrá escapar cuando lo acosen la tribulación, la angustia, y más que nada, el Juicio final. Pues esta es precisamente la pena de los condenados, y su desasosiego que no terminará jamás: el estar huyendo de Dios, sin poder escaparle. Esta es, en efecto, la actitud de toda mala conciencia que se ha olvidado de Cristo, como leemos en Dt. 28:67: "Por la mañana dirás: ¡Quién diera que fuese la tarde! por el miedo de tu corazón con que estarás amedrentado". "Pues el Señor te dará un corazón temeroso, y un alma consumida por la tristeza" (Dt. 28:65).

A ese horror empero, y a esa huida de la conciencia que quisiera escapar de Dios, se refiere el apóstol al decir que la conciencia "será avergonzada" o "confundida" (*confundetur*), Cabe aquí la sentencia de Plinio: "A ningún ser viviente el temor le causa tanta confusión como al hombre"[37]. ¡Cuán exactamente coincide por lo

[37] Plinio el Viejo, *Naturalis Historia* VII, 5.

tanto la versión nuestra con la de los Setenta! Pues cuando ésta (la Septuaginta) dice: "No será confundido", se refiere a esa confusión y perturbación de la conciencia que resulta del terror y del pavor, y que hace que se esfume toda capacidad de pensar y planear ordenadamente, de modo que el hombre no busca más que escapar, y sin embargo no encuentra la salida. Es como cuando en un tumulto bélico se produce un momento de confusión en que todos son presa de pánico y terror: éste corre para un lado, aquél para otro, y el desbande se hace general. Tal es el castigo de los que mueren o mejor dicho de los que padecen estando separados de Cristo: quedan perturbados a tal punto que ya no saben en absoluto qué están haciendo.

San Jerónimo, al cual adhiere también Lyra, dice: "La frase 'éste no se apresurará' significa: él no cree que la venida del Señor esté cercana. No le pasa como a los fieles en Tesalónica que vivían en zozobra y amedrentados como si el día del Señor ya estuviera ante las puertas. No; el que cree en Cristo no es tan pusilánime como para que cualquier tribulación le haga temer en seguida que ya ha llegado el Día del Juicio"[38]. No llego a entender bien qué se quiere decir con esta interpretación. No diré que hay que descartarla; pero tampoco intentaré entrar en discusión acerca de ella, pues para esto me falta el tiempo.

Hay otra interpretación posible – también yo fui en un tiempo partidario de ella – pero es casi demasiado forzada, a saber: WA
El que cree en Cristo, no se apresura con celo insensato ni corre 412
cual demonio que en medio del día destruye (comp. Sal. 91:6) a juzgar a los demás y a excusarse a sí mismo, sino que es de pensar humilde y acepta que se lo instruya y guíe. Pues hay muchos que con el fuego del novicio extienden sus manos hacia el cielo y hacia la justicia y la sabiduría en un fervor exagerado que el diablo se encarga de incentivar, con el resultado de que, exhaustos tras la primera arremetida, se convierten luego en inútiles, enemigos de todo esfuerzo sano, tibios y totalmente desganados dondequiera que se trate de hacer el bien, porque se derramaron como agua ya en la etapa inicial. De este modo, "los bienes que se adquieren de prisa al principio, no serán al final bendecidos" (Prov. 20:21), y como dice San Agustín en su *Libro de la vida bienaventurada:* "Lo que se encara con excesivo ardor, suele terminar en gran disgusto"[39].

[38] Jerónimo, *Comment. in Isaiam IX, 28.*

[39] *Liber de beata vita,* un diálogo en que se demuestra que la felicidad verdadera radica en el conocimiento de Dios. Ni en esta ni en otra obra de Agustín se halla el dicho citado por Lutero.

Hay también otros que son muy presurosos y prontos para juzgar e instruir a los demás y para exigir que se esté atento a lo que dicen ellos, pero tardos cuando son ellos mismos los que han de ser juzgados e instruidos y cuando ellos deberían estar atentos a lo que dicen otros. Muy diferente es el modo de actuar de la persona que cree en Cristo; ésta se atiene a lo que dice Santiago: "Todo hombre sea tardo para hablar, pronto para oir" (Stg. 1:19).

Cabe agregar todavía esta observación: El equivalente griego del *confundetur* no se usa en la acepción latina y propia que acabamos de detallar, a saber, la de "causar confusión y disturbio", sino que allí el *confundetur* significa: "tendrá que avergonzarse" o "se ruborizará". Por esta razón, el "apresurarse" del latín y el "ruborizarse" o "avergonzarse" del griego concuerdan en el sentido de que el avergonzado es reacio a aparecer en público, y por eso trata de huir y de permanecer oculto. Su decir es: "Caed, montes, sobre nosotros" (Os. 10:8; Lc. 23:30). Así, el avergonzarse conduce al apresurarse, es decir: presa del horror, el hombre se da a la fuga. El que cree en Cristo, no huye; porque seguro de poseer a Cristo, no será avergonzado ni tendrá que ruborizarse.

Podemos decir entonces que ambas versiones expresan lo mismo, sólo que la Septuaginta apunta a la causa, y el texto hebreo[40] al efecto, como es frecuente también en otros pasajes. Pues al avergonzarse y ruborizarse le sigue al apresuramiento del que siente un horror a ser visto por los demás.

[40] El "texto hebreo" son las enmiendas al texto de la Septuaginta hechas por Jerónimo en su Comentario sobre Isaías.

Capítulo 10 WA 413

v.2. Tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia.

La actitud descrita aquí por el apóstol es una verdadera monstruosidad; es la que, esencialmente y más que ninguna otra, obstaculiza la fe, anula la obediencia, y convierte a los hombres en seres de dura cerviz e incorregibles. Ejemplos patentes son los herejes y los cismáticos. Adoptando un aire de gente que no puede equivocarse, se aferran obstinadamente a su "buena intención", y hacen estribar su salvación enteramente en el hecho de que los impulsa esa buena intención y el celo por la causa de Dios. A personas como éstas, la Escritura las llama propiamente "depravadas" o "encorvadas" en cuanto a su corazón, y "corruptas" en cuanto a su mente: aun cuando no sean corruptas en lo que se refiere a la carne, es decir, aunque no estén afectadas por vicios corporales, sí lo están por vicios espirituales en cuanto que insisten con tanta terquedad en su opinión y en el "bien espiritual" que se metieron dentro de la cabeza. Es contra ellos que se dirige la Virgen María al decir: "Esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones" (Lc. 1:51). A esta categoría pertenecen muchos dignatarios eclesiásticos y civiles de nuestros días que, movidos por el celo de Dios y su buena intención, descuidan sus tareas específicas y se meten en negocios que no les incumben; y además, todos aquellos que, cayendo en la trampa del diablo, dejan a un lado una buena obra de aspecto modesto a la que debieran dedicarse, para correr tras una obra más importante, o que por lo menos tiene apariencia de más importante. Pues este celo es la mente y la cabeza de la serpiente antigua[1]; es la causa y fuente de todas las discordias, el padre de la soberbia, de la pertinacia y de la incredulidad. A causa de la salvación, impide la salvación.

[1] Comp. Ap. 12:9; 20:2.

Debemos tener presente, por lo tanto, que ese "tener celo de Dios conforme a ciencia" significa: tener celo de Dios en piadosa ignorancia y en tinieblas espirituales, es decir, no tener de cosa alguna, aunque parezca ser Dios en persona y en toda su gloria, un concepto tan elevado como para no estar siempre dispuesto, con todo temor, a dejarse guiar, dirigir e instruir hacia un bien hacer cualquiera, por insignificante que sea. En otras palabras, lo que ese "tener celo de Dios conforme a ciencia" requiere es: dejar de lado el propio saber, sentir y pensar, en completa indiferencia a toda exigencia, sea que provenga de Dios o de un hombre o de una criatura cualquiera[2]. Las personas que viven de esta manera, nada saben de "escoger"; antes bien, esperan hasta que se las escoja y llame. Por esto se dice en el Salmo 18:26: "Con el escogido serás escogido"[3] y no: "Serás escogido por el que, por su parte, escoge".

Hombres tales son de carácter suave y dócil, semejantes al oro que también es dúctil y maleable de modo que se le puede dar la forma que uno quiera. Por esto las Sagradas Escrituras hacen una diferencia entre "recto" y "bueno", como p.ej. en el Salmo 125:4: "Haz bien, oh Señor, a los buenos, y a los que son rectos en su corazón. Mas a los que se apartan tras sus perversidades" (i.e., a los que van por sus sendas depravadas, en oposición a la rectitud y apartándose de ella), "el Señor los llevará con los que hacen iniqui-
WA dad", esto es, con los que hacen un bien al que ellos, conforme a
414 su depravado modo de pensar, asignan un valor que en realidad no tiene. Esta expresión "rectitud", cuando bien traducida, se suele traducir con "equidad" o "justicia", de modo que la justicia recta es el bien correcto, la justicia depravada en cambio, o propia, es el bien perverso y depravado. "Los perversos difícilmente se pueden corregir", leemos en Ecl. 1:15, por lo que dice también el Sal. 45:6: "El cetro de tu reino es un cetro de justicia", o dicho de otro modo, "un cetro que señala en una dirección", a saber, "en dirección hacia la rectitud", porque "el Señor encaminará por el juicio a los humildes" (comp. Sal. 25:9), es decir, a los que no saben nada, a los que se abstienen de guiarse por su parecer y sus ideas propias. "Tener celos conforme a ciencia" significa por lo tanto: no saber nada de aquello por lo cual se es celoso. Pues saber que no se sabe nada, esta es precisamente la "ciencia" conforme a la cual los judíos no tienen celo. Ellos son muy conscientes de su "saber". Así que: el que sabe que no sabe nada, es una persona mansa y dócil, que no opone resistencia, sino que está dispuesta a dar la mano a todos.

[2] Nuevamente, Lutero adopta el lenguaje de la mística, para deslindar la vida regida por la fe de toda percepción objetiva.

[3] Vulgata, Sal. 17:27: *Et cum electo electus eris.*

v.6. (No digas en tu corazón:) ¿Quién subirá al cielo?

Es verdad que Moisés (Dt. 30:12) usa estas palabras en otro sentido. Pero su profundo conocimiento espiritual lo capacita al apóstol para descubrir la médula de aquella frase, y así la emplea como un argumento contundente para enseñarnos que la Escritura entera, si la miramos por dentro, habla por doquier de Cristo y de Cristo sólo, aun cuando por fuera, en cuanto que es figura y sombra, parezca decir otra cosa. De ahí también la afirmación de Pablo: *El fin de la ley es Cristo* (Ro. 10:4), es decir, todo cuanto hay en las Escrituras, va dicho en dirección hacia Cristo (*Omnia in Christum sonant*). Que esto es la pura verdad, el apóstol lo demuestra con esta frase que no tiene absolutamente nada que ver con Cristo, y sin embargo señala hacia él.

Se pueden dar varias interpretaciones diferentes a estas palabras.

Una primera interpretación es la que dí en mi Glosa: el apóstol hace una comparación entre dos tipos de "Justicia", asignando a la justicia proveniente de la ley la "obra", y a la justicia proveniente de la fe la "palabra". Pues para la ley se requería la obra, mas para la palabra se requiere la fe. (Para la obra se requería la ley, a fin de que se supiera qué se debía hacer; pero para la fe se requería la palabra, a fin de que el hombre no intentase saber sino que creyera). La justicia de la ley, por lo tanto, tiene como base la obra realizada, la justicia de la fe en cambio tiene como base la palabra creída. De qué palabra se trata, lo expresa el apóstol con la frase: *No digas (en tu corazón)*, Ro. 10:6; o sea, la palabra que debe ser creída no es otra que ésta: Cristo murió y resucitó.

De ahí que estas locuciones negativas e interrogativas incluyan
afirmaciones que son mucho más categóricas aún, como p.ej.: WA
"¿Quién subirá al cielo?", i.e.: Di con plena convicción que Cristo 415
subió al cielo, y serás salvo. Y no dudes en absoluto de que haya subido al cielo; porque esta es la palabra que te dará la salvación. He aquí el camino que nos enseña la justicia que proviene de la fe, el camino corto que lleva directamente a la salvación. En cambio, la justicia que proviene de la ley es un largo rodeo que nos hace caminar en círculo. Ejemplo de ello es la marcha de los hijos de Israel por el desierto.

Una segunda interpretación es la de Faber Stapulensis,[4] quien opina que al escribir estas palabras, Moisés tenía en mente la justicia de Cristo, su descenso al infierno y su ascención al cielo. Así lo

[4] En su comentario sobre este pasaje.

refleja la traducción que Faber hizo de este pasaje: "Pero de la justicia que proviene de la fe, Moisés dice: '¿Quién subirá al cielo?', lo que apunta al descenso de Cristo. O '¿Quién descenderá al abismo?', lo que apunta al retorno de Cristo de entre los muertos". Es evidente, pues, que Faber relaciona las partículas 'esto es' o 'esto significa' con aquellas oraciones interrogativas '¿quién ascendió?' y '¿quién descendió?', y no con la expresión 'no digas'. Sin embargo, su interpretación es tan forzada y confusa que nadie llega a descubrir qué sentido tiene.

En tercer lugar tenemos a Erasmo[5]. El cree que el texto no ofrece dificultad alguna, y que los expositores se han devanado los sesos inútilmente. Según Erasmo, el apóstol ve en las palabras de Moisés una reprimenda dirigida contra personas que no creen a menos que tengan ante sus ojos la clara evidencia de los hechos, de modo que la pregunta: "¿Quién subirá al cielo?" significa: "No digas: Cristo no está en el cielo, aunque no lo veas, sino cree solamente". Pues el que no lo cree, y dice: "¿Quién subirá al cielo", hace exactamente lo mismo que aquel que niega que Cristo está en el cielo, o que pide que se le dé una prueba para que pueda creerlo.

Sea esto como fuere, lo que el apóstol quiere decirnos es que toda la justicia que lleva al hombre a la salvación, depende de la palabra, por medio de la fe, y no de la obra, por medio del conocimiento. Este es también el motivo por qué Dios expresa por boca de todos los profetas siempre de nuevo esta sola queja: que el pueblo no quiere escuchar su voz. Además, lo que el Señor encomendó a los profetas no fueron obras, sino palabras y mensajes. En Jer. 7:21 p. ej. dice expresamente: "Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Añadid vuestros holocaustos sobre vuestros sacrificios, y comed carne. Porque no hablé yo con vuestros padres, ni nada les mandé acerca de holocaustos y de víctimas el día que los saqué de la tierra de Egipto. Mas esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo". Y en Is. 1:10 ss.: "Príncipes de Sodoma, oíd la palabra del Señor, escuchad la ley de vuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué me sirve WA 416 la multitud de vuestros sacrificios?" Y luego añade (v.19): "Si quisiereis y me oyereis, comeréis el bien de la tierra". Y al final del mismo libro profético (Is. 66:2ss.), el Señor dice: "¿A quién miraré sino a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra? El que sacrifica buey es como si matase a un hombre; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo" etc. "Todas estas cosas escogieron en sus propios caminos" etc.

[5] En sus *Annotationes* sobre este pasaje.

Esto empero (escuchar la palabra del Señor etc.) sólo es posible por medio de la fe. La fe deja ciega a toda la sabiduría de la carne y hace que no sepamos nada, que estemos dispuestos a ser instruidos y guiados, a escuchar a Dios y a cederle el paso. Pues lo que Dios exige no es el gran número de buenas obras, sino la muerte del viejo hombre. Pero este hombre viejo puede ser muerto sólo por medio de la fe, que nos hace quedar pequeños a nuestros propios ojos y no sujeta a los demás. Pues toda la vida del viejo hombre tiene su asiento en la mente, el sentido, la sabiduría y la prudencia de la carne, así como la vida de la serpiente tiene su asiento en su cabeza. Una vez aplastada esta cabeza, todo el hombre viejo queda sin vida. Y esto, como ya dije, lo efectúa la fe en la palabra de Dios. Y no sólo en la palabra que procede directamente del cielo, sino también en aquella que hasta el día de hoy nos llega por boca de cualquier hombre piadoso, y en particular, de un superior eclesiástico.[6] Esta es la razón por qué los incrédulos son tan contenciosos y por qué siempre se escandalizan de la palabra de la fe: donde debieran creer, exigen pruebas, partiendo siempre de la presunción de que ellos ven dónde está la verdad, mientras que todos los demás están errados. Pues en un hombre que no acepta lo que dicen otros ni tampoco se deja apartar de su convicción de que él tiene razón –en un hombre tal, con toda seguridad vive todavía el viejo Adán, y Cristo aún no resucitó en él.

Por eso, Dios esconde la más preciosa obediencia en igual medida bajo obras importantes y obras de menor lucimiento. No se fija en la diferencia que pudiera haber entre las obras, sino exclusivamente en el valor de la obediencia. Y esto explica también por qué la prudencia de los necios siempre tiene puestas sus miradas en la obra humana más que en la palabra divina, y por qué se pone a sopesar la calidad de las palabras de acuerdo con la calidad mayor o menor de las obras. Donde el valor de una obra era escaso, el necio inmediatamente llega a la conclusión de que también el valor de la palabra es escaso, y en consecuencia la desprecia. Es que todavía sigue muy viva la "prudencia de la carne" que discierne entre el bien y el mal, y que nació del pecado que los primeros hombres cometieron al comer del árbol de la ciencia del bien y del mal (comp. Gn. 2:9).

La prudencia de los hombres espirituales en cambio no sabe de obras "buenas" ni de obras "malas" sino que siempre tiene puestos los ojos en la palabra, no en la obra, y juzga y estima el valor de la

[6] Lat. *praelatus*, "puesto delante" – prelado, superior eclesiástico constituido en una de las dignidades de la Iglesia, como abad, obispo etc. La 'American Edition of Luther's Works traduce *preacher*, predicador.

obra a base de la palabra. Por esto, aunque se trate de la más modesta de todas las obras: la "prudencia del hombre espiritual" la estimará preciosísima porque siempre ve en la palabra lo más precioso que existe.

Con esta artimaña del valor de la obra, la antigua serpiente engañó a Eva, pero no a Adán, y sigue engañando hasta el día de hoy a todos los engreídos. En efecto: lo primero que hizo la serpiente fue desviar la atención de Eva de la palabra, y dirigirla hacia la obra, insinuándole: "¿Conque Dios os ha dicho...?" (Gn. 3:1). Al punto, Eva reparó en lo baladí que era la obra, con el resultado de que comenzó a considerar baladí también a la palabra. En la misma trampa cayó también Saúl: al ver la gran cantidad de animales que podrían sacrificarse al Señor, desdeñó la orden que Dios le había
WA dado (1 S. 15:9 yss.). Y lo mismo sigue ocurriendo en la actualidad:
417 los que confían en alcanzar justicia por sus propias obras, esperan obtener una salvación tanto mayor cuanto mayores sean sus obras —la señal más segura e inequívoca de que son personas incrédulas, llenas de orgullo en cuanto a sí mismas y de desprecio hacia la palabra, por cuanto su único afán es acumular un buen número de obras. En efecto: el que sucumbe a la tentación de esperarlo todo de la magnitud de sus buenas obras, hasta el punto de que desprecia las pequeñas y admira las grandes, rehúye las modestas y se lanza sobre las deslumbrantes: éste es el hombre que al igual que los judíos y los herejes "tropieza en la piedra de tropiezo" (Ro. 9:32). Pues en este caso, Cristo se esconde bajo las humildes obras mandadas por la palabra, y deja a aquéllos a merced de sus obras sublimes que les sugiere el diablo por medio de la prudencia de la carne.

Es preciso, por lo tanto, que con todo celo, con todas nuestras fuerzas, con los ojos humildemente cerrados, pero también con toda prudencia y sencillez, escuchemos la palabra. Lo que la palabra nos dice, sea insensato o malo, grande o pequeño, esto es lo que debemos hacer, *juzgando la obra a base de la palabra, pero jamás la palabra a base de la obra.*

Hay otra señal más en que se puede reconocer a los incrédulos, y es el afán con que se dedican a las obras que el mundo considera grandes y que provocan la admiración de las masas. Pero ni bien dejan de ser admiradas y comienzan a ser consideradas obras de poco valor, se cansa de ellas también el que las hizo, y su interés en ellas se enfría,de modo que salta a la vista que en realidad no había buscado las obras, ni a Dios a través de las obras, sino más bien su vanagloria personal. Por esto tampoco le atraen las obras humildes y las que gozan de poca estima entre la gente; y sin embargo, son éstas las únicas a las que hemos de aspirar en circunstancias en que tengamos que actuar sin contar con el respaldo de una palabra divina.

Esta es, por lo tanto, la meta de los predicadores indoctos que seducen a la gente de pocas luces: hablan o leen acerca de las grandes obras que aparecen en las leyendas de los santos, y las inculcan al pueblo como tema único, levantándolas hasta las nubes. Y ese pueblo inculto a su vez, al oir que tales obras son algo que realmente vale la pena, al instante se empeña en imitarlas, con descuido total de todo lo demás —de ahí vienen las tantas promesas de indulgencias y permisos para construir y equipar templos y para aumentar el número de ceremonias— y entre tanto no se les da un bledo de lo que cada uno le debe a Dios según su estado y vocación.

Y el papa y los jerarcas eclesiásticos, que son tan generosos cuando se trata de otorgar indulgencias a favor del sostén temporal de la iglesia: ¡cuán implacablemente duros son cuando debieran otorgar no digo un bien mayor pero al menos igual por causa de Dios, gratuitamente, en consideración a las almas, conforme a aquello de que "de gracia recibisteis, dad de gracia" (Mt. 10:7)! Pero "se han corrompido, se han hecho abominables en su afán" (Sal. 14:1). Seducidos ellos mismos, seducen al pueblo de Cristo a abandonar la verdadera adoración de Dios.

En este contexto quiero relatar una historia que oí, graciosa, pero también muy aleccionadora: Cierto hombre simplón había escuchado a un predicador del tipo vocinglero que había estimulado a su auditorio a que hicieran algo muy grande por amor a Dios, y en
su afán por presentar ejemplos les había recomendado que se WA
fijaran en aquel Simeón el Estilita del que se habla en las *Biografías* 418
de los Padres[7]. Entonces, para poner en ridículo las tonterías pregonadas por aquellos charlatanes de púlpito, y para demostrar cuáles serían los frutos si los hombres pusieran en práctica las sandeces escuchadas, plugo al Señor despertar en aquel hombre la decisión de no orinar más de ahí en adelante, como obra hecha por amor a Dios. Habiendo persistido en ello por espacio de algunos días, cayó gravemente enfermo, al punto de que ya corría peligro su vida. Se le dieron muchos buenos consejos, pero los desoyó a todos. Y entonces intervino nuevamente la voluntad de Dios, esta vez para hacer desistir al infeliz de su propósito, y vean cómo: Un vecino astuto, informado de los hechos por influencia divina, se acercó a nuestro hermano y lo estimuló a que siguiera tanto más rigurosamente con su propósito, diciéndole: "¡Excelente actitud la tuya! ¡Adelante, hermano, con lo que te has propuesto! Yo también haré como tú, para demostrar a todos mis amigos que los desprecio y los odio, porque todos están en contra mío, como los

[7] *Vitae Patrum*, I, *Vita S. Simeonis Stylitae*, 5, Patrol. Ser. Lat. LXXVIII, 528.

tuyos están en contra de ti". Al oir aquél que su "gran obra" era vilipendiada y despreciada entre los hombres de una manera tan grosera, al extremo de que decían que la hacía no porque los amaba a ellos, sino porque los odiaba, inmediatamente quedó curado, y dijo: Si dicen que lo hago por ese motivo, no lo haré más. Como se ve, esta era la úlcera mortal en su corazón: que había emprendido su acción por causa de los hombres. Ni bien extirpada esta úlcera, el hombre recobró la salud. ¡Oh, consejo más que prudente, que sólo un Maestro como Dios puede darnos! ¡Cuán directamente atacó a la enfermedad! Por consiguiente, las obras de los santos no deben ser predicadas en forma irrestricta, es decir, no hay que recomendárselas a los hombres para que las imiten tal cual, sino que es preciso agregar: "Este hombre vivió en su estado de tal y tal modo, como ejemplo para ti, a fin de que tú obres de manera semejante en el estado tuyo, pero no para que hagas lo mismo que él, desertando así de tu propio estado e invadiendo el de él".

v. 10. Porque con el corazón se cree para justicia.

Es como si el apóstol dijera: No hay obras ni sabiduría ni empeño ni riquezas ni honores que le sirvan a uno para alcanzar la justicia —aunque hoy por hoy son muchos los que esperan recibir indulgencias de las penas por sus pecados a cambio de una ofrenda de dos moneditas. Y muchos otros hay que se tienen por justos por lo mucho que saben, leen, enseñan, o porque ocupan un puesto de privilegio y ministran en cosas sagradas. Sin embargo, esta es una forma nueva de alcanzar la justicia, en contra y por encima de Aristóteles, quien sostenía que la justicia es el producto de nuestras acciones, incluso de las más superficiales, con tal que sean realizadas con frecuencia. Pero esta es una justicia civil, quiere decir, una justicia que no cuenta con la aprobación de Dios. La justicia verda-
WA 119 dera, entonces, es aquella que resulta cuando de todo corazón se cree lo que dicen las palabras de Dios, como ya se destacó antes (Ro. 4:3): "Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia". Mas cuando la "justicia" de nuestro filósofo es desglosada de esta suerte en justicia distributiva, conmutativa, y finalmente, justicia general,[8] ello se debe a cierto ofuscamiento mental, o a la sabiduría

[8] *Iustitia distributiva* — la que determina la proporción que ha de existir en la distribución de recompensas y castigos. *Iustitia commutativa* — la que regula la proporción que debe existir entre las cosas cuando se cambian por otras. *Iustitia generalis* –la correcta disposición del alma frente a Dios y al prójimo, y de una potencia frente a la otra. La discusión básica acerca de estas clasificaciones se halla en Aristóteles, *Moral, a Nicomaco*, V, 5. Comp. WA 56, 419, 3 nota.

humana que sólo se interesa en asuntos terrenales que pueden ser tratados racionalmente, ámbito en el cual bien puede ocurrir que uno no tenga deuda ni cosas que compartir con nadie, otra las tenga con unos pocos, y aún otro con muchos. Pero en el caso de la justicia de Dios, el hombre es deudor de todos, por cuanto "se hace culpable de todos" (Comp. Stg. 2:10). Al Creador, al que ofendió, le adeuda gloria y una vida vivida en inocencia; a la criatura empero le adeuda un uso y una cooperación correctos en el servicio a Dios. Y esta deuda no la podrá cancelar a menos que se someta a todo esto y se coloque a sí mismo en el último lugar, renunciando por completo al afán de extraer ventajas personales de cosa alguna. Entre juristas se dice: "El que renuncia a todos los bienes, ha dado satisfacción perfecta". Tal es el caso con el que cede todo derecho que pudiera tener en Dios, en lo creado por Dios, y aun en sí mismo, y que sin oposición ni protesta se encamina hacia la nada y hacia la muerte, confesando espontáneamente ser merecedor de condenación y considerándose indigno de tener parte en bien alguno de los que acaban de mencionarse. Un hombre tal por cierto ha hecho satisfacción a Dios y es justo; porque nada retuvo para símismo, todo lo cedió a Dios y a las criaturas de Dios. Semejante actitud tiene su origen en la fe, por virtud de la cual el hombre somete su pensar y sentir a la palabra de la cruz, se niega a sí mismo y renuncia a todo, muerto para sí mismo y muerto a las cosas de este mundo. De eta manera vive para Dios solo, "para quien todos viven" (Lc. 20:38), incluso lo que está muerto.

v. 10. Pero con la boca se confiesa para salvación.

Esto quiere decir: la fe que conduce al hombre a la justicia, no llega a la meta de la justicia, o sea, a la salvación, si no llega a la confesión. Pues la confesión es la obra principal de la fe, obra que consiste en que el hombre se niegue a sí mismo y confiese a Dios, y eso en una forma tan absoluta que incluso negaría su propia vida y todo lo demás antes de "afirmarse" a sí mismo. En efecto: al confesar a Dios y negarse a sí mismo, el hombre muere. Y cabe la pregunta: ¿puede haber un modo más radical de negarse a sí mismo que el de morir para confesar a Dios? El que hace esto, abandona su propia persona para que quede en firme Dios y la confesión de su santo nombre.

v. 12. Dios es rico para con todos los que le invocan.

¡Expresión inusitada! Podría haber dicho también "bien dispuesto", "propicio", o como dice la ley: "Misericordioso para WA 420

con los que claman a él, y benigno para escucharlos" (comp. Ex. 22:27; Jl. 2:13), o también, como leemos en el Salmo 86:5: "Porque tú, Señor, eres bueno e indulgente, grande en misericordia para con todos los que te invocan". Pero el apóstol quiso subrayar precisamente lo que había expresado ya en otra parte: Dios da a los que le invocan mucho más de lo que le piden, de modo tal que la invocación resulta pobre y modesta en comparación con el bien que se recibe, al extremo de que el peticionario jamás podría haberse imaginado cosas tan grandes, y mucho menos se habría atrevido a pedirlas. Algunos de estos pasajes paralelos son: Ef. 3:20: "El es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos". Ro. 8:26: "Qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos". 2 Co. 9:8: "Poderoso es Dios para hacer que abunde en nosotros toda gracia". Así que Dios es rico en la manera como nos escucha, nosotros somos pobres en la manera como le invocamos; él es poderoso en la manera como cumple nuestros ruegos, nosotros somos tímidos y débiles en la manera como le pedimos. Pues no le pedimos en la medida en que él puede y quiere darnos, es decir, no pedimos de acuerdo con su poder, sino muy por debajo de su poder, de acuerdo con la debilidad nuestra. El empero no puede dar sino conforme a su poder. En consecuencia, siempre da más de lo que se le pide. Por eso dice también en el Salmo 81:10: "Abre tu boca, y yo" (no: 'dejaré caer en ella alguna gota', sino:) "la llenaré", o sea: pídeme con todas tus fuerzas, y yo te daré más de lo que pediste; porque el poder mío para dar es mayor que la fuerza tuya para pedir. Por tanto, "también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad" con que pedimos (Ro. 8:26).

En efecto: ese "ser poderoso" usado aquí en relación con Dios, no tiene el mismo significado que se le da en la lógica, donde se lo aplica a la facultad y capacidad de actuar libremente, según lo requieran las circunstancias, cuándo y dónde a uno le plazca, sino que el texto griego dice "dynameno"[9], i.e.: "al que es poderoso". Y con esto se quiere indicar ese "poder" que en párrafos anteriores definí como "fortaleza" o "fuerza" o "vigor", de modo que el sentido es: Cuando Dios da, lo hace de una manera que va más allá de nuestro poder imaginativo, tanta fuerza pone en su actuar, y
WA tanta energía (comp. Ef. 3:20). En otras palabras: Dios es poderoso,
421 fuerte y vigoroso en el sentido de que él da más de lo que nuestra
debilidad le pide. Pero el apóstol agrega algo más: "según el poder" (en griego: dynamin) "con que actúa en nosotros", con lo que excluye el poder de la carne. Pues Dios no obra en nosotros ni nos

[9] δυναμένῳ Lutero está pensando otra vez en Ef. 3:20.

escucha según el poder de la carne sino según el poder del Espíritu. A esto se refiere aquel "más abundantemente de lo que entendemos" en griego *noumen*, pensamos, comprendemos, de *nous*, mente, sentido, juicio. El hecho es, pues, que la manera cómo Dios escucha nuestros ruegos, sobrepasa todo nuestro entendimiento, o sea, no es como nosotros lo habíamos imaginado o pensado antes, ni como lo habíamos escogido, aparentemente con mucha prudencia. Pues nuestro modo de escoger es débil e impotente, es decir, las cosas que pedimos son débiles e impotentes (si es que Dios nos las diera en la forma como se las pedimos) por cuanto no salen de los límites de nuestro entendimiento; por eso, como cualquier otra cosa meramente temporal, pronto nos causarían fastidio. Al mismo contexto pertenece también lo dicho en Fil.4:7: "Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento" (gr. *noun*), quiere decir, que sobrepasa todo lo que sabemos, sentimos y comprendemos, como se dijo más arriba, "guarde vuestros corazones y vuestras mentes" (gr. *noemata*), o sea, lo que vosotros sentís y pensáis por medio de la mente y los sentidos, o como diríamos nosotros, "guarde vuestros pensamientos".

v.14. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído?

Las cuatro actitudes mencionadas por el apóstol (Ro. 10:14,15) se las atribuyen, una por una y en el orden en que aparecen aquí, todos los hombres de mentalidad altanera, como los judíos, los herejes y los cismáticos. Todos ellos se dejan engañar por una piedad ficticia. Pues dichas actitudes están interrelacionadas de una manera tal que la una se desprende de la otra, siendo la mencionada en último lugar la causa y el antecedente de todas las anteriores, de modo que es imposible que alguien *predique*, a menos que haya sido *enviado*. De esto se sigue que es imposible que *oigan* aquellos a quienes no se les predica. Paso siguiente: no pueden *creer* quienes no *oyen*. De ahí que no puedan *invocar* a Dios quienes no creen. Y por último: es imposible que se salven los que no invocan a Dios. Por consiguiente: la raíz misma y el origen de la salvación estriba en el hecho de que Dios *envíe* a alguien. Si Dios no envía, falsa es la predicación de los que predican, y tal predicar es como si no se predicara. Y a decir verdad: mejor sería no predicar en esas condiciones. También es falso el oír de quienes oyen, y mejor sería no oír. Falso es, además, el creer de los que creen a aquéllos, y mejor sería no creer. Falsamente invocan los que así invocan, y mejor sería no invocar. Pues tales predicadores no predican, tales oyentes no oyen, tales creyentes no creen; los que así invocan a Dios, no lo invocan, y los que habrían de ser salvados, son condenados. Prov.

WA 1:16: "Entonces me llamarán, y no les responderé". Sal. 110:2:
422 "El Señor enviará desde Sion la vara de tu poder"; y luego continúa: "domina", i.e., actúa con poder, "y será eficaz tu predicación en medio de tus enemigos". Aquellos empero (los no enviados) dominan en medio de sus amigos, porque los atraen con lisonjas. Además, Sal. 18:41: "Clamaron, y no hubo quien los salvase; aun al Señor, pero no los oyó". Por esto, tales personas son ante Dios como imágenes sin vida: orejas tienen, mas no oyen; tienen boca, mas no hablan, etc. (comp. Sal. 115:5,6; 135:16,17). ¿Por qué? Porque no son de Dios. Pues cuando Dios envía su palabra, esta palabra sale con poder[10], de modo que convierte no sólo a los amigos y a los que la reciben con gozo, sino también a los enemigos y a los que se oponen a ella.

A lo que se debe prestar máxima atención es, por lo tanto, que el que enseña, haya sido enviado por Dios, como lo fue Juan (comp. Jn. 1:6). Hay varias maneras de verificarlo. Una, si por medio de milagros y un testimonio desde lo alto, el predicador da pruebas de haber sido enviado, como en el caso de los apóstoles. Otra: si mediante tal confirmación desde el cielo puede probar que fue enviado con posterioridad (a los apóstoles), y si ahora predica en humilde sumisión a esa autoridad, siempre dispuesto a rendirle cuentas, y a decir sólo aquello que le fue encomendado, no lo que es de su propia predilección o invención. Como leemos en Zac. 13:3: "Y acontecerá que cuando alguno profetizare aún, su padre y su madre que lo engendraron" (o sea: su superior y la iglesia)[11] "le dirán: No vivirás" (i.e., condenado serás y excomulgado), "porque has hablado mentira en el nombre del Señor; y su padre y su madre que lo engendraron le traspasarán cuando profetizare". Esta es la lanza más potente con que son atravesados los herejes. Pues ellos predican sin el respaldo de un testimonio divino o de una autoridad confirmada por Dios, sólo por su propia iniciativa y sustentados por una engañosa apariencia de piedad, como lo expresa Jeremías (23:21): "No envié yo a aquellos profetas, pero ellos corrían". Y con todo esto se atreven a decir: Nosotros seremos salvos porque invocamos el nombre del Señor. Nosotros le invocamos porque creemos. Nosotros creemos porque oímos. Nosotros oímos porque predicamos. Pero lo que no pueden decir es: Nosotros predicamos porque fuimos enviados. ¡Ahí se vienen abajo! Y en esto recae precisamente todo el peso, de esto depende toda la salvación. Donde falta el haber sido enviado, todo lo demás es falso, aunque ellos

[10] *So gehts mit Gewalt,* locución en alemán en medio del texto latino.

[11] Era frecuente hablar del sacerdote y de la iglesia como de los padres espirituales del creyente.

estén lejos de darse cuenta de ello. Esta es también la razón por qué el apóstol define tan exactamente el origen del evangelio (Ro.1:2); WA
lo hace para que a nadie se le ocurra creer que entró en el mundo 423
por medio de algún hombre. En primer lugar: el evangelio había sido prometido mucho antes de que viniera; no es un invento reciente. Segundo: vino no por medio de un solo hombre, sino por medio de muchos, y estos muchos eran nada menos que profetas de Dios; y vino no en forma oral solamente, sino también en las Sagradas Escrituras. ¡Un testimonio similar a favor de su doctrina y su herejía debería aportar también el hereje! ¡Muéstrenos dónde fue "prometida antes" su enseñanza, y por quién! ¡Muéstrenos además por quiénes fue propalada, y en qué Escrituras se halla registrada, para que así pueda presentar como testigos también alguna documentación escrita! Sin embargo, todo esto los tiene sin cuidado. Ellos insisten en su estúpido "Nosotros estamos en posesión de la verdad; nosotros creemos, nosotros oímos, nosotros invocamos", como si el mero imaginarse que una doctrina es de origen divino, ya fuese prueba suficiente de que realmente lo es, y como si no fuese necesario que Dios confirme su palabra y le dé su apoyo efectivo por medio de señales que le siguen, y promesas y profecías que le preceden.

Así es, en efecto, como se ha establecido la autoridad de la iglesia, tal como la ostenta hasta el día de hoy la iglesia romana: Predican en forma segura y confiable los que predican el evangelio sin errores que le son ajenos.

La palabra que predican los herejes, por su parte, les reporta una muy halagüeña aprobación, porque trasmite lo que ellos quieren trasmitir. Y lo que quieren trasmitir —así les parece al menos— es la más aquilatada piedad. Y de esta manera quedan a salvo sus propias ideas, y queda viva y triunfante su propia voluntad. Porque la palabra no viene como algo que se opone a sus ideas o que las sobrepasa, sino como algo que está en armonía con ellas, de modo que ellos están ahora de igual a igual con la palabra, e incluso se pueden erigir en jueces sobre la misma. Pero la verdadera palabra de Dios, si viene, viene contrariando nuestros pensamientos y deseos. No permite que prevalezca la opinión nuestra, ni aun en aquello que para nosotros es lo más sagrado, sino que lo destruye y lo arranca y lo derriba todo, según aquel pasaje de Jer. 23:29 (comp. también 1:10): "¿No son mis palabras como fuego, y como martillo que quebranta la piedra?" Por eso podemos tomarlo por señal inequívoca de que un predicador verdaderamente posee y lleva en sí la palabra de Dios, si no halla en su propia persona nada que le agrade, sino sólo cosas desagradables, si se contrista por todo cuanto sabe, dice, hace y padece, y si encuentra placer sólo en otros, o en Dios. Y por otra parte, la señal más evidente de que uno no es ver-

daderamente un portador de la palabra de Dios, es cuando halla en sí mismo algo en que se complace, y cuando se goza con lo que dice, sabe, hace y padece. La razón para todo ello es que la palabra de Dios "quebranta la piedra" y destruye y crucifica todo cuanto nos hace sentir a gusto con nosotros mismos, dejando en pie solamente lo que nos disgusta, con el fin de enseñarnos a hallar nuestra complacencia, gozo y confianza en Dios solo, y nuestra alegría y felicidad en el prójimo, no en nosotros mismos.

WA *v. 15. ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz*[12],
424 *(de los que anuncian buenas nuevas)!*

Pies "hermosos" se los llama en primer lugar por su pureza, porque anuncian el evangelio no con fines de lucro o por vanagloria, como es tan común en nuestros días, sino exclusivamente por obediencia a Dios y en bien de la salvación de sus oyentes.

En segundo lugar: según la acepción propia que tiene en hebreo, el término "hermoso" (lat. *speciosi*) se refiere más bien a algo apetecible y deseable, algo que nos resulta agradable o que es digno de amor y afecto; en alemán diríamos *lieblich und genehm*[13]. El sentido de la frase es, por lo tanto: Para los que están bajo la ley, la predicación del evangelio es grata y deseable. Pues la ley no hace más que sacar a luz el pecado, declarar culpables a los hombres, y llenar así de angustia a la conciencia; el evangelio en cambio anuncia a los así angustiados el remedio que su alma ansía. Por ende, la ley anuncia algo malo, el evangelio, algo bueno; la ley anuncia ira, el evangelio, paz. La ley dice (según la cita del apóstol en Gá. 3:10): "Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas". Pero no hubo ninguno que permaneciera en ellas para hacerlas, como dice el mismo texto: "Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición" (Gá.3:10a). El evangelio en cambio dice: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn. 1:29). La ley oprime a la conciencia por medio de los pecados, el evangelio le trae libertad y paz por medio de la fe en Cristo. Por esto el apóstol observa al comienzo del presente capítulo (Ro. 10:5): "De la justicia que es por la ley, Moisés escribe así. El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas», con lo que da a entender clara-

[12] Lat. *evangelizantium pacem*. El verbo *evangelizo* significa predicar, anunciar, pero también predicar el evangelio (Dicc. de la Lengua Latina, por Luis Macchi, Pbro. S.).

[13] Delicioso y agradable.

mente: Nadie las hace; por consiguiente, nadie vivirá por ellas. Y otra vez, en Gá. 3:11,12: "Que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente; porque: El justo por la fe vivirá; y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciere estas cosas vivirá por ellas". Y en Ro. 2:13 leímos: "Porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados", quiere decir: ante Dios, todos los que no tienen fe son oidores solamente. Porque escrito está: "El que haga estas cosas, vivirá por ellas". Pero nadie las hace. De otra manera, ¿qué necesidad habría de tener fe?

Sin embargo, con el término "de los que anuncian", el Espíritu expresa, además de lo que ya dejé dicho en mi Glosa[14], aún otra cosa, a saber: que la "paz" y "las buenas nuevas" no son tales WA
que puedan ser vistas con los ojos del mundo, puesto que están tan 425
ocultas que sólo la palabra las puede dar a conocer, y sólo la fe en la palabra las puede aprehender. En efecto: el bien y la paz no son cosas que se ofrecen a los sentidos, sino que son anunciadas en la palabra, y por eso se las puede percibir sólo por medio de la fe, es decir, no por experiencia personal, hasta que entremos en la vida venidera.

Con las "buenas nuevas" se alude al otorgamiento de diversos dones de gracia, con "paz" empero a la remoción de males. Por esto el apóstol pone en primer lugar la "paz", y en segundo lugar las "buenas nuevas". Así que aquellas "buenas nuevas" están supeditadas a la cruz. Pues nadie está en condiciones de recibir la paz y los dones de gracia a menos que renuncie a la paz y a los bienes que el mundo puede darnos, y a menos que por causa de la fe se sujete pacientemente a los males y las tribulaciones del mundo y de su propia conciencia.

Y ¿qué se querrá decir con "los pies"? Según aquella primera acepción[15], los "pies" serían las motivaciones y los deseos de los que predican, que deben ser motivaciones y deseos libres de todo afán de adquirir fama y fortuna.

Pero si nos atenemos al texto hebreo, más preciso, llegamos a otro resultado: si bien la palabra "pies" podría tomarse en sentido literal, ya que el advenimiento de los que anuncian buenas nuevas es deseado vivamente por los que sufren por sus pecados y su mala conciencia, es más acertado ver en los "pies" las palabras mismas de los que anuncian, o el sonido, las sílabas, el acto de pronunciar las palabras o los anuncios, porque estas voces son como pies y vehículos o como ruedas mediante los cuales la palabra viene llegando o

[14] Comp. WA 56, 102, 19 y ss.
[15] Véase pág. 254.

rodando o desplazándose hacia los oídos de los oyentes, por lo cual se dice también (en el Sal. 19:4): "Por toda la tierra salió su voz". Si pudo salir, es porque tenía pies. Y en otro Salmo se dice: "Velozmente corre su palabra" (Sal. 147:15). Lo que corre, tiene pies; la palabra corre, luego la palabra tiene pies, que son su emisión, su sonido. Así es como hay que entender lo de los "pies" de lo contrario resulta absurdo lo que se dice en Is. 32:20: "Dichosos vosotros los que sembráis junto a todas las aguas, y dejáis andar libremente el pie del buey y del asno" y en el Salmo 91:13: "Sobre el áspid y el basilisco pisarás, hollarás al león y al dragón". Esto pudo hacerse solamente por medio de la palabra. Pues mientras el oyente está sentado ahí, quieto, percibiendo las palabras, ya corren por sobre él los pies del que predica, y ese predicador "huella" al oyente al censurarlo. Por esto se dice en Miq. 4:13: "Levántate y trilla, hija de Sion, porque haré tu cuerno como de hierro, y tus uñas de bronce, y desmenuzarás a muchos pueblos". Ese "trillar" empero tiene aquí el significado de "pisotear", como lo hacía el buey que "trillaba" con los pies. Así que los "pies con que la iglesia "anuncia", son voces y palabras con que ella golpea y sacude y "desmenuza a
WA 426 los pueblos". Y esto lo hace nada más que con su palabra sola y con las voces que da. Y no obstante, estos pies son "hermosos" y deseables para aquellos que sienten sobre su conciencia el peso de sus pecados.

Tenemos, pues, dos pares de términos opuestos:

Ley – pecado. La ley descubre el pecado y hace del hombre un ser culpable y enfermo, más aún: demuestra que es un ser condenado. Evangelio – gracia. El evangelio ofrece la gracia y perdona el pecado, cura la enfermedad y conduce a la salvación.

v. 16. Mas no todos obedecieron al evangelio, (pues Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?).

Esto se refiere a lo dicho anteriormente y tiene por objeto corroborar los cuatro puntos de aquella argumentación (Ro. 10:14,15). En primer lugar, la afirmación "Todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo" (Ro. 10:13; Jl. 3:5) está relacionada con lo que el apóstol dice aquí. Entonces, si "no todos obedecieron al evangelio", ¿a qué viene su presuntuosa jactancia de estar invocando el nombre del Señor conforme a la palabra de aquel profeta? ¿Y cómo habría de invocar toda esa gente a aquel en el cual no han creído? Y *que no todos han creído* queda evidente por las palabras de Isaías (Is. 53:1): "¿Quién , Señor, ha creído a nuestro anuncio?"

En segundo lugar, el apóstol corrobora también aquella otra declaración: "¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído?" al

decir: "Así que la fe es por el oir" (Ro. 10:17), esto es: si no oyen, tampoco pueden creer. También esto surge del texto de Isaías que acaba de citarse. En tercer lugar queda confirmado aquello de "¿Cómo oirán sin haber quien les predique?", pues el oir viene por medio de la palabra de Cristo. Lo mismo cabe decir, en cuarto lugar, respecto del "¡Cuán hermosos. . .", como ya se ha hecho ver con suficiente claridad.

Auditus se usa aquí como equivalente de *auditio* (percepción de la palabra oída), lo que nosotros llamamos "sonido" o "voz"[16]. "A nuestro anuncio", dice, o "a nuestra predicación", porque solamente ellos la aceptaron. Pues el apóstol está hablando del evangelio que suena a través del mundo y que ha sido oído o es oído, de modo que el sentido es enteramente claro: Señor, ¿quién ha creído a lo que ahora oímos anunciar o predicar en todo el mundo, o a lo que es oído? Y no es sin buenas razones que el apóstol se expresa así, cuando podría haber dicho también: ¿Quién ha creído al evangelio? como lo hace en su explicación: "No todos obedecen al evangelio". Si el apóstol se vale de esta formulación, es para hacer ver que la palabra anunciada es de índole tal que nadie puede captarla a no ser que la reciba oyéndola y creyéndola. Esto fue lo que tanto les chocó a los judíos, ávidos de ver señales y prodigios (comp. Jn. 4:48).

v. 19. (Yo os provocaré a celos) con u pueblo que no es pueblo; con pueblo insensato (os provocaré a ira). WA 427

Estas son palabras de gracia, es decir, palabras dichas para elogiar la gracia; en efecto, Dios salva únicamente a los pecadores, sólo instruye a los necios e ignorantes; sólo a los pobres los colma de bienes, y sólo a los muertos les da vida; y entiéndase bien: no a los que fingen ser tales o que se tienen por tales, sino a los que en verdad lo son y además reconocen serlo. Pues la realidad era ésa: los gentiles no eran el pueblo de Dios, y eran un pueblo insensato; y de ellos Dios se apiadó para que, al ser salvados sin haberlo merecido ni buscado, llegasen al conocimiento de lo inmensa que es la gracia divina.

[16] En latín, el texto Is. 53:1 dice: Domine, quis credidit *auditui* (dativo de *auditus*) nostro? (en cast. ¿Quién cree a nuestro anuncio, o predicación?). Ro. 10:17 reza en latín: Ergo fides est *ex auditu* (ablativo de *auditus*, en cast. por el oir). Este término *auditus* (lo anunciado, oído, de carácter pasivo), dice Lutero, se usa en Is. 53:1 y Ro. 10:17 como equivalente de *auditio* (audición, percepción, de carácter activo).

Esto a su vez hace que los que tan orgullosamente confían en sus méritos y en su sabiduría, se encolericen y protesten porque a otros, que no pueden exhibir mérito alguno, se les da gratis lo que ellos mismos buscaron con tanto empeño. En el Evangelio, Cristo nos muestra varios ejemplos de personas de este tipo: el hijo mayor en la parábola del Hijo Pródigo (Lc. 15:28), que se apartó de su hermano despilfarrador, y no lo quiso dejar entrar en la casa; aquellos obreros que habían recibido un denario por el trabajo de un día entero, y que ahora murmuraban porque el señor había pagado a los contratados a última hora lo mismo que a ellos (Mt. 20:11). Los verdaderos "insensatos" empero son los que no ven más que su propia perfección, en lugar de alegrarse de la salvación de los demás. Pues con esto mismo demuestran que buscaron a Dios no por causa de Dios, sino por motivos enteramente egoístas, vale decir, impulsados por deseos pecaminosos e intereses materiales (o sea, con un corazón impuro). Y como si no bastara con ello, ahora incluso se jactan de tamaña impureza e infamia, esto es, son dos veces más infames que aquellos contra los cuales se dirige su indignación. Pues si verdaderamente buscaran a Dios, no se indignarían al ver que otros son salvados, sino que se alegrarían de ello; y les resultaría sumamente grato poder constatar que precisamente el salvar a los "indignos" es lo que le agrada a Dios, cuyos designios son lo que debemos amar y respetar al máximo. Por esto, para hacer frente a ese vano alardear con los propios méritos, *Isaías dice resueltamente: Fui hallado de los que no me buscaban* etc., Ro. 10:20, esto es: El hecho de que los no-buscadores llegaran a conocerme, se debió a mi gracia solamente, y no a los esfuerzos y méritos de hombre alguno. Entonces, ¿cómo podéis vosotros jactaros de que vuestros méritos son tan grandes que por virtud de ellos, indefectiblemente habréis de hallarme?

Una persona de ese tipo era el ermitaño aquel que al ver que un ladrón era llevado al cielo, volvió indignado a la vida secular. Y aquel otro ermitaño, que le contestó a un asaltante compungido que le expresó su deseo de ser igual a él: Haces bien en desear ser igual que yo, y ojalá lo fueses —y fue condenado. Y aquella monja moribunda, que al oir las loas que le cantaban quienes rodeaban su lecho, comenzó a calcular con los dedos el día de su muerte que habría de ser celebrado como fiesta en su honor. Así: "Cualquiera
WA que se enaltece, será humillado" (Mt. 23:12; Lc. 14:11, 18:14).
428 Por consiguiente: todo esto fue dicho, escrito y hecho para abatir la orgullosa presunción de los hombres y para ensalzar la gracia de Dios, a fin de que "el que se gloría, no se gloríe en su propio correr sino en la misericordia de Dios" (comp. 1 Co. 1:31). Pues ¿qué responderá un hombre orgulloso, que en su vida hizo muchas y grandes proezas, si Dios da preferencia a una humilde ama de casa y le dice

al gran señor: "Mira: esta mujer me sirvió con nada más que con traer al mundo unos cuantos hijos; y sin embargo, esa obra suya es de mi agrado, y la prefiero a todas las obras tuyas"? ¿Qué responderá? Porque todas las obras tienen exactamente el valor que Dios les asigna, ni más ni menos; y él tiene plena libertad de reputar grande lo más humilde e insignificante, y de refutar como inaceptable lo más importante y renombrado. ¿Querrá decir esto que debemos abstenernos del todo de hacer buenas obras? De ninguna manera. Pero hay que hacerlas con un espíritu de humildad, entonces Dios no las rechaza. Unos pobres tontos son, por lo tanto, aquellos que hoy día acumulan un montón de obras que a juicio de ellos son buenas y grandes simplemente porque les costaron trabajo, porque son muchas, y porque ellos las consideran buenas. ¡Todo en vano! Buenas son sólo las obras hechas con humildad, que para ellos es algo totalmente desconocido.

v. 16. ¿Quién ha creído a nuestro anuncio?

La Escritura, o mejor dicho el traductor, usa con frecuencia la palabra *auditus, visus* (acción de oir y de ver) en lugar de *audito* y *viso* (lo que fue oído y visto), como se dijo en la Glosa. Esto se debe en primer lugar al hecho de que las cosas que se anuncian son invisibles y pueden ser percibidas sólo oyéndolas y creyéndolas. El segundo y principal motivo es que la palabra de Dios es en sí perfecta, pero cuando se esparce entre los hombres, adquiere matices diferentes, y sufre diferentes interpretaciones, pese a que en sí siempre es una y la misma. En efecto: es la vida para los buenos, y es la muerte para los malos; es algo bueno para los hombres buenos, y algo malo para los hombres malos.

Sin embargo, sólo se puede hablar de una diferenciación cuando se trata de la palabra predicada y oída. Para los justos por lo tanto, el oirla es algo deseable; llenos de dolor y asombro ante el hecho de que los impíos no prestan oídos a una palabra tan buena, ellos preguntan: "¿Quién ha creído a nuestro anuncio?", es decir: el anuncio que nosotros oímos y creímos es lo más sublime que hay. ¿Por qué no lo creen también los demás?

Capítulo 11

v. 1. Porque también yo soy israelita.

El apóstol menciona un detalle de importancia más bien secundaria para probar la validez de algo más trascendente; es decir, su argumentación parte de lo menor para llegar a lo mayor. En concreto: si Dios hubiera desechado a su pueblo, habría desechado en primer término al apóstol Pablo, ese hombre que había luchado contra Dios con todas sus fuerzas. Ahora empero, para demostrar que no tiene la intención de desechar a su pueblo, Dios recibió en su misericordia incluso a alguien que parecía ser un caso perdido, con lo cual pone de manifiesto lo firme que es su predestinación y WA
elección, tan firme que ni las circunstancias más desesperadamente 429
adversas constituyen un impedimento para la misma. Por esto el apóstol añade la muy acertada observación: ***No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció*** (11:2), como queriendo decir: Esto lo hizo patente con el ejemplo mío: a mí no me ha desechado; mucho menos ha desechado a los demás que no se han apartado de él tanto como yo.

v. 4. Me he reservado siete mil hombres.

Estos siete mil hombres son llamados una "reserva" (***reliquiae***), del verbo "reservar" (***relinquere***), porque Dios los ha reservado para sí. Esta palabra encierra una admirable alabanza de la gracia y elección. Pues el Señor no dice: "Estos siete mil quedaron como remanente", aunque en realidad fue así; pero este "quedar como remanente" no fue cosa de los que quedaron, sino de Dios que se los reservó, para que "no dependiera del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Ro. 9:16). Más aún: con esta misma expresión, el Señor da a entender también que es él el que hace que los demás sean reprobados, así como fue él el que en aquel entonces hizo que Israel fuese llevado al exilio en Babilonia. Pues el sentido de la frase "Me he reservado" es: cuando yo, yo mismo, los expulsé a todos,

me reservé para mí siete mil hombres. Dios no dice: cuando todos fueron expulsados, quedaron como remanente. . . , ni tampoco: cuando Nabucodonosor o el diablo se los llevó a todos, me dejó a mí un remanente de. . . , sino: 'Yo me he reservado, yo que también expulsé a los demás', para que así tuviera validez permanente la aserción: "El alfarero tiene potestad para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra" (Ro. 9:21), y aquella otra: "Tendré misericordia de quien quiero" (Ex.33:19; Ro.9:18).

v.4b. . . . (que no han doblado la rodilla) delante de Baal.

Baal era uno de los tantos ídolos. Se le adoraba con ritos de los cuales no sé más de lo que se relata en el Libro de los Reyes: los adoradores le besaban las manos, bailaban o saltaban en torno de su altar, y se sajaban la piel con cuchillos y lancetas (comp. 1 R. 18:26-28). Pero del mismo pasaje se desprende también que lo hacían con intención piadosa y con el pretexto – y el celo – de rendir culto al verdadero Dios de Israel. Fue por eso que Acab llamó a Elías el "perturbador de Israel" (comp. 1 R. 18:17), porque parecía que al tratar de impedir que el pueblo adorase a Baal, Elías se dirigía contra la adoración de Dios en general. Pero también en Os. 2:16, el Señor dice haber sido llamado *Baalim* por parte del pueblo: "En aquel tiempo me llamará *Ishi* (marido mío), y no me llamará más *Baali* (señor mío)". Resulta pues que adoraron al Dios verdadero, pero usando un rito y un nombre copiados de los paganos, y esto fue lo que se les prohibió: no debían hacerse ninguna imagen esculpida, ni otra semejanza alguna[1]. No obstante, impulsados por su celo insensato, los israelitas creían que el hacerse una imagen esculpida sí estaba prohibido
WA si se trataba de la imagen de un dios foráneo; mas si dedicaban esa
430 imagen a su propio Dios, al Dios verdadero, y la adoraban bajo el nombre de éste, su proceder era correcto. Este celo fue también lo que los indujo a matar por "impíos" a los profetas que prohibían sin más ni más todo uso de imágenes; y al matarlos lo hicieron con intención piadosa y movidos por su celo de Dios.

Ese culto a Baal empero simbolizaba la monstruosidad de una justicia y piedad supersticiosa e idólatra, de amplio predominio aun en nuestros días actuales. Así es como los judíos, los herejes y hombres con "ideas propias", es decir, individualistas engreídos, adoran al verdadero Dios a su propia manera, con un celo más que insensato y una piedad desmesurada, por lo que su adoración es peor que la de cualquier pagano: por causa de Dios son enemigos de Dios, y

[1] Comp. Ex. 20:4; Lv. 26:1; Dt. 5:8.

por amor a Dios lo desprecian; de pura piedad son impíos, y so pretexto de buscar la paz originan perturbaciones; su amor y santidad los lleva a la envidia y a un comportamiento nada santo, y su humildad, a la soberbia. En efecto: Baal significa "señor"; de ahí vienen Baal-Zebub, "señor de las moscas", y Baal-Peor, "señor del cadáver". "Señor", digo, o sea: héroe, conductor, jefe, príncipe, comandante, individuo de rango superior. Pues ese Baal no es otra cosa que la dudosa piedad de un espíritu obstinado y la sabiduría pretendidamente religiosa de un hombre de dura cerviz. Esa piedad y sabiduría se auto-constituye en amo y señor sobre ella misma, sigue en sus propias pisadas en el camino hacia Dios, y se imparte instrucciones a sí misma en materia de Dios, justicia, salvación y todo lo bueno. Se niega a someterse a la obediencia verdadera, cierra sus oídos a la palabra del que enseña correctamente, desprecia a Dios y a todos los que hablan, actúan y gobiernan en nombre y por orden de Dios. A éstos los ridiculiza y persigue como a gente necia y errada, e incluso como a idiotas.

Esta es también la razón por qué se le rinde culto a ese ídolo del corazón como si fuese la imagen del Dios verdadero y la Verdad y la Justicia en persona. ¿Con qué le rinden culto? Con besarle las manos, es decir, mediante la complacencia en las propias obras y la alta valoración de la propia justicia. Luego se ponen a saltar con loca alegría, y a contar maravillas acerca de su celo y sus ideas novedosas. Y por último se sajan con cuchillos y lancetas, es decir, se acusan a sí mismos con palabras llenas de humildad y arrepentimiento, y dicen: ¡Ay, miserable pecador que soy! No merezco ver el cielo. Ten misericordia de mí, oh Dios, etc. Más de uno hay que por fuera se dedica con ingentes esfuerzos a la práctica de la justicia, con tanto más fervor cuanto mayor es la admiración que sus obras suscitan (así al menos lo espera él) ante Dios y ante los hombres. Pues si supiera que se las pagarían con indiferencia y desprecio, ni se le ocurriría hacerlas. Tan grande es su soberbia y su vanidosa imaginación. No puede resolverse a considerar sus justicias como trapos de inmundicia (comp. Is. 64:6), pues en tal caso se vería WA
obligado a sentir y actuar como los pecadores, cosa que rehúye y 431
odia a más no poder.

v.5. Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente (escogido por gracia).

El texto griego dice: "Así que también en este tiempo ha quedado un remanente conforme a la elección de gracia"[2]. El

[2] Traducción de Erasmo.

sentido es: Así como en los tiempos del exilio hubo y fue hallado un remanente, mientras los demás se perdieron, así hubo y fue hallado también ahora un remanente según la elección de gracia. La expresión "hubo" hay que relacionarla por lo tanto con "en este tiempo"; de esta manera tendremos que "así como en los tiempos aquellos, hubo también ahora un remanente, y entonces como ahora, Dios reservó para sí a algunos conforme a la elección de gracia". Pues el "me he reservado" lo explica el apóstol con la frase "según la elección de gracia". Es como dije en un párrafo anterior: la palabra "me he reservado" encierra o mejor dicho explica la elección, y ensalza la gracia.

v.7. (¿Qué pues? Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado); pero la elección (electio) sí lo ha alcanzado.

El término "elección" tiene aquí carácter pasivo y debe entenderse como nombre colectivo en el sentido de "los elegidos". Es el mismo modo de hablar que aparece también en Gn. 12:2 donde el Señor dice a Abraham: "Te bendeciré, y serás bendición", y en Is. 19:24,25: "En aquel tiempo Israel será bendición en medio de la tierra, porque el Señor de los ejércitos los bendijo", y en Is. 65:8: "Como si uno hallase una uva en el racimo, y dijese: No la desperdicies, porque es bendición".

v.8. Dios les dio espíritu de compunción.

La palabra *compunctio* (compunción)[3] tiene un doble sentido. Por una parte hay una compunción saludable. De ella se habla en el Salmo 4:5: "Estad compungidos en vuestros lechos por las cosas que decís en vuestros corazones"[4]. Esta compunción hace que el hombre esté disconforme consigo mismo, pero conforme con todo lo demás, según aquel dicho: "Todas las cosas son puras para los puros" (Tit. 1:15). Y por otra parte hay una compunción detestable, que hace que el hombre esté conforme consigo mismo y disconforme con todo lo demás, según el mismo pasaje de Tito: "Para los corrompidos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas" (Tit. 1:15a). La causante de lo uno y de lo otro

[3] "Dolor del pecado"; el sustantivo *compunctio* proviene del verbo *compungo* = punzar fuertemente, picar.

[4] Sal. 4:5, Vulgata: *Quae dicitis in cordibus vestris in cubilibus vestris compungimini.*

es la luz del espíritu. La ausencia de esta luz produce la compunción detestable; su presencia, la compunción saludable. Pues si el hombre llega a conocerse a sí mismo, es sólo porque Dios le ha iluminado la mente. Sin Dios jamás llegará a conocerse en modo alguno, y por ende, jamás estará disconforme consigo mismo.

Si aquí hablamos de "espíritu", no se debe pensar en algún WA
tipo de espíritu creado e infundido, sino en el alma misma del hom- 432
bre, y en su voluntad. Con este significado aparece en muchos pasajes bíblicos, p.ej. en 1 Co. 2:11: "Nadie sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él". "Entregó su espíritu", i.e., su alma (Mt. 27:50). "El espíritu tiene que volver a Dios que lo creó" (Ecl. 12:7). Sal. 104:29: "Les quitas el hálito[5], y dejan de ser". Gn. 6:17: "Toda carne en que haya espíritu de vida".

Al pasaje de Isaías (29:10), el apóstol le agregó por su propia cuenta el primero y último miembros, y también lo que queda entre medio lo cita más bien según el sentido, no palabra por palabra, como ya se dijo en la Glosa. El resultado es: "Dios les dio espíritu de compunción, ojos con que no vean y oídos con que no oigan, hasta el día de hoy".

v.9. Sea vuelta su mesa (en lazo y en red).

El "lazo" es aquí la Sagrada Escritura misma, entendida y trasmitida en forma engañosa, de modo que bajo la apariencia de una instrucción piadosa se embauca arteramente a las almas de los seducidos y de los simples. De esto se habla en el Salmo 91:3: "El me libró del lazo de los cazadores", quiere decir, de la enseñanza insidiosa de los eruditos que dan caza a las almas débiles e irresolutas. En este sentido, San Agustín en sus *Confesiones* llama al maniqueo Fausto "el gran lazo del diablo"[6]. La palabra "red" a su vez puede entenderse en este contexto como "trampa", o mejor aún como "caza"; esa red se usa generalmente para "enredar" a los animales. Y si bien en el texto griego el apóstol no añade las palabras "delante de ellos", en el Salmo sí figuran, y con mucha propiedad, para trazar el siguiente cuadro: De la misma mesa, de la misma Sagrada Escritura que tienen delante de ellos, el uno se lleva la
muerte, el otro la vida, el uno miel, el otro veneno; así como de una WA
misma rosa o flor, la araña recoge ponzoña, y la abeja, miel. Por eso 433
no hay nada que se tenga que tratar con tanto temor y con tanta humildad como la palabra de Dios, que pronto enreda y atrapa y

[5] En hebreo רוח "hálito" y también "espíritu".

[6] *Confessiones,* V, 3. Patrol. Ser. Lat. XXXII, 707.

escandaliza a los de mente altanera, si bien en forma imperceptible y al parecer fascinante, no por culpa de ella misma sino por culpa de la soberbia presuntuosa.

El "escándalo" consiste en que, una vez apresados, no cesan de hallar tropiezo. Pues si son atrapados, lo son por las cosas que ellos entienden mal: a éstas se aferran, en éstas encuentran placer, y así se dejan "cazar" sin resistirse, pero también sin darse cuenta de ello. El "tropiezo" a su vez proviene de la verdad con que se los enfrenta, y de la cual se apartan; o si no la pueden soslayar, la tergiversan e insisten en que hay que interpretarla de otro modo. Así que: la palabra de Dios es para esta gente un "lazo" porque no la conocen; es una "trampa" porque quisieran tener la libertad de aceptar como verdad solamente lo que ellos mismos consideran "verdad"; y el "escándalo" consiste en que se apartan de lo que se les presenta como verdad y que es contrario a lo que ellos mismos piensan. Así leemos en otro Salmo (35:8): "Venga sobre él el lazo sin que lo sepa, y la red que él escondió lo prenda".

Así, pues, todo hereje y hombre orgulloso es prendido en primer término por su ignorancia acerca de lo que es la verdad; si no le da importancia a esto, ya ha caído en el lazo. Luego acepta como verdad lo que a juicio de él parece serlo; y ya queda atrapado, porque va por su senda muy seguro y confiado como si fuese poseedor indiscutido de la verdad, y como si estuviera fuera del alcance de lazos y trampas. Finalmente se escandaliza de todo lo que va en contra de sus propias ideas, y se aparta de lo oído. ¡Y después de todo esto incluso se llena de indignación y defiende sus ficciones con ardor, persiguiendo, calumniando y causando daño a todos cuantos se le oponen! Y entonces sí recibe la "retribución" que se merece.

El resultado postrero es que "sus ojos son oscurecidos" (Ro. 11:10), de modo que mientras todos los demás ven, ellos no se dejan inducir por nada a ver cosa alguna. Cuando todos los demás se levantan, ellos permanecen encorvados sobre su propia opinión.

v.11. (Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera); pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarlos a celos.

Esto quiere decir: Bien es cierto que por la caída de Israel, la salvación vino a los gentiles, para que esta caída no fuera solamente una caída sin frutos, y algo negativo sin ningún aspecto positivo. Si a los santos todas las cosas les ayudan a bien (Ro. 8:28), ¡cuánto más habrán de ayudar a bien a Cristo y a Dios incluso las cosas malas! Mas allí donde actúa Dios, el mal tiene que servir al bien en

una medida especialmente abundante, de modo que redunde no sólo en provecho de los demás, sino también en provecho de aquel que es afectado por el mal. Así es, pues, como la caída de Israel es la salvación para los gentiles. Pero esto aún no es el propósito final. El propósito final es que los que han caído, se sientan estimulados a aspirar también ellos al bien que poseen los que se han levantado.

Pues este es el último remedio de un padre amante: cuando ya amonestó a su hijo, le dio órdenes y prohibiciones, y hasta lo castigó, sin lograr resultado alguno, se dispone a dar su herencia a otro, ante los ojos del propio hijo, para que éste, al verlo y al sentirse terriblemente afectado por ello, se lance ahora con toda su energía sobre la herencia a fin de obtenerla para sí. Así también WA
Dios quiso que la caída de los judíos resultara provechosa para 434
ellos. Por esto hizo que fuera de provecho para los gentiles, para provocar así a celos a los judíos cuando verían que habían caído y que habían sido privados de la gracia con que aparecían adornados ahora los gentiles.

Lo mismo ocurre también en el terreno de lo moral, cuando Dios permite que una persona caiga en un pecado grave para que el caído reconozca toda su fealdad — ¡él, que mientras estaba aún en pie, se creía tan hermoso en comparación con los demás!

v. 13. (Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles), honro mi ministerio.

¿Cómo lo honra? Gloriándose en el hecho de que, caídos los judíos, él anuncia ahora entre los gentiles las riquezas de la gracia divina. Pues las palabras del apóstol suenan como si él estuviera reprobando a los judíos, y como si éstos no hubiesen recibido nada sino que hubieran sido empobrecidos y empequeñecidos y convertidos en pecadores, los gentiles en cambio hubieran sido enriquecidos, todo por medio del ministerio de él, Pablo. Por lo tanto: si por su ministerio, los gentiles recibieron una riqueza tan grande — riqueza que a su vez les fue quitada a los judíos —, el apóstol realmente demuestra en forma magnífica la gloria de su ministerio. Sin embargo, cuando Pablo se gloría, no lo hace para lisonjear su vanidad, sino porque está pensando en la salvación de otros: quiere que los judíos, al enterarse de que ellos habían caído, y que las riquezas de ellos habían sido ofrecidas a los gentiles, y que éstos las habían aceptado — digo: quiere que los judíos sean estimulados por ello a buscar afanosamente las riquezas que ese mismo ministerio pone a disposición de los hombres. Este estímulo, sin embargo, perdía fuerza si Pablo decía que los bienes conferidos a los gentiles mediante su ministerio carecían de valor, y que los judíos no habían perdido nada.

De esto se desprende también que es perfectamente lícito gloriarse, siempre que uno lo haga en bien de los demás, es decir, impulsado por el amor fraternal, buscando no la satisfacción de la vanidad personal sino la salvación de sus semejantes.

En segundo lugar, el apóstol se refiere a lo glorioso de su ministerio por la razón muy particular de que él, a pesar de ser judío, no dice con respecto de los judíos sino cosas que los dejan mal parados y que los perjudican, y a pesar de no ser un gentil, no se cansa de celebrar las cosas magníficas y las riquezas que éstos poseen. A los gentiles los ensalza, ponderando sus dones; a los judíos los rebaja, deplorando en cierto modo el daño que sufrieron.-A esto, el apóstol responde que él procede de esta manera porque su ministerio lo obliga a ello. Como apóstol de los gentiles no puede decirles que lo que les está anunciando son cosas sin importancia y despreciables, pues en tal caso, nadie le aceptaría, y pocos serían los frutos de su ministerio entre ellos. ¿Quién, en efecto, apreciará un don del que tú mismo piensas que no vale la pena ofrecerlo? Y no sólo esto; con su actitud, el apóstol quería "provocar" además a los judíos, a fin de que su ministerio rindiera doble fruto: Los gentiles convertidos son cada día más, a causa de la excelencia de los dones que el ministerio de Pablo les ofrece. Y ese hecho de que hay un número cada vez mayor de gentiles que con un ansia tan grande abrazan estos bienes, debe incitar a los judíos a hacer lo mismo. Por esto, el apóstol dice: *A vosotros hablo, gentiles,* i.e., para gloria de vosotros,
WA porque habéis sido enriquecidos. Con los judíos no podría hablar
435 en el mismo tono, pues se escandalizarían aún más.

v.16. Si las primicias son santas, también lo es la masa restante.

El latín usa el término *delibatio* como traducción del griego *aparche*[7], que quiere decir primicias, o sea, los primeros y más calificados frutos de la cosecha que se traían como ofrenda. Y en verdad, la palabra 'primicias' expresa más exacta y más claramente lo que el apóstol quiere decirnos, que el latín *delibatio*. El sentido de la frase es: si son santos los apóstoles, que fueron tomados de entre los judíos a modo de primicias y parte más valiosa, entonces también el pueblo entero es santo, porque son de la misma masa y naturaleza que aquéllos. Por lo tanto, el hecho de que algunos

[7] "Probación de, encentadura" (acción y efecto de encentar o decentar, y éste: "empezar a cortar o gastar una cosa", según el Dicc. Durvan de la Lengua Española). El griego ἀπαρχή, en el contexto de Ro. 11:6, significa "lo primero" en el sentido de Nm. 15: 18-21; en otros pasajes se designa con ἀπ. a los primeros convertidos; comp. Ro. 16:5; 1 Co. 16:15.

sean incrédulos no debe tomarse como motivo para despreciarlos a todos.

v.20. No te ensoberbezcas, sino teme[8].

Sorprende lo poco consecuente que es nuestro traductor[9] en el manejo de la palabra *sapere*, que en el original griego es *phronein*. En el capítulo 8:5 tradujo el término griego con *sapiunt* y también con *sentiunt*. Allí mismo pone "sabiduría de la carne", pero también "prudencia de la carne", y "prudencia del espíritu". Aquí en el cap. 11 en cambio vuelve a usar el vocablo *sapere* (11:25), y lo mismo hace en el capítulo siguiente (12:3): "... que no tenga más alto concepto de sí *(non plus sapere)* que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura *(sapere ad sobrietatem)*". Pero el significado de la palabra difiere de lo que hoy día se suele denominar "sabiduría" (en griego *sophia*) y "prudencia" (en griego *eubulia* o *prometheia*). Su significado propio es más bien: "tener puesto el pensamiento en algo con cierta complacencia en sí mismo"; lo que en griego se expresa ya con "estar animado de tal o cual sentimiento", ya con "gloriarse en", o también con "jactarse" — o sea: el término griego tiene que ver más con el afecto que con el intelecto, y se aplica generalmente a los que "creen ser algo, no siendo nada" (comp. Gá. 2:6 y 6:3). *Phronesis* es, por lo tanto, una complacencia de esta índole; *phronema*, ese modo de pensar de por sí, o "la acción y efecto" de la *phronesis*; y *phronimos* es entonces uno que tiene este modo de pensar. Por lo tanto: si es que quisiéramos traducirlo uniformemente, haríamos mejor en usar el término *sentire*, con el matiz de "abrigar en la mente un determinado sentimiento". En WA
lenguaje familiar hablamos de que a uno "le parece bien", en alemán *Gutdünken*, con lo que a menudo nos referimos a una persona engreída; pero a veces lo entendemos también en un buen sentido: a mí me parece así, yo pienso así. Pero con esto ya no se expresa lo mismo que con el término griego tal como Pablo lo emplea aquí: "No seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos" (Ro. 11:25), quiere decir: no penséis con satisfacción en lo buenos que sois, no tengáis de vosotros mismos un concepto tan elevado. 436

v.22. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios.

En este pasaje se nos enseña que al ver cómo cayeron los judíos o los herejes u otra gente, no debemos fijarnos en los que

[8] En la Vulgata: *Noli altum sapere, sed time* — "no tengas un concepto alto (de ti mismo), sino teme".

[9] La Vulgata.

sufrieron la caída sino en el obrar de Dios que se manifestó en ellos, para que mediante el ejemplo de la desgracia de otros aprendamos a temer a Dios y a abstenernos de toda presunción. Pues este es el rasgo sobresaliente de las palabras del apóstol: quieren estimularnos a que a base del obrar de Dios dirijamos nuestra atención al que obró, en lugar de hacer comparaciones entre nosotros y los demás.

Contrariamente a esta intención del apóstol, muchos incurren en la estupidez a la vez asombrosa y arrogante de tildar a los judíos de perros, malhechores y quién sabe qué más, aunque ellos mismos saben tan poco como cualquier otro qué son ellos ante Dios y qué piensa Dios de ellos. Prorrumpen en insultos temerarios y blasfemos, en lugar de tener compasión de este pueblo desdichado —y en lugar de temer que a ellos les podrá sobrevenir algo similar. No; nada de esto. Al contrario: como si estuvieran absolutamente seguros acerca de sí mismos y acerca de los judíos, declaran con toda osadía: nosotros somos los benditos, aquéllos los malditos. Así proceden en nuestros días los teólogos de Colonia que, impulsados por su celo más que tonto, no tuvieron vergüenza de publicar unos artículos, o mejor dicho, un mamarracho desarticulado e inservible, en que llaman "malditos" a los judíos[10]. ¿Por qué? Porque estos teólogos se olvidaron de que en el capítulo siguiente se dice: "Bendecid, y no maldigáis" (Ro. 12:14), y en otro pasaje: "Nos maldicen, y bendecimos; nos difaman, y rogamos" (1 Co. 4:12,13). Quieren convertir a los judíos a la fuerza y con maldiciones. ¡Que Dios no se lo permita!

v.25. No quiero, hermanos, que ignoréis (este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos).

De este texto se deduce comúnmente que en los tiempos postreros del mundo, los judíos retornarán a la fe verdadera. Sin embargo, lo que aquí se dice es demasiado oscuro como para que pueda
WA servir de base segura a tal idea, a no ser que uno quiera adherir al
437 juicio de autoridades como son los padres de la iglesia que interpretaron al apóstol en este sentido. Pero también el Señor mismo concuerda con las palabras de Pablo al decir: "Habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan" (Lc. 21:23,24), o sea, según Ro. 11:25: *hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles.* También Moisés, después de haber profetizado

[10] Comp. cap. 5, nota 8 (pág. 200).

que Israel habría de ser llevado a través de todos los gentiles, continúa diciendo: "Mas en los postreros días te volverás al Señor tu Dios y oirás su voz; porque Dios misericordioso es el Señor tu Dios" (Dt. 4:30,31). Lo mismo afirma Oseas (3:4,5): "Muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificios, sin altar, sin efod y sin terafines. Después volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey; y temerán al Señor y a su bondad en el fin de los días". El mismo profeta dice (Os. 5:12): "Yo, pues, seré como polilla a Efraín, y como carcoma a la casa de Judá", y más adelante: "Andaré y volveré a mi lugar, hasta que desfallezcáis y busquéis mi rostro" (Os. 5:15). Asimismo dice el Señor (Mt. 23:38,39): "He aquí vuestra casa os será dejada desierta. En verdad os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor".

Según todo esto, lo que el apóstol quiere decir es:

"No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio", i.e.; "no os ensoberbezcáis. El hecho de que los judíos hayan caído es un misterio sagrado que nadie conoce; a saber: nadie sabe nada acerca de este misterio de que los judíos, ahora caídos, retornarán y serán salvados una vez que hayan entrado en su totalidad los gentiles que fueron escogidos. Los judíos no quedarán fuera para siempre, sino que a su tiempo retornarán".

Ejemplificación clarísima de ello es José, imagen simbólica de Cristo: Vendido a Egipto por sus hermanos (Gn. 37:28) y elevado allí al cargo de gobernante, al fin fue reconocido inesperadamente por su padre y por sus hermanos, como lo relatan en forma tan bella los últimos capítulos del Génesis (comp. Gn. 45:3; 46:29). Así
también los judíos, que expulsaron a Cristo a tierra de los gentiles WA
donde él ahora es Rey, finalmente retornarán a él, impelidos por el 438
hambre de la palabra, y en medio de los gentiles lo recibirán.

A esto se refiere el apóstol cuando dice, citando palabras de Isaías: *Y así todo Israel será salvo* (Ro. 11:25). En nuestra versión (la Vulgata) el pasaje de Isaías reza así: "Y vendrá el Redentor a Sion, y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob" (Is. 59:20). Pero sólo pueden "volver" de la iniquidad quienes están dentro de ella, como lo están ahora los judíos. Con "impiedad" empero, o "iniquidad", en griego *asebeia*, se designa no un pecado cualquiera, sino el pecado contra la adoración de Dios, es decir, contra la fe, en que incurren los que quieren alcanzar la salvación por medio de su propia justicia. En hebreo, este pecado se llama *Rascha*, Ecl. 8:8: "La impiedad no salvará al impío", o sea: la justicia propia no lo salvará (como él cree erróneamente), porque no es justicia sino impiedad.

El agregado *Cuando yo quite sus pecados* (Ro. 11:27) no se halla en Isaías, sino que fue añadido por el apóstol, ya sea a título

personal, o como cita de otro libro profético. Su propósito es indicar la diferencia que existe entre los dos testamentos o pactos: el pacto antiguo es aquel en el cual nosotros incrementamos el pecado; el pacto nuevo en cambio es aquel en el cual Dios quitó el pecado. Lo que el apóstol quiere decir es, por lo tanto: Este es el pacto de la *re*misión de los pecados, en el cual Dios "apartará *de* Jacob la impiedad", así como aquél era el pacto de la *co*misión de pecados, en el cual Jacob se apartó *a* la impiedad. De manera que Cristo todavía no ha venido a los judíos, pero vendrá, a saber, en el tiempo postrero, como lo demuestran los textos bíblicos que acabamos de citar. Así es como deben interpretarse las palabras del apóstol: él está hablando de la venida mística de Cristo a los judíos. De no ser así, aquel vaticinio de Isaías ya se habría cumplido clara y visiblemente mediante la venida física de Cristo. Por esto dije que el apóstol usa aquí un lenguaje oscuro, y no nos será posible determinar qué quiere decir en definitiva, a menos que nos atengamos a la interpretación que hicieron los padres. Por ahora, pues, rige el veredicto: "En parte, Israel padece de ceguera"; pero vendrán días en que Israel será salvado no sólo en parte, sino en su totalidad. Ahora ha sido salvada sólo una parte de ellos; entonces lo serán todos.

Corolario

La palabra "misterio" se emplea en este pasaje en un sentido absoluto, para indicar algo que no se conoce, sentido que difiere del que dicho término tiene en el uso común y corriente, donde lo rela-
WA cionamos con conceptos como "figurativo" o "literal", p.ej. cuando
439 hablamos de un "sentido místico", con lo que queremos expresar que *uno* es el sentido que está a la superficie, y *otro* el que yace en el fondo. Un misterio en sentido absoluto empero es aquel en que nadie logra penetrar, a saber: que la plenitud de los gentiles entrarían a raíz de la caída de algunos judíos. Expresiones similares aparecen también en otro lugar de esta carta, p.ej. en Ro. 16:25: "Según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos", y en Col. 1:26.

A lo largo de todo el texto se evidencia la intención de estimular a aquel pueblo a que retorne a su Dios. Por ende, para entender correctamente al apóstol, es preciso saber que sus palabras incluyen a toda aquella masa del pueblo judío y tienen en vista tanto a los piadosos del pasado como también a los del presente y del futuro. Pese a que Dios ha reprobado a algunos de ellos, sin embargo hay que honrar a aquella masa por causa de los escogidos, así como hay que tributar el debido honor a una comunidad cualquiera por causa de los buenos que hay en su medio, aunque son menos que los

malos. Por esto corresponde aplicar aquí una de las reglas hermenéuticas para la interpretación de las Escrituras[11], según la cual "la Escritura habla simultáneamente de los buenos y los malos que se hallan en uno y el mismo cuerpo místico". De ese modo, el pueblo judío es una "masa santa" a causa de los escogidos, pero "ramas desgajadas" a causa de los réprobos. Son la "plenitud" y el "vacío"; "enemigos por causa de los gentiles", y no obstante "muy amados por causa de los padres". Constantemente, la Escritura dice cosas muy diversas respecto de uno y el mismo pueblo, por la diversidad existente en este pueblo. Esto suena como si el apóstol quisiera que a los mismos individuos se los considere como sus enemigos personales y a la vez sus mejores amigos personales. Sin embargo, él hace una clara distinción entre las personas, pero a la vez hace resaltar que pertenecen a la misma masa. Precisamente por esto los llama "masa", para demostrar que está hablando no de ciertos individuos, sino de la raza entera, en la cual puede haber muchos no-santos.

v.28. Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros.

Lo de "enemigos" debe entenderse aquí en sentido pasivo, como "algo que es odiado": los incrédulos hijos de Israel merecen ser odiados, y en efecto son odiados por Dios, y en consecuencia también por los apóstoles y por todos los que son de Dios. Así lo indica claramente la antítesis: *pero en cuanto a la elección, son amados;* es decir: son odiados, y no obstante son amados, i.e., la masa es amada, pero también odiada. Es odiada "en cuanto al evangelio, por causa de vosotros", vale decir: dado que vosotros sois amados en cuanto al evangelio, ellos son odiados en cuanto al evangelio. Y sin embargo, la masa es amada *por causa de los padres en cuanto a la elección,* esto es: es amada por cuanto la elección hace que hasta el día de hoy, algunos de entre ellos sean aceptados. Y por eso, la masa es amada "por causa de los padres", porque también éstos son amigos.

v.29. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios. WA 440

¡Palabras verdaderamente notables! La voluntad de Dios no la alteran ni los méritos ni los deméritos de hombre alguno. No se arrepiente el Señor de los dones y del llamado prometidos; el hecho

[11] Comp. pág. 47, nota 41.

es que ellos, los judíos, son ahora indignos, vosotros en cambio, los gentiles, sois dignos. La voluntad de Dios permanece inalterada, aun cuando vosotros cambiéis. Por eso aquéllos retornarán y finalmente serán llevados a la verdad de la fe. De ahí el término griego: "los dones etc. de Dios son *ametameleta*", quiere decir, "no sujetos a arrepentimiento". No se trata pues de un acto de arrepentimiento por parte nuestra, sino de un arrepentimiento de parte de Dios: él "se arrepiente" de aquello que él somete a un cambio o expone a la destrucción.

v.33. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!

"Sabiduría y ciencia" —según San Agustín[12], la diferenciación correcta entre ambas es esta: la sabiduría está relacionada con la contemplación de cosas eternas, la ciencia está relacionada con el conocimiento de cosas temporales. Por esto, la sabiduría creada[13] tiene que ver con aquello que no se puede ver ni percibir sino por medio de la fe o mediante un "arrebato anagógico", una elevación del alma al cielo[14]. La ciencia en cambio trata con lo que está fuera de Dios, con las cosas creadas. La "sabiduría de Dios" es, entonces, la sabiduría por virtud de la cual él contempla consigo mismo todas las cosas, antes, después y durante su entrada en existencia. El "conocimiento de Dios" empero es el conocimiento por virtud del cual él conoce las cosas tales como son y tales como llegan a ser. Por esto, a ese conocimiento propio de Dios se lo llama "conocimiento de la visión"[15].

[12] Agustín, *De Trinitate,* 15, 25. Patrol. Ser. Lat. XLII, 1010.

[13] Es decir: la sabiduría humana, en contraste con la sabiduría divina, que es increada.

[14] Comp. pág. 198, nota 5.

[15] *Scientia visionis* (approbationis), el saber en unión con la aprobación por parte de la voluntad, el saber suministrado por el acto de ver y observar las cosas objetivamente.

Capítulo 12

v.1. Así que, hermanos, os ruego.

El apóstol se dispone ahora a establecer ciertos principios de ética cristiana. Y su preocupación primordial, hasta el final mismo de la carta, es erradicar nuestra prudencia y el insistir en la opinión personal. Por eso comienza inmediatamente con un ataque contra esa peste, que es la más dañina de todas, porque ella sola, bajo la apariencia sutil de obras buenas, es la que vuelve a arruinar el nacimiento espiritual y lo extingue, justamente mediante sus así llamadas buenas obras. Pero no es sólo en la carta a los romanos que el apóstol fustiga esa prudencia, sino que lo hace también en todas las demás, con la mayor diligencia; porque sabe muy bien, que fuera de
la unidad, la paz, el amor y la humildad, para las cuales aquella pru- WA
dencia significa la muerte instantánea, no hay otra buena obra 441
alguna. Por esto dice también en Fil. 2:1 y ss.: "Si hay entre vosotros algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús. . ." etc. En términos similares se expresa en 2 Co. 6:1: "Como colaboradores suyos, os exhortamos a que no recibáis la gracia de Dios en vano", lo que coincide con lo dicho aquí en Ro. 12:1: "Os ruego por la misericordia", a saber, por la misericordia que habéis recibido: tened cuidado de que no la recibáis en vano; antes bien, "presentad vuestros cuerpos en sacrificio". Y el significado del "presentar en sacrificio" a su vez lo explica en aquel pasaje de 2 Co.: "en mucha paciencia, en muchos ayunos, en desvelos, en trabajos" (2 Co. 6: 4 y ss.).

v.2. Sino transformaos (por medio de la renovación de vuestro entendimiento).

"Transformaos" dice el apóstol; podría haber dicho también "progresad", porque está hablando a personas que han comenzado ya a ser cristianos. La vida de éstos no es algo estático, sino que es un moverse de lo bueno hacia lo mejor, así como un enfermo se halla en movimiento desde la enfermedad hacia la salud, como lo ilustra el Señor con el ejemplo de aquel hombre medio muerto de quien se hizo cargo un samaritano para curarlo. Asimismo, el Espíritu del Señor no "reposaba" sino que "se movía sobre la faz de las aguas" (Gn. 1:2). En Dt. 32:11 leemos: "Como el águila que *excita su nidada para que vuelen, revolotea sobre sus pollos*"; y en el Salmo 18:10: "Ascendió y voló; voló sobre las alas del viento". De ahí el dicho de San Bernardo: "Cuando comienzas a no querer ser mejor, dejas de ser bueno"[1]. Pues de nada le sirve al árbol cubrirse de verde y florecer, si de estas flores no salen frutos. Por eso muchos perecen en el período de floración. En efecto: así
WA como en el reino de lo natural hay, según Aristóteles, cinco grados:
442 no ser, llegar a ser, ser, actuar, ser objeto del actuar de otro[2], esto es: privación, materia, forma, operación, pasión, así es también en el reino de lo espiritual: "no ser" es una cosa sin nombre, el hombre en sus pecados; "llegar a ser" es la justificación; "ser" es la justicia; "actuar" es el obrar y vivir correctamente; "ser objeto del actuar de otro" es el ser hecho perfecto y consumado. Estos cinco grados están como en un continuo movimiento dentro del hombre. Y sea lo que fuere lo que se halla dentro del hombre —excepción hecha del primer "no ser" y del último "ser", pues entre estos dos, el "no ser" y el "ser objeto del actuar de otro", están ubicados otros tres, el "llegar a ser", el "ser" y el "actuar", siempre en movimiento — en virtud de su nuevo nacimiento, el hombre pasa del pecado a la justicia, y así del "no ser" por medio del "llegar a ser" al "ser". Una vez que haya ocurrido esto, el hombre obra correctamente. Pero de ese nuevo "ser", que en realidad es un "no ser", el hombre pasa en constante progreso a otro nuevo "ser" en virtud de la "pasión", i.e.: mediante el "ser hecho otro" pasa a un "ser" mejor, y de allí nuevamente a otro. Resulta, pues, que en realidad, el hombre siempre se halla en el estado de "privación", siempre en vías de llegar a ser o en estado potencial, materia siempre, y siempre en acción. Así, en efecto, es como Aristóteles ve

[1] Comp. cap. 3, nota 35 (pág. 128).
[2] Estos conceptos aristotélicos se hallan en los manuales de física de Occam, Usingen y otros, en los párrafos que tratan de los *principia essendi*. Comp. WA 56, 441, 23, nota.

estas cosas en su reflexión filosófica, y hace bien en verlas así; pero el hecho es que no se lo entiende así.

El hombre siempre se halla en el "no ser", en el "llegar a ser", en el "ser", siempre está en estado de "privación", en estado "potencial" y en "operación", siempre en el pecado, en la justificación, en la justicia, es decir: siempre es un pecador, siempre es un arrepentido, siempre es justo. Con el arrepentirse llega a ser de un "injusto" un "justo". Quiere decir, entonces, que el arrepentimiento es el punto medio entre injusticia y justicia, de manera que el hombre está en el pecado si tomamos en cuenta el punto de partida, y está en la justicia si tomamos en cuenta la meta. Por consiguiente: si siempre tenemos que arrepentirnos y siempre somos pecadores, precisamente por eso mismo somos justos y justificados. En parte somos pecadores, y en parte justos; quiere decir, no somos sino hombres que se arrepienten. Y a la inversa: los impíos que se apartan de la justicia, están en el punto medio entre pecado y justicia, sólo que se mueven en sentido contrario. Esta vida es, por ende, el camino al cielo y al infierno. Nadie es tan bueno como para que no pueda llegar a ser mejor, y nadie es tan malo como para que no pueda llegar a ser peor, hasta que finalmente alcancemos la última forma posible. Para expresar esta verdad, el apóstol elige sus palabras con mucho cuidado. No dice: Transformaos para o hacia WA
la renovación (lat. *ad novitatem*), sino *en la renovación (in novitate)* o "por medio de la renovación" *per renovationem)*, o mejor aún, como en el texto original griego, sin conjunción alguna: "Transformaos (en) renovación[3] de vuestro entendimiento". "En renovación", añade el apóstol, para que no se crea que al hablar de "transformación", él está pensando en aquella inestabilidad de la mente, o enseñando una renovación de las formas exteriores del culto. No; lo que él desea promover es la renovación de la mente, día a día, en medida cada vez mayor, en conformidad con aquellos otros textos 2 Co. 4:16: "El hombre interior se renueva de día en día"; Ef. 4:23: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente", y Col. 3:10: "Revestíos del hombre nuevo, el cual... se va transformando". 443

v. 1b. . . . que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo.

Lo que en verdad hay que presentar en sacrificio a Dios no es algo fuera de nosotros o de lo nuestro, ni algo temporal o limitado a determinada hora: es nuestra propia persona, presentada como

[3] μεταμορφοῦσθε τῇ ἀνακαιώσει.

sacrificio eterno, según aquellas palabras del Salmo 110:4: "Tú eres sacerdote para siempre", y como tal tiene también un sacerdocio sempiterno, He. 7:17, como dice en Pr. 23:26: "Dame, hijo mío, tu corazón". Sacrificio *vivo*, agrega Pablo, para diferenciarlo de los sacrificios de animales que en aquel entonces eran presentados muertos. Así al menos opina Lyra[4], y también San Gregorio interpreta el calificativo "vivo" en este sentido[5]. Pero mejor es relacionarlo con la vida espiritual: ese sacrificio ha de producir buenas obras. Esto cuadra bien con lo dicho anteriormente: "Para que el cuerpo del pecado sea destruido" (Ro. 6:6). Pues el "cuerpo del pecado" es a los ojos de Dios un cuerpo muerto. Sin embargo, las obras buenas producidas por gente mancillada no valen nada; por esto el apóstol agrega al "vivo" un *santo*, término que Lyra traduce con "firme" y "perseverante" – una traducción sin duda piadosa, pero inaceptable. Pues "santo" se usa en la Escritura no para designar lo que está firmemente establecido o decretado, ni tampoco lo "no-terrenal", como si el griego *hagios* (santo) fuese una voz derivada de 'a' (prefijo negativo) y 'ge' (tierra)[6]. Todo esto son fantasías.
WA 444 Santo significa: separado, segregado, mantenido lejos de lo profano, algo que es apartado del uso común y aplicado solamente a usos sagrados y dignos de Dios, algo que ha sido consagrado. Este significado está confirmado por numerosos textos, como p.ej. Ex. 19:10: "Santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos" etc. Jos. 3:5: "Santificaos, porque mañana el Señor hará maravillas entre vosotros". 1 S. 21:4 y ss.: "Si los muchachos se han guardado a lo menos de mujeres, coman de estos panes. Y David respondió: Si de mujeres se trata, los cuerpos de los muchachos están santos", quiere decir: limpios y puros. Y el relato prosigue: "El viaje es profano, pero hoy será santificado. Así el sacerdote le dio el pan sagrado". Esto nos demuestra claramente que "santo" es lo mismo que limpio, puro, separado. Ante todo se refiere a la pureza que el hombre le debe a Dios. San Gregorio dice en su *Homilía sobre Ezequiel*[7]: "El 'sacrificio vivo' es el cuerpo mantenido en severa sujeción en pro del Señor. Se lo llama 'sacrificio' y 'vivo' porque vive para las virtudes y está muerto para los vicios. Es un 'sacrificio' porque ya está muerto con respecto al mundo y su depravado obrar;

[4] No es la opinión de Lyra, sino de Pablo de Burgos, *Additio I.*

[5] Gregorio, *Homilías sobre Ezequiel* II, 10, 9. Patrol. Ser. Lat. LXXVI, 1069 y ss.

[6] *a-geos - sine terra,* no-terrenal. Esta derivación se remonta a Beda (672-735). Según otros, el autor de esta curiosa etimología, mencionada también por Reuchlin, sería Hugo de S. Víctor. (La palabra griega es ἅγιος). Comp. WA 56, 443, 22, nota.

[7] Gregorio, Hom. sobre Ez. II, 10, 19. Patrol. Ser. Lat. LXXVI, 1069 y s.

'vivo' está, en cambio, porque hace todo el bien que puede". Así que para el apóstol, "santo" equivale a "puro": los cuerpos no deben ser mancillados por la comisión de actos lujuriosos. Con esto retoma un pensamiento expresado ya en el cap. 6:19: "Para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia", y en I Co. 7:34: "Para ser santa así en cuerpo como en espíritu". En resumidas cuentas: "Santo" es sinónimo de "consagrado", puro y limpio ante Dios; y en esto difiere de la pureza que se observa también ante los hombres. Y no obstante, reina una extraña confusión en cuanto a esas diferencias entre santo y consagrado, santidad y santificación. Por esto, en alemán es más correcto hablar de *heilig* (santo) que de *rein* (puro, limpio). Ahora bien: el hacer buenas obras y vivir una vida sin tachas no tiene valor alguno si sirve de motivo para la jactancia y vanagloria; de ahí el otro calificativo: *agradable a Dios*. Con esto el apóstol se dirige contra el orgullo y el engreimiento que tantas veces desvirtúa el bien que hacemos. Pues así como la envidia es el acompañante inseparable de la felicidad ajena, así la soberbia o *kenodoxia* (vanagloria) lo es de la propia. De esta suerte, los hombres se convierten en vírgenes insensatas (comp. Mt. 25:3), que tienen lámparas, i.e., que poseen vida y santidad, pero que no tienen aceite, porque quieren agradar a los hombres. Pero más importante que ser santo es agradar a Dios solo. Pues desagradarse a sí mismo y hacer caso omiso del desagrado de los demás, esto es lo más difícil para quienes poseen algo en qué complacerse, como lo es la santidad.

...*que es vuestro culto racional* (v.1). Según la interpretación de WA
Lyra,[8] el "culto racional" es un culto sensato y mesurado, en el 445
cual el hombre no destruye su cuerpo en cuanto a sus manifestaciones naturales, sino que sólo lo mantiene en sujeción en cuanto a sus pasiones pecaminosas. Esto podrá ser una advertencia buena y muy saludable —pero lo que el apóstol enseña aquí es otra cosa. En efecto: en el texto original griego, Pablo separa esta frase de la que le antecede interponiendo el artículo 'la' (gr. *ten*) y diciendo: *ten logiken latreian hymon*, como si quisiera explicar el motivo por qué había hablado de "presentar los cuerpos en sacrificio": Digo esto —he aquí su opinión— porque trato de enseñaros que lo que debéis a Dios de acuerdo con la ley nueva es un sacrificio racional y no un sacrificio de animales. Pues *logikos* significa "racional",

[8] En su comentario sobre este pasaje. Lutero adhiere enteramente a lo que dice Erasmo (quien también rechaza la interpretación de Lyra) incluso en la conexión sintáctica y en la traducción. Comp. WA 56, 445, 1, nota.

alogos en cambio "irracional". Y con el término "culto" o *latreia* se alude al sacrificio mismo o a la forma cómo se ha de presentar tal "sacrificio vivo". Lo que el apóstol quiere decir es, por lo tanto: Presentad vuestro culto racional, a saber: presentad vuestro cuerpo como un sacrificio vivo, etc.

v.2. Para que comprobéis cuál sea (la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta).

Para algunos expositores, la *buena* voluntad tiene que ver con los principiantes, la *agradable* voluntad, con los algo más avanzados, y la *perfecta* voluntad, con los que ya son perfectos. No es tan mala la aplicación. Podríamos ver en estos tres términos también una referencia a aquellos tres anteriores: "vivo, santo, agradable a Dios" (v.1). La "buena" voluntad de Dios es que hagamos lo que es bueno; su voluntad "agradable" es que vivamos en pureza y nos abstengamos de todo lo que sea inmundo; su voluntad "perfecta" empero es que procuremos agradar a Dios solo. Pero cuando el apóstol dice que la comprobación de esa triple voluntad divina proviene de la "transformación por medio de la renovación de vuestro entendimiento", realmente está pensando en algo que es demasiado profundo como para que se lo pueda expresar en letras, en algo que sólo se puede conocer por propia experiencia. Por eso, "los que son guiados por el Espíritu de Dios" (Ro. 8:14) son hombres cuya mente y cuya forma de pensar son flexibles. La diestra de Dios los conduce en forma maravillosa[9] a donde ellos no quieren ni piensan ir, pero los conduce de una manera que sobrepasa todo entendimiento. Por esto, en el momento en que son conducidos, la voluntad de Dios para con ellos parece ser rígida y desagradable, francamente desesperante. Pero cuando se entregan a esta conducción con humilde resignación y cuando soportan con firme fe aun las más severas pruebas —entonces, y sólo entonces, llegan a comprender todo lo buena que era esta voluntad, si bien era una voluntad incógnita e incognoscible cuando
WA aún estaba en vías de cumplirse. A esto se debe que los incrédulos
446 "no soporten el consejo de Dios" (comp. Sal. 106:13; 107:11): ellos quieren vivir de acuerdo con sus propias ideas preconcebidas, y quieren que estas ideas sean consideradas como normas también por los demás; no están dispuestos a desistir de su opinión, ni tampoco a cambiar de actitud. Por eso "no comprueban cuál sea la

[9] Comp. Sal. 45:4 (Vulg. 44:4): *Deducet te mirabiliter dextera tua.*

buena voluntad de Dios" sino que se "conforman a este siglo", apoyándose exclusivamente en sus propios sentimientos y experiencias. Pues es la *fe* la que transforma el entendimiento, y la que lleva al hombre al conocimiento de la voluntad de Dios. Un pensamiento similar del apóstol se halla en Ef. 3:18,19: "A fin de que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios", a lo que sigue (v.20): "A Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que entendemos" etc.

Cada vez que Dios concede un nuevo grado de su gracia, lo concede de una manera totalmente contraria a lo que es nuestro propio modo de pensar y de disponer las cosas. El que en tales circunstancias se aferra a sus propios planes en lugar de cambiarlos y de someterse al plan de Dios; el que rechaza la oferta de Dios y no quiere saber nada de padecimientos: el tal jamás alcanzará esta gracia. Por lo tanto, la transformación de nuestro entendimiento es el conocimiento más útil que un creyente en Cristo puede poseer —y el perseverar en el propio entendimiento es la más perjudicial resistencia que se puede oponer al Espíritu Santo. Lo demostraremos con algunos ejemplos: Cuando Abraham recibió la orden de salir de su tierra, sin saber a dónde le llevaría su éxodo, esa orden estaba en contradicción con su entendimiento. Asimismo, cuando se le mandó sacrificar a su hijo, ello significaba para él una transformación tremenda de su entendimiento, como se desprende de Ro. 4:3. Dura,desagradable y desconcertante en extremo le pareció a Abraham la voluntad divina respecto de Isaac; y sin embargo, después quedó comprobado que había sido una voluntad sumamente buena, llena de gracia, perfectísima. Como otros ejemplos más podríamos mencionar el caso de David (comp. 1 S. 17:33) y el de la Virgen María (Lc. 1:28 ss.). Pero cada cual debe hacer su propia experiencia, y prestar atención cuidadosa a su propia "visitación". Pues esa insistencia terca en la opinión personal de uno es un grave impedimento; incluso hace que una persona disienta de la opinión de todos los demás, crea saberlo todo mejor, y se resista a sus superiores y a aquéllos mediante cuya palabra u obra Dios quiere demostrar su voluntad. Por esto, el apóstol agrega las palabras: *Digo pues, por la gracia que me es dada* ... (v.3). Pues ¿qué hace Dios en su iglesia sino transformar ese erróneo entendimiento? Pero a esta transformación se opone la gente que se complace en su propio modo de pensar, y que lo perturba todo, causando cismas y herejías. Estos son los "hombres corruptos de entendimiento" como los llama el apóstol en otro lugar (2 Ti. 3:8).

Por lo tanto: así como la sabiduría de Dios se esconde bajo la apariencia de la necedad, y como la verdad se esconde bajo la

apariencia de la mentira,[10] así también la palabra de Dios, todas las veces que viene a nosotros, viene con una apariencia que es totalmente contraria al entendimiento que tenemos nosotros — ¡nosotros que estamos tan convencidos de saber la verdad de las cosas! Y la
WA consecuencia es que nuestro entendimiento tilda de mentira a la
447 palabra divina que es contraria a él, al punto de que Cristo llamó a su palabra *nuestro adversario* (en Mt. 5:25): "Ponte de acuerdo con tu adversario". Y Os. 5:14: "Yo seré como leona (Vulgata: *leaena*) a Efraín, y como cachorro de león a la casa de Judá", es decir: seré su adversario. Así ocurre también con la voluntad de Dios: por naturaleza es verdaderamente "buena, agradable y perfecta". Pero tan escondida está bajo la apariencia de lo malo, lo desagradable y lo desesperado, que nuestra voluntad y nuestra así llamada buena intención no puede ver en ella sino algo malísimo y algo que hace frustrar todas nuestras esperanzas; de ningún modo le parece ser la voluntad de Dios sino antes bien la del diablo. Y esto seguirá siendo así a menos que el hombre deje a un lado su voluntad y sus buenas intenciones y se avenga a renunciar a toda justicia, bondad y verdad ideadas por él mismo. Una vez que haya hecho esto, se dará cuenta de que lo que antes era para él lo peor, lo que más le desagradaba, y que al parecer ya no tenía remedio — se dará cuenta, digo, de que esto es en realidad lo que más le deleita y agrada, y ya no tendrá reparos en reconocerlo como lo más perfecto que existe. Así dice el Señor a Pedro: "Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas donde querías; mas cuando ya seas viejo, te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras" (Jn 21:18). ¡Cosa extraña! Pedro es llevado a donde no quiere; y sin embargo, si no lo llevasen a donde no quiere, no glorificaría a Dios, sino que cometería pecado. De modo que al mismo tiempo quiere y no quiere. Así Cristo en su agonía llevó a la perfección su *noluntad*, por decirlo así,[11] por medio de la más ferviente *voluntad*. Pues así es como Dios obra en todos los santos: los lleva a que empeñen al máximo su voluntad para hacer aquello que con voluntad igualmente enérgica *no* quieren hacer. He aquí una contradicción que asombra a los filósofos, y que sobrepasa el entendimiento humano. Por eso dije: el que no reconoció esto por la experiencia y por la práctica, jamás lo entenderá. Si la experiencia práctica es una necesidad en el ejercicio de la jurisprudencia, que nos enseña una justicia no más que nebulosa, ¡cuánto más lo será en la teología! Por consiguiente: todo cristiano debería sentir el gozo máximo justo en el momento en que las cosas van en contra de su entendimiento, y siempre debería sentir temor cuando las

[10] Comp. pág. 290, abajo.
[11] Comp. pág. 253, nota 26.

cosas van como él piensa que tendrían que ir. Y esto lo digo no sólo con respecto a las concupiscencias de la carne, sino también con respecto a nuestras obras que nos parecen las más justas.

Por esta razón, los juristas de nuestro tiempo demuestran ser muy malos consejeros cuando recomiendan que se proceda a la ejecución inmediata de lo que según su interpretación de las leyes es "justicia". De esta manera lo asesoraron al papa Julio (al cual lo llaman 'beato'). Lo mismo sucedió con el duque Jorge. Casi todo el mundo se deja llevar por este error, cardenales y otros potentados, tanto eclesiásticos como civiles, igual que los judíos de antaño que se dejaron instigar contra el rey de Babilonia. Todos ellos se basan WA
en sus derechos particulares; por eso no llegan a ninguna conclusión, 448
y salen arruinados. Pues Dios gobierna el mundo con una justicia que abarca a todos por igual, para que en virtud de ella se haga en todos y para todos y por todos lo que es menester. Aquéllos en cambio, ineptos y ciegos como son, proceden a base de su justicia particular. En este asunto, ningún jurista puede ser de utilidad. El uno como el otro se pone a emitir juicios temerarios, y con el mayor desparpajo lanzan proposiciones tan insulsas que hasta el aldeano más tosco tendría miedo de proferir semejante estupidez, p.ej.: Ciertamente, incluso ante Dios, este hombre es justo, y aquel es injusto, tanto por derecho divino como por derecho humano; – y entonces se ponen en marcha sin ningún titubeo, con "buena intención" e impulsados por el celo de la justicia. Pero a ninguno se le ocurre pensar que el individuo al que ellos declaran "justo", lo es en un solo aspecto, siendo quizás injusto ante Dios en todos los demás aspectos, o al menos en la mayoría de ellos. ¡Y entonces pretenden que Dios ayude a este individuo como si fuese una persona realmente justa, y que olvide todas sus injusticias, y que dé a ese único punto donde dicho hombre es justo, la preferencia sobre todo el cúmulo de sus iniquidades! Pues bien: para ofreceros también por parte mía una exposición práctica del sentido de la Escritura, a fin de que podáis extraer de casos similares un juicio similar, citaré un ejemplo. Cuando al duque Jorge[12] le aconsejaron hacer valer sus derechos sobre Frisia, no se halló ninguno que le dijera: Dignísimo Príncipe, tus méritos propios y los de todo tu pueblo no son tantos ni tan grandes como para que no se podría hablar de un justo juicio de Dios si él te castigara instigando contra ti a aquel hombre rebelde y de pretensiones injustas. Deja pues las cosas como están, y reco-

[12] Lutero se refiere al litigio que tuvo el duque Jorge de Sajonia con el conde Edzard, de Frisia Oriental. Las hostilidades (1514) terminaron con la cesión (1515) de aquel territorio al duque Jorge, quien oportunamente lo vendió a Carlos de Borgoña, más tarde emperador Carlos V. Comp. WA 56, 448, 12, nota.

noce en esa malicia la buena voluntad de Dios. Lo que él dispone, acéptalo con beneplácito.

Asimismo, alguien le podría haber aconsejado al papa Julio: Santísimo Padre, la santidad que en estos momentos impera en la iglesia romana no es tanta como para que ésta no merecería males quizás mucho mayores que el agravio que ahora le infligen los venecianos. Mantén la calma. Lo que sucede, sucede por voluntad de Dios. Pero "¡No y no!" dice el papa; "iremos adelante con nuestro derecho". [13] Y también a nuestro obispo de Brandeburgo[14] se le podría haber dado el consejo: Reverendo Padre, también Vos habéis pecado repetidas veces, y de una manera que afectó a todos. Hacednos ahora el favor de soportar con paciencia este caso particular de injusticia. Tú empero, oh príncipe Federico,[15] gozas hasta ahora de la protección de un buen ángel. ¡Quisiera Dios que lo reconozcas! ¡Cuántas veces se te ha provocado mediante afrentas injuriosas, con cuán justos motivos podrías haber tomado las armas! Pero lo has soportado todo, pacientemente, no sé si por un sincero reconocimiento de que también tú eres un hombre pecador, o más bien por el temor a un daño momentáneo.

WA Esto hace que (para hablar de mí mismo), cuando oigo esa
449 palabra "justicia", me da tanto asco que incluso el ser víctima de un pillaje me resultaría menos doloroso. Y sin embargo, los juristas la llevan en la boca constantemente. No hay raza en el mundo que en este sentido sea más incorregible que los juristas y los que hacen alharaca con su "buena intención"[16] y su brillante inteligencia. Pues también yo mismo he experimentado, en mí y en otros, que justamente allí donde estábamos "en lo justo", Dios se burlaba de nosotros y de nuestra justicia. Y con todo, escuché a personas que se atrevían a decir: "Yo sé que llevo la justicia de mi parte. Pero a Dios parece no importarle". Es verdad; pero la "justicia" de que

[13] Entre los años 1503 y 1513, el papa Julio II hizo esfuerzos infructuosos por conquistar y someter a Venecia.

[14] Hieronymus Scultetus (Schulz), desde 1507 obispo de Brandeburgo, a cuya diócesis pertenecía también Wittenberg. Era además canciller del príncipe elector de Brandeburgo. En un principio simpatizaba con Lutero, más tarde se convirtió en uno de sus más encarnizados adversarios. En una entrevista en privado durante la Dieta de Worms trató de persuadir a Lutero a que se retractara. Murió en 1522.

[15] Federico el Sabio, elector de Sajonia (1486-1525), y protector de Lutero en los cruciales años iniciales de la Reforma.

[16] Lutero acuñó el término *bonaeintentionarii*, basado en *bonae intentionis* = hombres de "buena intención", o que constantemente se jactan de tenerla. Otra creación de Lutero del mismo tipo es la palabra *iustitiarii* = los que hacen alarde de su justicia, o los que confían en ser salvos gracias a las buenas obras que hicieron.

hablaban aquellas personas era justicia en un caso particular. Y ésta, en efecto, no le interesa a Dios. La justicia universal y completa es, por lo tanto, la humildad: ésta sujeta a cada uno a todos los demás, y así da a todos todo, como dice Cristo a Juan: "Así conviene que cumplamos toda justicia" (Mt. 3:15).

A este respecto confiesa Ananías, en el capítulo 3 de Daniel[17], que él y sus compañeros padecen un castigo justo, pero que a la vez son castigados injustamente, a saber, por mano de un rey injusto. Pues por más injusto que sea el proceder del que aplica el castigo: para con el que padece el castigo, el proceder no es injusto; porque el transgresor padece el castigo por un motivo justificado. ¿O qué derecho le asiste al diablo para tomar posesión de los hombres? ¿Con qué derecho un verdugo malo ahorca a un ladrón? Ciertamente no lo hace por derecho propio, sino como ejecutor del derecho del juez. Así, los hombres que se jactan de su propia justicia no quieren escuchar la voz del Juez Supremo; sólo les interesa su juicio personal. Y como ante el que comete una injusticia, ellos aparecen como inocentes, pretenden que se los tenga por inocentes en todo.

Por consiguiente: dado que ante Dios no hay quien sea justo, tampoco hay quien pueda quejarse de haber sido tratado injustamente por parte de criatura alguna, aun cuando en un enfrentamiento con esa criatura le asista la razón. Con esto se les quita a todos los hombres el motivo para trenzarse en contiendas. Cualquiera pues que padece injusticias y males mientras él hace el bien, aparte la vista del mal aquel y piense cuánto hay de malo en él mismo en otros aspectos; entonces verá cuán radiante brilla la buena voluntad de Dios a través del mal que tuvo que sufrir. Esto es lo que significa renovar el espíritu y transformar el entendimiento y pensar en las cosas que son de Dios.

Pues así son las disposiciones: Pedro no habría de glorificar a Dios ciñéndose a sí mismo y yendo a donde él quería, aun cuando no iría por mal camino sino por la senda de la más acendrada justicia. Mas cuando esa senda de la perfecta justicia propia le fue cerrada, y cuando fue a donde no quería, sino a donde lo llevó otro, entonces sí glorificó a Dios. Así tampoco nosotros podemos glorificar a Dios a menos que hagamos lo que no queremos, aun en el caso WA
de nuestras propias obras justas, mejor dicho precisamente en el 450
caso de nuestras obras justas, de nuestros buenos propósitos, de nuestras virtudes. Aborrecer así su propia vida (comp. Jn. 12:25), querer en contra del propio querer, ser comprensivo en contra de la

[17] Lo que Lutero menciona aquí es, en realidad, una referencia al "Cántico de Azarías" (el texto de Lutero tiene 'Ananias'), porción apócrifa insertada entre los vv.23 y 24 de Dn.3. Respecto del cambio de nombres de los 3 compañeros de Daniel comp. Dn. 1:7.

propia comprensión, confesarse pecador en contra de la propia convicción de ser justo, escuchar tonterías dirigidas contra la propia sabiduría: esto es "tomar la cruz" y "llegar a ser discípulo de Cristo" (comp. Mt. 10:38; 16:24; Mr. 8:34; Lc. 14:27) y "ser transformado por medio de la renovación del entendimiento".

Es fundamental, pues, tener en cuenta que

los términos "buena", "agradable" y "perfecta" no se usan aquí como descripción de la voluntad divina en sí, sino como descripción de la manera cómo esta voluntad se manifiesta para con nosotros. En efecto: no es por nuestra *aprobación* que la voluntad de Dios adquiere estas características; antes bien, la voluntad de Dios *es reconocida* por nosotros como una voluntad de estas características. Por lo tanto: que la voluntad de Dios "llega a ser buena" para nosotros quiere decir que es "reconocida como buena"; es "agradable", porque es lo que nos agrada al máximo; es "perfecta" por cuanto lo llevó todo a la perfección; o sea; la voluntad de Dios se hace "buena, agradable y perfecta" para nosotros. Estas palabras nos brindan un riquísimo consuelo. Pues debemos estar más animosos precisamente cuando nos sobrevienen males, porque esta es la buena voluntad de Dios. Debemos sentirnos más a gusto cuando nos toca lo que más nos disgusta, porque con toda seguridad está obrando allí la voluntad agradable de Dios, es decir, una voluntad que nos causa el mayor agrado. Y el momento de la más firme confianza debe ser aquel en que nos encontramos ante una situación desesperada, ante la ruina completa; porque este es el gran momento para la voluntad perfecta de Dios que lo perfecciona todo y que obra la más completa salvación. Pues la naturaleza de la voluntad divina es así: "Mata, y da vida; hace descender a los infiernos, y hace subir" (1 S. 2:6); en otras palabras: cuando nos hace mal, nos hace bien; cuando nos desagrada, es cuando nos resulta más grata; cuando nos destruye, nos lleva a la perfección. Por eso no debemos incurrir en la necedad de "conformarnos a este siglo" que juzga según su propio saber y entender (y que sólo sabe de lo que experimentó y de lo que tiene a la vista), sino que debemos renovarnos más y más. Pues la voluntad de Dios la comprobaremos si juzgamos no a base de nuestras experiencias y sentimientos, sino andando en tinieblas.

Aquellos empero que no quieren dejarse transformar, comprobarán en sí mismos "cuál sea la indignación de Dios, mala, desagradable y destructora": mala, porque trae desgracia y perjuicio; desagradable, porque hace que el hombre, en vez de soportar el mal con paciencia, lo mire con sumo desagrado; y destructora, porque hace que aquellos que miran el mal con disgusto y no lo quieren soportar, caigan en obstinación y condenación, donde viven, o mejor dicho mueren, profiriendo blasfemias y maldiciones.

"Buena" empero es la voluntad de Dios, porque hace que de un mal salga un bien; es "agradable", porque hace que amemos ese bien con gran alegría y que nos resulte verdaderamente agradable WA
– e incluso nos resulte agradable aquel mal del cual salió; y "perfecta" es porque lleva a la consumación eterna a los que se gozaron 451
en ella, y porque perfeccionará la obra que aquí comenzó (comp. Fil. 1:6).

Ahora bien: todo cuanto acaba de decirse se aplica sólo a los que tienen la capacidad de hacerlo y que son señores de sí mismos. Diferente es el asunto en el caso de los que están constituidos en autoridad sobre otros; porque éstos actúan no en lo suyo sino al servicio de Dios. Esto los obliga a gobernar a sus súbditos con justicia, y a impedir que el uno trate al otro injustamente. Y donde descubren tal injusticia, no les corresponde soportarla con resignación, ni es indicado que tengan paciencia; pues lo que le deben a Dios no es ejercitarse en la humildad, paciencia y sumisión, sino llevar adelante Su juicio, velar por Su gloria, y ejecutar Su castigo. La función de estas personas es la de representantes de Dios. Pero donde uno puede ceder sin hacerse culpable, debe hacerlo, aun a riesgo de sufrir daños y contrariedades, como ya se expuso en otra oportunidad.

v.3. (Cada cual piense de sí con cordura), conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.

La expresión "medida de fe" puede entenderse, en primer lugar, como medida o modo según el cual se nos confiere la fe misma, a diferencia de otros dones. Pero es evidente que este significado no cabe aquí, ya que el apóstol habla de otros dones más que también son repartidos "conforme a la medida" (v.6). Por esto debemos dar preferencia a una segunda acepción de "medida de la fe", que es: medida de los dones de la fe. O sea: la fe incluye muchos dones, y los creyentes que viven en una y la misma fe, tienen no obstante una medida diferente de dones. Esa "medida" empero el apóstol la llama "medida de fe" por la razón de que los que actúan al margen de la fe, no poseen esos dones y esa medida. Pues si bien hay "una fe, un bautismo, una iglesia, un Señor, un Espíritu, un Dios" (comp. Ef. 4:4,5), también es cierto que en esta fe, en esta iglesia, en este dominio etc. hay diversos dones. Es como si dijéramos: así como el príncipe repartió a cada uno la medida de la ciudad o la medida de la casa, i.e., la medida de cosas que hay en la casa o en la ciudad.

Hay una interpretación mejor aún: La fe es todo esto. Porque la fe no es otra cosa que la obediencia al Espíritu. Esto sí: existen

diferentes grados o niveles de obediencia al Espíritu. El uno obedece y cree en *un* nivel, el otro en un nivel diferente, y sin embargo, todos estamos en la misma fe. Así también la obediencia de una ciudad a su príncipe es una sola, y no obstante hay diferentes modos como se puede practicar esta obediencia, de manera que nadie debe adoptar el tipo de obediencia del otro y a la vez descuidar el que le corresponde a él mismo, porque con esto la ciudad quedaría sumida en un torbellino de rebelión y sedición.

v.6. Si (uno tiene) el don de profecía, (úselo) conforme a la medida de la fe.

En lo que precede, el apóstol nos mostró cómo hemos de comportarnos para con Dios, a saber: "por medio de la renovación del entendimiento y la santificación del cuerpo, para que comprobemos
WA cuál sea la voluntad de Dios". Ahora, y hasta el final de la carta, nos
452 enseña cuál ha de ser nuestro comportamiento frente a nuestro prójimo, y se extiende en detalladas explicaciones acerca de lo que significa el mandamiento "Amarás a tu prójimo". Pero es asombroso el poco caso que se le hace a una instrucción tan importante y a la vez *tan* clara de un tan grande apóstol, más aún: del Espíritu Santo mismo. Nos ocupamos en no sé qué otras cosas, trivialidades todas ellas: en construir templos, en incrementar las posesiones de la iglesia, en acumular dinero, en proveer más decorados, más vasijas de oro y de plata, en adquirir órganos y otros objetos de lujo que deslumbran a la vista. Esto constituye para nosotros la expresión máxima de piedad; pero lo que aquí nos ordena el apóstol no nos interesa en absoluto; ¡Y para qué hablar del despliegue monstruoso de soberbia, avaricia, lujuria y ambición que nuestro proceder trae consigo!

Por esto, el apóstol se dirige en primer lugar contra los falsos profetas. Pues el don de la profecía sólo debe poseerse y ejercerse "conforme a la medida de la fe". Contra este precepto atentan los que pronuncian profecías extraídas del intelecto humano o basadas en conjeturas con viso de probabilidad que se apoyan en fenómenos o señales de la naturaleza, como lo hacen p.ej. los que predicen los planes de Dios consultando los astros, o también recurriendo a alguna idea plausible de su propia invención. Pues la profecía procedente de Dios se nos presenta de una manera muy diferente: como un mensaje que contradice todo lo que nosotros consideramos razonable, y como haciendo afirmaciones insostenibles. Y esto es lo que induce a muchos a no darle crédito: parece no haber indicio alguno a favor de la veracidad de esa profecía, todo parece testificar en contra de ella. Tal fue el caso cuando en ocasión del sitio de Jerusalén, y en circunstancias en que ya había que darlo todo por perdido,

Jeremías levantó su voz profética anunciando: "Así dice el Señor: aún se poseerán casas y campos y viñas en esta tierra" (Jer. 32:15) — ¡y esto cuando ya todo estaba devastado, y la población de la ciudad estaba en camino hacia el cautiverio! De ahí también la exclamación de Jeremías en aquel momento: "Grande es el Señor en consejo, e incomprensible en su pensamiento" (Jer. 32:19). En cambio, cuando Jeremías profetizó la caída de la ciudad y el éxodo de sus habitantes, nadie le creyó, porque no hubo nada que hacía prever semejante desastre, sino más bien factores que hacían pensar en lo contrario: sólidas fortificaciones, gente bien armada, abundantes medios auxiliares, de modo que lo anunciado por Jeremías parecía tan imposible que Ananías, basándose precisamente en estos factores al parecer positivos, se atrevió a profetizar lo contrario que Jeremías, a pesar de que también él era profeta (Jer. 28:1 y ss.). Pues en este punto no solamente los profetas falsos sino también los genuinos cayeron en el error cuando se olvidaron de profetizar "conforme a la medida de la fe". Así erró Natán al dar a David el consejo de edificar el templo (2 S. 7:3 y ss.), y así erró también Balaam (Nm. 22:21 y ss.) y se convirtió en falso profeta —él, que en otro momento había sido portador de tan importantes presagios.

Otro caso similar: en el último capítulo de I Reyes, Miqueas profetizó, en contra de lo que era la opinión general, el desastroso fin de Acab (1 R. 22:14 y ss.), aunque hubo síntomas por doquier que hacían prever con toda claridad que pronto el rey obtendría
una victoria segura. Por eso fue también que Sedequías, confiando WA
en dichos síntomas, lanzó una profecía contraria a la de Miqueas 453
(1 R. 22:24). Está visto, pues, que la profecía verídica no es la que se basa en la experiencia o en argumentaciones humanas. Por esto el apóstol dice "conforme a la razón" (Vulgata: *secundum rationem*) o "en analogía a". Pues el término griego *analogia* significa, según algunos, 'razón', 'comparación', 'proporción', 'colación', 'semejanza'. El sentido de las palabras del apóstol es, por lo tanto: Si quieres profetizar, procura no ir más allá de la fe, a fin de que tu profecía esté en armonía con el carácter particular de la fe. En alemán decimos: *es ähnelt ihm, es sieht ihm gleich,* i.e., tiene la misma propiedad, es semejante a, concuerda con.

Supongamos que veas un monasterio que se parece a un castillo. Bien podrías decir entonces que ese monasterio tiene analogía con un castillo, o sea: su dimensión, sus características y su ubicación son las de un castillo. Esto mismo es lo que quiere decir el apóstol: La profecía debe estar en concordancia con la fe; como ésta, también ella va "a lo que no se ve" (He. 11:1), no sea que se convierta en sabiduría de este mundo, que es un saber acerca de "lo que se ve", sea en cuanto al efecto o en cuanto a las causas. Conviene que nos fijemos muy bien en esto. *Analogia* es, por lo

tanto, una comparación, pero no una comparación en sentido activo, realizada por el intelecto, sino una comparación en sentido pasivo que radica en la índole del objeto, o mejor aún: no es ni lo uno ni lo otro, sino una comparación según la cual dos objetos coinciden en sus características y se hacen semejantes el uno al otro. Es lícito, por ende, profetizar algo nuevo, pero quien lo hace, tiene que ajustarse a las características de la fe; i.e.: las profecías no deben apoyarse en pruebas emanadas de hechos o cosas; deben ser señales solamente de "cosas que no se ven" en modo alguno, ni por medio de síntomas ni mediante otros indicios, para que la profecía no termine en un aniquilamiento de la fe y se convierta en una sabiduría que está a la vista y que cualquier persona sagaz puede entender y saber, y usarla para elaborar profecías similares. Pues entonces la profecía ya no es profecía, sino una exposición de hechos concretos y una prueba basada en evidencias.

v. 7. (Si uno tiene el don) de servicio, (úselo) en servir.

En griego la frase reza así: *diakonian, en te diakonia,* vale decir,
WA "en el ministerio". "Ministros" son todos los que sirven en un cargo
454 eclesiástico: el sacerdote, el diácono, el subdiácono, y todos cuantos tienen algo que ver con cosas sagradas excepto con la administración de la palabra de Dios, así que también aquellos que prestan servicios al que enseña la palabra. Recordemos que el apóstol mismo habla a menudo de sus "ministros". Contraria a esta definición de "servicio" es en primer lugar la actitud de los ambiciosos que, por aversión a su propio oficio, quieren dedicarse a enseñar a otros, a pesar de que carecen no sólo de los conocimientos necesarios, lo que todavía podría tolerarse, sino también del don de enseñar, que es un don de gracia. Pues no basta con ser instruido e inteligente; se requiere también que uno posea el don de gracia de haber sido escogido por Dios para ejercer la enseñanza. Pero hoy día nos arrojamos por doquier sobre esta tarea, dispuestos a impartir enseñanzas a todo el mundo, cuando ni nosotros mismos entendemos lo que enseñamos, y si lo entendemos, nos falta la gracia o el mandato de Dios, que es quien envía a los que han de servirle. El nos dice: No os enviéis a vosotros mismos, porque vosotros sois siervos, no señores. "Rogad al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies" (Mt. 9:38). Confórmese pues con su servicio el que no sabe predicar o aún no ha sido llamado para hacerlo, aunque tenga la capacidad para ello. En Mt. 25:14 leemos: "Un hombre llamó a sus siervos y les entregó sus bienes". Primero llama. En efecto: vemos con asombro cuánta capacidad se le atribuye en este sentido a la "buena intención", que pretende estar en condiciones de producir quién

sabe qué frutos si se pone a predicar, en primer término incluso sin poseer instrucción alguna; en segundo término, instruida pero no llamada; y en tercer término, instruida pero sin el don de gracia. Pues el llamado presupone la gracia, o la confiere; y quien predica sin poseer la gracia, "golpea el aire" (1 Co. 9:26); y por añadidura se pavonea con los frutos que sólo existen en su propia imaginación. Y ni quiero hablar de aquellos a quienes hoy día los obispos y los superiores de las órdenes monásticas hacen avanzar en todas partes al servicio en el púlpito —hombres totalmente ineptos e inservibles que ni con la mejor voluntad podemos considerar llamados y enviados, precisamente por su ineptitud e indignidad. Tal abuso es la consecuencia de la ira de Dios, quien a causa de nuestros pecados nos quita así su palabra y nos envía un ejército de parlanchines que nos aturden con su ruidosa verborragia.

v.7b. O el que enseña, en la enseñanza.

Muchos tienen el don de enseñar, aunque no sean grandes eruditos. Hay también quienes poseen ambos, el don y la erudición, y éstos son los mejores maestros, como San Agustín, Ambrosio y Jerónimo. Por ende, los que poseyendo este don, no lo utilizan sino que se dedican a otros quehaceres, pecan contra este mandato del apóstol, y de Dios mismo, máxime si cuentan con el llamado y la ordenación para desempeñar tal tipo de docencia, aunque por el momento todavía no posean un llamado efectivo. Pues "los oídos tiernos no gustan oir la verdad tajante"[18]. Pero el apóstol habla aquí ante todo de los que han sido llamados, y lo mismo hace en sus demás cartas donde siempre de nuevo llama la atención a su propio llamado, dado que sin el llamado de Dios, ni el ministerio ni la enseñanza tienen la posibilidad de prosperar. Así ocurre entonces que por instigación del diablo, hay diáconos que se arrogan el ministerio de la palabra, y a la inversa, ministros de la palabra que rehúyen predicarla, de modo que en ambos casos la obra de Dios es obstaculizada. Cabe observar, sin embargo, que también en 1 Co. 12:28, como aquí en Ro. 12:7, el apóstol pone el cargo de maestros en tercer lugar. WA 455

v.8. El que exhorta, (ejercítese) en la exhortación.

La diferencia entre enseñanza y exhortación consiste en que la enseñanza va dirigida a los que no saben, y la exhortación, a los

[18] Persio, *Satira*, I, 108.

que saben. La enseñanza echa las bases, la exhortación edifica sobre ellas. El que enseña, trasmite conocimientos; el que exhorta, incita y estimula a que estos conocimientos fructifiquen. Así que: aquél planta, éste riega, como dice el apóstol en 1 Co. 3:6: "Yo planté, Apolos regó", y un poco más adelante: "Yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima" (1 Co. 3:10). De este último tipo son prácticamente todos los predicadores de nuestros días. Riegan una fe que ya ha sido plantada, excepto en los casos en que predican en lugares donde la predicación aún no ha llegado. Por consiguiente: los que poseen este don de predicar, y además el llamado a ejercerlo, no deben dedicarse a otras cosas, aunque son siempre más los que lo hacen. Ya lo sabía el pagano Horacio: "El lerdo buey quisiera llevar una silla, y el caballo quiere arar"[19]. Nadie está contento con su suerte, sino que admira a los que van por otros caminos. Y Terencio dice: "La mayoría somos así: disconformes con lo que es nuestro"[20]. Los que son idóneos para desempeñar una tarea, la aborrecen, y los ineptos se desviven por desempeñarla.

v.8b. El que reparte, (hágalo) con sencillez.

Así como muchas otras personas tienen su propio diablo que los tienta en el ejercicio de su don para impedir que lo guarden con pureza y fidelidad para el servicio de Aquel que se lo dio, así también el que reparte tiene que habérselas con su propio diablo. Hay dos maneras como se transgrede este mandamiento.

Primero, cuando se reparte condicionalmente en lugar de hacerlo en forma incondicional, es decir, cuando se reparte en la esperanza de verse recompensado con creces. Esta actitud es muy frecuente entre los cristianos de nuestros días, de modo que ya es un dicho común: "Al que más tiene, más le dan". En alemán se dice: *"Geschenk und Ehr"*[21]. Así, los de condición inferior dan a los
WA de rango más elevado: a los príncipes, los prelados, los obispos, los
456 ricos, los poderosos. A todos ellos nadie les daría nada si "repartiera con sencillez", es decir, sin esperar una retribución. Es verdaderamente asombroso cómo se ha generalizado en nuestros días este mal. Por esto dice Cristo en Lc. 14:12 y ss.: "Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes

[19] Horacio, *Epist.* I, 14, 43.
[20] Terencio, *Phormio,* I, 3, 20.
[21] "Regalos y honores" – palabras claves de proverbios alemanes del mismo significado que el citado por Lutero en latín. Ejemplos: *Mit kleinen Gaben fängt man grosse* = Con regalos pequeños se cazan regalos grandes. *Ehr muss man mit Ehr bezahlen* = "Favor con favor se paga".

ni a los vecinos ni a la gente rica; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los débiles, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los muertos". Ciertamente, si se observara esta advertencia de Cristo, ¡de cuántas monstruosidades estarían libradas hoy nuestras iglesias! ¿Recibirían los juristas esa abundancia de propinas? Es tremendo cómo este servilismo rastrero se practica abiertamente en todos los niveles de la sociedad. Sin embargo, una que otra vez el repartir de esta manera puede brindar una verdadera y grande alegría; pero siempre causa una alegría mucho más grande aún el verse recompensado. Esto vale en especial para la relación de los más humildes a los más encumbrados.

Segundo: el mandamiento de "repartir con sencillez" se transgrede también cuando el "repartir" se practica por parte de los superiores a los inferiores, o entre iguales. Este tipo de repartimiento brinda una satisfacción mucho mayor aún, porque ofrece la posibilidad de vanagloriarse y jactarse. Efectivamente, en este sentido, "más bienaventurado es dar que recibir" (Hch. 20:35). Los que así dan, son semejantes al mismo Dios —pero sólo en su propia imaginación altanera.

Sin embargo, esta última interpretación no es recomendable. Antes bien, el apóstol habla de una repartición que se hace en beneficio de los que enseñan la palabra y de los que desempeñan una función directiva, como dice en Gá. 6:6: "El que es enseñado en la palabra, haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye". Esto debe hacerse "con sencillez", no con segundas intenciones. De ahí también la advertencia dada por Dios a los hijos de Israel de que tengan cuidado de no desamparar a los levitas (comp. Dt. 12:15). Por esto el apóstol agrega en Gá. 6: "No os engañéis; Dios no puede ser burlado" (v.7). Esa donación es, a mi juicio, lo que en 1 Co. 12:28 el apóstol llama "socorro" o "subsidios"[22] que se deben a los dirigentes y maestros que se dedican a la palabra y a la oración. Pues "el Señor es su parte" (comp. Nm. 18:20; Sal. 73:26); por lo tanto, "el obrero es digno de su salario" (comp. Mt. 10:10; Lc. 10:7; 1 Ti. 5:18).

Comúnmente se llama a esto *ayn gnade adder fruntschafft*[23]. No sé si debo incluir en este renglón las fundaciones, las asignacio-

[22] *Opitulationes seu subsidia.* Con *subsidia,* Lutero sigue la traducción de Erasmo; la Vulgata tiene *opitulationes, gubernationes* (Versión Reina-Valera: "los que ayudan, los que administran"; Biblia de Jerusalén: "el don. . . de asistencia, de gobierno").

[23] En alemán actual, *eine Gnade oder Freundschaft* = una gratificación o un acto de amistad.

WA 457 nes anuales u otros beneficios que se suelen otorgar en nuestros días. Pues se tiene la fuerte impresión de que al acordar dichos beneficios, los donantes buscan la fama, y más que la fama, la recompensa tanto temporal como eterna, lo que se ve claramente por las cargas con que oprimen a los que dependen de ellos. Además, algunos hacen donaciones porque tienen los ojos puestos en la gloria venidera. Su idea es que ellos "reparten con sencillez", y en realidad son más sinceros que aquellos otros. Pues según parece, ellos no ofrendan bienes temporales para recibir bienes eternos; pero lo que sí hacen es encargar la celebración de ciertos cánticos de tal manera que de celebrárselos en otra forma o en menor cantidad, no cumplirían sus propósitos. En tiempos anteriores, por cierto, a los donantes no se los mencionaba tan expresamente por nombre, como se puede ver en las iglesias colegiales[24]. Pero tampoco de esta gente se puede decir que estén "repartiendo con sencillez"; porque al repartir no los motiva sólo la gloria de Dios sino ante todo la propia ventaja que algún día tendrían en el cielo. Si no fuera por su esperanza de obtener esta ventaja, no harían donaciones. Vana es empero su esperanza, porque no actúan con sencillez. Sin embargo, en esto no piensan. Al contrario: caminan a paso muy seguro, como quienes tienen la plena certeza de que a sus esfuerzos no les podrá faltar la retribución, y no se dan cuenta de que ya tienen su recom-
WA 458 pensa (comp. Mt. 6:2, 5, 16). Sinceramente, me cuesta creer que la meta de su actuar sea la gloria de Dios; pues de ser así, ¿por qué no se dedican más bien a engrosar fundaciones antiguas, o a poner al día las que existen ya en cantidad suficiente, pero que han sido descuidadas? Pero la realidad es que al culto y servicio de Dios lo han convertido en una feria.

v.8c. El que preside, (presida) con solicitud.

Hoy día el asunto es distinto: el que preside, ya sea en la iglesia o en el estado, lo hace en un medio de lujuria y ocio, riqueza y placeres, gloria y honor, poder y terror. De gobernantes de esta

[24] Lutero hace referencia a la práctica de donar fondos con que se pagaba a un coro para que en determinadas estaciones del año eclesiástico entonara ciertos cánticos en la iglesia beneficiaria de dichas donaciones. De lo que dice Lutero se desprende que antiguamente, los donantes permanecían más bien en el anonimato, pero que más tarde, el nombre del benefactor iba adquiriendo mayor importancia. La donación más importante de este tipo, y la más minuciosamente reglamentada, era la del "coro perpetuo" de la iglesia catedral de Meissen, en Sajonia. Comp. WA 56, 457, 7, nota. *Iglesia colegial* = la que se compone de abad y canónigos seculares.

índole se dice en Ez. 34:2 y ss.: "¡Ay de los pastores de Israel, que se apacentaban a sí mismos! Comíais la grosura, y os vestíais de la lana; la engordada degollabais, mas no fortalecisteis las débiles, ni curasteis la enferma; no vendasteis la perniquebrada, ni volvisteis al redil la descarriada, ni buscasteis la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia". ¡A quién no le hacen temblar estas palabras, a quién no se le ponen los pelos de punta al oírlas! Estos son los hombres que atentan contra la orden que el apóstol imparte aquí. Pues ellos no ascienden para luego descender, como lo hicieron los ángeles en la escalera de Jacob (comp. Gn. 28:12). Ascender significa ocupar un cargo en que se preside; descender empero significa ser solícito. Estos gobernantes en cambio no gobiernan para promover el bien común, a pesar de que todo aquel que es promovido a un cargo de responsabilidad, lo es con el entendimiento de que no buscará de ninguna manera su provecho personal, ni vivirá de ahí en más para sí mismo, sino que será consciente de que ha llegado a ser un servidor de sus servidores.

Por consiguiente, una excelente pauta para el desempeño de cualquier función directiva es la solicitud como la describe el apóstol en este pasaje. Por lo demás, sólo puede presidir con solicitud en bien de otros quien descuida los bienes propios. Pues la diligencia produce negligencia: la diligencia equivocada, una negligencia equivocada; y la diligencia correcta, una negligencia correcta. Así que: el que preside, hágalo con toda diligencia, es decir, siendo negligente en lo que son sus intereses personales.

v.8d. El que hace misericordia, (que lo haga) con alegría.

En 2 Co.9:7 se halla una expresión similar: "No con tristeza ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre". Sin embargo, hay una diferencia entre esto y lo dicho un poco antes: "El que reparte, hágalo con sencillez". Allí se hablaba de un repartir motivado por la esperanza de ser recompensado; acá se habla de un repartir a gente pobre y necesitada.

Ahora bien: el tratar de establecer un orden de prioridades en este catálogo de buenas obras, tarea a que se abocó Lyra con no poco esfuerzo, es a juicio mío una cuestión que bien podemos dejar WA
de lado, no sea que por concentrarnos en entender el supuesto 459
orden de los miembros del párrafo, perdamos el correcto entendimiento del contenido. Así le pasa a Lyra cada vez que hace sus tan queridas divisiones, exponiendo las Escrituras con suma erudición y creyendo haber arrojado así una luz clarísima sobre ellas.

Puede decirse, pues, que "hace misericordia", pero "sin alegría", aquel que socorre a los indigentes para no tener que pasar vergüenza, o para evitar algún otro peligro. Y así hay muchos hoy en día: contribuyen con sus donaciones a alguna fundación, mas sin granjearse con ello ningún mérito, porque lo hacen a regañadientes, con un corazón nada alegre. Lo mismo vale de los que dan para no ser tenidos por tacaños o por gente ruda y sin compasión.

v.9. El amor sea sin fingimiento.

El apóstol hace aquí una conexión necesaria y muy significativa. Pues así como ninguna cosa debe estar más libre de hipocresía que el amor, así tampoco ninguna cosa está más viciada por la hipocresía que el amor. Nada detesta a la hipocresía tanto como lo hace el amor, y nada padece de tanta hipocresía como el amor. Tanto es así que en boca de todos anda el dicho: "En ninguna parte hay una fidelidad en que se pueda confiar".[25] "Pero hombre de verdad, ¿quién lo hallará?" (Pr. 20:6). Todo lleva una capa de pintura encima, todo está envuelto en las tinieblas de una fingida amistad. Hay empero dos tipos diferentes de amor simulado. *Un* tipo es el que hacia fuera proyecta la imagen de un amor aparente, y por dentro esconde un odio real. Esto suele caracterizar la relación de inferior a superior, y el trato entre iguales. Y también en este tipo de amor simulado podemos distinguir dos formas de comportamiento: Unos actúan a sabiendas, como Joab contra Abner (comp. 2S. 3:27). Como él procede el detractor, el pérfido, el chismoso, el que habla con doblez. Pero esta es una hipocresía tan burda que difícilmente puedo creer que sea ésa la que tuvo en mente el apóstol, si bien tales aguas turbias hoy día están por contaminarlo todo.

Otros hay en cambio que ignoran que su amor es falso, hasta que le sobrevienen tribulaciones y adversidades a la persona que es objeto de su amor. Dice Ovidio: "Mientras seas feliz, contarás con muchos amigos. Mas cuando el cielo se nuble, estarás solo".[26] Personas tales eran incluso los apóstoles en ocasión de la pasión de Cristo, y muchos otros santos. Tan abismal es esta hipocresía, que nadie o casi nadie es capaz de reconocerla en su propia persona.
WA Hasta me atrevería a decir: No hay hombre alguno que esté libre de
460 ella, aunque muchos no lo quieran creer. ¿Quién, en efecto, es más perfecto que los apóstoles, fortalecidos por el tiempo y por la presencia de Cristo?

[25] Virgilio, *Eneida* IV, 373.
[26] Ovidio, *Tristia*, I, 9, 5.

Un segundo tipo de amor simulado es aquel que no hace nada por ocultar que es un amor de baja ley, ni tampoco exterioriza un odio que podría ser un odio muy saludable. Esto suele ocurrir en la relación de superior a inferior, y también entre pares.

Como en el caso anterior, también aquí podemos señalar dos aspectos distintos. Hay personas que saben y ven con toda claridad que su prójimo está sumido en un error o cometiendo un pecado, quiere decir, se está causando a sí mismo un daño gravísimo; y sin embargo no lo recriminan, no lo amonestan, no tratan de corregirlo, a pesar de tener la posibilidad para hacerlo. Al contrario: se ríen junto con él, gastan bromas con él, como si fuesen sus mejores amigos que no quieren ofenderlo. Pero también este tipo de amor hipócrita es demasiado grosero y tosco como para otorgarle el mérito de considerarlo el blanco de la advertencia del apóstol —aunque es innegable que muchísimos practican esta simulación, aun contra su propio saber y entender. Otros lo hacen por ignorancia: admiran y alaban los defectos como si fuesen virtudes. Su humildad llegó a un alto grado de perfeccionamiento, lo que los hace tanto más propensos a interpretar como bueno lo que tiene aspecto de malo, a ser prontos para alabar, tardos para censurar, a pesar de que a veces se trata de los más grandes defectos, aunque cubiertos por un muy tenue velo de bondad, de modo que, si bien no los puedas ver por la oscuridad que los rodea, no obstante los puedes palpar. Esta gente "no lo examina todo y retiene lo bueno" (comp. 1 Ts. 5:21), sino que se conforma con una impresión superficial, da su visto bueno a todo y ensalza la amistad que los une con el que cometió el error. Por lo tanto, los unos no hacen el bien y los otros no hacen el mal pese a que el amor así lo requeriría de ellos, antes bien, los unos hacen el mal y los otros el bien *contrariamente* a las exigencias del amor.

Por un camino intermedio entre ambos transitan los "neutrales" que como Absalón (comp. 2 S 13:22) no dicen ni hacen ni lo bueno ni lo malo. Así son nuestros teólogos, que se atienen confiadamente a sus "actos provocados"[27] sin llegar jamás a la concreción real de una obra. Creen haber hecho ya más de los suficiente al esperar, desear y querer el bien para su prójimo, y al no querer que al prójimo le suceda un mal, al odiar ese mal, y al tratar de alejarlo con súplicas, y todo esto por medio de "actos provocados". Por lo demás, en lo que se refiere al amor como obra, no hacen nada, o hacen lo mismo que los antes mencionados hipócritas. (Y por qué no decirlo de una buena vez: es un amor hipócrita cuando se dice que "amar" es desearle a alguien lo buen mediante un "acto provo-

[27] *Actus elicitus* – comp. pág. 170, notas 12 y 13.

cado"). Por esto el apóstol prosigue, como para exponer a la vista las maquinaciones de la hipocresía:

v.9b. Aborreced lo malo, seguid lo bueno.

No hay ningún hombre que diga que él ama lo malo y aborrece lo bueno. Y no obstante, el apóstol plantea aquí esta exigencia, y ciertamente no lo hace en vano, ya que el hombre es proclive a lo malo y poco dispuesto a lo bueno. La hipocresía crece, por lo tanto, al amparo del desconocimiento acerca de lo que es bueno y malo:
WA cada cual llama "bueno" lo que es de su agrado, y "malo" aquello
461 que le desagrada. ¿Acaso no es éste el motivo por qué el apóstol nos manda "examinarlo todo y retener lo bueno": para que no retengamos sin más como "bueno" lo que sólo lo es en apariencia? Lo malo y lo bueno a que se refiere el apóstol aquí es, por ende, lo bueno o lo malo *para el hombre nuevo*. Pero lo bueno para el hombre nuevo es de doble naturaleza, así como también lo malo: lo uno es invisible, y sólo puede ser retenido por medio de la fe: es Dios mismo. Lo otro es visible, e incluye todo lo que es malo según nuestro modo de ver, y contrario a nuestro viejo hombre, como p.ej. el castigo del viejo hombre y la ejercitación en buenas obras. Y a la inversa: lo "malo" visible es todo lo que el hombre viejo considera bueno y deseable, como p.ej. el desenfreno de la carne y el desprecio del Espíritu.

Y ambos tienen a su vez dos caras distintas: una dirigida hacia nuestra propia persona, y otra dirigida hacia el prójimo; y de esta última está hablando aquí el apóstol: Para que nuestro amor sea "sin fingimiento", es menester que odiemos en nuestro prójimo todo lo que haya en él de malo, sin adulación ni temor, y que demos nuestro apoyo a todo cuanto haya en él de bueno, sin hipocresía ni inútiles aplausos.

"Aborreced lo malo", dice; i.e.: nunca llegará el día en que lo malo ya no exista, ni está en vuestro poder mantener bajo control todo lo malo que hay. Por tanto, aborreced lo malo que vosotros no hacéis, para que no consintáis en las maldades de otro, y asociaos a lo bueno que se halla en los demás. Esto, lo que haya de bueno, fomentadlo, propiciadlo, promovedlo y predicadlo; lo malo en cambio aborrecedlo e impedidlo donde podáis. Pero a menudo sucede que frente a lo malo no cabe sino el odio, y frente a lo bueno, el amor, como en el caso de los herejes y de aquella gente contumaz que descarga su furia sobre los miembros de la iglesia católica[28] y el pueblo pacífico.

[28] Aquí en el significado original de "universal".

Si en las cortes de los dignatarios eclesiásticos y de los príncipes hubiera tales personas seguidoras de los preceptos del apóstol, ¡cuán beneficioso sería esto para la iglesia! Pero hoy día pasa justamente lo contrario. A esto se debe también que la iglesia se halle en un estado tan lamentable: no tanto porque "quieran" lo malo que se encuentra en ellos mismos, sino porque no aborrecen lo malo que hay en la iglesia.

Sin embargo, el odio o el favor hacia cierta persona trastrueca todo ese juicio, como en el caso reciente de Juan Reuchlin y los teólogos de Colonia.[29] En efecto: si profesamos a una persona un amor franco y entrañable, estamos dispuestos a apoyar y defender con energía todo cuanto dicha persona opina, sin preguntarnos cómo hacer para descubrir lo que en ella es bueno o malo, sino preocupados únicamente por borrar la apariencia de que esa persona tenga en sí un "mal" o un "bien" de esta índole. Por lo tanto, es propio del amor hipócrita el aborrecer lo bueno y seguir lo malo. Por naturaleza todo amor enceguece. ¿Quién, entonces, no es ciego? Pues ¿qué persona hay que no ame —estoy hablando del amor sensual— excepto aquella que no vive?

v. 10. Amaos los unos a los otros con amor fraternal.

Uno de los textos griegos reza "amor fraternal": *philadelphia*, de donde viene *philadelphos*, "el que ama al hermano". Con esto, el apóstol quiere decir que el amor entre los cristianos debe ser un amor peculiar, más perfecto que el amor a un extraño o a un enemigo. El mismo pensamiento lo expresa en otra parte, Gá. 6:10: "Según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe". Y donde nosotros tenemos *diligentes*[30] (amándonos), los textos griegos dicen *philostorgoi*, de *philos*, amigo, y *storge*, afecto, inclinación, como suele decirse generalmente. Un *philostorgos* es, por lo tanto, uno que siente una inclinación afectuosa hacia otra persona que debe ser amada con un amor fraternal. Se nota, pues, el tono enfático que el apóstol quiere imprimir a su exhortación cuando, en forma casi superflua, agrupa estos términos relacionados con "amor": *philadelphia estote philostorgoi*, "en amor fraternal tened una inclinación afectuosa los unos hacia los otros". WA 462

[29] Comp. pág. 200, nota 8.
[30] Ro. 12:10a en la Vulgata: *Caritate fraternitatis invicem diligentes.*

v.10b. En cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros.

Algo similar leemos en Fil. 2:3 "Con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo". Y en Lc. 14:10, el Señor mismo nos dice: "Cuando fueres convidado, vé y siéntate en el último lugar". El apóstol habla aquí de una "honra" que parte de nuestro interior: ese aprecio, esa alta estimación que sentimos hacia el prójimo. Pues la honra exterior es a menudo simulada y especuladora, cuando se la tributa a alguien con la intención de cosechar honras aun mayores. Y cuando esta retribución de honores no se produce, uno se indigna, y a su vez deja de tributar honores al otro. A esta situación se refiere el apóstol al decir: "Prefiriéndoos los unos a los otros". No dice: "Colocándoos los unos por encima de los otros". Tal honra empero puede tributarla a su prójimo únicamente el que se niega esa honra a sí mismo y que se considera a sí mismo merecedor de ser avergonzado, a todos los demás, en cambio, mucho más dignos de honores que él. En otras palabras: si uno no es humilde, nunca dará a los demás preferencia sobre sí mismo.

La soberbia también tributa honores, pero sólo lo hace como *re*-acción, mientras que la humildad lo hace como *pre*-acción. La soberbia espera a que los demás se le adelanten; la humildad ni siquiera desea que los demás le sigan, sino que es de la convicción de que ella, y siempre ella, tiene el deber de dar el primer paso en la tributación de honores. ¡Sublime deber, ceder la honra al otro! Más fácil es repartir y prestar un servicio con las facultades que uno tiene, que desestimarse sólo a sí mismo y tener en alta estima a todos los demás.

Hay personas muy dispuestas a retribuir honores, o a honrar a otros en la esperanza de que éstos a su vez hagan otro tanto con ellos. ¡Almas mercenarias! Pero lo mismo hacen también los gen-
WA tiles, como dice el romano Domicio: "¿Por qué habría de tenerte
463 yo por príncipe, si tú no me tienes por senador?"[31] Esta no es una forma de hablar de cristianos, sino de paganos; porque a los cristianos nos corresponde honrarnos unos a otros aun sin que mediaran honores anteriores o posteriores tributados por parte del otro.

v.11. En lo que requiere diligencia (solicitud), no perezosos.

En griego: 'en diligencia', 'en aplicación', 'en servicio', 'en empeño'.

[31] La anécdota proviene de Cicerón, *De oratore*, III, 4. Lutero la cita en la versión de Jerónimo, *Epistula ad Nepotianum*, 52, 7. Patrol. Ser. Lat. XXII, 533 y s. Comp. WA 56, 462, 29, nota.

Es digno de notar cómo el amor no reserva nada para sí, y sólo busca el interés de los demás. En lo que precede, el apóstol nos enseñó cómo debemos poner nuestros bienes y nuestras facultades a disposición de otros, a saber: repartiendo, haciendo misericordia, amando etc. Luego demostró cómo debemos actuar con respecto a la honra y la buena opinión que tenemos de nosotros mismos. Y ahora nos enseña que hemos de sacrificar incluso nuestra propia persona, pues tal es el significado de sus palabras: para mostrarse condescendiente y obsecuente y para socorrer a los demás, es preciso comprometer el propio cuerpo, por decirlo así, en asistir a quienes lo necesiten. Los Absalonitas, es decir, los padres de la paz,[32] hacen todo lo contrario: no quieren que se los importune con pedidos de socorro. O si se avienen a ayudar a alguien, p.ej. en pleitos, acciones judiciales y ocasiones similares, lo hacen contra su voluntad y de mala gana.

v.11b. Fervientes en espíritu.

Este mandamiento lo transgreden los que realizan todas sus tareas entre ronquidos y bostezos, a desgano, los que con todos sus trabajos no logran otra cosa que echarlos a perder; Pr. 18:9 "El que es perezoso, y negligente en su trabajo, es hermano del hombre disipador". Esta clase de gente es odiosa aun para los hombres; ¡cuánto más lo será para Dios! Así es hoy en día la mayoría de los WA
obreros que uno contrata: trabajan como si estuvieran durmiendo[33]. 464
¿Y los frailes y sacerdotes? Mientras oran, roncan de verdad, incluso físicamente, por no hablar de su modorra espiritual. Todo lo hacen con la mayor desidia. Por esto, el apóstol ataca aquí ese mal capital de la "pereza", o sea, tedio en cuanto al hacer el bien. La palabra griega *akedia*, en latín *acedia*[34] significa precisamente esto: tedio, desgano, negligencia. Tan generalizado está ese mal, que ya nadie cree necesario hacer un esfuerzo serio. La consecuencia es que, como no quieren ser fervientes en espíritu, inevitablemente se tornan fervientes en la carne. En algo hay que ser ferviente: o en el

[32] *Patres pacis* – gente que no quiere ver perturbada su paz. Al explicar en esta forma el significado etimológico de *Absalón* (hebr. אב = padre, שלום =paz), Lutero tiene en mente lo dicho en la pág. 389 respecto de los "neutrales". Comp. WA 56, 463, 5, nota.

[33] No le faltaron oportunidades a Lutero para observar de cerca este bochornoso comportamiento: en los años 1515 y 1516 (en que fue escrito el Coment. sobre Romanos) se construyeron en Wittenberg una iglesia, un castillo, un hospital y un aula para la Universidad.

[34] La *acedia* es uno de los siete pecados mortales.

espíritu, o en la carne. Y el fervor en lo uno conduce al enfriamiento y a la extinción de lo otro —a no ser que, si así lo permite Dios, en un momento de tentación el espíritu siga ferviente aun en medio del fervor de la carne. Por lo tanto: el que lo hace todo con desgano, por fuerza experimenta un enardecimiento de la carne; y esto a su vez trae como consecuencia ineludible que "disipe", eche a perder sus obras, porque son obras hechas por medio del ardor de la carne. Como pasa con un cocinero perezoso que al preparar una comida lo hace con tal desidia que el plato se enfría ya en el mismo momento en que llega a la mesa. ¿Quién no odiará a un hombre como éste, y con toda razón?

v.11c. Sirviendo al Señor.

Esto va dirigido no sólo contra los que son esclavos de la avaricia, de lo terrenal y de su propio vientre[35], sino también, y en especial, contra los que se aferran porfiadamente a su buena obra cuando la obediencia los llama a otra cosa. Esa gente es como aquellos que tienen un asno, animal de carga, y no quieren permitir que sea desatado para servir al Señor (comp. Mt. 21:2 y ss.); esto es: se dedican hasta el agotamiento a sus propios quehaceres, y por nada en el mundo, ni por piedad ni por causa de Dios, se dejan llamar a otra clase de servicios, de modo que sirven más bien a su propia persona que al Señor. De todo cuanto Dios quiere, ellos están dispuestos a cumplir sólo aquello que ellos mismos escogen, e incluso tienen preparada una excusa: "No es bueno abandonar lo que estoy haciendo en estos momentos para dedicarme a aquello otro". Quizás no esté muy errado si incluyo en este grupo a los príncipes que se pasan el día en el templo, o a los obispos que se lo pasan en las cortes.

Nuestro duque Federico es uno de ellos, y como él son también sus funcionarios: Cuando se los busca, no quieren que se los encuentre. Son llamados por Dios para algo, y dicen: ¡Ah, tengo que orar, tengo que servir a Dios! Tan ignorantes son que a causa de la obediencia a Dios se niegan a obedecerle, porque no tienen idea de lo que significa: "servir al Señor". Significa, en efecto, ir sin reparos ni protestas a cualquier lugar a donde el Señor nos llamare, y no plantarse fija y tercamente en ninguno.

WA 465 *v.12. Gozosos en la esperanza.*

Quiere decir: no os gocéis en lo presente, en lo que habéis experimentado y conocido. Pues hay dos clases de gozo: podemos

[35] Comp. Ro. 16:18; Fil. 3:19.

gozarnos en las cosas visibles, o sea, en lo que de alguna manera hemos llegado a conocer, sea por fuera o por dentro. Tal gozo es vano, porque es pasajero. Pero podemos gozarnos también en las cosas invisibles, esto es, en aquello que no se puede conocer, sino solamente creer. Y éste es el gozo verdadero, eterno e inextinguible. Pero donde no hay esperanza, tampoco es posible gozarse en lo que no se ve. ¿Quién, en efecto, se gozará en algo de lo cual desespera o al menos duda poder alcanzarlo jamás? Lo que el apóstol quiere es, por lo tanto, que los cristianos se gocen, sí, y se gocen siempre, pero no en algo palpable, sino en la esperanza. Pues "bienaventurados los que lloran" (Mt. 5:4), a saber, los que lloran por una cosa de existencia real; porque éstos "se gozan en la esperanza". Esperanza empero, y por ende también gozo mediante la esperanza, sólo puede tener aquel que ha renunciado a todo y que ya no posee nada que pueda servir de objeto a sus deseos, su confianza, su alegría; aquél, digo, que además de esto se ve oprimido por muchos males, al extremo de que ya no le queda en esta tierra bien alguno en qué gozarse. Si todo esto lo soporta de buena gana, llegará a la esperanza, y por medio de la esperanza, al gozo. Por esto, el apóstol prosigue:

v.12b. Sufridos en la tribulación.

Ro. 5:3 y ss.: "La tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza", i.e.: se goza, se siente feliz y segura. Pero nuestros sutiles teólogos han desterrado la esperanza al ámbito de los "actos provocados"[36]. De ahí que nadie entienda qué es la esperanza, a pesar de que constantemente anda en boca de todos. El "acto" de la esperanza, por supuesto, lo podemos "provocar" también en circunstancias en que están en perfecto orden todas las cosas visibles en que fundamos nuestra confianza. Pero mediante tal "acto provocado" jamás llegaremos a saborear realmente la esperanza. La esperanza empero desnuda al hombre de todos los bienes, al menos en lo que a su propio sentir se refiere, y lo circunda con todos los males. En tal situación "es necesaria la paciencia" (He. 10:36) que produce esperanza.

v. 12c. Constantes en la oración.

Esto es una seria advertencia a los que leen los salmos sólo con la boca sin participación de su corazón, Y es de temer que las ora-

[36] Comp. pág. 170, notas 12 y 13. Los teólogos a que se refiere Lutero son Occam, P.d'Ailly, G. Biel, D. Scotus, P. Lombardo; comp. WA 56, 465, 18, nota.

ciones que hoy día se hacen en las iglesias son más bien un impedimento que una ayuda. En primer lugar, porque en vez de agradar a Dios lo ofenden aun más si nos limitamos a una mera lectura de las oraciones sin que nos acompañe nuestro corazón. "Este pueblo de labios me honra", dice el Señor (comp. Is. 29:13; Mt. 15:8). En segundo lugar: porque engañados por esta apariencia exterior, adquirimos una certeza como si hubiésemos orado de veras. Y de este modo nunca nos preparamos seriamente para ejercitarnos en la oración verdadera, sino que al haber recitado ciertas palabras, creemos haber orado como es debido, y ya no nos preocupamos
WA más, lo cual es un terrible peligro. ¡Y a cambio de estas "oraciones"
466 consumimos entonces con toda calma y seguridad las rentas, las pensiones y los subsidios del pueblo!

Por esto el apóstol puso en esta frase, cual voz de alarma, una palabra que todos, y en particular los clérigos, deben tomar a pecho con mucho temor, a saber, la palabra "constantes". Esto significa que debemos dedicar a la oración un incansable esfuerzo. Y no es en vano que el apóstol dé esta voz de alarma; porque como decían los antiguos padres: "No hay trabajo tan arduo como el orar a Dios"[37]. Por lo tanto, el que quiera dedicarse al sacerdocio, piense primero que con ello carga sobre sus hombros un trabajo que supera todos los demás trabajos, a saber, la oración. Pues la oración requiere una mente vencida y contrita, y un espíritu elevado y victorioso. Ahora bien: los juristas tienen a mano una excelente explicación: no está mandado "orar" las horas canónicas, sino "leerlas" o "rezarlas"; y sopesando así el derecho canónico[38] a base de una interpretación literal, se ponen a roncar con toda tranquilidad.

Pero dejemos por ahora lo de las horas canónicas, porque hay que decir algo más acerca del orar en sí.

Hay dos clases de oraciones:

Una es la oración vocal[39], respecto de la cual los teólogos de nuestros días suelen decir que para ella es suficiente la "intención virtual"[40]; ¡Linda manera de encubrir la pereza y la negligencia! Primero se arrancan a la fuerza una buena intención, y después,

[37] *Vitae Patrum* V, *Verba seniorum* XII, 2. Patrol. Ser. Lat. LXXIII, 941.

[38] *Corp. iur. can.* c. 1. X, III, 41; c 13-15 D.V. *de cons.* – Comp. WA 56, 466, 11, nota.

[39] *Oratio vocalis*, la que se sirve de palabras exteriores, a diferencia de la *oratio mentalis*, or.mental, que se hace en el fondo del alma, con las potencias interiores, sin ser expresada por palabras exteriores (Dicc. Durvan de la Lengua Española).

[40] *Intentio virtualis*, la intención que existe como una posibilidad; a diferencia de la *int. actualis*, que existe como una realidad.

confiando en ella, renuncian del todo a cualquier otro intento ulterior.

En la oración vocal, la atención puede centrarse en tres aspectos distintos:

Se puede atender al aspecto *material*. Esta atención se efectúa mediante los sentidos exteriores y se dirige solamente a las palabras. Así oran los monjes y también otros, como p.ej. gente sencilla que ni siquiera entiende la Oración del Señor. Lo que ellos hacen es tan poco una "oración" como la materia prima es un producto elaborado; es decir, según su naturaleza no es una oración propiamente dicha, sino sólo una oración en sentido extrínseco, y en este sentido WA
cualquier otra obra buena puede llamarse una oración. Orar de esta 467
manera no es más que realizar un acto de obediencia; y esa "obediencia" hace que el "acto" sea agradable a Dios.

Sin embargo, esto no quiere decir que tal tipo de oración tenga que desdeñarse; porque además de ser un acto de obediencia, posee muchas otras virtudes. *Primero:* hace huir al diablo, con tal que sea recitada con sencillez de corazón, esto es, si "se canta con el espíritu" (comp. 1 Co. 14:15), y nos pone en contacto con el Espíritu Santo. Prueba para ello es David que tocaba el arpa delante de Saúl (comp. 1 S. 16:23). Pues el diablo no puede aguantar ni siquiera la recitación de la palabra de Dios, como nos lo muestran muchos ejemplos de las Escrituras. 1 Co. 14:2: "El que habla en lenguas, habla a Dios". *Segundo:* porque por su naturaleza, la palabra divina afecta el alma, aun cuando el intelecto no la capte. Pues es la palabra de la gracia: "La gracia se derramó en tus labios" (Sal. 45:3). Y asimismo: "Como panal de miel destilan tus labios (Cnt. 4:11). *Tercero:* da al intelecto y al afecto un estímulo que de otra manera no tendrían, como lo demuestra el ejemplo de Eliseo, quien fue estimulado por la melodía de un tañedor[41]. *Cuarto:* aunque los que oran de esta manera no sienten el efecto particular que parte de las palabras por ellos pronunciadas, no obstante muchos sienten el efecto general, es decir, una elevación del espíritu a Dios.

Se puede atender, además, al aspecto *intelectual*. En este caso la atención se dirige al sentido y al correcto entendimiento de las palabras. Una atención de esta índole cabe esperar de toda persona que posea un mayor grado de erudición y comprensión, porque cada cual debe restituir a Dios el talento que recibió.

[41] Referencia a 2 R. 3:14 y ss. Dice Lyra en su comentario sobre este pasaje: No siempre el espíritu de profecía toca el corazón del profeta. Para que esto ocurra, es preciso que el espíritu del profeta sea elevado mediante la devoción. A esto contribuyen las "melodías" destinadas a este fin. Unas incitan a la piedad, otras a la exaltación del ánimo. Es una de estas melodías lo que Eliseo pidió. Comp. WA 56, 467, 13, nota.

Y finalmente hablamos de un atender al aspecto *espiritual* o afectivo, que consiste en que la atención se dirige al efecto emocional o espiritual de las palabras. Esto se produce cuando gemimos con los que gimen, nos gozamos con los que se gozan, exultamos con los que exultan, y respondemos a todo impulso que las palabras nos trasmiten. Esto es orar en verdad. A ese aspecto intelectual y al espiritual se refiere el apóstol cuando dice en 1 Co. 14:15: "Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento". "Orar con el espíritu" es para el apóstol el atender con los sentidos, que no incluye el entendimiento, pero sí el afecto, como lo encontramos en monjas devotas o en gente inculta. Con "orar con el entendimiento" se refiere al atender con el intelecto, cosa que puede hacerse tanto *con* el espíritu como *sin* él.

La oración *mental* es la elevación de la mente, mejor dicho del espíritu, a Dios. Esta es la oración a que se refiere el apóstol cuando
WA nos dice aquí que seamos "constantes en la oración". Con esto quie-
468 re dar a entender que los cristianos deben orar con frecuencia, y también con solicitud; porque "ser constante" significa no sólo "dedicarse asiduamente a algo", sino también urgir, incitar, pedir con instancia. Y a decir verdad: no hay ninguna otra obra que los cristianos debieran realizar con mayor frecuencia; y tampoco hay ninguna que sea más dificultosa y ardua, y por eso mismo más eficaz y fructífera. En efecto: cuando se ora de esta manera, "el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan" (Mt. 11:12). Pues a juicio mío, la oración es un incesante acto de violencia que realiza el espíritu elevado a Dios, como un barco que es impulsado río arriba contra la fuerza de la correntada. Por esto se dice en alabanza de San Martín que "su espíritu era tan intrépido porque nunca le dio tregua en cuanto al orar"[42].

Esta violencia disminuye en intensidad, por supuesto, o desaparece del todo, cuando por gracia, el Espíritu "arrastra" o lleva nuestro corazón hacia lo alto; y disminuye o cesa con toda seguridad cuando una angustia presente y apremiante nos impulsa a buscar refugio en la oración. Sin estos dos ingredientes, la oración es cosa dificilísima de la cual nos cansamos muy pronto. Su eficacia sin embargo es enorme. Sí: la oración genuina es omnipotente, según las palabras del Señor: "Aquel que pide, recibe" etc. (Mt. 7:8). Por esto es preciso que todos practiquemos esa violencia, y que recordemos que el que ora, lucha contra el diablo y la carne.

Para volver a las horas canónicas: respecto de estas oraciones, la pregunta es: ¿en qué sentido han sido "prescritas"? He aquí la

[42] Un responsorio para la fiesta de San Martín dice: Siempre tenía dirigidos los ojos y las manos al cielo. Nunca le dio tregua a su invencible espíritu en cuanto al orar. Comp. WA 56, 468, 8, nota.

respuesta: la iglesia exige sólo una atención mediante los sentidos exteriores, es decir, que se pronuncien en forma clara las palabras[43], pero no exige un atender intelectual o afectivo, por lo menos no en sentido propio. Lo que la iglesia exige y presupone no es más que una participación afectiva de índole general. Pues no está facultada para prescribir que se tenga una comprensión plena o un propio impulso interior. Mediante su precepto, la iglesia se limita a ofrecer la oportunidad para tal comprensión o impulso.

Es por lo tanto una asombrosa necedad si hoy día ciertas personas hacen donaciones para que se lean horas canónicas, a saber, si hacen tal donación en la errónea creencia de que lo importante no es el contenido de la oración sino la cantidad de palabras, pese a que los donantes desean que se ore *por ellos.* Con todo, ellos mismos prescriben qué oraciones se deben hacer, como si estuviera en su poder comprar una oración. ¡Cuánto mejor sería que hicieran WA
su donación en forma incondicional, para que se orase por ellos 469
cada vez que el orante pudiere hacerlo!

Pero ellos dicen que siguen la práctica de las fundaciones de antaño. Yo contesto que no, porque aquellos fundadores buscaron con sus fundaciones la gloria de Dios, no sólo el provecho de la oración. Así lo demuestran también nuestros actuales certificados de donaciones: "Por la salud de nuestras almas"[44]. ¿Acaso Dios no sabe el por qué de tu donación? ¿O acaso Dios no podría haber cumplido tu deseo si simplemente hubieras hecho tu donación por amor de él, con un corazón puro? ¿Era imprescindible que le prescribieras el destino que querías dar a tu donación, y que dieras tanta publicidad a ese asunto? ¿Y qué si todo son mentiras, y si ni siquiera se te ocurre hacer tu donación por la gloria de Dios? Quiera Dios que se me pueda acusar de falso profeta, pero me temo que algún día este convento nuestro le traerá un tremendo infortunio a su infortunado fundador, lo mismo que la Iglesia de Todos los Santos[45].

v. 13. Compartid para las necesidades de los santos.

Al hablar de "santos" pensamos hoy día en los bienaventurados, en los que ya han entrado en la gloria. El apóstol en cambio, y

[43] En las *Constitutiones fratrum Heremitarum sancti Augustini* (1504) se especifica que las oraciones deben pronunciarse en forma clara, exacta y cuidadosa. Comp. WA 56, 468, 18, nota.

[44] Fórmula común en documentos y certificados otorgados a diversas iglesias y capillas en el área de Wittenberg. Comp. WA 56, 469, 5, nota.

[45] En los años 1513 y 1514, el príncipe elector Federico el Sabio había destinado fuertes sumas de dinero a obras de construcción en el convento de los agustinos y en la Iglesia de Todos los Santos en Wittenberg.

hasta la Escritura entera, llama "santos" a todos los fieles que creen en Cristo. Quizás sea éste el motivo por qué en nuestros tiempos se descuida con siempre menos escrúpulos el "compartir con los santos": porque se cree que ya no los hay. ¿Por qué dice entonces el apóstol, Ro. 1:7: "A los llamados a ser santos de Dios", y en 1 Co. 7:14: "El marido incrédulo es santificado en la mujer"? ¿Y por qué se nos dice en 1 P. 1:16: "Sed santos, porque yo soy
WA 470 santo", el Señor vuestro Dios? Y bien: lo que el apóstol tiene en mente aquí es una compasión afectuosa, el identificarse con los santos y sus necesidades y sentirlas, padecerlas con ellos, como si fuesen las propias, como leemos en He. 10:33 y ss.: "Por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de los presos también os compadecisteis". Contra esto atentan los que se avergüenzan de las necesidades de los santos. Sin embargo, las palabras del apóstol pueden referirse también a la prestación de servicios efectivos, de un matiz distinto del anterior "el que hace misericordia, hágalo con alegría". Allá estaba hablando de pobres y necesitados en general, santos o no. Aquí trata de personas que padecen persecución, que están privadas de sus recursos, a quienes no se les puede llevar otra ayuda sino una simpatía que viene del corazón, como lo hicieron en su tiempo Sta. Anastasia y Sta. Natalia, que iban a las cárceles e infundían ánimo a los mártires[46]. O si era posible ayudarles aun en alguna otra forma, se lo hacía, no sólo porque eran indigentes sino porque padecían necesidades a causa de la justicia; pues si no hubiera sido por la persecución, no habrían padecido necesidades.

Los santos de nuestros días empero viven en el anonimato; por esto tampoco se sabe nada de sus necesidades. Sin embargo podemos poner en el lugar de los mártires a quienes son oprimidos por una penuria oculta y tienen vergüenza de pedir limosna o de hacer pública su pobreza. Esto en cuanto a problemas materiales. Pero hay también otros que se ven enfrentados con problemas espirituales. Se hallan en grandes tentaciones, acosados por otros hombres o por el diablo. A ellos les debemos asistencia y consuelo por cuanto padecen injusticia. Por lo tanto, esta palabra difiere de la anterior "el que hace misericordia". Allá se habla de gente que vive en la pobreza, pero sin ser víctima de padecimientos; aquí se habla de gente que es víctima de padecimientos, pero sin vivir en la pobreza.

[46] Anastasia: sufrió el martirio bajo Diocleciano, 304 desp. de Cristo. Natalia: esposa del oficial y mártir Adriano, murió el mismo año que Sta. Anastasia.

v. 13b. Practicando la hospitalidad.

En las cartas a Tito y Timoteo, el apóstol encomienda este deber a los obispos en particular (comp. Tit. 1:8; 1 Ti. 3:2), aquí lo encomienda a todos los hombres en general. He. 13:2: "No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos tuvieron el placer *(placuerunt)* de hospedar ángeles" (otros leen: sin saberlo, —*latuerunt*— hospedaron ángeles)[47], como Abraham y Lot (comp. WA
Gn. 18:2 y ss.; 19:2 y ss.). Y así sucede también hoy en día que 471
uno hospeda a santos —o les enseña la puerta de la calle— sin darse cuenta. Por lo demás, la "hospitalidad" en que piensa el apóstol no es la hospitalidad comercial como la ofrece un hotelero, sino la gratuita. Esto es lo que expresan los términos griegos *philoxenia*, "el amor a los huéspedes" o "amor al hospedaje", y *philoxenus*, "el que es amigo de los huéspedes". Por lo tanto, los alabados aquí por el apóstol son los que ofrecen su hospitalidad en forma gratuita, no los que lo hacen con el deseo de obtener una ganancia; porque este tipo de hospitalidad lo practican también los gentiles —y en sí no es una obra mala, sino incluso meritoria, siempre que se la haga de una manera correcta.

v. 16. No penséis en las cosas elevadas, (sino asociaos con los humildes).

Al hablar de "cosas elevadas" y "cosas humildes", el apóstol usa el género neutro en lugar del masculino, como en 1 Co. 1:27: "Lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte", y "lo insensato de Dios es más sabio que los hombres" (1 Co. 1:25). Quiere decirnos, por lo tanto: No os complazcáis en lo elevado, altivo, i.e. no miréis con agrado a los que descuellan entre sus semejantes, y con desagrado a los de abajo, sino antes bien interesaos por la suerte de los humildes y tened en ellos vuestra complacencia, como dice San Agustín en su Regla: "No hay que gloriarse en la dignidad de padres ricos, sino en la compañía de hermanos pobres"[48].

Conviene tener en cuenta, sin embargo, que nuestra versión emplea el término *"humile"* (lo humilde, bajo, vil) de un modo indistinto, mientras que en griego se hace una diferencia entre *tapeinosis, tapeinos* y *tapeinophrosyne*. Las palabras

[47] Lutero sigue la traducción de Erasmo; la otra versión es la de Faber (y de la Vulgata).

[48] *Regula Augustini*, V. Patrol. Ser. Lat. XXXII, 1379.

tapeinosis y *tapeinos* tienen el significado de "humildad, humilde", o "vileza, vil" conforme al significado propio en latín, donde *humilis* es lo contrario de elevado o noble. *Tapeinophrosyne* en cambio, de *tapeinos* y *phronein*, "tener la mente puesta en lo que es humilde", es la humildad o mejor dicho la mentalidad que se acomoda a lo de baja condición y no desprecia lo vil, es decir, la mentalidad del que siente un sincero afecto por lo que es innoble y despreciable, y huye lo que tiene fama de sublime. Tal afecto es la "humildad" a la cual llamamos una virtud. Por eso dice en Lc. 1:48: "Porque ha mirado la bajeza *(tapeinosin – humilitatem)* de su sierva", pero en Fil. 2:3 leemos: "Con humildad *(tapeinophrosyne, – in humilitate)* estimando cada uno a los demás como
WA superiores a él mismo", y en Ef. 4:2: "Con toda humildad *(tapeino-*
472 *phrosynes)* y mansedumbre".

Alta y *humilia* se pueden entender también como vocablos de género neutro, como "cosas de valor elevado" y "escaso" respectivamente; pero esta interpretación es un tanto forzada. El sentido sería entonces: Nadie tenga puestos sus deseos en las cosas de alto valor, que le podrían reportar fama y renombre, sino más bien en las cosas de valor escaso, porque así es posible que permanezca ignorado, y hasta despreciado. En esta forma, ambos miembros de la frase (v.16) se dirigen contra los ambiciosos que quieren lucirse con su alta posición y sus valiosas posesiones.

Huelga mencionar en este contexto las disensiones y animosidades existentes entre los reinos, ducados y ciudades, cual si fuesen algo mejor que los gentiles, como se imaginan serlo los venecianos, los italianos, los franceses y los alemanes. Los poetas alemanes dan la palma a los alemanes, los poetas franceses, a los franceses. Ser alemán, ser francés: estas son para ellos las más excelsas virtudes que suelen ensalzar al máximo; pero de que somos cristianos —de esto se olvidan completamente. Y así se cumple la palabra de Cristo: "Se levantará reino contra reino, y nación contra nación" (Mr.13:8).

v.16b. No seáis sabios en vuestra propia opinión.

Esto va dicho en contra de la gente engreída, cabezuda y obstinada, que en idioma popular llamamos "sabihondos", y que la Escritura describe como "hombres de dura cerviz" e "incrédulos". Es éste un vicio al cual todos propendemos con sorprendente facilidad; apenas hay uno u otro que no esté entregado a él. La expresión alemana es *steifsinnig*, y se aplica a personas que no aceptan consejos de nadie, aunque se los trate de convencer con los argumentos más contundentes. Y aun cuando todos toman por un camino diferente que ellos, sin embargo se mantienen en sus trece, en la espe-

ranza de que llegue el momento en que puedan alegrarse y reírse ante el fracaso de los planes de los demás. Son autores de continuas disensiones, muy eficientes perturbadores de la paz y destructores de la unidad espiritual. De esto el apóstol habla también en Ef. 4:3: "Sed solícitos de guardar la unidad en el Espíritu en el vínculo de la paz", y en Fil. 2:2: "Sed unánimes, sintiendo una misma cosa" etc.

v.17. No paguéis a nadie mal por mal. WA 473

En el Salmo 37:27 leemos: "Apártate del mal", lo que según San Pedro implica no sólo el no hacer lo malo, sino también el no devolver mal por mal (1 P. 3:9). Asimismo, el "haz el bien" (Sal. 37:27) se refiere no sólo al *devolver* bien por bien sino también al *hacer lo que es bueno*. Y Cristo a su vez (Lc. 9:55) puso freno al ímpetu de sus discípulos que querían hacer descender fuego del cielo, diciéndoles: "¿No sabéis de qué espíritu sois hijos?" Así también nosotros hemos nacido no para perder las almas, sino para salvarlas (Lc. 9:56).

v.17b. Procurad lo bueno.

Hay no pocos textos en que se nos exhorta a lo mismo: 1 P. 2:12: "Manteniendo buena vuestra manera de vivir; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios al considerar vuestras buenas obras". 1 Ti. 5:14: "Quiero que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia". Tit. 3:1,2: "Que estén dispuestos a toda buena obra, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres". 1 Co. 10:32,33: "No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios; como también yo en todas las cosas agrado a todos" etc., es decir: es mi deseo agradar a todos en cuanto pueda.

De lo que acaba de citarse fluye aquel memorable dicho de San Agustín: "El que no cuida su buen nombre, es un hombre desconsiderado. Para ti mismo basta con tu buena conciencia; pero para tu prójimo es necesaria tu buena fama"[49]. Por desgracia, muchos cometen un extraño abuso con estas palabras citándolas para justificar su propia impaciencia, manía de disputar y soberbia, pues según ellos, lo que allí se dice es que no se debe tolerar ninguna afrenta ni dejar impune a ningún detractor, cuando en realidad, San Agustín quiso decir exactamente lo mismo que Pablo en el pasaje que estamos tra-

[49] Agustín, *Sermo 355*, 1, 1. Patrol. Ser. Lat. XXXIX, 1569.

tando, a saber: que nadie haga cosas que puedan causar ofensa por su mala apariencia, por más que confíe en su buena conciencia. O por lo menos, si ha sido el blanco de un insulto, trate de defenderse con palabras mesuradas, no con improperios ni entrando en discusiones ni poniéndose furioso, pero tampoco reconociendo como justo el ultraje contra su persona. Haga como aquella mujer que se dejó azotar por siete veces y que aguantó la injuria pero sin reconocer la culpa ni poner en juego su buen nombre, lo que habría ocurrido si en público hubiese guardado silencio confiando en sus adentros en su conciencia intachable[50].

Como contraste está en boga hoy día esa monstruosidad de una libertad no sólo de la conciencia, sino lo que es peor aún, de la "buena intención" o de una conciencia imaginariamente buena.
WA En todas partes ocurre que los superiores otorgan dispensas a su
474 libre antojo. Y los inferiores obtienen licencias simplemente a base de su "buena intención", p.ej. para transferencias o permutas o unificación de beneficios eclesiásticos, o para negocios fraudulentos, bajo títulos raros de propia invención.

v.20. Haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza.

Dice San Agustín: "Esto hay que entenderlo así: El apóstol nos exhorta con ello a hacer bien al que nos ofendió para producir así en él un arrepentimiento por su mala acción. Pues aquellas 'ascuas de fuego', es decir, las acciones buenas, tienen el poder de quemar el espíritu, o sea, de llevarlo a una situación aflictiva. De esto se habla en los Salmos: 'Flechas agudas del valiente, con brasas que causan desolación' (Sal. 120:4)". Pues así es también como Dios convierte a los que convierte: haciéndoles ver su divina bondad. Y en realidad, el único modo como se puede lograr una conversión verdadera es mostrar amor y benignidad. En efecto: el que es convertido por medio de amenazas e intimidaciones, jamás es convertido de veras mientras permanezca en esta forma de conversión; porque el temor engendra en el así convertido un odio hacia el que lo convirtió. Mas cuando uno es convertido por medio del amor, el

[50] Lutero se refiere a la historia de la 'Condenación injusta de Vercelli', relatada por Jerónimo, *ep. 1 ad Innocentium*. Patrol. Ser. Lat. XXII, 325 y ss. Una mujer fue acusada injustamente de adulterio por su marido. Se la sometió a tortura, sin que se le pudiera arrancar la confesión de un crimen que no había cometido. Varias veces quedó tendida en el suelo como consecuencia de los tormentos, y sin embargo no pudo morir. Y cuando ya parecía que se había producido su deceso, el cuerpo revivió. Condenada nuevamente a muerte, fue indultada por el emperador.

hombre entero se enciende en ira contra sí mismo, mucho más de lo que podría haberse airado contra él aquel que trató de convertirlo; tal es la disconformidad que siente con su propia persona. Ya no le hace falta que le vengan con prohibiciones, que controlen su conducta y le exijan satisfacción. Todo esto se lo enseñará el amor. Y una vez tocado y ablandado su corazón por el amor, su mayor deseo será ir en busca de aquel a quien ofendió.

Por eso, las obras de amor hechas a los adversarios son "ascuas de fuego". No así las que hacemos a los amigos. Pues el amigo no siente las obras de amor de la misma manera como las siente el enemigo: él las toma como algo a que tiene un derecho; no cree haberlas recibido ya en demasía, ni se asombra de la amabilidad de su benefactor. El enemigo en cambio, por creerse indigno, se siente como cautivado en todo su ser por la persona que le hizo el bien. Así, Dios entregó a su Hijo unigénito por sus enemigos, a fin de encender en nosotros el más vivo amor hacia él, y el más vehemente odio hacia nosotros mismos. De esta manera, Cristo viene a ser un horno enteramente lleno de ascuas, como dice Isaías: "Dijo el Señor, cuyo fuego está en Sion, y su horno en Jerusalén" (Is. 31:9). Nosotros amontonamos "ascuas de fuego"; Dios empero pone el fuego mismo sobre la cabeza de sus adversarios.

v.21. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal. WA 475

Esto significa: Ten cuidado de que aquel que te hiere, no te convierta en hombre igual a él, es decir, en hombre malo, y que la malignidad de él no venza la benignidad tuya. Pues vencedor es el que cambia al otro y lo hace semejante a él, permaneciendo él mismo tal cual era. Antes bien, trata tú mediante tu bien hacer que el otro llegue a ser un hombre bueno como lo eres tú. Haz que tu benignidad venza la malignidad de él y lo haga similar a ti. En nuestra sociedad, sin embargo, se considera vencedor al que tiene la última palabra y asesta el último golpe, cuando en realidad, el peor es aquel que fue el último en herir, pues en su persona queda el "mal" con que el otro ya terminó. Dice por lo tanto San Gregorio: "Más glorioso es huir la ira callando, que vencerla respondiendo"[51]. Pr. 26:4,5: "Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad, para que no seas tú también como él. Responde al necio como merece su necedad, para que no se estime sabio en su propia opinión". Hay quienes arrancan estas palabras de su con-

[51] No es posible localizar un dicho de este tenor en las obras de Gregorio Magno.

texto precedente y las usan como justificativo de su locura, diciendo que al sabio le es lícito responder al tonto con tonterías, y pagar mal por mal. Y hay también un buen número de eruditos que se creen eruditísimos al interpretar lo dicho en Pr. 26 en este sentido. Por consiguiente: "responde al necio de acuerdo con su necedad y llega a ser como él" aquella persona que "es vencida de lo malo" y en lugar de enmendar al necio, cae en idéntica necedad. Pero el que "vence con el bien el mal," responde en una forma tal que "el necio no se estima sabio en su propia opinión" sino que reconoce su necedad, la aborrece y la deplora. Porque si pagas en la misma moneda, jamás lograrás que aquél se estime necio en su propia opinión, sino que irá de mal en peor por la necedad tuya con que le devuelves la de él.

Pero ¿qué significa "responder o no responder *de acuerdo con* su necedad"? Creo que "de acuerdo con" (*iuxta*)[52] fue puesto aquí en lugar de "a, hacia" (*ad*) o "contra" (*contra*). Pues si se pone *una* cosa contra otra, se habla de cosas "yuxtapuestas". "Así como el contraste entre dos cosas resalta tanto más cuando se las pone una al lado de la otra", es decir, cuando se las compara una contra (*contra*) otra, o cuando se las compara en su relación de una a o hacia (ad) la otra[53]. Así es como debe entenderse aquí la expresión "de acuerdo con (iuxta) su necedad": no quiere decir que se le debe pagar al necio con igual necedad, sino que se debe poner otra cosa en el lugar de ella, para que la comparación de la una con la otra haga evidente lo fea que es la necedad. Sería un craso error poner al lado de la necedad algo que por su similitud con ella la hace crecer más aún y la torna difícil de conocer y reconocer. Pues mientras la necedad vea algo que es similar a ella, no se sentirá disconforme consigo misma; pero sí sentirá esa disconformidad si ve algo que no se le parece en nada.

[52] El lat. *iuxta* significa también "al lado de".
[53] Comp. pág. 100, abajo.

Capítulo 13

WA 476

v.1. Sométase toda alma a las autoridades superiores.

¿Habrá alguna razón misteriosa por qué el apóstol dice "toda alma", y no "todo hombre"? Quizás sea porque esa sumisión debe ser una sumisión que brote del corazón. Un segundo motivo podría verse en el hecho de que el alma se halla en el plano intermedio entre cuerpo y espíritu; el objeto de la frase sería entonces demostrar que al mismo tiempo y una vez por todas, el creyente está exaltado sobre todas las cosas, y no obstante sujeto a todo, de modo que viene a ser una especie de ser gemelo que lleva en sí dos formas distintas, como también las llevaba Cristo.[1] Pues según el espíritu es señor de todas las cosas: "a los santos, todas las cosas les ayudan a bien" (Ro. 8:28); y "todo es vuestro, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte", como se lee en I Co. 3:22; porque mediante la fe, el creyente hace que todas estas cosas le estén sujetas, en el sentido de que no se siente afectado por ellas ni pone en ellas su confianza, sino que las obliga a servirle para su gloria y salvación. Esto es servir a Dios, y por eso mismo, ejercer funciones de rey; es el reinado espiritual del cual se habla en Ap. 5:10: "Nos has hecho para nuestro Dios un reino, y reinaremos sobre la tierra".

En efecto: no hay manera más eficaz de vencer el mundo o de someterlo, que desdeñándolo. Sin embargo, este reinado espiritual es en la actualidad algo tan desconocido que casi todo el mundo dice a una voz que los bienes temporales donados a la iglesia son "bienes espirituales". Estos bienes son los únicos que los "espirituales" de nuestros días aprecian, allí está la esfera de su

[1] Este pensamiento lo ampliaría Lutero más tarde en su escrito *La Libertad Cristiana:* "El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie. El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos". – Obras de M. Lutero, Edit. Paidós, Bs. As., tomo I pág. 150 y ss.

reinado, sólo que además de esto ejercen la jurisdicción y lanzan los rayos de sus decisiones y manejan el poder de las llaves, pero con un cuidado e interés mucho menor que el que dedican a sus asuntos "espirituales", es decir, temporales.

Por lo tanto, el espíritu de los creyentes no está sujeto ni puede estar sujeto a nadie, sino que está exaltado con Cristo en Dios, teniendo todas estas cosas bajo sus pies, como lo describe simbólicamente el pasaje de Ap. 12:1 que habla de una mujer que tiene debajo de sus pies la luna, o sea, los bienes temporales. Sin embargo, el "alma", que es lo mismo que el espíritu del hombre, por cuanto vive y obra y está vinculada con el mundo de los sentidos y las cosas temporales–el alma, digo, tiene por ende también la obligación de "someterse a toda institución humana por causa del Señor" (1 P. 2:13). Con esa sumisión obedece a Dios y ajusta su voluntad a la voluntad divina. Y por esa misma sumisión vence ya ahora todas aquellas cosas temporales.

Permítaseme aquí una breve digresión.

Uno no puede menos que extrañarse ante las tinieblas impenetrables que reinan en nuestros tiempos. Nada hay hoy día que moleste más a los guías espirituales, es decir, a esas fauces abiertas,
WA ávidas de devorar nuestros bienes temporales, que si alguien toca los
477 privilegios de las iglesias, sus derechos, su autoridad y sus recursos. A quienes se atreven a hacerlo, en el acto los fulminan con todos los rayos de la excomunión, los declaran herejes, y con una osadía realmente pasmosa los tildan de enemigos de Dios y de la iglesia y de los apóstoles San Pedro y San Pablo; y entre tanto no les interesa en lo más mínimo saber si por lo menos ellos mismos son amigos de Dios, o al menos no enemigos peores aún que aquéllos. Hasta tal extremo han identificado la obediencia y la fe con la conservación, ampliación y defensa de cosas temporales. Puedes ser orgulloso, esclavo de la lujuria, tacaño, contencioso, iracundo, desagradecido; puedes reunir en tu persona todo el catálogo de vicios que el apóstol compuso en 2 Ti. 3:2 ss., es más: puedes estar sumergido en estos vicios de tal modo que tu comportamiento clama al cielo: no obstante eres el más piadoso de los cristianos con tal que protejas los derechos y privilegios de la iglesia. Pero si no los respetas, ya no eres un fiel hijo y amigo de la misma.

Además: los príncipes seculares han dotado a la iglesia de riquezas y han otorgado a sus dirigentes muchas libertades, Pero vean cómo son de extrañas las cosas: en tiempos de los apóstoles, cuando aún había sacerdotes que con muchísima razón gozaban del aprecio de todos, estos sacerdotes sin embargo pagaban impuestos y se sometían a las autoridades superiores. Y ahora que llevan una vida que de sacerdotal no tiene nada –ahora gozan de toda clase de exenciones. ¿O será que los sacerdotes de hoy poseen lo que se les

quedó debiendo a sus antecesores? ¿Y que los de antes ya hicieron todo cuanto debieran hacer los de hoy? ¡Asombrosa permuta, por cierto! Los de antes trabajaron y se hicieron acreedores a una retribución, sin que cosecharan fruto alguno; los de hoy perciben frutos sin haber trabajado ni merecido nada. No digo que esos derechos y privilegios sean malos; lo que pasa es que hoy día se otorga a hombres malos e impíos lo que en realidad estaba destinado a hombres buenos únicamente.

Pero si algún laico que les tiene odio a los clérigos (todos nos quejamos hoy día de que los laicos son enemigos de los clérigos, pero no decimos por qué lo son. ¿Por qué los laicos no eran también en el pasado enemigos de los apóstoles y de los santos que los condujeron a privaciones, sufrimientos y muerte y que les ocasionaron todos los males que pueden sobrevenirle a uno en esta vida?) –si un laico de éstos dijera: Es verdad, a vosotros los clérigos se os concedieron muchos privilegios y riquezas, pero por razón de vuestro servicio, dado que la regla dice: "a tal servicio, tal beneficio"– ya tienen preparada la respuesta: nos remiten a las oraciones que murmuran, y a nada más. Los servicios que debe prestar el sacerdote son, según ellos, las horas canónicas, también las que son rezadas fríamente –y para colmo, a veces ni siquiera son rezadas porque incluso para eso hay dispensas que las supenden o que lo excusan a uno de rezarlas; ¡y eso que el apóstol, en su descripción de lo que ha de ser el sacerdote (comp. 1 Ti. 3:2 ss.), ni siquiera menciona la oración! Mas lo que el apóstol menciona, ¿quién se molesta en recordarlo para ponerlo en práctica?

Pues bien: a tales sacerdotes, tales salarios; a tales servicios, WA
tales beneficios. A los que no son más que una sombra de clérigos, 478
denles también una sombra nada más de recompensa. Si son sacerdotes sólo en apariencia, justo es que también los bienes que poseen sean aparentes. ¡Cuánto más correcto y honesto sería que el que quiere gozar de los privilegios del sacerdote, se comportase también como un buen sacerdote! Pero si no quiere comportarse como tal, que tampoco se ponga a reclamar tercamente un derecho del cual su propia conciencia le dice que ante Dios no lo merece, por indigno. Mas si insiste y al fin obtiene lo que exigió, ¿qué más le queda sino aquella sentencia: "Ya tienen su recompensa" (comp. Mt. 6:2)?

Dicen los juristas que lo más ruin que hay es no ejecutar la última voluntad de una persona. Pero ¿dónde está hoy día el sacerdote que ejecuta la voluntad de los fundadores? ¿O será que los sacerdotes pueden sentirse seguros e inatacables por cuanto los fundadores no dejaron nada escrito acerca de su última voluntad? Y bien: admitamos que la iglesia tiene el deber de proveer al mantenimiento de los sacerdotes pobres, y no precisamente por las

oraciones que hacen, sino en forma gratuita— pero ¿qué decir de los avaros y ricos, que son insaciables?

De esta manera, los judíos sufrieron un tremendo quebranto porque no querían someterse a los romanos, y lo mismo les pasó bajo Nabucodonosor. Siempre vociferaban —como lo estamos haciendo también nosotros ahora— "Nosotros somos siervos de Dios" (Esd. 5:11), no tenemos por qué servir a los hombres. Esto significa no servir ni a Dios ni a los hombres. Lo mismo sucede entre nosotros: no servimos a Dios, y tampoco queremos servir a los hombres; ¡y eso que los hombres nos eximieron de los servicios que debiéramos prestarles a ellos para que nosotros podamos servir a Dios! Pero ¡cuidado! Hasta estos momentos, los laicos eran más bien gente ignorante. Resultaba fácil persuadirlos acerca de algo, de todos modos no lo entendían, si bien abrigaban dentro de sí ese odio y se sentían ofendidos, y con toda razón. Pero ahora las cosas han cambiado: poco a poco comienzan a penetrar en los misterios de nuestra iniquidad, y a discernir cuáles son nuestras obligaciones. Por lo tanto, si no volvemos a mostrarnos ante ellos como sacerdotes de verdad, de modo que no se vean obligados a creer sólo en apariencia, sino que puedan tomar las cosas en serio, al fin de cuentas nos lisonjearemos en vano de nuestros derechos y privilegios.

Y, no lo puedo afirmar con certeza, pero sí tengo la impresión de que hoy por hoy las autoridades seculares manejan sus asuntos con más éxito y más acierto que las autoridades eclesiásticas. Pues imponen castigos severos a ladrones y homicidas, a no ser que se dejen contagiar por leyes insidiosas. No así las autoridades eclesiásticas. Excepción hecha de aquellos que atacan las libertades, los bienes y los derechos de la iglesia —a éstos solos los castigan, y con descomunal rigor— se diría que incluso fomentan la ostentación, las ambiciones, la lujuria, las rivalidades en lugar de castigarlas, de manera que tal vez sería lo más indicado que también los asuntos temporales de la iglesia fueran colocados bajo la jurisdicción de la autoridad secular. Y no sólo no impiden que sean ordenadas personas sin instrucción, simplonas e ineptas, sino que hasta les permiten el acceso a las órdenes mayores. Saben, ven y sienten que están echando a perder a la iglesia con esa peste de hombres alojados en puestos de alta jerarquía, y sin embargo pronuncian juicios sobre aquellos que los atacan, a pesar de que los motivos que les dan para atacarlos son tantos que los obligan más bien a atacar-
WA los en vez de atraerlos a su lado. Si tan grave es el pecado de los
479 que atacan a los clérigos, ¿cómo será, me pregunto yo, el de los que les ofrecen tanto motivo para ello por el mal aspecto (comp. 1 Ts. 5:22) —más aún: por la maldad real de su comportamiento, contrario a lo que demanda el apóstol? Pero si no hay excusa para aquellos supuestos cristianos que se dejan inducir a lo malo

porque se les presentó la ocasión para ello, ¿cómo se excusarán los que dan el escándalo y ofrecen esa ocasión, a sabiendas, deliberadamente, *sin tener* necesidad alguna? Ahí los tenéis, paredes blanqueadas (comp. Hch. 23:3), juzgando según sus leyes a los transgresores, cuando los más grandes transgresores son ellos mismos. Su propia reputación los tiene sin cuidado; su único afán es ver cómo podrían reprender a otros— severos custodios de la justicia ajena, pero sepultureros de la propia. Si también ellos tuviesen que temer a otros, ¡cuánto más cautelosos serían, digo yo, en todo lo que hacen!

Ahí está el caso de un obispo que, metido en la ejecución de ciertas leyes canónicas, tiene en vilo a la ciudad con ese pleito bochornoso[2]. ¿Por qué? Porque es tradición entre los hombres no proceder en contra de la iglesia. Por lo demás, si el señor obispo estuviera tan interesado en ejecutar la ley de Dios, no tendría necesidad de salir de su propia casa. No digo que esté obrando mal; lo que pasa es que están colando el mosquito y se tragan el camello (comp. Mt. 23:25).

Y nuestro buen Dios y Señor permite esta transgresión y otras similares con el fin de recordar a los transgresores sus obligaciones y los preceptos del evangelio. Pero éstos no cambian su actuar por tales advertencias de Dios, sino que siguen adelante, ardiento en deseos de imponer castigos y penitencias a otros. A sus adversarios los tildan de hijos de Faraón y de Satanás o les dan nombres posiblemente peores aún, sólo porque encontraron una paja en el ojo de su hermano, mientras que la viga en su propio ojo no la ven (comp. Mt. 7:3). Por eso, ellos mismos son hijos de Faraón, siervos de Satanás y criaturas de Behemot[3] en un grado incomparablemente mayor aún que aquéllos.

Quiera Dios que algún día perezcan y desaparezcan todos los preceptos de ese tipo junto con sus cultores, como p.ej. esta sentencia: "Muerta está el alma de aquel que con su mano violó piedras sagradas" — ¡pero no está muerta el alma de aquel que vive consumido por la ambición y sin fe, y no obstante declara culpable, juzga WA
y condena el alma de aquel otro! 460

[2] Referencia al pleito que sostuvo la ciudad de Estrasburgo con un tal Hepp von Kirchberg, canónigo de la Iglesia de Sto. Tomás, en Estrasburgo. Este había raptado a la hija de un habitante de la ciudad, y después de violarla, la había llevado a una localidad vecina donde la joven murió. Las autoridades de Estrasburgo plantearon el caso ante el obispo de Zabern y el arzobispo de Maguncia, pero sin éxito. Hepp se había dirigido entre tanto a Roma, y mediante gruesas mentiras había obtenido una citación de la curia contra tres miembros destacados del ayuntamiento de Estrasburgo. Los acusadores se habían convertido en acusados.

[3] Comp. Job 40:15.

– Os suplico empero que no tratéis de emularme en lo que debo decir aquí obligado por el dolor que me oprime y por el cargo que desempeño. Pues para llegar a un entendimiento cabal de las Escrituras, no hay nada mejor que aplicar a la vida práctica la doctrina que se enseña. A esto se agrega el hecho de que desempeño mis funciones de docente en virtud de la autoridad apostólica. Esto me impone la obligación de levantar la voz dondequiera que veo que se está obrando incorrectamente, aunque sea en las esferas más altas.

Así también los venecianos cometieron un pecado horrendo contra Julio II al suprimir las contribuciones a la iglesia, y fue un gran mérito del papa el haber reconquistado para la iglesia estos ingresos mediante la matanza y destrucción de tantos cristianos[4]. En cambio, la infame corrupción que reina en la curia entera, el repugnante lodazal de lujuria de toda índole, de ostentación, avaricia, ambiciones y sacrilegios – todo esto no es pecado. Con razón San Bernardo dice en son de burla en el Libro IV de sus *Consideraciones*[5]: "¡Cosa rara! Los obispos tienen a mano una cantidad suficiente y más que suficiente de personas para confiarles el cuidado de las almas; pero cuando se trata del cuidado de sus miserables negocios, parece que no pueden encontrar a nadie. Evidentemente, tienen un gran talento para tasar el valor de las cosas: a lo más insignificante le prodigan el máximo cuidado; escaso o nulo en cambio es el cuidado que le dedican a lo que es de máxima importancia".

Ya basta con esto. Volvamos a las palabras del apóstol.

Como acabo de decir: hay tres componentes en el ser humano: cuerpo, alma y espíritu. El alma es el componente ubicado en medio de los otros dos. El cuerpo está sometido a las autoridades superiores, pero con el consentimiento y la aprobación por parte del alma, y por orden del espíritu, que es libre y que está por encima de todo.

Surge sin embargo la pregunta: ¿A qué vienen entonces las siguientes advertencias del apóstol: Gá. 5:13: "Vosotros a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne", y en el cap. 2:4 de la misma carta: "Se han introducido a escondidas hermanos falsos para espiar nuestra libertad, para reducirnos a esclavitud", y en otra parte, 1 Co. 6:12: "Todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna", y

[4] *Onus eccl.* 39:6: "Brígida vio en espíritu una atroz matanza contra sangre cristiana, matanza que en nuestros tiempos recientes fue desencadenada por el cruel pastor Julio II que centró su cuidado pastoral en sus empresas bélicas. ¿Quién podrá calcular jamás cuántos torrentes de sangre de víctimas inocentes, cuánto infortunio, cuánta ruina resultaron de los litigios de ese mismo Julio y de la mayoría de los demás papas?" Comp. WA 56, 480, 8, nota.

[5] Bernardo, *De consideratione*, IV, 6. Patrol. Ser. Lat. CLXXXII, 786.

1 Co. 7:23: "Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos WA
de los hombres"? No son nada infrecuentes esas aserciones del 481
apóstol en apoyo a la libertad y en contra de la esclavitud. Hasta llega a afirmar, en 1 Co. 9:19 y 20: "Siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos", y un poco más adelante (1 Co. 9:22): "A todos me he hecho de todo, para salvarlos a todos". ¿Qué diremos a esto? ¿Cómo concuerda con lo demás?

Respuesta:

Así como el apóstol se ha hecho de todo a todos, así les habla tambien a todos, a cada cual en los términos que le son familiares. Es inevitable, pues, que al hablar de "libertad" y "esclavitud", les dé a estas palabras ya un sentido, ya otro. Cuando se dirige a los que son esclavos y libres según el derecho vigente en aquel entonces, emplea los dos términos en su significado corriente, p. ej. cuando ordena a los esclavos a obedecer a sus amos, pero también a hacerse libres si les era posible (comp. 1 Co. 7:21). En casi todas sus cartas adopta el mismo temperamento. Un matiz diferente tiene lo dicho en 1 Co. 6:12: "Todas las cosas me son lícitas, mas no me dejaré dominar de ninguna" y aquella otra palabra de la misma carta: "Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres" (1 Co. 7:23). En estos pasajes y en otros similares, la "esclavitud" es una esclavitud metafórica, en el sentido de que quien se envuelve en cosas temporales y negocios con los hombres, pierde su libertad. En efecto: se ve obligado a mantener un contacto estrecho con las personas con que hace negocios, y para no perder el crédito, debe atenerse fielmente a las obligaciones contraídas. De esta manera, el uno tiene cautivo al otro, por decirlo así. Exigidos ya por esto, ya por aquello, y ocupados en sus quehaceres temporales, no pueden atender a las cosas que son de Dios.

Otra esclavitud, de una nobleza sin igual, es la que el apóstol menciona en Gá. 5:13: "Servíos por amor los unos a los otros". A ella se refiere al decir que, a pesar de ser libre, se hizo siervo de todos (comp. 1 Co. 9:19). Esta esclavitud es la más perfecta libertad, porque no necesita de nadie y no recibe nada, sino antes bien, da y reparte. Por esto es en verdad la mejor de todas las libertades, una libertad que únicamente los cristianos pueden poseer. De ahí que también en el presente capítulo figure la exhortación: "No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros" (Ro. 13:8). Esa es la buena esclavitud espiritual: de tales "esclavos" se puede decir que todas las cosas están a su servicio; "todas las cosas les ayudan a bien" (Ro. 8:28); ellos empero no son siervos de nadie, porque no tienen necesidad de nadie, como ya dije.

Hay un cuarto tipo de esclavitud, también espiritual, pero de lo más ruin. Contra ella el apóstol lucha con todas sus fuerzas, en

bien de los cristianos. Consiste en estar sometido a la ley y sus cargas, es decir, en creer que es preciso cumplir con las obras exteriores
WA 482 prescritas por la ley para poder alcanzar la salvación. Quienes piensan y creen así, siguen siendo siervos y no llegan a ser salvos jamás; porque ellos sirven a la ley, y la ley ejerce el dominio sobre ellos a causa de esa su necia fe y conciencia. Así son todos los que quieren llegar a la salvación por un camino que no es el de la fe en Cristo, y que buscan con solícito afán cómo satisfacer las exigencias de la ley mediante sus muchas obras y sus esfuerzos por ser justos. Es verdad: también el apóstol y los hombres espirituales hicieron obras de esta índole, y las hacen aún, pero no por obligación sino por su libre voluntad; no porque sean necesarias, sino porque es lícito hacerlas. Aquellos hipócritas en cambio se aferran a sus obras de una manera tal como si fuesen imprescindibles para la salvación, y las hacen no porque quieren, sino porque las tienen que hacer forzosamente. Incluso quisieran que no fuesen necesarias, a pesar de que en su imaginación lo son. Este tipo de esclavitud lo encontramos hoy día por doquier.

Teniendo en cuenta todo esto, entenderemos fácilmente por qué, según el relato del Libro de los Hechos, el apóstol quiso purificarse (comp. Hch. 21:26), y por qué circuncidó a Timoteo (Hch. 16:3), a pesar de que en todas partes predicaba un proceder opuesto al que él mismo había observado en estos dos casos. Así que para el hombre espiritual, las obras exteriores son obras que quedan libradas a su criterio personal.

Vemos empero que al hablar de la sumisión a las autoridades seculares, el apóstol no toca para nada el tema de la libertad. Pues dicha sumisión no es una esclavitud como la que acabo de describir, puesto que abarca a todos los hombres del orbe, cosa que no se puede decir con respecto a las obras de la ley.

v.10. El cumplimiento de la ley es el amor.

El mandamiento "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mt. 19:19), o como reza en Lv. 19:18: "Amarás a tu amigo como a ti mismo"[6] puede interpretarse de dos maneras: Se lo puede entender como una orden de amar al prójimo, y también a sí mismo. La otra interpretación es: se debe amar sólo al prójimo, pero a la manera como uno se ama a sí mismo. Esto último me parece más acertado, en atención al hecho de que debido a su naturaleza viciada, el hombre se ama a sí mismo más que a todo lo demás, busca en

[6] Lv. 19:18 en la Vulgata: *Diliges amicum tuum sicut teipsum.*

todas las cosas su interés personal, y ama todas las cosas por lo que puedan significar para él, incluso cuando ama al prójimo o al amigo, puesto que también en esta relación tiene privanza el interés propio.

Se trata, por lo visto, de un mandamiento de significado muy profundo, que cada cual debe tomar como norma para un concienzudo auto-examen. En efecto: las palabras "como a ti mismo" excluyen todo tipo de amor fingido. Por ende, el que ama al prójimo a causa de su

riqueza,		pobre,		WA 483
renombre,	y no lo	humilde,	demuestra que	
erudición,	ama de	inculto,	su amor es hipócrita,	
favor,	igual manera	hostil,	y que no ama a la	
poderío,	si	dependiente,	*persona* del prójimo,	
consolación,	es	intratable,		

sino sus bienes, en cuanto que éstos puedan ser provechosos para él mismo. Esto es prueba de que no ama al prójimo "como a sí mismo", pues el que se ama a sí mismo, se ama tambien si es un tipo pobre, un bobo, una perfecta nada. ¿O habrá una persona tan inútil que se odie a sí misma? Con todo, por muy insignificante que uno sea, sin embargo se amará a sí mismo, y a los demás los amará con menor intensidad. Por consiguiente, si observamos este mandamiento de cerca, veremos que es el más difícil de guardar. No cabe duda: nadie quiere que le roben algo, que le hagan daño, que lo maten, que destruyan su matrimonio, que le mientan, que juren en falso en perjuicio de él, que traten de birlarle sus bienes. Pues bien: si no abriga los mismos deseos en cuanto a su prójimo, ya está en infracción contra este mandamiento. Por eso, el "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" incluye también aquel otro mandamiento de Mt. 7:12: "Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas". Resulta así que, si bien este mandamiento le puede parecer poca cosa al que lo mira superficialmente y de una manera más bien general, no obstante derrama un generoso caudal de enseñanzas, y en la forma más saludable, si se lo aplica a casos particulares, y nos da directivas infalibles para las situaciones más diversas. ¿A qué se deberá entonces que este mandamiento no se observa, que se lo traspasa tantísimas veces, aun sin saber y por parte de quienes ni se lo imaginan? Se debe a que los hombres no lo aplican a su propio actuar, sino que se conforman con su "buena intención". Un ejemplo: los ricos colman a los sacerdotes de tesoros destinados a la edificación de templos y monumentos recordatorios. Mas si se pusiesen en la situación de un pobre, y consultasen consigo mismos si les gustaría que a ellos no se les diera nada, pero a la igle-

sia sí —entonces tendrían que darse cuenta por sí mismos de cuál es en realidad su deber.

Asimismo, nuestro príncipe y nuestro obispo compiten el uno
WA con el otro en la adquisición de reliquias[7]. Cada uno desearía que
484 el otro le permitiera ser el cliente favorito, y sin embargo, cada uno sigue adelante con su negocio sin ceder ventajas al otro —siempre, claro está, salvando las apariencias.

De igual manera los observantes[8] se combaten entre sí por causa de Dios, pero el precepto del amor no lo observan para nada.

Mas el que quiera tomar en serio este mandamiento y aplicarlo, no debe apoyarse en los "actos" que "provocó" en su interior, sino que debe medir todas las obras, palabras y pensamientos de su vida entera con la vara de aquel precepto, y al pensar en su prójimo siempre debe preguntarse: ¿Qué querrías que este hombre haga contigo? Y una vez que se dio a sí mismo la respuesta correspondiente, vaya y proceda con su prójimo de acuerdo con ella. Entonces desaparecerán de inmediato la rivalidad, la calumnia y la disensión, y se hará presente el coro entero de las virtudes, toda gracia, toda santidad, y como dice aquí, "el cumplimiento de la ley". Pues así enseñó Moisés a los hijos de Israel, Dt. 6:6,7: "Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y meditarás en ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes". A lo que agrega: "Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas" (Dt.6:8,9). Lo que Moisés quiere no es que "ensanchemos nuestras filacterias" como lo hacían los fariseos (comp. Mt. 23:5); antes bien: que "estas palabras han de llegar a ser una señal en la mano" significa que todas las acciones deben ajustarse a la palabra de Dios y guiarse por ella; "ante los ojos" quiere decir que también los pensamientos todos deben alinearse a lo largo de la palabra; y el significado de "escribir las palabras en los postes y en las puertas" es: todos los sentimien-

[7] "En estos precisos momentos el príncipe elector (Federico el Sabio) se dirigió a Francisco I con la solicitud de que le cediera ciertas reliquias... En el verano de 1515, Staupitz se hallaba de viaje por la región del Bajo Rhin, por encargo del príncipe elector, con el objeto de adquirir reliquias... Alberto de Brandeburgo (arzobispo de Magdeburgo y de Maguncia, y obispo de Halberstadt) se dedicó desde el comienzo de su mandato episcopal a la colección de reliquias con el mayor de los celos, lo que en octubre de 1515 le valió un panegírico de la pluma de un poeta humanista". Comp. WA 56, 483, 25, nota.

[8] *Observantes* = las órdenes religiosas que insisten en la observancia estricta de las severas reglas monásticas originales. Los agustinos ermitaños de Erfurt, a los cuales Lutero pertenecía como fraile desde 1505 hasta 1524, eran observantes.

tos, y en especial la lengua, deben orientarse según estas palabras y acomodarse a ellas.

El que hiciera esto, aprendería a reconocer perfectamente sus defectos, a humillarse, y a temer a Dios; de otra manera seguirá creyéndose seguro y santo. Pues descubriría que con harta frecuencia no sólo es negligente donde habría que ayudar al prójimo —a pesar de notar en sí mismo el deseo de que todo el mundo lo trate afectuosamente y esté interesado en darle apoyo—, sino que también es un enemigo y un falso hermano para con sus hermanos, incluso un detractor, un hombre lleno de pecados hasta la coronilla. Por WA
eso, el apóstol expresó claramente la naturaleza de este precepto 485
cuando dijo en Fil. 2:4: "No mirando cada uno por lo suyo propio, sino también por lo de los otros", y en 1 Co. 13:5: "El amor no busca lo suyo", es decir: el amor hace que el hombre diga NO a sí mismo y SI al otro; hace que se vista de amor al prójimo y se desprenda del amor a sí mismo; que se ponga en el lugar del prójimo y desde esa perspectiva juzgue qué querría él que el otro le haga, o qué debería hacer él y los demás a ese prójimo; y entonces descubrirá cuál es su deber, pues esta norma infalible se lo dirá. Mas si se la deja de lado, los mandamientos se multiplicarán más y más, sin que el hombre alcance la meta a la que aspira llegar.

Por consiguiente: cuando el hombre desea para sí el mayor número posible de bienes, ya sean espirituales o materiales, como p.ej. que se ore por él, y cuando se los desea en la forma más perfecta posible — sepa entonces que a causa de éste deseo suyo, ya se ha hecho culpable de otras tantas faltas; porque lo mismo les debe él a los demás, y sin embargo se encuentra con que no tiene ningún deseo de obrar como correspondería.— La alternativa es que se odie a sí mismo y no desee que los otros le hagan bien alguno, entonces tampoco él les deberá ningún favor. Pues el que ha muerto, es justo (comp. Ro. 6:7). ¡Ya ves lo profundo que es este mandamiento, y de cuán vasto alcance!

v.11. Es ya hora de levantarnos del sueño.

Lo mismo leemos en 1 Co. 15:34: "Despertad, justos, y no pequéis", y en Ef. 5:14: "Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo". Y no hay duda de que en aquellos pasajes, como también aquí (Ro. 13:11), el apóstol está hablando del sueño espiritual, el sueño en que está sumido el espíritu cuando anda en pecados y se entrega al ocio. Contra este sueño nos advierte también Cristo repetidas veces en el Evangelio al amonestarnos a que estemos alerta. Y conste que no se refiere a los que están muertos a causa del pecado de la incredulidad, ni tampoco a

los creyentes que yacen en pecado mortal, sino a los cristianos que son tibios en su actuar y que, sintiéndose seguros, se pasan la vida durmiendo plácidamente, cuando lo que él quiere es que transiten por su camino con sumo cuidado, como leemos también en Mi. 6:8: "Oh hombre, te declararé lo que es bueno, y qué pide el Señor de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y caminar solícitamente con tu Dios". Pues los que no muestran esta solicitud, los que no se mantienen vigilantes con temor, éstos son los que comienzan pero no avanzan, los que ponen su mano en el arado y miran hacia atrás (comp. Lc. 9:62). Tienen apariencia de piedad, pero niegan la eficacia de ella (2 Ti. 3:5); con el cuerpo salen de Egipto, y con el corazón regresan. Van por su camino muy confiados, sin
WA temor de Dios, endurecidos, irrespetuosos, insensibles. San Ber-
486 nardo dice con respecto a esta gente: "Quien no se apresura constantemente a hacer penitencia, demuestra con ello que no le hace falta arrpentirse"[9]. Si no le hace falta arrepentirse, tampoco le hace falta misericordia; y si puede prescindir de la misericordia, también puede prescindir de la salvación. Pero esto únicamente es posible para uno que no tiene pecado, como Dios y los ángeles.

Por lo tanto, el apóstol, al dirigirse a los cristianos, hace muy bien en exhortarlos a que se levanten del sueño, aun dando por sentado que no serían cristianos si no se hubieran levantado ya. Pero el hecho es que el detenerse en el camino de Dios equivale a retroceder; avanzar empero significa comenzar siempre de nuevo. Por esto el Predicador no dijo: Cuando haya avanzado, sino "Cuando el hombre haya finalizado, entonces apenas comenzará"[10]. Y San Arsenio oraba a Dios día a día: "Ayúdame, Señor, a empezar a vivir para ti"[11]. Así como el apóstol, refiriéndose a la sabiduría, dijo que "si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo" (1 Co. 8:2), así también debemos inferir respecto de cada una de las virtudes existentes: el que cree haberla aprehendido ya y haber hecho el comienzo, aún no sabe cómo debe comenzar.

Hombres de este tipo los hay hoy día en rica abundancia, y se los admira como si fuesen los más grandes portentos. El arrepentimiento que Cristo predicó, lo han transferido a obras temporales y prácticas exteriores, y una vez realizadas éstas, se tienen por justos. Es por esto que tal clase de confesión llevó a los hombres a una

[9] Bernardo, *Sermo II in Vigilia nativitatis Domini*, Patrol. Ser. Lat. CLXXXIII, 90.

[10] Eclesiástico o Sabiduría de Jesús Ben Sirá, libro apócrifo del AT, cap. 18:7.

[11] *Vitae Patrum, Verba seniorum*. III, 190. V, 15, 5. Patrol. Ser. Lat. LXXIII, 801; 953.

peligrosa y funesta confianza en sí mismos; porque esa confesión no quita el pecado, como ellos afirman con tanta presunción.

La palabra "sueño" se usa en las Escrituras en varios sentidos diferentes. Primero, en sentido literal, para designar el sueño físico, como en Jn. 11:11: "Nuestro amigo Lázaro duerme". Y en el Antiguo Testamento leemos muy a menudo en los libros de Reyes y Crónicas: "Durmió con sus padres" (1 R. 2:10; 11:43; 14:20 y otros; 2 Cr. 9:31; 12:16; 21:1 y otros).

En segundo lugar se aplica el término "sueño" al sueño espiritual, en doble sentido. Por una parte, en sentido bueno, como en el Salmo 127:2: "Pues que a sus amados dará Dios el sueño", y en el Salmo 68:13: "Mientras vosotros dormís entre las tapias del aprisco"[12]. Y en el Cantar de los Cantares, la esposa dice: "Yo duermo, pero mi corazón vela" (5:2). Este dormir significa: hacer caso omiso de los bienes temporales y considerarlos como algo imaginario, sombras más bien que cosas reales, por causa de los bienes eternos que WA 487
los fieles ven con un corazón muy despierto, e iluminado por medio de la fe. Y esto a su vez hace que en el uso de las cosas temporales se los vea dormidos y desinteresados.

En tercer lugar, el término hace referencia al sueño espiritual, pero en mal sentido, y en contraste con el que se acaba de detallar. De este sueño espiritual en mal sentido habla el apóstol en 1 Ts. 5:6,7: "Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan", indicando con "noche" la noche mala, espiritual. Algo similar se dice en el Salmo 76:5: "Durmieron su sueño; y no hallaron los hombres riqueza alguna en sus manos". Dormir así significa no reparar en los bienes espirituales ni estimarlos. Y esto hace que a la gente de esta índole se los vea dormidos y desinteresados en el uso de los bienes espirituales por causa de las cosas temporales a las cuales dirigen sus miradas con muy despierto afán. De esta manera llegan a ser la antítesis de los "durmientes" mencionados anteriormente: lo que para aquéllos es noche, es día para éstos; lo que para aquéllos es estar despierto, es para éstos dormir, y viceversa. Así como son de carácter opuesto los bienes, así lo son también las apetencias, y con ello los hombres mismos. En forma sucinta podríamos definir estos tres tipos de sueño como sueño natural, sueño de la gracia, y sueño de la culpa; sin embargo, tal definición resultaría un tanto obscura.

Así como la Escritura habla de tres modos distintos respecto del sueño, lo hace también respecto de la noche y del día, y prácticamente de todos los demás conceptos que se pueden emplear en

[12] Vulgata, Sal. 67:14: *Si dormiatis inter medios cleros.*

sentido figurado. En efecto: el día espiritual es la fe, y la noche es la incredulidad. Y a la inversa: la fe es la noche, y la incredulidad es el día, como p.ej. en el Salmo 19:2, donde dice: "Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría", i.e.: el hombre carnal[13] lo declara al hombre carnal, el prudente al prudente, el que es necio en Dios a los necios entre los hombres, el sabio en Cristo a los sabios de este mundo. Es evidente, pues, que en este pasaje el apóstol no habla del sueño físico ni de las tinieblas y la noche que podemos percibir con los sentidos; a éstos se refiere más bien un poco más adelante, donde dice: "no en lechos (lat. *cubilibus*) y lascivias" (Ro. 13:13), es decir, en sueño y lujuria. Que tales cosas ocurren de noche, está fuera de dudas.

Las obras de las tinieblas son, por ende, las obras de los que duermen espiritualmente, pero en mal sentido, o sea, de los que roncan inmersos en los placeres mundanales. Son no sólo las obras que comúnmente se consideran malas, sino también las que la gente tiene por buenas, pero que no obstante son malas a causa de las tinieblas interiores, ya que no son hechas con una fe despierta.

v.11. Ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación.

Aquí se nos dice lo mismo que en 2 Co. 6:1,2: "Nosotros, como colaboradores, os exhortamos a que no recibáis en vano la
WA gracia de Dios. Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en
488 día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable;
he aquí ahora el día de salvación". Y lo que el apóstol toca aquí (en Ro. 13:11,12) brevemente y como de paso, lo amplía con muchos detalles en aquel otro pasaje (2 Co. 6) donde describe lo que él entiende con *armas de la luz y obras de las tinieblas* (Ro. 13:12), diciendo: "No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado; antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en ayunos" (2 Co. 6:3 y ss.), y algo más adelante: "Con armas de justicia a diestra y a siniestra" (2 Co. 6:7). En Ro. 13 habla de "armas de la luz", en 2 Co. 6 de "armas de justicia", de modo que justicia y luz vienen a ser lo mismo.

v.13. No en comilonas[14].

Así como la expresión *graecari* (vivir a la manera de los griegos) viene de *graecus* (griego), el verbo *comessari* (andar en comilo-

[13] Lutero escribe "espiritual", pero con esto destruye el paralelismo que seguramente quiso formar.

[14] Vulgata: *non in comissationibus* (Lutero escribe *comesationibus*).

nas) parece venir de *comos* (comilona). El griego *comos* significa convite, o mejor dicho, comilona, el desmesurado derroche que se hace al preparar y celebrar un banquete. Más aún: *Comos* se llama también el dios de la ebriedad, y la fiesta en su honor lleva el mismo nombre. En este aspecto los griegos superan a los alemanes y al mundo entero: con tanto entusiasmo se dedicaban a las comilonas, que incluso se crearon para ellas un dios, como para una cosa de gran provecho.

Lo que el apóstol enseña aquí en términos negativos, lo complementa con toda claridad en 2 Co. 6 desde el punto de vista positivo. Lo que quiere es que nos ejercitemos en el ayuno, la templanza y la sobriedad. Y por cierto, el que lee las historias, al menos a San Jerónimo[15], se dará cuenta de que en la Roma de aquel entonces, estos seis vicios no sólo abundaban, sino que reinaban en forma verdaderamente tiránica —véase la *Vida de los Césares* de Suetonio— al extremo de que incluso el pagano Juvenal se ve impulsado a exclamar: "Un enemigo aun más fiero, la lujuria, se anidó en nuestro medio, y toma venganza en nombre del mundo que hemos vencido"[16]. Por esto, el apóstol trata de infundir temor en los fieles para que no sigan los alocados ejemplos de la impía Roma. Pues tampoco San Pedro pasó por alto la lujuria de aquella ciudad, llamándola no sólo "lujuria" sino "desenfreno de disolución" (1P. 4:4). Y no tiene reparo alguno en dar a Roma el apodo de "Babilonia" por la terrrible confusión reinante en todos los ámbitos, lo cual es WA
atestiguado también por Catulo, quien dice: "Todo está permitido, 489
lo abyecto ha entrado en unión con el insano furor."[17] Parece que la ciudad, llevada ya al colmo del demencial libertinaje, clamaba al cielo solicitando a gritos ya sea la presencia de los apóstoles, y de los más destacados de entre ellos, ya sea un castigo similar al de Sodoma y Gomorra. Por esto dice en 1 P. 4:3: "Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, borracheras, ebriedades y abominables idolatrías. A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan". Y en 2 P. 2:13: "Tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Estos son inmundicias y manchas, quienes aun mientras comen con vosotros, se recrean en su lujuria." Pero hoy estamos ante lo mismo: Roma ha retornado a sus costumbres de antaño y arrastra a casi todo el orbe en pos de su ejemplo —si no es

[15] P.ej. sus observaciones respecto de Is. 47:1 y ss. Patrol. Ser. Lat. XXIV, 470, 471. WA 56, 488, 17, nota.

[16] Juvenal, *Satyrae*, VI, 292.

[17] Catulo, LXIV, 406.

que el derroche y la lujuria de la Roma de hoy excede el de la Roma de aquel entonces, de modo que nuevamente parece que clama por los apóstoles, hoy más necesarios aún que antes. ¡Ojalá su venida se produzca en términos amistosos, antes de que tengan que venir como severos jueces!

Notemos de paso que la palabra "lujuria" debe entenderse aquí no en el sentido de desenfreno sexual, sino como lujo y derroche desmedido, en griego *asotia, asotus*.

En su lucha contra este vicio, el apóstol ordena (en 1 Ti. capítulos 2 y 3 y Tit. capítulos 1 y 2) que el obispo, el diácono, los varones, los ancianos, las jóvenes y las mujeres sean sobrios; a todos les prohíbe las borracheras y comilonas como si fuesen la peste misma. Al comparar aquellos pasajes con éste, y éste con aquellos, se llega pues al entendimiento correcto de lo que el apóstol quiere decirnos. Aquí nos enseña lo que no quiere, allá lo que quiere.

v.13b. No en lechos e impudicias.

Esto quiere decir: que sean vigilantes y castos. Castidad y vigilancia, esto es lo que el apóstol ordena en los pasajes citados, en especial al obispo, después también a los ancianos y a los demás.

En verdad, una orden muy oportuna. Pues el comer y beber en exceso fomenta la impudicia, o "lascivia" como dice el texto griego. Por esto los santos padres dispusieron que todo aquel que quiera servir a Dios, debe vencer ante todo el vicio de la gula,[18] que así como es el primero que debe ser vencido, es también el más
WA difícil de vencer. Si este vicio no es extirpado del todo, aunque no
490 lleve a "lechos y disoluciones", algo que en el caso de los ancianos no es de temer, sí hace que el alma quede incapacitada para percibir las cosas que son de Dios. De ahí que el ayuno sea una de las armas más poderosas de los cristianos, la gula en cambio el instrumento más eficaz de que dispone el diablo. Pero acerca de este tema hay material más que abundante en los escritos de los santos.

v.13c. No en contienda y emulación.[19]

Así como en el texto precedente se lo instruyó al hombre en cuanto a su propia persona, a saber, que sea templado, vigilante y

[18] Comp. J. Cassianus, *De coenobiorum institutis et de octo principalibus vitiis*, V, 1 y ss. Patrol. Ser. Lat. XLIX, 201 y ss. *Collationes patrum* 2 y ss., Patrol. Ser. Lat. XLIX, 611 y ss. Comp. WA 56, 489, 28, nota.

[19] Lat. *aemulatione*, de *aemulatio* = emulación, envidia. En la trad. dimos preferencia a "emulación", por ser palabra clave en la exposición de Lutero.

casto, así se lo instruye ahora con miras a su trato con el prójimo, a saber, que unos convivan con otros en paz, armonía y amor. Esta es la exhortación en la cual el apóstol insiste más que en ninguna otra, a través de todas sus cartas, como lo hizo también en el capítulo anterior a éste. 1 Ti. 2:8: "Quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando manos puras, sin ira ni discusión". Y en el capítulo 3 de la misma carta, al igual que en Tit. 1:7, hallamos la orden de que el obispo no debe ser pendenciero. Para San Jerónimo,[20] esto se refiere a la agresividad del lenguaje. El deseo del apóstol es, pues, que usen de modales suaves, que sean benignos, y que el uno dé lugar también a la opinión del otro. Una "contienda" es una batalla verbal, y "contender" es atacarse con palabras, situación en que cada uno quiere ser él solo el dueño de la verdad, el correcto, el que vale, y todo lo demás queda rechazado – una situación, en fin, donde ninguno quiere ceder a nadie.

"Emulación" empero es un término de matices muy diversos. "Emular" es ir detrás de algo, perseguir. Pero así como el "perseguir" o el "ir detrás de algo" se puede usar en sentido bueno y también en sentido malo, p.ej. "trato de conseguir", "voy en seguimiento de", "prosigo", "persigo", así ocurre también con el "emular". No significa precisamente "imitar". Emular es más bien ir tras una cosa con la intención de obtenerla o retenerla o superarla. No expresa, pues, un mero seguir y alcanzar, sino también el intento de superar.

En efecto: el que "emula" en el buen sentido de la palabra, imita a su maestro, o a aquello que le sirve de ejemplo, de una manera tal que incluso se empeña en superar su ejemplo, cosa que no hace el que simplemente imita. Y el que emula en mal sentido es el que se esfuerza por ganarle la delantera a su contrincante, o como suele decirse, el que siempre quiere tener la última palabra, o pegar último, o sea, vencer el mal con el mal. Si el otro dice o hace algo malo, él intenta hacer o decir algo peor. La emulación es, por lo tanto, la hermana y sirvienta de la contienda. Por eso decimos *aemulus* y *aemula* (rival) y los usamos como adjetivos y también como sustantivos.

Pero con esto no se agotan las posibilidades de usar esta expresión, aunque para nuestros fines basta con lo ya dicho. A Dios se lo llama *zelotes* (el celoso) y también *aemulator* (comp. Ex. 20:5; WA
34:14). El apóstol dice: "Os celo con celo de Dios" (2 Co. 11:2). 491
Y en Cnt. 8:6 se afirma que "el celo es duro como el infierno". Es obvio que esto no se puede interpretar como un contender entre dos personas. Pero como todo aquel que "emula" o "cela" trata de

[20] Jerónimo, *Comm. in ep. ad Tit. 1:7.* Patrol. Ser. Lat. XXVI, 601.

reunir en su persona sola aquello por lo cual contiende con el otro, ese "emular" es propio también del marido que contiende contra su rival, de Dios que contiende contra el ídolo, de la esposa que contiende contra la adúltera y la concubina. Así como el esposo quiere tener a su esposa sólo para él y se esfuerza por excluir de su posesión a cualquier otro, así Dios quiere ser el Dios único, y así también el apóstol celaba a los corintios como si él quisiera ser su único maestro con exclusión de cualquier otro, y como si envidiara esta gloria a los demás, pero con una envidia santa. Pues su temor era que la mente de los corintios fuera corrompida con la astucia de Satanás, cuando él los había desposado con Cristo. Objeto de su recelo eran, por ende, los falsos apóstoles. Así que la emulación incluye el bien que se ama, y con esto excluye de la participación en este bien a cualquier otro, y por eso mismo incluye también el odio contra la persona que intenta participar en el bien y disputarle a uno la posesión exclusiva. Por consiguiente: la emulación odia y ama, todo al mismo tiempo; unas veces, su blanco es el objeto amado, y otras, el odiado. P.ej. "el marido cela a su esposa", y "tiene celos del adúltero" — siendo el primero de estos dos casos el que presenta el término en su acepción más propia. Así leemos p.ej. en 1 Co. 12:31: "Sed celosos de obtener los dones mejores".

La emulación es una envidia amorosa o un amor envidioso, una mezcla simultánea de amor y envidia, amor amargo y amargura amorosa. Justamente como el arrepentimiento, que es un dulce dolor y una dulzura dolorosa. Pues la dulzura del amor provoca en el celoso el actuar y querer, la amargura del odio en cambio lo lleva al no querer. Sin embargo, no siempre se entiende el término "emulación" en su sentido propio, sino que a menudo expresa el intento de superar a otro y de prevalecer sobre él, como en el texto: "¿Provocaremos a celos al Señor?" (1 Co. 10:22), es decir: ¿trataremos de superar al Señor o de hacer más que él? ¿Somos más fuertes que él?

v.14. Y no proveáis para los deseos de la carne,

i.e. para despertar malos deseos, sino antes proveed de una manera correcta para las necesidades o en los casos de necesidad. Lo que el apóstol quiere decir es que no se deben prodigar a la carne atenciones y cuidados que podrían dar lugar a concupiscencias; pues es muy cierto lo que escribe Hugo de San Víctor[21]: "El que

[21] No es posible localizar en los escritos de Hugo de S. Víctor un dicho de este tenor. La WA sugiere como fuente un párrafo de la *Homilía in Ezech.*

fomenta la carne, nutre a un enemigo", y por otra parte: "El que destruye la carne, mata a un amigo". Lo que debe destruirse no es la carne sino los vicios de la carne, es decir, las concupiscencias. Y en Pr. 29:21 se dice: "El que acostumbra a un esclavo a manjares delicados, verá que se pone rebelde".

II, 7 de Gregorio: "A veces, la carne es un ayudador para una obra buena, otras veces es un seductor para una obra mala. Si le asignamos más de lo que debemos asignarle, nutrimos a un enemigo. Y si no proveemos a sus necesidades como debiéramos, matamos a un conciudadano". Comp. WA 56, 491, 27, nota.

Capítulo 14

WA 492

v.1. Recibid al débil en la fe.

La palabra "débil" no debe entenderse aquí en el sentido de "impotente", como en el capítulo siguiente donde el apóstol habla de "las flaquezas de los débiles" (Ro. 15:1), es decir, de los impotentes, sino en el sentido de "debilidad", lo contrario de bienestar físico, buena salud. Un ejemplo: un niño es impotente frente a un hombre adulto, pero no por eso es débil; lo de "impotente" es, por lo tanto, algo relativo y transitorio, lo de "débil", en cambio, algo absoluto. Así, el apóstol habla en sus cartas de ciertas personas que tienen una fe débil, y de otras que tienen una fe sana. Los de fe débil son para él los excesivamente meticulosos o los que todavía tienen algo de supersticiosos, los que creen estar obligados a algo a lo cual en realidad no están obligados. No es que el apóstol quisiera pedir consideraciones especiales para con los supersticiosos que lo son deliberadamente, sino que aboga a favor de aquellos que son lo que son porque la debilidad de su fe no les permite ser diferentes. Es verdad: esa debilidad hace que todavía no se hallen dentro del estado de salvación, pero al menos están cerca, y por esto es preciso que se los apoye y fortalezca para que lleguen a la meta. De ahí las exhortaciones a Tito: "Tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina" (Tit. 2:1), "con palabra sana e irreprochable" (Tit. 2:8); "los ancianos sean sanos en la fe" (Tit. 2:2), y además: "para que sea capaz de exhortar con sana doctrina" (Tit. 1:9). Todo esto lo dice para refutar la falsa devoción judaica propalada por algunos seudoprofetas que insistían en la diferenciación de alimentos y días. A éstos los censura en el mismo pasaje con las palabras: "Porque hay muchos habladores de vanidades y engañadores, mayormente los de la circuncisión. Por tanto, repréndelos duramente, para que sean sanos en la fe" (Tit. 1:10, 13), y en 1 Ti. 1:3 y ss.: "Para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina ni presten

atención a fábulas de los judíos. Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida, de las cuales cosas desviándose algunos se apartaron a vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni aquello acerca de lo cual hacen afirmaciones". Asimismo, en Gá. 4:9 y ss.: "¿Cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar? Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años. Me temo que haya trabajado en vano con vosotros". Y mucho más directas aún son las palabras de Col. 2:16 y ss.: "Nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, que son la sombra de lo que ha de venir; el cuerpo
WA empero es de Cristo. Nadie os seduzca, afectando humildad y culto
493 a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios. Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si aún vivieseis para el mundo, os dais decretos tales como: 'No toquéis ni gustéis ni aun palpéis', cosas que todas se destruyen con el uso en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría por su culto supersticioso y su humildad y por el duro trato que dan al cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne". Y He. 13:9: "No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; pues cosa óptima es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado en ellas". Además, en 1 Co. 8:1 y ss. y cap. 10:6 y ss., el apóstol vuelve sobre el tema expuesto en este capítulo y lo detalla ampliamente.

La idea del apóstol es, por lo tanto:

Bajo la Nueva Ley, para los que creen en Cristo todo es libre y nada es obligatorio. Es suficiente, según sus palabras, "el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida" (1 Ti. 1:5). Y en Gá. 6:15 afirma: "En Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación, y el guardar los mandamientos de Dios"[1]. Y el Señor dice en el Evangelio (Lc. 17:20,21): "El reino de Dios no viene con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está dentro de vosotros". Lo mismo dice en Mt. 24:11,24,26: "Muchos falsos profetas se levantarán, y muchos falsos Cristos, y engañarán a muchos... Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no

[1] "Y el guardar..." es un agregado proveniente de 1 Co. 7:19.

salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis". Y al final del cap. 66 de Isaías leemos: "Habrá un mes tras otro, y un sábado tras otro" (Is. 66:23); además, en el cap. 1:14 del mismo libro profético se halla la sentencia: "Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes no las quiero". Dichos similares aparecen en cantidades a través del libro entero.

Por consiguiente: en el tiempo de la Nueva Ley ya no corresponde señalar unos días como días de ayuno y otros no, como lo hacía la ley de Moisés. Tampoco corresponde hacer excepciones y distinciones en cuanto a ciertos alimentos, p.ej. tipos de carne, huevos etc., como a su vez lo hace la ley de Moisés en Lv. 11 y Dt. 14. Y está igualmente fuera de lugar declarar feriados ciertos días, y no feriados otros. Otras cosas que nada tienen que ver con la Nueva Ley son: el edificar tales o tales iglesias, equiparlas de un modo o de otro, cantar así o asá; además, los órganos, los paramentos y demás utensilios del altar, los cálices, las imágenes y todo lo que hoy día tenemos en nuestras iglesias. Finalmente, tampoco es necesario que los sacerdotes y religiosos se tonsuren o vistan hábitos peculiares como lo prescribía la ley antigua. Pues todo esto no son más que la "sombra" o "señal" de las cosas reales —y además son puerilidades. Digámoslo claramente: cada día es un día festivo, toda comida es lícita; cualquier lugar es sagrado; cualquier tiempo es tiempo de ayuno, y no hay hábito que esté prohibido llevar; todo es libre, lo único que debe observarse es la mesura y el amor y las demás cosas que el apóstol nos enseña. Contra esta libertad que él proclamaba y defendía, levantaron su voz muchos apóstoles falsos para inducir a la gente a considerar aquellas cosas como necesarias para la salvación, prédica a la cual el apóstol se opuso con singular energía.

WA 494

¿Qué, pues, habremos de hacer? ¿Convalidaremos con esto la herejía de los picardos?[2] Estos, en efecto, hicieron suya esta norma. ¿Habremos de decir entonces que todas las iglesias, todos sus ornamentos, todo lo que en ellas se oficia, todos los lugares sagrados, todos los días de ayuno y de fiesta, y finalmente, todas las diferencias entre los sacerdotes, obispos y religiosos, sea de rango, hábito o función, observadas por tantos siglos hasta el día de hoy, e incluso la cantidad enorme de monasterios, fundaciones, beneficios y prebendas —habremos de declarar que todo esto son cosas que tienen

[2] *Picardos* = forma corrompida del nombre "begardos", una asociación religiosa de los Países Bajos, Francia y Alemania de los siglos 13 y 14, que con el correr del tiempo asimiló varias doctrinas místicas y heréticas. Dado que un grupo de begardos floreció en Bohemia donde ganó adeptos entre los husitas más radicalizados, el nombre se aplicó luego también, por extensión, a los hermanos moravos en general.

que abolirse? Pues así es como proceden aquellos picardos, y así lo exige la libertad de la Nueva Ley. – ¡No lo permita Dios!

Porque si lo interpretamos al apóstol en este sentido, el paso siguiente será que le contestemos a sus enseñanzas de la siguiente manera: "Bien, 'hagamos entonces males para que vengan bienes' (Ro. 3:8), dejemos de hacer el bien, que de todos modos iremos al cielo sin mover un dedo". Que ésta será la consecuencia, está fuera de toda duda. Pues si el apóstol rechazó todas aquellas obras recién mencionadas, ya no queda otra obra alguna que no sea igualmente rechazada; porque ninguna obra es tal que sin ella no pueda haber salvación. Así lo vemos en los infantes y en los niños, en los enfermos, los cautivos, los pobres: para ellos, dichas obras de piedad no son necesarias, y ni siquiera son posibles, al menos no todas. Es más: no hay persona alguna para la cual todas estas obras sean necesarias o posibles, sino que basta con el "amor nacido de corazón limpio" etc., como dijimos más arriba.

WA 495 Esto empero está en contradicción con lo que el propio apóstol declara con respecto a ciertas viudas que "incurren en condenación porque quebrantaron su primera fe y quieren casarse" (1 Ti. 5:11,12). Era necesario, pues, que permaneciesen en el estado de viudez ("porque impulsadas por sus deseos, se rebelan contra Cristo", es decir, se entregan a excesos en el vestir y comer). Y el Señor dice en el Evangelio hasta en cuanto a cosas de ínfima importancia: "Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello" (Mt. 23:23; Lc. 11:42). Asimismo, en el libro de Jeremías se ensalza grandemente a la familia de los recabitas porque no bebían vino ni edificaban casa, e incluso se los alaba por obedecer en ello al mandamiento de su padre Jonadab (comp. Jer. 35:14). Y el apóstol mismo circuncidó a Timoteo, presentó ofrendas y se purificó en el templo, como podemos leer en el Libro de los Hechos (comp. Hch. 16:3; 21:26).

La respuesta es:

Es verdad: conforme a la Ley Nueva, ninguna de estas cosas es necesaria; pero esto no quiere decir que, dejando de hacer lo uno, se tenga la libertad de hacer lo contrario, o alguna otra cosa. Antes bien, como dice Hilario, "el sentido de una afirmación hay que extraerlo del motivo que llevó a formularla"[3]. El hecho es que el apóstol se está dirigiendo contra los judíos y gente como ellos, que sostenían que estas obras eran tan necesarias que de no hacerlas, ni la fe en Cristo era suficiente para alcanzar la salvación. Por esto decían también (en Hch. 15:1) a los que ya habían llegado a la fe en Cristo y habían recibido el bautismo: "Si no os circuncidáis confor-

[3] Hilario, *De Trinitate*, IV, 14. Patrol. Ser. Lat. X, 107.

me a la costumbre de la ley de Moisés, no podéis ser salvos", y en otra parte: "Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés" (Hch. 15:5). Lo mismo se desprende de Gá. 2:14, donde el apóstol preguntó a Pedro: "¿Por qué obligas a los gentiles a judaizar?", como diciendo: Tú los obligas, i.e., llevas a aquellos gentiles a la creencia de que para poder ser salvos, les es necesario abstenerse de las comidas de los gentiles. En el mismo pasaje (Gá. 2:3) leemos: "Ni aun Tito, a pesar de ser griego, fue obligado a circuncidarse". Lo mismo surge de la palabra "juzgar", que aquí se repite tantas veces. Pues el que juzga al otro, sin duda lo hace porque opina que aquel otro está haciendo cosas que obstaculizan la salvación, y que le es necesario cambiar de actitud. Pero una vez que ha desaparecido esa debilidad de la fe y esa errada opinión respecto del culto a Dios, le es lícito a cada cual guardar la ley entera, junto con todos sus preceptos, según sea el voto que haya hecho. Así, la iglesia primitiva permitió por largo tiempo la práctica de ceremonias judaicas. Sobre este tema, San Agustín sostuvo una larga controversia con San Jerónimo (Epístolas 8, 9, 10 y 19)[4].

Por lo tanto: así como en aquel entonces fue una tontería WA
atribuir a aquellas cosas tal importancia que hasta se las tenía por 496
pilares de la salvación, y entre tanto se descuidaba la fe y el amor, que por sí solas bastan para ser salvo (actitud ésta que suscitó la más violenta reacción de Cristo; de ahí sus palabras: "Cuelan el mosquito, pero tragan el camello", en Mt. 23:24) —así es una tontería y un despropósito también ahora, y lo será siempre, identificar la religión cristiana con esa ostentación exterior, como suele hacerse en nuestro siglo, con distinciones en cuanto a días festivos, alimentos, hábitos y lugares, y entre tanto arrojar por la borda los mandamientos de Dios junto con la fe y el amor.

Por lo tanto, aunque hoy día se puede actuar en este asunto con entera libertad, sin embargo le es lícito a cada cual obligarse mediante un voto, por amor a Dios, a observar esto o aquello. De este modo, la obligación ya no emana de la Nueva Ley, sino del voto que uno mismo se impuso por amor a Dios. Pues ¿quién será tan necio como para negar que cada uno puede renunciar a su libertad en obsequio de otra persona, y hacerse siervo y atarse, ya sea a un determinado lugar, o mediante la observancia de cierto día, u otra obra semejante? —siempre que lo haga realmente por amor, y con la convicción, basada en su fe, de que lo hace no porque fuera

[4] Lutero se atiene a la numeración que aparece en las ediciones antiguas (p.ej. *Liber epistolarum beati Augustini*, Basilea 1493); en la Edición Benedictina llevan los números 28, 40, 75 y 82 respectivamente. Patrol. Ser. Lat. XXXIII, 112 y ss.; 115 y ss. 252 y ss.; 277 y ss. Comp. WA 56, 495, 29, nota.

necesario para su salvación, sino en forma del todo espontánea, consciente de su libertad.

Por consiguiente: todas las cosas quedan a nuestra libre discreción, pero mediante un voto hecho por amor podemos "ofrendarlas". Mas una vez que haya ocurrido esto, la obra queda convertida en necesaria, no por su naturaleza, sino por el voto que uno hizo voluntariamente. Y entonces debe tenerse cuidado de cumplir el voto con el mismo amor con que fue hecho; de otra manera, sin amor, no es posible cumplirlo. Pues si se cumple el voto sin amor, es decir, de mala gana, mejor habría sido no hacerlo. El que obra así, es como quien hace un voto y no lo cumple. Lo paga con el cuerpo, pero lo queda debiendo con el corazón, y así, por no cumplirlo en forma voluntaria, se convierte en un hombre sacrílego. Por eso hay muchos que son apóstatas sin aparentarlo. Mas si uno deja de lado el amor, y dirige su atención a diversos preceptos cuya observancia presuntamente es necesaria para la salvación, como en la actualidad sucede en todas partes entre los sacerdotes y religiosos, pero también entre los laicos preocupados por sus propias leyes y doctrinas humanas —entonces por cierto hemos cargado de nuevo con la superstición de los judíos y hemos reimplantado la esclavitud mosaica. Porque todo esto lo hacemos no sólo de mala gana, sino también con la firme convicción de que sin tales obras no hay salvación, pero con ellas se obtiene la salvación sin necesidad de otra cosa alguna. ¿Qué decir empero de los preceptos generales de la iglesia, de los ayunos y días de fiesta? Respuesta: Lo que ha sido impuesto por el consenso secular de la iglesia entera, por amor a Dios, y por causas justificadas, necesariamente debe observarse, no porque fuesen cosas que en sí son necesarias e inmutables, sino porque es necesaria la ***obediencia*** que por amor le debemos a Dios y a la iglesia. Así y todo, los jefes de la iglesia deberían actuar con precaución para reducir estos preceptos al mínimo posible, y controlar
WA 497 dónde, hasta qué extensión y de qué manera son útiles o perjudiciales para el amor, a fin de modificarlos si fuere preciso. Por ejemplo: si llenan las iglesias con su estruendoso clamoreo, si hacen resonar los órganos, si celebran misa con toda la pompa, creen haber hecho un bien tan grande que el haber socorrido al pobre tranquilamente lo pueden considerar una nimiedad. Jurar en falso, mentir, calumniar, aun en días festivos —esto no inquieta a nadie. Pero si uno come carne o huevos el sexto día de la semana, la gente lo mira con estupor. Hasta tal extremo ha perdido el seso casi todo el mundo. Por lo tanto, así como son las cosas hoy día, sería preciso abolir los días de ayuno y los muchos feriados, puesto que la gente inculta los observa con la convicción, profundamente arraigada en su conciencia, de que sin ellos no hay salvación posible. Y sin embargo, al fin de cuentas el que más el que menos está obrando en contra de

esa su conciencia. ¿Y cómo es que la gente llegó a formarse esa idea tonta? Es la consecuencia de haber desdeñado la predicación de la palabra veraz. Les hacen falta, por ende, los apóstoles, para que vuelvan a aprender qué es piedad verdadera.

Sería indicado, además, revisar a fondo y modificar prácticamente todos los decretales, y frenar la ostentación, en especial todo ese ceremonial relacionado con los servicios de oración y la vestimenta eclesiástica. Porque esta ostentación crece de día en día, y de tal manera que bajo su peso decrece la fe y el amor, y se nutre la avaricia, la soberbia y la vanagloria; y lo que es peor aún: los hombres cifran su esperanza de salvación en estas cosas, con descuido total de su hombre interior.

En esa situación actual, ¿conviene hacerse monje?

Mi respuesta es: Si crees que la única manera como puedes ser salvo es hacerte monje, ¡no ingreses en el convento! Si lo haces, se cumplirá en ti el dicho: "La desesperación hace al monje", o más exactamente, no al monje sino al diablo. Jamás será un buen monje el que lo es por desesperar de la salvación, sino sólo el que lo es por amor, a saber, el que al ver lo graves que son sus pecados, y con el deseo de traer por su parte una gran ofrenda de amor a su Dios, renuncia voluntariamente a su libertad y viste ese hábito de tontos y se somete a los servicios más humildes.

Esto me lleva a creer que ahora es mejor hacerse monje que en los pasados doscientos años, por la siguiente razón: Hasta el día de hoy, los monjes retrocedían ante la cruz, y el ser un monje era considerado una gloria. Ahora empero los monjes han vuelto a caer en descrédito, incluso los buenos de entre ellos, porque su hábito tiene fama de ser vestimenta de necios. En efecto, ser un monje significa esto: ser odioso para el mundo, ser tenido por fatuo. Quien por WA
amor a Dios se expone a esto, sin duda hace bien. A mí por lo 498
menos no me asusta que los obispos y los sacerdotes nos persigan. Teníamos que llegar a esto. Lo único que me disgusta es que les estemos dando un motivo tan triste para perseguirnos. Por lo demás creo que aquellos a quienes no se les ha dado tal ocasión y que no obstante detestan a los monjes sin saber por qué —creo que éstos son los mejores fomentadores que los monjes poseen en el mundo entero. En realidad, los monjes deberían aceptar con gozo, como posibilidad de cumplir cabalmente su voto, el ser despreciados y vilipendiados por el hecho de haber tomado el hábito por amor a Dios. Pues para eso mismo llevan el hábito: para atraerse el desprecio de todo el mundo. Pero los monjes de hoy obran de una manera muy distinta; llevan una vida monástica sólo en apariencia. Pero yo sé que serían los hombres más dichosos si tuviesen amor, y que serían más bienaventurados que los anacoretas de antaño, porque

están expuestos a la cruz y a la ignominia todos los días. Pero por desgracia, en la actualidad no hay gente más arrogante que ellos.

Para volver a nuestro texto:

El apóstol quiere ante todo que los débiles en cuanto a la fe sean soportados y guiados por los más fuertes; y además, que a estos débiles no se los juzgue con ligereza. De esta manera el apóstol exhorta a todos a vivir en paz y unión. Pues a pesar de que la fe débil no basta para la salvación, como se puede ver en los gálatas, no obstante es preciso apoyar a los débiles para que adquieran fuerzas. No hay que abandonarlos a su debilidad, como hacen los que se apartan de ellos con desdén y sólo piensan en su propia salvación. Un ejemplo de esta actitud, tanto para los hombres en general como para los gálatas en particular, lo dio el apóstol al escribirles una carta de su propia mano (comp. Gá. 6:11). Por esto la expresión griega para nuestro "*recibid* al débil" (lat. assumite) es "aceptadlo en vuestro medio"[5], quiere decir: no sólo no debéis rechazarlo con fastidio y abandonarlo a su suerte, sino que debéis atraerlo para ayudarle hasta que él mismo alcance la plena madurez. Si no lo hacéis, y si lo tratáis despectivamente como a un inútil, tened mucho cuidado, no sea que Dios mismo lo levante. Por esto el apóstol dirige su exhortación a ambos grupos: los fuertes deben instruir a los débiles, y los débiles deben aceptar la instrucción. Así habrá paz y amor para unos y otros.

v. 1b. Pero no para discutir sobre pensamientos.

Esta traducción no satisface. Lo que aquí aparece como "para discutir" es en griego "para juzgar". Y donde nuestra versión tiene "pensamientos", el texto griego dice *dialogismon*, término que
WA expresa más bien la acción de discutir o analizar, como en Ro. 1:21:
499 "se envanecieron en sus razonamientos", lo que comúnmente solemos llamar motivaciones y razones. Lo que el apóstol quiere decir es, por lo tanto, que nadie juzgue los razonamientos o las razones que motivan al otro a actuar de una manera o de otra. Pues el fuerte tiene su propia opinión y se guía por sus propias razones. Y lo mismo vale para el débil. Por eso el apóstol dice un poco más adelante: "Cada uno esté plenamente convencido de su propia mente" (Ro. 14:5), o sea: dejadlo en paz, no os entremetáis en sus motivos, o, para decirlo en palabras más familiares: aténgase cada cual, con firmeza y sin titubeos, a las directivas que le da su propia conciencia.

En cambio, lo que en nuestros días ya no es necesario, es el ser tolerante con esa piedad supersticiosa, mejor dicho, esa apariencia

[5] προσλαμβάνεσθε, traducido por Erasmo con *vobis adiungite.*

de piedad, producto de la debilidad. Pues más que producto de la debilidad, tales prácticas son producto de la más crasa ignorancia: esa gente no sabe que los que necesitan un cambio son ellos mismos, no las obras. No obstante, el apóstol amonesta a los gálatas a "no usar la libertad como ocasión para la carne" (comp. Gá. 5:13), como lo están haciendo actualmente en Roma, donde ya nadie se interesa en lo más mínimo en las cosas que fueron dichas: las dispensas lo han tragado todo. Esta libertad la disfrutan al máximo. Lo otro en cambio, lo que manda el apóstol, lo pasan por alto totalmente, convirtiendo así la libertad en "ocasión para la carne y pretexto para hacer lo malo" (comp. Gá. 5:13; 1 P. 2:16), obviamente porque no les asignan obligatoriedad a tales mandamientos (con esto último sí están en lo correcto). Y también ahora, ¿cuántos ingresarían aún en las órdenes monásticas u otras organizaciones eclesiásticas si supieran de esta libertad? Digo más: ¡cuántos abandonarían con sumo gusto sus ceremonias, oraciones y reglas, si sólo el papa las anulara, cosa que podría hacer sin ninguna dificultad! A esto hemos llegado: a que casi todos se desempeñan dentro de su vocación sin amor alguno y sin ganas. O si hacen algo, lo hacen con ese temor generado por el hecho de que depositan su confianza en la tan funesta cruz de su conciencia. Tal vez sea la voluntad de Dios que hoy día nos encontremos atados a esa variedad de órdenes, reglas y estatutos: quizás sea ésta una manera de "forzarnos a entrar" (comp. Lc. 14:23). Pero si se nos restituyera esta libertad, a saber: si los ayunos, las oraciones, los actos de obediencia, los ministerios eclesiásticos etc. quedasen librados al criterio personal de cada uno y encomendados a su conciencia, de modo que cada cual pudiera hacer cuanto quisiera, con el amor a Dios como único móvil —creo que al cabo de un solo año, casi todas las iglesias y los altares quedarían desiertos. Y sin embargo, se *debería* dar la posibilidad de que encaremos todo esto con entera libertad, gozosamente, como quienes quieren servir con ello a Dios, y no por temor a los cargos de conciencia y al castigo, ni tampoco con la esperanza de cosechar riquezas y honores.

Un ejemplo al caso: Si saliera un decreto diciendo: ningún WA
sacerdote habrá de quedar sin esposa, a menos que él mismo lo 500
quiera así; ninguno habrá de llevar tonsura ni vestimenta especial; para ninguno serán obligatorias las horas canónicas — ¿cuántos sacerdotes encontrarías, pregunto yo, que escogerían el tipo de vida que están viviendo ahora? ¿No pasaría según el dicho popular: "Si dependiera de la conciencia..."?[6] Y sin embargo, *debería* depender de ella; a saber: debería depender del libre albedrío de cada

[6] En el original: *Wenns bis auf die Konscienz kommt.*

uno el hacer todo aquello para lo cual pueda asumir la responsabilidad ante Dios. Pero entonces dirán: Siendo así las cosas, ¿quién no quisiera ser sacerdote? Respuesta: los que hablan en esta forma, demuestran claramente que buscan una libertad que dé ocasión para la carne, y que se hallan de mala gana en el estado de servidumbre, lo cual no les reporta mérito alguno ante Dios.

Me temo que hoy día todos vamos camino a la ruina. ¿Quién, en efecto, respeta todavía esta regla? Y ni hablemos del pueblo en general. ¿Dónde quedarían sus aportes a la iglesia? Pero el pueblo es igual de insensato que el clero: hacen sus contribuciones a siervos coaccionados en lugar de hacerlas más bien a hermanos libres.

Por lo tanto: cuando ores, cuando presentes una ofrenda, cuando entres en el coro, o cuando hagas alguna otra cosa,

examínate si lo harías también si tuvieras la plena libertad de hacerlo o no hacerlo. Así descubrirás quién eres delante de Dios. Pues si no lo harías si fueses dueño absoluto de tus actos, todo lo que haces no tiene valor alguno, por cuanto eres un siervo y un asalariado. Hay gente que sabiendo todo esto, se sientan en un rincón y dicen: Y bien, ya que tiene que ser así, despertaré en mí una buena intención y una buena voluntad bien dispuesta. Entre tanto, el diablo se ríe para sus adentros y dice a espaldas de ellos: " ¡Lámete las patitas, gatito, que vamos a tener visita!"[7] Luego se levanta, entra en el coro, y se pone a orar diciendo: " ¡Mira qué linda eres, lechucita! ¿Te pusiste plumas de pavo real?"[8] Si yo no supiera (para citar la conocida fábula)[9] que eres un asno, te tendría por un león, tan fuerte ruges. Cúbrete tranquilamente con la piel de león, de todos modos te conocerán por tus orejas. Después comienza a sentirse molesto y aburrido, cuenta las páginas y las estrofas, para
WA ver si la oración no está ya por terminar, y se consuela con el pensa-
501 miento: Escoto[10] llega a la conclusión de que la intención virtual ya es suficiente; no hace falta la intención real. Entonces el diablo le dice: Muy bien, tienes toda la razón, quédate tranquilo.

¡Dios mío, cómo servimos de ludibrio a la gente! Eso de la "buena intención" no es tan fácil; ni tampoco (¡gran Dios!) está en tu poder, oh hombre, el despertarla, como para nuestro grandísimo mal lo enseña Escoto, y como se aprende en la escuela de los escotistas. Pues esta es una de las más perniciosas presunciones de nues-

[7] Lutero cita un dicho alemán: *"Schmück dich, liebes Kätzchen, wir werden Gäste haben"*. Era (y aún es) creencia popular que si el gato se lame las patas para asearse, ello significa que este día habrá visita.

[8] El proverbio alemán citado por Lutero es: *Sieh, Eulchen, wie schön bist du! Hast du nun Pfauenfedern?*

[9] Esopo, Fábula 141.

[10] Escoto, IV Sent. dist. 6 qu. 6 n. 2 – WA 56, 501, 1, nota.

tro tiempo: que de nuestro propio interior podemos hacer surgir buenas intenciones, como si fuésemos competentes por nosotros mismos para pensar algo, en abierta oposición a las palabras expresas del apóstol (comp. 2 Co. 3:5). Por eso roncamos muy seguros y tranquilos, confiando en el libre albedrío. De todos modos, tenemos a mano el poder de despertar buenas intenciones en cualquier momento en que lo deseemos. ¿A qué viene entonces la oración del apóstol: "El Señor encamine vuestros corazones y vuestros cuerpos" (2 Ts. 3:5)[11], y por qué ruega la iglesia[12]: "Las palabras que decimos, los pensamientos que pensamos, y las obras que hacemos, tengan siempre un mismo objetivo: hacer tu justicia"? Estas son las insidiosas maquinaciones de los inicuos, de quienes se dice en el Salmo 5:9: "Sus entrañas son insidia" y en Pr. 11:6: "Los pecadores serán atrapados en sus insidias". ¡No así, hombres impíos, no así! Antes bien, es preciso que entres en tu aposento y te hinques de rodillas ante Dios y le supliques con todas tus fuerzas que él mismo también te dé esa intención que tú en tu arrogancia afirmaste poder despertar en tu interior. ¿Cómo puedes entregarte a una seguridad concebida por ti y en ti? No hay otra seguridad que la que solicitamos y esperamos de la misericordia de Dios.

Por consiguiente: todo el error en este caso consiste en que no tenemos en cuenta que todas estas cosas, si es que han de agradar a Dios, las debemos hacer no por imperio de una necesidad, ni por un temor que nos inquieta, sino impulsados por una voluntad gozosa y enteramente libre. Pues el que las hace pensando: "preferiría no hacerlas, si pudiera", siendo por lo demás iguales las circunstancias, en realidad no hace nada. Y no obstante las hace, e incluso piensa haber hecho lo suficiente al haberlas hecho en este sentido, y ya vive con la conciencia tranquila. Pero si no las hizo, esa conciencia se agita grandemente. Este defecto lo encontramos en todas partes; también entre los monjes es muy frecuente. En cuanto a las obras que hacen sin voluntad, y más bien compelidos por la necesidad, o por temor, o por costumbre, se sienten muy seguros, sin compunción alguna. Pero si han omitido algo, corren al confesionario y hacen penitencia. La única diferencia entre los mencionados en primer lugar y estos últimos es que aquéllos tienen un pretexto para su maldad, y además, su actividad exterior es como una cobertura que no les permite ver cuán grande es en verdad la impotencia de su voluntad; éstos en cambio tienen un conocimiento más cabal de su defecto, sólo que les duele más el haber omitido alguna obra que el

[11] El agregado "y vuestros cuerpos" se halla en el Breviario Romano, *lectio ad primam*, y en el breviario de los agustinos ermitaños, *lectio ad nonam*.

[12] Brev. rom., *oratio ad primam*.

WA tener una voluntad tan débil. Por esto, en todo nuestro actuar sería
502 menester que fijásemos nuestra atención no en lo que hicimos o debemos hacer, ni en lo que omitimos o debemos omitir, ni en el bien que hicimos o dejamos de hacer, ni tampoco en el mal que hicimos o dejamos de hacer, sino en cómo lo hicimos todo o quisimos hacerlo todo: con qué clase de voluntad, con cuánta fuerza de voluntad, con cuánta participación de nuestro corazón, y con cuánta alegría en nuestro corazón. Así, en el último capítulo de 1 Corintios el apóstol confiesa haber rogado mucho a Apolos, a pesar de haber podido impartirle una orden, y no obstante dice: "Mucho le rogué que fuese a vosotros, mas de ninguna manera tuvo voluntad de ir" (1 Co. 16:12). Asimismo intercedió ante Filemón a favor del esclavo de éste, caso en que también podría haber exigido en lugar de pedir, "para que tu favor" – estas son sus palabras – "no fuese como de necesidad, sino voluntario" (Fil. 14).

En nuestros días empero, los príncipes, muchachos aún, y los afeminados dirigentes de la iglesia[13] parece que no saben hacer otra cosa que arremeter contra sus súbditos con dureza y violencia y someterlos a un régimen de terror, cuando lo que deberían hacer es proceder con prudencia, despertar primeramente la buena voluntad del pueblo, y sólo después, en caso de que se muestre rebelde, aplicar medidas para avergonzarlo e infundirle temor.

En su verdadera esencia empero, este error se basa en un concepto pelagiano.[14] Pues si bien ya no hay en la actualidad personas que confiesen ser pelagianos y se llamen así, esto no quita que los más lo sean de hecho y por sus ideas, aunque ni se den cuenta de ello, p.ej. los que sostienen que si no se le reconoce al libre albedrío la capacidad de hacer "lo que está en su poder" aun antes de estar en posesión de la gracia, el hombre es obligado por Dios a cometer pecado y tiene que pecar forzosamente. A pesar de que el abrigar ideas tales es el colmo de la impiedad, ellos creen muy confiados y ufanos que con tal de producir en sí mismos una "buena intención", obtendrán "infaliblemente" la gracia de Dios que a raíz de su buena intención les será "infundida". Esto les confiere máxima seguridad en su diario andar, puesto que tienen la

[13] Comp. Is. 3:4; Ez. 34:4. Puede verse en estas palabras de Lutero una alusión a Alberto de Brandeburgo, arzobispo de Magdeburgo a la edad de 23 años, y a los 24 años, también arzobispo de Maguncia, y como tal, uno de los príncipes electores del Imperio.

[14] Una descripción general de los pelagianos (seguidores de Pelagio, heresiarca de origen irlandés, contemporáneo de San Agustín) se halla en el *Vocabularius breviloquus* de Reuchlin: "Los pelagianos anteponen el libre albedrío a la gracia de Dios, y afirman que la voluntad del hombre tiene capacidad suficiente para cumplir los mandamientos de Dios". Comp. WA 56, 502, 15, nota.

certeza de que las buenas obras que hacen son del agrado de Dios. ¿Para qué inquietarse entonces con temores y con la idea de que la gracia de Dios hay que *implorarla*? Pues el temor de que precisamente con esta su actitud quizás puedan estar obrando mal – este temor les es desconocido; al contrario, están firmemente convencidos de estar obrando bien (Is. 44:20). ¿Por qué? Porque no entienden que Dios hace que los impíos pequen aun con sus obras buenas– lo cual no quiere decir que se los *obligue* a pecar; sólo hacen lo que quieren conforme a su "buena intención". Si llegasen a comprender esto, los embargaría el mismo temor que sintió Job, y dirían como él: "Me turban todas mis obras" (Job 9:28); o como reza este otro pasaje: "Bienaventurado el que vive en permanente temor" (Pr. 28:14). Por eso, los que de veras hacen el bien, acompañan todas sus obras con el constante pensamiento: ¿Quién sabe si la gracia de Dios está obrando conmigo en lo que hago? ¿Quién me da la certeza de que mi buena intención procede de Dios? ¿Cómo puedo saber si al haber hecho lo que me corresponde, o lo
que está en mi poder, he hecho lo que es del agrado de Dios? Los WA
que piensan así, saben que el hombre es de suyo incapaz de hacer 503
cosa alguna.[15] Es, por lo tanto, un absurdo total y un fuerte apoyo al error pelagiano la conocida aserción: "En aquel que hace lo que está en su poder, Dios infaliblemente infunde su gracia,"[16] donde con "hacer lo que está en el poder de uno" se entiende "hacer algo o ser capaz de hacer algo". El resultado es que casi la iglesia entera se halla como trastornada, precisamente por confiar en esa afirmación. Y entre tanto, cada cual peca sin inhibiciones, ya que en todo momento, su libre albedrío le permite hacer lo que está en su poder; así que también la gracia está en su poder. Por esto viven muy tranquilos: sea como fuere, a su debido tiempo harán lo que esté en su poder, y obtendrán la gracia. De ellos dice Isaías (44:20): "Tampoco dirán: tal vez sea pura mentira lo que tengo en mi mano derecha", y Pr. 14:16: "Un hombre prudente es cauteloso y se aparta de lo malo; pero un necio sigue adelante confiadamente", quiere decir, no teme que "tal vez haya pura mentira en su mano derecha", o sea: no tiene ningún miedo de que su obra buena quizás sea una obra mala; al contrario: vive muy confiado y se siente seguro.

¿Por qué será entonces que también el apóstol Pedro nos ordena: "Temed a Dios" (1 P. 2:17) y Pablo: "Persuadimos a los hombres a que teman a Dios" (2 Co. 5:11), y además: "Ocupaos en

[15] Comp. Jn. 15:5.

[16] J. Biel, *Expositio canonis missae, lect. 59 P:* "Al que hiciere esto, Dios le otorga infaliblemente su gracia". Comp. WA 56, 503, 2, nota.

vuestra salvación con temor y temblor"? Y en el Salmo 2:11 se nos dice: "Servid al Señor con temor, y regocijaos en él con temblor". Pero ¿cómo puede un hombre temer a Dios, o temer sus propias obras, a menos que las tenga por malas y sospechosas? El temor, en efecto, tiene su origen en el mal. Por eso los santos piensan en la gracia divina con gran solicitud como en algo que constantemente debe implorarse. No confían en su buena intención ni en sus esfuerzos en general, sino que siempre siguen temiendo que quizás estén obrando mal. Humillados por este temor, buscan la gracia con afán y gimen por ella; y con esta humildad hacen también que Dios les sea propicio. La peste más grande de nuestro siglo es por lo tanto
WA esa clase de predicadores que hablan de las "señales de una gracia ya
504 existente" para dar seguridad a los hombres[17] cuando en realidad la señal más clara de la gracia es el vivir en temor y temblor, y la señal más evidente de la ira de Dios, el sentirse seguro y lleno de confianza en las propias facultades. Y sin embargo, esto es precisamente lo que los más anhelan con sorprendente ardor. Así, pues, la gracia la hallamos solamente por medio del temor, y sólo la gracia es lo que crea en el hombre la voluntad de hacer buenas obras; sin la gracia se siente del todo desganado para ello. Esa involuntariedad empero (si se permite el término) hace del hombre un individuo sin temor, duro y seguro, ya que según la apariencia exterior, en sus propios ojos y en los de sus semejantes, él está haciendo todas aquellas obras buenas.

v.14. Yo sé, y confío (en el Señor Jesús).

El "confío" de este pasaje no debe tomarse como sinónimo de "espero", sino en sentido absoluto, como "estar seguro y cierto", o casi como "estar resuelto" o "atreverse", como decía el apóstol en un capítulo anterior: "E Isaías dice resueltamente" (Ro. 10:20), o sea: lo dice confiada y audazmente. En latín se dice de las personas un poco más decididas que son *confidentes*, como p.ej. en un pasaje de Plauto,[18] en alemán *keck*. Y por último tenemos el mismo significado en 2 Ti. 1:12: "Yo sé que lo que he creído es la verdad, y estoy seguro," i.e.: no me equivoco. La idea del apóstol es, por lo tanto: Yo sé y tengo la plena certeza, en alemán: *Ich weiss und bin*

[17] Alusión a los vendedores de indulgencias. Lo de "las señales de una gracia ya existente" es un concepto tanto de la doctrina tomista como de la escotista. Comp. WA 56, 503, 22, nota.

[18] Plauto, Amphitr. I, 1, 1: *Qui me alter est audacior homo, aut qui confidentior?* (¿Qué hombre hay más audaz que yo, o más decidido?).

keck, darfs kecklich sagen.[19] De otra manera, si el apóstol hubiese querido que el "confío" se entendiera como "yo espero", tendría que haber dicho: pongo mi confianza en el Señor Jesús (*in dominum Ihesum*). Pero lo que dice es: confío en el Señor Jesús (*in domino Ihesu*), i.e.: por cuanto estoy en Cristo, pienso audazmente así, por medio de él. Al usar el término "audacia", lo hace para hacer resaltar su propia certeza frente a los escrúpulos de otros que miraban esta sentencia[20] con algo de miedo y desconfianza, y también por los falsos apóstoles que enseñaban lo contrario.

v. 14b. Nada es común en sí mismo.

"Común"es lo mismo que "inmundo". Así al menos lo usan los hebreos, para quienes "común" es lo contrario de "santo, separado, apartado". Por esto se dice en el Salmo 4:3: "El Señor ha ensalzado para sí a su santo". Algunos traducen (en atención al WA
significado propio que tiene el término según el testimonio de 505
Reuchlin)[21]: "Dios apartó al que fue objeto de su misericordia, o de su gracia, o a su santificado". En idéntico sentido el apóstol se designa a sí mismo como "apartado para el evangelio de Dios" (Ro. 1:1), es decir, apartado (lat. *sanctificatus*) de un oficio cualquiera para el servicio al evangelio. Por la misma razón se dice en la ley en sentido figurado: "Sepárame todo primogénito" (Ex. 13:2). E igualmente: "Yo os he apartado de los demás pueblos" (Lv. 20:24). Expresiones como las mencionadas son bastante frecuentes en este libro. Así que: a lo que no ha sido separado en este sentido, el hebreo lo llama "común". De ahí que con el correr del tiempo, el término "separado" haya tomado el significado de "limpio, santo, puro", "común" en cambio llegó a significar "inmundo, profano, impuro". Por esto se dice en Hch. 10:15; 11:9: "Lo que Dios limpió, no lo llames tú común". De otra manera, si "común" e "inmundo" no fuesen sinónimos, aquí debía haberse dicho: Lo que Dios limpió, no lo llames tú inmundo.

v. 7. Porque ninguno de nosotros vive para sí, (y ninguno muere para sí).

La argumentación del apóstol va de lo más importante a lo de menor importancia: Si no vivimos para nosotros ni nos pertenece-

[19] "Yo sé y estoy resuelto; puedo decirlo resueltamente".
[20] La sentencia de que "nada es inmundo en sí mismo", Ro. 14:14b.
[21] Reuchlin, *Lexicon hebr.*

mos a nosotros (que indudablemente es lo más importante), mucho menos comemos o bebemos o hacemos o padecemos algo para nosotros, sino que todo es de Dios. Por esto se dice en 1 Co. 6:19: "*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, y que no sois vuestros?*", y otra vez: "Glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Co. 6:20). Además, Gá. 2:20: "Yo vivo, mas no ya yo, sino que vive Cristo en mí".

v.5. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente.

Los santos padres y los doctores de la iglesia suelen tomar este pasaje como una exhortación en sentido general: en lo que al
WA entendimiento de las Escrituras se refiere, cada cual debe estar ple-
506 namente convencido en su propia mente. Pero el apóstol está apuntando aquí a un caso particular, a saber: él quiere que cada uno se conforme con su propia mente, o como se dice: con su propia opinión. El uno no debe erigirse en juez sobre la opinión del otro, y el otro a su vez no debe tratar con menosprecio al uno, no sea que una persona de fe débil que tiene su propia mente, manera de pensar y conciencia, sea perturbada y escandalizada por la opinión de otro y comience a violar su propia convicción, juzgando y actuando de una manera que no es la suya, con el resultado de que entra en conflicto consigo misma. En efecto: su debilidad le hace creer que esto y aquello es ilícito; sin embargo, para no ser despreciado por los que son fuertes, hace lo mismo que ellos, y con todo, sigue convencido de que no debería hacerlo. De este problema se habla en 1 Co. 8:4 y 7: "Acerca de las viandas que se sacrifican a los ídolos, sabemos que un ídolo nada es en el mundo. . . Pero no en todos hay este conocimiento; porque algunos, habituados hasta aquí a los ídolos, comen como sacrificado a ídolos, y su conciencia, siendo débil (*es decir: que no puede sino juzgar que están cometiendo un ilícito*) se contamina", porque comen lo que a su juicio no deberían comer. La causa de esta contaminación es la altanería de los fuertes, que comen de la carne sacrificada a los ídolos ante los ojos de los débiles, con total desprecio de los sentimientos de éstos. Lo que realmente deberían hacer es ayudar a los débiles y aclararles cómo son las cosas. O si la aclaración no surte efecto por la debilidad de aquéllos, deberían aplicar el amor cristiano, hacerse débiles con los que son débiles, y abstenerse al igual que ellos de comer de esta carne, sin perjuicio de la fe que guardan dentro de su conciencia. Pues si bien todo les es lícito, por consideración a la salvación del hermano es menester que no exhiban públicamente esta libertad. Es preferible renunciar a la demostración pública de la libertad, y

no que el hermano débil sufra quebranto; porque si este hermano tiene una conciencia débil y es despreciado por ello, el resultado inevitable es que justamente ese desprecio lo obliga a hacer lo que hacen los "fuertes". Y no obstante, su juicio es: lo que hacen aquéllos, no se debe hacer. Así es que al hacer una y la misma obra en sí lícita, el uno peca y el otro obra correctamente, por su diferente manera de pensar. Por esto dice el apóstol: "Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente", esté seguro, tranquilo y firme. La irresolución del débil no debe inducir al fuerte a modificar su fe, y el débil a su vez no debe dejarse inducir a obrar en contra de su propio juicio por lo que hagan los fuertes. Déjelos a ellos obrar como quisieren, y obre él de acuerdo con su propia conciencia.

v.14. Nada es común por sí mismo.

Ese "por sí mismo" *(per ipsum)* parece que puede referirse tanto al nombre "Señor Jesús" como también al adjetivo "común"[22]. O sea: nada es común por medio del Señor Jesús, o: nada es común de por sí, o por su naturaleza, o por su esencia básica, sino sólo por el carácter que se le asigna en la opinión exterior y en la conciencia. Esto último concuerda mejor con lo que sigue, pues el apóstol agrega: *Mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es.* En cambio, si su pensamiento hubiera sido: Por medio del Señor Jesús, nada es común, igualmente tendríamos que añadir: "Sólo es común para aquel que cree que lo es", a saber, por medio de Jesús. Por lo tanto, el traductor debería haber evitado la ambigüedad que existe en el texto griego, poniendo *per se* en lugar de *per ipsum*, como lo hace Erasmo. WA 507

Resumiendo, pues, lo que se dice en este capítulo, tenemos estas dos partes:

Parte primera: Los fuertes no deben despreciar a los débiles.

Parte segunda: Pero tampoco deben darles ocasión de tropiezo.

Pues tanto lo uno como lo otro es contrario al amor que, lejos de despreciar a los débiles, se interesa por ellos, no buscando lo suyo propio sino lo que es de los débiles, actitud para la cual el apóstol se presenta a sí mismo como ejemplo, 2 Co. 11:28,29: "Cada día se agolpa sobre mí la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar,

[22] *Per ipsum* es el acusativo singular del masculino *ipse*, y también del neutro *ipsum*. De ahí: *comm. per ipsum Dominum Ihesum* = común por el Señor Jesús, y *commune per ipsum* = común de por sí.

y yo no ardo en indignación?" y 1 Co. 9:22: "Me he hecho débil a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos". El motivo por qué se indignó de tal forma (a él mismo, en efecto, no se lo pudo escandalizar junto con aquellos a los cuales se hizo tropezar), se desprende claramente de este texto, donde se dirige con palabras enérgicas contra los que de esta manera desprecian a los demás y les dan ocasión de tropiezo. Pues

el primer punto lo enfatiza del modo siguiente:

Primero: *Dios*, dice, *es el que le ha recibido* (14:3). Con esta palabra por demás significativa los tiene acorralados. El que desprecia o juzga a otro, ya no desprecia o juzga solamente a un hombre, sino al propio Dios. Por esto los obliga con un argumento irrebatible a la humildad mutua y a interesarse el uno por el otro.

Segundo: *¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno?* (14:4). Es contra la ley natural y contra todo orden humano juzgar al siervo ajeno, de modo que quienes lo hacen, atentan no sólo contra Dios sino también contra todo juicio y sentimiento humano. Luego, el apóstol pasa a desvirtuar también las motivaciones de éstos.

Primera motivación: que el débil cree que el fuerte está cayen-
WA do, y que el fuerte cree que el débil ha caído. Respuesta: ¿Qué te
508 importa esto a ti? *Para su propio señor cae*, o si está en pie, *para su propio señor está en pie* (14:4). Tu juicio, por ende, y tu desprecio no tienen excusa, aunque las cosas sean realmente como tú las ves; pues no te es lícito despreciar a tu prójimo.

Segunda motivación: el creer: ¡Quién sabe si permanecerá firme! Respuesta: *Poderoso es el Señor para hacerle estar firme* (14:4).

Tercero: Todo cuanto hacemos, somos y vivimos, lo hacemos, somos y vivimos para el Señor. *Porque ninguno de nosotros*, dice, *vive para sí* (14:7).

Cuarto: *Porque Cristo para esto murió y resucitó, para ser Señor de todos* (14:9). Por lo tanto, el que se arroga el derecho de juzgar y menospreciar a otro, desafía también a Cristo.

Quinto: el apóstol les llama la atención al *tribunal de Cristo* (14:10), porque allí todos habremos de ser juzgados. ¿Te das cuenta de cómo el apóstol lanza toda una serie de rayos para ahuyentarnos del vicio de despreciarnos unos a otros, y en particular a los débiles? Recurre a Dios, al hombre, a la pasión de Cristo, a su reinado y al juicio final —no deja nada sin mencionar.

El segundo punto lo destaca con igual vigor:

I

Primero: *Si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor* (14:15). ¡Mira qué progresión que

hay en estas palabras, y qué fuerza! "¡Por causa de la comida", dice, o sea: por tan poca cosa desprecias la salvación eterna de tu hermano! Más comprensible sería si lo hicieras por amor al dinero, por cuestiones de prestigio, o al menos por tu propia vida y tu bienestar corporal o por alguna otra cosa más durable que la comida, que sólo sirve para satisfacer una necesidad y un placer momentáneos. Como se ve, estas palabras son una dura crítica con que se reprende con gran severidad al que en su falta de amor menosprecia a su hermano por causa de la comida.

Segundo: Con igual énfasis el apóstol dice: "tu hermano", no "tu adversario". Tampoco dice: tu compañero, o algún otro conocido tuyo, sino tu hermano, que es la persona a la cual un cristiano debe más que a cualquiera otra, precisamente por esto: por ser su hermano, que es como decir: el ser más cercano a él. ¿Por qué, entonces, habría de tener más consideraciones para con su vientre y su garganta que perecerán, que para con su hermano que vivirá por la eternidad?

Tercero: Tu hermano "es contristado", turbado, herido en su conciencia, lo que es mucho más grave que si se lo privase de su dinero y bienes o se le produjeran lesiones físicas. ¡Y esto por causa de la comida! Fíjate además en que el apóstol no dice: "Si tú con- WA
tristas a tu hermano", sino "si tu hermano es contristado" –manera 509
muy hábil de salir al cruce de quienes quisieren excusarse diciendo: No es culpa mía, yo no le hago nada. No lo contristo, sólo hago lo que me es lícito hacer. ¿O acaso no me está permitido usar de mi derecho y hacer en mis cosas lo que quiero? Esta es, en efecto, la "justicia" según la cual los juristas de hoy interpretan o mejor dicho pervierten sus derechos. Pues no basta con que tú vivas y obres en lo tuyo a tu antojo y conforme a tu derecho: tienes que interesarte también por tu hermano, conforme a la voluntad de Dios. Es más: no es cierto que tengas el derecho y el poder de actuar como se te dé la gana, ni tampoco son ya "tuyas" tus cosas, si con ello es perjudicado tu hermano. Es cierto: son tuyas hablando en términos temporales, pero espiritualmente hablando afectan a tu hermano que queda enmarañado en ellas a causa de sus escrúpulos y los cargos de conciencia que se hace. Por consiguiente, estás actuando según una justicia ajena, vale decir, con injusticia, si actúas de una manera tal que por las presuntas "cosas tuyas" tu hermano es contristado. Y por desgracia, hoy día todo el mundo presta atención sólo a lo suyo propio y a lo que su derecho personal le permite hacer, no a lo que le debe al otro ni a lo que es provechoso para ambos. "Todas las cosas me son lícitas", dice Pablo, "mas no todas convienen, y no todas edifican" (1 Co. 6:12).

Cuarto: "Ya no andas conforme al amor", es decir: tu andar es en vano, aun cuando andes en cosas importantes y dignas de admi-

ración. 1 Co. 13:2: "... y no tengo amor, nada soy". ¡Asombroso, y al mismo tiempo terrible! Por causa de la comida, uno puede invalidar todas sus obras buenas. Y no obstante, ¡cuántos necios hay en todas partes que dejan a un lado el amor y se afanan con muchas obras! Así se cumple lo dicho en Ecl. 10:15: "El trabajo de los necios los fatiga; porque no saben por dónde ir a la ciudad".

II

v.15. No hagas que por la comida tuya se pierda aquel (por quien Cristo murió).

Que hieras a tu hermano, que lo ofendas, que dejes a un lado el amor: esto es lo de menos; ¡por encima eres un cruel homicida, porque echas a perder a tu hermano! Un fratricida eres, que es lo más atroz que existe. Además – y también esto supera toda crueldad e ingratitud – pisoteas la muerte de Cristo con respecto a tu hermano por el cual el Señor murió. ¿Ves ahora lo que hace aquel que desprecia a su hermano y no anda conforme al amor? Así dice en 1 Co. 8:12: "Hiriendo la débil conciencia de los hermanos, contra Cristo pecáis", y en el mismo pasaje: "Por el conocimiento tuyo, se perderá el hermano débil por quien Cristo murió" (1 Co. 8:11).

III

v.16. No sea, pues, vituperado vuestro bien.

Con estas palabras, el apóstol quiere decirnos: Estáis pecando también contra la iglesia y contra vosotros mismos. Pues vuestro
WA bien, o sea, lo que sois y lo que poseéis de parte de Dios, tendrá
510 para los gentiles una apariencia tal que preferirán huirlo antes que apetecerlo, y así vosotros llegaréis a ser la causa por qué se perderán muchos que de otra manera serían salvados. Es un asunto muy serio y grave que no sólo vuestro mal sino también vuestro bien sea vituperado, nada más que por causa de la comida. El "bien" del que habla el apóstol aquí es todo lo que somos por medio de Cristo, de modo que podríamos ampliar su advertencia en el siguiente sentido: No sea, pues, que los gentiles vituperen vuestra fe y vuestra religión y vuestro cristianismo entero, por cuya fragancia deberían haber sido atraídos y por cuya excelencia deberían haber sido edificados por medio de vosotros. A esto se refiere al escribir a los fieles en Corinto: "Para que nuestro ministerio no sea vituperado" (2 Co. 6.3). Además, ya hemos explanado bastante este tema en el capítulo 12 al hablar sobre el punto "Procurad lo bueno" (Ro. 12:17).

IV

v.17. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida.

Esto es como decir: En vano pretendéis tener parte en el reino de Dios, si perturbáis la paz por causa de la comida y si os mostráis tan propensos a defender la comida y la bebida como si ellas fuesen la esencia del reino de Dios, cosa que realmente está sucediendo en nuestros días, y en forma muy general. Es por culpa de esa gente destructora de la paz y provocadora de la guerra, que sea mayor el disturbio suscitado por la comida del cuerpo que la paz con Dios lograda por la religión del alma. El reino de Dios es, antes bien, *justicia* en relación con Dios, que se logra creyendo y confiando en él; *paz* en relación con el prójimo, que se logra con el amor, interés y apoyo mutuos, y *gozo en el Espíritu Santo,* en relación con uno mismo, que se logra con la esperanza, cuando ponemos la confianza en Dios, no en lo que le hacemos al prójimo ni en lo que hacemos con intención de complacer a Dios. Por eso, sé gozoso para contigo mismo, pacífico para con tu prójimo, y justo ante Dios. Esta paz empero nada la perturba tanto como el escándalo y la ofensa que se da al hermano, máxime en las cosas que hieren su conciencia. Por esto, la palabra "paz" se emplea en varios sentidos:

1.- Paz con Dios, como en el cap. 5:1: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios". Esta paz es violada por los pecados.

2.- Paz consigo mismo, que se posee por medio del gozo en el Espíritu Santo, la esperanza y la paciencia. De ella se habla en Ro. 12:12: "Sed gozosos en la esperanza, sufridos en la tribulación". Esta paz es perturbada por la impaciencia o cuando uno se resiste a sobrellevar tribulaciones, es decir, por amor a una paz carnal e improductiva.

3.- Paz con el prójimo, que se obtiene cuando en amor cristiano nos ayudamos y edificamos mutuamente. Esta paz es quebrantada por el juicio despectivo acerca de la debilidad del otro, y por el choque que reciben en su conciencia las personas que por su fe y paciencia tienen paz para con Dios y consigo mismas, pero no con sus prójimos. No que ellos mismos sean perturbadores de la paz, pero no pueden ver que otros vivan en paz. Por lo tanto, el apóstol quiere que seamos no sólo pacíficos, sino también pacificadores, reposados y modestos en el trato del uno con el otro. Por esto añade:

v.18. El que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios.

Agrada a Dios por causa de su justicia, y agrada a los hombres a causa de su carácter apacible. En esta frase, el apóstol coloca el

gozo en el Espíritu Santo en el último lugar. Ante todo es preciso agradar a Dios; luego, no mirar cada uno por lo suyo propio, sino también por lo de los demás. Por esto se suele decir de las personas que son inquietas y que inquietan a los demás: no tienen paz porque no dejan vivir en paz a los otros, sino que los molestan. El apóstol mismo los llama "ociosos", 1 Ts. 5:12,14: "Tened paz con los que os presiden, . . . amonestad a los ociosos, alentad a los de poco ánimo, sostened a los débiles, sed pacientes para con todos". En Hch. 15:19, Jacobo dice respecto del mismo punto: "Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convirtieron a Dios", a saber, no se los inquiete con el problema de la observancia de la ley. Otros pasajes pertinentes son: Gá. 5:12: "¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!", y 2 Ts. 3:6: "Os ordenamos que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente". Por ende, los aquí descritos no son "aprobados por los hombres"; antes bien desagradan a los hombres.

Respecto de esta paz, el apóstol dice ahora: *Así que, sigamos lo que contribuye a la paz,* 14:19, es decir, aquellas cosas que no perturban a los demás sino que los edifican y les confieren tranquilidad. Y ¿qué cosas son éstas? Respuesta: Esto lo enseñará el amor, a su tiempo y según las circunstancias. No es posible enumerarlas una por una.

V

v.20. No destruyas la obra de Dios por causa de la comida.

"Obra de Dios" – así llama el apóstol al hermano, como en 1 Co. 3:9: "Vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios", y en 1 Co. 9:1: "¿No sois vosotros mi obra en el Señor?" Además, en He. 3:6 dice: "La cual casa somos nosotros" etc., y nuevamente en 1 Co. 3: "El templo de Dios es santo, el cual sois vosotros. Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él" (v.17). ¿Quién empero lo destruirá sino aquellos sabios admiradores de su propia justicia? Contra ellos se dirige el apóstol a renglón seguido: "Nadie os engañe[23]; si alguno entre vosotros se cree sabio, hágase ignorante en este siglo, para que llegue a ser sabio" (1 Co. 3:18). Aquí ves lo que significa "destruir la obra de Dios por causa de la comida": no
WA sólo ofender a Dios, sino también luchar contra Dios y destruir lo
512 que él edifica, y estar siempre en pie de guerra con Dios (como aquellos gigantes mitológicos que combatían con los dioses).

[23] La WA presenta como variante: *Nemo se seducat,* "nadie se engañe a sí mismo", WA 56, 511, 28, nota.

v.23. Todo lo que no proviene de fe, es pecado.

(Véase San Agustín, libro IV *Contra Iulianum*, capítulo 3, letra F[24]). El apóstol está hablando aquí de la "fe" en términos muy generales. Pero con esto mismo alude también a la fe específica en Cristo fuera de la cual no hay justicia sino únicamente pecado. Tal fe empero es una fe en Dios, y es una fe en el prójimo, y es una fe en uno mismo[25]. Por la fe en Dios, el hombre llega a ser justo porque reconoce a Dios como el Veraz, objeto de su fe y de su confianza. Por su fe en el prójimo, el hombre es llamado fiel, veraz y digno de confianza: llegó a ser para con su prójimo tal como Dios es para con él. Pero esta fe en el prójimo es llamada también una fe activa, porque mediante ella depositamos nuestra confianza en el prójimo. La naturaleza de esa fe es que si una persona actúa en discrepancia con lo que cree, o si duda de su prójimo, le inflige con ello una ofensa, porque su comportamiento para con su prójimo no condice con las promesas que le dio, y al mismo tiempo peca contra Dios porque su actuar difiere de lo que se le ha dicho y de lo que dice creer. Igualmente, el hombre "cree" o confía en sí mismo y en los dictados de su conciencia; si los desoye, ya no obra en armonía con lo que cree, y en consecuencia, obra en contra de la fe. De este modo, "todo lo que no proviene de la fe, es pecado", porque va contra la fe y la conciencia, cuando lo que debemos evitar con el máximo cuidado es actuar en contra de la conciencia[26].

La pregunta es, entonces:

¿El impío, el hombre que no cree, comete pecado por cuanto su obrar "no proviene de fe" y por lo tanto tampoco va contra su conciencia, o mejor dicho: por cuanto cree de una manera falsa? ¿Al obrar incorrectamente a base de esa fe falsa, no peca? Respuesta: La declaración "Todo lo que no proviene de fe, es pecado" debe entenderse así: Para todo aquel que no quiera pecar, la única solución es: creer. Pues únicamente la fe es sin pecado. Por ende: el que hace algo que está en pugna con su fe, peca. P.ej., quien come cosas que él cree inmundas, comete pecado, pero no tanto porque peca contra su propia opinión sino porque carece de fe, por la cual debería haber sabido que aquellas comidas no son inmundas. Así que:

24 Agustín, *Contra Iulianum* IV, 3, 24. Patrol. Ser. Lat. XLIV, 750.

25 Lat. *fides in proximum, fides in seipsum*. La palabra *fides* significa fe, pero también fidelidad, sinceridad. Por lo tanto cabría también la traducción: fidelidad para con el prójimo, sinceridad para con uno mismo.

26 Esto nos hace pensar en las palabras finales que Lutero pronunció en la Dieta de Worms, abril de 1521: "Ir contra la conciencia no es justo ni seguro. Dios me ayude. Amén" (R. Bainton, *Lutero*, Ed. Sudamericana, Bs.As., pág. 204).

la debilidad de fe que esta persona tiene, y la fuerza de fe que no tiene, son las causantes de que su comer sea pecado. Por consiguiente: no debe comer, i.e., no debe hacer una obra de fe quien carece de fe. Pues una obra de fe tiene que provenir de la fe. El que no se atiene a esta regla, incurre en un pecado al comer, porque no cree que el comer tal o cual cosa sea lícito sino que lo considera ilícito
WA (lo cual es ausencia de fe), y de este modo actúa en contra de su
513 conciencia. Corolario: Todo aquel que carece de fe, peca aun al hacer una obra buena. Esto es lo que se nos quiere enseñar en este pasaje.

Pero tú dices:

Si el entendimiento es que el débil peca no tanto porque va contra su conciencia sino antes bien porque su obrar no proviene de fe, entonces peca en ambos casos, comiendo o no comiendo, porque esa falta de fe siempre persiste en él. Respuesta: Tienes razón; siempre se halla en estado de pecador, es decir, falto de fe. Sin embargo, esto nos impone la obligación de no seguir irritándolo, no sea que peque más y más. Pues esa debilidad de la fe es un pecado venial, es decir, Dios no se lo cuenta por pecado mortal, a pesar de que por su naturaleza lo es. Dios hizo otra cosa: "levantó" al débil para perfeccionarlo y sanarlo, como el samaritano levantó al hombre medio muerto abandonado a la vera del camino. Por esto no hay que instigarlo a seguir obrando según la debilidad de su fe, sino que hay que apoyarlo y nutrirlo para que crezca en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, como dice San Pedro (2 P. 3:18): "Creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo".

De la misma suerte, el que ha sido bautizado o que está haciendo penitencia, está afectado aún por esa debilidad llamada concupiscencia, que sin embargo va contra el mandamiento que dice "No codiciarás" y es a todas luces un pecado mortal, si el misericordioso Dios no se lo perdonara a causa de la curación que él ya inició con este hombre. No cabe duda: el tal hombre está en pecados; sin embargo, los demás no deben instigarlo y escandalizarlo, quiere decir, no deben darle ocasión para que actúe conforme a su debilidad, sino que hay que ayudarle y guiarlo por la senda del perfeccionamiento. De lo contrario pecará en todo cuanto hace; porque no lo hace con un corazón puro, y a causa de su obrar, su debilidad se convertirá en pecado mortal, aun cuando la debilidad en sí sea un pecado venial, por la gracia de Dios. De este modo, también aquel débil en la fe obedecería a la debilidad al hacer una obra que no proviene de fe.

Por consiguiente, la palabra "fe" tiene aquí un doble sentido:

Por una parte se le puede dar el significado de "opinión" y

"conciencia", como lo hacen muchos intérpretes[27]. Otra posibilidad es tomarla en sentido absoluto, según la costumbre del apóstol, e identificarla con la fe en Cristo. Así es como entiendo yo este pasaje (con todo el respeto que me merecen aquellos otros expositores). Pues así como uno puede actuar en contra de su conciencia en materia de fe, puede hacerlo también con respecto a cualquier WA
otra virtud. P.ej.: el que es casto, pero sólo "en debilidad", actúa 514
contra su conciencia al cometer fornicación, porque su conciencia le manda no fornicar, de acuerdo con la castidad. Y no obstante, a causa de su debilidad, el hombre aquel se halla en un tropezadero y en efecto tropieza y cae, al ir en contra del dictamen de su conciencia. En suma: el que es débil en la fe, cree y al mismo tiempo no cree. Porque cree, obra correctamente. Porque no cree, comete pecado. Mas si se le incita a no creer, su obrar es ya de por sí pecaminoso.

[27] *Glossa interl., ordin.* y Lyra.

Capítulo 15

v.1. *Así que, los que somos fuertes, debemos soportar (las flaquezas de los débiles).*

De este modo, "el amor soporta todo" y a todos (1 Co. 13:7). Así, Moisés y los profetas soportan al pueblo de Israel. Este "soportar" significa: hacer suyas las transgresiones de todos, y compadecerse de ellos[1]. Esto es, en efecto, lo que hace el amor, y que el apóstol expresa en estos términos: "¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?" (2 Co. 11:29). En Gá. 6:2 nos exhorta: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo". Y en el mismo capítulo dice: "Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gá. 6:1). Y en 1 Co. 10:12: "El que piensa estar firme, mire que no caiga"; porque "el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña" (Gá. 6:3). Y finalmente: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo" (Fil. 2: 5-7). Ocurre como con nuestro cuerpo natural: allí, los huesos soportan la carne, y los miembros más débiles no son rechazados por los más fuertes, sino que reciben cuidados mayores que los fuertes, y los nobles cubren a los innobles, como dice en 1 Co. 12:22,23: "Los miembros del cuerpo que parecen más débiles son los más necesarios; y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro".

[1] Lat. *eis compati;* otra traducción: "padecerlos juntamente con ellos".

Con esto en mente, fíjate primero en los distintos órdenes sociales. A ninguno de ellos, Dios lo dejó abandonado en forma tal que no lo haya dotado de algún que otro hombre bueno y honesto que, cual cobertura, sirve para conferir honestidad al resto. A las mujeres malas se las perdona en atención a las buenas que hay; los WA 515 sacerdotes buenos son una protección para los malos; a los monjes indignos se los respeta por causa de los dignos. ¡Y sin embargo, no faltan estúpidos que se levantan contra un orden social entero, como si ellos fuesen tan puros que no se les puede encontrar mancha alguna, cuando en realidad, por delante y por detrás y por dentro no son sino un mercado y una pocilga para chanchos y puercos! Para ellos no hay mujer decente ni sacerdote honrado ni monje sincero. Por esto dice el apóstol: "¿Por qué tienes de ti mismo un concepto tan alto, necio que eres, y por qué crees ser algo no siendo nada?" (comp. Gá. 6:3). Y por otra parte, aquellos que ven que son honrados y que son una protección para los otros, tratan de distanciarse de esos otros a los cuales, por voluntad de Dios, ellos deberían escudar con su honestidad. ¡Tontos y más que tontos! Creen que su honorabilidad les viene de ellos mismos, y no saben que la poseen para ponerla al servicio de los demás. Por esto sienten una aversión a los demás y no quieren tener comunión con ellos. Así son los herejes, y así son también muchas otras personas pagadas de sí mismas. No serían así, si no se sintieran tan cómodos en su papel de "hombres de bien". Es como si una mujer no quisiera darse con otras a no ser que todas fuesen de conducta intachable. A tal mujer, el apóstol le dice: Escúchame, hermanita: ¿tú estás firme? Muy bien; pero ¡mira que no caigas! Ninguna está tan firme que no pueda caer. Y ninguna ha caído tan hondo que no pueda volver a levantarse. ¿Por qué? "Porque poderoso es el Señor para hacerla estar firme" (comp. Ro. 14:4). Y poderoso es también para abandonarla a su suerte. Muchas han caído que estaban muy firmes, más firmes que la torre de Babel. Y volvieron a levantarse muchas otras que habían caído en un abismo profundísimo. Aquéllas porque tuvieron demasiada complacencia en sí mismas; éstas porque estaban disgustadas consigo mismas. Caso idéntico es el de los sacerdotes: si uno no quiere ser sacerdote porque le resulta imposible actuar junto con sacerdotes malos, se le dice: Dómine Juan, vos estáis firmes y tenéis en alta estima a vuestra honorable persona. Tened cuidado de no caer, y de que entonces, vuestro displacer en cuanto a vos no resulte mayor que el que ahora experimentáis en cuanto a aquéllos. Lo mismo ocurre con los religiosos que se sienten terriblemente molestos porque se los obliga a servir a gente inútil y a vivir en compañía de ellos. Su único afán y deseo es presidir sólo a quienes sean dignos, perfectos y sanos, moverse en el ambiente de ellos, convivir con ellos. Impulsados por este anhelo

corren de un lugar a otro, pero en vano; porque la norma es ésta: "El uno tiene que cubrir la ignominia del otro".[2] (Como lo tienen que hacer los parroquianos por causa de los ediles en ese conocido pleito[3]). A pesar de que es duro llevar la ignominia de otro y ser copartícipe inocente en ella, sin embargo es un acto hermosísimo y meritorio. Y se convertirá en fácil si recordamos que también Cristo llevó la ignominia nuestra, voluntariamente, a pesar de que WA
fue duro para él llevarla. Así que: Ninguno de nosotros vive para sí. 516

Pero los fatuos más lindos son los que, como dije, con olvido completo de que también ellos están enlodados de pies a cabeza, despotrican con vehemencia contra los sacerdotes, los monjes y las mujeres, achacando a todos lo que cometió uno solo. A esa gente hay que responderles: ¿Nunca ensuciaste la falda de tu madre con algo que despedía mal olor? ¿Ni tampoco ahora se te ve ninguna manchita? ¿No hay ningún miembro hediondo en todo tu cuerpo? Si eres tan limpio, realmente me extraña que los farmacéuticos no te hayan comprado ya hace tiempo para su negocio de perfumería, ya que eres un conjunto tal de sustancias aromáticas. Si tu madre te hubiera tratado de la misma manera, te habrías ahogado en tu propio estiércol.

Con esta idea de brindar protección, Dios dio al pueblo de Israel deportado a Babilonia a un Daniel y sus compañeros (comp. Dn. 1:6 ss) y al mismo propósito sirvieron Ester y Mardoqueo en Persia ante Asuero (comp. Est. 2:7 ss).

"Estar satisfecho consigo mismo" significa, entonces: estar insatisfecho consigo mismo desde todo punto de vista. Pues no es posible que a un tiempo, uno halle plena satisfacción en los demás y también en su propio yo. Personas tales no quieren sobrellevar las cargas del otro sino solamente sus ventajas; mejor dicho: no quieren sobrellevar a nadie, sino que quieren que todo el mundo los sobrelleve a ellos. Lo único que hacen es increpar, juzgar, denigrar, acusar y despreciar a los demás. La compasión no la conocen, sino sólo la indignación. Fuera de ellos no hay nada limpio. De esta gente escribe Isaías: "Dicen, apártate de mí, no te acerques a mí, porque eres inmundo; éstos son humo en mi furor, fuego que arde todo el

[2] En el original: *Einer muss des anderen Schanddeckel sein.*

[3] Se trata de un litigio entre el obispo de Brandeburgo y el concejo municipal de Wittenberg. El concejo había vuelto a encarcelar a un sacerdote que se había evadido de la prisión y se había refugiado en un convento. A raíz de esta medida, el concejo fue acusado de haber violado la ley de la inmunidad. El clero de Wittenberg se puso del lado del concejo y no aplicó el entredicho en que el obispo había puesto a la ciudad. El pleito, en que se vio envuelto también el arzobispo, fue derivado finalmente a Roma, y a la postre (1515) el concejo dio la satisfacción exigida y se retractó públicamente, después de lo cual el obispo levantó el entredicho. Comp. WA 56, 515, 26, nota.

día" (Is. 65:5). Del mismo tipo era también el fariseo aquel en el Evangelio (comp. Lc. 18:10 ss.), que no tenía más que palabras de crítica, acusación y condenación para el publicano y otros hombres, y hacía ostentación de su justicia con un gozo completamente injustificado. Y como él hay muchísimos otros. Por esto, San Agustín dice en su exposición del Salmo 71 respecto de aquel fariseo: "¿Esto es lo que te causa alegría: que tú seas bueno, y aquél sea malo? ¿Y qué agrega además? 'Injustos, ladrones, adúlteros, ni aun como este publicano'. Esto ya no es alegrarse; esto es insultar".[4] Así, pues, lo característico de esa gente es el proferir insultos. El motivo de su gozo no es tanto el hecho de que ellos mismos sean tan justos, sino que los demás sean tan injustos. Mucho menor sería su gozo si también los demás fuesen tan justos como ellos. Al contrario, les disgustaría sobremanera.

v.2. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo (en lo que es bueno, para edificación).

Dice San Gregorio: "De esta manera, el amor se proyecta hacia el prójimo para poder ser amor; porque de nadie se puede decir que
WA tenga amor a sí mismo"[5]. Y en la Glosa subrayé que la *charitas* es un
517 *amor* no a sí mismo sino al prójimo. También el apóstol, tras haber rechazado el agrado en uno mismo, enseguida insistió en la necesidad de agradar al prójimo. Por consiguiente: agradar al prójimo es no agradarse a sí mismo. Sin embargo, lo dicho por Gregorio y por mí parece estar en desacuerdo con aquella famosa diferenciación y ordenación del amor. Pues apoyándose en San Agustín, también el Maestro de las Sentencias[6] afirma: "El primer objeto del amor debe ser Dios; luego, nuestra alma; después el alma del prójimo, y por último, nuestro cuerpo". El "amor ordenado" comienza, pues, consigo mismo.-Respuesta: Esto es precisamente uno de los factores que nos desvían del amor al prójimo mientras nos falte el entendimiento correcto. Pues en tal caso comenzamos por reclamar cualquier clase de bienes para nosotros mismos, sin gastar un pensamiento en nuestro prójimo. Pero el verdadero amor a ti mismo es un odio a ti mismo. Como dice el Señor: "El que ama su alma, la perderá, y el que odia su alma, la hallará" (comp. Mr. 8:35;

[4] Agustín, *Ennarrationes in Psalmos, Ps. 70, n. 4.* Patrol. Ser. Lat. XXXVI, 877 y s.

[5] Gregorio, *Homiliae in Evangelia,* I, 17, 1. Patrol. Ser. Lat. LXXIV, 1139.

[6] Agustín, *De doctrina christiana,* I, 23, 22. Patrol. Ser. Lat. XXXIV, 27. Pedro Lombardo ("Magister Sententiarum"), *Collectanea in epistulas Pauli,* a 1 Ti. 1:1-5. Patrol. Ser. Lat. CXCII, 329.

Mt. 10:39 y 16:25; Lc. 9:24; Jn. 12:25). Y el apóstol recalca: "No mirando cada uno por lo suyo, sino cada cual también por lo de los otros" (Fil. 2:4) y "el amor no busca lo suyo" (1 Co. 13:5). Por lo tanto, el que se odia a sí mismo y ama a su prójimo, éste se ama de veras. Pues entonces se ama a sí mismo no "en lo suyo", y de este modo se ama en forma pura, amándose en la persona del prójimo.

Por esto, sin intención de desmerecer la opinión de otros y con el debido respeto ante los padres, yo quiero dar mi parecer de tonto: No me parece bien fundada la interpretación que se hizo del mandamiento de amar al prójimo, en el sentido de que la persona que ama es en sí el modelo según el cual se ha de amar al prójimo, puesto que el mandamiento reza: "como a ti mismo". La conclusión que sacan de esto es, entonces: Primero tienes que amarte a ti mismo, y según este modelo del amor a ti mismo debes amar también a tu prójimo. Para esto citan el dicho del Sabio: "Si quieres agradar a Dios, ten misericordia del alma tuya"[7] poniendo el énfasis en "tuya", vale decir: ten misericordia primeramente del alma tuya, y después del alma de tu prójimo. No quiero rechazar esta exégesis, aunque creo que el énfasis recae más bien en la palabra "alma", o sea: no le des importancia al cuerpo, a fin de que sea salvo el espíritu. Sé cruel para con el hombre viejo para poder ser compasivo con el hombre nuevo. Pues "mejor es la maldad de un hombre que una mujer que hace bien" (Eclesiást. 42:14), quiere decir: es más saludable que el espíritu inflija males e injurias al cuerpo, y no que la carne lisonjee y ablande el espíritu o "haga bien", es decir, lo que ella cree que es "el bien". Mejor es que el espíritu (como "hombre") haga lo que le parece malo a la carne, WA
y no que permita hacer a la carne lo que ella considera bueno. Pues 518
la "prudencia de la carne" es de rara sagacidad cuando están en juego sus propios intereses; es "más astuta que todos los animales del campo" (comp. Gn. 3:1). Y mejor es la voluntad del superior, aun cuando traiga perjuicios, que la del subordinado desobediente, aun cuando traiga provecho.

Creo, por lo tanto, que con el mandamiento "Como a ti mismo" no se le ordena al hombre amar a su propia persona, sino que se pone en evidencia el amor pecaminoso con que el hombre se ama de hecho a sí mismo, a saber: estás completamente encorvado sobre ti mismo, tu amor está centrado en ti, y de este amor pecaminoso no serás curado a menos que ceses del todo de amarte a ti mismo y, olvidándote de tu persona, ames solamente a tu prójimo. Pues significa *invertir las cosas* si queremos ser amados por todos y si

[7] Eclesiástico (Sabiduría de Jesús Ben Sirá) 30:24 (Vulgata): *Miserere animae tuae, placens Deo.*

buscamos en todo nuestra propia conveniencia; en cambio, significa *proceder en forma correcta* si haciendo con los demás lo que erróneamente quieres que éstos hagan contigo, pones el mismo empeño en hacer lo bueno que antes ponías en hacer lo malo (comp. Mt. 7:12; Lc. 6:31). Esto no es ninguna invitación a hacer lo malo; es una exhortación a hacer lo uno con el mismo celo con que hicimos lo otro. Pensemos en Adán, el cual es figura del que había de venir (Ro. 5:14); a saber, de Cristo, el segundo Adán. Así como en Adán somos malos, en Cristo debemos ser buenos; con esto se expresa una comparación, pero no se invita a una imitación. En el mismo sentido se dice también aquí: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Esto no significa en modo alguno que tengas que amarte *a ti*; si no, se te lo mandaría. Tanto es así que el mandamiento del amor al prójimo se basa sobre la prohibición del amor a sí mismo. Por ende, si te amas a ti mismo, obras mal; y de esta maldad no quedarás libre a menos que ames a tu prójimo con la misma intensidad, es decir, a menos que ceses de amarte a ti mismo. Si haces esto, cesará también aquella ley, porque ya no será necesario que ames a otro como a ti mismo, ya que no sigues amándote; y tampoco será necesario que te ames a ti mismo como a tu prójimo, ya que con esto mismo ya te estás amando en la forma más auténtica, y a la vez todos los demás te aman.

¡Y mira lo cauteloso que es el apóstol en el empleo de las palabras! No dice: No debemos agradarnos a nosotros mismos, sino "Cada uno de *nosotros* agrade a su *prójimo*"[8]. Si partiésemos de la base de que el *prójimo* nos agrade a *nosotros*, ya no sería preciso soportar sus flaquezas, es decir, lo que tiene de desagradable. Por eso rige lo contrario: nosotros debemos agradar a los demás, como se nos dice también en 1 Co. 10:32,33: "No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios; como también yo en todas las cosas agrado a todos". Muy bueno y exhaustivo es lo que San Agustín expone en su homilía acerca de los dichos del Señor[9] respecto del por qué de semejante actitud, llegando al mismo resultado que el apóstol: "No procurando mi propio beneficio, sino el de muchos, para que sean salvos" (1 Co. 10:33). No es que Pablo quiera poner en tela de juicio la validez del proverbio "Nadie puede conformar a todo el mundo".[10] Pero como quiera que sea,

[8] Lutero tiene: *alii debent nos placere* (los demás deben agradarnos a nosotros), lo que no condice ni con Ro. 15:2 ni con el argumento que está desarrollando. Debe haber pensado en *alii non debent nos placere*, o: *aliis debemus nos placere*. En nuestra traducción optamos por esta última formulación.

[9] Agustín, *Sermo 54*. Patrol. Ser. Lat. XXXVIII, 374.

[10] Lat. *Nemo placet omnibus*.

él agrada a todos, i.e., hace todo cuanto le es posible para observar una actitud que en realidad debería agradar a todos. Por esto dice también aquí: *en lo que es bueno*, en otras palabras: con miras a lo que es bueno, esto es: para que el prójimo al cual agradamos, sea movido a lo que es bueno. Y no simplemente a lo que es bueno, sino *para edificación*, quiere decir, que sea movido a hacer lo bueno que edifica, porque hay también cosas buenas que no edifican. Es de WA
notar que el apóstol tiene por costumbre confrontar la edificación 519
con el escándalo y viceversa, como lo hizo también en un pasaje anterior (Ro. 14:19): "Sigamos lo que contribuye a la paz" (para no ofender a nadie) "y a la mutua edificación" (para no escandalizar a nadie). La paz la pone en contraste con la ofensa, la edificación con el escándalo, el recibir a los débiles con el debilitarlos aún más. Por esto es que en aquel pasaje (Ro. 14:21) destacó estos tres puntos: "...ni nada en que tu hermano tropiece" (i.e., sea inquietado, lo que es contrario a la paz) "o se ofenda" (i.e., en lugar de ser edificado, cae, y llega a ser peor que antes), "o se debilite" (cuando lo que correspondía, era "recibirlo").

v.3. Los vituperios de los que te vituperaban, (cayeron sobre mí).

Esto no puede referirse solamente a los vituperios por parte de los judíos, pues entonces no cabría en el tema en discusión. El propósito del apóstol es citar a Cristo como ejemplo de uno que soportó las debilidades de todos, como dice en Isaías 53:4: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y cargó con nuestros pecados". En el mismo sentido se dice en Fil. 2:5: "Haya, pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". Pues así como glorificamos a Dios haciendo el bien —"para que vean vuestras buenas obras", dice el Señor (Mt. 5:16), "y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos"— así también lo deshonramos con nuestras obras malas y hacemos caer sobre él vituperio y oprobio, es decir, damos ocasión a que sea vituperado, como ya fue dicho en Ro. 2:23 y 24: "Con tu infracción de la ley deshonras a Dios. Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros". De ahí que oremos: "Santificado sea tu nombre", sea honrado y tenido por santo. Quizás alguno piense en otra interpretación: "los vituperios", o sea, los castigos que merecimos por nuestros pecados cayeron sobre él. Pero esto es inadmisible. No son los castigos los que vituperan a Dios, sino las culpas. Son, pues, las culpas las que cayeron sobre él, es decir: por estas culpas, él sufrió el castigo; él las pagó en lugar nuestro. Si hubiera querido agradarse a sí mismo, y si se hubiese amado a sí mismo, por cierto no habría hecho lo que

hizo. Mas ahora nos amó a nosotros, y a sí mismo se odió y se despojó (comp. Fil. 2:7), y se entregó por entero en bien nuestro. Por lo tanto: lo que hace que nuestro prójimo no nos desagrade, sino que tengamos paciencia con él, es el amor; el amor no permite que nos agrademos a nosotros mismos, porque el amor es paciencia. Lo que ocurre donde no hay amor, se puede ver en todos los que son "justos" de una manera orgullosa: son impacientes, y se agradan a sí mismos. Por esto, el apóstol dice que si bien esto y todas las demás cosas fueron escritas antes respecto de Cristo, sin embargo,
WA "para nuestra enseñanza se escribieron", "a fin de que por la
520 paciencia" para con nuestro prójimo "y la consolación de las
Escrituras tengamos esperanza".

v.4. A fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras (tengamos esperanza).

¡Qué hermosa combinación: la esperanza, resultado de la paciencia y de la consolación que nos brindan las Escrituras! La esperanza, como bien sabemos, no es algo material. "Porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?" (Ro. 8:24). Por tal razón, la esperanza quita de en medio todas las cosas materiales. Ante este hecho se hace imprescindible la paciencia. Y en reemplazo de las cosas materiales, el apóstol nos ofrece la palabra del consuelo que nos sustenta a fin de que nuestra paciencia no desfallezca. Trocar las cosas materiales por la palabra y las Escrituras— ¡en verdad, es algo grande lo que aquí se demanda de nosotros! Sólo pueden hacerlo aquellos que han muerto en cuanto a todas las cosas de este mundo, al menos en lo que se refiere al deseo de poseerlas, aun cuando de hecho estén haciendo uso de ellas, no porque las quieran, sino porque las necesitan. En concreto: sólo pueden hacerlo los cristianos que prestan oídos a lo que dice su Maestro: "Cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14:33); sólo pueden hacerlo los que "disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen" (1 Co. 7:31) y que hacen buenas obras como si no las hiciesen. Pues todo lo hacen por amor a Dios, a él le sirven en todo y con todo, y en nada y con nada buscan su propio interés.

v.7. Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió. (para gloria de Dios).

"Para gloria de Dios" quiere decir; para que Dios sea glorificado por medio de ello. ¡Cosa asombrosa, esa glorificación de Dios

que resulta de la aceptación, por parte nuestra, de los pecadores y débiles! Pero así es, en realidad: su gloria consiste en que él actúa como benefactor nuestro. Por eso redunda en gloria suya, es decir, es para él una oportunidad para mostrarse como benefactor, si son llevados a él personas a las cuales puede beneficiar con algo —razón por la cual no hay que llevar a él a los fuertes, los santos, los sabios. En éstos, Dios no puede ser glorificado, por la simple razón de que no les puede hacer ningún bien, ya que ellos no necesitan de sus bondades.

v.10. Alegraos, gentiles, con su pueblo.

En opinión de Lyra, este texto se basa en Is. 35:1: "Se alegrarán el desierto y la soledad". Otros piensan en Is. 44:23: "Gritad con júbilo, extremos de la tierra". Sin embargo, yo veo otras dos posibilidades. Puede tratarse de Is. 66:10: "Alegraos con Jerusalén y gozaos con ella, todos los que la amáis". Pues por cuanto esto es una exclamación que procede de Jerusalén, es decir, del pueblo de Dios, y se dirige a otros, que no pueden ser sino los gentiles, que no
son 'Jerusalén' — por esta razón, el apóstol agrega expresamente: WA
"gentiles", y a "Jerusalén" la define como "su pueblo". La otra 521
posibilidad es que el apóstol haya tenido en vista sólo el sentido profético. Si éste es el caso, las palabras "Alegraos, gentiles, con su pueblo" parecen ser una combinación de varios pasajes de salmos, p.ej. Sal. 67:4: "Aléngrese y gócense las naciones, porque juzga a los pueblos con equidad", y Sal. 97:1: "El Señor reinó; regocíjese la tierra, aléngrese las muchas islas" etc.

v.12. Estará la raíz de Isaí.

Como ya se dijo en la Glosa, el término "raíz" no se refiere al propio Isaí, sino a Cristo, como lo demuestra el pasaje Is. 53:2. De no ser así, tendría que haberse dicho: "vara de Isaí" o "flor de Isaí", como en Is.11:1: "Saldrá una vara de la raíz de Isaí", y en Ap.22:16: "Yo soy la raíz de David". Por lo tanto, según la carne, Cristo tiene por raíz a David y a los patriarcas, de los cuales nació (comp.Ro.9:5); pero según el Espíritu, él mismo es la raíz, de la cual nació la iglesia toda. En el primer caso, él es la flor; en el segundo caso, ellos son su flor.

Hay que ver además hasta dónde coinciden las traducciones. San Jerónimo tiene: "Que está para ser un pendón de los pueblos" (Is. 11:10). La Versión de los Setenta: "Que se levantará para ser príncipe de las naciones". Pablo: *Que se levantará a regir los gentiles.* Mas el que "está", por cierto ya se levantó; y el que es pendón

para los pueblos, sin duda rige a los pueblos. Pues para esto es un pendón: para que los pueblos sean conducidos a él. Con esto se nos describe de qué naturaleza es el reino de Cristo: es un reinar en la fe, en señales, en cosas que no son visibles ni palpables, no un reinar en sentido material. Los príncipes de este mundo en cambio rigen a los pueblos en sentido material, es decir, con su presencia física y recursos materiales. Además, las dos expresiones "será buscado por las gentes" (Is. 11:10) y "los gentiles esperarán en él" (Ro. 15:12) pueden hacerse concordar sin dificultad: el que busca, lo hace porque espera hallar.

Mas en lo tocante a la frase: "Y su reposo será honor" (Is. 11:10), o sea, gloria, cabe decir que Jerónimo cree dar una traducción mejor con "Y su sepulcro será glorioso"[11] ya que según él, lo que en latín se llama ***requies*** no suele usarse para expresar el reposo de la muerte. Pero a mi juicio, esto dificulta aún más el entendimiento; porque algunos[12] desprenden de ello que el sepulcro de Cristo era glorioso debido a que estaba cavado en una peña, y porque él mismo había sido ungido con ungüentos preciosos. Pero ni San Jerónimo ni la Versión de los Setenta ni el Espíritu quieren decir esto. La intención de San Jerónimo era describir mediante el
WA continente (el sepulcro) lo glorioso del contenido (Cristo). El sen-
522 tido es, en efecto, que la muerte y el sepelio de Cristo serán glorificados y celebrados a través del mundo entero por todas las edades. Pero esto es algo que por su naturaleza es incompatible con el concepto que se tiene de "muerte". La muerte y el entierro de los hombres en general suele arrastrar consigo y sepultar también la gloria, la fama y el esplendor. "Su memoria se perdió como un sonido" (Sal. 9:6). Aquí ocurrió lo contrario: no sólo que Cristo no fue tragado por la muerte y el sepulcro, sino que él hizo que aun su muerte fuera gloriosa.

v.13. Y el Dios de esperanza os llene. . .

¡Maravillosa forma de intitular a Dios: "Dios de esperanza"! Con este calificativo, el apóstol distingue a los falsos dioses del Dios verdadero. Pues los dioses falsos son demonios, dioses de cosas palpables, porque tienen en sus manos a los que por confiar en "realidades" no saben lo que es la "esperanza". En cambio, el que confía en el Dios verdadero, se desliga de todas las cosas y vive de

[11] Jerónimo, *Commentarius in Esaiam*, Patrol. Ser. Lat. XXIV, 152. Comp. Is. 11:10 en la Vulgata: *et erit sepulcrum eius gloriosum.*

[12] Lyra, entre ellos.

la esperanza sola. Así, "Dios de la esperanza" viene a ser lo mismo que "Dios de los que tienen esperanza"; porque para con los que no tienen confianza ni esperanza, él no es "Dios" sino enemigo y Juez. En pocas palabras: Dios es el "Dios de esperanza" porque nos colma de esperanza, más aún: porque sólo la esperanza le da el honor que le corresponde. Así como se lo llama "Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob" y "Dios de Israel", así se lo llama también "Dios de esperanza"; porque donde hay esperanza, allí también hay adoración de Dios.

v.13b. . . . de todo gozo y paz,

quiere decir: os llene la conciencia de serena confianza, y os dé concordia mutua en rica medida. El gozo lo pone en primer lugar, y después la paz, porque el gozo le confiere al hombre paz interior y compostura. Y con esta compostura le resultará fácil también mantener la paz con los demás. Pero el que vive amargado y sin sosiego, fácilmente se torna también impaciente con otros y causa disturbios. Eso sí: todo esto sólo puede producirse en la persona que cree; de ahí el agregado *en el creer.* Pues nuestro gozo y nuestra paz no se basan en cosas reales, sino en lo que está fuera de la realidad, o sea, en la esperanza; de no ser así, no sería el Dios *de esperanza* el que da esas cosa, el que da bienes ocultos, alegría en momentos de tristeza y aflicción interior, paz en momentos de tumulto y persecución exterior. Si en tales momentos falta la fe, el hombre será abatido por la tristeza y la persecución, porque ya no tiene a mano esas cosas reales en que confiaba cuando todavía las tenía a su disposición. La persecución empero hace que la esperanza sobreabunde, como dice en Ro. 5:4: "La prueba produce esperanza". Y esto a su vez es operado *por el poder del Espíritu Santo.* No es por la fuerza nuestra que "la prueba produce esperanza", porque en tal caso nos veríamos débiles e impotentes en las persecuciones, WA
sino que "el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad" (Ro. 8:26), 523
y con su ayuda podemos no sólo soportar la prueba sino también ser perfeccionados y obtener la victoria.

v.14. (Pero estoy seguro de vosotros, hermanos míos), de que vosotros mismos estáis llenos de bondad, (llenos de todo conocimiento, de tal manera que podéis amonestaros los unos a los otros).

Es digno de notar el cuidadoso orden que el apóstol observa en esta frase: primero viene *llenos de bondad,* luego *llenos de todo conocimiento;* porque el conocimiento infla si no va acompañado del amor que edifica. Tampoco podrían *amonestarse los unos a los*

otros si previamente no estuvieran llenos de amor. Pues el saber, si permanece solo, se concentra en sí mismo y se hincha y considera por debajo de su dignidad el instruir al otro. Lo único que quiere es ser visto por los demás, y por su parte, mira a los demás con aire altanero. El amor en cambio difunde el saber, y edifica. Pero tampoco es posible que el amor edifique si le falta el saber. En verdad: el santo candor resulta edificante por medio de una vida meritoria y ejemplar, pero el amor erudito edifica también por sí mismo y por la palabra, mientras que el mero saber escandaliza con su ejemplo, y tampoco instruye con la palabra. El amor en unión con el saber y el saber solo son, por lo tanto, dos cosas fuertemente contrastantes. El mero saber busca lo suyo, tiene una gran complacencia en sí mismo, y desdeña a los demás. Por eso no tiene ningún reparo en causar tropiezo con su ejemplo, como tampoco está dispuesto a dar cuenta de sus actos mediante la palabra. El amor en cambio enseña con la palabra, e incluso desiste de hacer una obra que no le sería posible enseñar sino con palabras ofensivas.

v.17. Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo.

Con esto, el apóstol nos quiere dar a entender que en todo lo que él dice o hace *para la obediencia de los gentiles* (Ro. 15:18), el que dice o hace no es él mismo sino Cristo, como lo pone de manifiesto también en 2 Co. 13:3: "¿O buscáis una prueba de que habla Cristo en mí?" Por esto dice (Ro.15:18) que él no se atreve a hablar sino lo que Cristo habla en él. Y el verbo "hablar" lo combina con el otro verbo "hacer" (*de lo que Cristo ha hecho* por medio de mí, 15:18) para reunir ambos conceptos: palabra y obra. Es igual como si hubiera dicho: "Porque no osaría decir nada ni hacer nada que Cristo no haya dicho o hecho por medio de mí". Pero no quiere cargar demasiado la frase. Como ya había mencionado el "hablar" en la primera parte, no era necesario agregar "hacer", y por eso lo ubicó en la segunda parte, donde a su vez ya no era necesario repetir "él dice", puesto que el que *hace* algo por medio de él, con mucha más razón *dirá* también algo por medio de él, ya que decir es más fácil que hacer. Además: el término "efectuar" (efficere) incluye tanto el decir como el hacer. Por eso, para lograr un mayor énfasis, el apóstol optó por decir *sino de lo que Cristo efectúa (efficit) por medio de mí,* para dejar en claro que no sólo su hablar sino también todo su actuar es el de Cristo.

Por otra parte, sé muy bien que a juicio de otros[13], el apóstol se expresa en esta forma para descartar la arrogancia; a saber: a

[13] Erasmo.

pesar de gloriarse ante Dios en Cristo –dicen–, él no se atreve a WA
gloriarse en las cosas en que se glorían los apóstoles falsos, o sea, 524
en las cosas que Dios no efectuó en ellos. Esos falsos apóstoles se jactan de cosas que en realidad no hicieron, o que Dios no efectuó en ellos.

Sin embargo, la primera interpretación me quedó mejor grabada en la mente, a saber: que aquí se usó una expresión negativa en función de positiva, con la cual se señala hacia lo que sigue: "para la obediencia de los gentiles". Para llevar a los gentiles a la obediencia, Cristo no ha hecho "nada", sino que ha hecho *todo* cuanto era preciso hacer, y lo ha hecho por medio del apóstol. En esto él se gloría, no en lo que hizo él mismo. El sentido de la frase es, por lo tanto: "Me glorío de ser ministro a los gentiles, ministrando el evangelio" (Ro. 15:16). Y me glorío porque no soy yo quien lo hace sino Cristo por medio de mí. Es por él que mi gloriarme tiene validez también ante Dios.

v.20. Y de esta manera he predicado el evangelio, (no donde Cristo ya hubiese sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno).

Parece que el traductor tenía miedo de que la manera de hablar del apóstol sonara algo ofensiva. Pues el texto griego dice claramente: "Tan ambicioso he sido de predicar el evangelio". Tampoco es admisible que se le dé al término *ambitiosus* el significado especial que le da Plinio[14] al referirse al río Jordán: "Hasta donde la configuración del terreno lo permite, es *ambitiosus* (allí se designa con "ambicioso" la tendencia de querer abarcarlo todo y de extenderse y dilatarse en todas las direcciones, como un río que en tiempo de crecida inunda una zona acá, otra allá). Pero el *philotimumenos* usado aquí en el texto griego significa propiamente: ávido de gloria o de honra. De modo que para el término "prediqué" tenemos en griego dos expresiones distintas: "he sido ambicioso (ambitiosus) de predicar" o "ávido de honra me esforcé en predicar". ¿Qué diremos a esto? ¿Era ambicioso el apóstol? ¿Les dio aquí un ejemplo y un apoyo a los ambiciosos? ¡De ninguna manera! ¿Acaso no acaba de decir: "Tengo de qué gloriarme en Cristo" (15:17)? Además, en 1 Co. 9:15 afirma: "Prefiero morir, antes que nadie desvanezca esta mi gloria". Si esta gloria la buscó a causa de sí mismo, su gloria es vana y es una nada. Pero no cabe duda alguna de que la buscó a causa de los demás, a saber:

[14] Plinio, *Nat. hist.* V, 71.

WA 525 Primero, para que no quedara menguada su dignidad apostólica, lo cual entorpecería su labor evangelizadora entre los gentiles a la cual había sido destinado, como se dijo en la Glosa[15].

En segundo lugar, sus palabras son una expresión de su desbordante amor, a saber: Como su deseo era salvar al mayor número posible de gentiles, no quiso predicar en lugares donde Cristo ya era conocido, ya que esto le habría impedido llevar entre tanto su mensaje a los que aún no conocían al Salvador. Así lo indica también con el pasaje de Isaías que cita (Is. 52:15): "Los que nunca han oído de él, entenderán" (Ro. 15:21); el apóstol es consciente de que su obligación es predicar a Cristo en los lugares a donde aún no ha llegado la noticia de El; porque si lo predica donde ya lo conocen, corre peligro de perder el tiempo que debería haber invertido en predicarlo a otros. Muy significativo es además que no dice: No donde ya predicaron los demás apóstoles; pues esto habría sido una señal de arrogancia y mezquindad, como si desdeñara el predicar en lugares donde ya lo habían hecho otros. Antes bien, sus palabras son: "No donde Cristo ya hubiese sido nombrado", con lo cual indica que él se abstuvo de predicar donde no era necesario, para hacerlo allí donde efectivamente hacía falta.

Y bien: Todo esto explica satisfactoriamente el por qué de su proceder, pero todavía queda sin aclarar el término *philotimumenos.* Una persona puede hacer todas estas cosas aun sin decir que es ávida de honores. Pablo empero afirma expresamente que él las hizo por un afán de honra y gloria. La pregunta que debemos contestarnos aquí no es, por lo tanto: ¿En qué sentido *no* las hizo por un afán de honra y gloria?, sino ¿en qué consistía esa gloria? Por esto tenemos que tomar en cuenta en tercer lugar, que la tarea de predicar el evangelio era una tarea despreciada e ignominiosa, como lo sigue siendo hasta ahora. No es la forma como se consigue honra y gloria, sino que uno se expone con ello a la contumelia general, a la vergüenza y a la persecución, hasta tal punto que Cristo nos advierte: "El que se avergonzare de mí delante de los hombres, de éste me avergonzaré también yo delante de los ángeles de Dios" (comp. Lc. 9:26), y Jeremías confiesa que en el caso suyo, la palabra del Señor "ha sido para afrenta y escarnio cada día" (Jer. 20:8). En el Salmo 14:6 leemos: "Os habéis burlado del consejo del pobre de que el Señor es su esperanza". Y aun Cristo mismo confiesa en muchos pasajes de salmos que "lo han despreciado" y que "la confusión ha cubierto su rostro" (comp. Sal. 69:7). Asimismo: "Dios, tú conoces mi insensatez" (Sal. 69:5) y la irreverencia con que se

[15] La glosa del propio Lutero respecto de Ro. 15:17, WA 56, 123, nota marginal 18.

me trata. Pero lo que le sucedió a Cristo, quiere decir, a la verdad —porque Cristo es la Verdad— esto les sucede también a los ministros de Cristo, es decir, a los ministros de la verdad, como dice en 1 Co. 4:9: "Según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espec- WA
táculo del mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos 526
insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes". Y un poco más adelante (1 Co. 4:13): "Hemos venido a ser como la escoria del mundo, víctima de expiación de todos hasta el día de hoy".

A pesar, pues, de que predicar el evangelio no reporta honores, con un amor admirable y verdaderamente apostólico Pablo considera para él una "gloria" lo que de hecho es ignominia, sólo para poder ser útil a otros. En efecto: predicar en lugares donde Cristo ya es conocido, no es nada ignominioso; allí la primera afrenta ya ha sido afrontada y vencida. Pero donde todavía no lo conocen, la deshonra surge como algo nuevo, y por ende duele tanto más. A esto se refiere el apóstol en Ro. 1:14 al decir: "A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios, soy deudor". "Porque no me avergüenzo del evangelio" (Ro. 1:16), es decir: el oficio que otros aborrecen por lo ignominioso que es, yo lo considero una gloria para mí, objeto de toda mi ambición. En Hch. 5:41 se dice que los apóstoles "salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del nombre de Jesús". Y ¿qué significa ese "gozoso", sino que ambicionaban esta afrenta como si fuera una gloria? Por la misma razón, el apóstol dijo un poco antes: "Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo que a Dios se refiere" (Ro. 15:17), aunque en lo que al mundo se refiere, no tengo más que afrentas de parte de los hombres. En el Salmo 119:46 leemos: "Hablé de tus testimonios delante de los reyes, y no me avergoncé", no me ruboricé, sino que consideré un honor poder hablar acerca de ti. Pues por lo común, los que se ruborizan, se escandalizan con la palabra por temor al escarnio. En el mismo salmo, el autor suplica más de una vez que se lo libre de ese "oprobio", diciendo: "Aparta de mí el oprobio y el menosprecio" (Sal. 119:22); "Quita de mí el oprobio que he temido" (Sal. 119:39), y en otro salmo leemos: "Hastiada está nuestra alma del escarnio de los que están en holgura, y del menosprecio de los soberbios" (Sal. 123:4).

Hay un cuarto punto, que se diferencia en muy poco del tercero; es más bien un agregado en que el apóstol declara qué es para él la "gloria": es la buena conciencia ante Dios. Es decir: él tiene el testimonio no de una conciencia mala sino de una conciencia buena, según sus palabras en 2 Co. 1:12: "Nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia". Así que: para tener ante Dios

una conciencia rica (lat. *dives*) por haber cumplido su tarea con toda fidelidad, el apóstol se apresuró a predicar sólo allí donde Cristo era aún desconocido, como también lo expresó en el ya mencionado pasaje de 1 Co. 9:15, a saber, que "preferiría morir antes
WA que nadie desvaneciera esta su gloria", es decir, antes de tener que
527 vivir sin esa conciencia ilesa. Pues es la conciencia la que nos hace aparecer ante Dios como cubiertos de oprobio o vestidos de honores. No que alguien poseyera una conciencia que no pudiese ser avergonzada en más de un punto (porque entonces, Cristo habría muerto en vano), pero esto sí: cada cual debe esforzarse por herir o violar su conciencia lo menos posible, y debe mantenerla todo lo íntegra y limpia que pueda, a fin de que ese resto que todavía permanece en lo oculto, quede cubierto, excusado y perdonado en virtud de la fe y la esperanza en Cristo. Por este motivo, pues, el apóstol ambicionaba predicar: porque tenía el ferviente anhelo de enriquecer su conciencia. Y no hay manera mejor de enriquecerla que si uno sirve a sus semejantes impulsado por el amor, aun cuando esto le acarree afrentas y sufrimientos. Tales afrentas son para él una gloria, por la gloria que experimenta en su conciencia. Y esto es, creo yo, lo que el apóstol tenía en mente: buscar la gloria que yacía oculta en el fondo de la afrenta manifiesta, insultado en la cara, pero honrado en la conciencia, despreciado entre los hombres, pero glorificado ante Dios. Pues de la verdad nace el odio, pero de este odio nace la gracia. Por esto debemos buscar ambiciosamente ese odio, es decir, la gracia, aun por medio del odio.

Pero para que no parezca que estamos desaprobando del todo la opinión de otros, p.ej. la de Erasmo y de algunos más que tienen afinidad con él[16], admitamos que Pablo tenía también cierta santa ambición de ser el apóstol de los gentiles (aunque esto no viene al caso aquí, ya que no dice que se abstuvo de predicar sólo donde ya habían predicado los demás apóstoles, sino en cualquier lugar donde Cristo ya había sido nombrado; pero el nombre de Cristo ya era conocido también entre los gentiles, p.ej. en Roma). Admitamos, digo, que por haber sido "apartado para predicar el evangelio entre los incircuncisos" (Ro. 1:1), el apóstol se esforzó con piadosa ambición por cumplir a plena satisfacción con su encargo, como si él solo quisiera llevar la luz a todos los gentiles, con lo cual da un testimonio muy elocuente de su amor. Pues la ambición de hacer bien es algo que se encuentra pocas veces, y es del más genuino cuño apostólico. Predicar el evangelio empero – esto significa prestar el más grande de los beneficios, ¡y eso en medio de las más crueles persecuciones y la resistencia del mundo entero! Por ende: si uno empe-

[16] Erasmo, *Annotationes;* Lorenzo Valla, Faber.

ña todas sus facultades como si se tratara de obtener una corona de honor (que es el más fuerte de los anhelos), en prestar a sus semejantes el mayor beneficio que hay, y en forma gratuita – ¿gratuita, dije? ¡no! sino a cambio de toda suerte de males: ¿no es esto algo que sobrepasa los límites de lo humano, una clase de ambición netamente apostólica, podríamos decir divina? ¿A cuánta distancia de este alto nivel, pregunto yo, se halla el hombre que hace un bien a otro sin esperar recompensa? Piénsalo. El evangelio es un don inenarrable, que no admite comparación con ningún tipo de riquezas ni honores ni placeres. Además, el que reparte tales bienes, aun cuando los reparta entre sus enemigos y entre los que le devuelven mal por bien, ¿qué gran cosa hace en comparación con el que reparte el beneficio del evangelio? Sin embargo, inferior a aquél es el que distribuye bienes sólo entre sus amigos; y con todo, son muy pocos los que lo hacen. Un peldaño más abajo está el que sólo da sus bienes en préstamo; y otro peldaño más abajo, el que no da nada. Y el WA 528
peor de todos es el que quita a los demás estos bienes, sea en pensamientos (como lo hace casi todo el género humano) o de hecho, como lo hacen muchos. Por lo tanto, al ensalzar su oficio, el apóstol no hace más que cantar las alabanzas del evangelio. Pero ¿puede haber algo más necesario para los hombres que detestan o combaten el evangelio, que esta alabanza?

Es verdad, el apóstol busca la gloria – pero una gloria que es la salvación de aquellos entre quienes la busca[17].

FIN

[17] Comp. Ro. 1:16.

LOS COMENTARIOS DE MARTÍN LUTERO constituyen un material de referencia obligatorio, no sólo para comprender su actividad reformadora, sino también para entender el cambio operado en el método de exégesis y exposición bíblica a partir de la Reforma.

Hasta entonces, el método empleado por la Iglesia Romana era el de la interpretación alegórica, que supeditaba el texto bíblico al sistema eclesiástico o doctrinal establecido por el magisterio de la Iglesia. El principio hermenéutico de Lutero invierte esta relación y parte del presupuesto que Dios se revela en la Escritura y no en la estructura eclesial, confiriendo a la Escritura una autoridad incontestable. De mero objeto, el texto bíblico se transforma en sujeto; y la Biblia, que antes estaba sometida al sistema doctrinal, pasa ahora a socavar sus fundamentos.

Lutero dictó sus Lecciones sobre Romanos durante los años 1515-1516, terminándolas un año antes de hacer públicas sus famosas 95 Tesis, el 31 de octubre de 1517. Sin embargo, en Romanos están ya presentes los rasgos fundamentales que caracterizarían su teología: la convicción de que la Biblia es el único fundamento de donde extraer nuestra teología; el entendimiento histórico-cristológico de las Escrituras; y la insistencia en que la justicia de Dios es imputada o adjudicada al pecador arrepentido por medio de la fe, no de las obras.

La fe se centra en Cristo, no en el hombre. La fe es una confianza en Cristo y en su obra reconciliadora, y no meramente una cuestión intelectual.

El Comentario de Martín Lutero a Romanos, contiene una gran riqueza de demostraciones respecto al poder y las bendiciones de la fe. Es por eso que su lectura es refrescante y tan útil, viva y real para la Iglesia, hoy día, como lo fuera hace cinco siglos cuando fue escrito.



• CLASIFÍQUESE: 231 COMENTARIOS DEL NT •
ROMANOS
• CTC 01-02-0231-08 • REF 224071 •